

Postmetrópolis

Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones

Edward W. Soja



traficantes de sueños

mapas



Desde sus inicios **Traficantes de Sueños** ha apostado por licencias de publicación que permiten compartir, como las Creative Commons, por eso sus libros se pueden copiar, distribuir, comunicar públicamente y descargar desde su web. Entendemos que el conocimiento y las expresiones artísticas se producen a partir de elementos previos y contemporáneos, gracias a las redes difusas en las que participamos. Están hechas de retazos, de mezclas, de experiencias colectivas; cada persona las recompone de una forma original, pero no se puede atribuir su propiedad total y excluir a otros de su uso o replicación.

Sin embargo, «cultura libre» no es sinónimo de «cultura gratis». Producir un libro conlleva costes de derechos de autor, traducción, edición, corrección, maquetación, diseño e impresión. Tú puedes colaborar haciendo una donación al proyecto editorial; con ello estarás contribuyendo a la liberación de contenidos.

Puedes hacer una **donación**
(si estás fuera de España a través de **PayPal**),
suscribirte a la editorial
o escribirnos un **mail**

Postmetrópolis

Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones

Edward W. Soja

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

mapas 21

Mapas. Cartas para orientarse en la geografía variable de la nueva composición del trabajo, de la movilidad entre fronteras, de las transformaciones urbanas. Mutaciones veloces que exigen la introducción de líneas de fuerza a través de las discusiones de mayor potencia en el horizonte global.

Mapas recoge y traduce algunos ensayos, que con lucidez y una gran fuerza expresiva han sabido reconocer las posibilidades políticas contenidas en el relieve sinuoso y controvertido de los nuevos planos de la existencia.



Usted es libre de:

* copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

- ① **Reconocimiento.** Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciadore (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).
- Ⓒ **No comercial.** No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- Ⓓ **Sin obras derivadas.** No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

* Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

* Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.

© 2000, Edward W. Soja

© 2008, de la edición Traficantes de Sueños

Primera edición en inglés:

Postmetropolis: critical studies of cities and regions, Los Ángeles, Blackwell Publishing, 2000.

Primera edición: 1000 ejemplares

Noviembre de 2008

Título:

Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones

Autor:

Edward W. Soja

Traducción:

Verónica Hendel y Mónica Cifuentes

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños

Edición:

Traficantes de Sueños

C/Embajadores 35

28012 Madrid. Tlf: 915320928

e-mail:editorial@traficantes.net

http://traficantes.net

Impresión:

Queimada Gráficas.

C/ Salitre, 15, 28012, Madrid

TfE 915305211

ISBN 13: 978-84-96453-32-6

Depósito legal: M-48205-2008

Postmetrópolis

Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones

Edward W. Soja

Traducción:

Verónica Hendel y Mónica Cifuentes

índice

PREFACIO. -----	17
PRIMERA PARTE. Recartografiar la geohistoria del espacio urbano. -----	27
Introducción. -----	29
Esbozando la geohistoria del espacio urbano. -----	30
Definiendo el marco conceptual. -----	33
La especificidad espacial del urbanismo. -----	35
La dialéctica del espacio urbano. -----	39
Sinecismo: el estímulo de la aglomeración urbana. -----	41
La regionalidad del espacio urbano. -----	46
1. Las ciudades primero. -----	51
Reexcavando en los orígenes del urbanismo. -----	51
La secuencia convencional: caza y recolección-agricultura-aldeas-ciudades-Estados. ----	52
Una inversión provocativa: las ciudades primero. -----	58
Aprender de Jericó. -----	62
Aprender de Çatal Hüyük. -----	73
James Mellaart y el Neolítico urbano. -----	74
Aprender de Nueva Obsidiana. -----	80
Aprender más de Çatal Hüyük. -----	86
2. La Segunda Revolución Urbana. -----	91
La nueva urbanización. -----	92
Espacio, conocimiento y poder en Sumeria. -----	98

Ur y el nuevo urbanismo. -----	104
Un rápido avance hacia la Tercera Revolución Urbana. -----	113
3. La Tercera Revolución Urbana. Modernidad y capitalismo urbano-industrial. --	117
El espacio urbano y la sucesión de modernidades. -----	118
El surgimiento de la metrópolis industrial moderna. -----	124
<i>Made in Manchester.</i> -----	127
<i>Remade</i> en Chicago. -----	135
4. La metrópolis en crisis. -----	149
Ensayar la ruptura: la crisis urbana de la década de 1960. -----	150
Manuel Castells y la cuestión urbana. -----	156
<i>Urbanismo y desigualdad social</i> de David Harvey. -----	163
Síntesis de la geohistoria del espacio urbano capitalista. -----	168
5. Una introducción a la conurbación del Gran Los Ángeles. -----	177
Los Ángeles desde el espacio: una visión desde mi ventana. -----	180
Una eterna alternancia entre la visión y su olvido. -----	182
1870-1900: Los Ángeles WASP. -----	184
1900-1920: La Era Progresista-Regresiva. -----	190
1920-1940: Rugidos de guerra en guerra. -----	193
1940-1970: El estallido del <i>Big Orange</i> . -----	196
Con la mirada hacia atrás para ver el futuro: Los Ángeles en 1965. -----	201
1970 y más allá: La Nueva Urbanización. -----	208
SEGUNDA PARTE. Seis discursos sobre la Postmetrópolis. -----	215
Introducción. -----	217
Diálogos fronterizos: un anticipo de los discursos postmetropolitanos. -----	217
Conceptualizar los nuevos procesos de urbanización. -----	219
Aterrizar los discursos. -----	227
6. La metrópolis industrial postfordista. Reestructurar la economía geopolítica del urbanismo. -----	231
Los caminos de los mundos urbanos de la producción. -----	232
La anatomía geográfica del urbanismo industrial. -----	233
Producción-trabajo-territorio: la reconsideración de la división del trabajo. ----	236
La industria importa: en contra de la sociología postindustrial. -----	242
Cruzando las líneas divisorias de la industria. -----	245
Post-ford-ismo. -----	248
El creciente poder de la flexibilidad. -----	251
Eficiencia y optimización: el repentino aumento de la desigualdad. -----	253
Dentro del mundo regional: el redescubrimiento del sinecismo. -----	257
La localización del urbanismo industrial. -----	263
Cartografías industriales postfordistas. -----	263
Las dinámicas de desarrollo del complejo industrial. -----	269
En conclusión, la esfera de las políticas públicas. -----	271

7. Cosmópolis. La globalización del espacio urbano. -----	275
La recomposición del discurso sobre la globalización. -----	278
La globalidad de la producción y la producción de la globalidad. -----	279
Los mundos regionales de la globalización. -----	286
Las nuevas geografías del poder. -----	293
La cultura en la economía geopolítica global. -----	301
La reconstrucción de la significación social en el espacio de los flujos. -----	305
El neoliberalismo globalizado: una breve observación. -----	310
La metrópolis sin límites: conceptualizar el espacio urbano globalizado. -----	313
La hipótesis de la ciudad mundial. -----	314
En el centro de nuestra atención: el auge de las ciudades globales. -----	318
Dualismo urbano, la ciudad informacional y el proceso urbano regional. -----	325
El giro hacia la cosmópolis. -----	327
8. Exópolis. La reestructuración de la forma urbana. -----	333
La metrópolis transformada. -----	335
Megaciudades y galaxias metropolitanas. -----	335
Ciudades exteriores, postsuburbia y el fin de la Era de la Metrópolis. -----	339
Las ciudades-frontera y la optimista imagen de las geografías postmetropolitanas. --	346
La ciudad <i>light</i> y la nostalgia postmetropolitana. -----	350
La simulación del Nuevo Urbanismo. -----	352
La exópolis como síntesis. -----	355
Representar la exópolis en Los Ángeles. -----	356
Empezando por el nuevo centro urbano. -----	357
El blues de la ciudad central. -----	360
La tierra media. -----	365
Más allá de las ciudades-frontera. -----	367
9. La ciudad fractal. Metropolaridades y el mosaico social reestructurado. -----	373
La fábrica de la desigualdad en la postmetrópolis. -----	375
La normalización de la desigualdad: los extremos a ambos lados. -----	377
Variaciones en torno a la cuestión de la causalidad intrínseca. -----	379
La descripción de las metropolaridades: sociología empírica y dinámicas del mercado de trabajo. -----	384
Más allá de las políticas de igualdad. -----	392
Nuevas cartografías de la ciudad fractal de Los Ángeles. -----	397
Una panorámica del mosaico étnico. -----	398
Geografías mono-étnicas: la segregación del espacio urbano. -----	408
Geografías multiculturales: cartografiar la diversidad. -----	413
10. El archipiélago carcelario. Gobernar el espacio en la postmetrópolis. -----	419
El concepto del archipiélago carcelario. -----	421
La fortaleza L.A. y la retórica de la guerra social. -----	422
La destrucción del espacio público y la arquitectónica del urbanismo obsesionado con la seguridad. -----	426
Patrullando el espacio. Haciendo tiempo en Los Ángeles. -----	430
Entrar a la ciudad prohibida: el encarcelamiento del centro urbano. -----	433

La revolución propia: HOAs, CIDs, comunidades cerradas y estilos de vida insulares. -----	437
Más allá de Blade Runner: la reestructuración espacial de la gubernamentalidad urbana. -----	446
11. Simcities. La reestructuración del imaginario urbano. -----	451
Reimaginar el espacio urbano: viajes en la hiperrealidad. -----	453
Jean Baudrillard y la precesión del simulacro. -----	455
Celeste Olalquiaga y la psicastenia postmoderna. -----	460
El ciberespacio y la generación electrónica de hiperrealidad. -----	463
M. Christine Boyer y el imaginario del mundo real de las Ciberciudades. -----	469
Simcities, simciudadanos y la crisis generada por la hiperrealidad. -----	472
SimAmérica. Una crítica a modo de conclusión. -----	479
TERCERA PARTE. El espacio habitado: repensar 1992 en Los Ángeles. -----	487
Introducción. -----	489
12. Los Ángeles. Obertura a una conclusión. -----	495
Revisiones. -----	495
Cuerpos, ciudades, textos. El caso del ciudadano Rodney King. -----	499
Dedicatorias. -----	499
Somatografía. El orden en su sitio. -----	501
El juicio: nosotros frente a ellos. -----	511
13. Los Ángeles 1992. Los espacios de representación. -----	515
Acontecimiento-Geografía-Recordar. -----	515
Antípodas visibles. Ciudad central frente a ciudad exterior. -----	517
Recintos de normalización. El desarrollo de los intereses comunes. -----	520
El recuerdo de las revueltas invisibles. -----	524
Los centros urbanos. Esto no son los años sesenta. -----	524
Pico-Unión y los desaparecidos. -----	533
Sa-i-ku y otras conmemoraciones. -----	536
Un final repetitivo. -----	540
14. Epílogo. Reflexiones críticas sobre la postmetrópolis. -----	545
Nuevos comienzos I. La postmetrópolis en crisis. -----	546
La caída del postfordismo. -----	547
¿Una globalización demasiado excesiva? -----	550
De pronto cualquier sitio es Pomona. -----	552
Búñkeres blancos. -----	553
Modos desconstruidos de regulación. -----	555
El simgobierno en crisis. -----	557
Nuevos comienzos II. Las luchas por la justicia espacial y la democracia regional. -----	559
BIBLIOGRAFÍA. -----	573

Prefacio

A medida que entramos en el nuevo milenio, se constata que el campo de los estudios urbanos jamás ha sido tan robusto, tan expansivo en lo que se refiere al número de objetos de análisis y de disciplinas universitarias implicadas en el estudio de las ciudades, jamás ha estado tan permeado por nuevas ideas y aproximaciones, tan en consonancia con los principales acontecimientos políticos y económicos de nuestro tiempo, y a la vez jamás ha sido tan teórica y metodológicamente inestable. Puede ser, de hecho, a la vez el mejor y el peor de los tiempos para estudiar las ciudades: y si bien es mucho lo que hay que responder y se ofrece como reto, existe mucho menos acuerdo que antes sobre cuál es la mejor manera dar sentido, tanto en términos prácticos como teóricos, a los nuevos mundos urbanos en formación.

Desde las crisis categóricamente urbanas de la década de 1960, casi todas las regiones metropolitanas principales (y secundarias) han experimentado cambios espectaculares, en algunos casos tan intensos que lo que existía hace treinta años es hoy prácticamente irreconocible. Estos cambios han sido descritos por los estudiosos urbanos, de acuerdo con los desarrollos más amplios de la economía mundo, como producto de un proceso de *reestructuración urbana*. Casi todos los urbanistas están de acuerdo en que este proceso de reestructuración ha sido particularmente generalizado e intenso a lo largo de las tres últimas décadas, pero el consenso termina aquí. En un extremo, hay algunos que alegan que las transformaciones urbanas han sido tan profundas como para hacer prácticamente inútil todos los marcos tradicionales de análisis y de interpretación urbana. Sostienen que deben desarrollarse nuevos conceptos sagrados con el fin de comprender una escena urbana radicalmente transformada. En el otro extremo, muchos estudiosos de las mentalidades históricas proclaman, una y otra vez, la preeminencia de las continuidades con el pasado, que *plus ça change, plus c'est la même*

chose. Desde su punto de vista, la forma en la que se producen los estudios urbanos no es esencialmente defectuosa, por lo que no necesita ser modificada en términos radicales, sino simplemente actualizada. A fin de aumentar la confusión, ambas perspectivas son probablemente correctas en más aspectos de los que cualquiera de los extremos estaría dispuesto a admitir.

Es seguramente demasiado pronto para concluir con certeza que lo que le ha ocurrido a las ciudades desde finales del siglo XX es el comienzo de un cambio revolucionario o sólo otro pequeño giro en una vieja historia de la vida urbana. Sin embargo, ya en el propio título de este libro, he tomado una posición más cercana a la primera posibilidad que a la segunda. Desde mi punto de vista, se ha producido una importante transición si no transformación en lo que familiarmente se describe como la metrópolis moderna, así como en las formas de comprender, experimentar y estudiar las ciudades. Con el fin de distinguir lo que ha cambiado por encima de lo que permanece de forma más constante y continua, he elegido el término «postmetrópolis» en tanto título provisional para lo que de otro modo se podría llamar nuevo urbanismo; este término no ha sido adoptado por arquitectos y diseñadores para otros propósitos más específicos. Como resultado, este libro es en primer lugar un intento de explorar lo que hay de nuevo y diferente en la ciudad contemporánea y en el campo académico que denomino estudios críticos de las ciudades y de las regiones.

Una forma de leer este libro es, entonces, como texto introductorio a los estudios críticos contemporáneos sobre las ciudades y las regiones. Incluso cuando profundizo en un pasado lejano, es desde una perspectiva que deriva del presente y que está infundida por medios de comprensión, recientemente desarrollados, del proceso de urbanización y de interpretación del urbanismo en tanto forma de vida. No se descuidan los medios más convencionales de análisis de las ciudades y nuestro conocimiento acumulado acerca de las mismas y de la vida urbana, pero estas continuidades no van a ser subrayadas o expuestas de forma extensa. Hay otros textos que se dedican mejor a esto. Traído a un primer plano, en cambio, hay una gran variedad de nuevas aproximaciones al estudio de las ciudades y de las regiones, muchas de las cuales, al igual que el título del libro, tienen el prefijo de *post-*, con el fin de indicar no una completa ruptura pero sí una novedad significativa respecto de las prácticas establecidas y de las tradiciones disciplinarias. Si bien preferiría no articular el título de este libro únicamente en torno al más controvertido y malinterpretado de estos términos que llevan el prefijo *post-*, postmodernismo, a lo largo de *Postmetrópolis* adopto lo que considero un enfoque postmoderno perspicaz y crítico respecto de los estudios urbanos, centrándome en lo que hay hoy de nuevo y diferente más que en lo que permanece igual. El término del título

puede ser usado por lo tanto de forma intercambiable con *metrópolis postmoderna* e interpretado como una expresión de lo que algunos llaman ahora *urbanismo postmoderno*.

En esta interpretación de las ciudades y las regiones, están hojaldrados otros métodos de pensamiento y otros análisis críticos, que también llevan el prefijo *post-* y que a menudo están recogidos bajo el amplio campo de los estudios culturales: postestructuralismo, feminismo postmoderno, crítica postcolonial, análisis postmarxista. Al mismo tiempo, sigo influido, aunque de forma mucho más crítica que antes, por las formas de estos enfoques que no usan el prefijo *post-*, especialmente las innovadoras epistemologías estructuralistas y marxistas que dieron forma al desarrollo de la geografía radical y de los campos híbridos de la economía política urbana, regional e internacional que he puesto juntas a fin de denominarlas *economía geopolítica*. De hecho, uno de mis objetivos aquí es fomentar una sinergia más productiva entre los estudios críticos culturales y la economía geopolítica, dos áreas de investigación y de identidad intelectual que venían tonteanando desde la década de 1990 sólo para separarse de nuevo por unas incompatibilidades aparentemente irresolubles. Si algún lector siente que este intento de acercar la cultura y la política económica está comprometido por mi matrimonio con el postmodernismo, sugiero que pase de largo por las secciones donde mi postmodernismo es más explícito. Espero que quede lo suficiente como para que interese al más cínico de la creciente legión de anti-postmodernistas.

Tomar un enfoque ecléctico como éste tiene sus costes. Perturbará, sin duda, a aquellos comprometidos con formas más concretas y centradas de estudiar las ciudades y la vida urbana, así como a aquellos comprometidos con formas más puras de la interpretación postmodernista, liberados de cualquier vestigio de pensamiento modernista. Mi eclecticismo está limitado, sin embargo, por dos intenciones rectoras que permitirán un mejor enfoque y espero que mayor claridad al texto. La primera es compartida con todos los estudiosos críticos: un compromiso de producir conocimiento no sólo por su bondad intrínseca sino sobre todo por su utilidad práctica a la hora de cambiar el mundo. Este proyecto intencionadamente progresista y emancipatorio a menudo ha sido exclusivamente atribuido al pensamiento y a las prácticas modernistas, considerado incompatible por lo tanto con la perspectiva postmoderna. Rechazo tal lógica simplista y la tácita oposición categórica entre modernismo y postmodernismo, el hecho de que me apoye de forma selectiva en ambas es para mi un reto y algo revelador. La teoría crítica modernista y sus modos de interpretación continúan informando mis investigaciones sobre la postmetrópolis, especialmente en la comprensión de lo que hoy permanece igual a como fue en el pasado. Para comprender el

significado práctico y teórico de lo que es nuevo y diferente en el mundo contemporáneo, creo que el postmodernismo funciona mejor, tal y como voy a tratar de demostrar en todos los capítulos.

Lo que hace a este libro diferente de la mayoría de los estudios críticos es que también estoy comprometido con una perspectiva explícitamente espacial, o si se prefiere, geográfica acerca de la producción de conocimiento práctico y con la difusión de una práctica política que trate de reducir las opresiones y las desigualdades asociadas a la clase, la raza, el género y otras fuentes de poder social diferencial. En este sentido, centro mis estudios críticos sobre las ciudades y las regiones en objetivos tan alcanzables como la *justicia espacial* y la *democracia regional*, términos que rara vez aparecen en cualquier otro lugar de la bibliografía en una yuxtaposición tan explícita. Sin desatender otros enfoques críticos sociales y/o históricos, «pongo el espacio primero», literal y figuradamente, situando en primer plano el poder y la profundidad de una enérgica imaginación espacial o geográfica. En todo el texto, el lenguaje está empapado de una espacialidad intencionada que trata de traer a la superficie de la interpretación la espacialidad fundamental y exhaustiva de la vida humana, aunque frecuentemente ésta haya sido enterada o relegada a un segundo plano.

Una atención similar a la imaginación crítica espacial ha conformado la selección de las referencias particulares que quiero aquí destacar en la vasta bibliografía sobre las ciudades y las regiones. He repasado la bibliografía en busca de fuentes con un enfoque específicamente espacial, ya fuese el objeto de estudio la temprana aparición de las ciudades o las reacciones más recientes a la transición postmetropolitana. Dejo fuera, pues, muchos escritos académicos, algunos de gran profundidad, que desde mi punto de vista no manifiestan una conciencia espacial crítica significativa o que no ayudan en el avance del proyecto interpretativo de un pensamiento y una práctica espacial crítica. A muchos lectores esto pudiera parecerles una reducción excesiva del ámbito de estudio, pero mi propósito es exactamente el contrario. Mi objetivo es el de ampliar el ámbito del pensamiento crítico sobre las ciudades y las regiones a todas las disciplinas, abriendo nuevas vías de comprensión acerca de cómo la espacialidad urbana es, de forma específica, percibida empíricamente, conceptualizada teóricamente y vivida experiencialmente.

Esto me lleva a una segunda forma de leer este libro. *Postmetrópolis* comenzó como parte de un largo manuscrito que envié a Blackwell hace unos seis años con el título de *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places* [Tercer espacio. Viajes a Los Ángeles y a otros lugares reales e imaginados]. El entonces editor John Davey sugirió, con su cordial exigencia, que el libro propuesto debía dividirse en dos, la primera parte publicada bajo el título original y lo que entonces era la Tercera Parte,

tres largos capítulos sobre «Explorar postmetrópolis», se publicase al año siguiente en lo que pensamos sería un volumen mucho más pequeño. Accedí, algo incómodo, a la partición y me puse a intentar que *Thirdspace* se sustentara por sí mismo, sin lo que era su remate empírico, la aplicación más práctica de lo que he definido teóricamente como una perspectiva y una epistemología del tercer espacio. *Thirdspace* fue publicado en 1996 y, poco después, Blackwell anunció de forma optimista la inminente aparición de *Postmetrópolis* como volumen complementario. Pero *Postmetrópolis* tomó vida propia, ampliándose en un proyecto mucho más ambicioso y exhaustivo. Al repasar lo que le ocurrió a los tres capítulos originales se nos proporciona una breve sinopsis de lo que contiene el presente volumen.

El primero de los tres capítulos originales es ahora, revisado, el capítulo 5. Concluye la «Primera Parte. Recartografiar la geohistoria del espacio urbano» con una detallada mirada al desarrollo histórico de la representativa conurbación de Los Ángeles, y está inspirado en una versión del mismo material publicado como capítulo 14 de *The City* [La Ciudad] (1996) editado por Scott y Soja. Los cuatro capítulos precedentes de la Primera Parte están repletos de material nuevo, escrito a lo largo de los últimos tres años. Contienen un amplio barrido a lo que he llamado de forma intencionada *geohistoria* de las ciudades y del urbanismo de los últimos 11.000 años. Comienzo introduciendo una serie de conceptos clave, como la *especificidad espacial del urbanismo* y lo que he descrito como *sinecismo*, el estímulo de la aglomeración urbana, en tanto una de sus fuerzas motoras intrínsecas. También pongo especial énfasis, aquí y en todo el texto, en la naturaleza *inherentemente* regional de la urbanización y el urbanismo. Estos conceptos encarrilan la discusión de la geohistoria del espacio urbano — otro término destacado a propósito — a lo largo de tres grandes transformaciones o revoluciones urbanas.

La primera de estas revoluciones urbanas tuvo lugar en las regiones mesetarias del suroeste asiático hace más de diez milenios; lo que dio lugar, tal y como voy a defender, a la invención inicial de base urbana de la agricultura a gran escala. La segunda, contextualizada originalmente en las tierras bajas aluviales del Creciente Fértil, apenas 5.000 años después, espoleó una revolución política que dio lugar a la formación de la ciudad-estado y a los imperios basados en la ciudad, la monarquía, la organización de clases sociales y el poder social patriarcal. Después de otros cinco o seis milenios, el urbanismo entró en una nueva fase con los inicios de la Revolución Industrial en Europa occidental, formando los cimientos del capitalismo específicamente urbano-industrial. Esta secuencia viene desarrollada en los primeros tres capítulos. El capítulo 4 prosigue con el desarrollo de la ciudad industrial capitalista y el campo intelectual de los estudios urbanos a través

de una serie de modernizaciones alternativas, que culminan en las crisis urbanas de la década de 1960 y en los nuevos enfoques a la economía geopolítica que surgieron con el fin dar sentido a este importante punto de inflexión. El capítulo final sobre Los Ángeles sirve de esta manera para plantear la cuestión de si lo que estamos presenciando hoy, tras treinta años de intensa reestructuración urbana, puede ser el comienzo de la cuarta revolución urbana, una cuestión que, como muchas otras, dejo abierta a puntos de vista alternativos.

Lo que en un principio era el capítulo intermedio del manuscrito original se ha convertido en los seis capítulos que ahora constituyen la Segunda Parte: *Seis discursos sobre la postmetrópolis*. Aquí me extiendo sobre las diferentes escuelas de pensamiento, si bien interrelacionadas, que se han consolidado a lo largo de las últimas décadas con el fin de dar sentido a los *nuevos procesos de urbanización* que han afectado al mundo a finales del siglo XX. Estas representaciones académicas describen alternativamente la postmetrópolis como: (1) una metrópolis industrial postfordista flexiblemente especializada; (2) una región urbana globalizada o cosmópolis; (3) una exópolis postsuburbana o megaciudad; (4) una ciudad fractal de intensificadas desigualdades y polarización social; (5) un archipiélago carcelario de ciudades fortificadas; y (6) una colección de simcities hiperreales, donde la vida diaria se juega de forma creciente como si fuera un juego de ordenador. El objetivo de la Segunda Parte es sostener que la postmetrópolis se entiende mejor combinando estos seis discursos interpretativos, sin privilegiar a ninguno sobre los demás, mientras mantenemos abierta la posibilidad de desarrollar nuevos marcos de interpretación de igual importancia en el futuro. Protagonista fundamental de estos capítulos es el trabajo de académicos basados en, o que escriben acerca de, Los Ángeles. Si de hecho hay una «escuela» propia de estudios urbanos y regionales críticos de Los Ángeles, tal y como algunos han reclamado, estos seis discursos representan sus principales subdepartamentos superpuestos.

El viejo capítulo final se ha ampliado en los tres que encontramos en la Tercera Parte: *espacio habitado: repensar 1992 en Los Ángeles*. Aquí concentro la atención en un hecho singular, las Revueltas por la Justicia que tuvieron lugar tras el primer juicio a los agentes de policía involucrados en la paliza a Rodney King, uso este momento en particular para impulsar interpretaciones más generales de lo que ha estado ocurriendo en la postmetrópolis desde 1992. En un estilo de alguna manera experimental, que seguro no complacerá a todos los lectores, compuse enteramente los capítulos 12 y 13 en torno a algunas citas de la rica bibliografía que ha surgido con el fin de dar un sentido específicamente espacial a lo ocurrido en 1992, relegando mis comentarios a las notas a pie de página. Aquí el protagonista principal es el

material tomado, con su prudente y amonestador permiso, de un trabajo no publicado de Bárbara Hooper, «Bodies, Cities, Texts: The Case of Citizen Rodney King» [Cuerpos, ciudades, textos. El caso del ciudadano Rodney King]; y desde un tratamiento estilísticamente muy diferente de los hechos de 1992, del texto performativo *Twilight-Los Angeles 1992*, escrito y representado por la artista de teatro documental Anna Deveare Smith. Concluyo *Postmetrópolis* no sin un exhaustivo resumen de lo que pasó, pero con un final abierto y una prudente discusión especulativa —puedo añadir que todo con mis propias palabras— de dos nuevos giros de la transición postmetropolitana que tuvieron lugar en la década de 1990: el surgimiento tras treinta años de reestructuración urbana de lo que describo como una serie de crisis generadas por reestructuración; y el inicio de luchas colectivas significativas que tratan de obtener una mayor control sobre los nuevos procesos de urbanización y de dirigir la postmetrópolis hacia una situación de mayor justicia espacial y democracia regional.

Si bien *Postmetrópolis* y *Thirdspace* pueden leerse de forma separada y como libros distintos, están altamente interconectados. *Postmetrópolis* continúa siendo una secuela directa de su tomo complementario anterior, en el que se aplican sus extensos argumentos teóricos y su enfoque «trialéctico» al estudio de lo que le ha ocurrido a las ciudades a lo largo de los últimos treinta años, desde perspectivas simultáneamente espaciales, sociales e históricas. En ambos libros, existe un intento positivo de «poner el espacio primero», no en el sentido de una perspectiva que excluya modos de interpretación históricos y socio-teóricos sino en una perspectiva que trascienda sus privilegios largamente establecidos en el pensamiento y en la práctica crítica, reafirmando un poder equivalente para la imaginación espacial crítica, un argumento que desarrollé por primera vez en *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory* [Geografías postmodernas. La reafirmación del espacio en la teoría social crítica] (1989). Aquí y en todos los capítulos que siguen desarrollo los argumentos teóricos de *Thirdspace* y a menudo me remito a algunos de sus pasajes y capítulos en particular, a fin de reforzar estas conexiones. En cualquier caso, he intentado que todos los lectores que no están familiarizados con el libro anterior les sea posible comprender sus ideas y sus argumentos más relevantes, especialmente en la introducción a la Primera Parte. Aunque sin duda ayudaría, no es necesario leer primero *Thirdspace*, antes de aventurarse en *Postmetrópolis*.

Sumado a que se trata de un introducción a los estudios críticos contemporáneos de las ciudades y las regiones y una secuela de *Thirdspace*, existe un tercer libro envuelto en *Postmetrópolis*. Es un libro sobre Los Ángeles, y en cierto sentido, una expresión directa de la notable expansión de los escritos académicos centrados en esta paradigmática región urbana que se ha

sedimentado a lo largo de los últimos treinta años. De manera similar a como he puesto en primer plano la perspectiva espacial crítica, pongo a Los Ángeles primero, esto es, exploro la postmetrópolis y ejemplifico el estudio crítico de las ciudades y las regiones principalmente, pero no de forma exclusiva, a través de Los Ángeles y de la bibliografía que se ha originado en torno a lo que se puede llamar sus «particularidades generalizables». Existe mucho en Los Ángeles (y de hecho en cualquier ciudad) que es único e incomparable. Pero incluso estas cualidades excepcionales pueden ser usadas para contribuir a una comprensión más general y global de la vida urbana contemporánea y del impacto de la transición postmetropolitana todavía en curso.

De esta manera considero a Los Ángeles como un espacio habitado sintomático, una ventana representativa a través de la cual uno puede observar en toda su generalidad, originalmente expresada, los nuevos procesos de urbanización que han estado reconfigurando las ciudades y la vida urbana en todas partes del mundo a lo largo de los últimos treinta años. Los efectos de estos procesos de reestructuración pueden ser desarrollados más intensamente y vistos quizás de forma más sencilla en sus complejas interconexiones más en Los Ángeles que en cualquier otro lugar, pero esto no significa que esas mismas ventanas de interpretación no puedan ser abiertas en otras ciudades. Expuesto de forma diferente, lo que ha ocurrido en Los Ángeles también puede observarse en Peoria, Scuthorpe, Belo Horizonte y Kaohsiung, con variadas intensidades seguro, y *nunca* exactamente de la misma manera. Los nuevos procesos de urbanización son evidentes en todas partes si uno sabe qué es lo que tiene que mirar, pero asumen una rica diversidad de formas y expresiones cuando se localizan y sitúan en contextos geográficos particulares.

Como todo proceso social, la transición postmetropolitana se ha desarrollado desigualmente en el espacio y en el tiempo, más rápida y marcada en algunos lugares que en otros. Este proceso de desarrollo geohistórico desigual es un cuestión integral y un *leitmotif* en todos los estudios de la condición humana. Lo que se sugiere aquí es que dondequiera que uno enfoque su atención crítica, habrá algo que aprender acerca del urbanismo postmoderno. Cualquier referencia a Los Ángeles contenida en este libro sirve, por lo tanto, a un doble propósito. Es al mismo tiempo una ilustración de los efectos del contexto específico de la transición postmetropolitana en una región urbana y es una *invitación al análisis comparado* en todos los demás espacios habitados, donde quiera que estén situados.

Yo soy el único responsable de intentar combinar tres libros en uno y de cualquier problema que esto pueda causar al lector. También soy totalmente responsable de las muchas y largas citas que he recogido de los trabajos de otros para proponer mis argumentos. Si de alguna manera he hecho un

uso incorrecto de estas referencias, me disculpo de antemano. En un apunte más positivo, me gustaría agradecer a todos aquellos que han contribuido de algún modo a escribir este libro, comenzando por los estudiantes de hoy y de ayer en el Departamento de Urbanismo de la UCLA: Bárbara Hooper, Mark Garret, Larry Barth, Marco Cenzatti, Clyde Woods, Alfonso Hernández-Márquez, Olivier Kramtsch, Mustafá Didec y muchos otros a los que he enseñado y que me han enseñado.

Agradezco también a Jill Landeryou de Blackwell por pedir al arqueólogo Ian Hodder que leyera y comentara el manuscrito final. Los comentarios de apoyo de Hodder, si bien cautos y correctivos, ayudaron enormemente a atenuar mi tratamiento demasiado entusiasta de los hechos y lugares que asocio a la primera revolución urbana, que sostengo, contra las bases de la mayoría de textos arqueológicos, ocurrió hace más de diez mil años. Pero he de añadir que cualquiera que sean los errores y exageraciones que todavía se encuentren, son completamente míos. De una forma curiosamente relacionada me gustaría ampliar mi agradecimiento a la Getty Foundation, que algunos años atrás apoyó un proyecto de investigación en colaboración con Janet Abu-Lughod sobre «The Arts of Citybuilding» [El arte de construir ciudad]. Aunque el proyecto nunca terminó de completarse tal y como se prometió, mi investigación sobre el arte urbano me permitió descubrir el extraordinario mural de la ciudad de Çatal Hüyük pintado hace más de ocho mil años. Ésta fue la primera chispa que me llevó al concepto de sinecismo, a repensar los debates sobre los orígenes de las ciudades, a una relectura de Jane Jacobs y Lewis Mumford, y a gran parte del nuevo material que aparece en la Primera Parte.

Una de las mayores diferencias entre *Thirdspace* y *Postmetrópolis* tiene que ver con las contribuciones visuales y creativas de mi amigo Antonis Ricos. Los factores financieros evitaron que utilizara su gran capacidad para crear material visual original para este libro, tal y como ya hizo tan brillantemente para el tomo complementario anterior. El material ilustrativo tradicional para *Postmetrópolis* requiere, por lo tanto, de un agradecimiento más convencional.

Primera Parte.
Recartografiar la
Geohistoria del
espacio urbano

Introducción

Este libro comienza con una ciudad que era, simbólicamente, un mundo; y concluye con un mundo que se ha vuelto, en muchos aspectos prácticos, una ciudad.

Lewis Mumford, *The City in History*, 1961
[ed. cast.: *La ciudad en la historia*, trad. por E. L. Revel,
Ediciones Infinito, Buenos Aires, 1966, p. 7].

Toda ciudad tiene una ascendencia económica directa, un origen económico literal, en una ciudad o ciudades aún más antiguas. Las nuevas ciudades no emergen por generación espontánea. La chispa de la vida económica de la ciudad es transmitida de las ciudades más antiguas a las más jóvenes. En la actualidad, ésta permanece viva en ciudades cuyos ancestros ya hace tiempo que se han convertido en polvo [...] Estos lazos de vida — peligrosamente débiles en ciertos momentos, pero persistentes— pueden extenderse hacia el pasado a través de las ciudades de Creta, Fenicia, Egipto, India, Babilonia, Sumeria, Mesopotamia, hasta la misma Çatal Hüyük y aún más allá, hasta los desconocidos ancestros de Çatal Hüyük.

Jane Jacobs, *The Economy of Cities*, 1969, p. 176
[ed. cast.: *La economía de las ciudades*, trad. por
José Álvarez y Ángela Pérez, Ediciones Península, Barcelona, 1971]

Investigar la ciudad es, por consiguiente, una forma de examinar los enigmas del mundo y de nuestra existencia.

Lea Virgine, en Mazzoleni, *La città e l'immaginario*¹
Roma, Officina edizione, 1985.

¹ Citado en Iain Chambers, «Some Metropolitan Tales», Capítulo 3 en *Border Dialogues: Journeys in Postmodernity*, Londres y Nueva York, Routledge, 1990, p. 51. Los viajes de Chambers hacia la posmodernidad nos servirán de guía en muchos otros capítulos de *Postmetrópolis*.

Postmetrópolis, al igual que *La ciudad en la historia* de Lewis Mumford, se abre con una ciudad que era simbólicamente un mundo, la primera «ciudad mundo» en la historia de la humanidad, y se cierra con un mundo que se asemeja mucho a una ciudad. Un mundo en el cual los modos de vida urbanos se extienden a cada rincón del globo.² Lo que sucede entre dicha apertura y cierre es presentado como un viaje selectivo a través de más de diez mil años de aquello que denominaré geohistoria del espacio urbano. La primera parte esboza y reinterpreta el amplio trazo de esta geohistoria, rastreando la ascendencia de aquello que Jane Jacobs identificó como la «chispa [decisiva] de la vida económica de la ciudad» y aquello que yo denominaré sinecismo, el estímulo de la aglomeración urbana, hasta sus fuentes generativas.

Mi propósito no es simplemente hallar las antiguas raíces del urbanismo por sí mismas o involucrarme en otra de las tantas, comúnmente desesperadas y nostálgicas, búsquedas de orígenes, autenticidades y continuidades reconfortantes entre el pasado y el presente. Por el contrario, estamos a punto de dar comienzo a una excursión hacia atrás en el tiempo y en el espacio, un impertinente replanteamiento de los modos en que los estudiosos han escrito sobre las ciudades y el papel de la condición urbana en el desarrollo histórico de las sociedades humanas. En este sentido, lo que leerán a continuación no trata tan sólo acerca de los modos en que las ciudades se desarrollan y cambian, sino también acerca de una narración explícitamente espacializada del amplio campo de investigación que concierne a los estudios críticos de las ciudades y las regiones, en tanto componentes vitales de nuestro mundo y nuestra vida. Miramos hacia el pasado, entonces, con ojos decididamente contemporáneos y con el principal objetivo de mejorar nuestra comprensión práctica y teórica del capítulo más reciente de la producción social del espacio urbano, la transición de la metrópolis moderna a la postmetrópolis expansiva. Dicha transición postmetropolitana en permanente despliegue constituirá, de un modo u otro, el centro de los siguientes capítulos.

Esbozando la geohistoria del espacio urbano

La secuencia de capítulos de la primera parte condensa la geohistoria del espacio urbano alrededor de tres momentos clave. El primero, y tal vez más controvertido, dado que desafía una gran cantidad de supuestos muy arraigados

² En el momento en que este libro se publicó, por primera vez en la historia, la mayoría de la población mundial vivía en ciudades.

sobre el temprano desarrollo histórico de las sociedades humanas, hace retroceder al menos diez milenios los comienzos de la urbanización y el urbanismo como modo de vida, y por lo tanto de lo que tradicionalmente hemos denominado «civilización». Aun cuando ciertas evidencias arqueológicas recientes han multiplicado la cantidad de dichas ciudades «fundadoras», al menos en el suroeste de Asia, dicha Primera Revolución Urbana resulta más evidente en dos lugares representativos y generativos, Jericó, en el Valle de Jordania, y Çatal Hüyük, en el sur de Anatolia. Tanto Jericó como Çatal Hüyük comenzaron como asentamientos urbanos preagrícolas de cazadores, recolectores y comerciantes. Posteriormente trataré de argumentar que como consecuencia del impacto del sinecismo (el impulso al desarrollo que se deriva de hábitats densamente poblados y del estímulo de la aglomeración urbana) las primeras ciudades incubaron el desarrollo de la agricultura a gran escala y organizaron la cría de animales, invirtiendo lo que había sido concebido convencionalmente como una secuencia histórica en la cual la así denominada Revolución Agrícola precedía al desarrollo de las primeras ciudades verdaderas.

El capítulo 1 ha sido titulado de forma provocadora «Las ciudades primero». Éste ejemplifica de un modo particularmente atractivo las distintas intenciones interpretativas que se abren paso a través de cada capítulo de este libro, al mismo tiempo que ayuda a relacionar *Postmetropolis: Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones* con su complemento, *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places* (1996) [Tercer espacio. Viajes a Los Ángeles y a otros lugares reales-e-imaginados]. Dicha intención de la interpretación se suma al creciente «cambio espacial», de gran alcance, que ha tenido lugar durante la década de 1990 en diferentes disciplinas y al, íntimamente vinculado, resurgimiento contemporáneo del interés por las ciudades y el urbanismo como objetos de estudio y como modos de comprender y explicar aquello que en la última de las tres citas iniciales es descrito de forma tan profunda como «los enigmas del mundo y de nuestra existencia». En pocas palabras, en cada capítulo pongo en primer plano, priorizo en términos interpretativos, el poder explicativo potencial de una perspectiva espacial crítica de las ciudades y las regiones. Mi intención en esto no es proyectar una explicación espacial determinista sobre todo aquello que es objeto de discusión, sino más bien plantear puntos de vista alternativos que han sido relativamente poco estudiados debido a una tendencia, que se encuentra muy arraigada en la literatura académica, a minimizar la importancia de la investigación y del análisis espaciales críticos. Postular la posibilidad de un origen urbano para la agricultura y ubicar el origen del desarrollo de las ciudades en aquello que puede ser descrito como la especificidad espacial del urbanismo, y en particular en aquellas interdependencias que emergen de la densa proximidad de las aglomeraciones urbanas, no es

más que el primer paso hacia una especialización más integral y crítica de los estudios urbanos y regionales que ya había comenzado a desarrollar en *Postmodern Geographies* (1989), continué desarrollando en *Thirdspace* y que ahora profundizo en *Postmetrópolis*.

El capítulo 2 gira en torno a una Segunda Revolución Urbana, que se sumó a la primera, pero que hace siete mil años comenzó a modificar sus principales espacios geográficos, desplazándose de la región de las tierras altas del suroeste de Asia a las planicies aluviales de los ríos Tigris y Éufrates. Se trata de aquello que los textos arqueológicos suelen proclamar como la primera y única Revolución Urbana y que asocian directamente a dos eventos interrelacionados: la invención de la escritura (y, por lo tanto, el comienzo de la «historia» documentada) y el desarrollo de una forma particular de gubernamentalidad urbana denominada ciudad-estado o polis, en su posterior elaboración griega. Representada a través de la arquetípica ciudad sumeria de Ur, esta Segunda Revolución Urbana extiende el complejo de la producción social y la escala de la organización social centrada en la ciudad, más allá de la simple sociedad agraria, hacia nuevas formas de control y regulación social y espacial territorialmente definidas, basadas en la realeza, el poder militar, la burocracia, las clases, la propiedad, la esclavitud, el patriarcado y el imperio.³

Después de un largo periodo de desarrollo y difusión, que perduró hasta bien entrado el segundo milenio después de Cristo, estalla (e implosiona) junto con el desarrollo de la ciudad industrial capitalista una Tercera Revolución Urbana, personificada en su forma más pura en Manchester y Chicago. Por primera vez en la historia, la producción social se concentra principalmente en el centro de las ciudades, dando lugar no sólo a una transformación radical del tamaño y de la organización interna del espacio urbano sino a un proceso más general de urbanización social. En el capítulo 3, entra en escena un nuevo relato centrado en la formación de un campo particular de erudición pragmático y reflexivo, que se ha dado a conocer de modo específico como estudios urbanos. La Tercera Revolución Urbana es analizada a través del discurso acerca de la modernidad y de la emergencia de la metrópolis industrial moderna, y se desarrolla a través del primer siglo

³ Pido disculpas por anticipado a aquellos lectores cuya familiaridad con la historia de las ciudades se concentra en los desarrollos de la Atenas Clásica, la Roma Antigua, las ciudades medievales y renacentistas de la Europa Mediterránea y los puertos hanseáticos del Mar del Norte y del Mar Báltico, así como también a aquellos interesados especialmente en la urbanización de Asia, África, Mesoamérica y los Andes. Existen muchas fuentes excelentes para cubrir dichas geohistorias, incluidos Mumford (1961) y Morris [1972 (1994)]. En este caso, estos no son tenidos en cuenta, no porque los considere poco importantes o poco interesantes, sino más bien a fin de concentrar la atención en los tres momentos cruciales y revolucionarios de la geohistoria del espacio urbano.

de los estudios urbanos modernos (alrededor de 1850-1950), por medio de las «escuelas» que emergen en los ricos laboratorios sociales y espaciales representados por Manchester y Chicago, tratando de comprender, tanto práctica como teóricamente, el urbanismo como un modo de vida.

En el capítulo 4 los nuevos avances de nuestra interpretación sobre la metrópolis industrial capitalista, tras las crisis urbanas de la década de 1960, son evaluados críticamente; pero no concentrándonos en las ciudades representativas y arquetípicas, sino más bien en dos textos representativos y arquetípicos, *The Urban Question* (1977: publicado en francés en 1972) de Manuel Castells y *Social Justice and the City* (1975) de David Harvey, ambos reveladores de los nuevos rumbos que comienza a adoptar el campo de los estudios urbanos críticos, especialmente en lo que concierne a una incipiente «escuela» de economía geopolítica radical. Dicho capítulo concluye con una perspectiva general que resume los ritmos cíclicos del desarrollo urbano capitalista a través de cuatro grandes periodos de reestructuración, el último de los cuales se extiende desde aproximadamente 1970 hasta el presente y nos conduce a la conformación de la postmetrópolis contemporánea. A fin de ejemplificar la geohistoria de la postmetrópolis y de ilustrar el desarrollo de otra serie de nuevos enfoques en los estudios urbanos críticos, el capítulo 5, que concluye la primera parte, nos proporciona una mirada detallada de la «Conurbación de Los Ángeles», dejando abierta la pregunta acerca de la posibilidad de que la postmetrópolis simbolice el comienzo de una nueva Revolución Urbana.

Definiendo el marco conceptual⁴

Todos los capítulos de *Postmetrópolis* reflejan el interés y el énfasis interdisciplinario, recientemente intensificado, en todos los aspectos de aquello que puede ser descrito como la espacialidad de la vida humana. Estamos comenzando a tomar conciencia de nosotros mismos en tanto seres intrínsecamente espaciales, continuamente comprometidos en la actividad colectiva de producir espacios y lugares, territorios y regiones, ambientes y hábitats, quizás como nunca antes había sucedido. Dicho proceso de producción de

⁴ Mucho de lo que se encuentra a continuación condensa (así como también profundiza) los argumentos que he desarrollado en *Thirdspace* (1996). Puede encontrarse una síntesis más acotada y accesible de dichos argumentos en Edward W. Soja, «Thirdspace: Expanding the Scope of the Geographical Imagination», en D. Massey, J. Allen y P. Sastre, *Human Geography Today*, Cambridge, Polity Press, 1999, 260-278.

espacialidad o de «creación de geografías» comienza con el cuerpo, con la construcción y *performance* del ser, del sujeto humano como una entidad particularmente espacial, implicada en una relación compleja con su entorno. Por un lado, nuestras acciones y pensamientos modelan los espacios que nos rodean, pero al mismo tiempo los espacios y lugares producidos colectiva o socialmente en los cuales vivimos, moldean nuestras acciones y pensamientos de un modo que sólo ahora estamos empezando a comprender. Si utilizamos términos familiares a la teoría social, podemos decir que la espacialidad humana es el producto del agenciamiento humano y de la estructuración ambiental o contextual.

Por otra parte, nuestra *performance* como seres espaciales tiene lugar a diversas escalas, desde el cuerpo, o aquello que la poetisa Adrienne Rich denominó, en alguna ocasión, «la geografía más cercana», hasta toda una serie de geografías más distantes que abarcan desde dormitorios y edificios, casas y barrios, hasta ciudades y regiones, Estados y naciones y, en última instancia, toda la tierra —la geografía humana más lejana. A pesar de la existencia de un cierto «deterioro de la distancia» exterior al cuerpo, en lo que se refiere a la capacidad de incidir individualmente y de ser influidos por dichos espacios más amplios, cada uno de estos espacios debe ser reconocido como producto de la acción y la intención humana colectiva, y por lo tanto susceptible de ser modificado o transformado. Esto permea todas las escalas (socialmente construidas) de la espacialidad humana, desde lo local hasta lo global, no sólo de forma activa e intencionada, sino también a través de tensiones intrínsecas y conflictos potenciales, de apertura y libertad, así como también de cerrazón y opresión, con la presencia perpetua del desarrollo geohistórico ilimitado y, por lo tanto, con la política, la ideología y lo que, sirviéndonos de Michel Foucault, podemos denominar los intersticios del espacio, el conocimiento y el poder.

Si bien dicha definición mejorada de la espacialidad humana puede parecer obvia para muchos de nosotros, hasta hace relativamente poco tiempo había sido muy poco estudiada por la gran mayoría de los académicos. Existe, por ejemplo, una abundante literatura acerca de las ciudades y de la vida urbana, y acerca de ciertos momentos clave en los cuales la producción social de la espacialidad urbana se convirtió en el centro de atención de la rigurosa academia. Pero incluso el campo de los estudios urbanos ha estado sumamente subespecializado hasta hace poco tiempo atrás, siendo la espacialidad de la vida urbana considerada de forma predominante como un mero complemento o resultado de procesos históricos y sociales que no son intrínsecamente espaciales en sí mismos, es decir, otorgando a la espacialidad en sí un poder explicativo escaso o no causal. Algo similar puede decirse sobre las demás escalas del análisis espacial, desde nuestra comprensión

del cuerpo y de la psicología individual, o la formación de comunidades e identidades culturales, hasta el análisis del Estado-Nación y su política, o la dinámica de la economía mundial.

Sin embargo, hacia finales de la década de 1990 dicha situación ha comenzado a cambiar dando inicio a lo que algunos han descrito como un giro espacial interdisciplinario. Tal vez, por primera vez en los últimos dos siglos, los académicos críticos en particular han comenzado a interpretar la espacialidad de la vida humana del mismo modo en que han interpretado tradicionalmente la historia y la sociedad, o la historicidad y la sociabilidad de la vida humana. Sin minimizar la importancia de la historicidad o la sociabilidad inherentes a la vida, o sin debilitar las imaginaciones críticas y creativas que se han desarrollado en torno a dichas interpretaciones prácticas y teóricas, una perspectiva crítica revigorizada, asociada a una imaginación explícitamente espacial, ha comenzado a imbuir el estudio de la historia y de la sociedad con nuevas formas de pensamiento e interpretación. A comienzos del siglo XXI, asistimos así una renovada conciencia acerca de la simultaneidad y la compleja interrelación de las dimensiones social, histórica y espacial de nuestras vidas, su inseparabilidad y su interdependencia con frecuencia problemática. Es con esta perspectiva reequilibrada con que comenzamos nuestro redescubrimiento de la geohistoria del espacio urbano.

La especificidad espacial del urbanismo

El mismo uso de los términos «geohistoria» y «espacio urbano» refleja de manera inmediata el fundamento preferente de una perspectiva espacial crítica. La geohistoria, por ejemplo, enfatiza la inseparabilidad de la historia y la geografía, su necesaria, y con frecuencia problemática, interrelación, aspectos que suelen ser relegados a un segundo plano. Pero al menos para nuestros objetivos actuales el geo es quien viene primero, dado que muy frecuentemente la historia, utilizada sin su calificativo espacial, desaprovecha la sutileza crítica de la imaginación geográfica o espacial, agregando en su lugar meros datos geográficos y algunos mapas. Otro fundamento intencional se encuentra vinculado a la interrelación entre espacialidad y sociabilidad, o aquello que alguna vez denominé dialéctica socio-espacial. Mientras que comprender la idea de que todo lo espacial es, simultáneamente, e incluso problemáticamente, social puede resultar simple, comprender la relación inversa resulta mucho más dificultoso, es decir, que aquello que es descrito como social es siempre, y al mismo tiempo, intrínsecamente espacial. Esa espacialidad inherente, contingente y compléjamente constituida de la vida social (y de la historia) debe ser enfatizada de modo persistente y

explícito, a fin de que la misma no sea olvidada o suprimida. El hecho de que las dimensiones social, histórica y espacial puedan sostenerse por sí mismas como objetos analíticos resulta obvio, pero le pido a los lectores que siempre que uno de dichos términos sea utilizado sin calificativo tengan las restantes dimensiones en mente, dado que mantener a los tres términos vinculados de forma pareja constituye una parte vital del giro espacial y de la espacialización de los estudios urbanos.

Puesto que la dimensión espacial es, precisamente, aquella que más frecuentemente ha sido dejada de lado o soslayada, lo espacial y lo geográfico serán «priorizados» en muchos de los términos y conceptos utilizados en este libro, comenzando aquí con la geohistoria del espacio urbano. El espacio urbano hace referencia a la ciudad en tanto fenómeno histórico-social-espacial, pero con su espacialidad intrínseca realzada con fines interpretativos y explicativos. En esta definición de espacio urbano también aparecerá en primer plano, agregándole mayor grado de concreción a su significado, lo que puede ser descrito como la especificidad espacial del urbanismo, un concepto que será utilizado en reiteradas ocasiones a lo largo de los siguientes capítulos. La especificidad espacial urbana hace referencia a las configuraciones específicas de las relaciones sociales, de las formas de construcción y de la actividad humana en una ciudad y en su esfera geográfica de influencia. Ésta emerge activamente de la producción social del espacio urbano, en tanto contexto o hábitat material y simbólico distintivo para la vida humana. De este modo, presenta tanto aspectos formales o morfológicos como procesuales o dinámicos.

La especificidad espacial, en su carácter de forma urbana, puede ser descrita en términos de las cualidades relativamente fijas de un entorno construido, expresado en estructuras físicas (edificios, monumentos, calles, parques, etc.) y también en los patrones de uso de la tierra plausibles de ser cartografiados, en la riqueza económica, en la identidad cultural, en las diferencias de clase y en toda la gama de atributos, relaciones, pensamientos y prácticas individuales y colectivas de los habitantes urbanos. En tanto proceso urbano, involucra aún más cualidades dinámicas que se derivan de su papel en la conformación del espacio urbano y en la construcción social del urbanismo, una contextualización y una espacialización de la vida social en su sentido más amplio, planeada e imbuida de intencionalidad política, que se encuentra en constante evolución. En tanto forma y proceso, la especificidad espacial del urbanismo es sinónimo de aquello que podemos denominar la geografía específica del espacio urbano en constante evolución histórica.

La geografía específica del espacio urbano ha sido frecuentemente relegada a un segundo plano no problemático en las prácticas intelectuales de la historiografía crítica y de forma insistente en la ciencia social o socialista. Si bien los procesos sociales, tales como la estratificación según estatuto o

clase o la conformación de comunidades urbanas, son considerados modeladores de las ciudades, son pocos los casos en que se reconoce el modo en que la naturaleza intrínseca de la urbanidad da forma a dichos procesos y eventos históricos y sociales. Aún cuando, como en el campo de los estudios urbanos, el espacio urbano constituye el centro de la investigación, éste ha tendido a ser considerado principalmente como un entorno construido arquitectónicamente, un envase físico para actividades humanas, modelado y remodelado con el paso del tiempo por constructores profesionales o vernáculos de ciudades y por una gran cantidad de procesos de desarrollo urbano, no espaciales, pero inconfundiblemente sociales e históricos. Esto ha concentrado la atención en las formas materiales sintetizadas de la espacialidad urbana, muy a menudo dejando de lado sus cualidades más dinámicas, generativas, explicativas y relativas a su desarrollo.

Parafraseando el famoso comentario de Foucault en el cual compara el modo en que los académicos han comprendido tradicionalmente el espacio de forma opuesta al tiempo, en casi todos estos enfoques el espacio urbano es típicamente considerado como fijo, muerto, social y políticamente inútil, poco más que un decorado para los procesos sociales e históricos dinámicos, que no son por sí mismos inherentemente urbanos. Por el contrario, la historia urbana y el desarrollo histórico de la sociedad urbana (la especificidad histórica y social del urbanismo) son típicamente privilegiados y priorizados en la medida en que se encuentran profundamente implicados en las dinámicas permanentes del desarrollo y del cambio humano y social, vibrantemente vivos, complejamente dialécticos, en tanto constituyen el campo y el centro principal de la acción humana, la conciencia colectiva, el deseo social y las interpretaciones críticas. Cada capítulo de *Postmetrópolis* se encuentra modelado por un delicado acto de (re)compensación que intenta terminar con el privilegio del tiempo sobre el espacio, fuertemente arraigado en los estudios urbanos, evitando sólo invertir, sin embargo, el orden del privilegio, es decir, evitando subordinar el tiempo y la historia a una determinación espacial o espacialismo absolutos.

Haciendo uso de un término íntimamente asociado al trabajo del teórico social Anthony Giddens, podemos decir que al abrir la investigación del espacio urbano a esta perspectiva más integral de la estructuración «espacio-temporal» se torna posible vincular de un modo más directo la producción y la reproducción dinámica del espacio urbano a otras configuraciones de la vida social que resultan más familiares y que han sido estudiadas en profundidad, tales como la familia, la comunidad cultural, la estructura de clases sociales, la economía de mercado y el estado gubernamental o sistema de gobierno. Dicho vínculo no sólo sugiere que estas otras estructuras institucionalizadas poseen sus propias geografías específicas, que requieren

ser estudiadas y entendidas de un modo más riguroso, sino también que la producción del espacio urbano genera nuevas formas locales, urbanas y regionales de organización e identidad social que vale la pena estudiar en sí mismas.

En mi opinión, la conceptualización más inteligente y afirmativa de este proceso de configuración social complejo, pero inconfundiblemente urbano, puede hallarse en la obra de Henri Lefebvre, uno de los urbanistas más destacados del siglo XX. Lefebvre basó su conceptualización integral de las relaciones entre espacialidad, sociedad e historia en una problemática esencialmente urbana, una dinámica y un marco espaciales para la acción política, llenos de tensión y frecuentemente en cuestión, que proyectó sobre las especificidades más sociales e históricas de la vida urbana. Siguiendo el argumento más sólido de Lefebvre, todas las relaciones sociales, ya sea relativas a la clase, la familia, la comunidad, el mercado o el poder estatal, permanecen abstractas e infundadas hasta no ser expresamente espacializadas, es decir, convertidas en relaciones espaciales materiales y simbólicas. Por otra parte, dicho proceso de materialización y contextualización real e imaginario no es un asunto simple que sólo requiere ser cartografiado casualmente en geografías específicas y fijas, sino que se encuentra lleno de movimiento y cambio, tensión y conflicto, política e ideología, pasiones y deseos y, citando nuevamente a Virgine, lleno de «los enigmas del mundo y de nuestra existencia». El carácter intrínsecamente urbano de este difícil proceso es convincentemente evocado en la cita de Lefebvre que da comienzo al capítulo 1, en la cual plantea que «el desarrollo de la sociedad sólo puede ser concebido en la vida urbana, a través de la realización de la sociedad urbana».

Lefebvre sostenía que dicha problemática específicamente urbana se derivaba de la compleja interacción entre configuraciones geográficas micro y macro del espacio urbano. Al observarlas «desde arriba», dichas geografías del desarrollo describen la condición y el condicionamiento general de la realidad urbana en términos generales o globales. Vistas «desde abajo», se encuentran más fundadas en prácticas espaciales localizadas y en experiencias concretas de la vida cotidiana. Las tensiones y contradicciones que emergen de estas diferentes escalas de especificidad espacial, así como también de las perspectivas opuestas utilizadas para interpretarlas, son resueltas, o al menos desplegadas, en un tercer proceso que Lefebvre describió más globalmente como la producción (social) del espacio (social).⁵ Este modo

⁵ Esta inclusión parentética de lo social no debe ser interpretada, tal y como lo han hecho algunos de los lectores más sociológicos de Lefebvre, privilegiando de alguna forma lo social sobre lo espacial. Mi interpretación de la misma supone un intento por mantener ambos aspectos en interrelación, no vaya a ser que olvidemos lo social tal y como Lefebvre afirma de forma convincente, esto es, en tanto poder crítico de la espacialidad urbana y del pensamiento espacial en particular.

alternativo e intensamente politizado de considerar el espacio urbano, que combina perspectivas micro y macro sin privilegiar unas sobre las otras, ha sido muy poco estudiado en la literatura acerca de las ciudades, dado que muy frecuentemente las visiones desde arriba y desde abajo han sido definidas como dominios empíricos e interpretativos separados y competitivos, en lugar de como momentos interactivos y complementarios de nuestra interpretación del urbanismo y de sus especificidades espaciales.⁶ Una vez más, intentaré poner en práctica esta conceptualización alternativa del espacio urbano desarrollada por Lefebvre en todos los capítulos del libro.

La dialéctica del espacio urbano

En continuidad con el trabajo de Lefebvre y con las ampliaciones del mismo que llevé a cabo en *Thirdspace* (1996), la producción del espacio urbano en su expresión combinada, es decir, como forma y proceso contextualizantes puede ser estudiada por lo menos de tres modos distintos, si bien interrelacionados entre sí. A partir de aquello que he descrito como una perspectiva del primer espacio (Lefebvre denominaba a su objeto de análisis, espacio percibido), el espacio urbano puede ser estudiado como un complejo de «prácticas espaciales» materializadas, que trabajan en forma conjunta para producir y reproducir las formas concretas y los patrones específicos del urbanismo como forma de vida. Aquí el espacio urbano es percibido física y empíricamente como forma y proceso, como configuraciones y prácticas de la vida urbana plausibles de ser medidas y cartografiadas. Este enfoque esencialmente materialista ha sido claramente la perspectiva predominante en el estudio y la interpretación de la espacialidad urbana.

Desde una perspectiva del segundo espacio, el espacio urbano se vuelve un campo más mental o ideal, conceptualizado en imágenes, pensamientos reflexivos y representaciones simbólicas, un espacio concebido por la imaginación, o aquello que en lo sucesivo describiré como el imaginario urbano. El «mapa mental» que todos llevamos con nosotros como parte activa de nuestro modo de experimentar la ciudad constituye, precisamente, un ejemplo de las representaciones del espacio urbano antes señaladas. Otro ejemplo es el vislumbramiento de una utopía urbana, una realidad imaginada que también afecta nuestra experiencia y conducta urbana. Un tercer ejemplo,

⁶ Una discusión en mayor profundidad de este enfoque más integral puede ser hallada en «Postscript I: On the Views from Above and Below» en Edward Soja, *Thirdspace*, pp. 310-314.

aún más complejo, es la construcción de una epistemología urbana, un marco y método formales para obtener conocimiento acerca del espacio urbano y explicar su geografía específica. Mientras que las perspectivas del primer espacio se encuentran más objetivamente centradas y destacan las «cosas en el espacio», las perspectivas del segundo espacio tienden a ser más subjetivas y a ocuparse de las «reflexiones acerca del espacio».

Tradicionalmente, una variedad de combinaciones de estos dos modos de interpretación del espacio urbano ha ocupado todo el campo de la imaginación geográfica urbana y han ayudado a conducir la atención de los estudios urbanos hacia aquello que podríamos describir como las apariencias superficiales mensurables de la espacialidad urbana, aún cuando las mismas son concebidas como un campo de sueños utópicos e imaginarios subjetivos. Profundizando en un argumento que desarrollé en detalle en *Thirdspace*, una concentración tan pronunciada en las apariencias superficiales reales y/o imaginarias plantea ciertas limitaciones a nuestra capacidad de reconocimiento del espacio urbano, así como también de otras formas de espacialidad humana, en tanto un ámbito activo de desarrollo y cambio, conflicto y resistencia, una fuerza impulsora que afecta todas las dimensiones de nuestras vidas. La especificidad espacial del urbanismo, vista exclusivamente dentro de estos dos modos de pensamiento y epistemología espacial, tiende a ser reducida a formas fijas, ya sea a escala micro o macro, que son descritas e interpretadas como los productos materializados de aquello que suele ser considerado como procesos históricos, sociales, políticos, económicos, conductuales, ideológicos, ecológicos y así sucesivamente, pero no espaciales. La espacialidad dinámica, intrínseca y problemática de la vida humana es, de este modo, considerablemente enmudecida en su alcance y en su poder explicativo. El espacio urbano, esencialmente reducido a un resultado o producto de la acción e intención social, es visto como algo a ser explicado. Sólo de vez en cuando es reconocido como un proceso dinámico de construcción espacial (y social), como *una fuente de explicación en sí mismo*.

La existencia de una forma de concebir la producción social de espacialidad humana que incorpore las perspectivas del primer y el segundo espacio, al mismo tiempo que amplíe el alcance y la complejidad de la imaginación geográfica o espacial, constituía el argumento central de *Thirdspace*. En dicha perspectiva alternativa o «tercera», la especificidad espacial del urbanismo es investigada como un *espacio enteramente vivido*, un lugar simultáneamente real e imaginario, actual y virtual, lugar de experiencia y agencia estructuradas, individuales y colectivas. Comprender el espacio vivido puede ser comparado a escribir una biografía, una interpretación del tiempo vivido de un individuo, o en términos más generales a la historiografía, es decir, al intento de describir y entender el tiempo vivido de las colectividades o las

sociedades humanas. En todas estas «historias de vida» resulta imposible obtener un conocimiento perfecto o completo. Hay demasiadas cosas, desconocidas y tal vez incognoscibles, que yacen debajo de la superficie como para que sea posible contar una historia completa. Lo mejor que podemos hacer es investigar selectivamente, del modo más sutil posible, la infinita complejidad de la vida a través de sus dimensiones espaciales, sociales e históricas intrínsecas, y de su espacialidad, sociabilidad e historicidad interrelacionadas.

En este sentido, estudiar el espacio urbano presenta una variedad de ejemplificaciones e interpretaciones potencialmente infinita. Ante semejante complejidad, investigamos y explicamos todo lo que podemos, eligiendo aquellos ejemplos e instancias específicas que mejor reflejan nuestros objetivos y proyectos en particular para obtener un conocimiento útil y práctico, un conocimiento que podamos utilizar no sólo para comprender el mundo sino también para mejorarlo. A pesar de que en cierta medida la primera parte resalta una perspectiva relativa al primer espacio, la segunda parte una perspectiva relativa al segundo espacio y la tercera parte una perspectiva relativa al tercer espacio, cada capítulo está informado por los tres modos de investigar la ciudad y por los desafíos que emergen de la interconexión entre los espacios percibidos, los espacios concebidos y los espacios vividos.

Sinecismo: el estímulo de la aglomeración urbana

A fin de conducir nuestra nueva cartografía de la geohistoria del espacio urbano, es necesario introducir otro término con el propósito de capturar de un modo más nítido una de las dinámicas humanas más importantes que emerge de la misma naturaleza de la vida urbana, de aquello que puede ser vagamente denominado como ciudadanía. Para dicho fin he elegido adaptar una antigua palabra griega que cada tanto aparece en su versión inglesa en la literatura arqueológica e histórica sobre las ciudades y el urbanismo, «sinoecismo» (*synoecism*, en inglés se pronuncia «sin-ee-sism»). Por diversos motivos he elegido escribir y pronunciar la palabra como *sinecismo* [*synekism*].⁷ De todos modos, en aquellas ocasiones en las que el término sinoecismo aparezca en la literatura, mantendré la ortografía original.

⁷ Del griego *synoikismós*, literalmente «cohabitación», alude a la formación de la polis griega por aglomeración de poblaciones previas. En este texto se ha preferido adaptarlo al castellano con la voz *sinecismo*, aceptada ya en la historiografía de la Grecia Antigua, que con la voz *sinequismo*, utilizada en filosofía para señalar los problemas de la continuidad de una idea y específicamente de la verdad. [N. del E.]

El término sinecismo deriva directamente de *synoikismos*, literalmente, la condición que emerge de vivir juntos en una casa, u *oikos*. Es utilizado por Aristóteles en su *Política* para describir la formación de la *polis* o ciudad-estado ateniense. Muchos otros términos han sido derivados de la raíz *oikos* y de su sentido intrínseco como organización y administración de un espacio común o hábitat compartido: *economía* (originalmente «economía doméstica» o «gestión doméstica», se amplió hasta abarcar territorios más grandes, desde lo local hasta lo global), *ecología* (el estudio del modo en que una variedad de organismos vivos «viven juntos» en espacios o en medio ambientes compartidos), *ecumene* (el «mundo habitado» y/o sus regiones de ocupación centrales) y, más recientemente, *ekística* (un término desarrollado por el arquitecto y teórico de la planificación, Constantino Doxiadis, para hacer referencia al estudio integral de todos los asentamientos humanos, desde las casas hasta las realidades propias de las escalas globales). Todas estas ampliaciones de *oikos* han retenido el fuerte sonido de la «k» propio de la raíz griega y se encuentran imbricadas en el sentido amplio de *synoikismos*. De este modo, el sinecismo connota las interdependencias económicas y ecológicas y las sinergias creativas, así como también destructivas, que surgen del agrupamiento intencionado y de la cohabitación colectiva de la gente en el espacio, en un hábitat «hogar».

En la antigua Grecia el sinecismo hacía referencia específicamente a la unión de una gran cantidad de asentamientos urbanos más pequeños bajo una ciudad «capital», implicando de este modo una forma de gubernamentalidad de base urbana (lo que, por ejemplo, hemos denominado ciudad-estado), así como también la idea de un *sistema urbano*, una red interconectada de asentamientos de variados tamaños que interactúan dentro de límites *regionales* definidos y que a su vez definen (el término *región* se deriva del latín *regere*, regir). De esta forma, y desde sus orígenes, el término sinecismo connotaba un concepto regional del espacio urbano, una forma y un proceso de gobierno político, desarrollo económico, orden social e identidad cultural que implicaba no sólo un asentamiento o nodo urbano sino muchos nodos articulados entre sí en una intrincada malla de asentamientos nodales o regiones centradas en ciudades. En este sentido, el sinecismo acarrea consigo una dinámica socio espacial similar a aquello que se encuentra implícito en la antigua palabra griega, *metrópolis*, literalmente «ciudad madre», la capital o el centro dominante de una constelación de ciudades, pueblos y aldeas «colonizadas», además de sus *hinterlands* menos densamente poblados, que define la *patria* territorial (y comúnmente imperial), otra variación regional de *oikos*. En la Grecia moderna, el sinecismo mantiene su connotación como una dinámica espacial particular en la urbanización o en el proceso de formación de las

ciudades, por lo general haciendo referencia al incremento de nuevos lugares de asentamiento (aldeas, pueblos, barrios, suburbios) alrededor de un centro urbano dominante y centrípeto⁸.

Al igual que nuestras definiciones del espacio urbano, tanto sinecismo como metrópolis pueden ser considerados descripciones estáticas de la forma espacial, pero también como el contexto específicamente espacial de procesos activos y afectivos de formación, innovación, desarrollo, crecimiento y cambio sociales. Sin negar la importancia de la forma urbana, es este último aspecto más procesual y activo el que en este caso requiere nuestra atención. El sinecismo, en tanto fuerza activa y motriz de la geohistoria, supone la formación de una red regional de asentamientos nucleados y anidados de modo jerárquico, capaces de generar innovación, crecimiento y desarrollo social (así como también individual) desde el interior de su dominio territorial definido. En este sentido, se asemeja a aquello que los geógrafos económicos han denominado *economías de aglomeración*, las ventajas económicas (y, en ciertos casos, desventajas) que se derivan del denso agrupamiento de la gente y de los lugares de producción, consumo, administración, cultura y demás actividades relacionadas con las concentraciones que forman los puntos centrales de un sistema regional de asentamientos, una red anidada de «lugares centrales» y sus *hinterlands* dependientes.

La aglomeración sinécica es un concepto conductual y transaccional, así como también político y económico, que activa la especificidad espacial del urbanismo, transformándola en una fuerza social e histórica. Si bien no se trata de la única fuerza de dicho tipo que emerge de la geografía específica de las ciudades, ésta resulta fundamental a fin de explicar los motivos por los cuales el espacio urbano y la cultura especializada, y la economía política de las ciudades regiones juegan un papel poderoso y duradero en el desarrollo humano y social, aunque se trate de un papel que frecuentemente ha sido poco reconocido y que sólo muy de vez en cuando ha sido teorizado explícitamente. El estímulo de la aglomeración urbana se torna especialmente relevante al intentar explicar una de las cuestiones más enigmáticas y desafiantes de la geohistoria: ¿por qué algunas regiones del mundo se desarrollan más rápidamente que otras? Esta es la pregunta principal de todos los estudios acerca del *desarrollo geohistóricamente desigual*, tal vez el asunto más integral, en términos temáticos, de todas las ciencias humanas.

Una gran parte del trabajo contemporáneo acerca del estímulo de la aglomeración urbana llevado a cabo por los geógrafos económicos y otros estudiosos (un tema que luego retomaremos) fue provocativamente prefigurado

⁸ Otro uso contemporáneo del término *sinokismo* es aquel que hace referencia a áreas recientes de asentamiento inmigrante en ciudades tales como Atenas.

en un pequeño libro publicado en 1969 por la iconoclasta crítica urbana, Jane Jacobs. En su especulativa introducción a *La economía de las ciudades*, Jacobs retrocede a los orígenes de las ciudades para desarrollar un argumento que ubica el origen del crecimiento urbano en aquello que ella denominó «la chispa de la vida económica de la ciudad», una chispa que se asemeja enormemente al sinecismo y a las fuerzas reflexivas, generativas e innovadoras asociadas a la aglomeración y nodación urbanas. Jacobs define a la ciudad como un asentamiento que genera crecimiento económico de forma consistente a partir de su propia economía y recursos. Dicha sinergia endógena o intraurbana (estimulada por conexiones interurbanas) se extiende por sí misma en la creación de una ciudad región con sus pueblos, aldeas y campos dependientes (que según su definición son incapaces de producir crecimiento autogenerado); áreas metropolitanas más extensas donde ciudades, pueblos y aldeas se fusionan en una red regional de asentamientos; y una «economía nacional» definida como «la sumatoria de las economías de las ciudades de una nación y los efectos secundarios pasados y actuales de las economías de las ciudades sobre las economías de los pueblos, aldeas, campos y páramos» (1969: 258-259). Si bien algunas ciudades pueden dejar de crecer (las denomina ciudades estancadas), su argumento central es que todas las fuerzas motrices del crecimiento y el desarrollo económico (y agrega enfáticamente: a través de la historia) emergen del particular entorno socio espacial de las ciudades, de esa extraordinaria condición de la vida humana, pocas veces tenida en cuenta, que puede ser descrita como la especificidad espacial del urbanismo.

En una breve entrevista publicada en *Los Angeles Times*, realizada a propósito de un simposio de cinco días en honor a Jacobs llevado a cabo en Toronto en octubre de 1997, Jacobs repite su argumento con su característico estilo directo y desafiante:

Las ciudades son las madres del desarrollo económico, no porque la gente de las ciudades sea más inteligente, sino debido a las condiciones de densidad. En las ciudades hay una concentración de las necesidades, y un mayor incentivo a lidiar con los problemas de un modo en que antes no se había hecho. He aquí la esencia del desarrollo económico. Sin éste, todos seríamos pobres.

La pobreza sólo podrá ser superada a través del desarrollo y el comercio. Los espacios rurales, que no cuentan con ciudades que actúen como sus motores económicos, son los más pobres [...] a través de la historia humana organizada, si querías prosperidad, debías tener ciudades. Lugares que atrajeran personas nuevas, con ideas nuevas [...] [Los forasteros] traen consigo nuevas formas de ver las cosas y, tal vez, nuevas formas de resolver viejos problemas.⁹

⁹ Steve Proffit, «Jane Jacobs: Still Challenging the Way We Think About Cities», *Los Angeles Times* [Opinion], 12 de octubre, 1997, M3.

Más recientemente, el geógrafo y planificador económico Michael Storper ha vuelto a afirmar enérgicamente la importancia de dicho estímulo creativo de la aglomeración urbana. A continuación encontrarán algunas de sus observaciones tomadas de «The World of the City: Local Relations in a Global Economy», capítulo 9 de *The Regional World: Territorial Development in a Global Economy* (1997) [El mundo regional. Desarrollo territorial en una economía global]:

[L]a naturaleza de la ciudad contemporánea es la de una «socio-economía» local o regional [...] un conjunto de relaciones sociales específicas, diferenciadas y localizadas [...] relaciones concretas entre personas y organizaciones que son necesarias para el funcionamiento económico de dichas entidades. Las ciudades son lugares en los cuales dichas relaciones son convencionales, y difieren de una ciudad a otra. Las actividades económicas que se agrupan en ciudades [...] son caracterizadas frecuentemente por interdependencias indirectas o inmodificables que adquieren la forma de dichas convenciones y relaciones. (Storper, 1997a: 222)

Storper vincula dichas convenciones e interdependencias, construidas social y espacialmente, a aquello que él denomina *reflexividad económica*, es decir, a la habilidad para «dar forma al curso de la evolución económica a través de la acción humana reflexiva», y a aquello que describe como «aprendizaje competitivo». Añade entonces (el énfasis ha sido eliminado):

Dimensiones importantes y distintivas de dicha reflexividad tienen lugar en las ciudades, tanto en la producción como en el consumo, en la industria así como también en los servicios; las mismas dependen de las relaciones concretas entre personas y organizaciones que adquieren forma en las ciudades; y son coordinadas por convenciones que tienen dimensiones urbanas específicas. (Storper, 1997a)

[N]o es sólo la geometría de dichos [mundos urbanos de acción reflexiva] lo que resulta de interés, sino las mentalidades y marcos construidos, a través de los cuales los actores involucrados evalúan e interpretan permanentemente sus contextos, y en función de dicha base adaptan su participación al contexto. (Storper, 1997a: 246)

A pesar de que Storper no considera dicha reflexividad generativa como exclusivamente urbana, enfatiza no obstante el papel vital de la proximidad espacial y del estímulo de la aglomeración urbana densa.

La reflexividad supone relaciones complejas e inciertas entre organizaciones, entre las partes de organizaciones complejas, entre individuos y entre individuos y organizaciones, en las cuales la proximidad es importante debido a la

sustantiva complejidad e incertidumbre de las mismas [...] En otras palabras, el tejido transaccional de dichas actividades urbanas es de una naturaleza tradicional/relacional, y es urbano debido a que ciertas tradiciones y relaciones sólo funcionan en el contexto de la proximidad. (Storper, 1997a: 245)

De forma significativa, Storper, aún más que Jacobs, expresa su análisis de la reflexividad económica urbana en una perspectiva fundamentalmente regional, en lo que él describe como «mundos regionales de producción». Resulta útil seguir profundizando en esta «regionalidad» del espacio urbano sinécico.

La regionalidad del espacio urbano

Como ya se habrá observado, el concepto de sinecismo tiene un alcance implícitamente regional. Conciérne no sólo a un centro urbano singular y densamente poblado sino, más categóricamente, a un sistema regional policéntrico más grande de asentamientos nodales interactivos, una ciudad región. Desde el principio, dicha regionalidad amplía la *escala* del espacio urbano y apunta a la necesidad de ver incluso a las ciudades más antiguas como aglomeraciones regionales. Siempre teniendo en mente el hecho de que la regionalidad del espacio urbano no es sencilla, ya que tendemos a ver la ciudad como un área formalmente delimitada, distinta de su *hinterland* y de los campos «no urbanos» o «suburbanos» o «rurales». Sólo a dicha área central le son atribuidas, convencionalmente, las cualidades distintivas de la urbanidad o las experiencias del urbanismo en tanto forma de vida. Sin embargo, el espacio urbano supone una configuración más amplia y compleja, una geografía específica que por su misma definición tiende a ser dinámica y expansiva en su dominio territorial. El espacio urbano siempre contiene áreas habitadas o, por dicho motivo, deshabitadas o inexploradas que no parecen urbanas en términos tradicionales, pero que de todos modos se encuentran *urbanizadas*, es decir, que forman parte de un espacio urbano regional y, por lo tanto, se ven profundamente afectadas por el urbanismo en tanto modo de vida y por el sinecismo que es inherente al agrupamiento en un espacio compartido.

El espacio urbano, en tanto red regional de asentamientos, se encuentra estructurado de modo jerárquico, y en este sentido se compone de asentamientos de diversos tamaños, algunos relativamente independientes, otros que alguna vez lo fueron pero que posteriormente se vieron fusionados en un tejido urbano continuo. Probablemente nunca haya existido un espacio urbano regional en el que todos los asentamientos fueran del mismo tamaño.

Esta ha sido la principal premisa de lo que los geógrafos han dado en llamar «teoría del lugar central», un intento de describir la geometría característica de los sistemas de asentamientos jerarquizados en términos de tamaño, ubicación relativa y distribución de las funciones de servicios. Es más, dichas jerarquías de tamaño tienden a ser piramidales, con muchos más asentamientos pequeños que grandes. Una vez más, no se han conocido ciudades región en las cuales las grandes ciudades se encuentren en mayor proporción que las pequeñas. De hecho, siempre ha existido una tendencia a que el espacio urbano gire en torno a un único centro urbano dominante, la «capital» o ciudad-madre de la región metropolitana, en la que puede presumirse que el sinecismo, en todas sus manifestaciones positivas y negativas, está más intensamente concentrado, aunque no sea de forma exclusiva.

Pueden realizarse también otras generalizaciones descriptivas acerca de la forma material del espacio urbano. Por ejemplo, incluso en asentamientos pequeños suele haber un deterioro de la función de la distancia dependiendo del tamaño de la aglomeración, la ubicación de otros centros nodales y otros factores tales como la tasa de expansión de la población. La estructura piramidal de las densidades del espacio urbano resultante suele ser asociada, en los análisis económicos urbanos contemporáneos, al valor del suelo, a otras medidas de atracción y a ventajas locales comparada basadas en la accesibilidad, la densidad de la actividad y el potencial para estimular un mayor desarrollo urbano. Al pensar en ello, no resulta sorprendente que dichos centros nodales de alta densidad tiendan también a generar tipos variados de zonificación concéntrica y axial alrededor de sí mismos, dando forma al menos a unos pocos patrones de uso urbano del suelo y de conductas y actividades relacionadas con el mismo. La zonificación concéntrica en anillos de actividad especializada no siempre resulta visible en el entorno construido, especialmente en los espacios urbanos preindustriales, pero puede ser casi siempre hallada cuando se busca con ahínco. También suelen encontrarse ciertos patrones de uso de la tierra que modifican la zonificación concéntrica y la distribución piramidal de la densidad: se trata de los ejes «preferenciales», generalmente las principales arterias del tráfico que suelen cruzar el centro de la ciudad, y que son otro reflejo del poder centrípeto de la nodalidad. Si la proximidad brinda ventajas, la especificidad urbana del urbanismo genera también un campo de competencia real o imaginario por un acceso privilegiado que impide que el espacio urbano sea organizado de forma arbitraria o uniforme.

Parafraseando una de las máximas de la geografía matemática, podemos decir que el espacio urbano puede ser considerado internamente como un sistema espacial en sí mismo, y también como un sistema externamente anidado dentro de un sistema espacial más grande de espacios urbanos similares.

De este modo, la aglomeración y el espacio urbano operan en una variedad de niveles diferentes y también extienden sus efectos en al menos tres direcciones distintas: desde el centro hacia su interior inmediato (un efecto intraurbano), desde cada centro hacia otros centros de tamaño relativamente similar (vínculos interurbanos) y entre la gran cantidad de asentamientos de distintos tamaños en la red regional (un efecto jerárquico que casi siempre, pero no siempre, se filtra lentamente desde las ciudades más grandes hacia las más pequeñas). Además, la aglomeración no es exclusivamente un proceso de atracción, un movimiento interior hacia un centro. También funciona en sentido contrario, como una fuerza de descentralización y difusión. De este modo, en cada espacio urbano regional existe una relación compleja y dinámica entre las fuerzas de aglomeración y centralización (fuerzas centrípetas) y las fuerzas de expulsión y descentralización (fuerzas centrífugas), operando nuevamente en una variedad de escalas distintas, cuyos efectos resultantes difieren de un lugar a otro, a la vez que cambian con el paso del tiempo.

Indagar, encontrar y, tal vez, también explicar los orígenes de dichos patrones morfológicos del espacio urbano ha preocupado a generaciones enteras de urbanistas geógrafos durante el siglo pasado. A pesar de que en nuestra nueva cartografía de la geohistoria del espacio urbano haremos referencia a algunos de los hallazgos de dichos estudios en tanto reflejan continuidades interesantes de las ciudades más antiguas a las más nuevas, estos no jugarán un papel preponderante en el intento por dar un sentido práctico y teórico a la especificidad espacial del urbanismo y de la emergencia de la postmetrópolis. Esto no se debe a que los mismos sean irrelevantes o poco interesantes, sino más bien a que muy frecuentemente tienden a distraer la atención de una investigación explícita acerca de las dinámicas del sinecismo y del proyecto mayor de demostrar el modo en que la espacialidad de la vida social actúa como una fuerza motriz en la geohistoria.

El sinecismo es mucho más que un patrón variable que puede ser medido de forma directa a través de las estadísticas poblacionales, de los patrones de actividad, de la distribución del ingreso o de otras densidades y accesibilidades «resultantes». Sus efectos menos tangibles no son percibidos tan fácilmente, dado que yacen debajo de dichas apariencias superficiales y que comúnmente permanecen fuera de nuestra conciencia, dando forma y ayudando a explicar la formación del espacio urbano así como también muchas de las «regularidades» morfológicas definidas empíricamente de un modo más sutil. Para utilizar una comparación biológica, tal vez excesivamente presuntuosa, el sinecismo puede ser considerado como una parte vital del ADN del urbanismo, un tipo de código para la generación, el crecimiento y el desarrollo del espacio urbano y su regionalidad metropolitana.

Lo que intento decir, es que el sinecismo puede ser utilizado para ayudar a descifrar y, por lo tanto, para ayudar a entender no sólo los orígenes del espacio urbano y de la evolución de la forma urbana, sino de toda la trayectoria geohistórica del urbanismo y del desarrollo urbano en todas las sociedades humanas, desde el pasado hasta el presente. Reconocer su poder explicativo potencial amplía, notablemente, el espectro de los estudios urbanos, permitiéndoles tratar de forma más efectiva y de un modo más profundo temas más amplios y más diversos de los que han sido tradicionalmente incluidos dentro de su ámbito, incluidos aquellos «enigmas del mundo y de nuestra existencia» mencionados en la cita inicial de Lea Virgine.

A partir de la redefinición de ciertos conceptos, tales como la especificidad espacial del urbanismo, el sinecismo en tanto estímulo de la aglomeración urbana y de la regionalidad multinodal del espacio urbano, somos mucho más conscientes del hecho de que los procesos sociales, espaciales e históricos que modelan nuestras vidas no sólo operan *en y sobre* las ciudades, sino que en gran medida también emanan *de* las ciudades, de esas complejas especificidades y estímulos de la vida urbana. Las perspectivas predominantes en las ciencias sociales y en las ortodoxias del socialismo científico han tendido a perder de vista el poder explicativo potencial de dichas especificidades urbanas en sus interpretaciones de la historia y de la sociedad humana. Es hora de llamar a escena a dichas «dimensiones ocultas».

1. Las ciudades primero

El desarrollo de la sociedad sólo puede ser concebido en la vida urbana, a través de la realización de la sociedad urbana.

Henri Lefebvre, *Le droit à la ville/Espace et Politique* (1968) [ed. cast.: *El derecho a la ciudad*, trad. por J. González Pueyo, Península, Barcelona, 1973]

Hasta hace poco tiempo atrás, el pensamiento teórico concebía a la ciudad como una entidad, un organismo y un todo entre otros, y ello en el mejor de los casos, cuando no era reducida a un fenómeno parcial, un aspecto secundario, elemental o accidental de la evolución y la historia. De este modo, uno vería en ella un simple resultado, un efecto local que refleja la historia general de un modo puro y simple [...] [Dicho punto de vista] no contenía un conocimiento teórico de la ciudad y tampoco conducía al mismo; es más, bloqueaba la investigación a un nivel básico [...]. Sólo ahora estamos comenzando a comprender la *especificidad* de la ciudad.

Kofman and Lebas, *Henri Lefebvre: Writings on cities*, 1996.

La ciudad es el resultado de un *sinecismo*.

Kofman and Lebas, op. cit., p. 87

Reexcavando en los orígenes del urbanismo

La búsqueda de los orígenes, al igual que todas las formas de investigación histórica, suele estar condicionada por la predeterminación de los resultados, una suerte de teleología contradictoria que conduce al investigador a buscar orígenes y puntos de partida que reflejen su personal perspectiva acerca del presente. Nos sentimos cómodos al mirar hacia el pasado, por que

creemos que entender la historia nos ayuda a abordar mejor los problemas que nos afectan en el presente. Pero, incluso el historiador más objetivo, tiende a ser poco consciente del grado en que su comprensión del pasado está poderosamente modelada por las formas de pensamiento dominantes en la actualidad, ya sean político personales, paradigmas disciplinarios profundamente arraigados o los métodos de investigación de moda. He ahí el motivo por el cual la historia se encuentra intrínsecamente destinada a ser reescrita una y otra vez.

Comienzo mi reescritura de la geohistoria de las ciudades, del proceso de urbanización y del urbanismo como modo de vida, plenamente consciente de que también poseo un proyecto particular que condiciona mis metas y mi propia búsqueda de los orígenes. Por consiguiente, lo que vaya a encontrar es probable, es más tiene la intención de, que se diferencie considerablemente de los modos establecidos de describir y explicar los comienzos de aquello que ha sido denominado la Revolución Urbana. Mi enfoque está basado en, y es guiado por, la creencia de que, incluso en los escritos sobre el origen de las ciudades más conscientes en términos geográficos —desde la original y aún paradigmática conceptualización de V. Gordon Childe acerca de la Revolución Urbana, hasta la brillante incursión de Lewis Mumford en relación con la «cristalización» de la ciudad en la historia, o algunos de los mejores escritos contemporáneos de los arqueólogos y antropólogos críticos— ha existido una tendencia a subestimar la importancia de los procesos dinámicos vinculados a la espacialidad de la vida social y de la construcción social de geografías humanas específicas. Lo que me propongo llevar a cabo en el presente capítulo y, en efecto, en todos los capítulos que le siguen, es revisar la literatura relacionada con las ciudades de un modo diferente, comenzando por los debates acerca del origen del hecho urbano, con el propósito de demostrar el potencial poder interpretativo que puede surgir de la aplicación de una perspectiva espacial crítica más integral y rigurosa. El objetivo es no sólo demostrar que pensar en términos espaciales supone una diferencia sino también ilustrar que el hecho de anteponer el pensamiento espacial crítico, poniendo en primer plano lo espacial con respecto de las dimensiones sociales e históricas de nuestras vidas, puede dar como resultado el surgimiento de nuevas interpretaciones que desafíen gran parte de lo que se ha dado por sentado en el pensamiento histórico, geográfico y social más extendido.

La secuencia convencional: caza y recolección – agricultura – aldeas – ciudades – Estados

Si bien el discurso contemporáneo imperante acerca de los orígenes de las ciudades y la subsiguiente Revolución Urbana ha sido mejorado a raíz de ciertos descubrimientos y reinterpretaciones críticas recientes, habitualmente

éste se expresa a través de una secuencia evolutiva que comienza con sociedades humanas de pequeña escala, organizadas en grupos de cazadores y recolectores relativamente igualitarios. Durante la mayor parte de los primeros tres millones de años de la humanidad, hemos vivido en grupos que, probablemente, se componían de un promedio de 25 a 30 personas y que se caracterizaban por la presencia de roles de género fuertemente establecidos. A pesar de que en la actualidad muchos ponen en duda que la división de género del trabajo fuera tan estrechamente especializada, los hombres tendían a ser primariamente cazadores. Estos trabajaban para mantener y defender los territorios de caza y recolección, pescaban y hacían tareas menores de recolección de frutos silvestres. Las mujeres eran las principales recolectoras de comida, ayudaban a mantener los territorios de recolección y atendían las demandas de la vida diaria en complejos de casas temporales.

Hace al menos 40.000 años, los cazadores y recolectores de diferentes partes del mundo comenzaron a volverse cada vez más sedentarios. Los complejos habitacionales empezaron a ser construidos con mayor precisión y solidez formando, generalmente, conjuntos de chozas circulares organizadas en asentamientos de tipo kraal. Esto implicó un importante avance respecto de las viviendas en cavernas protegidas o de los refugios de piedra, dado que permitía una mayor movilidad para la búsqueda de comida. El asentamiento era fácilmente desmontable o podía ser abandonado y reconstruido cuando fuese necesario. A pesar de que pocos o ningún asentamiento permanente fuese construido por dichos cazadores y recolectores seminómadas, la evidencia reciente sugiere que, al menos en el suroeste de Asia, los complejos habitacionales serían ya multimodales y habrían alcanzado una gran complejidad. Además de los campamentos base, que tendían a permanecer por períodos de tiempo cada vez más prolongados, también había emplazamientos de campamentos temporales más pequeños, sitios de caza, refugios de piedra y canteras y talleres dispersos para hacer herramientas de piedra, la tecnología distintiva del Paleolítico o de la antigua Edad de Piedra.¹ Si bien la mayoría de los grupos se encontraban relativamente aislados, cada vez hay más evidencias acerca de la existencia de algún tipo de comercio con ciertos artículos, tales como sal y piedra, para la producción de herramientas y ornamentos.

¹ Véase, por ejemplo, Anthony E. Marks, «The Middle Paleolithic of the Negev, Israel», en J. Cauvin and P. Sanlavalle, *Prehistoire du Levant: chronologie et organization de l'espace depuis les origines jusqu' au VI millenaire*, París, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1981, pp. 288-302. El siguiente trabajo también puede ser útil, tanto aquí como en la discusión subsiguiente: Ofer Bar-Yosef, «On the Nature of Transitions: the Middle to Upper Paleolithic and the Neolithic Revolution», *Cambridge Archeological Journal*, núm. 8, 1998, pp. 141-163. Bar Yosef es un importante especialista en la «prehistoria» del suroeste de Asia y en particular en los cruciales desarrollos que tuvieron lugar en el Corredor del Levante.

Hace entre 15.000 y 10.000 años, con la retirada de la glaciación del Pleistoceno y los comienzos de la transición del Paleolítico al Neolítico (la nueva Edad de Piedra), un fenómeno dramático aunque gradual —que algunos expertos denominan «revolución de amplio espectro»— comenzó a producirse en el suroeste de Asia y, tal vez, también en el Valle del Nilo y los oasis que rodeaban el Sáhara. Los cazadores y recolectores intensificaron la explotación de granos de cereal silvestre y de animales salvajes, posiblemente como respuesta a los cambios sufridos por las condiciones climáticas. El medio ecológico del suroeste de Asia y de Egipto, especialmente en el arco de las tierras altas que rodean los valles del Tigris y el Éufrates que abarcan desde el actual Irán, hasta la meseta de Anatolia (nombre antiguo de Asia Menor) e Iraq y, después, hacia el sur a través de Siria y Palestina hasta el Bajo Nilo, fue especialmente propicio para estos desarrollos. Las variedades silvestres de trigo, cebada, lentejas y nueces abundaban en las bien irrigadas tierras altas y, de modo similar, había un gran número de ancestros salvajes de las ovejas, las cabras, el ganado vacuno y los cerdos. En estas ventajosas circunstancias, las bandas de cazadores y recolectores comenzaron a arraigarse más a los lugares, creando los primeros asentamientos permanentes conocidos en el mundo, acelerando así los procesos que llevarían a la domesticación de plantas y animales, llevando a la sociedad humana a los inicios de la agricultura planificada a gran escala y a la cría de animales domésticos, el sello distintivo de lo que ha sido denominado como Neolítico o Revolución Agrícola.

La transición de la caza a la agricultura, y la formación de las primeras sociedades completamente agrarias, son consideradas tradicionalmente como un proceso que se desarrolló de forma conjunta con la aparición y multiplicación de pequeñas aldeas conectadas con redes comerciales más amplias, facilitando el intercambio de ideas, alimentos, ornamentos, herramientas de piedra y otros recursos valiosos. Probablemente, dicho proceso tuvo lugar por primera vez hace al menos 10.000 años, en la región de las tierras altas del suroeste de Asia, con desarrollos posteriores, probablemente relacionados, en el Nilo, el Indo y los valles del Tigris y el Éufrates, y el sureste de Europa.² Fue aquí donde el proceso

² Procesos similares de transición de la caza y la recolección a la agricultura y a la cría de animales domésticos tuvieron lugar, se supone que de forma independiente, en muchas partes del mundo, varios miles de años después que en el suroeste de Asia. Los más conocidos de dichos centros independientes de desarrollo agrícola son los ubicados en las cuencas del río Hwang Ho-Yangtze, en China, en Mesoamérica (azteca y maya) y en el altiplano peruano (inca). La lista de otros centros importantes de cultivo y domesticación de animales ha ido creciendo con el paso de los años y en la actualidad incluye, al menos, las grandes cuencas de los ríos del suroeste de Asia (desde el Ganges inferior hasta Tonkin), Etiopía y el oeste de África, la cuenca del Alto Amazonas, el norte de Europa y el este de América del Norte y Papúa-Nueva Guinea donde hay algunas evidencias de la domesticación del cerdo y el taro, casi tan tempranamente como en el suroeste de Asia. En T. Douglas Price y Anne Brigitte Gebauer, *Last Hunters-First Farmers: New Perspectives on the Prehistoric Transition to Agriculture*, Santa Fe, NM, School of American Research Press, 1995, puede hallarse un excelente y actualizado análisis de los debates sobre el origen de la agricultura.

de domesticación se aceleró hacia el cultivo planificado, más allá del hecho de que la agricultura no debió ser más que un simple trabajo complementario para los cazadores y los recolectores. A lo largo de los últimos años, una nueva investigación arqueológica ha confirmado la ubicación principal del lugar donde tuvo lugar la primera domesticación de plantas y animales, en una región cuya forma se aproxima a una T (desde Irán hacia el oeste de Anatolia y al sur a través del Corredor del Levante, hasta el Nilo). Esta investigación ha descubierto también una considerable concentración de dichos desarrollos en el periodo relativamente corto comprendido entre 10.000 y 9.500 años a.C. En el centro sur de Anatolia, allí donde las dos barras de la T se cruzan, las pruebas de ADN han revelado la presencia de tres grandes «cultivos fundacionales», las primeras especies conocidas de cultivos de garbanzos, de algarroba amarga y, el más importante, el trigo einkorn (*Triticum monococcum*).³ Durante aproximadamente el mismo periodo, fueron halladas las primeras ovejas, cerdos, cabras y ganado domesticado en las extensiones alrededor de la T, además de toda una serie de cultivos que incluyen uvas, aceitunas, cebada y trigo emmer (*Triticum dicocoides*), así como también trigo blando (*Triticum aestivum*), guisantes, lentejas, habas y lino.⁴

³ La investigación a la cual se hace referencia, fue llevada a cabo por científicos de la Agricultural University of Norway, ubicada en Ås, y del Max Planck Institute, de Colonia. Se puede consultar un informe acerca de sus descubrimientos en M. Heun, *Science*, núm. 278, 214 de noviembre de 1997, p. 1312. Jared Diamond, fisiólogo de la UCLA y biogeógrafo, también ha realizado un análisis sobre dicha cuestión, titulado «Location, Location, Location: The First Farmers» (1997: 1243-1244). Diamond utiliza dichos descubrimientos para reforzar los argumentos desarrollados en *Guns, Germs and Steel: The Fates of Human Societies*, Nueva York, Norton, 1997 [ed. cast.: *Armas, gérmenes y acero: breve historia de la humanidad en los últimos trece mil años*, trad. por Fabián Chueca, Barcelona, Debate, 2004] acerca de la existencia de «una larga línea recta que recorre la historia del mundo» desencadenada por los orígenes de la producción de alimentos y seguida por el surgimiento de los reyes, los burócratas, los escribas, los soldados profesionales, los trabajadores del metal, la escritura, la sociedad estratificada, los imperios, las armas avanzadas, así como también la viruela y otras enfermedades epidémicas. Diamond señala que en dicho proceso «la ubicación es casi todo». En todos estos escritos, incluidos artículos periodísticos (véase Robert Lee Holtz, «Scientists follow a grain to the Origins of Agriculture», *New York Times*, 14 de noviembre de 1997), la región central es definida como el «Creciente Fértil», el área en su totalidad es denominada «Eurasia» y la expansión de la agricultura hacia Europa (en oposición, por ejemplo, al Indo o al valle del Nilo) recibe un mayor énfasis. Por distintas razones, he decidido no utilizar el término Creciente Fértil, que normalmente pone el énfasis en las tierras bajas de la Mesopotamia, en su lugar, describiré a la región en forma de T, con el fin de incluir una mayor proporción del oeste de Anatolia, la extensa península de Turquía, llamada originariamente «Asia» por los griegos y los romanos. Describir a toda la región como «Eurasia» es una actitud tan eurocéntrica como denominarla «Cercano Oriente».

⁴ La rapidez en la domesticación del trigo einkorn en dicha región es comparada con la «drástica reorganización biológica» necesaria para la domesticación del maíz a partir de su antecesor silvestre, el teocinte, en México y Mesoamérica. En *Science* (278, 1997) Diamond sostiene que esto «ayuda a explicar los motivos por los cuales las sociedades agrarias densamente pobladas surgieron tan tempranamente y se desarrollaron mucho más rápido en la media luna (sic), que en el Nuevo Mundo».

El sedentarismo fue esencial para que las sociedades y las aldeas agrarias crecieran considerablemente en tamaño a través del suroeste de Asia en el temprano Neolítico, hasta aproximadamente el 10.000 a.C. Esta nueva forma de asentamiento y organización socioeconómica, surgida del desarrollo de la agricultura a gran escala, estaba formada por aglomeraciones más densas de casas rectangulares construidas con barro y adobe (diferentes a las chozas en forma de colmena de los cazadores-recolectores) y con un orden social basado de una forma cada vez más profunda en un parentesco más extenso o en lazos étnicos, bajo la forma de familias extensas y nucleares, clanes y linajes. Estas sociedades «tribales» desarrollaron asociaciones de culto y religiosas, y tecnologías de producción más complejas, así como también nuevas convenciones sociales basadas, no sólo en el género sino, cada vez más, en la edad, la experiencia, la descendencia y la habilidad militar. A pesar de que la reciprocidad, forma de intercambio mutuo y de trueque simbólico, continuó siendo importante, el modo fundamental de intercambio familiar en las sociedades de parentesco se concentró cada vez más en métodos de redistribución, dando lugar a una nueva forma política, llamada «jefatura» o «estado comunal». Al multiplicarse a escala regional, estas nuevas sociedades agrarias produjeron, no sólo un aumento de la densidad de la población regional y la generación de un importante excedente de alimentos, sino que también se embarcaron en importantes innovaciones tecnológicas, incluido el primer desarrollo de la irrigación. Sin embargo, todavía se considera que las instituciones de la ciudad-estado, los trabajos de irrigación a gran escala, una división del trabajo inconfundiblemente urbana y el registro histórico que resulta de la palabra escrita, es decir, los pertrechos de aquello que denominamos «civilización», estaban en mantillas. Sería necesario otro *big bang* para generar una Revolución Urbana más profunda así como las primeras ciudades «de verdad».

El proceso de «proto urbanización» que se inició en ciudades como Jericó, Abu Hureyra, Mureybat, y Asikli Hüyük hace más de 10.000 años, es frecuentemente descrito, cuando se reconoce como tal, como si no hubiese cristalizado en verdaderas ciudades hasta al menos 4.000 años más tarde y no en las tierras altas sino en las llanuras aluviales de los ríos Tigris y Éufrates, particularmente en el área conocida como Sumeria, donde los asentamientos agrícolas eran relativamente escasos antes de esa fecha. A pesar de que algunos estudiosos continúan concentrándose en explicaciones singulares de este gran cambio en la ubicación geográfica de la innovación social en el suroeste de Asia, el origen de las ciudades es considerado a menudo como el resultado de un paquete integrado de influencias causales: las demandas administrativas de la irrigación a gran escala y de la tecnología para el control de las inundaciones; las nuevas oportunidades económicas surgidas del comercio y el intercambio con lugares lejanos; la creación, estrechamente

relacionada con lo anterior, de un excedente de alimentos más fiable y continuo; el creciente desarrollo institucional de la monarquía y su burocracia administrativa; la propagación de actividades religiosas y ceremoniales, y de su capacidad para mantener y reproducir comunidades de mayor tamaño de un modo en que aún no se había producido; la creciente necesidad de defenderse de los caprichos de la naturaleza y de la invasión de «forasteros», y las presiones demográficas producidas tanto por el incremento de las cifras, como por la degradación ambiental. Algunos podrían agregar a dicha lista el impacto del sinecismo, al menos, en el sentido de una fusión de aldeas y pueblos existentes en una gran entidad urbana consolidada. Pero cualesquiera que sean las causas, el resultado fue la creación virtualmente simultánea de dos nuevas formas de espacialidad social humana: la ciudad y el Estado, convenientemente unidos por un guión en la ciudad-estado o combinados de un nuevo modo, en la perdurable noción de *civilización*, proveniente de la raíz latina *civitas* o ciudad.

Así es como comienza el registro histórico de las ciudades, iniciado material y simbólicamente a partir de la invención de la escritura y de la conformación de la ciudad-estado, asociada a la misma. El comienzo del registro histórico también da lugar a otra tendencia en las interpretaciones más contemporáneas del pasado, una inclinación a prestar una mayor atención al desarrollo del Estado monárquico y sus extensiones imperiales, más que a la ciudad y a las especificidades del espacio urbano. Desde sus primeros orígenes en emplazamientos mesopotámicos tales como Eridu, Uruk, y Ur, la ciudad-estado es considerada en su multiplicación y mutación en esa extraordinaria secuencia que respalda la historia de la civilización registrada de forma intencionada, y remarcada en la historiografía occidental a través de los desarrollos en la Atenas y Roma «clásicas» donde, según los historiadores occidentales, la ciudad-estado y la ciudad-imperio alcanzaron su forma europea más característica y avanzada. Paralelamente (y a veces en interconexión), las historias de la ciudad-estado surgen y desaparecen en Egipto, en el Valle del Indo (Harappa y Mohenjodaro), en China y en el sudeste de Asia, en las tierras altas de México y Mesoamérica, en los Andes y en la costa del Perú, en el Sahel africano y Etiopía, e incluso en las frías extensiones de América del Norte y del norte de Eurasia, tal como se ha comprobado recientemente. Como revelan estas historias, al menos desde el punto de vista occidental, el empoderamiento de la urbanidad, la especificidad espacial y el sinecismo de la vida urbana, tiende a ser retratado, si es que es considerado, como si su importancia declinase en términos generales, reducido principalmente a la producción de una serie de monumentos arquitectónicos y de entornos construidos diseñados de forma creativa. El Estado y su definición más amplia en términos de imperio y, posteriormente, la

«comunidad imaginada» del Estado-nación subsumen, cada vez más, a la ciudad en tanto fuerza impulsora de la historia. La definición de ciudadanía, símbolo de dicha subordinación, cambia de habitante de la ciudad, a habitante del Estado (ya sin el prefijo de ciudad).

Una inversión provocativa: las ciudades primero

El discurso narrativo esbozado más arriba ha sido sucintamente capturado en el título de un excelente texto escrito por Charles Keith Maisels, *The Emergence of Civilization: From Hunting and Gathering to Agriculture, Cities and the State in the Near East* [La emergencia de la civilización. De la caza y la recolección a la agricultura, las ciudades y el Estado en el Próximo Oriente].⁵ Maisels continúa las tradiciones de V. Gordon Childe y otros historiadores críticos de la prehistoria, combinando una interpretación materialista de la historia (inspirada, al menos en parte, en Marx) con una perspectiva explícitamente antropológica y geográfica, en parte socavada por los desarrollos contemporáneos de las ciencias sociales críticas.⁶ En comparación con la mayoría de los textos habituales, el trabajo de Maisels está imbuido de una rica imaginación geográfica y de un interés particular en aquello que posteriormente describiré como economía geopolítica. Además de enfatizar el ambiente físico y su poderoso poder explicativo en la historia, tal y como hacen muchos otros estudiosos, Maisels basa su análisis de los orígenes de las ciudades en el sureste de Asia y del surgimiento de la civilización directamente en ese componente endógeno vital de la especificidad del espacio urbano, la fuerza dinámica y propulsora del sinecismo.

⁵ Publicado por Routledge en 1990 (edición en rústica 1993). Consultar también Maisels, *The Near East: Archeology in the «Cradle of Civilization»*, Londres y Nueva York, Routledge, 1993.

⁶ V. Gordon Childe, «The Urban Revolution», *Town Planning Review*, núm. 21, 1950, pp. 3-17. La nueva síntesis de la prehistoria llevada a cabo por Childe, en la cual reestructura la vieja secuencia del Neolítico y la Edad de Bronce y del Hierro alrededor de las dos grandes revoluciones, la agrícola y la urbana, puede ser rastreada a lo largo de una serie de textos: *Man makes himself*, Glasgow, Collins (1936) [ed. cast.: *Los orígenes de la civilización*, trad. por Elí de Gortari, México, FCE, 1954], *What Happened in History?* (1942) [ed. cast.: *¿Qué sucedió en la historia?*, trad. por Elena Dukelsky, Buenos Aires, Leviatán, 1956], y *Social Evolution* (1951) [ed. cast.: *La evolución social*, trad. por María Madariaga Álvarez Prida, Madrid, Alianza Editorial, 1987]. También es relevante aquí el trabajo de C. Daryll Forde, comenzando por *Habitat, Economy and Society: A Geographical Introduction to Ethnology*, Londres, Methuen (1934) [ed. cast.: *Hábitat, economía y sociedad. Introducción geográfica a la etnología*, trad. por M. C. Huera Cabeza, Barcelona, Edicions Oikos-Tau, 1966]

Maisels ubica al sinecismo en el corazón de su análisis sobre el origen de las ciudades, la civilización y el urbanismo. Sin embargo, lo hace concentrando la consideración de su impacto casi exclusivamente en un momento de la historia: la formación inicial de la ciudad-estado y, por lo tanto, de la civilización, tal y como ha sido definida formalmente.

Con el término *urbano* me refiero a una población lo suficientemente numerosa y nucleada, como para que las relaciones sociales de producción muten a fin de expresar el principio del sinecismo en sí mismo (la interdependencia que emerge de la proximidad densa), cuya expresión emergente es la cristalización del gobierno. Llegado el momento, el gobierno se manifiesta como el Estado a través de una administración basada en la escritura, además de una arquitectura monumental que representa la profesionalización de la fuerza ideológica, económica y armada. Por consiguiente, no es coincidencia que el primer tipo de ciudad o, en realidad, de Estado, adquiera la forma de la ciudad-estado. (Maisels, 1993: 155)

Haciendo uso de una frase que resuena bien con la descripción del espacio percibido de la *práctica espacial* de Henri Lefebvre (aquello que yo denominé *primer espacio*), Maisels señala que el urbanismo, al igual que el sinecismo, opera «ocultando aquellas relaciones de producción apropiadas para una densa población interdependiente» (1993: 302, énfasis añadido); y va más allá, al sugerir que la ciudad-estado puede ser una forma más adecuada de definir y de nombrar, al menos en la forma específica que adquiere en Mesopotamia, una rama clave de aquello que Marx describió como el modo de producción asiático. Maisels distingue el modo de producción de la ciudad-estado mesopotámica, que es descrito como un modo formado por una «ideología de orden, hegemonía y dependencia», del modo propio de la jefatura con su «ideología de linajes matriarcales jerarquizados», así como también de muchos otros ejemplos del modo asiático o, tal y como él lo denomina, de la «aldea-estado», que se unen alrededor de una «ideología de patri-linajes de ascendencia (divina)». En dichas distinciones, destaca notablemente el papel de la ciudad frente al de la aldea (así como el poder y los roles relativos de hombres y mujeres). Siguiendo a Marx, Maisels afirma que en el modo asiático o de la aldea-estado, las ciudades son «excepcionales» y «relativamente improductivas», «islas (reales) en un mar de aldeas campesinas». Sólo en las ciudades-estado de Sumeria se observan sociedades urbanas desarrolladas y relaciones de producción cada vez más estratificadas, similares a las que tienen lugar entre clases.

Mirando atrás hacia aquello que podría encontrarse detrás de la dinámica altamente específica de nucleación-mutación-cristalización que dio origen a la ciudad-estado en Mesopotamia, Maisels sitúa el origen de la ciudad,

de manera tradicional, en la agricultura y especialmente en la formación de aldeas agrícolas, de aldeas-estado y, presumiblemente, en el desarrollo rural. En otras palabras, Maisels (y casi todos los investigadores que escriben acerca del origen de las ciudades) antepone ciegamente la agricultura y supone por consiguiente una senda, en la cual las pequeñas aldeas agrícolas crecen hasta que, superado un cierto umbral del sinecismo, las auténticas ciudades-estado «cristalizan» en ciertos lugares muy particulares.

Sólo la agricultura puede alimentar a una población relativamente grande en un área extensa y, de este modo, producir niveles elevados de población a nivel regional. Bajo dichas circunstancias, la cristalización de la población alrededor de un lugar central, administrativo, de culto, militar o comercial, en primera instancia, no lleva mucho tiempo; tendiendo a incorporar, con el paso del tiempo, todas aquellas funciones en una nueva síntesis, desarrollando así una dinámica más amplia. Una ciudad presupone así tanto un nucleamiento duradero, como una relación relativamente estable con su hinterland que, dependiendo de las circunstancias, no precisa ser muy grande.

C. K. Maisels, op. cit, *The Near East*, p. 302

De este modo, Maisels atribuye un poderoso impulso de desarrollo a la especificidad espacial del urbanismo, capaz de generar y sostener cambios innovadores en la sociedad humana y en sus modos de producción, una dinámica que es a la vez social, histórica y espacial, y que tiene origen específicamente en el estímulo sinérgico de la aglomeración urbana, y en la producción y reproducción del espacio urbano localizado. Desde el principio, las ciudades son consideradas como centros de innovación, lugares donde la proximidad densa y la copresencia interdependiente constituyen importantes rasgos modeladores de la vida cotidiana, del desarrollo humano y de la continuidad social. Las ciudades representan una forma muy particular de hábitat y asentamiento humano, en el cual la vida social se encuentra estructurada por, y es materialmente manifiesta a través de, el continuo proceso de producción de espacialidad urbana. Dichas observaciones son suficientes para iniciar una profunda investigación crítica acerca de la teoría social, la filosofía, la historiografía y el análisis empírico occidentales, donde los significados de estos argumentos esencialmente espaciales son frecuentemente dados por supuesto (y, de este modo, no son estudiados) o bien son subsumidos en otros procesos que encubren o se desvían de una comprensión crítica de la espacialidad sinérgica de la vida urbana.

¿Cómo podríamos, entonces, basarnos en dicho análisis del sinecismo generativo o «de desarrollo», y de la especificidad espacial dinámica del urbanismo? Más específicamente, ¿cómo podemos utilizar el sinecismo para repensar la temprana geohistoria del espacio urbano que se encuentra

firmemente arraigada en *The Emergence of Civilization* y, de modo aún más riguroso, en los textos convencionales de la prehistoria y la arqueología? En primer lugar, es necesario liberar al sinecismo del estrecho confinamiento que Maisels le adjudica al momento de la conformación de la ciudad-estado, para así poder considerarlo como una fuerza fundamental y continua a lo largo de toda la secuencia del desarrollo social humano esbozada previamente y que continúa hasta el presente. Semejante extensión del alcance espacial y temporal de este concepto clave, abre la posibilidad de repensar la secuencia específica evocada en el subtítulo de Maisels, «de la caza y la recolección a las aldeas agrícolas y ganaderas, y luego a las ciudades y Estados», y de considerar la posibilidad de poner a las ciudades primero, es decir, de llevar los orígenes de las ciudades hacia atrás, a un tiempo *previo* a la Revolución Agrícola. Esto nos permite imaginar un proceso en el cual las primeras ciudades y espacios urbanos propiamente dichos fueron producidos por cazadores, recolectores y comerciantes, al mismo tiempo que se aceleraba la domesticación de plantas y animales. También resulta posible observar que estas primeras ciudades y el estímulo de la aglomeración urbana jugaron un papel decisivo, primero, en la aceleración de la domesticación y, luego, en el surgimiento del cultivo intencionado y planificado, y en el desarrollo de una «verdadera» sociedad agraria, lo que efectivamente debería ser denominado, de forma más precisa, como sociedad urbano-agraria.

Tal reactivación del *geo* en la geohistoria permite una conceptualización del estímulo a la aglomeración urbana como una fuerza motriz primordial, no sólo para el desarrollo de la agricultura en sí misma, invirtiendo la cadena de causalidad habitual, sino también para el surgimiento de las aldeas agrícolas, de la vida rural, de los pastores y campesinos y, luego, de la escritura, la formación de clases y el Estado. Al dar a conocer esta potencial revisión, no estoy sugiriendo que la secuencia convencional esté equivocada y deba ser abandonada, sino que resulta necesario que reconozcamos que el origen de los hechos puede haber sido otro, al menos en el suroeste de Asia, llevándonos a una interpretación muy diferente de la importancia histórica de la especificidad espacial del urbanismo. A fin de ilustrar mejor esta provocativa ampliación de la secuencia convencional, permítannos volver la mirada hacia dos lugares asombrosos, Jericó, en el accidentado valle del río Jordán, y Çatal Hüyük, en el centro sur de Anatolia.

Aprender de Jericó

Una vez que el hombre se asienta en un lugar, el resto sucede.

(Kathleen M. Kenyon, 1960: 20).⁷

Las excavaciones en Jericó, ubicadas en un oasis alimentado por un manantial, bastante por debajo del nivel del mar, en una meseta baja situada encima del río Jordán en Palestina, presentan algunos desafíos importantes a la sabiduría tradicional acerca del origen de las ciudades. El asentamiento original, posiblemente el primero en la historia capaz de llevar a cabo un crecimiento y un desarrollo autogenerados, se remonta por lo menos al año 8.350 a.C., es decir, hace más de 10.000 años, en un periodo que algunos arqueólogos denominan Epipaleolítico. Durante las primeras etapas de este importante, pero relativamente poco conocido, periodo de transición entre los últimos cazadores y los primeros agricultores, Jericó fue el mayor centro de la innovadora cultura Natufian, que se extendía a lo largo de la costa mediterránea, en la región hoy conocida como el Levante. La cultura Natufian practicaba aquello que posteriormente se convertiría en una forma muy avanzada de caza, recolección y pesca que se concentraba alrededor de asentamientos cada vez más permanentes, hoy en día ampliamente considerados como el primer ejemplo conocido de sociedad humana sedentaria. Dicha cultura llegó a Ain Es Sultán, el antiguo manantial que dio vida a Jericó, alrededor del año 9.000 a.C. y comenzó a construir aquello que luego se transformaría en una innovadora aglomeración urbana densamente poblada, que pudo haber alcanzado una población de al menos 3.000 habitantes en su punto máximo. Y es aquí, en este asentamiento urbano de cazadores y recolectores, donde los arqueólogos encontrarían algunas de las primeras evidencias de este acontecimiento revolucionario en la historia de la humanidad, la invención de la agricultura permanente en tanto cultivo sistemático e intencionado de plantas comestibles domesticadas.⁸

⁷ Kathleen Kenyon fue una figura sobresaliente de la arqueología británica de mediados del siglo XX y su reputación se construyó, principalmente, a partir de su trabajo en Jericó. Además de su obra, *Archeology in the Holy Land*, Londres, Ernest Benn, 1960 [ed. cast.: *Arqueología en Tierra Santa*, Barcelona, Garriga, 1963], se recomienda consultar *Digging Up Jericho: The Results of the Jericho Excavations 1952-1956*, Nueva York, Praeger, publicado por primera vez en 1957 [ed. cast.: *Desenterrando a Jericó*, México, FCE, 1966], y «Some Observations on the Beginnings of Settlement in the Near East», *Journal of the Royal Anthropological Institute*, núm 89 (1), 1959, pp. 35-43.

⁸ El desarrollo de la agricultura a gran escala puede ser considerado como un proceso en tres fases. En primer lugar, se produce una domesticación sencilla, que puede ser descubierta a través de los restos de semillas que muestran signos de mutación selectiva u otros cambios



Figura 1.1. Vista aérea del montículo de la antigua Jericó [fuente: Kathleen Kenyon, *Digging Up Jericó*, Londres, Ernest Benn, 1957, p. 104].

biológicos. La evidencia más antigua que ha sido encontrada hasta el momento de plantas comestibles domesticadas se encuentra en Wadi Kubbaniya, un tributario del Nilo, y data de hace 18.000 años. La segunda etapa se caracteriza por la siembra y cosecha planificadas, asociadas frecuentemente, pero no siempre, a algún grado de sedentarismo, en esencia, una forma avanzada de recolección. Aquí parece haber pocas dudas de que el área más desarrollada en esta fase no fuera la región en forma de T de las tierras altas del suroeste de Asia, que comenzó hace aproximadamente 10.000 años, casi al mismo tiempo en que se fundó Jericó. La verdadera agricultura y los comienzos de aquello que puede denominarse sociedad agraria, llegan con la producción más sistemática de alimentos, tal y como lo demuestran la mayor y más compleja capacidad de almacenamiento, las herramientas para el procesamiento de los alimentos y los procesos de producción organizados, tales como la irrigación. En la actualidad, Jericó continúa siendo el sitio más rico de esta tercera etapa, pero lo que está cada vez más claro, a raíz de los descubrimientos recientes, es que las tres fases estuvieron sumamente condensadas en el tiempo en la región en forma de T, lo que abre importantes posibilidades de repensar todo el proceso de desarrollo de la agricultura.

El montículo o *tell* [en árabe] de Jericó (ubicado unas pocas millas al norte de la ciudad actual) fue ocupado de forma continua durante casi 4.000 años, con sólo una interrupción importante. A lo largo de estos cuatro milenios, se desarrollaron toda una serie de centros urbanos en esta amplia región en forma de T, que se vincularon entre sí en una expansiva red comercial de ciudades: Abu Hureya (aún más grande que Jericó), Bouqras y Mureyra, a lo largo de los tramos superiores del Éufrates, y Ras Shamra en la costa de la Siria actual; Ain Ghazal, Abu Gosh y Beida, en el sur del Levante; Zawi Chemi, Jarmo y Ali Kosh, en las zonas fronterizas de Iraq e Irán drenadas por el Tigris; y del este al oeste de Anatolia, Çayönü, Asikli Hüyük, Çatal Hüyük (probablemente la más grande y más intensamente estudiada de las primeras ciudades) y Haçilar. En muchos de estos emplazamientos, y especialmente en Çatal Hüyük, es posible reconstruir con mucho detalle el desarrollo de la transición de la caza y recolección intensivas, al cultivo y la cría de animales domésticos de forma organizada.⁹ Jericó continúa destacando dentro de dicho grupo por su combinación de tamaño, continuidad, entorno construido y fecha de la primera evidencia conocida de agricultura estable.

Maisels, al igual que muchos arqueólogos contemporáneos, tiende a subestimar la importancia de Jericó en la historia de la urbanización. Si bien reconoce, casi a regañadientes, que la «verdadera agricultura a gran escala» pudo haberse desarrollado primero en Jericó alrededor del año 7.000 a.C., duda del tamaño estimado de la aglomeración, considerando que no era más que una aldea extensa y, por lo tanto, ignorando la posibilidad de que hubiera intervenido un sinecismo creativo. Glyn Daniel, otro importante especialista, es aún más escéptico y argumenta que «ni Jericó ni Çatal Hüyük fueron civilizaciones: fueron grandes asentamientos que podrían

⁹ Parte de la mejor información reciente que he encontrado sobre el período comprendido entre los años 9000 y 6000 a.C. en el suroeste asiático puede hallarse en Ofer Bar-Yosef y Richard H. Meadow, «The Origins of Agriculture in the Near East», en Price y Gebauer, *Last Hunters-First Farmers*, 1995, pp. 39-94. Dicho capítulo incluye un mapa en el que se muestran los principales lugares del Epipaleolítico y Neolítico tardíos (73 de ellos), una serie de mapas que describen las zonas en desarrollo de los cazadores-recolectores sedentarios, los primeros granjeros y pastores de dicho período, y una lista de los lugares más grandes por hectárea. Çatal Hüyük, Asikli Hüyük, Abu Hureyra, Ain Ghazal y Basta (al sur, cerca del golfo de Aqaba), todos con aproximadamente 12 hectáreas, se encuentran en lo alto de la lista. Sin mencionar el sinecismo, los autores expresan que «el sedentarismo fue un prerrequisito para el cultivo de cereales y que ambos fueron esenciales para la cría de animales domésticos», indicando que la ganadería no se desarrolló de forma independiente, sino a partir de los asentamientos establecidos de forma permanente. También argumentan que la agricultura «dependía e intensificaba una preocupación por la propiedad real, así como también por la propiedad productiva y enajenable —una preocupación que fue el fundamento esencial para el desarrollo de sociedades urbanas complejas en la región, durante los milenios subsiguientes» (1995: 41).

ser llamados pueblos o proto-pueblos. No cumplían los otros requerimientos de la fórmula Kluckhohn [para definir la civilización]. Pudieron haber sido experimentos no exitosos hacia la civilización, un sinoecismo que fracasó; o podríamos calificarlos simplemente como aldeas de campesinos que crecieron mucho».¹⁰

Dejando a un lado la cuestión del tamaño de la población, ¿acaso la extraordinaria innovación de la Revolución Agrícola «a gran escala» no fue suficiente para afirmar el exitoso sinecismo de dichas «aldeas que crecieron mucho» como por ejemplo Jericó? No, si el observador no puede ver la fecunda «precesión» de lo urbano en este proceso innovador, o si vincula el sinecismo, exclusivamente, con la invención de la escritura y el desarrollo de la ciudad-estado, hasta al punto de hacer invisibles otras expresiones de sus efectos.

Examinemos de modo más profundo el espacio urbano de Jericó, dado que en el mismo pueden ser hallados más indicios de un sinecismo innovador. Las capas más antiguas que han sido excavadas, conocidas como PPNA (Neolítico Prececerámico A), indican que el primer asentamiento conocido consistía en casas de forma rectangular con bordes redondeados, como una hogaza de pan, construidas con ladrillos de barro y edificadas sobre fuertes cimientos de piedra. El período PPNA, que duró hasta aproximadamente el año 6.250 a.C., se distingue del PPNB, que terminó alrededor del 5.000 a.C., por el uso de ladrillos plano-convexos con hendiduras hechas por los constructores con sus pulgares para mejorar la adherencia. Además de otras mejoras, el PPNB, aún sin cerámica ni alfarería, está asociado con el revoque de pisos y otras superficies, una técnica que puede encontrarse en diferentes lugares tales como Çatal Hüyük y que, como sugiere Kenyon (1957), probablemente haya sido introducida en Jericó desde otros pueblos de la región, indicando de otro modo la existencia de una extensa e interactiva red

¹⁰ Véase Glyn Daniel, *The First Civilisations: The Archeology of their Origins*, Londres, Thames and Hudson, 1968. Aquello que Lewis Mumford escribió a comienzos de la década de los sesenta en *La ciudad en la historia*, también reflejaba la perspectiva dominante acerca de que las ciudades y el sinecismo surgieron de la unión de aldeas agrícolas y de lo que él denominó la «cristalización» de las ciudades, hace aproximadamente 5.000 años, fundamentalmente en Sumeria. En otras palabras, la agricultura y la formación de aldeas fueron los antecedentes necesarios de la urbanización. Sin embargo, reconoce que los «primeros antecedentes» de dichos desarrollos fueron hallados en el Valle del Jordán y, observando los nuevos descubrimientos en Jericó que tuvieron lugar en aquel momento, abre muy cautelosamente algunas posibilidades para un replanteamiento significativo. Por ejemplo, entre la bibliografía que comenta incluye el libro de Kathleen Kenyon, *Digging up Jericó* (1957), y señala que de ser correcta su estimación de las fechas de los «primeros asentamientos urbanos en Oriente Próximo», provee «un descubrimiento que puede revolucionar la arqueología y la cronología de dicha área, y del desarrollo urbano en general». (1961: 606)

de comercio entre los asentamientos. Pero incluso desde las antiguas capas PPNA del montículo del asentamiento de Jericó (*tell* en árabe, *höyük* o *hüyük* en turco), hay evidencia de imponentes logros arquitectónicos y de los comienzos de la planificación pública de la edificación. Las habitaciones eran grandes, algunas de al menos 6 x 4 metros de superficie, con amplias aberturas y frecuentemente contaban con un complejo de habitaciones más pequeñas, que seguramente fueran utilizadas como depósito. Las casas estaban agrupadas alrededor de grandes patios, que eran utilizados para cocinar y para otras actividades colectivas. Se ha descubierto un edificio, al menos que cumplía funciones ceremoniales y que probablemente servía como centro para el culto de los cráneos que se desarrolló profusamente a lo largo del periodo Neolítico Pre-Cerámico. Los cráneos humanos eran rellenados con yeso y preservados cuidadosamente como «retratos» lo que puede considerarse uno de los primeros grandes logros artísticos del mundo. Tal y como señala Kenyon de modo irónico, los habitantes de Jericó podrían haber hecho cerámica, pero probablemente no la necesitaron.

En estos primeros niveles de la PPNA, también han sido encontradas claras evidencias de la existencia de trigo y cebada domesticada, así como también del cultivo de lentejas y garbanzos. Sin embargo, es muy probable que los pobladores originales hubieran sido principalmente cazadores y recolectores más que agricultores, sugiriendo que la agricultura, la piedra angular convencional de la Revolución Neolítica, podría haberse desarrollado hasta su primera etapa avanzada, en y desde el asentamiento urbano de Jericó. Tampoco suele tenerse en cuenta el hecho de que desde fecha tan temprana, como hace 12.000 años, haya evidencias de la existencia de un sistema de intercambio comercial geográficamente extenso, que conectaba el área de Jericó hacia el Norte, a lo largo de la costa este del Mediterráneo (incluido Chipre) hasta Anatolia y hacia el Este, posiblemente, hasta tan lejos como Irán, donde había, entre otros recursos, importantes yacimientos de obsidiana volcánica, una mercancía vital, con múltiples usos para las sociedades dedicadas a la caza, la recolección y la pesca. Incluso antes de la domesticación de las plantas, la obsidiana, el sílex y otros recursos de la Edad de Piedra, así como también animales vivos y productos derivados de estos eran intercambiados por semillas silvestres (recogidas y posiblemente también molidas o procesadas de algún modo dentro del asentamiento). Este antiguo sistema de comercio, al igual que la agricultura, fue desarrollado por cazadores, recolectores, pastores y pescadores mucho antes de la conformación de algo que pudiese llamarse aldea agraria.



Figura 1.2. Retrato de yeso sobre un cráneo humano de Jericó [fuente: Kathleen Kenyon, *Archeology in the Holy Land*, Londres, Ernest Benn, 1960: lámina 13 (después de la página 96)].

Hacia el año 7.000 a.C. ya se habían desarrollado en Jericó métodos simples de irrigación con el fin de ampliar la escala y el alcance del cultivo agrícola, al menos en el valle del río Jordán. A partir de entonces, el espacio urbano de Jericó comenzó a ser definido, confinado y simbolizado en términos materiales a través de la construcción de aquellos famosos muros. La tecnología, la capacidad artística, el conocimiento ambiental y la organización social, que posteriormente producirían las pirámides egipcias, Stonehenge y muchas otras estructuras megalíticas de Eurasia, fueron específicamente realizadas como parte de un proyecto de obras públicas diseñado para mejorar, organizar y *planificar* conscientemente un hábitat humano permanente, dando comienzo a una transformación de enorme importancia en la escala y el alcance del sedentarismo y en la producción social de un entorno urbano.



Figura 1.3. Primeros muros del pueblo de Jericó [fuente: Kathleen Kenyon, *Digging Up Jericó*, 1957: 128, una de las primeras paredes del pueblo, debajo de la anterior].

Dicho logro extraordinario estaba visiblemente expresado a través de las imponentes fortificaciones de piedra que rodeaban a Jericó, en una serie de arcos que, tal vez, sólo estuvieran abiertos hacia el Oeste, el lugar del permanente manantial de agua fresca que da vida, y que probablemente atrajo a los primeros pobladores. Primero había una impresionante acequia de

piedra tallada, de casi 10 metros de ancho y 3 metros de profundidad, que en algún momento pudo haberse extendido a lo largo de una distancia de 610 metros. Incluso los muros más antiguos de la serie construida alrededor de Jericó tenían 1,5 metros de ancho y se elevaban hasta 4 metros, y eran mucho más imponentes que los muros derribados por las trompetas bíblicas de Josué, muchos milenios después. Los muros estaban apuntalados, tal vez en diferentes puntos, por construcciones aún más sorprendentes, enormes torres circulares de piedra de 10 metros de altura y diámetro, provistas de escaleras hechas de piedra y pequeñas habitaciones que, al igual que los muros, estaban vinculadas al culto de los cráneos. De forma concreta, los muros definían una ciudad y la ciudad, muy probablemente, comenzó a definir una cultura urbana y regional como una unidad geográfica, económica, política, social y territorial separada, una unidad en la cual la huella generativa de la proximidad colectiva y del sinecismo se sumó a los lazos de parentesco y linaje, y posiblemente también a un proto-estado, en tanto fundamentos de la continuidad y el orden social. En la figura 1.4 se puede ver un plano aproximado de Jericó.

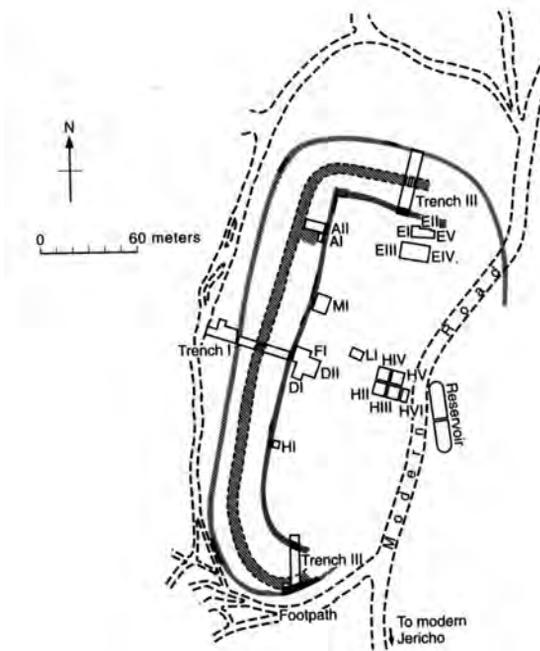


Figura 1.4. Plano de Jericó [fuente: Kathleen Kenyon, *Archeology in the Holy Land*, 1960, p. 40, plano de Jericó en el que se muestran los muros de la Era de Bronce además de las áreas que han sido excavadas].

A raíz de algunas evidencias en cierta medida posteriores, hemos tomado conocimiento de que los pisos y los muros de las casas y de los santuarios ubicados dentro del férreo perímetro de Jericó estaban revocados y pintados, y de que el arte y la artesanía eran florecientes. Una gran cantidad de tallas pequeñas de una diosa madre y de animales, que probablemente estaban asociadas al culto de la fertilidad, fueron encontradas junto con los cráneos humanos ya mencionados remodelados en retratos de yeso, con conchas marinas incrustadas en los ojos y el pelo pintado (uno de cuyos especímenes tenía claramente bigotes). No sabemos qué fue lo que guió el diseño espacial del conjunto de Jericó, qué simbolismo cosmológico y religioso le era atribuido al diseño urbano amurallado, pero resulta evidente que los espacios interiores de los santuarios y de las casas eran decorados de un modo muy elaborado a fin de expresar y denotar un sistema de creencias colectivo, y que el entorno construido no respondía simplemente a una construcción al azar. Desde sus inicios, por lo tanto, el espacio urbano fue diseñado y producido como una expresión autoconsciente de la cultura local y territorial, una «zona simbólica» materializada para utilizar el término de Iain Chambers, en la cual lo real y lo imaginario se entremezclan a fin de comprender, definir y ceremonializar una escala mucho mayor de relaciones sociales y comunitarias, los comienzos del *urbanismo como modo de vida*, para hacer uso de la famosa frase de la Escuela de Chicago de estudios urbanos, fundada 10.000 años más tarde.

Kathleen Kenyon resume de la siguiente manera su trabajo en la excavación de Jericó:

Podemos, por lo tanto, concebir al Jericó Neolítico pre-cerámico como una cultura con todos los atributos de la civilización, excepto el del lenguaje escrito. El pueblo debía haber sido casi moderno o, al menos, medieval en apariencia, y debía haber estado rodeado de campos fértiles. Podemos suponer que había otros pueblos similares en las cercanías, y debido a que materiales como la obsidiana, la turquesa matriz y los caparazones de cauri se habían obtenido en lugares muy distantes, podemos suponer que comerciaban y se relacionaban con los distritos vecinos. Esta es la pintura revolucionaria de un periodo de hace 9.000 ó 10.000 años que Jericó nos ha legado. (Kenyon, 1960: 76)

El Jericó original fue destruido antes del año 5.000 a.C., pero para ese momento la ciudad ya había influido en el desarrollo de otros asentamientos en el Corredor del Levante. Uno de los asentamientos urbanos contemporáneos más conocidos y estudiados es Beida, ubicado cerca de Petra, en la actual Jordania. Beida es descrita por Maisels como «una de las primeras aldeas del Neolítico datada alrededor del 7.000 al 6.500 a.C.» (1993: 79). Sin embargo, hay suficientes evidencias arqueológicas en dicho lugar como

para sugerir un proceso de urbanización más avanzado, que impulsaba más allá el sinecismo de Jericó. Existía una especialización artesanal y talleres llenos de huesos, maderas, piedras y ocre, así como también hachas de piedra cinceladas y pulidas. Una serie de casas grandes y bien construidas parecían haber sido edificadas alrededor de una plaza abierta, con una menor cantidad de casas relegadas a zonas más periféricas, que sugieren el comienzo de simples privilegios de clase expresados en la especificidad espacial del asentamiento urbano. Un enorme edificio, de una superficie de más de 200 metros cuadrados de planta, dentro de la ciudad aldea constituye, claramente, un centro religioso o de culto y hay un sorprendente complejo de edificios con una obvia función religiosa a unos 50 metros del centro, construidos con enormes bloques de arenisca proveniente de las montañas cercanas y por trabajadores muy habilidosos (y organizados). Lo que, de algún modo, parecería ser más evidente en Beida que en Jericó es la emergencia de una distintiva división social urbana y *espacial* del trabajo, manifiesta en el espacio urbano por la formación no sólo de un centro proto-«cívico» sino también de nuevas relaciones desiguales de poder entre el centro y la periferia.

En Jericó, al igual que en Beida, Çatal Hüyük y otros lugares del suroeste de Asia, hay suficientes evidencias como para demostrar que los cazadores y recolectores, junto con cantidades menores de comerciantes, criadores de animales, agricultores, especialistas en culto, artesanos y artistas, estaban reunidos en asentamientos densamente poblados cuyo tamaño era mucho mayor que el usualmente atribuido a las aldeas agrícolas, aún después del 5.000 a.C. Estos enormes asentamientos urbanos no se originaron ciertamente como aldeas agrícolas, ni tampoco pueden ser consideradas como la consolidación de asentamientos agrícolas preexistentes. Aún no se ha descubierto, en ningún lugar del mundo, una aldea agrícola especializada que precediera de forma remarcable a la fundación de Jericó. Entonces, ¿cómo puede ser que se siga pensando que el asentamiento humano o el sedentarismo se debió producir por medio de una simple progresión lineal, de los pequeños campamentos de cazadores y recolectores a los pequeños poblados, a las primeras aldeas agrícolas, a unas pocas aldeas demasiado grandes y proto-pueblos y, sólo luego, a las verdaderas ciudades? Sin embargo, ésta es la visión sobre la formación de las ciudades que domina la literatura contemporánea, no sólo para el suroeste de Asia, sino también lógicamente para la invención independiente de la agricultura y los asentamientos urbanos en todas las otras áreas del mundo.¹¹

¹¹ Quisiera dejar en claro que no estoy afirmando que el proceso que he descrito para el suroeste de Asia se haya repetido necesariamente en Mesoamérica, en el altiplano peruano, en China, en el sureste de Asia y otras regiones en las cuales la domesticación de plantas y animales, y el desarrollo agrícola tuvo lugar tempranamente. Lo que sí quiero plantear es la posibilidad de que

Si se deja a un lado la insistencia tradicional de los prehistoriadores acerca de que los orígenes del urbanismo requieren del desarrollo de la escritura, entonces existe un argumento contundente para calificar a Jericó como una ciudad «fundadora» (análoga a los cultivos fundadores en la agricultura) de aquello que, remontándose a hace más de 10.000 años, puede ser denominado como la Primera Revolución Urbana. Si esto es aceptado, entonces el Neolítico o la Revolución Agrícola, así como el ulterior desarrollo de la escritura, la arquitectura monumental, el Estado y seguramente todos los prerrequisitos de la misma civilización, pueden ser mejor considerados fundamentalmente como *surgiendo de*, más que dando lugar a, los orígenes de las ciudades. Las consecuencias de dicha interpretación cuestionan de una forma incluso más profunda el centro de muchas interpretaciones de la prehistoria ya establecidas, especialmente aquellas que ponen el énfasis en la evolución de las relaciones sociales de producción, ya que sugieren que no fue necesario un excedente agrícola para la creación de las ciudades, sino que *fueron las ciudades las que fueron necesarias para la creación del excedente agrícola*. Como complemento de esta real posibilidad aparece otro desafío a las visiones contemporáneas del pasado más conservadoras, el reconocimiento de que las innovaciones de mayor importancia y de un desarrollo social significativo pueden provenir de culturas comunitarias relativamente igualitarias, otro ejemplo del poder reinterpretativo que surge al poner las ciudades primero. Para excavar más profundamente en las especificidades espaciales de este proceso de urbanización generativo vamos a examinar Çatal Hüyük.

incluso en dichas áreas, la transición entre los «últimos cazadores» y los «primeros granjeros» dependió más de la creación de asentamientos permanentes (sedentarismo) de lo que usualmente se supone; es decir, que dichos asentamientos fueron establecidos primero por cazadores y recolectores, alcanzando algunos un tamaño sustancial (más de 2.000 habitantes); y que estos asentamientos urbanos más grandes jugaron un papel mucho más importante de lo que muchos estudiosos reconocen en la generación de nuevos desarrollos e innovaciones. En un sentido más amplio, estoy planteando también que se le otorga demasiada importancia a las fuerzas exógenas (el cambio climático, la degradación del medio ambiente, aumento de los ratios de población/recursos) y no la suficiente a las dinámicas sociales y espaciales internas del asentamiento o, tal y como es descrito en Prince y Gebauer (1995), a «las complejas organizaciones sociales ya establecidas», una significativa parte de las cuales deriva del estímulo de la aglomeración en sí misma.

Aprender de Çatal Hüyük

La abundancia de material producido por Çatal Hüyük no tiene parangón en ningún otro emplazamiento Neolítico. Es más, al no ser una aldea sino un pueblo o una ciudad, sus productos tienen un aire definitivamente metropolitano: Çatal Hüyük podía afrontar lujos tales como espejos de obsidiana, dagas ceremoniales y baratijas de metal que se encontraban más allá del alcance de la mayoría de sus contemporáneos conocidos. El cobre y el plomo eran fundidos y añadidos a cuentas, tubos y, posiblemente, a pequeñas herramientas haciendo retroceder, de este modo, los comienzos de la metalurgia al séptimo milenio [a.C.]. La industria de la piedra en obsidiana local y sílex importado es la más elegante del periodo; sus vasijas de madera son variadas y sofisticadas, la industria textil de la lana se encuentra plenamente desarrollada [...] Si bien los regalos funerarios no eran tan ricos de acuerdo a los estándares posteriores, son menos moderados que en otras culturas contemporáneas [...] El comercio está bien establecido [...] [y] hay evidencias de la existencia de una religión neolítica a través de numerosos santuarios, decorados artísticamente con relieves en yeso [...] o con murales de uno o más colores. (Mellaart, 1967: 22-23)¹²

Çatal Hüyük (que según la fonética inglesa se pronuncia cha-TAHL-hu-yook), es en muchos sentidos aún más convincentemente reveladora que Jericó en lo que se refiere a los primeros desarrollos del espacio urbano. Ello no se debe a que esta ciudad haya precedido a este antiguo asentamiento o a que pueda alegar la tenencia de indicios más antiguos de una agricultura avanzada, sino debido a que sus excavaciones ofrecen una extraordinaria mirada acerca de la vida cotidiana y acerca de una sorprendente colección de innovaciones tecnológicas y artísticas. Además, desde su descubrimiento a finales de la década de 1950, el lugar se ha convertido en el foco de una literatura interpretativa muy extensa, no sólo acerca del origen de las ciudades, sino acerca de aspectos más generales de la condición humana.¹³

¹² James Mellaart, *Çatal Hüyük*, Londres, Thames and Hudson, 1967. «A Neolithic City in Turkey», un informe previo de sus hallazgos, apareció en un artículo ampliamente citado en *Scientific American*, núm. 210-14, 1964, pp. 94-104. También se recomienda consultar Mellaart, *Earliest Civilisations of the Near East*, Londres, Thames and Hudson, 1975, y numerosos informes en la revista *Anatolian Studies*. Los descubrimientos e interpretaciones de Mellaart acerca de dicho lugar han estimulado distintas reinterpretaciones iconoclastas acerca de los orígenes de las ciudades, incluyendo la de Jane Jacobs, *The Economy of Cities* (1969) y, más recientemente, la de Murray Bookchin, *From Urbanization to Cities: Towards a New Politics of Citizenship*, Nueva York, Cassell, 1995.

¹³ Hasta donde llega mi conocimiento, no se ha desarrollado una literatura tan abundante sobre Jericó, que continúa siendo recordada más allá de su significado arqueológico, fundamentalmente por sus connotaciones bíblicas y por su extensión. Para realizar una comparación interesante, chequeé los sitios de Internet de ambos lugares. Mi última conexión a través de Yahoo! indicó 3.186 páginas de Internet para Çatal Hüyük, y sólo 34 para Jericó (en su mayoría referidas a ciudades de Estados Unidos con ese nombre, un luchador y una banda de rock de Los Ángeles).

Voy a analizar estos importantes debates en tres etapas, primero, a través del trabajo de James Mellaart, el destacado arqueólogo que popularizó esta notable ciudad neolítica; luego, a través de las ampliaciones realizadas por la urbanista Jane Jacobs; y, finalmente, a partir de las recientes excavaciones, que aún se encuentran en curso, del Catalhöyük Research Project, coordinado por Ian Hodder, un antiguo alumno de Mellaart y, tal vez, el arqueólogo postmoderno más conocido en términos teóricos y críticos de la actualidad.

James Mellaart y el Neolítico urbano

Tal y como señala Mellaart, entre los años 7.000 y 5.000 a.C. la meseta de Anatolia pudo haber superado al Levante Natufiano como la región más avanzada en términos culturales del mundo Neolítico, con un desarrollado sistema de asentamientos urbanos repartidos en miles de kilómetros cuadrados y con una sociedad urbana local con «un aire definitivamente metropolitano». ¹⁴ Mellaart y su equipo excavaron doce niveles de edificación sucesivos en aproximadamente algo menos de media hectárea [un acre] de las 19 del emplazamiento de Çatal Hüyük, proporcionando una imagen excepcionalmente vívida de la temprana evolución del urbanismo como modo de vida. A diferencia de Jericó, Çatal Hüyük nunca estuvo rodeada por sólidas fortificaciones de piedra. Tal y como se puede observar en la esquemática reconstrucción de la figura 1.5, el espacio urbano consistía en una densa aglomeración, tipo pueblo, de casas unidas entre sí, sin calles o senderos entre ellas, al menos a nivel del suelo. El acceso y los movimientos dentro del mismo se producían a través de los techos escalonados, y contaban con una defensa contra las intrusiones humanas y naturales que consistía simplemente en un perímetro continuo de madera reforzada y de paredes sin puertas. Había al menos una plaza pública que puede haber servido como mercado, y una gran cantidad de pequeños patios, que probablemente eran utilizados como fosas para la basura. También había muchos santuarios, aproximadamente en una de cada cuatro casas, pero no había indicios de la existencia de un centro o templo religioso dominante. Los santuarios y una gran cantidad de casas estaban minuciosamente decoradas con murales, relieves de yeso, estatuas religiosas, cabezas de animales y cuernos de toro.

¹⁴ La investigación arqueológica en Anatolia, posterior al trabajo de Mellaart, ha identificado una larga hilera de grandes asentamientos como Asikli y Çayönü que preceden considerablemente a Çatal Hüyük. Consúltese, por ejemplo, Ufuk Esin, «Salvage Excavations at the Pre-Pottery Site of Asikli Höyük in Central Anatolia», *Anatolica*, núm. 17, 1991, pp. 123-174.

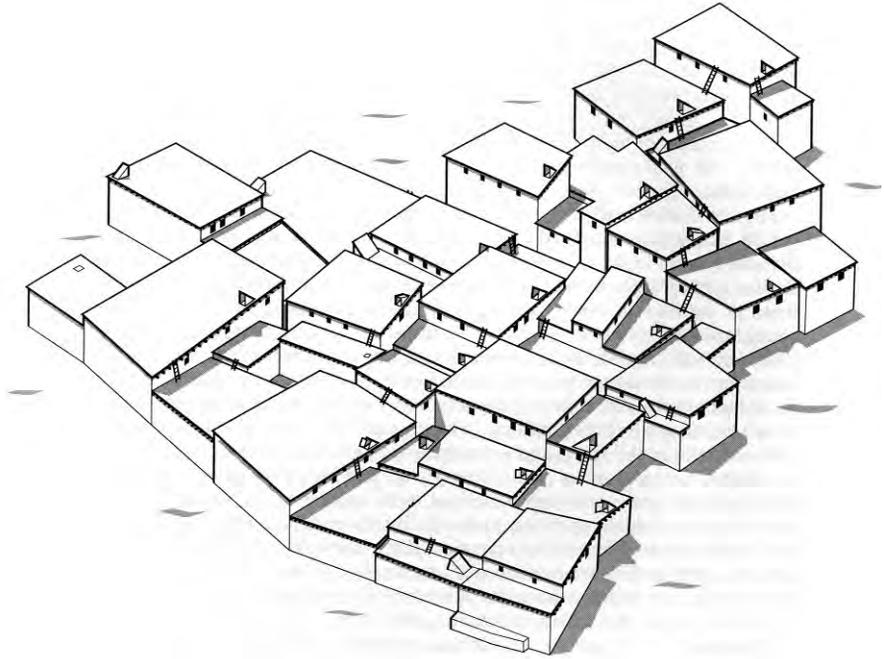


Figura 1.5. Vista pictórica de Çatal Hüyük por Grace Huxtable [fuente: James Mellaart, *Çatal Hüyük*, Londres, Thames and Hudson, 1967, p. 62, reconstrucción esquemática de una sección del nivel IV con casas y santuarios elevándose en terrazas encima de los mismos].

Las deidades femeninas y las estatuas de culto, que representan todos los estadios del ciclo vital (juventud, matrimonio, embarazo, nacimiento, maternidad, ancianidad), dominaban ampliamente sobre las figuras masculinas; y los murales que representaban escenas de caza eran inferiores en número a las representaciones realistas y abstractas de los símbolos de la fertilidad, la producción agrícola y la vida urbana. Estos cambios sugieren no sólo la transición neolítica de la caza y la recolección hacia la agricultura sino también la consolidación de una nueva división del trabajo basada en el género, probablemente matricéntrica, asociada a las primeras etapas de la urbanización. El asentamiento urbano permanente y estable podía haber estado a cargo de aquello que presumimos debía haber constituido la labor de las mujeres (la molienda del grano, el horneado, el tejido, atender a los animales, el cuidado de la casa y de los niños). Más aún, su poder religioso y secular (como Diosa Madre, soberana de los animales salvajes y símbolo metafórico de la fertilidad, la crianza y la reproducción social) debía haber sido central para la producción y reproducción de la espacialidad y la sociabilidad urbanas los

fundamentos materiales y simbólicos de la cultura. La relativa apertura del plano de desarrollo urbanístico, la ausencia de fortificaciones monumentales como las de Jericó, el hecho de que se hayan encontrado pocos signos de muerte violenta entre los restos de esqueletos excavados y otros indicios de que la sociedad urbana de Çatal Hüyük fue sorprendentemente pacífica y productiva durante alrededor de un milenio, probablemente continuó aumentando, y también fue incrementado, por el poder social de las mujeres, al menos hasta el surgimiento de las primeras ciudades-estado mesopotámicas más institucionalizadas alrededor del 4000 a.C.

Las observaciones de Mellaart acerca del papel de la mujer y, especialmente, su polémica sobre la Diosa Madre como deidad suprema de la ciudad han incitado un amplio debate que continúa en la actualidad, especialmente en las críticas feministas académicas hacia las religiones patriarcales establecidas y en el reciente incremento del interés sobre las teorías y cultos de la Diosa Madre.¹⁵ En su popular artículo publicado en *Scientific American*, Mellaart escribe lo siguiente:

Yo afirmaría, quizás erróneamente, que la religión neolítica de Çatal Hüyük [...] fue creada por mujeres. En contraste con casi todos los «cultos de fertilidad» previos o posteriores de Oriente Próximo, carece del elemento de vulgaridad sexual y erotismo que es asociado, casi automáticamente, con la fertilidad y que, probablemente, sea la contribución masculina. Si la religión de Çatal Hüyük es una creación femenina, uno tiene la extraña oportunidad de explorar la mente de la mujer neolítica a través del estudio del simbolismo que ella utilizaba en su esfuerzo por comprender e influir en los misterios de la vida y la muerte. (1964: 101)

Aquello que aquí es representado constituye, como mínimo, un aspecto del igualitarismo de género primitivo, un tiempo en el cual no parece haber existido una gran diferencia entre el poder social de hombres y mujeres. Se trata de un aspecto que continúa siendo relativamente minimizado e inadecuadamente comprendido. En su máximo alcance, nos brinda información

¹⁵ Los debates acerca de la Gran Diosa se encuentran íntimamente vinculados al trabajo de Marija Gimbutas, una arqueóloga de Europa del Este, autora de libros tales como *The Goddesses and Gods of Old Europe, 6500-3500 B.C.: Myths and Cult Images*, Berkeley, University of California Press, 1974 [ed. cast.: *Diosas y dioses de la Antigua Europa*, Madrid, Istmo, 1991] y *The Language of the Goddesses: Unearthing the Hidden Symbols of Western Civilization*, San Francisco, Harper and Row, 1989 [ed. cast.: *El lenguaje de la Diosa*, Oviedo, Dove, 1996]. Inspirada en parte por los hallazgos de Mellaart, Gimbutas señala que los primeros símbolos e imágenes neolíticas giran en torno a una «diosa auto generada» que era una dadora-de-vida, ejecutora-de-la-muerte y regeneradora. A pesar de que dichas religiones fueran, probablemente, matrilineales y «matrísticas», la autora señala que no eran estrictamente matriarcales sino que otorgaban mucha importancia a los modos de nutrir y alimentar la vida de las personas, en oposición al «foco machista en la dominación» que los reemplazaría en el posterior desarrollo de las ciudades-estado.

simbólica y política de utilidad y relevancia para los debates contemporáneos sobre el género y el poder y, en particular, en el esfuerzo por dejar al descubierto un persistente sesgo machista presente en los escritos de muchos arqueólogos, prehistoriadores y demás estudiosos. Más adelante volveremos sobre dichos temas.

Otras reconstrucciones de los espacios habitados de Çatal Hüyük nos ofrecen nuevas visiones de la división social y espacial del trabajo específicamente urbana, que se estaba desarrollando en el nuevo hábitat y que, en esas fechas, podría haber agrupado a más de 6.000 personas. En la actualidad, hay quienes afirman que habrían sido más de 10.000 las personas que vivieron juntas en el asentamiento que de forma clara era el más densamente poblado del mundo neolítico conocido, tan lejos de una aldea agrícola de la época como pueda imaginarse. Hasta posteriores etapas, por lo menos, las ocupaciones principales en el asentamiento eran la caza y la recolección, pero la densa aglomeración también incluía a algunos de los primeros agricultores y criadores de ganado sedentarios que se hayan conocido, pioneros en la domesticación neolítica de plantas y animales. En Çatal Hüyük, y a diferencia del asentamiento contemporáneo de Haçilar al Oeste, que aún no era cerámico, eran cultivadas una gran variedad de plantas comestibles en y alrededor de la misma, incluidos los trigos emmer, einkorn y blando, cebada, guisantes, lentejas, distintos tipos de algarrobas y plantas oleíferas. La dieta era complementada con otras semillas plantadas de forma intencionada e incluía bellotas, almendras, pistachos, manzana, enebrina y almezina, ésta última empleada para elaborar vino.

El hecho de que la población de Çatal Hüyük también contara con un extraordinario grupo de artistas, artesanos, fabricantes y comerciantes muy habilidosos resulta tan importante como lo anterior. La lista de Mellaart de ocupaciones posibles incluye las siguientes:

[...] los tejedores y los cesteros, los tejedores de esteras, los carpinteros y ebanistas; los hombres que hacían las herramientas de piedra pulida (hachas y azuelas, pulidoras y molinillos, cinceles, mazas y espátulas); los fabricantes de cuentas, quienes realizaban agujeros en cuentas de piedra que ninguna aguja de acero moderna podría penetrar, y tallaban pendientes y utilizaban incrustaciones de piedra; los fabricantes de cuentas de conchas de dentalium, cauri y ostras fósiles; los talladores de sílex y obsidiana, quienes producían las dagas, puntas de lanza y flecha, cuchillos, cuchillas de hoz, espátulas y perforadoras; los comerciantes de pieles y cuero; aquellos que trabajaban el hueso haciendo punzones, sacabocados, cuchillos, espátulas, cucharones, cucharas, arcos, poruñas, palas, agujas de jarreta, hebillas de cinturón, botones de asta, alfileres y palillos cosméticos; los talladores de cuencos y cajas de madera; los fabricantes de espejos, los fabricantes de arcos; los hombres que martilleaban el cobre en láminas y luego lo transformaban en

cuentas, pendientes, anillos y otras alhajas; los constructores; los mercaderes y comerciantes que obtenían toda la materia prima; y, finalmente, los artistas —los escultores de estatuas, los que modelaban arcilla y los pintores. (Mellaart, 1964: 99)

La lista comienza con los tejedores que confeccionaron los textiles y las alfombras tejidas más antiguas de lo que hasta el momento haya sido descubiertas en un yacimiento arqueológico. Probablemente dichos tejedores fueran en su mayoría mujeres. Otra primicia viene representada por los trabajadores del cobre y el plomo autóctonos, que dieron forma a los orígenes de la metalurgia. Tal vez aquí también haya surgido la primera industria de armas de ciertas proporciones y, por cierto, los productores del símbolo primordial de autorreflexión e identidad humanas, el espejo. Elaborados con obsidiana pulida en forma de semiesfera con la parte posterior de yeso, los primeros espejos confeccionados de forma intencionada marcaron el comienzo de otro tipo de producto proveniente de la sorprendentemente industrial población de Çatal Hüyük. La alfarería se encuentra particularmente ausente de la lista, en parte porque Mellaart subestima la gran importancia que la mayoría de los arqueólogos le han otorgado. Pero incluso aquí hubo algunos logros que despejaron el camino. A pesar de su simplicidad, su fragilidad y la ausencia de decoración, la primera cerámica en el mundo también proviene de Çatal Hüyük y la región cercana del norte de Siria.

La lista concluye con los artistas —los escultores, aquellos que modelaban en arcilla y los pintores— y aquí también es posible encontrar una creatividad y una capacidad de innovación verdaderamente extraordinarias, incluyendo los primeros cuencos de madera tallada en el mundo (mucho mejores que las vasijas de cerámica) y notables estatuas religiosas, algunas de las mejores que hayan podido hallarse en aquella época. No obstante, hay un fresco muy especial —y espacial— que guarda una particular importancia para la geohistoria del espacio urbano. Se trata de una pintura de pared o mural ubicada en uno de los santuarios más antiguos, y que podría ser no sólo el primer paisaje que alguna vez haya sido pintado, tal y como reconocen la mayoría de los libros de texto de historia del arte, sino también un ejemplo original de una forma de arte *urbano* panorámico, particular y consciente, que expresa de modo extraordinario la existencia de una conciencia popular de la especificidad espacial del urbanismo.¹⁶ Como puede observarse en la figura 1.6, la pintura mural, que data de alrededor del año 6.150 a.C., ilustra en primer plano una creativa e increíblemente detallada representación cartográfica del espacio urbano, aunque percibida de modo abstracto. En dicho detalle de la pintura, se pueden contar alrededor de 75 edificios separados, todos ellos

¹⁶ El fresco de Çatal Hüyük figura en el libro Guinness de los Records como la primera «pintura de la naturaleza» en el mundo.

similares en su forma pero cada uno singularmente retratado, insinuando la existencia de un entorno construido de modo equitativo pero individualizado.¹⁷ Lo que resulta aún más sorprendente es que hasta la aparición de las pinturas *veduta* de Venecia, Florencia y de otras ciudades renacentistas, alrededor del año 1.300 y, tal vez, unos pocos paisajes japoneses con algunas figuras urbanas dibujadas que datan de la misma época, el paisaje urbano panorámico de Çatal Hüyük ha permanecido como la única pintura de su tipo que haya sido hallada en el mundo durante los siguientes 7.000 años.¹⁸



Figura 1.6. Reconstrucción y original de una pintura del espacio urbano en Çatal Hüyük [fuente: (arriba) James Mellaart, *Çatal Hüyük*, 1967: lámina 60; (abajo) de la Croix, Tansey y Kirkpatrick, *Art Through the Ages*, 9ª edición, Nueva Cork, Harcourt Brace Jovanovich, 1991, p. 46, figura 2-8, paisaje con erupción volcánica (?), detalle de una copia de un mural del nivel VII, Çatal Hüyük, alrededor del año 6.150 a.C.].

¹⁷ Al observar dicho paisaje urbano vienen a mi mente las casas de los canales de la Ámsterdam contemporánea que analicé en el capítulo 9 de *Thirdspace*, cada una de ellas similar y única al mismo tiempo, y el talento holandés para la pintura de paisajes urbanos panorámicos del siglo XV.

¹⁸ He estado buscando excepciones a dicha afirmación desde el momento en que me encontré con su inocente mención en textos de historia del arte tales como H. de la Croix, R. G. Tansey y D. Kirkpatrick, *Art through the Ages*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1991. Hay algunas pinturas de escenas portuarias en las islas griegas que representan paisajes urbanos precristianos y muchos mapas de la antigua Roma, y murales que muestran importantes edificios y escenas en la calle. Sin embargo, aún no he hallado ninguna pintura que represente el tipo de vista aérea general de una ciudad que aparece en Çatal Hüyük y que haya sido realizada antes de aproximadamente el año 1.200.

El espacio urbano representado se extiende a lo largo de un fondo realizado por un volcán de dos picos ligeramente en erupción, pintado en un vívido bermellón. El monte cinabrio, seguramente el elevado Hasan Dag de 3.200 metros de altura, flota por encima del plano del pueblo, y sin embargo parece haber determinadas líneas que conectan los dos mundos, el de la naturaleza y el de la cultura, lo «crudo» y lo «cocido», lo sagrado y lo profano. Una parte importante de la economía urbana se construyó sobre la base del comercio de obsidiana, un regalo del volcán que requeriría ser recompensado socialmente y respetado ecológicamente.¹⁹ La naturaleza debe ser tanto temida como propiciada, dado que puede proveer esa «abundancia de riquezas» de la cual toda cultura urbana civilizada depende. La naturaleza no existe sólo fuera de la ciudad de Çatal Hüyük, también está incorporada en su cultura territorial y en su zona simbólica como un elemento fundamental de la economía y de la sociedad locales, indicando el comienzo de la producción social de una «segunda naturaleza» intrincadamente implicada en el proceso de urbanización.

A pesar de que Mellaart nunca utiliza el término «Neolítico Urbano», sus descubrimientos en Çatal Hüyük (respaldados por ciertos desarrollos en Jericó) apoyan, e incluso alientan, la posibilidad de imaginar la existencia de dicho periodo, el cual hasta el momento no constituía más que una yuxtaposición imposible de términos. No resulta sorprendente que ningún arqueólogo o prehistoriador serio haya dado este salto en los más de 30 años que han transcurrido desde que Mellaart realizase sus excavaciones más importantes, teniendo en cuenta el estricto control de la secuencia canónica que hace de la agricultura una condición *sine qua non* del urbanismo. Sin embargo, una de las urbanistas más importantes de la década de los sesenta vio rápidamente la posibilidad de anteponer lo urbano a la revolución agrícola o, al menos, de combinarlos en una dinámica simultánea e interrelacionada. Retornemos a Jane Jacobs.

Aprender de Nueva Obsidiana

En *La economía de las ciudades* [1969 edición inglesa, 1971 edición española], Jacobs reflexiona acerca del trabajo de Mellaart y se lanza a realizar su propia revisión imaginativa de la Revolución Urbana y de la evolución de las ciudades, utilizando a Çatal Hüyük como una suerte de magdalena de

¹⁹ Aquí me vuelve a la mente Ámsterdam y esos panoramas urbanos que captan las imponentes incursiones del Mar del Norte y los polders que eran creados por el lodo de la naturaleza.

Proust para recordar los principales orígenes (contemporáneos) de la urbanización. Si bien no todas sus afirmaciones pueden resistir los criterios más rigurosos de los antiguos historiadores y arqueólogos clásicos, el argumento central es lo suficientemente poderoso y agudo como para que merezca nuestra atención, especialmente porque logra demostrar la importancia geohistórica y contemporánea de poner las ciudades primero.

La fecha de publicación de *La economía de las ciudades* resulta significativa. No sólo por el hecho de que el libro haya aparecido poco tiempo después del momento álgido de las insurrecciones urbanas de la década de los sesenta, cuando la atención del mundo estaba focalizada en las ciudades, sino también porque implicó la aparición de Jacobs como una poderosa competidora de Lewis Mumford en su papel como el intelectual público y crítico de la vida urbana más importante del país. El libro de Mumford, *La ciudad en la historia*, había aparecido en 1961 y era generalmente considerado como su *magnum opus*, una interpretación histórica definitiva de la ciudad, desde sus formas ancestrales hasta sus regresiones y problemas actuales. Al igual que todas las buenas historias, el libro de Mumford dilucidaba el pasado con un proyecto muy contemporáneo en mente, un proyecto que reflejaba el anarquismo y el regionalismo moderado y opuesto a la gran ciudad que moldeó todos sus escritos. La atractiva reconstrucción de la aldea agrícola preurbana realizada por Mumford, fue particularmente relevante para los debates sobre el origen de las ciudades y para la reconstrucción de dichos acontecimientos llevada a cabo por Jane Jacobs. El sinecismo y, en consecuencia, la ciudad son definidos simplemente como «una unión de aldeas» e implícitamente como un proceso destructivo, violento y de dominación de los hombres que transforma la cultura tradicional de las aldeas. Separando ambas tendencias del desarrollo, Mumford afirma que «la aldea se multiplicó y se difundió por completo con más rapidez y más eficacia que la ciudad; y si bien se encuentra ahora al borde de su anonadamiento por la urbanización, mantuvo el antiguo estilo de vida popular durante milenios y sobrevivió al continuo ascenso y destrucción de sus rivales más grandes, más ricos y más atrayentes» (1961: 28). Mumford prosigue su desarrollo con una original estrofa acerca de la capacidad de la aldea para sobrevivir a la embestida urbana, que le fue sugerida por Patrick Geddes, su mayor mentor e inspirador, el erudito escocés cuyo trabajo moldeó el nuevo campo del urbanismo regional.

Musselburgo era un burgo
 Cuando no había Edimburgo
 Y Musselburgo será un burgo
 Cuando ya no haya Edimburgo

Mumford, *La ciudad en la historia*.

Compartiendo parte del anarquismo y del desdén de Mumford por la expansión descontrolada de la megalópolis, pero poco de su regionalismo y ambientalismo utópico, Jacobs volvió a participar del debate sobre el origen de las ciudades y su complemento, retomando la investigación de las cualidades esenciales de la urbanidad desde un punto de vista muy diferente al de Mumford. Inspirada en el trabajo de Mellaart acerca de Çatal Hüyük, que apareció después de que *La ciudad en la historia* fuese publicado, y adoptando un enfoque más pragmático centrado en el desarrollo económico, Jacobs antepuso las ciudades de un modo muy riguroso, vinculando la formación de las aldeas agrarias y ganaderas a las primeras ciudades con el propósito de reorganizar su propia versión de la ciudad en la historia.

Jacobs comienza su nueva interpretación de la prehistoria imaginando Nueva Obsidiana, aparentemente la primera ciudad del mundo, a la cual ella denomina de dicho modo y sitúa en o cerca del emplazamiento de Çatal Hüyük, hacia la cual, según las proyecciones de Jacobs, ésta evolucionaría. Describía Nueva Obsidiana como una «ciudad preagrícola de cazadores», fundada hace más de 11.000 años y organizada en torno al crucial comercio de obsidiana, así como también a su creciente destreza en la cría de animales y el intercambio de alimentos recolectados, incluyendo las duras semillas de las variedades silvestres del trigo y la cebada. Nueva Obsidiana no era simplemente un lugar de residencia para la caza y la recolección, sino también en términos performativos una aglomeración urbana, capaz de generar crecimiento económico a partir de sus propios recursos, de llevar a cabo la construcción de un espacio urbano que estimulaba y reflejaba la innovación económica, nuevas formas de trabajo productivo y una división del trabajo en proceso de expansión, es decir, las características distintivas del proceso de urbanización según la definición de Jacobs; muy emparentadas también con mi definición del sinecismo.

En Nueva Obsidiana, esa ciudad real e imaginaria, existía un grupo fundamental conformado por los comerciantes y los artesanos, que formaban parte de una red de trueque que se extendía de Este a Oeste a lo largo de 3.000 Km., y que puede haber abarcado hacia el Sur, hasta el delta del Nilo, y hacia el Norte, al menos hasta las costas del Mar Negro.²⁰ Los comerciantes obtenían la obsidiana (a cambio de objetos artesanales producidos en la ciudad, tales como carteras de cuero, cuchillos, puntas de lanza, espejos, talismanes religiosos, ornamentos, así como también provisiones extra de granos y semillas) de cazadores paleolíticos no urbanos que controlaban determinados territorios alrededor de las montañas volcánicas, como Hasan

²⁰ Se trata tan sólo de una pequeña ampliación de lo que hoy se conoce como aquello que constituyó la red de comercio de la cultura de Natufian hace más de 11.000 años.

Dag en el Norte, que podían ser divisadas por los habitantes de la ciudad los días de sol. Los cazadores también eran empleados como intermediarios en el comercio de materias primas, tales como cobre, conchas y pigmentos, y también provisiones de hierba y semillas de cereal silvestre, guisantes, lentejas y nueces cuya recolección estaba en aumento en los asentamientos secundarios a lo largo de la región. Jacobs sugiere que los puntos de intercambio y los campamentos de los comerciantes no locales se encontraban ubicados en la periferia de la ciudad, las rutas de comercio convergían en el asentamiento, tal y como está insinuado en la figura 1.6 por el espacio entre el asentamiento y el fértil y eruptivo Hasan Dag, fuente de las provisiones aparentemente interminables de este valioso vidrio volcánico. Dicha «plaza de intercambio», una «ciudad independiente» en ciernes o, más precisamente, un «suburbio», fue probablemente el único lugar público a la intemperie en Nueva Obsidiana, un bullicioso centro comercial donde se encontraban el mundo de los habitantes locales y el mundo de los «de afuera».

Si bien una parte de la provisión de alimentos para los habitantes locales provenía de los antiguos territorios dedicados a la caza y a la recolección que se encontraban ubicados en los alrededores de Nueva Obsidiana, una gran proporción de alimentos era importada, al principio en la forma de animales vivos y semillas duras. Jacobs comienza a desenmarañar el funcionamiento interior que impulsó la primera economía urbana autogenerada, apelando a un proceso que hoy podríamos denominar como una estrategia de sustitución de importaciones. Aquellos que Jacobs denomina «administradores», vendedores al por mayor en ciernes y comerciantes minoristas apartados de la población local, controlaban el flujo de comida hacia los hogares de la ciudad, donde con el paso del tiempo algunas semillas comenzaron a ser cultivadas en parcelas de tierra familiares o simplemente eran esparcidas y brotaban en parcelas compartidas que estimulaban los cruces, híbridos y mutaciones. El comercio de semillas, que probablemente estuviera organizado por las mujeres, también desarrolló el mejoramiento selectivo de la calidad de la semilla, al tiempo que tenían lugar procesos similares con la carne y el cuero de ovejas, cabras, ganado vacuno y cerdos (domesticados por primera vez en el norte de Anatolia). Finalmente, una pequeña pero creciente proporción de alimentos era producida localmente en lo que puede denominarse la *domesticación* (hacer doméstico, parte del *domus* o casa) de plantas comestibles, en un sentido que excede lo biológico. El producto de este proceso social y espacial sinécico constituye, según Jacobs, el origen *urbano* de la Revolución Agrícola.

El cultivo de granos, en especial, se intensificó en y alrededor de la Nueva Obsidiana de Jacobs y la proveyó de una fuente de alimento altamente fiable y, durante aquellos años especialmente buenos, de un pequeño

excedente que podía ser intercambiado por otros bienes y servicios. En dicho momento y hasta bien entrado el periodo de máximo crecimiento de Çatal Hüyük, no había cosas tales como la agricultura rural ni tampoco aldeas agrícolas especializadas. Ciertamente, al principio la agricultura en la ciudad abarcaba sólo una pequeña porción de la economía local, que ya se había especializado en el comercio y en la industria basada en la artesanía, además de en la caza y la recolección. El mundo rural todavía giraba en torno a asentamientos simples y pequeños que se dedicaban a la caza y la recolección, pero incluso aquí la población se apegaba cada vez más al espacio urbano en expansión y a su comunidad imaginaria. Más que el cultivo de granos, fue probablemente la cría de animales, trasplantada de la ciudad, la primera actividad que comenzó a transformar la economía rural de la caza y la recolección. El pastoreo de grandes cantidades de ovejas, cabras y ganado vacuno domesticado requería de demasiado espacio como para poder ser llevado a cabo con eficacia en la región cercana a la ciudad. Los rebaños y su cuidado fueron, como señala Jacobs, derivados a áreas de pastoreo a más de un día de viaje animal de la ciudad, generando de ese modo pequeñas aldeas que consistían en hogares que poseían el conocimiento acerca de cómo llevar a cabo el cultivo de granos y que poseían una forma de vida urbana, pero especializada en la producción de carne, cuero y lana para la población de la ciudad. Jacobs compara estas nuevas aldeas con los *company towns* y sugiere que, en parte, crecieron gradualmente mediante la asimilación a los pequeños asentamientos, no siempre pacífica, de segmentos crecientes de la población de cazadores y recolectores rurales. Sólo más tarde, los agricultores urbanos, o lo que hoy es denominado el campesinado rural, se descentralizó en un número significativo.

La teoría de Jacobs depende de dicho proceso de innovación específicamente urbano, crecimiento endógeno, y desarrollo y difusión regional, tanto centrífugo como centrípeto. La teoría contiene en sí misma las semillas de ideas contemporáneas acerca de la expansión económica como las estrategias de sustitución de importaciones y modelos basados en la exportación. Sin embargo, al anteponer las ciudades también se ha construido una teoría comprensiva, poderosa y fundamentalmente espacial de las economías de aglomeración, que influiría en una generación más contemporánea de economistas geopolíticos como Allen Scott y Michael Storper, quienes tendrán un importante papel en la Segunda Parte de *Postmetrópolis*. Al desarrollar dichas ideas, Jacobs invierte el modelo secuencial convencional acerca del desarrollo social prehistórico. En el primer capítulo de *La economía de las ciudades*, titulado de modo revelador «Cities First – Rural Development Later» [«Primero, las ciudades – luego, el desarrollo rural»], Jacobs formula creativamente su «teoría de los orígenes urbanos de la primera agricultura». He aquí algunas de sus conclusiones:

Si mi razonamiento es correcto, entonces no fue la agricultura, por su importancia, el invento o acontecimiento, si usted lo desea, sobresaliente de la Era Neolítica. Fue más bien el hecho de que constituyeran economías urbanas continuas, interdependientes y creativas el que hizo posible una variedad de nuevas formas de trabajo, entre ellas, la agricultura. (Jacobs, 1969: 34)

Entonces, tanto en el pasado como en la actualidad la separación que se hace habitualmente diferenciando el comercio y la industria de la ciudad de la agricultura rural, es artificial e imaginaria. Ambas provienen de la misma línea de descendencia. El trabajo rural, ya sea confeccionando ropa o cultivando alimentos, es trabajo urbano trasplantado. (Jacobs, 1969: 16, observen la crítica implícita a Mumford)

Les he preguntado a los antropólogos cómo saben que la agricultura apareció antes que las ciudades. Después de recuperarse de la sorpresa del hecho de que dicha verdad sea cuestionada, me dijeron que los economistas lo habían establecido de dicho modo. Les he preguntado lo mismo a los economistas. Ellos dicen que los arqueólogos y antropólogos lo han establecido así. Parece ser que todos se han basado en la palabra de otro. En realidad, yo pienso que todos ellos se basan en una fuente pre Darwiniana, es decir, en Adam Smith. (Jacobs, 1969: 42)

Hagamos lo que hagamos con dicha controversia acerca de los «orígenes», podemos concluir que Jericó y Çatal Hüyük representan un salto revolucionario en la escala social y espacial de las sociedades y de la cultura humana, en una escala medida no sólo en cantidad de personas sino también en la intensidad y la extensión geográfica de la interacción humana. Las estimulantes interdependencias y las convenciones culturales creadas por la aglomeración socio-espacial, en un movimiento conjunto, fueron los rasgos organizativos clave o las fuerzas motrices que impulsaron virtualmente todo lo que sucedió a continuación. Dicha proximidad y dicha copresencia interdependiente hicieron que la cooperación social se tornara más eficiente y efectiva, no sólo para la defensa y la producción (y consumo) colectivo de alimentos y servicios «sociales», sino también para la producción de orden social y espacial, para el comercio a larga distancia, para una división del trabajo crecientemente especializada y para la continuidad urbana, todo ello parte y producto de la «chispa» intrínsecamente espacial que jugaría un papel importante en cada momento de transformación de la geohistoria del desarrollo humano hasta el presente.²¹ La interacción humana y la sociabilidad

²¹ Se trata de un cuestión central que atraviesa cada capítulo de este libro, desde la Segunda Revolución Urbana, que viene a continuación, hasta la Tercera Revolución Urbana que surge del desarrollo de lo que es también un capitalismo industrial esencialmente *urbano*, y que da lugar a través de una serie de reestructuraciones importantes del capitalismo industrial urbano que hoy en día se encuentra en su cuarta fase, a un periodo definido por la emergencia de otra variación del urbanismo como modo de vida y que denomino postmetrópolis.

fueron intensificadas de forma creativa al reducir la fricción de la distancia en la vida cotidiana, al mismo tiempo que la densidad de la población se incrementaba. Surgieron más oportunidades y más tiempo para el ocio, las actividades creativas, las ceremonias religiosas y para expandir el intercambio de bienes y servicios más allá del núcleo familiar, clan o banda, para agregar nuevas formas de trabajo productivo y para los nuevos desafíos del urbanismo y la aplicación de aquello que los griegos posteriormente denominarían *phrónesis*, la razón práctica y política involucrada en la creación, administración y sustentación de una comunidad territorialmente definida, una metrópolis sinéca.

Aprender más de Çatal Hüyük

Çatal Hüyük y yo, hacemos nuestra existencia mutuamente posible.

(Ian Hodder, 1990: 20)

Esta síntesis relativamente acertada de los controvertidos debates contemporáneos acerca del poder relativo de la agencia humana frente a la fuerza modeladora de la estructura social, fue escrita por el arqueólogo de habla inglesa más importante en términos teóricos y críticos. Ian Hodder fue estudiante universitario con James Mellaart en el Instituto de Arqueología de Londres y se familiarizó pronto con las excavaciones de Çatal Hüyük y con el estilo de arqueología «interpretativa» evocadora y entusiasta, aunque a veces exagerada, de Mellaart. Sin perder de vista la creativa interpretación de dicho enfoque, Hodder ha dedicado los últimos 30 años a la construcción de una «nueva arqueología» más rigurosa en términos analíticos y más sofisticada teóricamente.

Durante la década de los setenta, Hodder se encontraba entre los primeros en incorporar nuevas metodologías de las ciencias sociales a la arqueología y, en particular, los métodos y modelos surgidos de la denominada «revolución cuantitativa» en el campo de la geografía.²² Haciendo uso de modelos de análisis de sistemas y de la ciencia espacial (por ejemplo, la «teoría del lugar central» de los asentamientos humanos), dichos enfoques positivistas pusieron la atención en la evidencia material de la cultura y de la organización espacial, o lo que denomino geografías del primer espacio.

²² Véase Ian Hodder y Clive Orton, *Spatial Analysis in Archeology*, Cambridge y Nueva Cork, Cambridge University Press, 1976 [ed. cast.: *Análisis espacial en arqueología*, trad. por M^a. José Aubet y Montserrat Tenas, Madrid, Crítica, 1990]; Ian Hodder, *The Spatial Organisation of Culture*, Londres, Duckworth, 1978; y *Stimulation Studies in Archeology*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1978.

Sin embargo, Hodder también se encontraba profundamente interesado en el «significado de las cosas», en la interpretación de la «evidencia simbólica» que no se manifestaba de modo tan obvio en términos materiales y empíricos, y en las relaciones entre cultura material y expresión simbólica, es decir, lo real y lo imaginario. En una serie de libros y colecciones de artículos, Hodder abrió aquello que se denominó arqueología «procesual» (una mezcla de ciencia positivista y antropología naturalista) a nuevas perspectivas teóricas derivadas de la teoría crítica, el estructuralismo, el neomarxismo, la hermenéutica, las filosofías constructivistas de la ciencia y, más recientemente, el postestructuralismo, la nueva etnografía, el feminismo, las críticas postcoloniales y el postmodernismo crítico.²³ Hodder describe dicho enfoque interpretativo ecléctico simplemente como una «arqueología postprocesual» que funda en lo que él denominaba una *lectura contextual*, primero, como una interpretación del contexto ambiental, tecnológico y conductual de la acción, pero también como un discurso o narración, vinculando los significados contextuales de rasgos culturales materiales con el significado de las palabras en un texto o en el lenguaje escrito. A través de dichas lecturas contextuales, los objetos estudiados por los arqueólogos son considerados como contruidos tanto material como conceptualmente y, haciendo referencia a la frase que he utilizado para describir el estudio crítico de los espacios habitados, podemos señalar que son considerados simultáneamente como reales e imaginarios.

Siendo reconocido como uno de los teóricos y filósofos más importantes de la arqueología y un especialista en el simbolismo cultural del Neolítico y en la expansión de la agricultura en Europa, hasta hace poco tiempo Hodder no había dirigido nunca una excavación arqueológica importante; lo que dicha distinción simbólica supone para la identidad de un célebre arqueólogo, es comparable a la que supone la construcción del proyecto de un edificio

²³ Ian Hodder, *Symbolic and Structural Archeology* (1982), *Symbols in Action: Ethnoarcheological Studies of Material Culture* (1982), *The Archeology of Contextual Meanings* (1987), y *Reading the Past: Current Approaches to Interpretation in Archeology* (1991) [ed. cast.: *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*, trad. por M^a. José Aubet, Madrid, Crítica, 1994], todos publicados por Cambridge University Press; Hodder, *The Meaning of Things: Material Culture and Symbolic Expression*, Londres y Boston, Unwin Hyman, 1989; Hodder, *Theory and Practice in Archeology*, Londres y Nueva York, Routledge, 1992; Hodder, *The Domestication of Europe: Structure and Contingency in Neolithic Societies*, Oxford, Reino Unido y Cambridge, (Man), Basil Blackwell, 1990; Hodder, *Interpreting Archeology: Finding Meaning in the Past*, Londres y Nueva York, Routledge, 1995; y Robert Preucel y Ian Hodder (eds.), *Contemporary Archeology in Theory*, Oxford, Reino Unido y Cambridge (Ma.), Basil Blackwell, 1996. En su desempeño como profesor de arqueología en la Universidad de Cambridge, Hodder estuvo claramente en contacto con Anthony Giddens, quien fuera hasta hace poco tiempo profesor de sociología en dicha universidad y ahora director de la London School of Economics. Esto se deduce del hecho de que el trabajo de Giddens aparece claramente en las re teorizaciones de la arqueología llevadas a cabo por Hodder.

de gran importancia para un arquitecto. Por más que haya sometido sus reflexiones teóricas sobre la arqueología postprocesual a la prueba del filo de la cucharilla [*trowel's edge*], Hodder se ha convertido en el principal arqueólogo de una nueva excavación de gran importancia, nada menos que en Çatal Hüyük.²⁴ El Çatalhöyük Research Project fue concebido y ha sido dirigido por Hodder, basándose en parte en un subsidio otorgado al Çatal Hüyük Research Trust en 1993, para un programa de 25 años con el objetivo de conservar, exhibir y aprender más acerca de esta ciudad de 9.000 años de antigüedad. Hodder coordina un equipo de más de 100 especialistas provenientes de Gran Bretaña, Estados Unidos, Canadá, Sudáfrica, España, Grecia, Alemania y Pakistán, además de docenas de becarios y estudiantes turcos. El equipo está trabajando no sólo en el emplazamiento principal sino también en otros lugares tales como Pinarbisi, unos 25 Km. al Este, donde hay evidencias de campamentos estables junto a un lago permanente que puede haber sido anterior en varios miles de años a la ocupación de Çatalhöyük. El proyecto en su totalidad aprovecha la tecnología multimedia para mantener su trabajo accesible a todo el mundo y para multiplicar las formas de interpretación, reflejando uno de los principios de la arqueología postprocesual.

El trabajo de Hodder comenzó en 1995 con excavaciones en tres de las doce capas del asentamiento encontrado en el ala este del antiguo yacimiento. Cada una de dichas capas contiene más de 3.000 casas, lo cual sugiere que durante la mayor parte de la existencia de la ciudad, la población podría haber contado con un mínimo de 10.000 residentes permanentes, acercándose en tamaño a las primeras ciudades-estado sumerias. Los primeros descubrimientos confirman la mayor parte de las interpretaciones de Mellaart acerca de la vida urbana, con unas pocas excepciones clave. Mellaart dio por sentada la existencia de un grupo sacerdotal concentrado en un área especial que organizaba las funciones religiosas de la ciudad, mientras que las nuevas excavaciones no muestran ninguna evidencia de la existencia de dicho grupo de élite. Cada casa tiene espacios organizados dedicados tanto a fines rituales como domésticos, sugiriendo un tipo de práctica religiosa más simple igualitaria y muy descentralizada. En una ruptura aún más polémica con Mellaart, Hodder y su equipo subestiman la importancia del culto a la Diosa Madre, alegando que las estatuillas icónicas de la diosa que Mellaart analiza no eran veneradas, dado que todavía no ha sido encontrada

²⁴ Descubrí esto por primera vez al leer a Edward Demarco, «New Dig at a 9,000-Year-Old City is Changing Our Views of Ancient Life», *New York Times* (Science), 11 de noviembre, 1997. Mi conocimiento posterior provino, fundamentalmente, de las importantes páginas de internet, disponibles en <http://catal.arch.cam.ac.uk/catal>.

ninguna de ellas en entierros o en otros contextos religiosos de importancia. En ambas cuestiones, Mellaart, que está vivo y coleando, ha defendido enérgicamente sus puntos de vista contra lo postulado por su antiguo alumno y otros miembros del equipo.

El proyecto ha atraído la atención generalizada de las teóricas feministas, así como también de la «comunidad de la diosa», que llegan al lugar en visitas organizadas para celebrar sus propias interpretaciones del emplazamiento.²⁵ Hodder ha estado especialmente abierto tanto a las feministas más rigurosas como al interés menos riguroso en el culto de Çatalhöyük, promoviendo aquello que ha denominado «arqueologías feministas». En el libro *Reading in the Past* (1991) [*Leyendo en el pasado*], Hodder ha reconocido no sólo la necesidad de consignar la desproporción de la representación de las mujeres en la profesión arqueológica y el uso de un lenguaje sexista en las publicaciones arqueológicas, sino también las «corrientes machistas» más sutiles que son reconocidas por las feministas dentro del campo arqueológico.

[...] los arqueólogos han tendido a considerar la antigua división sexual del trabajo en términos similares a la actual. La caza y el comercio, por ejemplo, suelen ser vistos como actividades masculinas, mientras que la recolección y el tejido son consideradas actividades femeninas. Las puntas de proyectiles y las armas bien hechas son asociadas a los hombres, mientras que las vasijas no confeccionadas con el torno son adjudicadas a las mujeres. Dicha vinculación sexual de las actividades pasadas hace que las relaciones sexuales actuales parezcan inevitables y legítimas [...] En segundo lugar, se manifiesta mayor interés en las actividades masculinas «dominantes». Por lo general, los hombres son retratados como más fuertes, más agresivos, más dominantes, más activos y más importantes que las mujeres, quienes suelen aparecer como débiles, pasivas y dependientes. El pasado está escrito en términos de liderazgo, poder, lucha, intercambio de mujeres, el hombre cazador, los derechos de herencia, el control sobre los recursos, y así sucesivamente [...] Si queremos mostrar el modo en que las relaciones de género son experimentadas y adquieren sentido, la forma en que son utilizadas para definir el hecho de ser persona y el modo en que se encuentran sutilmente involucradas en relaciones de poder multidimensionales, puede resultar necesario una hermenéutica crítica o un enfoque contextual. (Hodder, 1991: 169-171)

²⁵ Véase, por ejemplo, «Discussions with the Goddess Community», un intercambio de correo electrónico entre Hodder y Anita Louise, al que se puede acceder a través de la página de internet de Catalhöyük.

A estas alturas han sido halladas relativamente pocas cosas novedosas y sorprendentes en Çatal Hüyük y específicamente no se ha agregado nada de importancia al debate sobre el hecho de poner a las ciudades primero.²⁶ Sin embargo, lo que resulta más significativo, no son los descubrimientos preliminares sino el hecho de que dicho emplazamiento esté siendo excavado e interpretado por arqueólogos y otros estudiosos que se encuentran excepcionalmente bien informados acerca de la teoría crítica; que son plenamente conscientes de la importancia del pasado en lo que se refiere a las cuestiones contemporáneas de la democracia, la ciudadanía, el género, la raza y la clase; rigurosamente espaciales en su punto de vista y en sus métodos; y provistos de una «actitud postmoderna», que Hodder ha descrito como una apertura hacia la diferencia, la alteridad, la pluralidad de voces y la experimentación dirigida «al empoderamiento de los elementos políticos y culturales marginales».²⁷ Ésta puede ser otra entrada en la lista cada vez más larga de prioridades para Çatal Hüyük/Catalhöyük.

²⁶ La primera publicación de importancia acerca de los primeros descubrimientos del proyecto es la obra de Ian Hodder, *On the Surface: Catalhöyük, 1993-1995*, Cambridge, McDonald Institute for Archeological Research y British Institute of Archeology at Ankara, 1996. También se recomienda consultar los trabajos presentados en «Postprocessual Methodology at Çatal» en una conferencia que tuvo lugar en Liverpool en 1996, y que se encuentra disponible a través del boletín informativo de la página de internet. La charla introductoria de Hodder, presentada en forma de notas, es particularmente interesante respecto de su compromiso con las nuevas ideas acerca de la globalización y los procesos contemporáneos de dicho fenómeno, así como también con los enfoques postmodernos relativos a la interpretación postprocesual. Su título es «Glocalising Çatal», haciendo uso de un término que voy a retomar en el capítulo 7.

²⁷ Véase las entradas de los términos *postmodernidad* y *postmodernismo* en el glosario de Hodder, *Interpreting Archeology*, 1995, pp. 241-242.

2. La Segunda Revolución Urbana

Las primeras ciudades [como ciudades-estado] aparecieron a la vez que la simultánea concentración de las formas simbólicas de autoridad, los *centros cívicos* concebidos para anunciar, ceremonializar, administrar, aculturar, disciplinar y controlar. Dentro y alrededor del escenario institucionalizado de la *ciudadela* (literalmente, una «pequeña ciudad»), la gente adherida a dicha autoridad y a sus relaciones sociales espacialmente concentradas crearon en concordancia, una *sociedad civil* y un entorno construido [...] La ciudad continúa siendo organizada a través de dos procesos interactivos, la vigilancia y la adhesión, la mirada desde y hacia dentro de la ciudad y el ojo panóptico del poder. Ser urbanizado significa adherirse, ser convertido en un adherente, en un creyente en una ideología y en una cultura colectiva fundada en todas las dimensiones de la *polis* (política, administración, sistema de gobierno, policía) y de la *civitas* (civil, cívico, población civil, ciudadano, civilización) [...] Es en el *espacio* donde, según Foucault, los discursos sobre el *poder* y el *conocimiento* son transformados en verdaderas relaciones de poder. Aquí, el conocimiento de la vanguardia es el de la estética, el de una profesión arquitectónica, el de una ciencia de la planificación urbana. Pero dichas «disciplinas» nunca constituyen un campo aislado. Son sólo de interés cuando se intenta observar cómo se vinculan con la economía, la política o las instituciones. Así, tanto la arquitectura como la planificación urbana ofrecen instancias privilegiadas para comprender los modos de funcionamiento del poder.

Extractos de *Thirdspace*, 1996, pp. 205 y 234.

El origen del surgimiento de una cosa y su utilidad fundamental, su aplicación práctica e incorporación a un sistema de fines, son mundos aparte [...] Todo lo existente, sin importar cómo ha surgido es constantemente reinterpretado, transformado y redireccionado a un propósito diferente por un poder superior, a través de un proceso por el cual el primer «significado» y «propósito» deben ser, necesariamente, ocultados o completamente suprimidos.

Nietzsche, *On the Genealogy of Morality* (1994, orig. 1887), p. 55
[ed. cast.: *La genealogía de la moral*, trad. José Mardomingo Sierra,
Edaf, Madrid, 2006].

La ciudad nació para preservar la vida, existe para la buena vida.

Inscripción en la fachada del Ayuntamiento de Los Angeles¹

Entre el 5000 y el 2000 a.C., las tecnologías asociadas a la irrigación agrícola se extendieron profusamente, se inventó la rueda, adquirieron forma las religiones, los mercados y los Estados más formalmente institucionalizados, y con la invención, decididamente urbana, de la escritura cuneiforme en las «nuevas ciudades» de Sumeria; cerca de la confluencia del Tigris y el Éufrates, nació lo que los estudiosos consagrarían posteriormente como la «historia escrita». Profundamente comprometida con dichos desarrollos, condensados en contextos socio-espaciales específicos, tuvo lugar una transformación de gran alcance en la organización del espacio urbano y en el urbanismo como modo de vida. Los textos convencionales suelen referirse normalmente a dicha transformación como la única Revolución Urbana, la singular cristalización de «la ciudad» en tanto forma particular de hábitat humano. A pesar de que dicha transformación puede haber producido las primeras ciudades registradas en la historia escrita, un énfasis tan importante en la invención de la escritura, como criterio clave en la conformación de las ciudades, ha oscurecido los desarrollos igualmente revolucionarios que tuvieron lugar varios milenios antes en el círculo de las tierras altas que rodean el Creciente Fértil. De este modo, resulta más apropiado y revelador presentar lo que estaba sucediendo en Sumeria hace 7000 años como el inicio de una Segunda Revolución Urbana.

La nueva urbanización

Cuando se considera la Segunda Revolución Urbana como un acontecimiento singular, se explica tradicionalmente como la causa y el efecto del desplazamiento de la producción agrícola y de los asentamientos humanos de alta densidad hacia los valles fértiles de los ríos, primero en Mesopotamia, lo que comenzó en el sexto milenio a.C. y luego en Egipto, Persia, el subcontinente

¹ Esta particular inscripción, al igual que el primer uso de la palabra *sinecismo*, es atribuible a las observaciones de Aristóteles sobre el espacio urbano en sus escritos sobre política. El Ayuntamiento de Los Angeles fue construido entre 1926 y 1928 y hasta la década de los cincuenta fue la única estructura a la que se le permitió exceder los 30 metros de altura, límite establecido como protección ante los terremotos. Sus 28 pisos, coronados por una réplica del Mausoleo de Halicarnaso, tienen la misma altura que el Zigurat babilónico, la mítica Torre de Babel, construida alrededor del año 2000 a.C.

Indio, China y otras partes de Eurasia y África, y más tarde en el Nuevo Mundo. El surgimiento de lo que algunos han descrito como «civilizaciones hidráulicas» estaba íntimamente vinculado al desarrollo de las *ciudades-estado* independientes y a la creación concomitante de una red de asentamientos urbanos interconectados, que funcionaban como puntos nodales metropolitanos para la difusión de gran alcance del comercio, la tecnología, la cultura, el conocimiento y el poder militar-gubernamental. El surgimiento de la ciudad-estado *per se* no representó una ruptura total con lo que estaba sucediendo en las tierras altas del suroeste de Asia, y que había comenzado hacía 11.000 años. El surgimiento de pequeños Estados, aunque activamente metropolitanos, basados en ciudades, y de amplios sistemas de intercambio urbano en toda la región de las tierras altas en forma de T, poco después de la temprana expansión de la agricultura, así como su continuo sinecismo ayudaron probablemente, de modo significativo, a producir cambios innovadores en todas las esferas de la vida, incluida la invención de la escritura y su uso efectivo en la construcción y administración de la economía geopolítica urbana.

¿Qué aspectos distinguen así a la Segunda Revolución Urbana de la Primera? Y ¿por qué su origen está tan claramente asociado a la región de Sumer, en la desembocadura de los ríos Tigris y Éufrates, en lugar de, por ejemplo, al Delta del Nilo u otro lugar como las tierras bajas del Creciente Fértil? La respuesta a la primera pregunta se clarificará cuando analicemos los espacios urbanos más representativos de Sumeria con mayor detalle. Con respecto a la segunda, la explicación sobre los orígenes de Sumeria que cuenta con mayor aceptación, vincula el desarrollo de la ciudad-estado a las necesidades especiales para trabajos de irrigación a gran escala con el fin de cultivar el fértil aluvión en las áridas tierras bajas. En dichas zonas existen muy pocas evidencias de la formación de ciudades o de asentamientos permanentes de importancia hasta después del 6000 a.C. Sin la tecnología y la organización social necesarias para un uso sostenible de la misma, la urbanización en las áridas tierras bajas no era fácil de lograr. De modo similar, las demandas de una agricultura irrigada a gran escala fueron tales que las ciudades con menos de 10.000 habitantes, probablemente la población máxima de la primera etapa del desarrollo de las ciudades, resultaron inadecuadas, al igual que sus políticas simples y relativamente igualitarias basadas en el linaje. Era necesario un salto en escala, alcance y poder autoritario, tanto de la ciudad como del Estado, para que la Segunda Revolución Urbana «cristalizara» — término frecuentemente utilizado para describir lo ocurrido en Sumeria. Dicho salto en la escala, el alcance y la autoridad política es lo que permite que la invención de la escritura aparezca como un prerrequisito vital, ya que ésta dio lugar a una mayor vigilancia y a un mayor control sobre el poder laboral, a una optimización de la organización de la producción

agrícola, al almacenamiento y distribución del producto social, y a una ampliación de la cultura urbana local, factores que eran necesarios para que todo convergiera en la construcción, no sólo de una ciudad-estado, sino de una ciudad capaz de llevar a cabo una importante expansión política y económica.

No hay motivos para desafiar los rasgos generales de esta explicación. Pero queda pendiente la pregunta acerca de las razones por las cuales dichos acontecimientos tuvieron lugar primero en Sumeria. Aquí podemos continuar aprendiendo de lo ocurrido en Jericó y Çatal Hüyük, y de la particular importancia en ambos casos del intercambio en la formación de las ciudades y en la apreciación del poder innovador de las avanzadas formas de las sociedades dedicadas a la caza, la recolección y la pesca. De este modo, la ubicación de Sumeria en el fondo del Golfo Pérsico se vuelve casi tan importante como su ubicación a lo largo de las cuencas bajas del Tigris y el Éufrates. Para la época en que las primeras auténticas ciudades-estado mesopotámicas se establecieron, los comerciantes de Sumeria ya habían desarrollado una extensa red de intercambio que se extendía a través del Golfo Pérsico hasta el Océano Índico y aún más lejos, habiendo establecido estrechos contactos con las primeras civilizaciones del Valle del Indo. Las primeras grandes ciudades-estado (Ubad, Eridu, Ur y Uruk) se establecieron cerca del Golfo y de los pantanos que, si bien no eran apropiadas para la agricultura de cereal, eran ricas en peces, aves y otros recursos útiles, capaces de proveer sustento suficiente a pequeños asentamientos permanentes. Su ubicación estratégica como puertos marítimos y centros de intercambio puede haber sido clave en el importante papel que desempeñaron en los comienzos de la Segunda Revolución Urbana.

A pesar de no haber leído nada que confirme esto plenamente, es probable que los primeros asentamientos permanentes de Sumeria, al igual que aquellos más antiguos en el Levante Natufian, fueran establecidos por poblaciones que cazaban, pescaban, recolectaban comida silvestre y otros recursos, y que también estaban involucradas en el intercambio regional. A diferencia de los antiguos asentamientos de los natufianos, los sumerios conocían el cultivo y los métodos simples de irrigación de los centros urbanos del Neolítico, ubicados en el arco de las tierras altas. También habían comenzado a cultivar cereales, mientras que las palmeras de dátiles les suministraban importantes recursos alimenticios así como materiales de construcción. Lo que la bibliografía demuestra es que los asentamientos del sur de Sumeria fueron, probablemente, los lugares centrales en la invención de la escritura cuneiforme y que, en mayor medida que para el caso de los jeroglíficos egipcios y de las primeras formas de escritura china, la escritura se desarrolló aquí como un práctico dispositivo contable para el almacenamiento, la propiedad, la distribución y el intercambio de diferentes bienes producidos

o recolectados, no sólo localmente sino también en lugares lejanos.² La escritura cuneiforme, realizada con un estilete sobre unas tablillas de arcilla, se transformó en el sistema de escritura más popular entre los muchos que fueron creados en el suroeste de Asia, dando lugar a un importante conjunto de textos literarios y matemáticos, y siendo utilizada al mismo tiempo como fundamento de otros sistemas de escritura que luego se desarrollarían en la región.³

Con el fin de comprender en mayor profundidad las particulares condiciones geohistóricas que otorgaron al sur de Sumeria ciertas ventajas en la formación de ciudades-estado, debemos señalar algunas de las continuidades entre la Primera y la Segunda Revolución Urbana. Dichas ciudades-estado eran más grandes en tamaño, más eficaces en el control del medioambiente natural, y contaban con mayor capacidad de extender su alcance político y económico que todas las ciudades que las precedieron. Esto cimentó el proceso de urbanización de un modo más permanente en términos locales, dando lugar no sólo a la formación de aglomeraciones de mayor tamaño, sino también a que se sostuviera una mayor continuidad en el lugar y en la reproducción social. Antes de proceder a examinar estas cuestiones, es pertinente contestar una serie de desconcertantes preguntas respecto de Egipto y del Valle del Nilo. A pesar de que existen muchas razones para suponer que en Egipto también existieron ciudades-estado semejantes a las sumerias, hay muy pocas evidencias de la existencia de grandes ciudades mucho antes del 1.500 a.C., 4.000 años después de los primeros desarrollos del Egipto pre-dinástico. A pesar de que hay evidencias de la existencia de algunas pequeñas ciudades amuralladas, emplazadas tempranamente a lo largo del Nilo, el mosaico de las centralizadas y expansivas ciudades-estado de Mesopotamia jamás fue igualado por las ciudades del «reino unificado de Egipto». Este hecho ha conducido a que muchos arqueólogos importantes del pasado señalaran que allí «la ciudad, en realidad, nunca existió».⁴ Aún así, no caben dudas de que Egipto fue, desde sus comienzos, una civilización urbana, organizada en torno a ciudades. ¿Cómo se puede explicar esta aparente anomalía?

² Los sistemas de escritura de origen chino y egipcio fueron creados específicamente con el propósito de mantener un registro de los lazos de parentesco y linaje, y de los acontecimientos históricos más importantes, manteniendo así conexiones simbólicas entre los vivos y los muertos.

³ Este sistema de escritura de carácter «pragmático» también se encontraba íntimamente vinculado al desarrollo de los sistemas numéricos y a las matemáticas. Usualmente se considera que Sumeria es la fuente de conceptos tan familiares como la hora de 60 minutos y el círculo de 360 grados. Los historiadores también atribuyen a Sumeria la invención de la rueda, tanto para el transporte como para la alfarería, el primer uso del verdadero arco, la bóveda por aproximación de hileras, y la cúpula en la edificación pública y en la arquitectura.

⁴ Véase Jaquetta Hawkes y Leonard Woolley, *Prehistory and the Beginnings of Civilisation*, Londres, Allen and Unwin, 1963. [ed. cast.: *Prehistoria y los comienzos de la civilización*, trad. por Miguel de Hernani, Barcelona, Planeta, 1977].

En primer lugar, la ciudad más importante y duradera del antiguo Egipto fue la necrópolis, la ciudad de los muertos, donde las tumbas y los templos, las pirámides y las esfinges monopolizaban la atención y el trabajo de los constructores. Las ciudades de los muertos tendían a ubicarse en la ribera oeste del Nilo, allí donde se pone el sol, mientras que la ciudad de los vivos estaba ubicada en la ribera opuesta, donde sale el sol. Esta última solía tener un carácter temporal y era abandonada frecuentemente después de una o dos generaciones, tan pronto como cada faraón trasladaba su ciudad sagrada a un sitio diferente del de su predecesor. Por dicho motivo, pocos o ninguno de los montículos o tells urbanos, de múltiples capas, que se han encontrado en el suroeste de Asia han brindado evidencias claras de continuidad urbana. En muy pocas ocasiones la ciudad de la vida cotidiana, de la administración institucional, del intercambio, el comercio y la cultura política, se encontraba fortificada ya que el desierto la protegía de cualquier invasión externa, y el conflicto interno no era frecuente debido a la existencia de una unidad cultural dominante. Además, la enorme inversión en tiempo y trabajo que implicaba la construcción y el mantenimiento de los muros de la ciudad se perdería al abandonar la misma. Del mismo modo, la ciudad habitada no tenía grandes monumentos o zigurats porque todos esos edificios de carácter más duradero habían sido trasladados a la necrópolis vecina. Las viviendas eran construidas de modo sencillo y con facilidad se dejaba que se desmoronasen, volviendo a la tierra de la cual habían surgido, por lo cual dejan pocos vestigios, a diferencia de lo que sucede con las sólidas casas de piedra del suroeste de Asia. Lo mismo ocurría con las viviendas de carácter aún más temporal, destinadas a alojar a la considerable población que debía estar cerca de las crecientes necrópolis. No resulta extraño que la ciudad pareciera estar ausente en Egipto, ya que lo único que ha permanecido son los fragmentos monumentales del espacio urbano, al parecer desparramados al azar por el desierto.

La urbanización egipcia parecería, de este modo, excepcional. Pero aún reconociendo sus extraordinarias cualidades, también se puede señalar que representa el caso extremo de un proceso de urbanización más general que puede haber alcanzado mayor difusión de la que los arqueólogos e historiadores hubieran imaginado. Desde el comienzo de la urbanización, hace 10.000 años, la formación del espacio urbano pudo tomar dos caminos distintos, uno de mayor densidad, concebido según las ideas de permanencia y continuidad, e investido de formas monumentales que ayudaban a centralizar el sistema de gobierno, la economía y la cultura urbanas; y otro, más disperso, organizado alrededor de múltiples nodos, y lo suficientemente abierto como para permitir el reestablecimiento de asentamientos residenciales en nuevas áreas, en lugar de persistir en la continua re-dificación en

los mismos lugares.⁵ Lewis Mumford advirtió dicha bifurcación en *The City in History* (1961) e intentó asociarla a las formas totalitarias (la ciudad cerrada o fortificada) en tanto opuestas a aquellas más democráticas (que denominó modelo de «ciudad abierta», más regional y similar a una aldea). No obstante más allá de que estos dos caminos acarreen o no implícitamente connotaciones políticas o ideológicas adicionales, resulta importante reconocer que la Primera y, aún más notoriamente, la Segunda Revolución Urbana supusieron un proceso de urbanización que suponía una amplia mezcla de aglomeración y dispersión. Las civilizaciones del Nuevo Mundo (maya, azteca e inca) y muchas otras fuera de Mesopotamia, pudieron guardar mayor similitud con el modelo egipcio que con el sumerio, al menos en las primeras etapas de su desarrollo. Las excavaciones de sus ruinas podrían indicar que no hubo ciudades o ciudades-estado importantes hasta mucho más tarde, en cualquier caso en la actualidad hay ciertos motivos para creer que estas civilizaciones también pudieron ser desde sus orígenes culturas fundamentalmente urbanas.

Esto provoca nuevas preguntas acerca del sinecismo. Por ejemplo, ¿es el novedoso estímulo de la proximidad densa mayor, inherentemente, en las aglomeraciones más concentradas que en las más dispersas? Nuestros escasos conocimientos acerca de los modos en que actúa el sinecismo, no nos hacen posible contestar a esta pregunta con seguridad. Sin embargo, debemos señalar que incluso el caso extremo del urbanismo disperso de Egipto era, de todos modos, urbano y que los grandes logros de la civilización egipcia surgieron principalmente de poblaciones que vivían en ciudades, del estímulo de la aglomeración urbana y no de las dispersas aldeas rurales. Al mismo tiempo, en Sumeria, el tamaño fue seguramente importante debido a que significaba una inversión culturalmente consciente y un compromiso con un espacio urbano permanente, si no cosmológicamente eterno. Ante la existencia de muchos lugares permanentes de dicho tipo, tanto la cooperación como la competencia pudieron estimular una mayor inventiva, especialmente en lo que respecta a las tecnologías y convenciones relativas al control y la administración territorial. Después de todo, debe recordarse que fue el modelo sumerio, y no el coetáneo modelo egipcio, el que iniciaría una gran revolución urbana que afectaría al desarrollo social en Eurasia y África

⁵ El segundo camino trae a nuestra mente el recuerdo de lo que los estudiosos italianos contemporáneos denominan la *città diffusa*, la ciudad difusa, que consiste en múltiples centros vinculados íntimamente entre sí pero sin la existencia de una gran metrópolis dominante, un aspecto característico de Emilia Romagna y otras partes de lo que hoy se conoce como la Tercera Italia. Se podría preguntar si esta «escisión modal» en el proceso de urbanización también guarda relación con los contrastes entre el policentrismo de Los Ángeles, que crece de modo descontrolado, en oposición a las asombrosas densidades de Nueva York o Hong Kong.

durante, por lo menos, los siguientes 4.000-5.000 años. Lo ocurrido en Sumeria desencadenó una nueva fase en la geohistoria de las ciudades que redefiniría considerablemente, y a *una escala mucho mayor*, los modos de producción y los métodos de control social que habían organizado a las sociedades humanas hasta dicho momento. Al mismo tiempo, estos acontecimientos vincularon, aún más directamente, las nuevas instituciones sociales, la producción económica en expansión y el desarrollo específicamente político a los poderes materiales, simbólicos y gubernamentales de un espacio urbano en expansión y radicalmente reestructurado.

Espacio, conocimiento y poder en Sumeria

Los *procesos de urbanización* más característicos (frase que será utilizada de modo recurrente en el presente libro) vinculados a la Segunda Revolución Urbana giraron principalmente en torno a una reconstitución de gran alcance de las relaciones de poder, dentro y fuera de la ciudad, y por lo tanto de lo que puede ser denominado como *gubernamentalidad social*. Las divisiones de clase más simples y antiguas de las sociedades basadas en el linaje se ampliaron y se profundizaron a medida que las relaciones sociales y espaciales de producción y de gobierno se extendían en escala y alcance, con el fin de producir mayores excedentes y culturas políticas mucho más expansivas de lo que antes era posible. El fundamental desarrollo del complejo de producción agraria y ganadera, respaldado por un importante desarrollo del intercambio, la artesanía, el arte y los servicios relacionados con la recolección y distribución de alimentos y otras necesidades, tuvo lugar en las primeras etapas del desarrollo urbano. Si bien el excedente social de este complejo de producción basado en lo urbano se expandió considerablemente en las nuevas ciudades-estado, las innovaciones más importantes de la Segunda Revolución Urbana giraron no tanto en torno a la producción social como a la *reproducción social*, es decir, en torno a la creación de estructuras institucionales que pudieran mantener la continuidad política, económica y cultural.

Imbricado en estos cambios tuvo lugar el nacimiento aparente de un orden social más estrictamente *patriarcal*, dando nueva forma a la antigua división sexual del trabajo y dando inicio a lo que se convertiría en una subordinación cultural duradera de la mujer, prácticamente en todas las sociedades urbanas subsiguientes. Si bien sabemos muy poco acerca del surgimiento del patriarcado urbano y de las importantes luchas sociales que le

debieron acompañar, éste constituye una de las diferencias más profundas entre la Primera y la Segunda Revolución Urbana. Lo que sí sabemos es que hacia el año 4000 a.C., el poder de controlar y modelar la vida cotidiana en la ciudad y sus alrededores, así como también las prácticas espaciales de la frónesis y la construcción urbana asociadas a dicho poder, se tornaron más fuertemente concentradas, centralizadas y dominadas por los hombres.⁶

A partir de las tendencias que comenzaron a arraigarse firmemente en las ciudades de la Primera Revolución Urbana, las nuevas ciudades de Sumeria consolidaron su poder político en una *clase dirigente* establecida genealógicamente, que combinaba y vinculaba dos importantes esferas de autoridad legítima. Por un lado, se encontraban los patriarcas-ciudadanos, ahora instalados como líderes reconocidos del tradicional sector comunitario de la economía urbana, así como la nueva subclase de dueños de propiedades y tierras privadas. Por otra parte, estaba la nobleza-ciudadana del sector «público» o estatal en rápida expansión. Ambos se unían bajo la máxima autoridad de un palacio real y de un templo comunitario centrado alrededor de una monarquía teocrática, con un rey divino considerado como el creador de la ciudad-estado y su personificación cosmológica. En la figura 2.1 se puede observar un diagrama realizado por Maisels (1990: 272) que describe las relaciones de producción, subordinación y estratificación, es decir, un mapa social (más que geográfico) de las estructuras de poder en la ciudad-estado mesopotámica.

⁶ En *The City in History* (1961), Lewis Mumford reflexiona con frecuencia sobre este viraje patriarcal, vinculándolo al desarrollo del arado y de la energía tirada por bueyes (frente al palo para cavar y la azada), a la mayor dificultad para cultivar las tierras menos fértiles de los valles de los ríos aluviales y, con su persistente preferencia por la primera, a los contrastes entre la vida en la aldea y en la ciudad. Mumford sostiene que el poder de la mujer derivaba de su simbolización de la fertilidad y su especialización en las íntimas «artes de la vida», mientras que el creciente empoderamiento del hombre urbanizado «reside en actos de agresión y de fuerza, en mostrar su habilidad para matar y en el desdén por su propia muerte, en conquistar obstáculos e imponer su voluntad sobre otros hombres, matándolos si se resistían» (1961: 27). Para Mumford, las nuevas ciudades-estado de Mesopotamia eran esencialmente totalitarias y opresivas, especialmente cuando se las compara con Egipto, que estaba menos centrado en las ciudades pero era más pacífico, recordándonos una vez más que uno de los libros más conocidos que alguna vez se hayan publicado acerca de la ciudad fue escrito por un regionalista y ambientalista anti-ciudad.

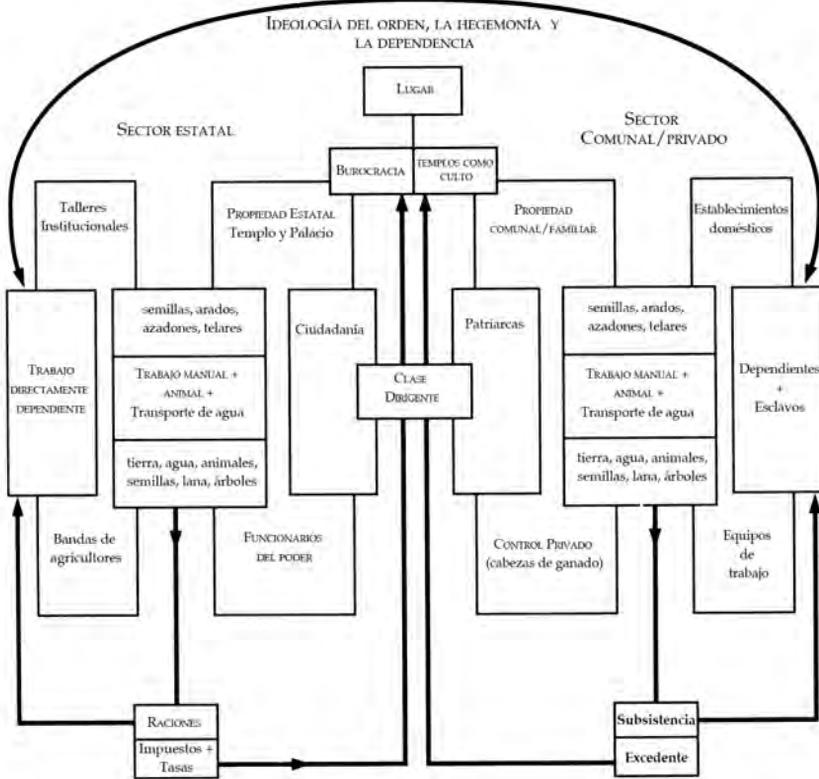


Figura 2.1. Relaciones de producción, subordinación y estratificación en Mesopotamia [fuente: Charles Keith Maisels, *The Emergence of Civilization*, Londres y Nueva York, Routledge, 1990, p. 272, figura 9.7, mismo título].

La política urbana en la ciudad-estado sumeria se volvió cada vez más competitiva y compleja de lo que había sido hasta ese momento, ejerciendo frecuentemente una presión excesiva sobre las nuevas instituciones de poder y autoridad. A través de los siglos, la autoridad divina fue cada vez más cuestionada, especialmente a medida que los sectores comunitarios/privados y estatales/públicos de la élite ciudadana comenzaron a pelearse por una mayor autonomía y por obtener privilegios estratégicos. Maisels señala que aquello que estaba comenzando a tener lugar en Sumeria era un lento proceso de disolución de la «ideología de la descendencia patrilineal de origen divino», que hasta ese momento había caracterizado a las ciudades y a los modos de producción más avanzados, y que persistiría en Egipto, India,

China y Mesoamérica sin mayores modificaciones. Paralelamente estaba comenzando a surgir una «sociedad civil» distintiva y semi-autónoma, ubicada entre el Estado y los sectores privados, un proceso que probablemente no alcanzó su estadio más avanzado en Mesopotamia, sino más bien, al menos desde la perspectiva de la academia occidental, en la *polis* ateniense del siglo quinto a.C.⁷ Pero no permitamos que esta trayectoria europea acapare nuestra atención, aún queda mucho por aprender de los desarrollos de Sumeria, especialmente en lo que respecta a las conjunciones entre espacio, conocimiento y poder en la ciudad-estado.

Al reforzarse los procesos de formación de la ciudad-estado, el espacio urbano se abrió a cuatro nuevos sectores de población con ocupaciones específicas: (1) los comerciantes-financieros emprendedores, (2) una fuerza amada militar organizada que también actuaba como policía urbana, (3) la primera burocracia municipal institucionalizada y (4) una clase marginal urbana empobrecida. Los comerciantes implicados en el intercambio local, regional y con el «extranjero», así como también los empleados del Estado, los terratenientes y los especuladores inmobiliarios dentro de la economía del espacio urbano, se convirtieron en habitantes de la ciudad en un grado mucho mayor de lo que lo habían sido hasta ese momento. Los comerciantes sumerios no sólo financiaban expediciones comerciales a lugares lejanos, aumentando la riqueza del palacio y del Estado, sino que también ofrecían préstamos a los campesinos y pescadores, ayudaban a las autoridades estatales a recaudar impuestos y tributos, invertían en el parque urbano edificado y organizaban una proto-economía de mercado, basada en gran medida en el valor de cambio de la plata.⁸ Este sector resueltamente «privado» no fue especialmente influyente hasta antes del 3.000 a.C., pero a partir de dicha fecha su poder y su libertad en la economía del espacio urbano creció a la par que su creciente autonomía respecto del control ejercido por el palacio.⁹

⁷ Ciertas evidencias permiten suponer que en muchas ciudades sumerias surgieron «asambleas de ciudadanos» con el poder de ratificar o de rechazar las decisiones del soberano, especialmente, aquellas relacionadas con la guerra y la defensa.

⁸ Curiosamente, en dicha época los yacimientos de plata más importantes del suroeste de Asia se encontraban en Anatolia, donde también estaban las fuentes más importantes de obsidiana y sílex. Para obtener una descripción de la formación de este proto-mercado, y una postura opuesta a la de Polanyi y otros que sostienen que en Oriente Próximo no había nada que se asemejase a verdaderos mercados, consúltese Marc van der Mieroop, *Society and Enterprise in Old Babylonian Ur*, Berlín, Dietrich Reimer Verlag, 1992.

⁹ Retengan este grupo en la memoria, dado que aparecerá posteriormente en las «ligas» de ciudades ubicadas a lo largo de las costas del Mar del Norte, del Mar Báltico y de las orillas del Mediterráneo en Europa Occidental, como quizás la más importante fuerza impulsora que conduciría a la Tercera Revolución Urbana.

Recurriendo a aquellos que en el pasado habían sido defensores de los territorios dedicados a la caza y a la recolección o, aún más probablemente, a las comunidades de hombres «guerreros» estratificados por edad, surgieron nuevos cuadros militares más especializados, con la capacidad de defender la región de la ciudad en su totalidad contra los invasores externos, extendiendo el control territorial del Estado y formando un imperio con centro en la ciudad y, seguramente al menos de igual importancia, con la capacidad de mantener la paz y el orden internos. En su condición de policía urbana (otra palabra que deriva del término griego *polis*) los militares actuaban, en parte, con el propósito de asegurar y garantizar la adhesión de todos los ciudadanos y del resto de la población al inquietante nuevo orden social y espacial que se derivaba de la expansión regional del espacio urbano. De este modo, los fuertes militares y su servicio de vigilancia sobre las poblaciones se convirtieron en una parte esencial del entorno edificado y de la vida cotidiana de la ciudad. Y, al igual que los comerciantes constructores y patriarcas, la nueva clase militar establecería una base de poder territorial en la ciudad-estado, que después del 3.000 a.C. comenzó a jugar un papel cada vez más importante en la restricción del poder absolutista de la clase real y en dar forma a la verdadera definición de *ciudadanía*.¹⁰

Provista de medios de vigilancia, regulación y control más sutiles, existía una creciente burocracia pública de base urbana, que estaba formada por los oficiales del gobierno y sus asistentes. Esta burocracia estaba encargada de responder a las crecientes demandas de *phrónesis*, de mantenimiento y administración de la comunidad y de identidad cultural territorial de la ciudad-estado. Los primeros «funcionarios públicos» eran, fundamentalmente, miembros de la nobleza terrateniente (con vínculos cercanos con los comerciantes residentes y los guerreros) directamente vinculados al templo y/o al palacio. Con el paso del tiempo, apareció una burocracia gobernante más

¹⁰ La perspectiva weberiana acerca de los orígenes de la ciudadanía [Max Weber, *The City*, Nueva York, Free Press, 1958, orig. 1921 (ed. cast.: *La ciudad*, trad. por Julia Varela y F. Álvarez-Uría, Madrid, La Piqueta, 1987)] ubica su primera aparición en la polis griega. Su argumento es que la ciudadanía presupone el desmoronamiento de los lazos de parentesco hegemónicos así como la dominación de una clase monárquica. Esta visión clásica excluye a los residentes de las ciudades-estado sumerias (al igual que a aquellos de los valles del Indo y del Nilo, de China y Mesoamérica) de ser considerados como «ciudadanos» (en oposición a «súbditos»). Aún sin relacionar estas posturas con el eurocentrismo, creo que puede argumentarse que los orígenes de la ciudadanía pueden ser útilmente rastreados en una fecha anterior y, en particular, en el desarrollo dinámico de las ciudades-estado de Mesopotamia. En Engin F. Isin, «Who is the New Citizen? Towards a Genealogy», *Citizenship Studies*, núm. 1, 1997, pp. 115-132 puede hallarse una interesante perspectiva contemporánea acerca de los debates sobre la «genealogía de la ciudadanía», aunque acepta el argumento weberiano de que Grecia fue el lugar donde «se hizo visible la primera práctica de ciudadanía».

especializada y autónoma, que encontró su función en la especificidad espacial de la ciudad-estado, generando una mayor diferenciación de la geografía residencial e institucional interna de la ciudad, al mismo tiempo que alargaba la eficiencia y el alcance territorial externo del poder de la ciudad-estado y de la gubernamentalidad centrada en la ciudad.

Con el paso del tiempo, también surgiría una nueva clase empobrecida. Ésta estaba compuesta por esclavos domésticos, por trabajadores forzados y por cuadrillas de trabajadores «temporales», que eran utilizados no sólo para ayudar en la producción agrícola y en las tareas domésticas, sino también para satisfacer las crecientes demandas de construcción urbana, que ahora se extendían mucho más allá de lo que probablemente hubiera sido necesario a fin de construir los famosos muros de Jericó. Los esclavos, tanto hombres como mujeres, considerados claramente como propiedad privada, se convirtieron en una parte importante de la economía urbana. Se los compraba y vendía como mercancías en el intercambio comercial, se entregaban como parte de la dote matrimonial, se utilizaban como garantía en préstamos y eran ofrendados en los templos como presentes. Incluso hay evidencias de esclavitud por deudas, que afectaban a los que eran incapaces de pagar los préstamos pendientes. Si bien se sabe muy poco acerca de los procesos de esclavización, el número de esclavos que residían en la ciudad debió ser muy grande, con algunas casas que contaban con más de veinte.

Estos procesos contribuyeron a redefinir las diferencias entre la ciudad y el campo, lo urbano y lo rural, el ciudadano y el campesino, el centro y la periferia. Las nuevas relaciones de poder giraban, fundamentalmente, en torno a las diferencias políticas entre *polites* (el término griego que se refiere a quienes aceptaban la sociedad y la vida urbana colectiva) e *idiotes* (habitantes rurales «independientes», campesinos relativamente aislados e «idiosincráticos» o, peor, bárbaros). Estos nuevos procesos de urbanización cristalizaron de forma conjunta en la formación de la ciudad-estado como una estructura institucional territorial presuntamente urbana. No fue éste el primer Estado territorial en la historia, ni tampoco el primer ejemplo de un sistema de gobierno generado a partir de lo urbano. Lo más novedoso de la ciudad-estado era su nueva composición de clase, sus relaciones de producción reestructuradas tanto social como espacialmente, y la expansión de un sector civil (urbano) o estatal ubicado entre los gobernantes y los gobernados, capaz de desarrollar sus propias bases autónomas de poder por medio de recursos localizados y el control del espacio y el conocimiento (ahora en forma escrita).

Durante la Primera Revolución Urbana, el sinecismo —el estímulo de la aglomeración urbana— funcionó fundamentalmente en la esfera de la producción social, promoviendo su radical transformación a través de la invención de

la agricultura (cultivo y cría de animales), la creación de formas especializadas de trabajo manual y el desarrollo de redes de comercio e intercambio asociadas. En la Segunda Revolución Urbana, el sinecismo continuó empeñado en la innovación tecnológica de la agricultura (por ejemplo, en la creación de sistemas de riego de mayor escala) pero se concentró poderosamente en la esfera de la reproducción social, generando una revolución esencialmente política que giró en torno a extraordinarias innovaciones en la gubernamentalidad geográfica, haciendo posible el mantenimiento y la administración de sociedades y culturas cohesionadas cuyo tamaño demográfico y alcance territorial no tenían precedentes. El momento de cristalización de dicho sinecismo tuvo lugar con la invención urbana del Estado imperial y todos sus aparatos secundarios, incluidos aquellos que permitirían la excepcional expansión en escala y alcance social, vinculada a la formación de imperios con centro en las ciudades. Para analizar dichas observaciones en mayor detalle, veamos sólo una de las primeras ciudades-estado independientes, un lugar real-e-imaginario cuyo nombre se ha vuelto un tropo popular en los discursos sobre los orígenes y las causas: la tentadora y metonímica Ur.

Ur y el nuevo urbanismo

El santuario de Ur, el estrado de la realeza, la inmaculada ciudad, puede traerte cebada, aceite de sésamo, lujosas y exquisitas vestimentas en grandes barcos.

De un texto literario de comienzos del segundo milenio a.C.¹¹

La ciudad de Ur, el punto de partida [...] El Estado no se formó en etapas, sino que apareció completamente armado, un golpe maestro ejecutado todo al mismo tiempo; el *Urstaat* primordial, el eterno modelo de todo lo que un Estado quiere ser y desea [...] la formación básica en el horizonte a través de la historia [...] Cada forma más desarrollada, es como un palimpsesto: encubre una información despótica.

Deleuze y Guattari, *Anti-Oedipus* (1983): 217-218

[ed. cast.: *El anti-Edipo*, trad. por Francisco Monge, Paidós, Barcelona, 1985, p. 224].

¹¹ Citado en Marc van de Mieroop, *Society and Enterprise*, 1992, p. 196. En la medida en que constituía el puerto más importante de Mesopotamia, el intercambio de Ur, que ya estaba establecido hacia el año 5.000 a.C., se extendía desde el Golfo Pérsico hasta el subcontinente indio y el noreste de África. Puede considerarse el primer ejemplo registrado de estímulo del comercio urbano.

La ciudad-estado sumeria de Ur constituyó uno de los primeros centros de lo que posteriormente se convertiría en un extenso mosaico de ciudades-estado vinculadas entre sí de un modo flexible, con base en el Creciente Fértil, pero con otros centros más alejados que se extendían desde Egipto hasta India, desde Menfis y Tebas hasta Mohenjo-daro y Harappa, y que posteriormente llegarían a Europa. Dicha proto-trama mundial, la primera gran red «global» de ciudades metropolitanas, amplió la escala y el alcance espacial de la vida urbana local, al articular un vasto sistema de intercambio para el comercio, la difusión cultural y tecnológica, los movimientos poblacionales y la conquista militar interregional. Pero en lugar de extendernos en las relaciones externas, tal y como suelen hacer la mayoría de los historiadores, observemos primero las grandes transformaciones internas de la estructura social y espacial del espacio urbano.

Las evidencias que provienen de Ur sugieren que se trató de uno de los primeros focos en la elaboración de una división del trabajo inconfundiblemente urbana, social y espacial, fundada en el desarrollo de nuevas relaciones de producción basadas en la propiedad privada, la posesión de la tierra, el patriarcado y la formación de clases sociales jerárquicamente organizadas. La formación de las clases y el proceso asociado de desarrollo y transformación de la ciudad-estado se basó inicialmente en una estratificación fundada en el prestigio y en el poder, que surgía principalmente de los lazos de parentesco, reales o putativos, con figuras ancestrales clave. Este orden social basado en el patrilineaje se desarrolló hasta su máxima expansión en las últimas etapas de la Primera Revolución Urbana, centrado en los soberanos de ascendencia divina con prerrogativas patrimoniales absolutas. A través del tiempo y el espacio, dichos lazos de parentesco diferenciados adquirieron un significado y un simbolismo religioso y cosmológico más formal que integraba firmemente el sistema de gobierno, la economía y la cultura material y simbólica.

Como se ha sugerido con anterioridad, una importante diferencia en la gubernamentalidad que surgiría en la ciudad-estado sumeria estaba vinculada al desarrollo de una esfera civil particular y crecientemente autónoma. El gobierno urbano, el desarrollo de la economía urbana y la producción social del espacio urbano, incluso con la persistencia del parentesco de ascendencia divina, se volvieron más seculares y especializados, y cada vez más auto-generados y autónomos. Tal y como Maisels observa, y cuyos orígenes atribuye al sinecismo intenso de ciudades-estado como Ur:

[...] el urbanismo de las ciudades-estado es un sistema de gobierno orgánico, centrado en su hinterland, esencialmente autosuficiente y, por lo tanto, auto-gobernado a través de sus propias instituciones específicamente «cívicas»

[...] Mientras la ciudad-estado puede ser gobernada por un rey, no debe su existencia a la monarquía, ni al gasto de las rentas reales provenientes de las aldeas dispersas del Estado territorial. En cambio, las *urbs* del régimen de la ciudad-estado deben su existencia a sus propias actividades económicas, que son ampliamente autónomas respecto de la política, al menos en tiempos de paz. (1993, p. xvi)

Al principio, los estratos más altos de la nueva jerarquía social urbana de Ur y de otras ciudades mesopotámicas estaban ocupados por un soberano de ascendencia divina, rey y/o reina, y un cuadro asociado de consejeros constituido por sacerdotes y sacerdotisas y escribas que hacían las funciones de élite dominante sobre una población compuesta principalmente por campesinos y por un pequeño, pero creciente, grupo de artesanos, comerciantes, soldados y funcionarios públicos. Sin embargo, hacia el final del periodo comprendido entre el 2.500 y el 1.500 a.C., Ur había desarrollado una burocracia administrativa, religiosa y económica más extensa y especializada, al mismo tiempo que el liderazgo real se volvía más secular y aparentemente más centrado en torno a la figura masculina, en lo que se refiere a su poder simbólico y material, reflejando de este modo la intensificación del patriarcado, que se desarrolló en estrecha relación con la formación de las clases. El mantenimiento de dicha jerarquía social emergente de clases dominantes y subordinadas creó nuevas demandas al gobierno urbano. En esta revolucionaria transformación de las relaciones sociales y espaciales, la ciudad se convirtió en el centro no sólo de la simple reproducción doméstica basada en la agricultura, ahora muy extendida gracias a los métodos de irrigación a gran escala, sino también del más complejo proceso phronético de reproducción y regulación social en un territorio mucho más extenso que en el pasado.

La división del trabajo social profundizada y ampliada —otro indicador de la creciente escala espacial de la sociabilidad humana que claramente distingue a la Primera Revolución Urbana de la Segunda— fue concretamente expresada en, y dialécticamente relacionada con, la geografía material y simbólica de la ciudad-estado mesopotámica. Si bien no conocemos mucho acerca de los detalles de la vida cotidiana en Ur, podemos aprender enormemente de las prácticas socio-espaciales observando su morfología urbana ejemplar, muchas veces repetida.

La ciudad de Ur fue construida sobre un montículo elevado (*tell*) de forma casi adyacente al Éufrates y no lejos de lo que entonces constituía la costa pantanosa del Golfo Pérsico. Ur no fue la primera ciudad de Sumeria. Dicho título suele ser adjudicado a Eridu, ubicada 12 millas al sur de Ur y que data del año 5.500 a.C., al comienzo de lo que se denomina como periodo 'Ubaid. Sin embargo, no es a Ur sino a Uruk, ubicada 35 millas al Norte, a la que los arqueólogos y antiguos historiadores atribuyen el comienzo de

la escritura y de la cerámica realizada con torno. Uruk fue probablemente la primera ciudad-estado verdadera, si bien Babilonia en tiempos de Hammurabi (1792-1750 a.C.) y su vasto imperio han marcado convencionalmente el punto máximo de desarrollo de la ciudad-estado en Mesopotamia. El reconocimiento popular de Ur, así como su uso simbólico para señalar los orígenes de prácticamente todo, se debe principalmente a su inusualmente detallada documentación cuneiforme, a la increíblemente bien preservada calidad de sus estructuras monumentales y a la inmensa popularidad del libro inspirado en la biblia, *Ur of the Chaldees* [Ur de los Caldeos], escrito por Leonard Woolley, el arqueólogo más conocido de dicha ciudad-estado.¹²

La ubicación de Ur fue significativa por su acceso al rico pantano hoy conocido como Shatt al Arab, una de las primeras áreas de la cuenca desértica de Mesopotamia en la que se establecieron cazadores, pescadores y agricultores. Su importancia también se debe a su proximidad a las redes de intercambio que se extendían desde el Golfo hasta el Océano Índico. A través de su historia, desde sus orígenes, alrededor del año 4500 a.C., hasta su abandono cuatro milenios más tarde, Ur constituiría un importante centro de almacenaje y distribución comercial para toda la región, intercambiando el excedente de riqueza de su producción agrícola y sus industrias manuales de base urbana, por cobre, lapislázuli y otras piedras semipreciosas, caparazones, marfil, especias y condimentos. El nombre arábigo del emplazamiento es Tell el-Mukuyyar, el Montículo de Brea, seguramente en alusión a los ricos yacimientos de «oro negro» que subyacen y permean la gruesa manta de aluvión, que caracterizaba la fertilidad de la antigua Mesopotamia. La elevada ubicación del emplazamiento ofrecía tanto la vista de las cercanas ciudades de Eridu y 'Ubaid, como también una protección ante las posibles inundaciones e invasiones externas, pero además llevaba a la población de Ur más cerca del cielo y de la esfera de los dioses. Este tramo vertical del río determinaba y hacía girar sobre sí mismo la organización del espacio urbano de Ur, tanto en términos materiales como simbólicos.

Al igual que la mayoría de las grandes ciudades del mundo antiguo, Ur estaba amurallada y era ligeramente circular, a pesar de que la mayor influencia del eje Norte-Sur, santificado en la cosmología sumeria, la hacía más oval o con forma de huevo. El eje secundario Este-Oeste, perpendicular al eje dominante Norte-Sur (el cual, según algunos expertos, estaba realmente inclinado hacia el Noreste o el Noroeste), estaba señalado de un lado por un fuerte militar y, por el otro, por aquello que Sir Leonard

¹² Véase Sir Leonard Woolley, *Ur «of the Chaldees», The Final Account: Excavations at Ur*, revisado y actualizado por P. R. S. Moorey, London Press, 1982 [ed. cast.: *Ur: la ciudad de los caldeos*, trad. por Mágina Villegas, Fondo de Cultura Económica, México, 1953].

Woolley denominó «Puerto Oeste». A pesar de que esta geometría característica resulta más evidente en otros espacios urbanos de Mesopotamia, en la ciudad de Ur ambos ejes debían haberse cruzado en un lugar central, dividiendo el espacio interno en aproximadamente cuatro cuadrantes, interrumpiendo los muros periféricos de la ciudad con puertas ubicadas, en líneas generales, en los cuatro puntos cardinales. Esta estructura espacial inmanente en forma de un círculo dividido en cuatro partes que pivotan en torno al cruce de al menos, cuatro ejes direccionales se repetiría, con muchas variaciones locales, en casi todas las ciudades-estado del mundo durante los siguientes 4.000 años. En los sistemas de escritura egipcia, el primer signo gráfico para hacer referencia a la «ciudad» era simplemente un círculo con una cruz (el sol se representaba con un círculo con un punto en el medio), mientras que la primera forma china fue un cuadrado con flechas gruesas y puntiagudas que salían de la figura en dirección a los cuatro puntos cardinales.¹³

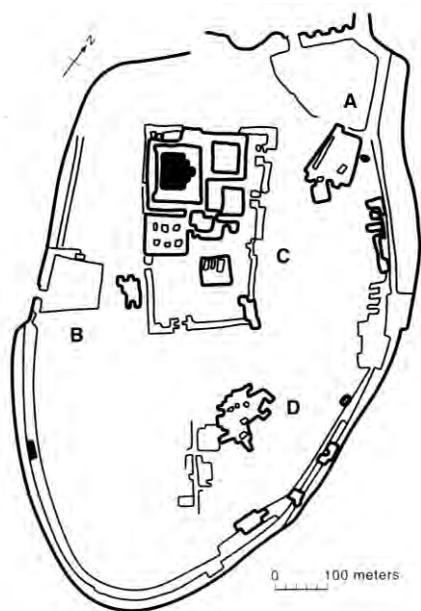


Figura 2.2. Mapa de la ciudad de Ur (A: Puerto Norte; B: Puerto Oeste; C: *témenos*; D: área de viviendas) [fuente: A. E. J. Morris, *History of Urban Form: Befote the Industrial Revolution*, Nueva York, John Wiley and Sons, 1974; adaptado de Sir Leonard Woolley, *Ur of the Chaldees*, Londres, Herbert Press, 1982].

¹³ Por extraño que parezca, en la escritura cuneiforme sumeria un simple círculo con una cruz representaba a una oveja. La ciudad era simbolizada con una gruesa L, probablemente relacionada con la forma de las casas. Véase Maisels, *op. cit.*, p. 193.

Esta morfología urbana característica estaba en profunda sintonía con el conocimiento astrológico, el simbolismo cosmológico, el poder secular y los aspectos prácticos de la vida cotidiana urbana. Tal vez, por primera vez en la geohistoria, la especificidad espacial del urbanismo giró alrededor de una centralización a la vez sagrada y secular. El espacio urbano profundamente centralizado, tan diferente a todo lo producido durante la Primera Revolución Urbana, creó un nuevo centro para toda la población residente en la ciudad-estado, un centro que modelaría la vida cotidiana y determinaría el acceso a los fundamentos simbólicos del poder de la cultura territorial local.



Figura 2.3. El Zigurat de Ur [Fuente: de la Croix, Tansey y Kirkpatrick, *Art Through the Ages*, 1991, p. 49, figura 2-13, zigurat (fachada noreste con escaleras restauradas), Ur, alrededor de 2100 a.C.]

Tanto en la metrópolis de Ur, como en las cercanas Eridu y Uruk, esta nueva centralidad fue celebrada de modo monumental con la construcción del Zigurat, un templo enorme construido sobre una masa sólida de ladrillos de barro de al menos 15 metros de altura y, elevado aún más cerca de los cielos, con dos plantas adicionales; la planta más alta constituía un santuario al que sólo se podía llegar a través de tres escaleras en forma de rampa. El Zigurat sagrado imponía visiblemente una ruptura en la homogeneidad de la llanura que le rodeaba, y simbolizaba la creación de un eje trascendente de comunicación entre el cielo y la tierra. Se proyectaba a sí mismo como el centro del mundo, el sitio de la creación, el punto fijo del cosmos, el espacio sagrado que repetía «el trabajo paradigmático de los dioses».¹⁴ Es muy probable que también tuviera connotaciones fálicas. Véase figura 2.3.

¹⁴ Mircea Eliade, *The Sacred and the Profane: The Nature of Religion*, Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1959, p. 32. [ed. cast.: *Lo sagrado y lo profano*, trad. por Luis Gil, Barcelona, Labor, 1983]. Para un debate posterior de estos símbolos urbanos de trascendencia, véase Yi-Fu Tuan, *Topophilia: A Study of Environmental Perception, Attitudes and Values*, Englewood Cliffs, NJ, 1974 [ed. cast.: *Topofilia. Un estudio sobre percepciones, actitudes y valores medioambientales*, trad. por Flor Durán de Zapata, Barcelona, Melusina, 2007].

El Zigurat de Ur, relativamente bien preservado y construido alrededor del 2.100 a.C., fue el resultado del *boom* en la construcción de rascacielos que culminaría más al norte, en Babilonia, en aquello que los hebreos posteriormente denominarían la Torre de Babel, un zigurat de 81 metros de altura, que rivalizaba con las tumbas piramidales independientes de la necrópolis de Egipto. A diferencia de estas últimas, el Zigurat era una parte integral de la ciudad viva, un símbolo de la permanencia, la inversión y el compromiso cultural. Como era costumbre, no estaba ubicado en el centro geográfico exacto de la ciudad. En el caso de Ur se encontraba ligeramente hacia el Norte y el Oeste ya que el punto focal del *témenos*, el espacio sagrado de la ciudad claramente demarcado, estaba consagrado a los dioses y vedado al uso profano. También de modo típico, el *témenos* de Ur era de forma rectangular, sugiriendo a algunos observadores, como Mumford, la imposición del poder masculino como opuesto a la semiótica más «femenina» del círculo.

Como si fuera un microcosmos de la misma ciudad, el *témenos* también estaba alineado según los ejes más importantes, Norte-Sur y Este-Oeste, a pesar de que, como ya se ha señalado, se encontraba ubicado hacia el Noroeste. Esta «ciudad templo» constituía el centro de una comunidad religiosa de élite que controlaba el acceso al santuario más elevado y que, por consiguiente, controlaba muchas otras dimensiones de la vida y la cultura urbana. En el *témenos* había muchos santuarios, al lado de patios abiertos y de edificios que funcionaban como depósitos y centros administrativos. En su interior también se encontraba el palacio real, otra acentuación de una centralidad sagrada y secular que, con el tiempo, convertiría virtualmente al rey en un sinónimo (y en una metonimia) del centro de la ciudad. En el marco de dicha condensación espacial compuesta por el poder administrativo, militar, religioso y económico tuvo lugar la formación de la primera *ciudadela* real-e-imaginada del mundo, una ciudad dentro de la ciudad, un «centro cívico» monumental y dominante formado por edificios de gobierno diseñados para proteger y controlar la vida urbana y la sociedad civil.

Para los residentes de Ur, la combinación zigurat-palacio-ciudadela-rey se convirtió en la manifestación icónica materializada de la cultura y de la identidad territorial local. Muchos nombres comenzaron a ser asociados a este poderoso centro. Se lo llamaba la «cúspide de Sumer», el «centro del universo», un puente edénico entre el cielo y la tierra. También se le describió como *el pivot de los cuatro cuadrados*, frase particularmente vívida que puede ser aplicada a las ciudadelas de casi todas las grandes ciudades-estado del mundo antiguo, desde Teotihuacan hasta Beijing.¹⁵ La monumental

¹⁵ Para mayor información sobre esta última descripción del centro de la ciudad, véase Paul Wheatley, *The Pivot of the Four Quarters: A Preliminary Enquiry into the Origins and Character of the Ancient Chinese City*, Chicago, Chicago Press, 1971. Wheatley fue el preminente estudioso que abogó por un mayor énfasis en los orígenes ceremoniales de las ciudades.

ciudadela casi con seguridad dominaba el imaginario urbano, los mapas mentales y las representaciones urbanas que portaban consigo los habitantes de la ciudad-estado. Tal vez, la explicación a la prolongada ausencia de la pintura panorámica de paisajes urbanos hallada en Çatal Hüyük, encuentre aquí su explicación. La representación artística del espacio urbano implicaba ahora un simbolismo cosmológico y sagrado dominante que estaba concentrado de forma metonímica en la realeza de ascendencia divina y en sus expresiones concretas en la arquitectura monumental. La ciudad residencial secular y mundana, y tal vez también el paisaje natural, pueden simplemente haber desaparecido del imaginario urbano figurativo como sujeto relevante —o permitido— de expresión pictórica.¹⁶

Apelando a las evidencias disponibles y a una apreciación de las poderosas fricciones de la distancia, es posible especular acerca de los comienzos de una zonificación concéntrica y radial del uso del suelo residencial y del modo de vida en Ur. En su momento de apogeo, dicha ciudad podría tener alrededor de 35.000 habitantes dentro de los poco más de tres kilómetros cuadrados y medio contenidos por los muros, con tal vez un cuarto de millón en el mosaico regional de ciudades-estado y de las áreas subordinadas a su control imperial. La proximidad al centro sagrado, donde se encontraban los principales depósitos de granos y, al menos, un gran mercado, ofrecía importantes ventajas políticas y económicas relacionadas con la formación de clases y la distribución crecientemente desigual del poder.¹⁷ El anillo que rodeaba a la centralizada comunidad-ciudadela-mercado del templo, el lugar más favorecido de la «ciudad interior», probablemente fue ocupado en su momento por los habitantes urbanos mejor establecidos y más antiguos; en tanto que las localizaciones cercanas a los muros, especialmente las más alejadas de las entradas y las que se encontraban en la zona sur de la ciudad, semióticamente menos deseadas, probablemente sufrirían de algún modo las fricciones cotidianas derivadas de la distancia que las separaba de los centros de poder. Esta formación concéntrica emergente fue reproducida a lo largo de las cuatro avenidas radiales más importantes, conectando el centro con las puertas, especialmente hacia el Norte donde se encontraba el témenos.

¹⁶ El famoso mapa de Nippur, realizado alrededor del año 1.500 a.C. y considerado por muchos como el mapa más antiguo conocido en la historia, constituye una importante excepción a dicha ausencia de representación pictórica de la ciudad. La cartografía demuestra una notable habilidad para representar formas urbanas complejas sin recurrir a símbolos abstractos, incluidos varios edificios prominentes.

¹⁷ Las dos clases de mercado más importantes del suroeste de Asia contemporánea, la plaza abierta o el bazar bajo techo y los puestos o tiendas a lo largo de la calle, probablemente ya estuvieran bien establecidos en la ciudad de Ur. Mumford va incluso más lejos al describir el espacio más grande en la zona del templo como un «supermercado».

Formas de arte pictóricas encontradas en otras ciudades-estado mesopotámicas sugieren que los cuatro cuartos que giraban alrededor del centro de la ciudad también podrían haber comenzado a especializarse en diferentes tipos de actividades urbanas. En la ciudad de Ur hay evidencias de la existencia de un distrito financiero y mercantil bien establecido, y de un área especializada en la producción de artesanía. Un bajorrelieve hallado en el palacio de Nimrud, ubicado en las orillas del Tigris, muestra una ciudad circular dividida en cuatro partes, cada una de las cuales posee actividades específicas en su interior: manufactura de cerámica, peluquería, forja de hierro y lavandería. La figura 2.4 retrata la ciudad de Erbil (antiguamente Arbela) ubicada en el noreste de Irak, al pie de las montañas del Kurdistán, un espacio urbano que ha estado habitado de forma continua durante los últimos 6.000-8.000 años. La misma nos permite acceder a una imagen contemporánea de cómo habría sido Ur.



Figura 2.4. Erbil actual (antiguamente Arbela) en el noreste de Irak [fuente: A. E. J. Morris, *History of Urban Form: Before the Industrial Revolution*, Nueva York, John Wiley and Sons, 1974: 9, figura 1.11]

El trabajo de Woolley sugiere también que la «Gran Ur» estaba rodeada por lo que podemos considerar los primeros suburbios, tanto en forma de villas, con espaciosos jardines y tal vez casas de ayuda doméstica, como de grupos de edificios dispersos que se extendían más allá del área edificada de la ciudad a lo largo del camino de siete kilómetros que conducía al templo de 'Ubaid. Tal y como señala Mumford (1961: 483) «el suburbio aparece casi al mismo tiempo que la propia ciudad y, tal vez, explique la habilidad del antiguo pueblo para sobrevivir a las condiciones insalubres que predominaban dentro de sus muros». Sin embargo, no deberíamos exagerar el carácter ordenado de dichos diseños del espacio urbano secular y de las prácticas espaciales. Después de todo, uno de los términos sumerios más utilizados durante dicho período para describir el entorno urbano edificado era el de «laberinto». No cabe duda, sin embargo, de que la producción y reproducción de la vida social en Ur se estaban volviendo cada vez más ordenadas y cada vez más reguladas por la institucionalización *espacial* de la ciudad-estado o, recordando a Foucault, por el desarrollo de «tecnologías disciplinarias» que trataban de controlar la trama local del espacio, el conocimiento y el poder.¹⁸

Un rápido avance hacia la Tercera Revolución Urbana

El espacio de tiempo que media entre la decadencia de Ur, en el año 1.500 a.C., y el comienzo de lo que voy a describir como la Tercera Revolución Urbana, más de 3.000 años más tarde, puede ser considerado como un periodo en el que las formas de la gubernamentalidad territorial, la cultura y el modo de producción de la ciudad-estado, fueron ideadas, difundidas y reinventadas en todo el mundo, con relativamente pocos cambios en sus especificidades espaciales fundamentales. En su mayor parte, esta globalización de la ciudad-estado continuó basándose, con creativas variaciones locales, en los innovadores desarrollos que habían tenido lugar en los espacios urbanos mesopotámicos. Grandes imperios basados en ciudades, que aún seguimos denominando civilizaciones, surgieron y cayeron por muchas diferentes razones; entre las cuales tal vez la más común haya estado vinculada al desarrollo desigual de esas tecnologías disciplinarias y de su dominio material e ideológico sobre el espacio, el conocimiento y el poder. Al igual que Ur en el cenit de su poder, dichas civilizaciones imperiales fueron «estados

¹⁸ Esta referencia foucaultiana trae a mi mente el *tour* por la ciudadela de Los Ángeles, cuya descripción incluí en el capítulo 7 de *Thirdspace*, fuente de la cita introductoria del presente capítulo.

mosaico», claramente centrados en torno a la metrópolis dominante (aunque «patrópolis» o ciudad padre describirían con mayor precisión el orden patriarcal imperante).

Alrededor de la «tesela» central del mosaico imperial existía un fluido mosaico de ciudades-estado subordinadas y tributarias, cada una foco culminante de su propia cultura territorial local y de su propia jerarquía regional de ciudades, pueblos y aldeas. La adhesión y la autoridad territorial en la periferia dependiente eran mantenidas, principalmente, a través de la fuerza militar y de las promesas burocráticas de mejora económica, especialmente en relación con la defensa contra las hordas extranjeras dispuestas a la conquista y/o al saqueo, los bárbaros e *idiotas* (los incivilizados), así como también contra otras ciudades-estado expansivas. Sólo unas pocas ciudades imperiales centrales, como Roma y Teotihuacan, crecieron mucho en tamaño, con tal vez más de un millón de habitantes y un acrecentamiento concéntrico de sus muros demarcando los límites internos de la ciudad-estado imperial. Un conjunto de límites y fronteras territoriales, cambiantes y menos concretas, definían el alcance externo del poder concedido y autoritario.

Dentro de la ciudad, los poderes monolíticos de la ciudadela se fueron diferenciando cada vez más en esferas separadas —cada una representada simbólica y materialmente en lugares específicos. El palacio-zigurat fue dividido en una serie de oficinas centrales agrupadas para uso de las élites dominantes en los ámbitos político, militar, religioso, comercial, judicial y burocrático: el castillo, el palacio, la fortaleza, la catedral, el mercado, la plaza pública, el ayuntamiento, el juzgado —cada uno ubicado en la cumbre de una jerarquía, que organizaba el espacio urbano en un sistema de regiones nodales multi-escalonado y anidado, que se extendía desde el centro privilegiado del Estado mosaico hasta las «ciudades más distantes» de las periferias subordinadas y dependientes.

En casi todos los lugares, el crecimiento urbano continuó girando alrededor del centro de la ciudad, visualmente prominente y políticamente hegemónico, intensificando la centralidad tanto dentro como fuera de los muros de la ciudad. Aquello que los historiadores urbanos denominan expansión no planificada u «orgánica» tendió a ser más azarosa e irregular, pero el espacio urbano se volvió cada vez más planificado y regulado a medida que eran agregadas nuevas geometrías al modelo simple del círculo dividido en cuartos (centrales). Cuadrículas rectangulares determinaron de modo conveniente nuevas áreas de expansión, mientras que las áreas más antiguamente establecidas continuaron estructuradas en sectores radiales definidos, en gran medida, por los ejes de transporte más importantes originados en la ciudadela. Las prácticas espaciales y los mapas mentales de los habitantes de la ciudad siguieron reflejando, casi con seguridad, la geometría

simbólica y cosmológica que siempre había estado asociada al espacio urbano. Sin embargo, los lugares más seculares adquirieron un nuevo sentido en la vida cotidiana urbana y en la producción (y reproducción) social del espacio urbano. A pesar de que la forma específica y la geografía interna de las ciudades adoptó muchas formas y diseños diferentes, especialmente con respecto de las particularidades del lugar y de la situación, también es cierto que las morfologías urbanas creadas en todo el mundo durante los 3.000 años que siguieron a la decadencia de Ur mostraron una notable regularidad, hasta el punto de que poco es lo que requiere ser dicho sobre este periodo en nuestra nueva cartografía de la geohistoria del espacio urbano.¹⁹

Sin embargo, debe recordarse que hasta el siglo XIX la gran mayoría de la población, en casi todo el mundo, vivía fuera de las grandes ciudades, aunque generalmente estaba dentro de su esfera de control territorial. La necesaria producción de un excedente social se basaba, en cada ciudad-estado y en cada imperio, en la agricultura y en otras actividades del «sector primario» (cría de animales, minería, pesca, caza) que se beneficiaban mucho menos de la nodalidad y de la aglomeración, lo del trabajo de administración y control social, así como del comercio y de la industria artesanal. En la medida en que la producción social tenía lugar primariamente en áreas que parecían ser no urbanas, la mayoría de las historias materialistas de las sociedades humanas y de los modos de producción han tendido a pasar por alto las especificidades espaciales del urbanismo y del sinecismo, y a adoptar un enfoque funcional o tecnológico, en lugar de territorial o espacial. Una lectura más explícitamente geohistórica sugiere, sin embargo, que estas sociedades y estos modos de producción fueron desde el comienzo fundamentalmente urbanos y que gran parte de su dinamismo fue generado desde los densos nucleamientos de los espacios urbanos y del persistente estímulo de la nodalidad urbana.

No sólo la agricultura y el campesinado, sino también la cría de animales y el pastoreo, el comercio y la industria, el intercambio mayorista y minorista, la autoridad centralizada y la planificación política, la formación y la

¹⁹ Para una excelente visión general del desarrollo del entorno urbano edificado durante este largo periodo, véase A. E. J. Morris, *History of Urban Form: Before the Industrial Revolutions*, Nueva York, John Wiley and Sons, publicado originalmente en 1972 [ed. cast.: *Historia de la forma urbana: desde sus orígenes hasta la Revolución Industrial*, trad. por Reinald Bernet, Barcelona, Gustavo Gili, 1984]. Hay, por supuesto, una extraordinaria riqueza de referencias relativa al desarrollo de la civilización griega, romana, china y otras que resultan relevantes para este contexto, pero estas historias clásicas prestan poca atención al estímulo generativo de la aglomeración urbana y al influyente papel jugado por la especificidad espacial del urbanismo. Véase, por ejemplo, el innovador trabajo de Max Weber, *The Agrarian Sociology of Ancient Civilizations*, escrito en 1908 y reeditado por Verso en 1998.

lucha de clases comenzaron en y desde las ciudades; y siempre han estado integralmente vinculados a la evolución *específicamente urbana* de la división social del trabajo. Las relaciones sociales de producción y reproducción, y las relaciones de explotación de clase, la autoridad patriarcal y la dominación cultural, fueron no sólo concretadas —hechas realidad, diría Lefebvre— en prácticas espaciales materiales y en sus representaciones simbólicas en ciudades y regiones urbanas, sino que dichas espacialidades urbanas materiales y simbólicas eran en sí mismas fuerzas poderosas que daban forma a la verdadera naturaleza de la producción y de la reproducción social. En otras palabras, existe una *dialéctica socio-espacial* vital y, a menudo, problemática del desarrollo histórico de las sociedades humanas y de los modos de producción que frecuentemente ha sido pasada por alto, o cuya importancia ha sido minimizada por la academia occidental e incluso por las formas de historiografía más críticas. Por dicha razón se puede sostener un sólido argumento a fin de insistir en que los orígenes y el desarrollo de cada modo de producción, más allá de las formas más primitivas de la caza y la recolección, merecen ser descritos como intrínsecamente *urbanos y centrados en las ciudades*.

Con esta audaz conclusión podemos pasar rápidamente a través de la extensa y fascinante geohistoria de la ciudad-estado y su desparejo desarrollo global (dejando a otros el desafío de repensarla en términos espaciales), para entrar en otro tiempo y espacio, un nuevo punto de partida para una tercera y convulsiva transformación en la producción y reproducción social del espacio urbano, que nos acerca mucho más al presente. Desde Mesopotamia y su región inmediatamente aledaña, nos desplazamos a Europa Occidental en el periodo subsiguiente al Renacimiento y la Ilustración, a las primeras etapas de la Revolución Industrial, para ocuparnos directamente de la conmovedora narrativa espacial que, en palabras de Iain Chamber, nos puede «ayudar a algunos de nosotros a encontrar nuestro lugar en la modernidad».

3. La Tercera Revolución Urbana.

Modernidad y capitalismo urbano-industrial

La metrópolis ha funcionado invariablemente como la imagen privilegiada de la modernidad [...] Representa la forma más elevada adquirida por las fuerzas económicas y estéticas. La metrópolis se vuelve tanto un modelo de desarrollo económico y social, como una metáfora de la modernidad, una realidad metafísica [...].

La metrópolis es, por encima de todo, un mito, una historia, un relato que nos ayuda a algunos de nosotros a encontrar nuestro hogar en la modernidad, allí hemos de hallar los nuevos dioses, los nuevos mitos convocados por Nietzsche. La metrópolis es una alegoría; representa especialmente la alegoría de la crisis de la modernidad que hemos aprendido a reconocer en las voces de Baudelaire, Benjamin y Kafka. Ir más allá de estas sombrías historias del exilio, y de ese gris y lluvioso país del alma angustiada implica establecer un sentido de pertenencia en la ciudad y hacer de la tradición *un espacio de transformación*, más que la escena de un destino poco alentador. Por dicho motivo la metrópolis no es simplemente la etapa final de una narrativa conmovedora, del Apocalipsis y de la nostalgia, también es el lugar de las ruinas de los órdenes previos en las cuales diferentes historias, lenguajes, memorias y trazos se entretejen y recombinan continuamente en la construcción de nuevos horizontes.

Iain Chambers, *Border Dialogues: Journeys in Postmodernity*, 1990, pp. 55 y 112 (énfasis añadido)

A fin de comprender la Tercera Revolución Urbana y su papel en la geohistoria del espacio urbano debemos alejarnos del corazón de la urbanización del sudoeste de Asia y dirigirnos hacia la Europa postfeudal y su red global de metrópolis coloniales y ciudades mercantiles capitalistas. Aquí la evolución de las especificidades espaciales del urbanismo y las dinámicas de desarrollo que emanan de ellas se adhieren en un nuevo marco narrativo que la academia occidental contemporánea ha asociado retrospectivamente

a la Era de la Ilustración europea y al surgimiento de una conciencia colectiva de la *modernidad*. Se añade también otra línea de tiempo, que vincula explícitamente la producción social del espacio urbano al desarrollo del capitalismo desde el siglo XVI. Un breve recorrido por este amplio discurso acerca de la modernidad y el modernismo capitalista, debe dar lugar a una discusión que nos lleve a los espacios urbanos ejemplares de Manchester y Chicago, donde tanto la metrópolis capitalista industrial moderna como el campo de los estudios urbanos se desarrollaron de forma paradigmática.

El espacio urbano y la sucesión de modernidades

La modernidad en tanto fuerza motriz del desarrollo social surge generalmente a partir de modos de pensar y actuar que están basados específicamente en una conciencia práctica de lo contemporáneo, una conciencia explícita y resuelta de aquello que Marshall Berman (1982) denominó los «riesgos y posibilidades» inherentes a estar vivos en una época, un espacio y un medio social determinados.¹ Stephen Kern (1983) asoció el concepto de modernidad a una «cultura del tiempo y el espacio», o a aquello a lo cual podemos hacer referencia como una combinación del *zeitgeist* y *raumgeist*, el espíritu temporal y espacial del momento contemporáneo.² Ser moderno, en cualquier campo de actividad que uno elija, es de este modo contingente a una conciencia crítica de la contemporaneidad, el «justo ahora» (del latín *modo*), como fuente de conocimiento práctico que puede ser utilizado para cambiar a mejor el mundo, más que para continuar reforzando y reproduciendo fielmente el *status quo*.

En tanto conciencia crítica, lo que puede definirse como modernidad-engeneral es impulsado por dos preguntas clave. ¿De qué modo difiere la actualidad, lo que está sucediendo justo ahora, en este mundo y en este periodo de tiempo, del ayer? Asumiendo que existen algunas diferencias importantes, ¿cómo podemos utilizar el conocimiento de aquello que es nuevo y diferente para cambiar nuestro pensamiento y nuestras prácticas con el propósito de contribuir a un mundo mejor? En otras palabras ¿qué es

¹ Marshall Berman, *All that is Solid Melts into Air*, Nueva York, Simon and Schuster, 1982 [ed. cast.: *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, trad. por Andrea Morales Vidal, Madrid, Siglo XXI, 1988].

² Stephen Kern, *The Culture of Time and Space, 1880-1918*, Cambridge (Ma.), Harvard University Press, 1983.

significativamente nuevo y qué es lo que al respecto se debe hacer aquí y ahora? Todos los movimientos modernizadores, todos los *modernismos* rigurosos se derivan de las respuestas dadas a dichas preguntas. Siguiendo una vez más a Berman (1982), la conciencia práctica de la modernidad es producida y reproducida por los individuos y por los movimientos sociales a través de la interacción específica entre modernización (los procesos de cambio y desarrollo social más concretos y objetivos) y el modernismo (las diversas respuestas culturales, ideológicas y reflexivas a la condición contemporánea, a los procesos de modernización en curso y, especialmente, a la cuestión generativa e intrínsecamente espacio-temporal de aquello que debe hacerse *aquí y ahora*).³

El modernismo en tanto marco intencional para el pensamiento y la acción «progresista» se encuentra, de este modo, radicalmente abierto a la acumulación de nuevas interpretaciones y conocimientos. Al reflejar dicha apertura, también es susceptible de ser reestructurado y recompuesto espacio-temporalmente, y llevado hacia nuevas y diferentes direcciones respecto de aquellas ya establecidas. La modernidad no es algo creado de una vez y para siempre, sino que cambia con el paso del tiempo y se desarrolla espacialmente de forma dispar. Sus prácticas son particularmente proclives al cambio durante periodos de agitación social y crisis cuando, citando a Marx a través de Berman, todo aquello que alguna vez fue sólido parece desvanecerse en el aire. Es con dichas definiciones amplias y dinámicas de la modernidad, la modernización y el modernismo con las que comenzamos a tratar aquello que Iain Chambers describe como la «narrativa maldita» de la metrópolis moderna, «el lugar de las ruinas de los regímenes previos en el cual historias, memorias y trazos diversos se entrelazan y recombinan continuamente en la construcción de nuevos horizontes».

Lo que hemos descrito previamente como las dos primeras Revoluciones Urbanas puede ser retratado nuevamente como modernizaciones que marcan un hito en la sociedad humana y que se encuentran arraigadas en las dinámicas creativas de la espacialidad urbana, asociadas a términos tales como economías de aglomeración, sinecismo y frónesis. Sin embargo, estas transformaciones de enorme importancia en las relaciones sociales y espaciales de producción y reproducción, no han sido acompañadas por lo general de una conciencia social y espacial comprensiva (y crítica) del «ser moderno» en tanto estrategia para la mejora y el desarrollo

³ Una ironía de la conjunción del aquí y ahora [*now and here*] es que produce la palabra «ningún lugar» [*nowhere*]. Otra ironía es que «nowhere» es una vaga traducción de la raíz griega «utopía». Todo este juego de palabras otorga un significado adicional al comentario de Iain Chambers acerca de la modernidad.

social. A pesar de que debe permanecer abierta la pregunta acerca de dónde y cuándo apareció por primera vez esa contextualización sistemática de una conciencia colectiva y crítica de la modernidad, el discurso occidental contemporáneo ubica convencionalmente sus orígenes en la Ilustración europea y en la primera aparición de una diferenciación social explícita las prácticas espaciales y de sus practicantes en torno a la oposición entre quienes eran explícitamente denominados como los «antiguos» y los que eran denominados como los «modernos».

El Renacimiento europeo respondió a la pregunta acerca de qué se debe hacer para mejorar la sociedad con una apelación a lo que era percibido y concebido como los principales logros de las pasadas civilizaciones y de las ciudades-estado específicamente europeas, en concreto la Atenas clásica y Roma. El Renacimiento estaba arraigado en un reafirmado teologismo de base urbana que consideraba la fe firme en la historia bíblica cristiana como base para la acción en el presente y en el futuro. Al definirse a sí mismo en unos términos afirmativamente europeos, el Renacimiento se convirtió en la primera expresión rigurosa de aquello que los académicos contemporáneos describen como eurocentrismo en el arte, la ciencia y la filosofía. En oposición a la definición del «Otro» construida durante las Cruzadas y la expulsión de los «moros» de la masa territorial continental, fue forjada una identidad europea que también puede ser considerada como el comienzo de aquello que Edward Said (1979) describió como «orientalismo», la construcción activa del mundo no-europeo como atrasado, no-cristiano y semi-bárbaro. Dichas visiones del mundo, sus ideologías y sus marcos de acción serían inculcados en la nueva conciencia emergente de la modernidad europea y, en consecuencia, afectarían en profundidad a la producción social del espacio urbano, así como también a gran parte de la academia occidental durante los siguientes quinientos años.

En cierta medida, la Ilustración europea constituyó una reacción directa contra el clasicismo renacentista, una búsqueda de alternativas a la fe teocrática y al aprendizaje clásico. Los primeros movimientos modernos, que se distinguían a sí mismos de los antiguos, se volvieron, cada vez más, hacia una nueva ciencia secular y hacia una interpretación científica como base de la *praxis*, otra palabra griega que hace referencia a la transformación del conocimiento en una acción socio-espacial supuestamente beneficiosa y progresista. Desde entonces, el discurso de la modernidad ha estado profundamente implantado en aquello que aún denominamos epistemología y filosofía de la *ciencia*, una forma de pensamiento crítico potencialmente emancipador que Jean Baudrillard describió como girando alrededor de la benigna episteme del espejo, el conjunto científico de reflexiones buenas y útiles sobre el

mundo empírico.⁴ Obteniendo sus principales puntos de apoyo en las ciudades capitales y en los centros comerciales más importantes de Europa Occidental, estos movimientos modernos comenzaron a jugar un papel menor, pero cada vez más importante, en el desarrollo urbano, poniendo la ciencia al servicio público en lo que se refiere a la gestión y a la mejora social de las comunidades urbanas y sus *hinterlands* territoriales.

Sin embargo, esta nueva modernidad-como-Ilustración no fue constante. Evolucionó hacia una compleja multiplicidad de formas regionales desarrolladas en Europa de modo dispar y fue exportada cada vez más a través de la colonización y de la expansión del comercio mercantil, creando los esbozos del primer sistema mundial conscientemente moderno, modernista y modernizador. Después de cientos de años de elaboración y consolidación, la modernidad-como-Ilustración se encontró con un nuevo y extraordinario desafío. Durante el periodo que actualmente denominamos la Era de la Revolución (1776-1848), el curso de la modernidad fue radicalmente reestructurado. En esta (¿primera?) gran crisis interna de la modernidad europea, generada casi enteramente en y desde las metrópolis más importantes de la época, emergieron conflictos entre aquellos que deseaban mantener los aspectos positivos de las prácticas de la modernización de la Ilustración y una vanguardia compuesta por los que hoy podrían ser denominados como postmodernos, que promovían un punto de vista alternativo del modernismo, de lo que debe hacerse aquí y ahora, y que difería notablemente de las estrategias y prácticas vigentes.

Las primeras revoluciones sociales verdaderamente *modernas*, que tuvieron lugar en 1776 en las colonias norteamericanas y después en 1789 en Francia (o más específicamente en París), marcaron el desarrollo de una nueva edad moderna de la democracia liberal expresada en la reclamación de libertad, igualdad, fraternidad y los derechos universales del «hombre».⁵ En gran medida, estas reclamaciones también constituían una reclamación explícita de mayores derechos para la ciudad, el espacio urbano y la ciudadanía, inspirada, sobre todo, y probablemente, en las palabras e ideas del

⁴ Jean Baudrillard, *Simulations*, Nueva York, Semiotext(e), 1983, véase también pp. 326-330.

⁵ El hecho de que dichos masculinismos deban ser considerados en forma literal y no sublimados en las convenciones del lenguaje abre una historia crítica de la modernidad alternativa —y de la modernización y el modernismo— como los productos materiales y conceptuales del patriarcado eurocéntrico. A pesar de encontrarse plagado de excepciones, el discurso predominante acerca de la modernidad-en-general siempre ha sido dominado por los presupuestos del hombre blanco y occidental acerca de lo que es nuevo y de lo que debe hacerse, ocultándose bajo la supuesta universalidad del «hombre». Una de las características más particulares y disruptivas del discurso crítico contemporáneo acerca de la postmodernidad ha sido la forma en que ha logrado desentrañar de forma coordinada esta hegemonía discursiva, así como la afirmación del feminismo postmoderno y las alternativas postcoloniales. Véase *Thirdspace*, 1996, capítulo 4.

«ciudadano de Ginebra», Jean-Jacques Rousseau. Intentaron obtener un control territorial de base urbana sobre los mosaicos y los imperios coloniales de la ciudad-estado monárquica, ya sea en la periferia (las ciudades mercantiles de las colonias norteamericanas) o directamente en el centro (la ciudadela de París). De diversas formas la Era de la Revolución puede ser considerada como el capítulo final de la experimentación en la evolución de la Segunda Revolución Urbana por medio de una mayor democracia urbana y el comienzo de una fase radicalmente nueva en la geohistoria del espacio urbano.

La modernidad-como-Ilustración y la modernidad-como-democracia liberal, todavía ligeramente confundidas, lucharon por el poder urbano y estatal durante un largo y agitado periodo que se extendió hasta aproximadamente 1850. Para dicha época, la Tercera Revolución Urbana ya estaba bastante desarrollada en unas pocas regiones europeas, modelada en parte por la crisis ideológica de la modernidad, pero aún en mayor medida por la conjunción de los ritmos económicos y culturales de la modernización con los desarrollos simultáneos de la Revolución Industrial, que había comenzado hacía más de cien años lejos de los centros urbanos de poder. Hacia 1850 la narrativa de la modernidad había adoptado un nuevo guión y una nueva forma retórica, siendo absorbida por la línea de tiempo del desarrollo del capitalismo industrial-urbano y su profunda innovación en la gubernamentalidad territorial, es decir, el Estado-nación capitalista. Cuando en 1784 Kant preguntó «*Was ist Aufklärung?*» [¿Qué es la Ilustración?], podía contestar sin mencionar al capitalismo o al Estado-nación. Después de 1789, esto se volvió inconcebible en la medida en que los discursos y las conciencias de la modernidad se habían transformado de forma significativa.

La amplia deconstrucción y reconstitución de la modernidad que emergió de su convergencia espacio-temporal con el capitalismo industrial-urbano y el creciente poder del Estado nacionalista, transformó el discurso crítico en casi todos los campos del conocimiento y de la acción. Especialmente, redefinió y modificó de forma radical el centro de la teoría política, de la filosofía y de la praxis socio-espacial. En 1848, tanto Marx como Comte escribirían sobre papel el momento revolucionario de París, descrito por algunos como la capital del siglo XIX, por medio de manifiestos emancipatorios «positivistas» completamente distintos. Las ideas de Marx dieron ímpetu a un socialismo científico revolucionario, las de Comte a un cientificismo social liberal. Cada uno a su modo proveyó una visión totalizadora de una nueva modernidad que difería de modo significativo de la democracia liberal universalizadora y humanista de Rousseau, al mismo tiempo que mantenía muchos lazos de continuidad con la misma.

Estos nuevos modernismos atribuyeron una gran importancia a los crecientes problemas del empobrecimiento urbano que estaban asociados a las primeras fases del capitalismo industrial-urbano. Los intentos por explicar las causas

originarias de un empobrecimiento tan extenso y de buscar estrategias sociales y espaciales «progresistas» para mejorar de forma significativa esas terribles condiciones, especialmente en las ciudades industrializadas más importantes, profundizaron la escisión entre estos dos nuevos movimientos modernos. Un reformismo liberal centrado en el Estado y que favorecía a las clases dirigentes, que entonces estaba liderado por científicos y profesionales de la medicina, la ingeniería y el derecho, teorizó una praxis basada en una mejor salud pública, una mejora moral y la innovación tecnológica. Dicha praxis fue racionalizada y proyectada a través de un metarrelato, esencialmente capitalista, de *desarrollo* que envolvió la historia mundial en la necesidad de un progreso y una modernización permanentes. En absoluta oposición a éste, se encontraba un metarrelato de la *justicia social* esencialmente marxista o socialista científico, que consideraba las reformas como paliativos temporales y sostenía la necesidad de llevar a cabo una transformación más radical, por no decir revolucionaria, con el fin de alcanzar la justicia social —y el desarrollo. Dicha escisión fundamental daría forma al discurso específicamente político y urbano, y polarizaría profundamente a los movimientos sociales modernistas durante los siguientes 150 años.

Durante la expansiva Era del Capital, tal y como E. J. Hobsbawm denominó al periodo posterior a las revoluciones de los años 1848 y 1849, estos dos movimientos opuestos, pero no obstante modernistas, consolidarían un poder cada vez mayor en sus esferas separadas y extenderían su influencia —y sus particulares programas acerca de aquello que debía hacerse «ya»— alrededor del planeta, siempre a tono con el ritmo dinámico de los ciclos de crecimiento y derrumbe que caracterizaron al desarrollo capitalista urbano e industrial. En otras palabras, lo que había sido una vanguardia postmoderna surgida de la Era de la Revolución se transformó en los nuevos modernismos dominantes de la segunda mitad del siglo XIX, suplantándose en su competencia hasta que la propia modernidad tuviera que enfrentarse a otra crisis y al surgimiento de un nuevo postmodernismo hacia *el fin de siècle*. Es en esta escena espacial y temporal de este «largo» siglo XIX, que se extiende a través de las Eras descritas por Hobsbawm, de la Revolución, el Capital y el Imperio hasta la Primera Guerra Mundial, en la que podemos plantear de nuevo la historia de la Tercera Revolución Urbana.⁶

⁶ La magnífica serie de libros escritos por Eric Hobsbawm acerca de aquello que estoy denominando como la sucesión de modernidades incluye *The Age of Revolution, 1789-1848*, Nueva York, New American Library, 1962 [ed. cast.: *La era de la revolución, 1789-1848*, trad. por Felipe Ximénez de Sandoval, Barcelona, Labor, 1991]; *The Age of Capital, 1848-1878*, Nueva York, Charles Scribner's, 1975 [ed. cast.: *La era del capital, 1848-1878*, trad. por A. García Fluixá, Barcelona, Labor, 1989]; *The Age of Empire, 1875-1914*, Nueva York, Pantheon, 1987 [ed. cast.: *La era del imperio, 1875-1914*, trad. por Juan Faci Lacasta, Barcelona, Labor, 1990]; *The Age of Extremes: A History of the World, 1914-1991*, Nueva York, Pantheon, 1994 [ed. cast.: *Historia del siglo XX: 1914-1991*, trad. por Juan Faci Lacasta, Jordi Aunaud y Carmen Castells, Barcelona, Crítica, 1994].

El surgimiento de la metrópolis industrial moderna

Los primeros emplazamientos de producción industrial se encontraban ubicados en las afueras de las principales ciudades pre-industriales, aunque siguiendo a Jane Jacobs probablemente sea mejor considerarlos como transplantes de los oficios urbanos, como el de tejedor, hacia lugares donde había fuentes de energía y podían encontrarse trabajadores más baratos, peor organizados y en mayor cantidad. La inserción de industrias manufactureras a gran escala en el espacio urbano fue, sin embargo, lo que constituyó el principal factor desencadenante de la Tercera Revolución Urbana.⁷ A partir de ese momento, comenzó a desarrollarse una relación completamente simbiótica y expansiva entre los procesos de urbanización e industrialización a una escala y con un alcance nunca antes vistos, muy similares a los efectos propulsores de las primeras ciudades en el desarrollo de la agricultura. Fue esta relación tan extraordinaria lo que definiría al capitalismo industrial como un modo de producción esencialmente urbano (y lo que también imbuiría a gran parte del pensamiento socialista en la oposición de un sesgo anti-urbano, si bien a veces algo quijotesco).

Antes de que dicha transformación urbana tuviera lugar, existían tres tipos de ciudades, cada una de ellas constituía el centro de coordinación, de control y de administración de las culturas y los modos de producción territoriales basados, fundamentalmente, en la agricultura, la minería y otras actividades del sector primario, así como también de los sistemas de intercambio y comercio que se desarrollaron a partir de dichos complejos de producción primaria. Si bien la mayoría de las grandes ciudades constituían elaboraciones del modelo de la vieja ciudad-estado que hemos descrito en el capítulo 2, para finales del siglo XVIII en Europa Occidental, estas ciudades estaban siendo incorporadas cada vez en mayor medida a una jerarquía

⁷ La pregunta acerca de los motivos por los cuales la industria manufacturera retornó al espacio urbano resulta fascinante, dado que caracteriza a la Tercera Revolución Urbana y al nuevo curso que adquirió el desarrollo capitalista de mejor forma que cualquier otro acontecimiento. Muchos historiadores del capitalismo y de la Revolución Industrial le prestan mucha atención a los momentos originarios, como el surgimiento de las primeras fábricas, y concluyen que las ciudades no fueron la chispa inicial de la revolución debido a su característica ubicación rural. A partir de todo lo que hemos visto en nuestra nueva cartografía de la geohistoria del espacio urbano, parecería que dicho argumento acerca de los «orígenes» nos induce a cometer importantes errores. Algunos aspectos inherentes a las condiciones sociales y espaciales del urbanismo fueron, en gran medida, responsables de la expansión masiva de la industria dentro de la ciudad, y este «aspecto» se encuentra probablemente vinculado a las cualidades reflexivas de la aglomeración, el sinecismo y la frónesis que siempre han formado parte de la producción social del espacio urbano.

interregional de ciudades definida por los límites territoriales del nuevo Estado-Nación y del mercado nacional. En estos nuevos sistemas regionales de ciudades —tal vez, mejor descritos como estados-ciudades que como ciudades-estados— había al menos dos nodos más especializados donde el alcance del poder político, económico y cultural de la ciudadela se extendía mucho más allá del territorio nacional: estados-ciudades imperiales y estados-ciudades mercantiles. En las principales conurbaciones, como Londres o París, estos tres tipos de ciudades estaban combinadas en una metrópolis regional más compleja, o «mundo ciudad», cuyo tamaño en población comenzó a acercarse, por primera vez en mil años, al de Teotihuacan y la antigua Roma.

La Tercera Revolución Urbana supuso, no tanto un aumento del tamaño de las ciudades, sino más bien una recomposición expansiva de la población urbana y de la urbanización asociada en sociedades nacionales enteras. En Gran Bretaña, por ejemplo, la población pasó de ser un 80 por ciento rural en 1750, a ser más de un 80 por ciento urbana en 1900. Esta urbanización y esta modernización social sin precedentes fue provocada, fundamentalmente, por el ingreso al espacio urbano de millones de representantes de las dos nuevas clases que definían al capitalismo industrial-urbano, el proletariado y la burguesía, ambos tan definitiva y presuntamente urbanos como el capitalismo industrial en sí mismo. Esta extraordinaria migración de masas reestructuró radicalmente las antiguas distinciones entre la ciudad y el campo, lo urbano y lo rural, *polites* e *idiotes*, lo sagrado y lo profano, para inscribir un nuevo orden urbano en el cual la producción de un excedente social no sólo estaba coordinado y controlado por la ciudad sino que también, por primera vez en la historia, tenía lugar en la propia ciudad, dentro y alrededor del denso centro del espacio urbano. A un nivel muy básico, la revolucionaria reorganización del espacio urbano requería no sólo hacer sitio para los millones de nuevos emigrantes y para las infraestructuras de producción industrial, sino también para el desarrollo de nuevos modos de mantener unida esta economía espacial emergente de la ciudad, para administrar y reproducir las relaciones sociales y espaciales del capitalismo a escala estatal global, nacional, regional y local, escalas que ahora se encontraban firmemente anidadas.

Además de las micro-tecnologías de la disciplina laboral tan brillantemente observadas por Marx y Engels, tuvo lugar el desarrollo de nuevas macro-tecnologías de control social y espacial. Más potente fue, quizás, la construcción material y simbólica de las culturas territoriales «imaginadas» a escala del Estado-nación. A pesar de que dicho «nacionalismo» se distanció, al menos en su apariencia ideológica, de muchos de los cimientos fuertemente arraigados de la ciudad-estado y de sus prolongaciones, siguió existiendo una estrategia para la cohesión y la adhesión social con base urbana. El Estado

nación constituía tanto una expansión material de la cultura territorial de la ciudad-estado como una abstracción y consolidación de su control más tangible sobre la trama del espacio, el conocimiento y el poder. Lo que antes constituía una fluida asociación de ciudades-estado y sus regiones tributarias en un mosaico imperial, se convirtió en el establecimiento formal del Estado territorial con límites nacionales, concentrado en borrar las fronteras regionales y las identidades culturales que las ciudades-estado habían albergado a través de sus poderes homogeneizadores y de los del mercado en expansión.⁸ El largo siglo XIX puede ser analizado no sólo a través de la interacción entre la urbanización y la industrialización, sino también a través de la extraordinaria ascendencia y atribución de poderes, en una escala nueva, dentro de la jerarquía de las regiones nodales, compuesta de múltiples capas, que dio forma a la espacialidad de la vida social, según la medida de una identidad y una «ciudadanía» individual y colectiva construida socialmente y ubicada entre la ciudad-estado y el imperio mosaico.

El Estado nación podría haberse originado varios siglos antes con el cambio del Rey Merovingio de los Francos al Rey Carolingio de Francia, pero necesitó de la Revolución Industrial y de las revoluciones sociales liberales de 1776 y 1789 para institucionalizar, reestructurar y homogeneizar culturalmente la comunidad territorial, tanto real como imaginada, y de poder responder a las, ahora más voraces e imperiosas, demandas modernizadoras del capitalismo industrial urbano. Por ello, el Estado nación también puede ser considerado como un producto de las ciudades, un producto de un tipo de urbanismo que podía ser sostenido y regulado sólo a través de una expansión masiva, jerárquica y centralmente administrada de su control político y económico mucho más allá de la región urbana inmediata. Pero debemos apresurarnos nuevamente a través de esta revisión urbana de la compleja geohistoria del Estado nación, para así poder observar más en detalle aquello que estaba sucediendo en el espacio urbano durante el largo siglo XIX.

⁸ Este proceso de homogeneización nacional o de construcción de una nación generó, a lo largo del siglo XIX, regionalismos poderosos, a menudo vinculados a movimientos políticos anarquistas o socialistas libertarios. Estos regionalismos de inspiración anarquista lucharon por preservar las culturas e identidades subnacionales contra los poderes, cada vez más centralizados, del Estado y del mercado. Irónicamente, el pensamiento y la práctica anarquista, de Proudhon a Bakunin, Reclus y Kropotkin, fue vista como una amenaza creciente no sólo para el cientificismo social liberal y para la construcción de una nación, sino también para el socialismo científico radical, lo que explica en parte porqué Marx dedicó algunas de sus críticas más virulentas a la amenaza socialista libertaria.

Made in Manchester

No hay pueblo en el mundo en el cual la distancia entre los ricos y los pobres sea tan grande, o la barrera entre ellos tan difícil de cruzar.

Friedrich Engels acerca de Manchester, escrito en 1844

Manchester fue la metrópolis de Ur de la Tercera Revolución Urbana, la primera ciudad y el primer espacio urbano de importancia socialmente producido, casi en su totalidad, por las prácticas socio-espaciales del capitalismo industrial. En 1750 Manchester era una pequeña y compacta población-mercado ubicada en el sur de Lancashire, convirtiéndose después en el área más densamente poblada de Inglaterra fuera del entorno inmediato de Londres. Manchester creció como un punto de intersección dentro de un sistema de pueblos, aldeas y granjas empeñados en el tejido manual, principalmente, de telas de algodón, con el fin de reemplazar los ingresos, cada vez menores, de la producción agrícola. La producción de esta industria característicamente rural, aunque urbana, era vendida tanto localmente como a lo largo de Inglaterra, pero también comenzó a ser exportada a través del cada vez más importante puerto de Liverpool, que ya se había establecido como un centro de enorme importancia en el intercambio global de esclavos y como el destino del algodón crudo importado de las plantaciones de Norteamérica. Dicho vínculo se consolidó en la década de 1760 a través de la construcción del primer gran canal de largo recorrido de Gran Bretaña, que unía las ciudades de Manchester y Liverpool, y fue reforzado en la década de 1830 por la primera línea ferroviaria interurbana de importancia. Sin embargo, hasta los comienzos del siglo XIX Manchester continuó siendo poco más que un centro de intercambio sobredimensionado. No tenía muros que lo rodearan, no estaba incorporado como ciudad, tenía pocos gremios fuertes, si es que había alguno, que organizaran a los artesanos y trabajadores manuales locales, y tenía una población urbana y una burocracia cívica relativamente pequeña y sin raíces agrícolas.

Entre 1770 y 1850, Manchester (junto con la cercana Salford) se transformó en la primera metrópolis y en la primera manufactura capitalista completamente industrial, la «chimenea del mundo», una conurbación regional de 400.000 habitantes, la segunda en tamaño después de Londres, a su vez a punto de convertirse en la ciudad más grande de la historia. La historia de esta notable transformación es bastante compleja, pero puede localizarse alrededor de un conjunto de nuevos procesos de urbanización que ayudan

a describir la Tercera Revolución Urbana. En primer lugar, tuvo lugar la implantación del sistema de producción industrial dentro de la ciudad. Hacia 1830 ya había en Manchester cerca de 100 fábricas textiles a vapor, ubicadas fundamentalmente a lo largo de los ríos Irwell e Irk, cerca de cuya confluencia estaba ubicado el centro de la ciudad. A pesar de que la mayoría de las fábricas empleaban alrededor de 100 trabajadores, en algunos pocos casos llegaban a 1.000. Esta intrusión de la producción industrial en el tejido urbano reorganizó radicalmente el espacio. Fueron construidos grandes depósitos de algodón en el centro de la ciudad, muchos de ellos en las viviendas reformadas de comerciantes de reconocido prestigio que estaban abandonando su, antes prestigiosa, ubicación céntrica por los suburbios unidos por transporte colectivo, lejos de la cada vez mayor mugre industrial. Lo que estaba sucediendo no era sólo el comienzo de la suburbanización de la «clase media» —aquello que Fishman (1987) llamaría luego la creación de las «utopías burguesas»— sino también los comienzos de una gran inversión del prestigio de los lugares en la zonificación concéntrica del espacio urbano.⁹

Todavía sin instituciones cívicas de importancia (se le otorgó el estatuto de municipio autónomo en 1838), un clero poderoso o corporaciones bien organizadas, Manchester tenía una ciudadela débilmente desarrollada. La aristocracia de los tory y la aristocracia terrateniente vivían fundamentalmente fuera de la ciudad, desparramadas en los terrenos rurales. Sólo un pequeño cuartel militar representaba al Estado nacional. Se trataba de un descendiente del antiguo fuerte romano de Mancunium que había sido creado en el siglo primero d.C., y a raíz del cual los residentes de Manchester aún son llamados «mancunianos». Por ello a la nueva burguesía industrial le resultó relativamente fácil establecer su control sobre la ciudad «interior», incluida su densa población de tenderos, comerciantes, vendedores, tejedores e hilanderos independientes. Con las nuevas fábricas cerca, aunque no especialmente agrupadas alrededor del centro de la ciudad, la densa ciudad

⁹ La siguiente cita de Robert Fishman, *Bourgeois Utopias: The Rise and Fall of Suburbia*, Nueva York, Basic Books, 1987, resalta la importancia de Manchester en la historia de la suburbanización y advierte acerca de las derivaciones demasiado simples de la experiencia urbana anglosajona:

Hacia la década de 1840, Manchester ya había establecido un modelo de suburbanización de clase media que se mantendría sin cambios sustanciales durante un siglo. En las décadas de 1850 y 1860, dicho modelo suburbano se estableció también en la periferia de las ciudades en rápido crecimiento de Estados Unidos, pero fue firmemente rechazado en Francia. Allí [...] la burguesía mantuvo el control del centro urbano. Dicha dicotomía crea un importante problema para cualquier historia de las zonas residenciales de las áreas suburbanas de la ciudad: por qué la utopía burguesa se extendió sólo entre la burguesía «anglosajona», mientras que los franceses, igualmente burgueses, mantuvieron un punto de vista muy distinto.

interior se transformó en el hogar de la clase trabajadora y en otro componente vital del capitalismo industrial, lo que Marx y Engels denominarían el «ejército de reserva» de trabajadores temporales o sin empleo. Allí se desarrolló lo que posteriormente sería definido como el Distrito Central de Negocios [CBD en inglés] (una importante ampliación del mercado o del ágora principal de la ciudad-estado), un amplio cinturón de barrios abarrotados de viviendas de clase trabajadora, que se extendía a lo largo de muchos kilómetros partiendo del centro de la ciudad. Otros dos nuevos procesos de urbanización se concentrarían y expresarían espacialmente dentro de dicho anillo: la «pauperización» y la formación de lo que puede ser denominado como barrios urbanos pobres «inducidos».

Estos dos procesos, frecuentemente pasados por alto en los estudios convencionales acerca de la ciudad capitalista industrial, se encontraban íntimamente interrelacionados. Ambos están vinculados a una de las estrategias disciplinarias más poderosas del capitalismo industrial, la creación de una «subclase» de extrema pobreza y miseria que podía ser utilizada material y simbólicamente para amenazar a los trabajadores individuales «libres» en tanto destino o futuro posible en caso de que su trabajo no fuera necesario o de que desafiaran las relaciones sociales de producción establecidas, o lo que hoy denominamos prerrogativas de la administración. La pauperización supuso la creación de un sector de la población que estaba virtualmente divorciado de cualquier medio a través del cual pudiera construir su propio sustento, incluido el trabajo en la fábrica. En las áreas rurales, la pauperización era principalmente una forma de encontrar modos de eliminar la propiedad de la tierra, el trabajo agrícola-ganadero y la industria doméstica de los campesinos, como por ejemplo el tejido manual en la región de Manchester, que comenzó a desaparecer con el desarrollo de las fábricas textiles mecanizadas. En este caso el objetivo era no sólo crear una reserva de potenciales trabajadores sino también una reserva de no trabajadores, es decir, de desempleados, de sin tierra, de destituidos, de todos los que no tendrían otra opción más que entrar a la ciudad, y especialmente al centro de la ciudad, para sobrevivir. En ninguna sociedad urbana anterior, incluidas aquellas basadas en la esclavitud, hubo una población semejante tan numerosa y tan necesaria.

La pauperización se inscribió en la ciudad a través de aquello que he descrito como la formación de barrios urbanos pobres «inducidos», áreas de la mayor miseria que fueron creadas activamente por la propia naturaleza del desarrollo capitalista urbano-industrial. El resultado demográfico acumulativo de estos nuevos procesos de urbanización fue una migración masiva hacia las ciudades. Dentro de Manchester y otras ciudades británicas importantes, este movimiento de urbanización masiva dio lugar a lo que probablemente

fueran los centros urbanos más densamente poblados de la historia y, particularmente en Manchester (a pesar del Londres de Dickens), a las peores condiciones de vida urbana que se hubieran experimentado hasta ese momento. En la década de 1840, la mitad de los niños nacidos en las áreas más pobres de Manchester fallecían antes de cumplir seis años, y el promedio de vida era de diecisiete años. Teniendo que afrontar constantemente la falta de trabajadores, la economía espacial de la ciudad, en plena expansión, extendió su devastador alcance más allá de su *hinterland* inmediato hacia otras regiones de Inglaterra y hacia las «colonias internas», como Irlanda, donde la pauperización (ampliada por acontecimientos «naturales» estimulados socialmente, como por ejemplo la hambruna de la patata) empujó a miles de migrantes pobres a los centros de las ciudades industriales, a enclaves como la «Pequeña Irlanda», donde podían experimentarse las peores condiciones de vivienda de Manchester.

Por lo tanto, desde el principio las nuevas clases del capitalismo industrial-urbano entraron en la ciudad en zonas concéntricas segregadas espacialmente: los trabajadores y el ejército de reserva en la zona interior más densa y azarosamente mezclada, la nueva burguesía de «clase media» se estableció en el segundo anillo organizado según una cuadrícula más regular y la alta burguesía en una zona suburbana periférica compuesta por villas con jardines y fincas rurales. Si bien la zonificación concéntrica fue, al menos desde Ur, una parte integral del tejido espacial de la ciudad, nunca estuvo tan claramente definida, tan homogéneamente compuesta y en una sintonía tan fina con los intereses de la clase dominante. Y como ya hemos observado, el gradiente de prestigio de los lugares residenciales en relación con la distancia al centro de la ciudad se vio virtualmente invertido, creando no sólo una nueva fuerza centrífuga que empujaba hacia fuera las fronteras de la región de la ciudad, sino también una nueva dinámica de circulación interna que comenzó a girar cada vez en mayor medida alrededor del viaje cotidiano cada vez más largo al trabajo. Por primera vez, la gran mayoría de la población urbana tenía que viajar de su lugar de residencia a su lugar de trabajo *dentro* de la ciudad. Esto creó nuevas demandas de importancia a la planificación urbana y además proporcionó otra tecnología disciplinaria a fin de mantener las divisiones sociales y espaciales entre clases, dado que el viaje hacia el trabajo implicaba un costo tanto para el capital como para el trabajo, que podía ser manipulado a través de instituciones cívicas y obras públicas en provecho del máximo beneficio para la clase dominante.

Esto mismo creó una matriz de toma de decisiones que se transformaría en uno de las principales características organizadoras del espacio urbano del capitalismo industrial en todos los lugares del mundo.

Todos los emplazamientos de la ciudad fueron transformados en mercancías a través del establecimiento de alquileres que combinaban los costes de propiedad y de alquiler de la tierra, los costes del transporte (especialmente el viaje hacia el trabajo, pero también hacia otros servicios cívicos) y los costes de la densidad, ahora claramente definida en un gradiente que se extendía vertiginosamente hacia el exterior, desde el centro de la ciudad a los nuevos «suburbios». La toma de decisiones en relación con el uso del suelo y la elección de la vivienda estuvieron cada vez más modeladas por las compensaciones monetarias entre dichos costes de ubicación y, obviamente, la capacidad para pagarlos. La lógica económica contenida en esta matriz de toma de decisiones espaciales puede ser vista tanto como productora de la zonificación concéntrica de la ciudad basada en la clase, como siendo producida y reproducida por la misma lógica, otorgando un nuevo cálculo económico a la dialéctica socio-espacial representada en el espacio urbano y su entorno construido. De forma creciente con el paso del tiempo, este cálculo económico llamaría la atención de los estudiosos urbanos como el marco teórico y explicativo de mayor importancia para comprender la formación social y espacial de la metrópolis capitalista industrial, desde sus primeras etapas hasta el presente.

Al menos hasta finales del siglo XIX, cuando la Era del Capital ingresó en un periodo de crisis y reestructuración provocado por acontecimientos como la fugaz creación de la Comuna de París y el pánico financiero de comienzos de la década de 1870, los nuevos procesos de urbanización que afectaban a Manchester y a muchos otros espacios urbanos industriales en expansión crearon una estructura espacial urbana relativamente simple, a pesar de que debe observarse que la situación en las antiguas ciudades-estado mercantiles e imperiales, que estaban experimentando el proceso de industrialización, era mucho más compleja debido al considerable tamaño de los entornos urbanos preindustriales. Existía entonces una intensa centralización de la población, del trabajo y de la producción; y una zonificación concéntrica bien definida de las clases y de la calidad residencial, interrumpida sólo por unas pocas rutas de tránsito «protegido». Este diseño característico del espacio urbano fue observado con agudeza por un residente del Manchester de la época, en lo que se convertiría en la primera lectura paradigmática del nuevo espacio urbano de la Tercera Revolución Urbana. Aquí están las proféticas palabras de Friedrich Engels, que migró a Manchester en 1842 para trabajar para la empresa industrial textil de su padre.

La separación entre las diferentes clases y la consecuente ignorancia acerca de los hábitos y condiciones de las demás, son mucho más profundas en este lugar que en ningún otro país [...] Hay mucha menos comunicación entre el hilador de algodón [...] y su trabajador [...] que la que hay entre el Duque de Wellington y el trabajador más humilde de su estado. (Engels, 1969: 14)¹⁰

Los barrios de la gente trabajadora están [...] separados de las secciones de la ciudad reservadas a la clase media [...] Manchester tiene, en su corazón, un distrito comercial bastante extendido, tal vez de media milla de largo y casi tan ancho, que consiste casi en su totalidad de oficinas y depósitos. Casi todo el distrito es abandonado por sus habitantes, y se vuelve solitario y desértico de noche [...] [A su alrededor] hay barrios de gente trabajadora [...], extendiéndose como un cinturón, de dos kilómetros y medio de ancho de promedio [...] Fuera, más allá del cinturón, vive la alta y media burguesía, la media burguesía en calles trazadas de forma regular ubicadas en las inmediaciones de los barrios obreros [...] la alta burguesía en villas y jardines más remotos [...] en el aire libre y puro del campo, en casas magníficas y confortables, con autobuses que van a la ciudad cada cuarto de hora o cada media hora. Y la mejor parte del asunto es la siguiente, que los miembros de esta adinerada aristocracia pueden tomar el camino más corto a través de todos los distritos obreros [...] sin ver en ningún momento que se encuentran en medio de la sucia miseria [...] Dado que los concienzudos pasajeros son alineados, a ambos lados, con una serie casi perfecta de tiendas [...] [que] son suficientes para ocultar de los ojos de los ricos [...] la miseria y la suciedad que forman el complemento de su riqueza. (Engels, 1969: 79-80)

Posteriormente Engels agregaría a sus comentarios que Manchester en 1840 estaba «menos construida de acuerdo a un plan [...] que cualquier otra ciudad». De hecho, Engels y otros afirmarían que la ausencia de instituciones cívicas fuertes, responsables de dirigir y regular la producción social del espacio urbano, constituyó un factor de importancia en el rápido y temprano crecimiento de Manchester como una ciudad capitalista industrial, así como también en las, cuando menos, abominables condiciones de la clase trabajadora.¹¹ Hacia el final de la Era de la Revolución, también estaba claro

¹⁰ Véase Friedrich Engels, *The Condition of the Working Class in England* [La situación de la clase obrera en Inglaterra], publicado por primera vez en 1844. Estos pasajes corresponden a la edición de Panther (1969), tal y como son citados en James Anderson, «Engel's Manchester: Industrialization, Worker's Housing, and Urban Ideologies», un documento de trabajo publicado por la Planning School of the Architectural Association en Londres alrededor del año 1974 (no figura ninguna fecha en la publicación original). También se puede consultar Steven Marcus, *Engels, Manchester and the Working Class*, Nueva York, Vintage, 1974.

¹¹ Resulta tentador considerar la observación de Engels desde una perspectiva más contemporánea. Lo que él estaba viendo era una disyunción entre un «régimen de acumulación» ya establecido y en expansión (la forma inicial y más pura de capitalismo industrial-urbano) y

para muchos otros, incluida la burguesía industrial, que el empobrecimiento de la clase trabajadora era no sólo moralmente injustificable, sino que también tenía una dimensión económicamente disfuncional. No resulta sorprendente, por lo tanto, que haya sido en Manchester donde tuviera lugar el desarrollo de la primera «escuela» identificable de estudios urbanos; y que ésta estuviera inmediatamente involucrada en la búsqueda de explicaciones y soluciones «políticas» progresistas para los problemas, excesivamente evidentes, de la ciudad. Tampoco resulta sorprendente, dada la temprana discusión entre los movimientos modernos que llevó a la escisión de reformistas liberales y socialistas radicales, que la definida a grandes rasgos como Escuela de Economía Política de Manchester reflejara dicha bifurcación.

El enfoque dominante de la economía política «aplicada» a la urbanización en Manchester explicaba los problemas de la ciudad como resultado de «causas externas y accidentales» y, considerada la poderosa ideología del *laissez-faire* de aquella época, de la política del gobierno nacional y otras restricciones al libre juego de la competencia de mercado. Las causas «externas» estaban frecuentemente focalizadas en el fluctuante flujo de inmigrantes, especialmente irlandeses, que no estaban acostumbrados a la vida en la gran ciudad; mientras que las causas «accidentales» tendían a culpar a los especuladores rapaces, a los prestamistas y comerciantes, en una estrategia de dos caras a fin de convertir a ambos en chivos expiatorios, algo que continúa influyendo en las políticas y en la planificación urbana pública de la actualidad. En cuanto a las soluciones posibles para estos problemas, se presentaban dos importantes argumentos. El primero, que eximía implícitamente al sistema de producción industrial de cualquier responsabilidad, buscaba respuestas a través de las políticas de *laissez-faire* vinculadas a las relaciones entre la dirección del capital (y el mercado de bienes y servicios) y el poder de la fuerza de trabajo. La suposición general, tan persuasivamente promulgada en las obras clásicas de Adam Smith, era que el libre mercado y su «magia» elevarían a cada miembro del cuerpo social, ocasionando la mayor cantidad de bienes para el mayor número. El segundo argumento suponía que, bajo restricciones continuas a la economía de mercado, ciertos problemas persistirían y que estos podrían ser mejor gestionados a través del desarrollo de un gobierno local reformista asistido por profesionales

«modos de regulación» aún emergentes y débiles, las estructuras e instituciones locales administrativas y de coordinación que podían mantener unida a la nueva economía de modo efectivo, asegurando su continuidad en el tiempo y en el espacio. También puede decirse que hoy en día existe una situación similar con la emergencia de otro nuevo régimen «flexible» y «global» de acumulación capitalista y la formación de la postmetrópolis bajo condiciones en las que aún no hay un sistema de regulación societal bien establecido que lo acompañe. En este sentido, al menos el Manchester de 1850 no es muy diferente de Los Ángeles de 1990.

especializados en alianza con la burguesía industrial —en otras palabras, a través de la activa planificación urbana y una astuta vigilancia, especialmente en lo que se refiere a salud y a seguridad pública.

Engels fue quien mejor representó al ala socialista radical —o, tal vez, mejor dicho el ala opositora— de la Escuela de Manchester. Si bien también asignaba cierta responsabilidad a los irlandeses, en la mayoría de los otros aspectos presentaría una interpretación muy diferente de los problemas urbanos de Manchester y de las posibles soluciones. Mientras que Engels prestaba gran atención a la reestructuración del espacio urbano y a la cuestión inherentemente urbana de la vivienda, se abstraería de las especificidades espaciales del escenario urbano con el fin de buscar explicaciones estructurales más profundas y de realizar llamamientos más radicales a la acción social. Lo que estaba sucediendo en la ciudad capitalista industrial, señala Engels, era lo que estaba sucediendo en todas partes: la imposición y el creciente poder de las relaciones de producción capitalistas industriales eran expresadas a través del sistema de producción industrial y de su contexto urbano. Incluso la mejor planificación liberal reformista sólo tendría efectos superficiales, que además serían temporales, probablemente el problema resuelto en un lugar reaparecería en otro. Pero con una mirada irónica sobre los poderes de la espacialidad, también observó la segregación y la compactación de la clase obrera como una fuente potencial de fuerza, un semillero sinecista de la conciencia de clase que necesariamente conduciría a la resolución de los problemas del capitalismo industrial a través de la resistencia organizada y, en última instancia, de la transformación revolucionaria.¹²

El reformismo liberal de la Escuela de Estudios Urbanos de Manchester venció sobre las soluciones más radicales del socialismo científico y modeló el espacio urbano durante el siguiente siglo a través de la planificación urbana. Pero una nueva Babilonia surgió lejos de la Ur Mancuniana y, poco tiempo después de que el «largo» siglo XIX hubiera llegado a su fin, estimuló el desarrollo de la escuela de estudios urbanos más claramente identificable y más reflexiva que jamás haya existido. Con un breve repaso a la Escuela de Estudios Urbanos de Chicago vamos a concluir la discusión acerca de los orígenes de la Tercera Revolución Urbana, acercándonos al presente.

¹² Ambas partes pasaron por alto la categórica «ruptura con la naturaleza» inducida por la Tercera Revolución Urbana. La urbanización preindustrial dependía del mantenimiento de las adaptaciones apropiadas al medioambiente físico para asegurar la continuidad del modo de producción agrícola y de otros modos de producción primarios. El cambio hacia el sector «secundario» de la industria manufacturera hizo que esos lazos de adaptación parecieran mucho menos importantes, creando una relación de explotación más ciega entre la ciudad y su medioambiente natural. Los anarquistas y los regionalistas del siglo XIX vieron esto claramente como un problema «urbano» de gran importancia, pero, como ya hemos observado previamente, fueron atacados y rechazados tanto por los reformistas liberales como por los socialistas científicos.

Remade en Chicago

La ciudad no es un artefacto o una disposición residual. Por el contrario, la ciudad encarna la verdadera naturaleza de la naturaleza humana. Se trata de una expresión de la humanidad en general y específicamente de las relaciones sociales generadas por la territorialidad.

Morris Janowitz, Introducción a la nueva edición del libro de Robert E. Park, Ernest W. Burgess y Roderick D. Mackenzie, *The City: Suggestions for Investigation of Human Behaviour in the Urban Environment*, 1967.¹³

Chicago fue a la segunda mitad del siglo XIX, lo que Manchester fue a la primera: un laboratorio urbano, relativamente despejado, para el examen de la formación de la ciudad capitalista industrial y de su espacio urbano reflexivo. Chicago, al igual que Manchester, comenzó como un fuerte militar (Fort Dearbon, construido en 1803), fue luego incorporada como ciudad en la década de 1830 y comenzó a crecer rápidamente después de la construcción de un canal de largo recorrido (inaugurado en 1848, que conectaba su emplazamiento en los Grandes Lagos con la cuenca de los ríos Ohio y Mississippi) y la llegada del ferrocarril (en 1852-1853, que la vinculaba a la Costa Este). A diferencia de Nueva York, Filadelfia, Baltimore y otras ciudades importantes del Este, Chicago no tenía un extenso espacio urbano mercantil que complicara el proceso de industrialización urbana, a pesar de que en la actualidad posee un «casco viejo» identificable, puesto que es así como estos vestigios mercantiles han venido a denominarse. Fortalecida por la rápida expansión hacia el Oeste de la frontera industrial-urbana norteamericana durante la segunda mitad del siglo, Chicago creció aún más rápido que Manchester y alcanzó la cifra de más de un millón de habitantes antes del fin de siglo. Además, Chicago estaba construida sobre una superficie más llana y con una rejilla de calles y residencias más regular, permitiendo una lectura aún más clara de la organización espacial del suelo, de las «tendencias de superficie» del nuevo orden urbano-industrial.

Esta interpretación del espacio urbano de Chicago en términos de superficie no tuvo lugar hasta las décadas de 1920 y 1930, bastante tiempo después de que el paisaje urbano industrial «clásico» se volviera en cierto modo

¹³ *The City [La ciudad]* fue el texto clásico de la Escuela de Chicago. Publicado por primera vez en 1925 por la University Chicago Press, su título fue tomado de un ensayo escrito por Robert E. Park en 1916 (*American Journal of Sociology*, núm. 20, pp. 577-612). La cita de Morris Janowitz fue tomada de su introducción a la nueva edición, publicada en 1967. Un libro con el mismo título y no completamente desvinculado del mismo es: Allen Scout y Edward Soja, *The City: Los Angeles and Urban Theory at the End of the Twentieth Century*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1996.

borroso debido a una selectiva descentralización de la industria y del trabajo a ciudades satélite, como Gary e Indiana, y de los comienzos de la suburbanización residencial a partir de una clase media en expansión que solapó (y desdibujó) los límites entre la pequeña burguesía y la clase obrera mejor establecida. No obstante, el orden espacial del siglo XIX continuó siendo empíricamente visible y se transformó en el centro de atención de un grupo de científicos sociales y planificadores de la Universidad de Chicago, imbuidos de los logros de los teóricos sociales europeos, como Georg Simmel. Sin embargo, dichas influencias a través del Atlántico se vieron rápidamente envueltas en una combinación característicamente norteamericana de reformismo liberal, gestión profesional e idealismo pragmático.

A esas alturas, Chicago y su principal universidad se habían convertido en un semillero de gran importancia de este modo típicamente norteamericano de analizar la ciudad y de generar iniciativas con el fin de resolver los problemas inherentes a la misma, siempre a través de un estilo singularmente norteamericano de modernización planificada. Algunos de los primeros movimientos de reforma y de bienestar social se desarrollaron en Chicago, estimulando el crecimiento de las así llamadas, «profesiones dedicadas al servicio de terceros». La Universidad de Chicago también constituyó el lugar de trabajo de Thorstein Veblen, una figura clave en el desarrollo del pensamiento profesional-gerencial (y quien llamaría a conformar un «soviet de técnicos» para administrar el país); y John Dewey, la voz destacada del pragmatismo norteamericano, descrita como la más importante, si no la única, doctrina filosófica de gran envergadura originada en Estados Unidos. La Exhibición Mundial de Columbia de 1893 también tuvo una gran influencia en el desarrollo local de esta Escuela de Estudios Urbanos de Chicago. Su resplandeciente modelo de la «Ciudad Blanca» cristalizó las posibilidades utópicas de una modernización capitalista industrial como una fuerza progresista, y colocó al pragmático e idealista «planificador urbano» como una figura heroica del modernismo norteamericano. La «Ciudad Blanca», con todo el simbolismo que conlleva, intencionado o no, se convirtió en un momento originario en la historia de la planificación urbana de Estados Unidos. Gracias a la celebración de las nuevas posibilidades para realizar una reforma urbana a través de la planificación y el diseño, también modeló ampliamente la conciencia urbana de la incipiente Escuela de Chicago.

A pesar de que ambas se encontraban interesadas en los problemas y desafíos del persistente empobrecimiento y de la pobreza urbana, lo que los pragmáticos y los planificadores de la Escuela de Chicago observaron en la especificidad espacial de su ciudad de origen estaba muy lejos del análisis de clase y de la economía política que caracterizó a la Escuela de

Manchester. En su condición de sociólogos y geógrafos disciplinados, abstraieron instrumentalmente el espacio urbano de la geohistoria (y de la crítica) del capitalismo industrial, lo reconceptualizaron como un organismo pseudobiológico y universalizaron su morfología de forma liberal como parte de un proceso natural y social de evolución «orgánica», o darwinismo social. Por ejemplo, la geografía de clase concéntrica, observada por Engels, fue remodelada como producto de un proceso socialmente mediado, pero intrínsecamente «natural», de invasión y sucesión, competición y cooperación, evolución y regresión (dejando algo de lugar a accidentes y mutaciones), produciendo una interpretación esencialmente orgánica o físico social de «la ciudad» (el título de la obra más representativa de dicha Escuela) y del «urbanismo como modo de vida» (la evocadora frase acuñada por Louis Wirth, uno de los líderes intelectuales de la Escuela de Chicago).

He aquí el motivo por el cual el campo de estudio de la Escuela fue descrito como *ecología urbana*. El uso del término ecología constituía una abstracción en sí mismo, una adopción casi metafórica de un punto de vista propio de las ciencias naturales y de la epistemología, más que un análisis científico de la relación entre la ciudad y su medioambiente natural. De hecho, el organismo de la ciudad, con la «cultura urbana» como su expresión contextual, era esencialmente aislado de su medioambiente físico más amplio y estudiado socio-bióticamente, desde el punto de vista de su anatomía interna y de su sistema circulatorio, de sus síntomas de enfermedad y salud, y de sus ciclos de juventud, madurez y vejez. En esta ecología urbana, todavía poderosa en el imaginario urbano contemporáneo, las apariencias visibles eran lo que más importaba, y era en dichas apariencias visibles de un diseño ecológico regular (en aquello que Lefebvre denominaría espacio percibido) donde la Escuela concentró su atención teórica. Tal y como sucedería en todas las ciencias sociales relativas a lo urbano a lo largo del siglo XX, la teoría urbana se originó en la medición y el trazado de un mapa de las covariaciones sociales y espaciales del «comportamiento humano en el entorno urbano», definidas de forma empírica, en las correlaciones entre dos series de patrones superficiales: una serie de variables frecuentemente considerada como variables independientes o causales; y otra llamadas variables dependientes, los objetos directos de la explicación.

En la actualidad, el modelo de la morfología social y espacial de la ciudad desarrollado por la Escuela de Chicago es ahora familiar a todos los estudiantes de sociología y geografía urbana. El diseño de zonas concéntricas desarrollado por Burgess, con su prolija descripción de anillos anulares que emanaban de las concentraciones nodales en el Distrito Central de Negocios [CBD], brindó las bases para la creación del nuevo *témenos* de la ciudad capitalista industrial. De forma inmediata, rodeando dicha aglomeración

dominante con sus rascacielos-zigurats, se encontraba la Zona de Transición (repleta de los nuevos inmigrantes que aterrizaron en la ciudad, pensiones, enclaves étnicos, barrios humildes, vicios y otros submundos); luego, la Zona de Casas de Trabajadores (más estable e independiente, frecuentemente habitada por segundas generaciones de familias inmigrantes); seguida por la Zona de las Mejores Residencias (el área principal de la clase media, con complejos de apartamentos, áreas muy luminosas, y unas pocas viviendas que albergaran a tan sólo una familia) y, finalmente, la Zona Periférica, donde vivía la «clase más alta» (el término «burguesía» había sido virtualmente eliminado en Norteamérica). En esta especificidad espacial idealizada del urbanismo emergían las «áreas naturales», unidades territoriales cuyas particulares características físicas, económicas y culturales eran descritas por Burgess como surgidas de la «acción no planificada de las fuerzas ecológicas y sociales» conformadas en el «crisol ecológico de la ciudad».

Influidas por el surgimiento de la economía neoclásica y por su ruptura con la economía política integrada, Homer Hoyt, un economista del suelo, representó la geografía de la clase residencial de un modo diferente. Su modelo de sectores observó que el espacio urbano era modelado a través de una serie de cuñas que se ensanchaban, extendiéndose hacia el exterior desde el centro de la ciudad a través de las operaciones del mercado de suelo y de vivienda urbana y los ejes lineales del sistema de transportes. Lo que en la ciudad de Manchester de Engels no era más que un angosto pasillo que conectaba las villas suburbanas con el centro de la ciudad, se había desarrollado ahora como una zona sectorial continua y homogénea perteneciente a la gente adinerada, que cruzaba todos los anillos concéntricos para establecer la presencia de los ricos en todas las zonas, desde el centro hasta la periferia. Cuñas similares, pero más cortas y formadas por grupos de menores ingresos, también avanzaban desde el centro, pero nunca lograban alcanzar realmente las utopías «burguesas» de los suburbios.

La integración de estos dos modelos en un espacio urbano ordenado y mono-céntrico se vio reforzada por decenas de estudios empíricos acerca de las «áreas naturales» y de las conductas humanas características que emergían dentro del «crisol ecológico» de Chicago. He aquí una muestra de los libros escritos por la Escuela de Chicago, ordenados alfabéticamente. Todos ellos han sido publicados por la editorial de la Universidad de Chicago (University of Chicago Press): N. Anderson (1923), *The Hobo: The Sociology of the Homeless Man*; P. G. Cressey (1932), *The Taxi-Dance Hall: A Sociological Study in Commercialized Recreation and City Life*; H. Hoyt (1933), *One Hundred Years of Land Values in Chicago*; R.E. Park y E. W. Burgess (1921), *Introduction to the Science of Sociology*; W. Reckless (1933), *Vice in Chicago*; E. H. Shideler

(1927 disertación doctoral), *The Chain Store: A Study of the Ecological Organization of a Modern City*; F. M. Thrasher (1927), *The Gang: A Study of 1313 Gangs in Chicago*; L. Wirth (1928), *The Ghetto*; L. Wirth y E. W. Burnert (1940), *Local Community Fact Book in Chicago*; H. Zorbaugh (1929), *The Gold Coast and the Slum*. Estas áreas naturales y las conductas asociadas a ellas comenzaron a ser definidas como «subculturas urbanas», expresiones más localizadas de los procesos ecológicos que modelaban la sociedad urbana y la sociología.

En Chicago, el énfasis en la raza y en la etnia era mayor que en Manchester, ciudad culturalmente más homogénea (no obstante, conocida como la irlandesa). Después de que tuvieran lugar las migraciones masivas desde el resto de Estados Unidos y, especialmente, desde Europa, en el periodo comprendido entre 1880 y 1920, el «estatuto de inmigrante» comenzó a jugar un papel cada vez más central en la formación de las hipótesis sobre las apariencias de superficie y las áreas naturales del espacio urbano. En efecto, los nuevos extranjeros que arribaban a la ciudad y se apiñaban en la Zona de Transición Interna, eran considerados la fuerza motriz de las dinámicas espaciales del uso de suelo residencial y de la toma doméstica de decisiones, empujando los límites de la ciudad más lejos que nunca antes a través de este proceso de «filtrado». La existencia de chivos expiatorios reconocibles «minorías problemáticas» era también menor, dado que incluso éstas poseían un lugar propio, si no natural, dentro de la ciudad. Se prestaba una particular atención al más grande de estos lugares especiales, el así llamado Cinturón Negro o ghetto negro, que aparecía en cada ciudad norteamericana a través de lo que era considerado como una ambigua mezcla de elecciones residenciales voluntarias e involuntarias. Si bien tanto el racismo como el sexismo se encontraban fuertemente arraigados en la Escuela de Chicago, estos eran relativamente benignos y liberales, especialmente si se la compara con las academias de cualquier otro punto geográfico de Estados Unidos.

Los modelos y las teorías de la Escuela de Chicago estaban firmemente contruidos sobre la suposición de la existencia de un núcleo urbano dominante, un eje central presente en cada barrio que estaba extraordinariamente amalgamado y que contenía virtualmente todas las fábricas, empleos, oficinas gubernamentales, oficinas centrales corporativas, etc. Con algunas excepciones, la población de esta hipotética metrópolis estaba compuesta por individuos que no pertenecían a ninguna clase, raza o género en particular que modelara sus vidas y sus espacios habitados, salvo el equilibrio entre el alquiler (lo que sería pagado a fin de poder establecer la residencia particular o de una firma comercial en un lugar determinado) y los costes del «viaje diario al trabajo», dos dimensiones que variaban considerablemente según la distancia que los separara del Distrito Central de Negocios.

Lo que resultaba más asombroso al respecto de dichos modelos era que fueran adecuados a una descripción, con cierta precisión, de muchos aspectos característicos de la organización macro espacial del espacio urbano. Existía (y probablemente aún hay) cierto punto en el cual todos los espacios urbanos se encontraban organizados alrededor de un centro dominante en una serie de zonas concéntricas, sectores radiales y enclaves especializados. Lo que está específicamente contenido en dichas zonas, cuñas y enclaves, su cantidad, y la claridad con la cual puede ser definido, difiere apreciablemente según el tiempo y el espacio, pero el diseño de superficie general ha sido un aspecto llamativamente regular de la espacialidad de la vida urbana, desde la antigua Ur hasta la ciudad contemporánea de Los Ángeles.

Por consiguiente, a diferencia del espacio urbano propio del modelo de Manchester, el de Chicago era mucho más complejo, con múltiples capas y una pluralidad de etnias. Sin embargo, también era mucho más opaco y superficial, en el sentido de que estaba concentrado en apariencias y comportamientos visibles y mensurables. Los procesos más profundos que se suponía que estructuraban el espacio urbano estaban confinados a la esfera de la ecología, filtrados a través de una matriz social de agentes individuales (incluidas casas y firmas comerciales) y de sus comportamientos en la toma de decisiones.¹⁴ La ausencia más flagrante en este modelo del espacio urbano fue la del proceso de industrialización y de su impacto en la formación de la geografía urbana. En la medida en que no consideraba el sistema de producción industrial y la relación trabajo-capital directamente como fuerzas subyacentes a la organización del espacio urbano, fue esencialmente ignorada la interacción dinámica entre urbanización e industrialización que definía a la ciudad capitalista industrial. El profundo dualismo estructural del capital frente al trabajo, la burguesía (urbana) frente al proletariado (urbano), que infundió tanto vigor a las observaciones urbanas de Engels y de otros estudiosos, parecía haberse desvanecido en la nueva metrópolis norteamericana.

Podemos decir que la Escuela de Chicago definió, en su clímax, la sociología urbana de Estados Unidos. A pesar de su debilidad, representó el intento más serio por hacer de la especificidad espacial del urbanismo tanto un foco para la construcción teórica, como un rico dominio para la investigación, plausible de ser aplicado de forma empírica y práctica en las ciencias sociales. Sin embargo, en la década de 1940 los sociólogos, en particular,

¹⁴ A pesar de que el «individualismo metodológico» se ha formulado muy pocas veces en un marco ecológico o espacial, éste se ha convertido en la epistemología más importante en el campo de las ciencias sociales occidentales. Durante el desarrollo de la economía urbana posterior a la guerra y después de la ciencia regional, el individualismo metodológico llegaría a reestructurar completamente los modelos de la Escuela de Chicago bajo su potente ámbito.

comenzaron a atacar seriamente a la Escuela de Chicago por su «ecologismo» simplista y su excesivo énfasis en aquello que era percibido como procesos «naturales» u «orgánicos» que escondían las dimensiones sociales y culturales más importantes de la vida urbana. En la sociología que se desarrolló fuera de la Universidad de Chicago, dichas críticas dieron lugar a una sociología urbana que apuntaba en otra dirección y que prácticamente carecía de explicaciones explícitamente espaciales. Vaciada de su espacialidad dinámica, la ciudad comenzó a ser considerada meramente como un telón de fondo accidental de poderosos procesos sociales, psicológicos, culturales y económicos que casualmente tenían lugar en el espacio urbano, pero que ya no eran considerados como intrínsecamente urbanos. Un espacio urbano no teorizado y no problemático era empujado hacia el fondo de una disciplina más empírica y mucho menos centrada en la ciudad. De todos modos, algunos sociólogos continuaron describiendo con gran detalle las geografías superficiales de la ciudad, a través de lo que se denominó Análisis del Área Central. No obstante, los intentos por comprender las dinámicas sociales de lo que estaban describiendo fueron bastante tímidos.¹⁵

En 1945, Chauncey Harris, geógrafo urbano de Chicago, y su colega Edward Ullman intentaron dar un nuevo impulso a la perspectiva humana ecológica o geográfica con su ensayo, «The Nature of Cities» [La naturaleza de las ciudades].¹⁶ Si bien es cierto que al reconocer múltiples núcleos y procesos de desarrollo urbano más complejos lograron romper en cierto modo con el modelo de espacio urbano monocéntrico, cada centro seguía siendo considerado como capaz de dar forma a los espacios urbanos ordenados regularmente alrededor de sí mismos, versiones en miniatura, y en cierto modo truncadas, del modelo original. Visto de forma retrospectiva, dicho trabajo marcó una transformación en el empuje de la Escuela de Chicago, dando comienzo a una nueva etapa que ubicaría a la disciplina geográfica en un lugar de suma importancia, un lugar como nunca antes lo había tenido. En la década de 1950, fuera de Chicago, también se dio un pequeño renacimiento del enfoque ecológico con el fin de estudiar las ciudades, comenzando con la

¹⁵ Resulta pertinente mencionar el trabajo de Eshref Shevsky y Marianne Williams, *The Social Areas of Los Angeles: Analysis and Typology*, Berkeley, University of California Press, 1949. En California, también denota un cambio en este nuevo enfoque la siguiente obra, Wendell Bell, «The Social Areas of the San Francisco Bay Region», *American Sociological Review*, núm. 18, 1953, pp. 29-47; y el trabajo de Shevsky y Bell, *Social Area Analysis: Theory, Illustrative Application and Computational Procedures*, Stanford, Stanford University Press, 1955 [ed. cast.: «Análisis de área social» en Theodorson, *Estudios de Ecología Humana*, Barcelona, Labor, 1974, núm. 378-393].

¹⁶ C. Harris y E. Ullman, «The Nature of Cities», *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, núm. 242, 1945, pp. 7-17.

obra de Amos Hawley, *Human Ecology* [Ecología humana] y el trabajo ligeramente posterior e íntimamente vinculado al anterior de Beverly y Otis Dudley Duncan.¹⁷ Dicho renacimiento fortaleció a la «nueva» Escuela de Chicago y le ayudó a persistir hasta el día de hoy, si bien es cierto que en la periferia de la corriente dominante de las ciencias sociales.

Una de las principales corrientes de este renacimiento de la Escuela de Chicago, liderada fundamentalmente por geógrafos urbanos, se volvió hacia el fecundo análisis estadístico multivariable de la nueva disciplina de la ecología factorial.¹⁸ En el marco de esta síntesis ecológica rejuvenecida y promovida por el geógrafo de Chicago Brian Berry todo tenía su lugar, al mismo tiempo que parecía ubicarse en el sitio adecuado. En este sentido, lo que los analistas del área social denominaron estatuto étnico afectaba a los enclaves, tanto voluntarios como «inducidos», concebidos como mundos en sí mismos en el orden urbano más amplio. El estatuto familiar, o la etapa en el ciclo de la vida, seguía una zonificación concéntrica regular que atravesaba a todos los grupos de renta, con edificios de apartamentos de gente mayor sin niños en el centro densamente poblado y familias más jóvenes en viviendas suburbanas no adosadas. Cuñas sectoriales como las de Hoyt, definidas por su estatuto económico, atravesaban la forma concéntrica para irradiarse en muchas direcciones diferentes desde el, real e imaginario, Distrito Central de Negocios [CBD, por sus siglas en inglés]. El modelo compuesto, tal y como se ve en la figura 3.1, incorporaba todos los elementos de la Escuela de Chicago en un «sistema espacial» definido estadísticamente que redefinía la ecología urbana en términos de la organización espacial de la ciudad. Según la frase de Berry, la ciudad constituía un sistema dentro de un sistema de ciudades, era parte de una jerarquía anidada de lugares centrales que comprendía desde las aldeas hasta las metrópolis más grandes, susceptible de ser definida y explicada a través de las poderosas herramientas de una nueva ciencia espacial.

¹⁷ Amos Hawley, *Human Ecology: A Theory of Urban Structure*, Nueva York, Ronald Press, 1950 [ed. cast.: *Ecología Humana*, Madrid, Tecnos, 1982] y *The Changing Face of Metropolitan America*, Glencoe, The Free Press (1956); Otis Dudley Duncan y Beverly Duncan, *The Negro Population of Chicago: A Study of Residential Succession*, Chicago, University of Chicago Press, 1957; Otis Dudley Duncan y Leo F. Schnore, «Cultural, Behavioral, and Ecological Perspectives in the Study of Social Organization», *American Journal of Sociology*, núm. 65, pp. 132-146.

¹⁸ La ecología factorial era una adaptación de lo que se denominaba más ampliamente como análisis de factores, un método de reducción de una cantidad masiva de información estadística a una serie de factores o componentes comunes basados en sus intercorrelaciones. El análisis factorial se desarrolló a partir de las tentativas de medir la inteligencia y la habilidad humana entre los reclutas militares. Sus usos se extendieron rápidamente con los avances en la capacidad de la computación, hasta el punto de que en la década de 1960 fue aclamado por algunos como la nueva «matemática» de las ciencias humanas.

La ecología factorial, sumada al crecimiento de nuevas disciplinas híbridas como la economía urbana y la ciencia regional, se presentaba a sí misma como un nuevo y riguroso enfoque con el fin de estudiar lo que he estado llamando como la especificidad espacial del urbanismo. Esta especificidad espacial ha venido codificándose de forma creciente en mapas estadísticamente definidos de redes de transporte, diferencias de ingresos, geografías de renta, establecimientos comerciales, mercados inmobiliarios y patrones de uso del suelo en el espacio urbano. Todos ellos supuestamente producidos por las estrategias locales de hogares y establecimientos comerciales «independientes» en el entorno urbano capitalista industrial, tomando a Chicago de nuevo como principal laboratorio. En *Contemporary Urban Ecology* (1977) [Ecología urbana contemporánea], Brian Berry y John Kasarda resumieron claramente la nueva perspectiva del siguiente modo:

Una ecología social ordenada obtiene como resultado individuos que toman decisiones similares, a través de las regularidades en las operaciones de los mercados del suelo y la vivienda, y a través de la colaboración de individuos similares en la exclusión de aquellos con características diferentes a las de su barrio o en la restricción de ciertos grupos minoritarios a sectores particulares.¹⁹

¹⁹ Brian J. L. Berry y John D. Kasarda, *Contemporary Urban Ecology*, Nueva York y Londres, Macmillan, 1977, p. 130.

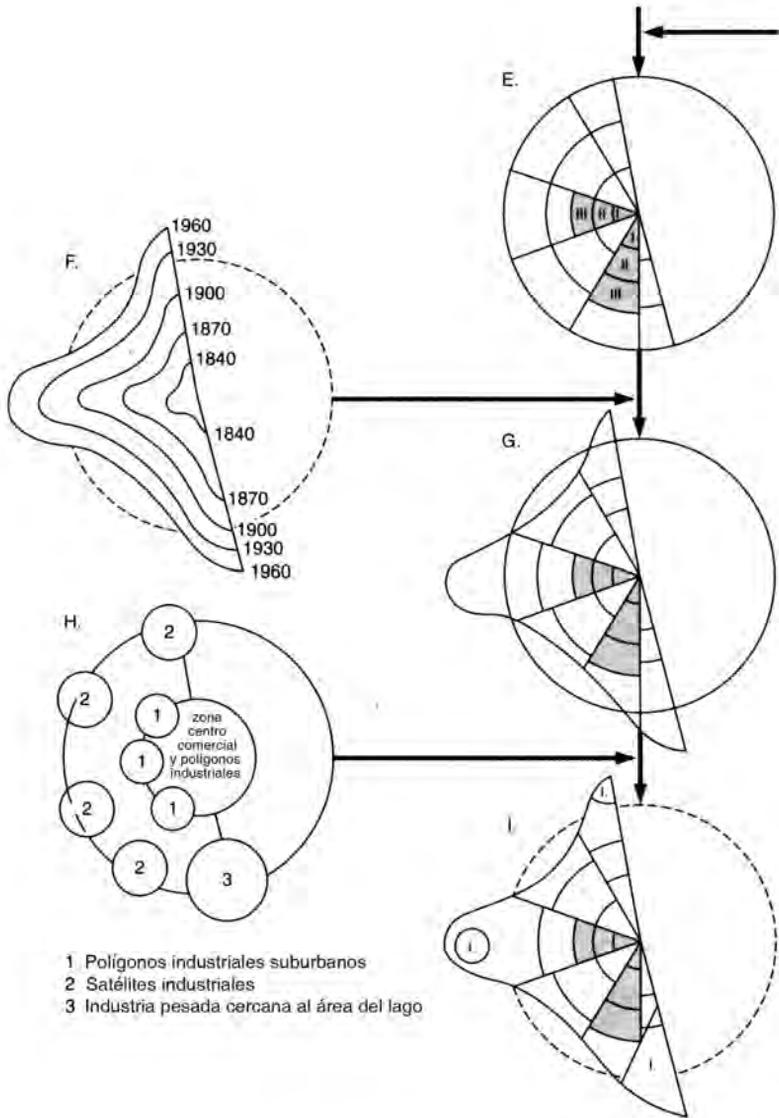


Figura 3.1. Modelo espacial integrado de la metrópolis – Escuela de Chicago [fuente: Brian J. L. Berry y John D. Kasarda, *Contemporary Urban Ecology*, Nueva York, Macmillan y Londres, Collier Macmillan, 1977, p. 125, figura 7.13, modelo espacial integrado de la metrópolis].

A una escala mayor, esta lógica del mercado del suelo urbano adquirió un papel más comprensivo e ideológico en el modelado de la forma en la que era estudiada la geografía específica del espacio urbano. Cada actividad urbana, desde buscar una casa hasta poner en marcha un negocio, era considerada como una expresión de la posesión de la habilidad de derivar una utilidad de cada lugar del área urbana, una utilidad medida principalmente a través de la renta que el individuo que tomaba la decisión estaba dispuesto a pagar por el uso del lugar. Extrapolando este proceso a largo plazo, se suponía que las fuerzas de la competencia en el mercado del suelo urbano llevarían, si no se interfería en la propia competencia o se la ignoraba, a la ocupación de cada lugar por aquello que ha sido fielmente descrito como el uso «mejor y más óptimo» [*highest and best*], es decir, la actividad o uso de la tierra que es capaz de derivar una mayor utilidad del lugar y que, por lo tanto, está dispuesta y es capaz de pagar más para ocuparla. A partir de esta supuesta tendencia de los lugares a ser ocupados por los usos «mejores y más óptimos» estaba la expectativa de un metódico patrón «ideal» de uso de la tierra, que simultáneamente maximizara las rentas a lo largo del sistema urbano y ubicara todas las actividades urbanas «de forma óptima» en un lugar económicamente apropiado y racional. Distintas versiones de esta lógica económica idealizada y metodológicamente individualista fueron consideradas hipotéticamente como la principal causa de todos los patrones regulares susceptibles de ser descubiertos en el espacio urbano.

La estrecha vinculación entre esta reconceptualización de los estudios urbanos y el campo de la economía brindó nuevas oportunidades de intervenir en la construcción social del espacio urbano. Posibilidades que no estaban a disposición de los urbanistas de la primera Escuela de Chicago. Durante el largo periodo de crecimiento de la economía norteamericana que prosiguió a la guerra, los economistas, apoyados en el importante papel que desempeñaron en el New Deal y en la recuperación de la depresión y la guerra, se volvieron cada vez más poderosos en el marco del gobierno federal y en la formulación de políticas nacionales en lo que se refiere al desarrollo económico y a otras cuestiones relacionadas. Con las crisis urbanas de la década de 1960, los «nuevos urbanistas» se subieron a cuevas de los economistas a fin de extender su rol «aplicado» en la arena de la política nacional, y a fin de redefinir y dar nuevo impulso al campo de la planificación urbana. A través de su innovador programa interdisciplinario en planificación, economía y geografía, liderado por Rexford Tugwell y Harvey Perloff, prolongado en la década de 1950 por estudiantes tales como John Friedmann, la Universidad de Chicago pasó a ocupar el primer lugar en la inculcación de una perspectiva de política nacional a los planificadores urbanos y en su entrenamiento en las teorías y en los métodos más avanzados de las ciencias sociales, especialmente en lo que se refiere a la economía.

A finales de la década de 1960, con el traslado de Perloff y Friedmann a la UCLA, la nueva Escuela de Chicago estableció una importante, aunque por momentos demasiado revisionista, cabeza de puente en la Costa Oeste y de la cual escucharemos mucho en los siguientes capítulos de *Postmetrópolis*.²⁰

Mientras tanto, el Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago persistió en sus enfoques tradicionales, tomando especialmente como punto de partida el trabajo de Morris Janowitz y Gerald Suttles. Janowitz amplió el espectro de su investigación a la sociología política y militar, publicando libros acerca del creciente poder del Nuevo Ejército, el cambiante papel del soldado profesional y la redefinición del patriotismo nacional. Sin embargo, mantuvo un espacio intelectual en Chicago y en los estudios urbanos, a menudo en función de sus intereses políticos. Podemos hallar un ejemplo concreto de esto en la afirmación que Janowitz realizó en la introducción a la nueva edición de *The City*, el texto clásico de la Escuela, citado anteriormente como introducción a esta sección.

Sin embargo, fue Suttles quien más aportó a las tradiciones ecológica y espacial de la Escuela de Chicago, y especialmente a nuestra comprensión de su supuesto centro de atención: «Las relaciones sociales generadas por la territorialidad». En *The Social Order of the Slum* (1968) [El orden social del área urbana degradada] y en *The Social Construction of Community* (1972) [La construcción social de la comunidad], Suttles investigó la importancia del comportamiento territorial —tanto para las bandas criminales como para los propietarios suburbanos de clase media— como parte integral de la especificidad espacial del urbanismo. Aún imbuido en esa búsqueda de un «orden moral», que constituye un sello distintivo de la tradición de la Escuela de Chicago, Suttles basó su trabajo en una de las raíces más importantes del sinecismo. «La sola copresencia», escribe, «hace que las personas se transformen en jueces cautivos de la conducta de los demás y los obliga a desarrollar ciertos artefactos comunicativos a fin de anticipar e interpretar las sentencias de los otros». También critica sutilmente la corriente dominante en la sociología por su desespacialización rampante y su abandono de la ecología urbana.

²⁰ Agrego una nota personal: cuando en 1969 se estableció la nueva Escuela de Arquitectura y Planeamiento Urbano en la UCLA, con Perloff como decano fundador y Friedmann como presidente, se inició la búsqueda con el fin de atraer a uno de los nuevos geógrafos urbanos/científicos regionales hacia el Programa de Planeamiento Urbano. Brian Berry era obviamente la primera opción, pero éste se negó a dejar Chicago. Con menos pretensiones, la Escuela contrató a un joven geógrafo que enseñaba en la Universidad del Noroeste, llamado Soja.

[L]os sociólogos parecen no sentirse a gusto con un principio u organización como el de la territorialidad, [pero] su escepticismo se encuentra escasamente garantizado por aquello que parece ser un juicio implícito a la arbitrariedad de la selección territorial. En retrospectiva, dichos principios selectivos, tales como la edad, el sexo, el parentesco, la raza o la etnia son igualmente arbitrarios, en el sentido de que implican una elección humana más que un patrón subsocial (esto es, innato, determinado). Sin embargo, en términos más positivos es necesario dar comienzo a esta inclusión directa de la territorialidad en la medida en que estamos rodeados de ejemplos de la misma que no van a ser estudiados a menos que se los enfoque de forma sincera como hechos sociales. (1972: 17)

Mirando hacia atrás, la Escuela de Chicago y sus seguidores deben ser debidamente reconocidos como el primer intento exitoso de desarrollar y sostener una teorización explícitamente espacial de la ciudad; un logro no pequeño si se tienen en cuenta las teorías desespacializadas del socialismo científico y las que acompañaron la formación de las ciencias sociales a finales del siglo XIX. Pero al mismo tiempo, debemos señalar que se trató también de una confusa desviación de un modo más crítico de comprender la espacialidad y las reveladoras especificidades espaciales de la vida urbana. La Escuela de Chicago y sus seguidores se encerraron en un punto de vista miope de la geohistoria de las ciudades y crearon una ilusión despolitizada de la especificidad urbana que concentró la interpretación en las apariencias y en los comportamientos superficiales.²¹ Debajo de esta «ilusión realista», tal y como la denominó Henri Lefebvre, el espacio percibido de la ciudad y las dimensiones más evidentes de las prácticas espaciales materiales —el centro de lo que he descrito como perspectiva del primer espacio— fueron transformadas en la única geografía real a ser estudiada, explicada y atendida por las políticas públicas, la planificación urbana y las ciencias sociales, así como las ciencias espaciales. Lo que subyace debajo de la superficie de la espacialidad social es naturalizado como un dato ingenuo y determinado «ecológicamente», y por lo tanto sujeto al *adagio* entumecedor de la acción: «Así son las cosas y no hay mucho que podamos hacer al respecto»; o sino permanece invisible y, de este modo, intrascendente para la teoría y la práctica.

Esto, dicho sea de paso, no implica que los puntos de vista de Marx y de Engels acerca del espacio urbano sean intrínsecamente mucho mejores. Estos nos conducen muy fácilmente a lo que Lefebvre describió como la

²¹ A modo de ejemplo de dicha despolitización del espacio y de la espacialidad, véase Dennis Smith, *The Chicago School: A Liberal Critique of Capitalism*, Nueva York, St. Martin's Press, 1988. A pesar de tratarse de un valiente esfuerzo por visualizar a la Escuela de Chicago como un movimiento social profundamente crítico con el capitalismo, el libro constituye un ejercicio de sociologismo que carece de toda imaginación espacial.

«ilusión de la transparencia», en la cual las especialidades concretas del urbanismo se vuelven luminosas, completamente cognoscibles a través de la aplicación de un modo de explicación epistemológicamente rígido pero todopoderoso, lo que los estudiosos contemporáneos denominan una meta-narrativa totalizante. En el marco de esta hipermetropía (con una excesiva visión de futuro), en tanto opuesta al punto de vista miope, el espacio percibido y las prácticas espaciales son consideradas meramente como proyecciones empíricas de un imperativo racional o lógico más profundo (sin que importe cuán complejas sean dichas apariencias); o virtualmente se prescinde completamente de ellas, como complicaciones sin sentido del plano metanarrativizado de la realidad social empírica. De cualquier modo, lo que he estado describiendo como la especificidad espacial del urbanismo tiende a desaparecer como un sujeto al que valga la pena analizar con seriedad. La geohistoria se vuelve simplemente historia, la dialéctica socio-espacial es subsumida por el poder determinante de la sociabilidad, el análisis de clase se desvincula de sus orígenes específicamente urbanos y la teoría urbana se desvía hacia el estudio de procesos sociales que pueden tener lugar de modo incidental *en* las ciudades pero que no son intrínsecamente modelados, de ningún modo significativo, *por* las ciudades. Para devolver la discusión a su camino inicial, y a fin de explorar un punto de vista completamente diferente acerca de la especificidad espacial del urbanismo, debemos abandonar Chicago y dirigirnos hacia otro lugar.

4. La metrópolis en crisis

El espacio no es un «reflejo de la sociedad», es la sociedad misma [...] Por lo tanto, las formas espaciales, al menos en nuestro planeta, son producidas, como todos los otros objetos, por la acción del hombre. Ellas expresarán e implementarán los intereses de la clase dominante de acuerdo con un modo de producción dado y un modo específico de desarrollo. Ellas expresarán y pondrán en práctica las relaciones de poder del Estado en una sociedad históricamente definida (o definida históricamente). Ellas serán concebidas y moldeadas por el proceso de dominación de género y por la vida de familia impuesta por el Estado. Al mismo tiempo, las formas espaciales serán condicionadas por la resistencia de las clases explotadas, por sujetos oprimidos y por mujeres explotadas. El trabajo de tan contradictorio proceso histórico en el espacio será consumado en una forma espacial ya heredada, producto de la historia anterior y soporte de nuevos intereses, proyectos, protestas y sueños. Finalmente, surgirán movimientos sociales para desafiar el significado de la estructura espacial e intentar nuevas funciones y nuevas formas.

Manuel Castells, *The City and the Grass Roots*, 1983, p. 4 [ed. cast.: *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*, trad. por Rosendo Gallego, Alianza Editorial, Madrid, 1986]

El capital se representa a sí mismo en la forma de un paisaje material creado a su propia imagen, creado como valor de uso con el fin de aumentar la progresiva acumulación de capital. El paisaje geográfico resultante corona el desarrollo capitalista anterior. Pero, al mismo tiempo, expresa el valor del trabajo muerto sobre el trabajo vivo y, como tal, encierra e inhibe el proceso de acumulación dentro de un conjunto de restricciones físicas [...] Por lo tanto, el desarrollo del capitalismo debe negociar un camino ubicado en el límite entre preservar los valores de cambio de las inversiones capitalistas en la planificación urbana ya realizadas, y destruir el valor de estas inversiones con el fin de generar nuevos espacios para la acumulación. En el capitalismo tiene así lugar una eterna lucha en la cual el capital construye un paisaje material apropiado a su propia condición, en un momento particular, sólo para luego tener que destruirlo, generalmente en el curso de una crisis, en otro momento histórico. El flujo y reflujo temporal y geográfico

de inversión en la planificación urbana sólo puede ser comprendido en términos de dicho proceso.

David Harvey, «*The Urban Process under Capitalism*», 1978, p. 124.

Ensayar la ruptura: la crisis urbana de la década de 1960

La crisis urbana que estalló en todas partes del mundo en la década de 1960, constituyó una de tantas señales de que el prolongado auge económico que tuvo lugar en los países industriales avanzados durante el periodo posterior a la guerra estaba llegando a su fin. Al igual que en la Guerra de Vietnam, el surgimiento de la OPEP, y también otras reafirmaciones del poder de los países menos industrializados, comenzaron a desafiar el viejo orden global que había ayudado a sostener el *boom*, el específico orden urbano de las grandes metrópolis capitalistas, que constituían los centros de control nacional y regional de la economía global, comenzó a desintegrarse a partir de los levantamientos llevados a cabo por aquellos que menos se habían beneficiado de la expansión económica de postguerra. Y no se trataba de una etapa de rebeldía pasajera a la que se pudiera responder con reformas graduales. Hacia 1973-1974, la economía mundial había alcanzado su punto de mayor decadencia desde la Gran Depresión y muchas personalidades destacadas del campo de la economía y de la política se habían convencido de que ya no se podía depender con confianza de los *business as usual* a fin de asegurar una constante expansión económica, especialmente, frente a una resistencia social tan explosiva. Si bien la mayoría se aferró obstinadamente a los viejos métodos, unos pocos comenzaron a explorar estrategias económicas y organizativas alternativas, que pudieran conducir a la recuperación de la economía y a lidiar eficazmente con el malestar generalizado.

Analizado de forma retrospectiva, lo que se estaba iniciando en dicho periodo puede ser descrito como un proceso de *reestructuración generado por una crisis*, cuyas consecuencias serían percibidas en todas las escalas de la vida humana, desde la global hasta la local, marcando otro punto de inflexión en la geohistoria del capitalismo industrial-urbano. Se trataba de un periodo que, también visto de forma retrospectiva, puede ser considerado como un momento de transformación en la geohistoria de la modernidad, un momento de cambio acelerado en el que aparentemente todo aquello que era sólido y seguro en el pasado reciente, se disolvió en el «aire» intensamente inquietante del presente. De forma análoga a la reestructuración del capitalismo generada por crisis, el incipiente proceso de cambio que comenzaba

a atravesar la modernidad generó una demanda de modernismos alternativos y de nuevas formas de modernización, a fin de redirigir el esfuerzo orientado a comprender, en términos prácticos y teóricos, el mundo contemporáneo de aquel entonces.

Tal y como había ocurrido anteriormente durante otros periodos de reestructuración acelerada, impulsadas por crisis (desde la Gran Depresión hasta la Segunda Guerra Mundial, en las últimas décadas del siglo XIX y en la Era de la Revolución), el curso futuro de la modernidad y del capitalismo se vio envuelto en una competencia ideológica y estratégica entre los campos del orden establecido, el reformismo y el radicalismo, cada uno actuando a lo largo de todo el espectro político, desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha. Los grupos dirigentes conservadores o modernistas no reconstituidos demandaban una constante adhesión a lo probado y verdadero. Los reformistas o neo-modernistas abrieron sus ortodoxias a nuevas ideas y estrategias, pero establecieron importantes límites a la extensión y profundidad de la reestructuración. Para el tercer grupo, aquellos que se sentían más cómodos con la etiqueta de postmodernos, los cambios que se producían eran de tal magnitud que los antiguos modos de pensar y actuar debían ser radicalmente deconstruidos y reconstituidos, o aún mejor, abandonados por completo, para ser capaces de responder a las nuevas demandas y desafíos del momento contemporáneo.

Esta breve caracterización de los alineamientos políticos más importantes que surgieron en respuesta a la crisis urbana de la década de 1960 y del periodo subsiguiente de reestructuración material e ideológica intensa y altamente competitiva, simplifica en exceso lo que durante los últimos treinta años había constituido un conjunto de desarrollos sumamente complejos y sutiles. Estos proveyeron un buen punto de partida para reingresar nuevamente en el discurso de los estudios urbanos y para acercar el debate de la geohistoria del espacio urbano al presente. En la actualidad se ha vuelto cada vez más evidente que la crisis urbana de la década de 1960 destapó la profunda debilidad y las serias lagunas de las teorías y las prácticas urbanas que se habían desarrollado durante el siglo anterior. La gran mayoría de las teorías explícitamente urbanas y de las investigaciones empíricas acerca de la ciudad y de su especificidad espacial, desarrolladas hasta dicho momento, se encontraban, de un modo u otro, comprometidas con la búsqueda de una regularidad y un *orden*. En el caso de los primeros sociólogos de la Escuela de Chicago, se trataba de un orden moral, mientras que para los nuevos geógrafos y economistas urbanos que seguían sus pasos se trataba de un orden geo-estadístico. En el campo de las ciencias sociales, dicho énfasis en el orden, el equilibrio y la evolución permanente se vio fortalecido a través de distintas formas de análisis de sistemas (respaldadas por la cada

vez más sofisticada tecnología informática y la «cibernética»), a menudo en la forma de modelos de modernización y desarrollo progresivo en etapas. Cuando el orden urbano moderno comenzó a descomponerse en las calles de Los Ángeles, Nueva York, París, México D. F. y prácticamente en todas las grandes metrópolis modernas, el material disponible en los enfoques tradicionales de las ciencias sociales que pudiera ayudarnos a comprender lo que estaba sucediendo en las ciudades, cuáles eran sus causas y cómo podía responderse a dicha situación, era realmente escaso.

En el propósito de llenar este hueco teórico y empírico, comenzaron a desarrollarse nuevos enfoques que trataban de comprender la dinámica del espacio urbano capitalista industrial. La mayoría de estos nuevos enfoques recurrieron de forma decidida a los escritos de Marx y Engels, una tradición intelectual que si bien no estaba centrada específicamente en las ciudades, estaba más en sintonía con las condiciones de desorden, discontinuidad, revueltas sociales y crisis económicas, que las corrientes dominantes de los estudios urbanos. Bajo la influencia de sociólogos, fundamentalmente franceses e italianos, y de geógrafos británicos y norteamericanos, apareció una variante neo-marxista de los estudios urbanos que tomó la iniciativa a la hora de interpretar, tanto práctica como teóricamente, no sólo la crisis urbana, sino la verdadera naturaleza del proceso de urbanización y de la producción social del espacio urbano. Esta Escuela Neo-Marxista de Economía Política Urbana creó un nuevo paradigma de estudio de la ciudad y de su compleja geohistoria, que influiría profundamente y politizaría radicalmente el saber urbano hasta la actualidad.¹

La metrópolis fordista-keynesiana, las aglomeraciones de producción a gran escala, el consumo de masas, las prácticas de bienestar social y el poder gubernamental constituían el centro de interés de esta nueva escuela de estudios urbanos. Éstos fueron, a su vez, los aspectos que brindaron mayor impulso y lideraron el auge económico de posguerra. A pesar de que París estuvo probablemente cerca de serlo, no hubo una única ciudad que se convirtiera en el laboratorio social dominante de los nuevos economistas políticos urbanos. Sus esfuerzos, en cambio, giraron en torno a la construcción de una teoría más general de la ciudad capitalista industrial, en la que las explicaciones acerca de la especificidad espacial del urbanismo (y de las crisis urbanas) se arraigaban nuevamente en las relaciones sociales de clase y de poder que yacían debajo del capitalismo, en tanto modo de producción dominante. En cierto sentido, esto marcó una vuelta a Engels y a sus escritos

¹ Para una recopilación y una visión general integrales de los escritos más importantes de este nuevo campo, véase Michael Dear y Allen J. Scott, *Urbanization and Urban Planning in Capitalist Society*, London y Nueva York, Methuen, 1981.

sobre Manchester, el retorno de una economía política radical de la urbanización, que giraba alrededor de la necesidad social inherente al capitalismo de producir y reproducir pobreza y desigualdad. Prácticamente todo lo que sucedía en las metrópolis después de la guerra era adosado a este marco interpretativo neo-marxista: la suburbanización masiva, el surgimiento de una cultura del consumo basada en el automóvil, la fragmentación política metropolitana, la decadencia de la ciudad interior, la creciente segregación y la formación de guetos, las cambiantes relaciones entre el trabajo y la gestión, las tecnologías disciplinarias del fordismo «filantrópico» y del Estado de Bienestar keynesiano, y el surgimiento de nuevos movimientos sociales que tenían el objetivo de lograr una mayor justicia social en la ciudad.

La práctica de la planificación urbana recibió un tratamiento preferente por parte de la nueva Escuela de Economía Política Urbana. La planificación urbana, incluso en sus formas más progresistas, era considerada fundamentalmente como una tarea, a menudo de forma no intencionada, cuyo fin era servir a las necesidades básicas del capital y del Estado capitalista. Seguramente, fue esta importancia concedida a la planificación urbana y a su papel en el modelado del entorno edificado a través de la creación de viviendas, redes de transporte, servicios sociales y una «renovación urbana», lo que mantuvo a los economistas políticos urbanos más en contacto con la especificidad espacial del urbanismo. Una consecuencia indirecta de este énfasis en la planificación urbana, y en la esfera de las políticas urbanas asociadas a ella, fue el surgimiento de una obsesión en lo que podría denominarse *consumo colectivo*, en lugar de centrarse en los procesos de producción industrial que sentaron las bases de la ciudad capitalista. Si bien no fueron ignorados los vínculos vitales entre industrialización y urbanización, se dio por sentado que éstos ya eran comprendidos por el propio marxismo. Lo que se comprendió en menor medida fue el consumo de masas y el consumismo, la consolidación del Estado de Bienestar centralizado, la suburbanización masiva y el rápido crecimiento de la clase media, y la cada vez mayor fuerza política de los nuevos movimientos sociales organizados en torno al género, la raza y la etnicidad, así como también la de aquellos vinculados a la ubicación geográfica dentro de la fábrica urbana que crecía de forma descontrolada, como por ejemplo los movimientos de propietarios y los esfuerzos por controlar el crecimiento urbano. En su mayor parte, los asuntos relacionados con el medioambiente permanecieron en un segundo plano.

En la medida en que el espacio urbano era concebido de forma cada vez más generalizada como el contexto especializado para el consumo colectivo, las políticas urbanas comenzaron a ser definidas principalmente en función de la lucha por estos bienes y servicios colectivos que enfrentaba al Estado local y regional (con la asistencia de los planificadores urbanos) contra las

estrategias de empoderamiento de los nuevos movimientos sociales urbanos. Si bien la lucha final estaba centrada en el espacio de trabajo industrial, y los economistas políticos urbanos daban por sentado el proceso de trabajo, su expresión política inmediata en el contexto urbano estaba ubicada principalmente en el lugar de residencia y en las comunidades vecinales de resistencia. Los terrenos en disputa fueron así explícitamente espacializados, es decir, emplazados dentro de la geografía específica del urbanismo, y centrados no tanto en la producción industrial, como en la reproducción social y espacial del espacio y el orden urbanos. A pesar de que el término nunca fue utilizado de forma explícita, en estas nuevas reformulaciones se estaba añadiendo una nueva dimensión al sinecismo, al estímulo de la aglomeración urbana. Engels ya había aludido a la potencia de la proximidad espacial y de la aglomeración en la estimulación de la conciencia de clase proletaria. En la metrópolis fordista-keynesiana, el poder potencial de los movimientos sociales urbanos de menor escala, organizados en torno a un conocimiento de la espacialidad específicamente urbana, fue ubicado en el centro de los estudios y de las políticas urbanas radicales.

Las dos citas que dan comienzo a este capítulo tal vez puedan proporcionar los compendios más agudos y explícitos del enfoque neo-marxista de la economía política urbana y, de forma más específica, puedan ayudar a comprender las causas y consecuencias de las crisis urbanas de la década de 1960. Haciendo uso del lenguaje de los sociólogos marxistas, Manuel Castells vincula el espacio a la sociedad en un proceso histórico de producción social que expresa y lleva a cabo los intereses de la clase dominante, y que es implementado por el poder del Estado que incluye específicamente la dominación de género y la configuración de la vida familiar. Al mismo tiempo, las formas espaciales que surgen de estos procesos sociales, se convierten en aspectos centrales de la resistencia de las clases explotadas, los individuos oprimidos y las mujeres dominadas. Finalmente, de tiempo en tiempo, estas comunidades de resistencia cristalizan en poderosos movimientos sociales que desafían el significado de la estructura espacial e intentan reorganizar el espacio urbano para apoyar nuevas funciones, formas, intereses, proyectos, protestas y sueños. De este modo, se da una constante tensión incrustada en el espacio urbano, que gira en torno a las diferencias de poder entre clases sociales, entre hombres y mujeres, entre Estado y sociedad civil; una tensión que se manifiesta y se lleva a cabo en y alrededor de la especificidad espacial del urbanismo en constante desarrollo.

David Harvey, el geógrafo marxista cuyo trabajo, al menos hasta comienzos de la década de 1980, se encontraba más estrechamente entrelazado con el de Castells, dibuja un cuadro similar, aunque mucho más específicamente centrado en el poder y en la lógica del capital. Si bien no le presta tanta atención

como Castells a los movimientos sociales organizados en torno al consumo colectivo y a la subjetividad urbana radical, Harvey saca a la luz otra dinámica urbana (fuente de crisis urbanas y reestructuraciones) que se encuentra profundamente arraigada en la especificidad espacial de la ciudad capitalista. Harvey, al igual que Castells, señala que un paisaje particular, una geografía urbana específica, es creada por el capitalismo a su propia imagen y semejanza, diseñada fundamentalmente para facilitar el proceso de acumulación. Pero observa, que la propia rigidez del entorno urbano edificado genera problemas para la continua acumulación capitalista dado que encierra ciertas inversiones en ubicaciones espaciales particulares que, con el paso del tiempo y especialmente durante períodos de crisis, pueden dejar de resultar tan efectivas (rentables) como en el pasado. La imposibilidad de mover libremente las formas edificadas alrededor del paisaje material en aquellos momentos en que ya no cumplen con sus necesidades inmediatas (piensen, por ejemplo, en el Empire State Building), crea un perpetuo dilema para el capital y para la construcción social del espacio urbano capitalista. Por lo tanto, el desarrollo capitalista siempre se ve obligado a negociar un precario balance entre la creación y la destrucción de su geografía específica, un camino sobre el filo de una navaja que se torna más problemático en tiempos de crisis y de reestructuración.

Posteriormente, Harvey (1982) agregará a esta formulación la noción de *solución espacial* para describir los modos en los que el capital trata de reorganizar su geografía urbana y regional específica en el intento de responder a la crisis y de generar «espacio libre para la acumulación». A pesar de que Harvey insistiría en que esta búsqueda de una solución espacial «mágica» a los problemas del capitalismo nunca puede ser completamente exitosa, su conceptualización de la solución espacial, junto con sus observaciones acerca del entorno construido, abrieron una dinámica geográfica nueva y rigurosa al estudio de las crisis urbanas y de la reestructuración, y en términos más generales a nuestra comprensión de la geohistoria materialista y del desarrollo desigual del capitalismo. El hecho de que las ideas de Harvey no hayan sido adoptadas por todos los economistas políticos radicales, se debió en parte a que a menudo se las consideraba excesivamente afirmativas y deterministas en términos espaciales. Pero fue precisamente esta creativa espacialización del análisis de Marx sobre la lógica y el «funcionamiento interno» del capitalismo, sobre su «innata anarquía de la producción» y la tendencia a la crisis, y especialmente sobre el proceso de reestructuración en sí mismo en tanto búsqueda de una solución espacial, lo que, visto de forma retrospectiva, podría ser considerado como el mayor logro de Harvey.

La combinación de estos breves resúmenes de los trabajos de Castells y de Harvey proporciona una adecuada introducción a la nueva escuela de estudios urbanos, que se desarrolló a partir de la crisis urbana de la década de 1960; también ofrece uno de los mejores modos de entender los orígenes, no sólo de la crisis general en sí misma, sino también de las tres décadas posteriores de reestructuraciones urbanas generadas por crisis. Durante estas tres décadas, gracias a una serie de libros notables, tanto Castells como Harvey mantendrían su liderazgo intelectual y político en lo que en líneas generales puede definirse como la «marxificación» del saber urbano. Si bien no les faltarían críticos, ambos han demostrado ser capaces de responder a las críticas más contundentes reestructurando sus propias perspectivas y sus propios proyectos teóricos y políticos de manera creativa y flexible, hasta el punto de que sus trabajos más recientes han contribuido enormemente a la reconceptualización de los nuevos espacios urbanos «postmetropolitanos» que están surgiendo en la actualidad y que constituyen el centro de atención de los siguientes capítulos.

Con el fin de continuar la elaboración de nuestra nueva cartografía de la geohistoria del espacio urbano a través de la mirada de Manuel Castells y David Harvey, resulta útil mirar hacia atrás prestando atención a los libros que cada uno escribió, de forma casi simultánea, a comienzos de la década de 1970, en el periodo inmediatamente posterior a las revueltas urbanas de la década de 1960: *La Question Urbaine* de Manuel Castells publicado en 1972, y traducido al inglés en 1977 como *The Urban Question* [ed. cast.: *La cuestión urbana*, Madrid, Siglo XXI, 1979]; y *Social Justice and the City* [ed. cast.: *Urbanismo y desigualdad social*, Madrid, Siglo XXI, 1977], de David Harvey publicado en 1973. Estos dos libros fueron los principales puntos de partida de la escuela radical de la Economía Política Urbana, que influiría en los estudios críticos de las ciudades y las regiones durante los siguientes veinte años.

Manuel Castells y la cuestión urbana

El levantamiento estudiantil y el concomitante desorden social que tuvo lugar en París en mayo de 1968 dio lugar a un replanteamiento radical de la forma de concebir «la ciudad» y, haciendo uso de los términos empleados por la Escuela de Chicago, el «urbanismo como modo de vida». Henri Lefebvre fue la personalidad intelectual de mayor importancia en la inspiración del levantamiento con sus llamamientos a politizar la especificidad espacial del urbanismo y a asumir el control de la producción social del

espacio urbano.² Tal y como he defendido en los dos primeros capítulos de *Thirdspace* (1996), el trabajo de Lefebvre acerca del «derecho a la ciudad», «la vida cotidiana en el mundo moderno», las luchas sociales por «la producción del espacio» y la necesidad de una «revolución específicamente urbana» introdujeron una nueva e incisiva perspectiva en la política y en la ideología del espacio urbano, así como también en la geohistoria de la modernidad y del capitalismo. Fue Lefebvre quien realmente inició, de forma creativa, no una revolución urbana real, sino una revolución conceptual en el campo de los estudios urbanos que culminaría, si bien es cierto que después de dos décadas de desacuerdos y relativo abandono, en un profundo «giro espacial» que se haría sentir no sólo en el ámbito de los estudios urbanos sino en todas las ciencias humanas.

La obra clave de esta transformación radical de los estudios urbanos fue el libro de Henri Lefebvre publicado en 1974, *La Production de l'espace*.³ Allí se establecían, de un modo más claro que en sus trabajos anteriores, los fundamentos filosóficos para una drástica recuperación de la especificidad espacial del urbanismo en tanto objeto teórico, así como también en tanto contexto problemático de una conciencia emergente para la acción política progresista. Pero, con el fin de estimular una importante transformación, el impacto de la expansiva imaginación geográfica de Lefebvre fue inmediatamente desviado por el fermento intelectual que siguió al fracaso de los levantamientos parisinos de mayo de 1968. Esto cubrió las ideas de Lefebvre con un velo de sospecha que debilitaría su impacto sobre la nueva sociología y la nueva economía política radical que se estaban desarrollando, no sólo en París sino también en Gran Bretaña y en Norteamérica. Liderando el curso de esta desviación se encontraba Manuel Castells y su provocativo trabajo, *La Question Urbaine*, publicado dos años antes que *La Production de l'espace*.

² Una interesante discusión acerca del papel inspirador desempeñado por Lefebvre en los levantamientos estudiantiles en Mayo de 1968, puede verse en Rob Shields, *Henri Lefebvre: Love and Struggle*, Londres y Nueva York, Routledge, 1998. Para acceder a la interpretación de estos eventos realizada por Lefebvre, véase *L'Irruption de Nanterre au sommet*, París, Anthropos, 1968 [traducido al inglés como *The Explosion: From Nanterre to the Summit*, Nueva York, Monthly Review Press, 1969]. En mayo de 1968, Lefebvre era el jefe del Instituto de Sociología de la Universidad de Nanterre, en la periferia de París. En esa época también se encontraban allí Alain Touraine, Jean Baudrillard y Manuel Castells.

³ Su tardía traducción al inglés en 1991, el año del fallecimiento de Lefebvre, estimuló tanto el surgimiento de un nuevo interés por su trabajo en los países de habla inglesa, como un significativo replantamiento de la teoría y de la práctica geográfica y espacial existente. Véase *The Production of Space*, trad. al inglés por Donald Nicholson-Smith, Oxford, Reino Unido y Cambridge, MA, Blackwell, 1991 [ed. cast.: *La producción del espacio*, Barcelona, Anthropos, 1984].

A comienzos de la década de 1960, Castells, un español de Cataluña, era un estudiante de sociología que estudiaba en París, donde recibió la influencia de los tres teóricos más importantes de aquella época: Henri Lefebvre, Alain Touraine y Louis Althusser. En la versión original en francés de *La cuestión urbana* Castells sintetizó de manera creativa los escritos de Lefebvre sobre las ciudades y el espacio, la sociología de Touraine sobre los movimientos sociales y al marxismo estructuralista de Althusser, en uno de los libros más influyentes que se hayan escrito acerca de las ciudades en la segunda mitad del siglo XX. Desde los primeros capítulos, queda claro que el poder explicativo otorgado a la especificidad espacial del urbanismo y al espacio urbano en general, dentro del amplio campo de la sociología urbana y en los trabajos desarrollados por la Escuela de Chicago y por Henri Lefebvre, en particular, constituía uno de los objetivos fundamentales de su dura crítica estructuralista de los estudios urbanos.

Castells inicia su investida crítica reformulando la geohistoria de la Tercera Revolución Urbana. «El desarrollo del capitalismo industrial», escribe, «en forma opuesta a aquello postulado por un enfoque ingenuo ampliamente difundido, no provocó un fortalecimiento de la ciudad, sino su virtual desaparición en tanto sistema social institucional y relativamente autónomo, organizado en torno a objetivos específicos» (Castells, 1977: 14; ed. cast.: 21). Castells describe dicho proceso como una «pérdida del particularismo ecológico y cultural de la ciudad» y utiliza esta pérdida como un trampolín para desprivilegiar a «la ciudad» y a sus «formas espaciales» en tanto objetivos teóricos del análisis sociológico (marxista). En su opinión, el capitalismo industrial (despojado de su urbanidad intrínseca) y la burguesía industrial (ya no originada en el *burg*) toman el control de la producción social del espacio urbano y difunden su habilidad para edificar la ciudad a escala global, dejando atrás a la ciudad como un mero recipiente o lienzo para las inscripciones capitalistas.

Muchos estudiosos consideraron que las críticas de Castells constituían observaciones razonables acerca de la transición de la Segunda a la Tercera Revolución Urbana. El surgimiento del Estado nación capitalista moderno se vio definido, en cierta medida, por su usurpación del poder territorial autoritario de las viejas ciudades-estado. Por otra parte, el nuevo poder territorial no flotaba en el aire, sino que estaba basado en un sistema nacional de ciudades-estado encargadas de mantener, no sólo la geografía política del Estado nacional, sino además su integridad como espacio cultural y económico, tanto real como imaginario. El Estado ya no colindaba con la ciudad, y la ciudad tampoco era tan autónoma y hegemónica como en la era de las ciudades-estado. Pero en mi opinión, resulta excesivo lo que se pierde al aclamar la «virtual desaparición» de la ciudad como un «sistema social relativamente

autónomo, organizado en torno a objetivos específicos». Una de las consecuencias de dicha formulación fue la destrucción de la capacidad auto-generadora del sinecismo y virtualmente de todos los otros efectos dinámicos que emanan de la especificidad espacial del urbanismo. En efecto, se podría afirmar que el Estado nación capitalista fue creado en y desde el espacio urbano, siguiendo un patrón de sinecismo generativo que ha caracterizado al innovador «crisol» de ciudades durante los últimos 10.000 años.

De todos modos, se trataba de una interpretación particularmente atractiva de lo que Castells denominó «el proceso histórico de urbanización», especialmente para aquellos marxistas cuyo insistente materialismo histórico dejaba poco lugar para una causalidad espacial o para cualquier otra forma de causalidad «externa» u ostensiblemente extra-social. Lo que entonces estaba sucediendo no era, tal vez, un debilitamiento de la importancia del espacio urbano en el surgimiento del capitalismo industrial urbano, sino más bien la virtual eliminación del urbanismo y de su geografía específica de la teoría y la crítica socialista y marxista, un proceso que, como ya he señalado previamente, tiene sus orígenes en un historicismo, que tenía una estrecha visión del espacio, y que emergió a finales del siglo XIX tanto en el ámbito del socialismo científico como en las nuevas ciencias sociales. Pero, ¿por qué Castells, con su rica imaginación geográfica y su interés en la cuestión urbana, adoptó una postura intelectual tan desdeñosa? ¿A quienes pertenecían las voces que estaba combatiendo? ¿Qué se escondía detrás de esta subordinación de lo espacial?

Si bien, en la época en que *La Question Urbaine* fue publicada, la mayor parte de la sociología urbana liberal y radical ya no se encontraba bajo la influencia ecológica de la Escuela de Chicago, fue la Escuela de Chicago lo que Castells criticó con mayor virulencia. Detrás de este ataque, considerado por muchos como la mejor crítica de los urbanistas de Chicago que jamás se haya realizado, había un objetivo más personal y político: las ideas «urbanas» de Henri Lefebvre que inspiraron la fallida revuelta de 1968. A fin de explicar en términos históricos la forma en que lo que él consideraba un enfoque caprichoso y políticamente «ingenuo» persistió en los estudios urbanos, Castells criticó severamente tanto a la liberal Escuela de Chicago como al urbanismo radical de Lefebvre, por su fomento de aquello que él denominó como una «ideología urbana» y un «mito de la cultura urbana».

La ideología urbana [...] capta los modos y las formas de organización social, en tanto que características de una fase de la evolución de la sociedad, estrechamente ligada a las condiciones técnico-naturales de la existencia humana y, finalmente, a su *marco vital*. Esta ideología es la que, en último análisis, ha creado prácticamente la posibilidad de una «ciencia de lo urbano», entendida como espacio teórico definido por la especificidad de su objeto. (Castells, 1977: 73-4; ed. cast: 93)

Al concluir su capítulo acerca de «The Myth of Urban Culture» [«El mito de la cultura urbana»], Castells agrega lo siguiente al párrafo recién citado:

La eficacia social de esta ideología estriba en que describe los problemas cotidianos vividos por las gentes, aportando una interpretación en términos de evolución natural, de la que está excluida la división en clases antagónicas. Lo que tiene la fuerza de lo concreto y da la impresión tranquilizadora de una sociedad integrada, que cierra filas frente a sus «problemas comunes». (Castells, 1977: 85; ed. cast.: 106)

Castells describe la sociología de la Escuela de Chicago y sus prolongaciones como una «ciencia de las nuevas formas de vida social que emergen en las grandes metrópolis» (1977: 76). También señala que esta nueva ciencia de lo urbano, fue construida fundamentalmente en el marco de la «confusión-fusión» que surgió al vincular causalmente una «cierta forma ecológica» a un «contenido cultural específico». De este modo, los urbanistas de Chicago se vieron capturados en ambos lados de esta relación, ya sea por un estrecho «ecologismo» o un «culturalismo» igualmente reduccionista, lo cual se exacerbaba aún más por un historicismo evolucionista y orgánico demasiado ambicioso. Castells logra capturar todo aquello que consideraba erróneo en la Escuela de Chicago y en las numerosas ramas de los estudios urbanos que derivan de ella en una breve y contundente frase: *La «ciudad» hace las veces de explicación* (1977: 73). En otras palabras, dichos estudiosos suponen que todos los aspectos de la vida social en la ciudad pueden ser explicados como un producto del urbanismo en sí mismo, una forma de razonamiento simplista y circular que Castells sostiene estaba lleno de consecuencias políticas no progresistas. Resulta fácil observar el modo en que el poder de esta crítica puede llevar a desechar la dinámica vital del sinecismo al intentar deshacerse del ecologismo y del culturalismo.

En cierto modo, Castells no estaba haciendo más que ampliar las críticas internas que ya habían sido desarrolladas dentro de la corriente dominante de la sociología urbana, a fin de desespacializar la teoría urbana y el análisis empírico, y de desplazar la atención hacia procesos «sociales» supuestamente no-espaciales en la construcción del urbanismo como modo de vida. Sin embargo, visto desde otra perspectiva Castells también estaba conduciendo a la sociología moderna y a la imaginación sociológica en una nueva dirección, hacia una nueva serie de procesos sociales (también supuestamente no-espaciales) que estaban relacionados con la industrialización capitalista, las relaciones sociales que yacían detrás de «la división entre clases antagónicas» y los preceptos neo-marxistas del emergente campo de la economía política urbana radical. De un modo fundamental, si bien no fundamentalista, Castells estaba centrando la sociología urbana en los efectos estructurados

y estructurantes de las relaciones sociales de producción, consumo, intercambio y administración. Todo lo que uno pudiera querer entender y explicar acerca de la vida urbana contemporánea era un producto de esta trama dinámica de relaciones sociales, incluida la especificidad espacial del urbanismo.

Reflejando la influencia de Lefebvre o, tal vez, mostrando simplemente una mayor comodidad con los conceptos de espacio y espacial que habían caracterizado a la filosofía y a la teoría social francesa durante más de un siglo, en tanto opuesta a la de habla inglesa, Castells espacializó de forma consistente las definiciones de estos procesos y de estas relaciones sociales fundamentales, a menudo creando una gran confusión entre aquellos que adoptaban sus ideas, especialmente entre los sociólogos de habla inglesa. El concepto de producción es igualado a «la expresión espacial de los medios de producción» (ejemplificados en la industria y en las oficinas); el consumo es considerado «la expresión espacial de los medios de producción» (ejemplificado en las viviendas y los servicios públicos); el intercambio se deriva «de la espacialización de las transferencias entre producción y consumo» (el tráfico y el comercio); y la administración es la «articulación del sistema político-institucional con el espacio» (la administración municipal y la planificación urbana). Castells agrega a estos el sistema ideológico que «organiza el espacio marcándolo con una red de signos, cuyos significantes están hechos de formas espaciales y cuyos significados son contenidos ideológicos» (Castells, 1977: 126-7). Sin embargo, se muestra al mismo tiempo cauteloso de no caer en el espacialismo urbanístico de Lefebvre, su primer mentor. Trazando una clara línea de separación, Castells sostiene que «a pesar de que las formas espaciales pueden acentuar o desviar ciertos sistemas de comportamiento, *no tienen un efecto independiente* y, en consecuencia, no existe un vínculo sistemático entre los diferentes contextos urbanos y los modos de vida» (Castells, 1977: 108, énfasis añadido). La especificidad espacial del urbanismo debe permanecer a la vista, pero sólo como un producto o una consecuencia de los procesos sociales, nunca como una variable explicativa en sí misma.⁴

⁴ La mayoría de los sociólogos, historiadores e incluso algunos geógrafos radicales ignoran estas persistentes, si bien para ellos desconcertantes, espacializaciones. Unos pocos incluso utilizarían a Castells para justificar una purga más amplia de cualquier indicio de causalidad espacial en el estudio de las ciudades y, prácticamente, de cualquier otra materia. Esta reacción adversa contra la espacialización de la sociología alcanzó otro de sus puntos culminantes con la segunda edición de *Social Theory and The Urban Question* con un influyente texto escrito por Peter Saunders y publicado por Hutchinson en 1986. Saunders buscaba despojar literalmente a la sociología urbana de su «tradicional preocupación por las unidades espaciales, tales como las ciudades y las regiones» y consideraba que el estudio de las interrelaciones socio-espaciales era «inútil y responsable de desviar la atención» de aquello que debería ser el verdadero objeto teórico: la sociología no-espacial del consumo.

Castells se burló políticamente de Lefebvre por haber producido una «versión de izquierda» de la ideología urbana de la Escuela de Chicago, tirando a la basura etiquetas tales como la de libertario, espontaneísta, milenarista, utópico y humanista (término risible en el estructuralismo althusseriano). Según la perspectiva de Castells, al menos en aquella época, el principal equívoco de Lefebvre consistió en apartarse de «un análisis marxista del fenómeno urbano» para encarar una «teorización urbanística de la problemática marxista». Tal y como he señalado durante casi veinte años, precisamente esta «provocativa inversión» del análisis marxista, de la marxificación del análisis espacial a la espacialización del marxismo, constituye la contribución más importante de Lefebvre a los estudios urbanos y, en términos más generales, a todas las ciencias humanas.⁵ Lefebvre nunca abandonaría el análisis marxista del fenómeno urbano. Por el contrario, agregaría a su preeminente énfasis en el materialismo histórico y en las relaciones y procesos sociales, una dimensión espacial tan contundente y problemática como las anteriores. Esta expansión y fortalecimiento del marxismo se basó en un materialismo histórico y *geográfico* dialécticamente entrelazado (o en términos más generales, en una perspectiva geohistórica), y en aquello que he descrito como una «dialéctica socio espacial» en la cual los procesos y las relaciones sociales dan forma, por ejemplo, a las especificidades espaciales del urbanismo, al mismo tiempo que son significativamente modeladas por estas mismas especificidades espaciales.

A pesar de que la opinión de Castells acerca de Lefebvre y de la problemática espacial se vería en gran medida modificada después de *La cuestión urbana*, nunca llegaría a suscribir totalmente esa teorización espacial radical del marxismo. Pero incluso en *The City and the Grass Roots* (1983) [La ciudad y las masas], de donde fue extraída la cita que encabeza este capítulo y en la cual Castells rompe de forma enérgica con el estructuralismo althusseriano que había modelado su libro anterior, hay un límite que se mantiene sin modificaciones y que establece cuan lejos habría de llegar su sociología espacial. Mientras que el espacio y las formas espaciales son notablemente activadas en la historia de la sociedad, éstos siguen permaneciendo como meros productos sociales, resultados *performativos* y expresivos de procesos y fuerzas intrínsecamente históricas y sociales, pero no espaciales.

Desde *La cuestión urbana* los escritos de Castells han seguido trayectorias muy distintas realizando importantes contribuciones a nuestra comprensión del espacio y el desarrollo urbanos, incluido, por supuesto, el más reciente

⁵ Edward W. Soja, «The Socio-Spatial Dialectic», *Annals of the Association of American Geographers*, núm. 70, 1980, pp. 207-25. Véase también, *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*, Londres, Verso, 1989.

de ellos y al cual volveremos en capítulos posteriores. En las décadas de 1970 y 1980 su trabajo se centró en tratar de entender, en términos prácticos y teóricos, la metrópolis fordista-keynesiana de postguerra y los movimientos sociales que surgieron, principalmente, alrededor de la cuestión del consumo colectivo, con el fin de «desafiar el sentido de la estructura espacial» y apoyar «nuevos intereses, proyectos, protestas y sueños». Durante este periodo, Castells ejerció una gran influencia en la sociología norteamericana (y suramericana), a pesar de que en Norteamérica su rica y persistente imaginación espacial tuvo un efecto relativamente escaso entre los sociólogos. El impacto de su pensamiento espacial (en mayor medida que el de Lefebvre, al menos hasta hace poco tiempo) se sintió de forma más directa en los ámbitos de la planificación urbana y de la geografía. En 1979 Castells fue nombrado profesor de Planificación Urbana en la Universidad de California, Berkeley. A esas alturas ya era ampliamente reconocido por los geógrafos como un destacado teórico urbano marxista y ya había influido de forma significativa en los trabajos de David Harvey y de otros geógrafos marxistas. Precisamente sobre Harvey y, más específicamente, sobre su obra *Social Justice and the City* va a tratar a continuación nuestra historia del desarrollo de los estudios urbanos en la postguerra.

Urbanismo y desigualdad social de David Harvey

Al analizar la segunda mitad del siglo XX de forma retrospectiva, resulta difícil encontrar un libro que haya tenido una influencia tan importante sobre la agenda de disciplinas tan diferentes como el libro *Social Justice and the City* de David Harvey (1973).⁶ Su impacto en el campo de la geografía moderna fue especialmente profundo; de hecho hacia la fecha de su publicación, Harvey ya había publicado *Explanation in Geography* (1969), un tratado filosófico y metodológico que le había convertido en uno de los geógrafos más importantes del mundo. Cuando en su obra *Social Justice and the City*, Harvey pasó abruptamente de los enfoques liberales de la geografía, desarrollados por las corrientes dominantes (Parte I), a una reconocida perspectiva marxista (Parte II), virtualmente toda su geografía sintió sus efectos. En la medida en que la geografía es una disciplina pequeña, el cambio político e intelectual de Harvey tuvo un impacto mucho más amplio y profundo que,

⁶ David Harvey, *Social Justice and the City*, Edward Arnold, Londres y John Hopkins University Press, Baltimore, 1973 [ed. cast.: *Urbanismo y desigualdad social*, trad. por María González Arenas, Madrid, Siglo XXI, 1989]

por ejemplo, si el economista Milton Friedman hubiera anunciado su propia conversión al marxismo. A continuación, transcribo la propia descripción que realizó Harvey acerca de esta transformación y de su cuidadoso intento por mostrar que no se trataba de un rechazo o abandono totales, sino más bien de una expansión creativa.

La evolución que tiene lugar en estos ensayos naturalmente da lugar a contradicciones e inconsistencias entre ellos. El enfoque general de la segunda parte es considerablemente distinto (y yo creo que considerablemente más esclarecedor) al de la primera parte. Aún así, los últimos capítulos adquieren más sentido si se entiende el modo en que se llegó al punto de vista general que propugnan —de ahí la importancia de registrar el proceso de búsqueda a medida que se abre paso a través de los diversos ensayos aquí reunidos. También es importante observar que el contenido material de la primera parte no es rechazado, sino que es incorporado y adquiere un nuevo sentido dentro del marco en desarrollo de la segunda parte. (Harvey, 1973: 10)

Por el momento ya se ha dicho suficiente acerca de las formulaciones marxistas de Harvey. Lo que deseo hacer aquí es recapturar los argumentos presentados en los primeros capítulos (Parte I) de *Social Justice and the City* donde Harvey presenta sus «formulaciones liberales» y examina de forma brillante sus posibilidades interpretativas más poderosas y, en última instancia, sus limitaciones más importantes. En la «Introducción», Harvey organiza esta investigación en torno a cuatro temas entrelazados entre sí: la «naturaleza» de la Teoría, tal y como él la denominó; el Urbanismo; la Justicia y el Espacio. En el primero de los dos capítulos acerca de «Social Processes and Spatial Form» [Procesos sociales y forma espacial], subtítulo «the conceptual problems of urban planning» [los problemas conceptuales de la planificación urbana], Harvey da comienzo a la primera discusión exhaustiva acerca de la diferencia entre aquello que denominó la imaginación geográfica y la imaginación sociológica (siguiendo a Wright Mills). Harvey concluye la discusión del siguiente modo:

El tema general debería quedar claro: el único marco conceptual adecuado para entender la ciudad es el que abarca y se basa en la imaginación geográfica y en la imaginación sociológica. Debemos relacionar la conducta social con el modo en que la ciudad supone una cierta geografía, una determinada forma espacial. Debemos reconocer que una vez creada una forma espacial particular, ésta tiende a institucionalizarse y, en algunos aspectos, a determinar el desarrollo futuro del proceso social. Necesitamos, sobre todo, formular conceptos que nos permitan armonizar e integrar estrategias para abordar la complejidad del proceso social y los elementos de la forma espacial. Y es esta tarea la que ahora quiero abordar. (Harvey, 1973: 27)

En el segundo capítulo, subtítulo «The redistribution of real income in an urban system» [La redistribución del ingreso real en un sistema urbano], Harvey aplica su imaginación, al mismo tiempo geográfica y sociológica, a un análisis de la dinámica del espacio urbano en la metrópolis moderna en el periodo que sigue a la crisis urbana de la década de 1960. Allí Harvey desarrolla uno de sus razonamientos más memorables y duraderos: que los «modos de funcionamiento normales» del sistema urbano, las prácticas cotidianas y las particularidades del urbanismo como modo de vida tienden, cada uno en sí mismo, a producir y reproducir una redistribución regresiva del ingreso real que beneficia de forma persistente a los ricos a expensas de los pobres. Harvey describió la ciudad capitalista como una máquina generadora de desigualdades *por su propia naturaleza*, creando así un terreno fértil para el empeoramiento acumulativo de las injusticias, en el contexto de las geografías urbanas y de las interrelaciones de los procesos sociales y la forma espacial. Harvey especificó esta dinámica redistributiva en tres esferas. Una de ellas comprendía las operaciones normales del mercado libre en relación con la tierra, el trabajo, el comercio minorista y las finanzas, desde el cambiante valor de los derechos de la propiedad privada (especialmente cuando son ampliados o reducidos por las inversiones públicas) hasta la discriminación por parte de los bancos en la concesión de créditos o seguros a aquellos habitantes de barrios pobres a fin de evitar riesgos, y la ubicación y los sistemas de precios de los supermercados para hacer que los «pobres paguen más». Estos mercados-libres-generadores de desigualdad, señala Harvey, no surgen a través de la corrupción o de la conspiración sino, fundamentalmente, como producto de las convenciones habituales del mercado y de la competencia, de cómo funciona la economía del espacio urbano libre de restricciones a fin de lograr la máxima eficiencia organizativa para el desarrollo capitalista. Si había algún tipo de magia en relación con el mercado, se trataba de una magia oscura y sombría para la mayoría.

A estas cuestiones, Harvey agregó las operaciones y las prácticas cotidianas de la planificación urbana y de las decisiones del sector público, brindando una explicación nueva y diferente al recurrente problema acerca de cuáles son los motivos por los que las «buenas intenciones» de los planificadores liberales (e incluso de algunos planificadores radicales) tan a menudo desembocan en esas «consecuencias inesperadas» y en los «grandes desastres de planificación», sobre los cuales tanto les gusta escribir a los críticos urbanos, como por ejemplo la transformación de la «renovación urbana» en una «expulsión de los pobres». Harvey afirmaba que la esfera pública urbana nunca actúa como un agente libre, sino siempre dentro de poderosos campos políticos y económicos modelados por la competencia del mercado y las conductas dirigidas a la maximización de las ganancias. Sin algún tipo de control público sobre estas fuerzas del mercado, incluso los programas

de planificación más innovadores y progresistas son susceptibles de ser cooptados por las manos invisibles que generan, por su propia naturaleza, una creciente desigualdad.

Finalmente, Harvey amplió su interés a lo que posteriormente denominaría «el proceso de urbanización en el capitalismo», y especialmente a cómo éste se manifiesta en la evolución de la forma urbana, la construcción del entorno construido y los problemas territoriales del gobierno metropolitano. Sólo por estas formulaciones, *Social Justice and the City* se ha convertido en una lectura obligatoria en virtualmente todos los departamentos de planificación urbana y geografía de importancia de Estados Unidos. También dotó al campo de la geografía urbana, que generalmente tenía un carácter descriptivo, de un nuevo marco teórico y de una orientación más práctica y aplicada poniéndolo más estrechamente en contacto de lo que lo hubiera estado nunca antes con la educación y la práctica de los planificadores urbanos.

Harvey coronó sus formulaciones liberales acerca de la interacción del proceso social y de la forma espacial con una conceptualización explícitamente espacial de la justicia social basada en esos endémicos efectos redistributivos de la urbanización. Llevando el discurso liberal y sus principios universales de justicia social a sus límites, Harvey extendió el concepto de «justicia redistributiva territorial» de un modo creativo, fundándolo en una serie de metas posibles basadas en la necesidad, la contribución al bien común y el «mérito», al que definió principalmente en términos de maximización de las posibilidades de los «territorios menos privilegiados» y de sus residentes más pobres. En esta búsqueda de los medios para lograr una justa distribución del ingreso real y de los recursos que se habían obtenido de forma justa, Harvey llegó al final de sus formulaciones liberales universales con la enorme frustración de que estas loables metas probablemente nunca serían alcanzadas debido el persistente poder de los modos de «funcionamiento normal» de la ciudad capitalista.

En una transformación filosófica que resonaría no sólo en el campo de los estudios urbanos sino también en otras disciplinas, Harvey dio un salto hacia una crítica marxista que transformó radicalmente el terreno definido por estas cuatro cuestiones: la Teoría, el Urbanismo, la Justicia y el Espacio. Harvey rastreó los orígenes de la injusticia redistributiva, no en las formulaciones liberales, sino en la matriz de las relaciones sociales de producción y, en términos más generales, en lo que posteriormente se dio a conocer como la «específica geografía» estructurada en clases propia del capitalismo, un concepto y un foco de atención que nos acerca a una comprensión crítica de las especificidades espaciales de la ciudad capitalista más que en cualquier otro momento del siglo XX. Durante los siguientes veinte años, el esfuerzo

por entender, en términos prácticos y teóricos, la geografía específica de la ciudad capitalista, donde siempre se había centrado el trabajo de Harvey, atrajo la atención de los estudiosos urbanos progresistas de muchas disciplinas diferentes. Apareció, de este modo, un nuevo discurso crítico acerca de la economía política urbana, que mantenía unidos debates que antiguamente habían estado separados sobre la justicia social, el urbanismo, la producción social del espacio y la naturaleza de la teoría social.

Social Justice and the City también contenía otro giro que tendría un efecto perdurable. Sin ser excesivamente explícito, Harvey dio a conocer su crítica neo-marxista de lo que podría denominarse como las modernas políticas culturales radicales. Más que un simple reconocimiento de los elementos superestructurales que inciden en la base económica urbana, esta atención a la cultura y a la comunidad, a la raza y a la identidad étnica, a las luchas sobre el consumo colectivo, la reproducción social y el entorno edificado del urbanismo, surgió de forma más contundente que en sus formulaciones liberales, pero también se le dio cierto espacio en la construcción de la subjetividad socialista radical y en las luchas para superar las dinámicas de urbanización de la clase explotadora.⁷ Influida por la crítica espacial de la vida cotidiana en el mundo moderno de Lefebvre y la teorización de Manuel Castells sobre los movimientos sociales urbanos, Harvey reconoció desde el principio la necesidad de prestar mayor atención a las cuestiones culturales en la nueva economía política urbana y en la geografía marxista que se estaba desarrollando a su alrededor. En los años siguientes, este desafío sería planteado una y otra vez por casi todos aquellos que estaban empeñados en el estudio de la ciudad capitalista y de la economía política de la urbanización. También proveerá el contexto y la coyuntura para otro replanteamiento transformador de la justicia social y de la ciudad, tan significativo como el que se expresó en el giro de Harvey de las formulaciones liberales a las socialistas.

Para una discusión más detallada acerca del desarrollo de una nueva conceptualización postmoderna de las políticas culturales y de la tendencia al entrelazamiento de la teoría, el urbanismo, la justicia y el espacio, me remito a los capítulos 3 y 4 de *Thirdspace* y a mi ensayo escrito en conmemoración del vigésimo aniversario de la publicación de *Social Justice and the*

⁷ Resulta llamativo, quizás, especialmente si se tiene en cuenta el desarrollo que tendría lugar después de 1973, el hecho de que no haya casi ninguna mención a las cuestiones de género o al feminismo en *Social Justice and the City* y que se preste muy poca atención a los escritos de mujeres acerca de temas como la teoría social, la justicia, el urbanismo y el espacio. Por ejemplo, de los 144 autores citados en el Índice de Autores, sólo 4 son mujeres; y mientras «Man-Nature Relationship» aparece en el Índice de Temas, hay muy pocas menciones en las listas o en el texto que sugiera que las mujeres también están implicadas en estas cuestiones.

City.⁸ En ese ensayo, reformulé la descripción de Harvey, citada a continuación, de su transición de las formulaciones liberales a las socialistas, como un modo de describir el paso de las políticas culturales modernas a las postmodernas. La repetición de esta reformulación, con pequeñas modificaciones, brinda una conclusión apropiada para discutir su anterior adopción de una teoría-justicia-urbanismo-espacio, así como también una introducción reveladora de los siguientes capítulos de *Postmetrópolis*.

La evolución que tiene lugar entre nuestros enfoques de las políticas culturales de lo antiguo (moderno) y de lo nuevo (postmoderno) da lugar naturalmente a contradicciones e inconsistencias. El enfoque general sobre las nuevas políticas culturales es considerablemente diferente (y yo creo que, considerablemente, más esclarecedor). Sin embargo, el nuevo enfoque adquiere mayor sentido si se entiende el modo en que se llegó al punto de vista que se propugna —de ahí la importancia de registrar el proceso de búsqueda a medida que se abre paso a través de los diversos ensayos aquí reunidos. También es importante observar que el contenido material y las estrategias de acción de las viejas políticas culturales no están siendo rechazados, sino que son incorporados y adquieren un nuevo sentido en el desarrollo del marco de lo nuevo.

Síntesis de la geohistoria del espacio urbano capitalista

La geohistoria de la Tercera Revolución Urbana, desde mediados del siglo XVIII hasta el presente, puede ser contada a través de los ritmos económicos y culturales cada vez más globalizados del desarrollo capitalista y de la interacción entre la modernización y el modernismo, asociada a ese desarrollo. Crucial para estos ritmos globalizados ha sido la periodicidad notablemente regular, que ha fascinado y desconcertado a los estudiosos y a otros observadores a lo largo del siglo XX. Si bien la teorización de esta periodicidad y la explicación de sus principales mecanismos causales continúa generando controversias, su esquema parece ajustarse cada vez más a los hechos geohistóricos del pasado y a las interpretaciones retrospectivas de los patrones del desarrollo global durante al menos los últimos 150 años. Además, lo que ha sucedido con las ciudades, con los Estados nación y con la economía

⁸ Edward W. Soja, «Margin/Alia: Social Justice and the New Cultural Politics», en Andy Merrifield y Erik Swyngedouw (eds.), *The Urbanization of Injustice*, Londres, Lawrence y Wishart, 1966. Algunos fragmentos de la discusión de *Social Justice and the City* presentados aquí han sido extraídos de este ensayo.

mundial durante los últimos 30 años ha vuelto a despertar el interés en los ritmos macroeconómicos al tiempo que ha incrementado su utilidad como marco comprensivo, tanto en términos prácticos como teóricos, del momento contemporáneo.

Ciclos de aproximadamente 50 años definen esta periodización de la «onda larga» del capitalismo industrial urbano. El primer ciclo claramente definido comienza a mediados del siglo XIX, si bien hay quienes proyectan un ciclo previo para cubrir la anterior Era de la Revolución (1789-1848). Cada ciclo u ola comienza con varias décadas de crecimiento y expansión económica acelerada en los países industriales más avanzados, de modo similar a la caracterización de lo que Hobsbawm denominó como la Era del Capital (1848-1878), el periodo de extraordinaria expansión económica que siguió a la consolidación de la Revolución Industrial en las ciudades del noroeste de Europa. Estos periodos de auge económico alcanzan finalmente su cenit en crisis disruptivas que suelen estar relacionadas de algún modo con las crecientes limitaciones a la acumulación continua y a las ganancias capitalistas, y que son seguidos por periodos de crecimiento económico desacelerado de similar duración, crisis sociales cada vez más frecuentes y lo que los estudiosos denominan hoy en día *procesos de reestructuración*, descritos de manera simple como intentos de reestablecer las condiciones necesarias para una nueva expansión económica acelerada. Estos periodos de reestructuración concluyen generalmente con otra serie de crisis y revueltas, en cierto modo distintas de las mejor comprendidas crisis de «sobrecumulación» que ponían fin a los años de bonanza y generaban los procesos de reestructuración. La exitosa recuperación de esta segunda serie de crisis da comienzo a la próxima onda larga.

Pueden ser claramente identificados tres períodos de reestructuración generados por diferentes crisis. Cada uno representa tiempos de experimentación, redirección y cambio inusualmente turbulentos cuando, haciendo uso de términos más contemporáneos, las prácticas económicas, políticas y culturales que se encuentran profundamente arraigadas son selectivamente deconstruidas y reconstituidas de nuevos y diferentes modos. El primero de estos periodos de reestructuración y cambio turbulento tuvo lugar después de la Era del Capital y se extendió hasta finales del siglo XIX, se trató de un periodo que en Europa fue denominado como la Larga Depresión y que actualmente es considerado de forma retrospectiva como el *fin de siècle*. El segundo de estos periodos se extendió desde la década de 1920, a través de la Gran Depresión, hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. El tercer periodo comenzó a finales de la década de 1960 y principios de la década de 1970 y aún se encuentra entre nosotros en los comienzos del siglo XXI.

Una característica recurrente de estos ciclos macroeconómicos ha sido la tendencia al surgimiento de nuevos modos específicos de desarrollo capitalista durante la fase de reestructuración. El que resulte más exitoso guiará el nuevo periodo de crecimiento del próximo ciclo, y se consolidará como su paradigma de desarrollo dominante, alcanzando su cénit en su propio y característico periodo de crisis. De este modo, la fase inicial de libre mercado altamente competitivo y del capitalismo industrial estrictamente *laissez-faire* se originó en los tormentosos años ubicados entre las revoluciones de 1830 y 1848-1849, se consolidó en la Era del Capital y alcanzó su cénit a comienzos de la década de 1870, después de la cual se sucedieron varias décadas de reestructuración y transición durante las cuales surgió un nuevo modo de desarrollo capitalista. Lenin interpretó esta reestructuración de finales del siglo XIX, como el comienzo de una era de imperialismo (la Era del Imperio de Hobsbawn) y la describió de un modo excesivamente optimista como la «última etapa» del capitalismo. Otros otorgaron mucha importancia al surgimiento de grandes corporaciones y de otras formas organizativas que dieron nueva forma a la competencia y al control sobre las economías domésticas o nacionales y redujeron la libre competencia del mercado a través de una limitada intervención del Estado y del incipiente poder de los monopolios y los oligopolios corporativos. Adquiriendo su forma inicial en las últimas tres décadas del siglo XIX, este nuevo modo corporativo-monopólico-imperialista de desarrollo capitalista tendría su momento de auge a comienzos del siglo XX, sólo para volver a entrar en una profunda crisis durante la Gran Depresión.

Una tercera fase, que de forma retrospectiva ha estado estrechamente asociada a los nombres de Henry Ford y John Maynard Keynes, surgió entre 1920 y 1940; esta fase definió el auge de los años de postguerra con términos como fordista y keynesiano, metonimias para un modo diferente de desarrollo capitalista construido sobre la base de la producción a gran escala, el consumo de masas, la urbanización masiva y un «contrato social» ampliamente establecido, que vinculaba al gran capital (simbolizado en la industria del automóvil), con los grandes sindicatos nacionales y con una gran intervención estatal en la economía con el fin de estimular el crecimiento y mantener la expansión del bienestar social (de ahí, la etiqueta keynesiana). Esta fase de desarrollo capitalista fordista-keynesiano entró en un periodo de crisis a finales de la década de 1960; y actualmente esta siendo objeto de una significativa reestructuración, lo que ha llevado a algunos estudiosos a describir la presente era como post-fordista (a menudo simplificada como postfordista), post-keynesiana, postindustrial, postmoderna, etc.

De Lenin a esta parte, se han dado numerosos intentos por definir, explicar y aprender de esta secuencia de ondas largas cada vez más evidente en la geohistoria de los últimos doscientos años. El economista ruso

Kondratieff proporcionó abundantes estadísticas con el fin de describir estas secuencias cíclicas, que hoy en día son comúnmente llamadas ondas Kondratieff. Schumpeter y Keynes hicieron observaciones similares en los años que mediaron entre las dos guerras, reconociendo la existencia de ciclos más cortos y olas de crisis y reestructuración más extensas (que Schumpeter describió acertadamente como períodos de «destrucción creativa»). A principios de la década de 1960, el economista marxista Ernest Mandel dio un importante giro geográfico a estos ciclos y compuso el análisis de las ondas largas, tal vez más elaborado y convincente, coronando su trabajo con la predicción del surgimiento de un periodo de crisis que él, tal vez también de un modo optimista, denominó «capitalismo tardío».⁹ Sin suscribir explícitamente los modelos de las ondas largas, Eric Hobsbawm realizó una crónica maravillosamente detallada de la progresión concatenada de las «Eras» del desarrollo capitalista de un modo que se asemeja bastante a la periodización de las ondas largas. Más recientemente, W. W. Rostow ha reestructurado su famoso modelo de «etapas de crecimiento» según los ritmos de las ondas de Kondratieff y, lo que resulta aún más relevante para los propósitos actuales, un grupo de planificadores-geógrafos, incluidos Peter Hall, Brian Berry y Ron Johnston, han utilizado variaciones del modelo de Kondratieff para reinterpretar el desarrollo urbano durante los últimos dos siglos.¹⁰

Estas últimas contribuciones han ayudado a conectar la literatura acerca de la periodicidad del desarrollo y de la modernización capitalista con nuestra comprensión de la geohistoria de la ciudad capitalista industrial. En *Postmodern Geographies* (1989) [Geografías postmodernas], intenté desarrollar estas conexiones presentando una serie de prototipos de cartografía, tomados principalmente de ciudades norteamericanas, ilustrando la evolución de la forma urbana en el periodo comprendido entre 1820 y 1970. Tal y como se reproduce con algunas modificaciones en la figura 4.1, los mapas proporcionan una forma útil de llevar la geohistoria del espacio urbano hasta la emergencia contemporánea de la postmetrópolis, en gran medida, como un producto de la más reciente onda de reestructuración generada por crisis.

⁹ Ernest Mandel, *Late capitalism*, Londres, Verso, 1975 [ed. cast.: *El capitalismo tardío*, México, Era, 1979] y *Long Waves and Capitalism Development: The Marxist Interpretation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980 [ed. cast.: *Las ondas largas del desarrollo capitalista. La interpretación marxista*, Madrid, Siglo XXI, 1980]

¹⁰ Peter Hall y Paschal Preston, *The Carrier Wave: New Information Technology and the Geography of Innovation, 1846-2003*, Londres y Boston, Unwin Hyman, 1988 [ed. cast.: *La ola portadora: nuevas tecnologías de la información y geografía de las innovaciones, 1846-1990*, Madrid, Fundesco, 1990]; Brian J. L. Berry, *Long-Wave Rhythms in Economic Development and Political Behavior*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1991; R. J. Johnston, *The American Urban System: A Geographical Perspective*, Nueva York, St. Martin's Press, 1982.

Los mapas simplificados comienzan con la pequeña y compacta ciudad mercantil de Estados Unidos, con su densa mezcla de residencias de muchas y diferentes clases sociales y niveles de renta agrupados en torno al lugar clave del intercambio y el comercio, el puerto o la estación central del ferrocarril. La industria todavía se encuentra ubicada en un pueblo fabril [*mill town*] fuera de la ciudad, el lugar donde, como de costumbre, se puede conseguir fácilmente la energía necesaria para hacer funcionar las máquinas. Las áreas residenciales más pobres, poco más que agrupamientos de refugios destartados, también como de costumbre se encontraban fuera de la ciudad, pero más cerca. Como señala David Gordon (1978), a comienzos del siglo XIX este espacio urbano mercantil de Estados Unidos estaba repleto de sus tensiones propias y de sus características contradicciones.¹¹

La acumulación comercial tendía a generar un desarrollo dispar entre vendedores y compradores [...] Debido a que diferentes grupos socioeconómicos estaban viviendo y trabajando juntos, muy cerca unos de otros [...] las crecientes desigualdades se hicieron cada vez más y más evidentes físicamente [...] En la medida en que estas desigualdades alcanzaron su punto máximo durante las décadas de 1820 y 1830, las protestas populares también parecieron intensificarse [...] Debido a que la ciudad comercial mantenía las transparencias precapitalistas de las relaciones sociales inmediatas, íntimas e integradas, las ganancias capitalistas comerciales no podían disimularse. La búsqueda de ese disfraz [...] jugó un papel central al provocar un cambio hacia un nuevo y, en última instancia, más oscuro modo de acumulación capitalista. (Gordon, 1978, 36).

Gordon proporciona una explicación más contextualizada y más vinculada a la crisis de la transformación de la ciudad mercantil, basada en las respuestas locales a las «transparencias» del capitalismo mercantil. Desde su punto de vista, la ciudad mercantil o comercial contenía las semillas de su propia reestructuración espacial, incluso antes de su industrialización expansiva. De este modo, lo que surge de forma tan paradigmática en lugares como Manchester y Chicago puede ser considerado como una «solución espacial» de gran alcance, utilizando el perspicaz término de David Harvey, la creación de una nueva geografía específica diseñada para ocultar las transparencias más evidentes de la acumulación capitalista como un medio para aumentar no sólo la producción industrial *per se* sino también la habilidad para controlar y disciplinar a la creciente población urbana.

¹¹ David Gordon, «Capitalist Development and the History of American Cities», en W. Tabb y L. Sawers (eds.), *Marxism and the Metropolis*, Nueva York, Oxford University Press, 1978. En las ciudades de Europa que constituían puertos comerciales, tuvo lugar una situación similar a la mencionada, pero a mayor escala y con una variación mucho más pronunciada. Esto sucedió en las ciudades más populosas y antiguas de dicho continente, desde Londres y Liverpool, hasta Ámsterdam, Hamburgo, Venecia, Génova y muchas otras.

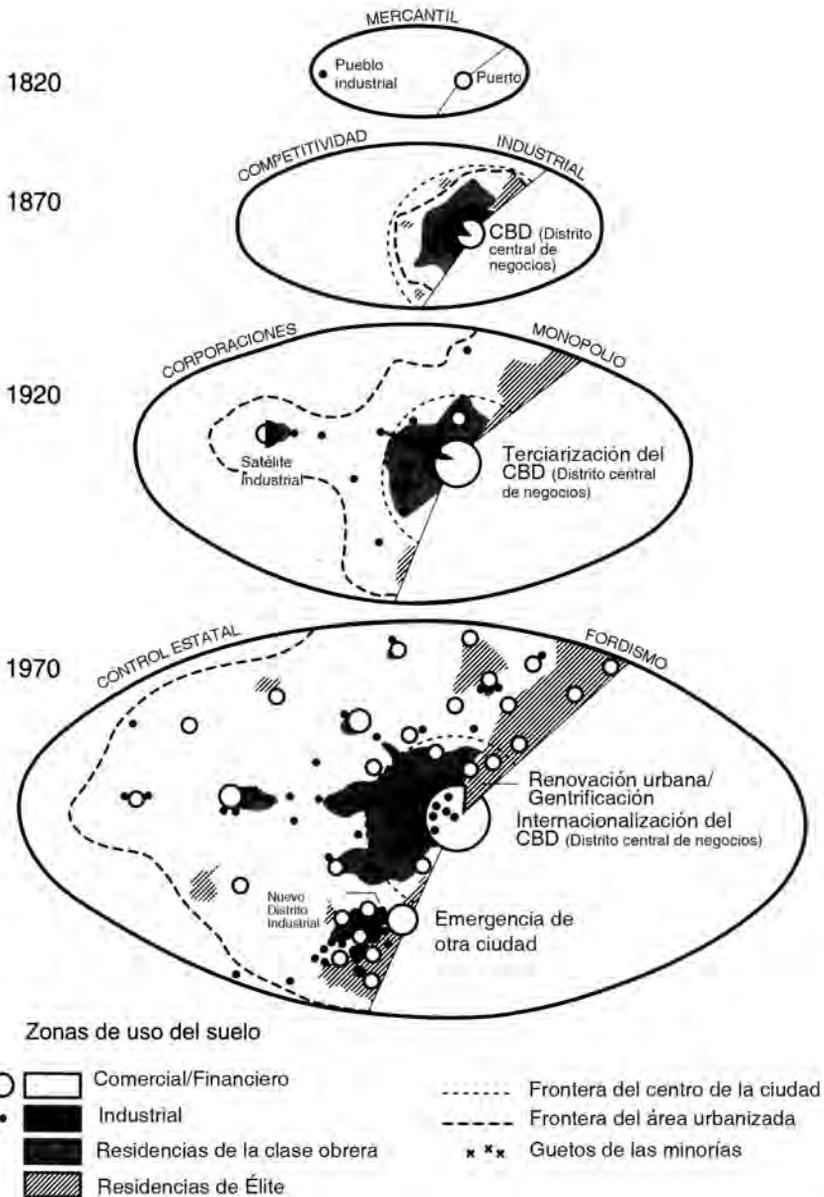


Figura 4.1. La evolución de la forma urbana en Estados Unidos [fuente: Soja, *Postmodern Geographies*, Londres, Verso, 1989, p. 174].

Este modelo «más oscuro» de ciudad capitalista industrial competitiva, centralizada y zonificada, surgió de manera irregular a lo largo de la Era de la Revolución y ayudó a impulsar el auge expansivo que tuvo lugar desde finales de la década de 1840 hasta la década de 1870, es decir, la «Era del Capital» de Hobsbawm. Pero al igual que en la ciudad mercantil, esta forma clásica de espacio urbano capitalista industrial generaría finalmente sus propias formas de tensión interna y de descontento político, por lo que se hizo necesario otra solución, otra serie de reestructuraciones generadas por crisis. Tal y como Engels observó con agudeza, el profundo empobrecimiento de los trabajadores y su extraordinaria concentración residencial en el anillo interno de la ciudad generó una creciente movilización y conciencia de clase, y esto a pesar de la oscuridad, y de la casi invisibilidad de la opulenta burguesía, que ahora vivía en sus lejanos suburbios con jardines. Durante las últimas tres décadas del siglo XIX, que en Norteamérica marcaron el final de la expansión de la frontera oeste, el clásico espacio urbano industrial competitivo se recompuso de forma considerable en un esfuerzo por proveer una nueva solución espacial a los problemas a los que se enfrentaba el capitalismo industrial urbano. Esto no creó una cuarta Revolución Urbana sino la primera de una serie de grandes reestructuraciones del espacio urbano del capitalismo industrial, característicamente disfrazado como modernización y nuevos desarrollos.

Con la consolidación de lo que previamente denominé como ciudad monopolista-corporativa a comienzos del siglo XX, la discusión acerca de la evolución de la forma urbana capitalista se torna mucho más compleja, en la medida en que este proceso de reestructuración generaría una diversidad mucho mayor de geografías específicas en las ciudades del mundo industrializado. El clásico espacio urbano observado por Engels y descrito por la Escuela de Chicago no desapareció, pero su estructura que antes se encontraba claramente definida y altamente centralizada comenzó a desintegrarse en muchos y diversos modos. Buena parte de lo que ocurrió puede ser descrito como una descentralización consecutiva y selectiva de fábricas, residencias, oficinas, almacenes, tiendas, servicios públicos y otras actividades urbanas. Esto no sólo desplegó las zonas concéntricas hacia afuera, en un proceso descontrolado y crecientemente fortuito de suburbanización, sino que también hizo que cada zona existente se volviera menos homogénea de lo que antes lo había sido. El espacio y la vida urbana se fragmentaron cada vez más, no sólo en términos del uso residencial del suelo sino también de los patrones de gobierno local, clase social, raza e identidad étnica. Entre 1870 y 1920, ciudades como Nueva York y Chicago también experimentaron una importante recentralización, especialmente con la concentración de las actividades financieras y bancarias, de las oficinas centrales de las corporaciones y de los altos edificios de oficinas en el centro cívico y en el Distrito

Central de Negocios. Estos nuevos inquilinos de la ciudadela asumieron una creciente responsabilidad en la planificación y en la regulación de la expansión y de la reestructuración del espacio urbano de forma conjunta con los funcionarios del gobierno local, un acuerdo servicial que fue acompañado por un significativo retorno de las «clases altas» a las residencias ubicadas en el centro de la ciudad.

Durante la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial, una segunda serie de reestructuraciones urbanas generadas por crisis remodelaron nuevamente el espacio urbano. A grandes rasgos, este proceso de reestructuración extendería y reelaboraría muchas de las tendencias que ya se habían vuelto evidentes en las últimas tres décadas del siglo XIX, pero el efecto acumulativo produciría algunos cambios significativos en la geografía específica de la ciudad capitalista industrial. Respaldados por la poderosa alianza entre el gran gobierno, el capital y el trabajo, el crecimiento de la producción a gran escala y sus líneas de montaje, que ocupaban mucho espacio, junto con el aumento del consumismo y la suburbanización masiva que demandaba aún más espacio, llevaron a una creciente dispersión en la ubicación de las fábricas y de los obreros, que antes había estado altamente concentrada dentro y alrededor del centro comercial de la ciudad central. Lo que estaba surgiendo era la metrópolis regional fordista, con su doble personalidad y mentalidad, que era simultáneamente, y al mismo tiempo por separado, urbana y suburbana. La ahora más amplia «zona residencial de las afueras de la ciudad» que creció alrededor de la mayoría de las ciudades de Estados Unidos se encontraba profundamente fragmentada por una gran cantidad de municipalidades autónomas, cada una de las cuales ofrecía diferentes formas de escapar a los crecientes problemas del urbanismo. Los Ángeles y Detroit representaron estos desarrollos particularmente bien, especialmente el dramático aumento del *suburbio* como un modo de vida distintivo para un importante sector de la población metropolitana. Sin embargo, la primitiva ciudadela del poder político y económico, permaneció en el viejo centro de la ciudad, junto con una infraestructura residual de hoteles, restaurantes, boutiques y otros servicios especializados para una pequeña élite residente, así como también para los turistas y otros visitantes ocasionales.

El núcleo central de la ciudad fordista administrada por el Estado debía afrontar constantemente el deterioro y el descontento potencial, creando un campo abierto para la competencia de las fuerzas económicas y gubernamentales que perseguían «futuros» completamente distintos para la «renovación» del centro de la ciudad. Las batallas por el centro de la ciudad, que enfrentaban a aquellos que deseaban destruir y reconstruir todo de nuevo contra los que buscaban un tipo de renacimiento menos destructivo constituyó, al igual que el crecimiento de la zona residencial periférica, una de las

características definitorias de la metrópolis regional fordista-keynesiana. Después de las explosiones urbanas de la década de 1960, Castells empleó el término *la ville sauvage*, la ciudad salvaje, para describir las nuevas formas urbanas que se consolidaron en Norteamérica y en Europa durante el periodo posterior a la guerra. Tratar de entender y explicar este espacio urbano inestable y volátil, dividido en dos mundos como consecuencia de la suburbanización, la metropolización y la fragmentación política, se convirtió en el centro de atención de la nueva escuela de sociólogos, geógrafos, economistas políticos y planificadores neo-marxistas que reformularon los estudios urbanos durante las siguientes décadas. Sin embargo, a esas alturas ya se había logrado una comprensión más rigurosa de su funcionamiento interno, la ciudad salvaje había comenzado a ser reestructurada de forma significativa en otra cosa, que ya no podía ser explicada con el mismo éxito que se había logrado para la metrópolis regional de postguerra. Dado que aún no poseemos un término más adecuado o específico para describir este espacio urbano metropolitano emergente, he elegido denominarlo *postmetrópolis*. Voy a dedicar los capítulos que restan a investigar los modos en que los estudiosos contemporáneos han encarado la tarea de intentar comprender su desarrollo en términos prácticos y teóricos. Teniendo en cuenta que la ciudad de Los Ángeles ha jugado un papel especialmente representativo y ejemplificador en estas investigaciones, así como también en los tres periodos de reestructuración de la ciudad capitalista industrial, será esta ciudad la que nos proporcione el principal centro empírico y teórico de todo lo que venga a continuación, empezando en el próximo capítulo con una exhaustiva descripción de la específica geohistoria de su urbanización.

5. Una introducción a la conurbación del Gran Los Ángeles

La ciudad contemporánea posee muchos estratos. Forma aquello que podríamos denominar un *palimpsesto*, un paisaje amalgamado conformado por diversas formas edificadas que, con el paso del tiempo, se superponen unas sobre otras. En algunos casos, las primeras capas tienen un origen verdaderamente antiguo que data de las primeras civilizaciones, cuya huella aún puede distinguirse debajo del actual tejido urbano. Pero incluso ciudades relativamente actuales encierran capas particulares que se han ido acumulando en las diferentes fases de transformación, en el caótico crecimiento urbano engendrado por la industrialización, la conquista colonial, la dominación neocolonial, oleada tras oleada de cambio especulativo y modernización. En los últimos doscientos años, las capas parecen haberse acumulado en mayor medida y más rápidamente, en respuesta al rápido y creciente incremento de la población, el fuerte desarrollo económico y el poderoso cambio tecnológico.

David Harvey, «Urban Places in the ‘Global Village’: Reflections on the Urban Condition in Late Twentieth Century Capitalism», 1988.

De Certau ha sugerido que la tecnología de la visión en perspectiva es cómplice de la construcción conceptual de la pantalla mortificante. También Lyotard ha descrito el aplanamiento de la visibilidad en el espacio textual, por analogía con la geometría de la representación perspectiva. Ciertamente, esta tecnología de la representación visual es una de las muchas que interceden entre la referencia de la ciudad y nuestra conceptualización de la misma. En este sentido, podríamos incluir el mapa, el plano o incluso la fotografía aérea como ejemplos adicionales de la representación visual de la ciudad, cuyas tecnologías producen la bi-dimensionalidad de la visión en perspectiva [...] [E]stas tecnologías de la representación no aplanan el espacio de visibilidad sino que, más bien, introducen su especial espacialidad de lo visible en el interior del mismo acto de lectura [...] La lectura de la imagen de la ciudad involucra una perpetua alternancia entre la visión y su olvido, una alternancia que interrumpe cualquier reducción ingeniosa de la imagen o de su referente a un espacio textual bidimensional.

Lawrence Barth, «Immemorial Visibilities: Seeing the City's Difference», 1996, p. 482.

Aquí, sola entre todas las ciudades de Estados Unidos, no había una respuesta razonable a la siguiente pregunta, «¿Por qué ha surgido aquí una ciudad y cuáles son los motivos por los cuales ha crecido tanto?»

Comentario de Morris Markey sobre Los Ángeles en 1938.





Los Ángeles desde el espacio: una visión desde mi ventana

En la pared que se encuentra frente a mi escritorio, en mi casa de Los Ángeles, hay una imagen fotográfica de esa ciudad tomada a 700 kilómetros de altura. Debajo de la foto están impresos su origen y procedencia: escala 1 pulgada = 2.3 millas; imagen proporcionada por la Earth Observation Satellite Company, imagen producida y comercializada por Spaceshots Inc. (con un domicilio y una oficina así como también 800 números telefónicos), copyright 1987 Spaceshots Inc. Esto me recuerda, de un modo extraño, el extraordinario panorama de la antigua Çatal Hüyük. También me lleva a pensar en la enigmática pregunta formulada en una de las citas que dan comienzo a este capítulo: ¿Por qué ha surgido aquí una ciudad y cuáles son los motivos por los que ha crecido tanto?

Desplegada frente a mí se encuentra una de las metrópolis industriales más grandes que jamás se haya visto, uno de los momentos de máxima expresión de la Tercera Revolución Urbana. Desde comienzos del siglo XX, se ha trasladado más gente desde lugares enormemente distantes al área que aparece en la foto satelital, que prácticamente a cualquier otra área equivalente en la Tierra. En una órbita de atracción en constante crecimiento, una extraordinaria serie de oleadas migratorias se ha desparramado en la zona al sur de las Montañas Tehachapi, dando lugar a un crecimiento neto de la población asentada en la amplia región del sur de California de un promedio de casi dos millones de habitantes por década, o más de 500 nuevos habitantes por día, durante casi 100 años. Y cerca del 80 % de este crecimiento se ha amontonado dentro de la fotografía de «Los Ángeles desde el espacio».

Los Ángeles, vista desde el espacio exterior, constituye una de las creaciones humanas más visibles del planeta. La ciudad caníbal, tal y como la denominara Mike Davis, se desparrama vorazmente sobre el paisaje terrestre.¹ La foto de intenso color que tengo frente a mí presenta algunas rupturas naturales. A lo largo de la mayor parte del borde norte se encuentran las reservas nacionales de bosques de color marrón de las montañas de San Gabriel, que alcanzan su punto máximo a 3.300 metros de altura y se extienden hacia el este a través de las montañas, aún más altas, de San Bernardino que están salpicadas de nieve. La línea más delgada de las montañas de Santa Mónica aparece desde la izquierda a lo largo del Pacífico, de color azul vibrante, y casi llega a unirse a las montañas de San Gabriel; por otra parte,

¹ Mike Davis, «Cannibal City: Los Angeles and the Destruction of Nature», en R. Ferguson (ed.), *Urban Revisions: Current Projects for the Public Realm*, Los Angeles, Museo de Arte Contemporáneo y Cambridge MIT Press, 1994: 39-57.

las montañas de Santa Ana sobresalen en un ángulo desde la esquina sudeste, devoradas gradualmente por los asentamientos humanos, como las Santa Mónicas, a medida que se aproximan a las densas redes de ocupación alrededor del centro de Los Ángeles. En la mayoría de los demás lugares pueden observarse los tonos beige y gris del amenazador mar metropolitano, que se dirige hacia arriba como una marea ascendente.

Una franja casi ininterrumpida de humanidad se extiende a lo largo de aproximadamente 150 kilómetros de Este a Oeste, a través de toda la fotografía, justo debajo de la cadena de montañas conocida como Transverse Ranges. El camino continental de acceso a Los Ángeles desde el Este abarca la zona que va desde la ciudad de San Bernardino hasta el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles (LAX), ubicado en el borde del Pacífico. Iluminado de noche por la más deslumbrante e importante cantidad de kilovatios del mundo, dicho sendero es la centelleante presentación del vasto universo metropolitano al viajero aéreo y constituye la visión más imponente de la región. En 1958, William Whyte utilizó la visión de este tramo del trayecto desde el aire, para ejemplificar su punto de vista acerca del crecimiento urbano descontrolado. Whyte señala que sobrevolar el trayecto entre Los Ángeles y San Bernardino le brindó, «una lección desconcertante acerca de la infinita capacidad que posee el hombre de arruinar su medioambiente», una experiencia en la que «el viajero puede observar una innumerable cantidad de bulldozers corroyendo las últimas extensiones verdes que aún quedan entre las dos ciudades, y otra legión de bulldozers realizando el mismo trabajo desde San Bernardino hacia el Oeste».²

La amplia alfombra gris que se despliega hacia el Sudeste, desde las montañas de Santa Mónica hasta el condado de Orange, es casi tan larga como el camino continental de acceso a Los Ángeles, pero mucho más ancha. Define lo que los lugareños denominan la cuenca de Los Ángeles [*LA Basin*], el centro del Gran Los Ángeles, enmarañado por las autopistas y tan densamente edificado que es prácticamente imposible discernir la existencia de algún vestigio de espacio verde de cualquier clase, ya sea desde 700 kilómetros de altura o, si se quiere, desde el suelo. Probablemente haya menos parques y espacios abiertos en esta extensa franja del Gran Los Ángeles que en cualquier otra región urbanizada comparable de Estados Unidos. Comprimida en el rincón superior izquierdo de la foto, al otro lado de las Santa Mónicas, se encuentra la extensión densamente poblada del valle de

² William H. Whyte, «Urban Sprawl», *Fortune*, núm. 57, 1958, pp. 102-9; citado en Mike Davis, «Cannibal City», nota a pie de página núm. 1.

San Fernando, casi tan carente de espacios verdes como la cuenca de Los Ángeles, y prototipo televisivo norteamericano de las zonas residenciales de las afueras de la ciudad.

La vista desde el satélite proporciona un mapa rudimentario del territorio habitado del Gran Los Ángeles: la amplia cuenca en el centro, que entra en el Pacífico por la península de Palos Verdes, perdiéndose paulatinamente en los flancos sureños del condado de Orange, todo ello poblado en la actualidad por más de ocho millones de habitantes; el pujante gran valle de San Fernando, enclavado al norte de las montañas de Santa Mónica, que se extiende más allá de la fotografía hacia el Desierto Alto y el condado de Ventura al Oeste, con una población de aproximadamente tres millones de habitantes; o la hilera de otros valles (San Gabriel, Pomona, Santa Ana) ubicados entre las montañas de San Gabriel y Santa Ana que se abren hacia el este a través de aquello que se conoce localmente como el Imperio Interior [*Inland Empire*], pasando por San Bernardino y Riverside hacia el Desierto Bajo en dirección a Palm Springs, con otros tres millones de habitantes. Alrededor de 15 millones de personas se encuentran reunidos aquí en cinco condados: Los Ángeles, Orange, San Bernardino, Riverside y Ventura. Y a lo largo de toda esta extensión se encuentra ubicada una galaxia de más de 170 municipios distintos, una aglomeración de aglomeraciones, cada una con su propia geohistoria, con su propia especificidad espacial y urbanística. Resulta difícil saber por dónde comenzar.

Una eterna alternancia entre la visión y su olvido

La geohistoria de la *conurbación* del Gran Los Ángeles del siglo XX comienza realmente en 1870, después de que dos décadas de limpieza étnica hubieran borrado gran parte de la herencia latina que se había acumulado desde la primera fundación del Pueblo de Nuestra Señora la Reina de Los Ángeles en 1791.³ Es en este momento que el desarrollo de Los Ángeles entra en sintonía con los ritmos de las crisis y las reestructuraciones que

³ Revivo el antiguo término *conurbación*, utilizado por primera vez por el planificador y urbanista escocés Patrick Geddes, en su significado formal y procesual, es decir, como una descripción de una particular organización espacial urbana y como un proceso dinámico de construcción socio-espacial. De este modo, el término *conurbación*, en tanto conjunción de una aglomeración policéntrica de ciudades, pueblos y villas, acarrea prácticamente el mismo significado que el término *sinecismo*.

han modelado (y remodelado) el espacio urbano capitalista industrial. Utilizando a grandes rasgos la periodización analizada en el capítulo anterior, puede considerarse que la conurbación de Los Ángeles otorga su propia impronta local a la secuencia general de las ondas largas: 1870-1900 (reestructuración), 1900-1920 (explosión), 1920-1940 (reestructuración), 1940-1970 (explosión), 1970-hasta el presente (reestructuración). Lo que resulta más llamativo al aplicar esta secuencia a la ciudad de Los Ángeles es su sorprendente expansión continua, incluso durante los más intensos periodos de crisis, depresión y reestructuración. Tal y como ha señalado Carey McWilliams, probablemente el mejor historiador crítico del sur de California: «Toda ciudad ha tenido su momento de auge, pero la historia de Los Ángeles es la historia del auge. De hecho, el crecimiento del sur de California desde 1870 debe ser considerado como un continuo proceso de auge, interrumpido en ciertos intervalos por explosiones de mayor importancia».⁴

Siguiendo el ejemplo de McWilliams, una fotografía panorámica de la conurbación del Gran Los Ángeles —la producción social de la sustancia gris que aparece en la perspectiva tomada desde el espacio— puede ser descrita a través del ritmo de una expansión prácticamente continua, cuya velocidad decrece ocasionalmente a causa de las recesiones a nivel nacional y global, pero que nunca cambia radicalmente. De todos modos, se trata de un ritmo que es interrumpido por algunas de las convulsiones sociales urbanas más violentas de la historia de Estados Unidos. Algunas estadísticas del crecimiento de la población ayudan a seguir este ritmo de la conurbación, década a década (tabla 1).

A partir de las estadísticas demográficas pueden identificarse cinco oleadas de crecimiento urbano, la primera de ellas alcanzó su punto culminante en la década de 1880, la siguiente durante la Era del Progreso de la década de 1900 y, luego en los «locos» años veinte, en las dos décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial y, finalmente —y, tal vez, de modo más anómalo— en el periodo contemporáneo de reestructuración generado por crisis. Las cifras por década de los porcentajes de las tasas de crecimiento en la cresta de estas oleadas disminuyen con el paso del tiempo, pero se incrementan los números absolutos que son agregados de forma sistemática. Cada oleada baña el paisaje con una constelación de nuevos municipios, al mismo tiempo que la ciudad de Los Ángeles crece desde el centro como un pulpo, buscando desesperadamente sus rutas hacia el Pacífico, mientras que en búsqueda de la vital agua dulce se extiende aún más lejos hasta Sierra

⁴ He tomado esta cita y otros fragmentos de información de Gordon DeMarco, *A Short History of Los Angeles*, San Francisco, Léxicos, 1988. El trabajo clásico de Carey McWilliams sobre Los Angeles es *Southern California: An Island on the Land*, Salt Lake City, Peregrine Smith, 1979.

Nevada y el río Colorado. Tenemos aquí entonces algunas instantáneas de estas oleadas poblacionales que cubren el mapa del Gran Los Ángeles, prestando especial atención a las interrupciones generadas por la multiplicación de los municipios, en tanto puntos nodales de aglomeración, y a los momentos de explosión social urbana.

Tabla 1. Crecimiento demográfico en los cinco condados de Los Ángeles (en miles)

Años censales	Los Ángeles	Orange	San Bernardino	Riverside	Ventura	Región
1870	15 (79 %)	–	4	–	–	19
1880	33 (72 %)	–	8	–	5	46
1890	101 (67 %)	14	25	–	10	151
1900	170 (68 %)	20	28	18	14	250
1910	504 (78 %)	34	57	35	18	648
1920	936 (81 %)	61	73	50	28	1.150
1930	2.209 (85 %)	119	134	81	55	2.597
1940	2.786 (86 %)	131	161	106	70	3.253
1950	4.152 (84 %)	216	282	170	115	4.934
1960	6.011 (78 %)	709	501	303	199	7.724
1970	7.042 (65 %)	1.421	682	457	378	9.981
1980	7.478 (65 %)	1.932	893	664	530	11.490
1990	8.863 (61 %)	2.411	1.418	1.170	669	14.531

1870-1900: Los Ángeles WASP⁵

La primera oleada de crecimiento urbano, cuyo punto culminante tuvo lugar en 1880, sumó más de 230.000 nuevos habitantes a la pequeña población regional, que en 1870 ascendía a aproximadamente 20.000 personas.

⁵ WASP acrónimo de blanco, anglosajón y protestante en inglés [*white, aglosaxon and protestant*], es la fórmula oficiosa para la defensa xenófoba de la vieja población de origen inglés frente a las oleadas migratorias, tanto de los antiguos esclavos negros del Sur, como de los católicos europeos de origen irlandés, italiano o polaco. [N. del E.]

El tamaño y la importancia de la antigua población de California, que constituía un objetivo de enorme importancia para la purificación racial llevada a cabo por los protestantes desde la conquista norteamericana del sudoeste mexicano, se redujo tan pronto como sus ranchos fueron transformados en propiedades fundamentales para satisfacer la inundación de los inmigrantes norteamericanos blancos de origen anglosajón. En 1871 se llevaron a cabo las conexiones ferroviarias con San Francisco pero fueron las conexiones transcontinentales (el Pacífico Sur en 1876 y el Santa Fe en 1885) las que abrieron las puertas, al principio hacia los estados del noreste, y luego deslizándose hacia el Oeste, al igual que la frontera norteamericana, a Ohio, Indiana, Illinois, Michigan, Wisconsin, Nebraska, Kansas y Iowa. En 1900 la ciudad de Los Ángeles era denominada por algunas personas como «la segunda Dubuque» y Long Beach como «el puerto marítimo de Iowa», ya que la región estaba ocupada por norteamericanos de clase media, de mediana edad y de nivel intelectual medio que, por lo general, provenían de la región central del país, decididos a construir, no una ciudad centralizada, sino una extensa red de pueblos de tamaño medio. En efecto, lo que se estaba produciendo era un nuevo tipo de urbanismo, muy diferente al de Manchester o Londres, o incluso al de Nueva York y Chicago, tal vez se trataba del primer espacio urbano estrictamente norteamericano.

Esta oleada de crecimiento coincidió con la primera reestructuración de gran importancia de la competitiva ciudad capitalista industrial, pero no había ciudades con esas características en la esquina extrema del sudoeste de Estados Unidos. Las crisis urbanas que tuvieron lugar en las ciudades industriales de mayor tamaño, las formas urbanas más densamente centralizadas que jamás hayan existido, no tuvieron consecuencias directas en el sudoeste de California. El viejo Pueblo y su extensión concéntrica continuaron sujetando el proceso de urbanización regional, como lo haría hasta el presente, pero alrededor de este centro tuvo lugar un proceso de urbanización más libre y flexible, que reflejaba las particularidades del escenario local, así como también algunos de los nuevos procesos de urbanización que estaban remodelando las ciudades «en la retaguardia del Este». En muchos sentidos, el espacio urbano de Los Ángeles fue creado casi totalmente por estas nuevas tendencias (la suburbanización, el crecimiento de las ciudades satélite, la descentralización de las actividades industriales), en la medida en que carecía de la previa existencia de un tejido urbano-industrial ya establecido. Durante este primer periodo de su crecimiento, Los Ángeles sintió los efectos positivos de la reestructuración urbana sin experimentar de forma directa las crisis desde las cuales ésta estaba siendo generada.

En este periodo fueron creados 29 nuevos municipios, que se sumaron a las tres ciudades ya establecidas: Los Ángeles (incorporada en 1850), San Buenaventura, aproximadamente a 105 kilómetros al Oeste (1866) y San Bernardino, a 90 kilómetros al Este (1869). Para aquellos a quienes les gustaría

seguir la ubicación espacio-temporal de las ciudades en el siguiente mapa (véase figura 5.2 de la imagen compuesta) voy a hacer una lista de los nuevos municipios y su fecha de incorporación para cada periodo en una separata.

Puede observarse muy claramente que la expansión policéntrica del Gran Los Ángeles estaba establecida desde el principio. La franja de casi 150 kilómetros de largo, de Este a Oeste, visible a 700 kilómetros de altura ya estaba establecida con sus principales centros nodales, principalmente a lo largo de las nuevas líneas del ferrocarril: San Bernardino, Riverside, Redlands, Colton y Corona en el flanco este; seguidas hacia el Oeste por Ontario, Pomona, Azusa, Monrovia, Pasadena del Sur, Pasadena y, levemente hacia el Sur, por Whittier, donde Nixon sería criado; y luego, al Oeste del centro urbano, con un salto hacia las costas del Pacífico en Santa Mónica y Redondo Beach. La gran expansión también había comenzado en el Sur (desde Compton hasta la ciudad puerto de Long Beach) y en el Sudeste, en el condado de Orange (Anaheim, Santa Ana, Orange).

1870-1900

- 1878: Anaheim
- 1883: Riverside
- 1886: Santa Mónica
Santa Ana
- 1887: Colton
Monrovia
- 1888: Compton
Orange
Redlands
San Jacinto
Lake Elsinore
South Pasadena
Pomona
- 1891: Ontario
- 1892: Redondo Beach
- 1896: Corona
Pasadena
- 1897: Long Beach
- 1898: Whittier Azusa

¿Cómo puede explicarse esta primera explosión de crecimiento? La producción agrícola juega un rol muy importante. Los viñedos de la región, los naranjales, los ranchos ganaderos y las huertas convirtieron a esta zona en el área agrícola más rica del país a finales del siglo XIX. El clima soleado y la maravillosa

combinación de playas, montañas y desiertos, que atraerían a los enfermos, los jubilados, los veraneantes y los «turistas» (un término que algunas personas sugieren que comenzó a utilizarse con su significado actual en el sur de California) de las extensas planicies de la región central de Estados Unidos, también fueron muy importantes. Y hacia 1900 el primer chorro de lo que luego se convertiría en uno de los yacimientos de petróleo más ricos del mundo comenzó a brotar en un yacimiento ubicado precisamente al Oeste del corazón del centro de la ciudad de Los Ángeles. Pero la fuerza en la que se ha hecho mayor énfasis y a la cual se le ha prestado más atención en la literatura histórica ha sido la del *boosterismo*,⁶ un término, que si bien no fue utilizado por primera vez en el sur de California, no cabe duda de que es allí donde se desarrolló hasta lograr su efecto publicitario más eficaz.

⁶ En inglés *boosterism*, sin traducción exacta en castellano, vendría a significar el acto de promover, con las más variadas medidas y políticas, una localidad o una organización con el fin de mejorar su imagen pública. Tiene una inudable connotación negativa. En numerosas ocasiones hemos preferido mantener el neologismo «boosterismo» para hacer referencia a los instrumentos de promoción del crecimiento urbano con el fin de estimular los negocios o el incremento de los precios inmobiliarios. [N. del E.]



Figura 5.2. Incorporaciones municipales a la región de Los Ángeles, desde 1850 hasta la actualidad [fuente: figura 5.1 con la superposición de incorporaciones municipales con el paso del tiempo].

Ya en 1886 se decía que Los Ángeles tenía más agentes inmobiliarios per cápita que cualquier otra ciudad en el mundo. Había especuladores y promotores inmobiliarios por todas partes, que trabajaban en estrecho contacto con los funcionarios municipales (principalmente, los agentes y promotores inmobiliarios mismos) y la prensa local (*Los Angeles Times* se estableció en 1881) para publicitar y vender las atracciones regionales a todo el país. Ese «sinsentido cívico» creció enormemente en el periodo posterior a la Masacre China de 1871 y alcanzó su punto de máxima expansión en la década de 1880, estimulado por la extraordinaria popularidad nacional del idilio romántico de Helen Hunt Jackson, *Ramona*, publicado en 1884; y por los exitosos esfuerzos publicitarios de Charles Fletcher Lummis, que se propuso convertir a Los Ángeles en el nuevo Edén para los norteamericanos blancos, protestantes y de clase media en busca de hogar. Incluso cuando el auge comenzó a decrecer hacia 1890, ya se había creado una mitología urbana de grandes proporciones. Ésta entró de forma tan exitosa en el imaginario cultural nacional, que Los Ángeles, más que ningún otro lugar real o imaginario, seguiría caracterizando el sueño norteamericano durante los siguientes cien años.

Mis referencias a la Masacre China y a *Ramona* tienen el propósito de sugerir que debajo de este auge del *boosterismo* subyace otra historia que muy pocas veces se cuenta. En octubre de 1871, una banda de guardias yanquis, asistida por unos pocos oficiales de policía, mató a más de 20 de los 200 residentes de origen chino que estaban concentrados en el centro de la ciudad y sus alrededores. Las tiendas y los hogares chinos fueron saqueados en venganza por la muerte accidental de un ciudadano blanco que había intentado arrestar a una persona de origen chino que consideraba que estaba involucrado en una pelea Tong. Después del escandaloso juicio, que sólo condenó a siete de los veinte revoltosos arrestados (ninguno de los cuales tendría que cumplir una condena que superara un año) y el pago de reparaciones a China por parte del gobierno federal por el asesinato de sus ciudadanos, algunas iglesias del Este se prepararon para mandar misioneros especiales a la «ciudad del infierno» del extremo occidental.⁷ Sin embargo, un nuevo grupo de misioneros ya estaba en el lugar de los hechos, listo para reconstruir la manchada imagen de Los Ángeles, siguiendo nuevos lineamientos que daban la espalda a la ciudad al pasado, utilizando creativas simulaciones locales de geohistoria para orientar el imaginario urbano local y nacional en una nueva dirección.

⁷ Ciudad del infierno [*Hell Town*] fue el nombre dado a Los Ángeles durante el periodo que siguió a la conquista norteamericana de California en 1858, en la época en que había un promedio de un muerto por día. Véase mi discusión acerca de la ciudad del infierno y la Masacre China en *Thirdspace*, 1996, pp. 221-222.

Durante los siguientes treinta años, una forma más sutil de masacre china tendría lugar en la misma medida en que seguiría percibiéndose una histeria anti-oriental a lo largo de toda la costa del Pacífico. A pesar de la intensidad de la discriminación, los chinos jugaron un papel muy importante en la oleada de expansión urbana que tuvo lugar en la década de 1880, en tanto comerciantes, peones, pescadores y agricultores. Prósperos barrios chinos se desarrollaron en casi todos los centros urbanos del sur de California. No obstante, la fuerte recesión que golpeó a todo el país a comienzos de la década de 1890, afectó de forma más dura a los chinos. Formas legislativas de discriminación racial y otras menos oficiales, incluidas algunas de las primeras regulaciones zonales diseñadas para controlar la ubicación de los negocios y tiendas chinas, sumado a la creciente afluencia de trabajadores mexicanos y agricultores japoneses, redujeron eficazmente la presencia china en la economía urbana, vaciaron la mayoría de los barrios chinos y confinaron a los pocos chinos que quedaban a un pequeño enclave contiguo al viejo Pueblo, cerca de su ubicación actual.

Este disciplinamiento de una minoría «problemática» marcó ciertas pautas. De hecho, sacó a la luz un ingente trasfondo violento e institucionalizado de racismo y xenofobia, que saldría periódicamente a la superficie en la ciudad «más norteamericana», interrumpiendo brevemente el proceso de urbanización, pero también orientándolo en una nueva dirección. En el periodo posterior a estos estallidos, poderosos intereses privados unirían sus fuerzas para planificar y promover sus visiones de un futuro urbano idealizado, a menudo a falta de un liderazgo público efectivo y a expensas del «problema percibido de las minorías».

El «mito de Ramona» representaba las dimensiones más sutiles de este racismo institucionalizado. La *Ramona* de Jackson, escrito como una protesta social contra el trato que recibían los indígenas norteamericanos, se convirtió en un enorme evento de promoción y creación de mitos que se extendería durante los siguientes cincuenta años. En torno a esta novela fue construida una auténtica industria turística, paseos especiales por los «verdaderos» lugares de la ficción y todas las réplicas de la historia que uno se pueda imaginar (canastas, almohadillas, postales) fueron puestos a disposición de trenes cargados de visitantes curiosos. El mito alimentó sin embargo algo más que la curiosidad. Al idealizar la vida de los indígenas de las misiones, fue recreada una era europea más benevolente en contraste con la implicación de los malvados californianos mexicanos. Esto contribuyó en gran medida, y en más de un sentido, a hacer de Los Ángeles una ciudad poblada mayoritariamente por norteamericanos blancos, protestantes y de origen anglosajón.

1900-1920

- 1901: Covina
- 1902: Santa Paula
- 1903: Alhambra
Arcadia
Osnard
- 1904: Fullerton
- 1905: Vernon
- 1906: Newport Beach
Huntington Park
- 1907: Hermosa Beach
Claremont
Sierra Madre
- 1908: Inglewood
- 1909: Huntington Beach
- 1910: Chino
Hemet
- 1911: Burbank
Glendora
Rialto
Perris
San Fernando
San Gabriel
San Marino
Banning
Needles
- 1912: Manhattan Beach
El Monte
Beaumont
- 1913: Avalon
La Verne
Glendale
Upland
- 1914: Filmore
Beverly Hills
- 1915: Seal Beach
- 1916: Blythe
Monterey Park
- 1917: Culver City
El Segundo
Brea

1900 -1920: la Era Progresista-Regresiva

La primera oleada de crecimiento urbano ofreció a la población protestante de Estados Unidos una versión idílica de Los Ángeles y asentó la economía regional en la agricultura, la especulación inmobiliaria, el estímulo de la propiedad inmobiliaria, el turismo y la provisión de servicios especializados de salud y ocio a grupos tales como los formados por jubilados blancos y adinerados. No obstante, la depresión de la década de 1890 demostró la debilidad que esta base económica suponía para la urbanización a gran escala. La tasa de crecimiento demográfico de la región se desplomó, pasando del 226 % en la década de 1880 al 66 % en la década siguiente. Sin embargo, y al igual que sucedería en todo el país, en la ciudad de Los Ángeles el nuevo siglo comenzó con un periodo de auge que la puso en el centro del estímulo hacia el desarrollo industrial y en la conexión exitosa de la región con la dinamo del cinturón industrial norteamericano del noeste, en calidad de un alejado auxiliar occidental. En 1920, el Gran Los Ángeles todavía se encontraba retrasado en relación con la mayoría de las grandes zonas metropolitanas en lo que se refiere a empleo industrial, sin embargo acababa de experimentar una década en la que el crecimiento del empleo había superado a todas las otras regiones urbanas excepto Detroit, el motor de la nueva economía fordista en ciernes que se consolidaría triunfalmente durante la Gran Depresión y que lideraría el prolongado auge posterior a la Segunda Guerra Mundial. Claramente había comenzado una trayectoria que en 1990, después de siete décadas consecutivas a lo largo de las cuales Los Ángeles superó a todas las otras ciudades región en lo que a nuevos y viejos puestos de trabajo industrial se refiere, convertiría a la conurbación de Los Ángeles en la metrópolis industrial más importante del país.

El rápido crecimiento económico que tuvo lugar entre 1902 y 1914 ayudó a cuadruplicar la población regional, que según el censo de 1920 superaba el millón de habitantes. Hacia 1920, Los Ángeles se había convertido en una de las regiones productoras de petróleo más importantes del mundo y su liderazgo en la producción cinematográfica estaba firmemente establecido.⁸ Como resultado del talento de dos emprendedores locales,

llamados Douglas Loughead (posteriormente Lockheed) y Northrup, tendría lugar el nacimiento de una incipiente industria aeronáutica, produciendo el diseño del primer avión de pasajeros. El extenso complejo portuario de San Pedro (anexionado a la ciudad de Los Ángeles en 1906) y de Long Beach (ahora firmemente establecida como la segunda ciudad de la región) había superado a casi todos sus competidores de la costa del Pacífico, y la finalización del acueducto de California en 1913 aseguró el suministro de agua necesario para la expansión urbana a gran escala, acelerando el proceso de anexión.

Las importantes corrientes migratorias provenientes del sur y del centro de Europa, de Japón y, especialmente, de México (hacia 1920 los mexicanos se habían convertido en el grupo de inmigrantes más grande de Los Ángeles y eran, por primera vez desde finales del siglo XIX, más numerosos que los norteamericanos de origen africano) se sumaron a la afluencia cada vez mayor de obreros norteamericanos negros y blancos, para crear una sólida fuerza de trabajo industrial en lo que ya se había convertido como la ciudad de la costa del Pacífico de mayor diversidad racial —y más racialmente segregada.⁹ Finalmente, el complejo regional en expansión fue eficazmente consolidado por el automóvil (en 1920 Los Ángeles estaba a la cabeza de todas las grandes ciudades norteamericanas en el registro de automóviles y el tráfico en el centro de la ciudad ya estaba colapsado) y por lo que fue considerada como la mayor red de transporte masivo metropolitano del mundo, nombrada por los «coches rojos» de la Compañía Ferroviaria Eléctrica del Pacífico.

Durante este periodo fueron incorporadas cuarenta nuevas ciudades ampliamente desperdigadas por el territorio, reforzando el carácter extenso y policéntrico del entorno urbano. Muchos de estos municipios eran «suburbios de oro negro» construidos en los dispersos campos petroleros. Otros se desarrollaron en nuevos emplazamientos industriales y de almacenaje, en centros turísticos y en estudios de filmación. Una metrópolis de aspecto muy diferente estaba tomando forma. Se trataba de una metrópolis en la que

⁸ Además de la atracción que implicaban las prácticas laborales conocidas con el nombre de *sunshine* y *open shop* [empresa en la que los trabajadores no tienen obligación de afiliarse a un sindicato], la industria cinematográfica se mudó de su antiguo centro, en y alrededor de Nueva York, con el fin de evitar a los matones de las patentes de la compañía de Thomas Edison Kinetoscope, que entonces controlaba la producción de equipos de filmación. En 1907 fueron filmadas las primeras secuencias en Los Ángeles, mientras que la primera película (*The Heart of a Racing Tout*) fue rodada en 1909.

⁹ Para una visión más detallada del Los Ángeles multiétnico de la década de 1920, véase la obra de Robert M. Fogelson, *Fragmented Metropolis: Los Angeles, 1850-1930*, Cambridge (Ma.), Harvard University Press, 1967 (reimpreso en Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1993)

la torre de perforación, el automóvil, el campo de aviación, el estudio cinematográfico, la comunidad de la playa y la montaña, el campo de trabajo y el pueblo industrial para inmigrantes, y los centros turísticos multiuso, extendían el tejido urbano y lo definían en una turbulenta multiplicidad de espacios urbanos localizados.

Al mismo tiempo, la ciudad de Los Ángeles iba adoptando su peculiar contorno, desplegándose hacia el Valle de San Fernando al Norte, extendiéndose por un saliente anexo «muy pequeño» en el Sur, hacia al puerto de San Pedro y tragándose la mayoría de las comunidades a lo largo de su marcha en dirección Oeste hacia el Pacífico (dejando unos pocos agujeros en lugares tales como Beverly Hills y Culver City, donde los magnates del cine y los promotores inmobiliarios eran lo suficientemente poderosos como para resistir la anexión y constituirse por su propia cuenta). Un centro con mucho movimiento se desarrolló justo al sur del Viejo Pueblo, congestionado por los embotellamientos y rodeado por pintorescos «suburbios interiores» de estilo victoriano y una cantidad cada vez mayor de enclaves étnicos dispuestos para albergar a los nuevos migrantes.

El corazón de la zona céntrica de la región también estaba animado por un extraordinario fervor de un cambio político radical y por nuevas utopías pensadas para comunidades que no estuvieran dominadas por la élite blanca protestante. La Era Progresista trajo aparejadas importantes reformas gubernamentales y estimuló el crecimiento de un poderoso movimiento obrero y un partido socialista en expansión. Una parte importante de las revoluciones mexicana y china fueron planificadas en el centro de Los Ángeles y sus alrededores, así como el entrenamiento de sus futuros protagonistas. Los habitantes no blancos constituían el 14 % de la población de la ciudad, mientras que en San Francisco esa cifra era del 6 % y en Detroit del 8 %. Entre las grandes ciudades de Estados Unidos, sólo Baltimore tenía un porcentaje mayor. Además, la población «minoritaria» era inusualmente diversa, con más de 11.000 inmigrantes provenientes de Asia (incluidos 8.500 japoneses), 22.000 provenientes de México y casi 16.000 norteamericanos de origen africano.

La turbulenta segunda década de esta primera oleada de urbanización industrial comenzó con una explosión en las oficinas centrales del poderoso *Los Angeles Times*, el juicio en 1911 a los «sindicalistas anarquistas», considerados como sus presuntos autores, y lo que los líderes sindicales nacionales describieron como la «Batalla por Los Ángeles» liderada por la clase obrera. Hacia finales de la década, la tasa de crecimiento de la población se había reducido a la mitad, el movimiento obrero estaba completamente derrotado en su lucha contra las regulaciones que eximían a los trabajadores de la obligación de afiliarse a un sindicato, el partido socialista antes fuerte se encontraba

reducido a cenizas y las riendas que controlaban la economía regional eran sostenidas cada vez con mayor firmeza por las manos de los nuevos promotores de la industria. La Primera Guerra Mundial reafirmó este control y preparó a la economía regional para un nuevo auge.

1920 – 1940: rugidos de guerra en guerra

La década de 1920 quizás rugió de forma más fuerte en Los Ángeles que en cualquier otro lugar de Estados Unidos. La población regional no sólo se duplicó sino que alcanzó los 2,6 millones de habitantes a lo largo de la década. Se trataba de la última ocasión en que crecería a una tasa tan alta. Si bien el crecimiento demográfico y la expansión económica se reducirían dramáticamente después del crack de la Bolsa de 1929, la persistencia del «auge continuo» amortiguó el impacto de la Gran Depresión en comparación con la mayor parte del resto del país. En la década de 1930 las poderosas máquinas de la economía regional se recuperaron rápidamente y, del mismo modo que había ocurrido con anterioridad después de periodos de crisis y malestar, Los Ángeles se acercó al comienzo de otra oleada de crecimiento a medida que la época terminaba con las explosiones globales de la Segunda Guerra Mundial.

De modo similar a la primera oleada que tuvo lugar entre las décadas de 1870 y 1900, este periodo se caracterizó por severas crisis económicas y por una reestructuración urbana rápidamente acelerada en las más importantes ciudades industriales del mundo. De todos modos, la nueva base industrial establecida en Los Ángeles a comienzos de 1900 no fue tanto reestructurada como intensificada, manteniéndose abierta a acomodar la expansión de la producción y el consumo de masas que vendrían a definir el fordismo en Estados Unidos. En comparación con las ciudades del cinturón industrial, Los Ángeles nunca sería dominada por las industrias fordistas de las líneas de montaje, aunque hacia 1940 ésta se hubiera convertido en la mayor concentración de tales industrias (automovilística, manufacturera, del acero, del vidrio, de neumáticos y de bienes de consumo duraderos) al oeste del Misisipi.

Después de los nuevos hallazgos que se produjeron en el sur de Los Ángeles y cerca del condado de Orange, la producción y el refinado de petróleo se volvieron a acelerar. Junto con la expansión de las industrias fordistas

1920-1940

- 1920:** Montebello*
- 1921:** Torrance*
Lynwood*
Ojai
- 1922:** Hawthorne*
- 1923:** West Covina*
South Gate*
- 1924:** Maywood*
Signal Hill*
- 1925:** La Habra
- 1926:** Placentia
- 1927:** Tustin
Laguna Beach
Bell*
- 1928:** San Clemente*
- 1930:** Gardena*
Indio
- 1938:** Palm Springs*
- 1939:** Palos Verdes
States

también tuvo lugar el estímulo del crecimiento de los puertos de Los Ángeles y de Long Beach que se encontraban vinculados entre sí, y la formación de una amplia zona industrial urbana ubicada entre dichos puertos y el corazón del centro de la ciudad, considerada como una de las más grandes del mundo. La industria cinematográfica superó de forma sólida la era del cine mudo para crecer más rápido que nunca. Dicha industria constituyó el sector industrial más importante de este periodo empleando entre 30.000 y 40.000 trabajadores. «La Industria», tal y como fue llamada, aún centralizada en Hollywood, se expandió en un amplio arco hacia el norte y el oeste del centro de la ciudad, desde el norte de Hollywood (en el valle de San Fernando) hasta la ciudad de Culva, en el lado oeste. La industria aeronáutica también vivió su propio *boom* durante los años de entreguerras, estableciéndose como el canal a través del cual la industrialización de alta tecnología, estimulada por los contratos con el Departamento de Defensa, inundaría la región en los años posteriores.

Las décadas de 1920 y 1930 marcaron el periodo de máximo crecimiento del condado de Los Ángeles. Un mapa que reflejara la zona urbanizada en el año 1940 mostraría que el cuadrante suroeste del condado se encontraba casi totalmente edificado, principalmente debido a la presencia de la ciudad de Los Ángeles, cuya apariencia a dicha altura se asemejaba a la actual, con límites de características extrañas que incluían casi la totalidad del Valle de San Fernando suburbano, y el conjunto de los suburbios de la clase obrera que estaban anexados a la zona industrial ubicada entre el centro de la ciudad y Long Beach. En 1940 la población del condado de Los Ángeles constituía el 86 % de la población total de la región de los cinco condados, el mayor porcentaje que haya alcanzado jamás. Las incorporaciones municipales que tuvieron lugar entre 1930 y 1940 disminuyeron significativamente a tan sólo diecinueve, pero la mayoría de ellas (que se encuentran marcadas con un asterisco) se encontraban dentro y en los alrededores de la mayor zona industrial del condado de Los Ángeles.

En 1935, Los Ángeles constituía el quinto condado industrial de Estados Unidos; había desarrollado una base industrial inusualmente amplia y diversa. Los Ángeles era el principal centro de la producción cinematográfica, del refinado de petróleo, de la industria aeronáutica y de la industria derivada del ensamblaje de automóviles. También se encontraba en segundo lugar en lo que se refiere a la producción de neumáticos, y en cuarto lugar en cuanto a la fabricación de muebles y de indumentaria femenina. Sin embargo, la imagen del poderío industrial de Estados Unidos se encontraba tan centrada en el cinturón industrial fordista del Noreste por lo que la extraordinaria industrialización de Los Ángeles pasó casi inadvertida en los estudios urbanos académicos y en la prensa popular. Especialmente debido

a que ambos tendían a ver sólo el aspecto excéntrico de la región, es decir, su aura hollywoodense como si se tratara de una bizarra Babilonia junto al mar, un tipo de ciudad única e inimitable.

Sin embargo, la clase trabajadora norteamericana no tenía una mirada tan estrecha. La enorme máquina de trabajo que se puso en funcionamiento en la década de 1920 atrajo no sólo una oleada de campesinos mexicanos, sino también lo que posteriormente se convertiría en la migración doméstica urbana más importante en la historia de Estados Unidos. En la década de 1930 la migración del *Dust Bowl*¹⁰ atrajo una nueva población blanca y pobre desde los Estados del Sur, y así los «oakies» y los «arkies» pasaron a ocupar los suburbios industriales del sur del condado de Los Ángeles. Una migración negra aún más importante comenzaría a tener lugar en el mismo periodo, en gran medida proveniente de los mismos Estados y con destinos locales similares, pero separados en términos residenciales. Estos flujos crearon una compacta geografía racial en el centro sur del corazón del condado de Los Ángeles, que replicaba en gran medida las condiciones de la vida rural en el Delta del Bajo Mississippi, una de las regiones más pobres y más segregadas racialmente de Estados Unidos, tanto en aquella época como en la actualidad.¹¹

La Depresión y la volátil concentración de una clase obrera doméstica negra y blanca reavivaron la corriente subyacente de sentimientos anti-mexicanos que en diversas ocasiones ya habían salido a la superficie de forma violenta, en la historia de la ciudad de Los Ángeles posterior a la conquista. Estos sentimientos se vieron agravados por las cualidades peculiarmente ambiguas de la población mexicana de California, donde eran tanto inmigrantes «extranjeros» como residentes «domésticos» de lo que alguna vez había sido territorio mexicano. Fue a partir de esta situación local que surgió la vanguardia de un movimiento nacional que, respaldado en gran medida por el gobierno federal, condujo a la deportación masiva de mexicanos desde Estados Unidos (especialmente como «extranjeros indigentes»).

¹⁰ La zona conocida como *Dust Bowl* [la olla de polvo] se encuentra ubicada en el centro sur de Estados Unidos y comprende ciertos sectores de los Estados de Oklahoma y Kansas. En la década de 1930 los fuertes vientos y la sequía generaron una importante erosión de la tierra dificultando su cultivo. Como consecuencia de estos hechos, muchos productores agrícolas se vieron obligados a abandonar sus granjas [N. del E.].

¹¹ Para un excelente análisis regional e histórico del Bajo Delta del Mississippi, véase Clyde Adrian Woods, *Development Arrested: The Delta Blues, the Delta Council and the Lower Mississippi Delta Commission*, tesis doctoral, Planificación Urbana, UCLA, 1993. En 1998 Verso publicó una versión abreviada y revisada de este trabajo, titulada *Development Arrested: Race, Power, and the Blues in the Mississippi Delta*. En la actualidad, Woods está ampliando su «epistemología del blues» hacia una interpretación del papel de los norteamericanos de origen africano en la construcción del fordismo en Estados Unidos y en el desarrollo de Los Ángeles.

1940-1970

- 1946:** Coachella
- 1947:** Barstow
- 1948:** Port Hueneme
- 1952:** Fontana
- 1953:** Costa Mesa
Buena Park
- 1954:** Lakewood
- 1955:** La Palma
Cabazon
Duarte
Industry
Irwindale
Norwalk
Paramount
Santa Fe Springs
San Juan
 Capistrano
Hidden Hills
- 1956:** Baldwin Park
Cerritos
Cypress
Downey
- 1957:** Rolling Hills
Rolling Hills
 Estates
Westminster
Fountain Valley
Bellflower
Bradbury
- 1958:** La Puente
Pico Rivera
South El Monte
- 1959:** Artesia
Lawndale
Rosemead
Walnut

Se estima que durante este periodo la población mexicana del condado de Los Ángeles se redujo en un tercio, tanto a través de las deportaciones como de la emigración voluntaria.¹²

1940-1970: El estallido del Big Orange

Siguiendo el patrón de crecimiento del siglo XX, no hubo ningún lugar de Estados Unidos donde el extenso auge económico de postguerra hubiera sido tan intenso como en la conurbación de Los Ángeles. Entre 1940 y 1970 la población regional se triplicaría alcanzando un total de casi diez millones de habitantes, una adición neta de aproximadamente siete millones de nuevos residentes, una de las oleadas de crecimiento más rápidas que hayan tenido lugar en la historia de la urbanización del Primer Mundo. A pesar de que la población del condado de Los Ángeles pasó de 2.8 millones de habitantes a más de siete, la tasa de crecimiento demográfico en los condados periféricos fue aún más elevada. En aproximadamente 30 años los cuatro condados periféricos pasaron de contar con una población de menos de medio millón de residentes, al comienzo del periodo, a aproximadamente tres millones al final del mismo. La mayor oleada de crecimiento tuvo lugar en el condado de Orange, cuya población se multiplicó por diez alcanzando 1,4 millones de habitantes, una cifra similar a la suma de la población de los otros tres condados periféricos. Lo que estaba teniendo lugar en la metrópolis regional de Los Ángeles era una suburbanización masiva a una escala nunca antes vista.

Una explosión inmobiliaria sin precedentes recubrió el paisaje urbano de áreas suburbanas que en forma de municipios independientes crecieron rápidamente. Entre 1940 y 1970 fueron incorporadas alrededor de 60 ciudades, elevando la cantidad total a aproximadamente 140, mientras que la metrópolis ya fragmentada era dividida en trozos aún más pequeños.¹³ Lakewood (incorporada en 1954)

¹² Véase Abraham Hoffman, *Unwanted Mexican Americans in the Great Depression: Repatriation Pressures, 1929-1939*, Tucson, AR, University of Arizona Press (1974); y Carey Mc Williams, «Getting Rid of the Mexicans», *American Mercury*, núm. 28, 1933. Agradezco a Janet Abulghod el hecho de darme a conocer estas referencias.

¹³ Véase Gary Miller, *Cities by Contract: the Politics of Municipal Incorporation*, Cambridge (Ma.), MIT Press, 1981.

constituyó el modelo ejemplar del nuevo municipio suburbano de la clase obrera «acomodada», principalmente blanca, la versión propia de Los Ángeles de los Levittowns de la zona este. Lakewood, «una ciudad por contrato», adquirió sus servicios básicos del condado con un esquema que estimularía un frenético juego de incorporaciones que, analizado de forma retrospectiva, se puede pensar como una combinación de ajedrez y *SimCity*, el popular juego de ordenador que simula la construcción urbana y al que volveré a hacer referencia en el capítulo 11. Desarrollos residenciales de distinto tipo, con diferentes combinaciones étnicas y ocupacionales y diversos grados de respaldo por parte de las agencias inmobiliarias, competieron por el territorio con los poderosos intereses comerciales e industriales a la búsqueda de paraísos fiscales municipales. La zona este del condado de Los Ángeles era el escenario de una guerra particularmente viva, dado que contenía casi la mitad de las 57 nuevas incorporaciones generadas por el éxito del modelo de Lakewood.

Distintas ciudades, si es que se las puede llamar de ese modo, surgieron con el fin de abastecer las circunscripciones locales altamente especializadas. Se anunció de forma rotunda el surgimiento de una Ciudad de la Industria (1957) y de una Ciudad del Comercio (1960), mientras que lugares como Irwindale (1957), ocultaron su carácter evasivo a lo largo de los límites de Vernon, que había sido incorporada en 1905 con la más pequeña de las poblaciones residenciales (que aún hoy no supera los 100 habitantes) en tanto zona de almacenaje comercial e industrial. Tiny Bradbury (1957) fue diseñada y zonificada para los aficionados a los caballos con grandes parcelas, sin aceras y con caminos de herradura preferentes. Fuera de la Península de Palos Verdes, Rolling Hills y Rolling Hills Estates (1957) se unieron a los antiguos Palos Verdes States (1939) como arquetipos de comunidad cerrada y amurallada, protegida por guardias visiblemente armados. Las personas provenientes de la zona sur del país, relativamente pobres y en su mayoría blancos, se concentraron cerca de la zona industrial de Bellflower, Bell Gardens, Cudahy y Downey, separados por el Oeste del pujante gueto negro (ubicado principalmente en la ciudad de Los Ángeles) por una «cortina de algodón» que se extendía a lo largo de Alameda Avenue. Algunas familias blancas pertenecientes a la clase obrera, que se encontraban en una mejor posición económica, comenzaron a mudarse a la periferia del condado de Los Ángeles y aún más lejos, al condado de Ventura (Camarillo, Thousand Oaks, Simi Valley), al condado de Orange (una docena de nuevas incorporaciones, incluida Garden Grove, Costa Mesa y Yorba Linda, la base de operaciones de Nixon) y al Desierto Alto y Bajo.

- 1960:** San Dimas
Commerce
Cudahy
La Mirada
Los Alamitos
Temple City
- 1961:** Bell Gardens
Garden Grove
Montclair
Stanton
- 1962:** Villa Park
Palmdale
Victorville
- 1963:** Desert Hot Springs
- 1964:** Norco
Hawaiian Gardens
Lomita
Camarillo
Thousand Oaks
- 1967:** Yorba Linda
Indian Wells
- 1968:** Carson
- 1969:** Simi Valley

Parecía que había un lugar para cada persona, un lugar donde poder escapar de los diferentes problemas que se percibían en el centro de la ciudad de Los Ángeles. De todos modos, de haberse incorporada como ciudades independientes en la década de 1960, probablemente dos zonas rezagadas se hubieran transformado, en términos de población, en la segunda y en la tercera ciudad más importante de la región. Aproximadamente medio millón de norteamericanos de origen africano se concentraron en la zona que se conoció como South Central (incluidas algunas zonas cercanas, muchas de las cuales no estaban incorporadas), y una cantidad similar de norteamericanos de origen mexicano se agruparon dentro y alrededor del barrio este de Los Ángeles, principalmente en tierras del condado que aún no habían sido incorporadas. Ante la carencia de una base impositiva de importancia o algún grado considerable de control local, estas zonas acabaron implosionando debido a la pobreza, y a una crisis inmobiliaria y laboral de proporciones tan extraordinarias, que cualquier probabilidad de encontrar una solución local parecía encontrarse más allá de la esfera de lo posible. En estas circunstancias sólo el gobierno federal poseía cierta capacidad de acción.

Sin embargo, el centro de atención del gobierno federal del Gran Los Ángeles estaba ubicado en otro lugar. Lo que sostuvo esta oleada de crecimiento económico fue la sucesión de las guerras del Pacífico, desde la invasión japonesa de Pearl Harbor hasta la Guerra de Corea y Vietnam, que impulsaron la región hacia un liderazgo indiscutible de lo que el presidente Eisenhower denominó el «complejo militar-industrial» norteamericano. Si bien durante este periodo todos los demás motores de la economía regional continuaron expandiéndose, la industria aeroespacial (que ahora incluía la producción de misiles y la parafernalia de guerra, así como también la fabricación de aviones civiles) levantó literalmente el vuelo, enfrascándose en una expansiva red regional de fabricantes de piezas, proveedores de servicios, centros de investigación y una industria de productos electrónicos en pleno crecimiento; participando todos del despegue que los enormes contratos firmados con el Departamento de Defensa habían hecho posible. La suma de las industrias aeroespacial, de defensa y de productos electrónicos se concentró en una franja casi continua que se extendía desde el Valle de San Fernando en el Norte, a través del «corredor aeroespacial» que iba a lo largo de la franja costera del condado de Los Ángeles, desde Santa Mónica hasta Long Beach, y luego hacia el sector norte del condado de Orange, viéndose interrumpido solamente por las montañas de Santa Mónica. Si se las considera de forma conjunta, estas áreas formaban un complejo de alta tecnología industrial mucho más grande que sus competidores, incluido Silicon Valley.

Teniendo en cuenta la larga historia de la xenofobia blanca norteamericana en Los Ángeles, no debería sorprendernos que este prolongado periodo de auge también estuviera marcado por una aguda tensión racial, de género y de clase. El hecho de que el arsenal de Estados Unidos y su estratégica fortaleza ideológica para la difusión mundial de la *Pax Americana* se encontraran ubicados en el sur de California, hizo que las tensiones locales adquirieran una relevancia de índole más global. Durante los años de guerra en la década de 1940, la antigua tradición anti-mexicana estalló nuevamente después de los motines de «Zoot Suit» en el año 1943, provocados en gran medida por la presencia de personal militar estratégico, tanto en los espacios de recreo como de trabajo y tanto en el interior como alrededor del barrio. La tradición anti-asiática, tan antigua como la anti-mexicana, alcanzó otro de sus peores momentos con la reclusión de más de 30.000 norteamericanos de origen japonés, oriundos de Los Ángeles, en campos de concentración, como consecuencia de la orden ejecutiva 9066 del año 1942. Luego, a comienzos de la década de 1950, durante los primeros años de la incipiente Guerra Fría, el socialismo y el sindicalismo militante se convirtieron en los principales objetivos. Después de muchas décadas de relativa inactividad, las tácticas de la «amenaza roja» volvieron a entrar en la agenda política local de un modo explosivo, especialmente en dos importantes áreas de la economía regional en expansión: la vivienda y Hollywood.

Justo después de que finalizara la Segunda Guerra Mundial, la ciudad de Los Ángeles estaba en camino de convertirse en el principal proveedor nacional de viviendas públicas racialmente integradas. En un lugar de enorme importancia propuesto por Chavez Ravine justo al norte del centro de la ciudad, se había planificado la construcción de más de 10.000 unidades de dichas viviendas. En una contraofensiva similar a los hechos que tuvieron lugar en 1910 y 1911, *Los Angeles Times* y una cohorte de organizaciones empresariales aplastaron esta iniciativa, con el disfraz de la resistencia norteamericana contra el complot socialista. El objetivo del plan para el centro de la ciudad era la renovación urbana (y la remoción de las minorías). Chavez Ravine fue olvidado para destinar el espacio a la construcción del Dodger Stadium, las viviendas públicas que fueron construidas se concentraron casi por completo en Watts y en la zona este de Los Ángeles, en definitiva, el gueto y el barrio, siempre racialmente segregados.¹⁴ Desde la intensiva persecución comunista de comienzos de la década de 1950,

¹⁴ En relación a «la guerra por una vivienda feliz»; tal y como él la denominó, véase Don Parson, *Urban Politics during the Cold War: Public Housing, Urban Renewal and Suburbanization in Los Angeles*, tesis doctoral, Planificación Urbana, UCLA (1985) y «The Development of Redevelopment: Public Housing and Urban Renewal in Los Angeles», *International Journal of Urban and Regional Research*, núm. 6, 1982, pp. 393-413.

prácticamente no se han construido nuevas viviendas públicas para los sectores pobres en cantidades significativas, y aquellas que se edificaron fueron abandonadas durante los siguientes cuarenta años.

Hollywood proporcionó otro de los blancos de un insensato patriotismo. En los años previos y posteriores a la guerra, los sindicatos y los gremios asociados a la industria cinematográfica se habían convertido en los más militantes de la región. Una gran cantidad de intelectuales europeos y de otras personalidades que escapaban del fascismo se habían mudado a Los Ángeles; su creciente influencia avivó los temores acerca de la posibilidad de que los socialistas y los comunistas tomaran el poder de la industria que, más que ninguna otra, controlaba la imagen y la ingeniería de la imaginación de Estados Unidos, tanto a nivel doméstico como en el resto del mundo. Además de los funcionarios del gobierno federal y de los miembros del Congreso, los interrogatorios del Comité de Actividades Anti-Norteamericanas de la Cámara liderada por McCarthy [*McCarthy led House Un-American Activities Committee - HUAC*] se centraron de forma aún más insistente en Los Ángeles en un feroz intento, respaldado localmente, de depurar a la industria del entretenimiento de cualquier tendencia radical real o imaginaria. Éstas y otras ofensivas y maniobras nacionales respaldadas localmente, hicieron añicos las prometedoras alianzas multirraciales en el ámbito laboral, comunitario e inmobiliario, así como también los movimientos sociales que se habían desarrollado desde finales de la guerra. Muchos dirían que fuerzas progresistas tan bien organizadas nunca volverían a tener semejante poder e importancia en la escena urbana local.

Hacia mediados de la década de 1960, el Gran Los Ángeles se había transformado en una metrópolis que crecía de forma federal, hasta el punto de que sólo era superada por el distrito de Columbia, mucho más confinado en términos territoriales. El descomunal crecimiento suburbano fue fomentado de forma significativa por las hipotecas federales y los programas de préstamo para la vivienda; el crecimiento industrial más rápido de la historia de Estados Unidos fue estimulado y sostenido por billones de dólares provenientes del Departamento de Defensa y otras agencias federales; los fondos federales para el desarrollo de un sistema de autopistas interestatales (diseñadas también con fines defensivos) jugaron un papel clave en la construcción de la densa red de autopistas urbanas. La legislación federal tuvo también algunos efectos perdurables. Después de 1942, cuando la orden ejecutiva 8802 obligó a los contratistas de guerra a terminar con sus prácticas de contratación racistas, la región se convirtió en el principal objetivo de la migración norteamericana de origen africano, atrayendo alrededor de

600.000 nuevos residentes durante los siguientes 30 años y proveyendo a la pujante economía regional de una fuente vital de mano de obra relativamente barata y no sindicalizada.

Al analizar en su conjunto estos incentivos federales no planificados, se puede observar que jugaron un papel decisivo en la transformación del Gran Los Ángeles como el «polo de crecimiento» económico más exitoso del país y posiblemente de todo el Primer Mundo, durante el *boom* de post-guerra. Ninguna otra metrópolis ejemplificó de forma tan eficiente y efectiva la enérgica sinergia de una demanda dirigida, producción a gran escala y consumo de masas que definían los principios del Estado de Bienestar fordista. Las posteriores intervenciones federales, desde las purgas del Comité de Actividades Anti-Norteamericanas del Congreso lideradas por McCarthy hasta las íntimas conexiones que se desarrollaron entre el FBI y el Departamento de Policía de Los Ángeles y la supuesta red de seguridad provista por las cada vez mayores provisiones sociales, fortalecieron los poderes de las élites locales y ayudaron a intensificar el control del sector privado sobre la expansión económica regional.

Esta versión renovada de un sueño norteamericano realizable, que ahora era visible en todas partes a través de los medios de comunicación de masas y que se había potenciado por el espectacular éxito de Disneylandia y las comedias televisivas que reflejaban la vida suburbana, estalló en 1965 con la rebelión de Watts, los disturbios sociales urbanos más violentos que el país había experimentado en todo el siglo XX. El auge continuado se vio interrumpido nuevamente por las tensiones raciales y económicas, pero en esta ocasión la interrupción era mucho menos localizable en lo que a sus causas y consecuencias se refiere.

Con la mirada hacia atrás para ver el futuro: Los Ángeles en 1965

Para las personas de fuera y para muchos de sus habitantes, el Los Ángeles que estalló en la rebelión de Watts era una ciudad prácticamente desconocida, que se encontraba escondida detrás de la gruesa capa del imaginario norteamericano hiperactivado. El mundo académico de los estudios urbanos, todavía bajo la influencia del atractivo orden de Chicago y la incomparable densidad de poder y cultura de Nueva York, evitaba el sur de California, dejando toda esperanza de una comprensión acertada a otros observadores más a tono con el excepcionalismo aparentemente bizarro de la región. Lo que en general se conocía acerca de Los Ángeles, tanto en la literatura académica como en la de carácter popular,

se caracterizaba por ser indirecto e impresionista, y por estar construido sobre una colección de imágenes fuertemente mediadas que pasaban, casi por defecto, como algo real.

Toda ciudad genera imágenes, tanto internas como externas, pero en 1965 Los Ángeles estaba más especializada (aún lo está) en la producción de imágenes y era más propensa a ser entendida a través de las imágenes que ella misma había creado que cualquier otra región urbana. Desde la década de 1920, la multitud de «fábricas de sueños» que componen lo que todavía se denomina como «la Industria» se encontraban radicadas en esta zona. Ésta se encargaba de la producción masiva de películas que sustituían, y sustituyen, de forma insistente las historias y geografías reales por películas basadas en las mismas. La presencia de equipos de filmación «rodando» escenas que describen prácticamente cualquier lugar de la Tierra (y también de fuera de ella) son imágenes familiares en las calles de la ciudad y constituyen un constante recordatorio local de la confusa interacción entre fantasía y realidad que impregna la vida cotidiana urbana en la ciudad de «los ángeles».

En 1965, diez años después de su apertura, Disneylandia había añadido nuevas capas a este paisaje de irrealidad vicaria. Su proto-geografía imaginaria de Estados Unidos reconfiguró las estructuras o mapas mentales del subconsciente nacional adecuándolos al dispositivo familiar que había sido ubicado en un pequeño rincón del condado de Orange. En el centro del mapa estaba ubicada una calle principal, muy inteligentemente concebida, que llevaba al visitante que todo lo consume a separar los mundos de la fantasía, del futuro, de la frontera, de los «lugares más felices» de la Tierra. Con la llegada de la televisión de audiencia masiva, el manto de imágenes que modelaban la conciencia, no sólo era más grueso que en ninguna otra parte sino que precisamente en Los Ángeles era más creativamente heterogéneo y ameno; Los Ángeles era el lugar donde la ingeniería de la imaginación urbana fue inventada, mercantilizada, producida masivamente y proyectada a una escala y alcance mundiales.

Sin embargo, detrás de estas escenas retransmitidas, había otra ciudad que sólo ahora, de forma retrospectiva, comienza a ser vista con claridad. Entre los icónicos augurios de este pasado extensible, está comenzando a tomar forma una imagen más clara de la ciudad que «realmente existía» en 1965. Lo que se representaba puede ser visto como el lado más oscuro del sueño norteamericano o como un momento de coronación de la modernidad urbana del siglo XX, una exageración particularmente vívida de la urbanización utópica y distópica que ha estado grabada en Los Ángeles desde sus orígenes.

Más de un siglo de obsesiva anglificación (haciéndose pasar por una patriótica norteamericanización) había «purificado» a la población hasta el punto de que en el año 1960 más del 80 % de sus habitantes eran blancos no hispanos o «anglos» (un término profunda y desafiantemente arraigado durante la recolonización de la Norteamérica que antes había sido española). A pesar de que los demógrafos puedan cuestionar mis afirmaciones, la forma de vida de esta población *anglo* era mayoritariamente suburbana, es decir, que no difería demasiado de las comedias televisivas acerca de las situaciones de la vida diaria, dando lugar a la construcción de lugares donde la ciudad y el campo se mezclaban en una nueva síntesis experiencial. Esta síntesis situacional fue decisivamente blanca, protestante y de origen anglosajón, en la misma medida en que durante varias décadas Los Ángeles albergó el mayor porcentaje de población nativa protestante de todas las grandes ciudades de Estados Unidos. Con una importante dosis de ironía, Los Ángeles en 1965 aún podía ser descrita como la primera metrópolis verdaderamente norteamericana. No sorprende que una mentalidad propia prácticamente de Las Cruzadas dominara a esta mayoría cristiana blanca, a menudo anti-papista y racialmente orgullosa, que estaba sumamente confiada en su exitosa colonización y en su capacidad de preservar un paraíso norteamericano terrenal y sobrenatural.

Eran pocas las zonas de Los Ángeles donde se observaban las densidades convencionales de la vida urbana, incluso entre las comunidades pobres y de clase trabajadora de cualquier color. Ello se debía a que los guetos y barrios de la ciudad eran más suburbanos que en cualquier otro lugar de Estados Unidos. «Sesenta suburbios en busca de una ciudad» se transformó en la descripción comodín de la vida de Los Ángeles en la década de 1960 y muchos de esos suburbios estaban habitados por familias obreras. Dentro de este crecimiento descontrolado, no homogéneamente urbano, de comunidades similares a las del sueño norteamericano, se encontraba aquello que dos de los mejores análisis académicos de Los Ángeles de su momento denominaron como una «metrópolis fragmentada» y «una esfera urbana sin lugar». La primera reflejaba la producción masiva de los municipios suburbanos o «ciudades por contrato», mientras que el segundo nombraba el desarraigo y la artificialidad de las identidades geográficas y de las comunidades de «cercanía».¹⁵ Habiendo escapado de la claustrofóbica cerrazón de los pequeños pueblos de Estados Unidos y de la imperfecta urbanidad de las grandes ciudades, los

¹⁵ Robert M. Fogelson, *The Fragmented Metropolis*. Fogelson también se convertiría en un renombrado crítico de la Comisión McCone y de la divulgación de otras interpretaciones oficiales de los disturbios Watts. Véase la edición de su compilación, *Mass Violence in America: The Los Angeles Riots*, Nueva York, Arno Press y New York Times Press, 1969; y *Violence as Protest: A Study of Riots and Ghettoes*, Garden City (NJ), Doubleday, 1971. La visión de Los Ángeles como una «una esfera urbana sin lugar» pertenece a Melvin Webber, Culture, «Territorially and the Elastic Mile», *Papers of the Regional Science Association*, núm. 11, 1964, pp. 59-69.

habitantes adinerados de Los Ángeles construyeron extensas redes de contactos y actividades, centradas alrededor de viviendas protegidas, más que de comunidades de vecinos bien definidas. El número de teléfono no registrado y la residencia cerrada y amurallada simbolizaban estos paisajes urbanos privatizados al máximo. Los espacios verdaderamente públicos eran pocos y estaban alejados entre sí, la «sociedad civil», tal y como la denominan los científicos sociales, parecía desvanecerse en la pequeña pantalla, en las autopistas y en otros circuitos de la extensa escena urbana.

La suburbanización masiva así como otras fuerzas centrífugas habían vaciado el colapsado centro de la ciudad de la década de 1920, dejando tan sólo un deteriorado centro financiero y comercial, unos pocos hoteles y el aún imponente centro cívico, que había sido filantrópicamente reactivado en tiempos recientes, por la apertura del Music Center que tuvo lugar en diciembre de 1964, producto de un esfuerzo fantásticamente exitoso de la élite *anglo* por ubicar su cultura acropolitana bien en lo alto del mapa real e imaginario de la ciudad. El Ayuntamiento, sin embargo, se elevaba con aire más taciturno sobre el centro de la ciudad, y hacia 1965 se había convertido en un símbolo global del sistema de justicia norteamericano, después de haber sido retratado semanalmente en *Dragnet* y en otras estúpidas series policiales. Joe Friday, el sobrio sargento de *Dragnet*, personificaba elocuentemente la justicia modernista de la América blanca al insistir una y otra vez en su frase «sólo los hechos, señora», en guiones que eran supervisados por quien en aquel entonces estaba a cargo de la jefatura del Departamento de Policía de Los Ángeles, William Parker, a fin de garantizar su verosimilitud. Aquí no hay lugar para imágenes suaves, ya que tras la vida en la luminosidad de la ficticia «ciudad de los ángeles» existía un lado oscuro y amenazante, un duro paisaje contrapuesto que rebosaba de oscuros peligros, nunca lo suficientemente lejos de la brillante superficie.

Al menos desde la década de 1920, el centro de Los Ángeles había estado atravesado por la distópica calle principal de la Noir City más visible del mundo, un linaje fácil de rastrear que abarca desde el valiente Bunker Hill de Raymond Chandler, hasta las calles humedecidas por la lluvia ácida de *Blade Runner*, la película sólo ligeramente futurista de Ridley Scott. Hacia 1965, el lado oscuro que ejercía de contrapunto de la fuga de sueños del sur de California parecía ser particularmente extenso, hasta el punto de que muchos defensores de la paz estaban convencidos de que se trataba de la mayor amenaza que jamás hubiera existido, ni más ni menos que una alianza global de las fuerzas del mal unidas con el objetivo de dominar el planeta, haciéndose eco de la gran cantidad de espantosos guiones filmados en las calles más pobres de Los Ángeles.

Cuando en el verano de 1965 tuvo lugar el estallido de Watts, a mucha gente el desarrollo de los hechos le causó inmediatamente la impresión de que se trataba del resultado de un maníaco de Disney organizando un malvado

programa especial en Negroland, la zona más oscura y hermética de Noir City. Tal y como era de prever, Parker, el jefe de policía cuyo nombre está ahora consagrado por la comisaría del centro de la ciudad, también atacada en los disturbios, y que constituyó uno de los principales blancos de los levantamientos de 1992, vio todo en blanco y negro, y con un poco de rojo por si acaso. Dijo: los «monos» revolucionarios del «zoológico» de Negroland estaban comportándose como unos enajenados, incitados por los «comunistas» y sus hordas de simpatizantes de Hollywood. Con un conocimiento y un entendimiento poco adecuado para distinguir la diferencia entre unos y otros, la verdadera ciudad de Los Ángeles parecía desmoronarse una vez más en sus vívidas simulaciones. ¿De qué otro modo puede comprenderse este último acontecimiento representado en esta utopía distópica, este lugar donde lo único y lo paradójico son de algún modo universalizados a la vista de todos?

Tuvo que transcurrir mucho tiempo, después de que los disturbios, los incendios y los saqueos se extendieran a otras ciudades, para que comenzara a desarrollarse una imagen distinta de Los Ángeles, propia de la modernidad tardía, y para que empezara a entenderse el sentido más profundo —y más amplio— de la rebelión de Watts. Después de la Gran Depresión, impulsada por su papel cada vez más importante como arsenal militar de Estados Unidos durante las tres guerras sucesivas que tuvieron lugar en el Pacífico, la región de Los Ángeles había experimentado un crecimiento industrial más rápido que el de cualquier otra región del país. La suburbanización subsidiada por el gobierno federal se sumó al crecimiento industrial promovido por dicho gobierno, para crear una máquina urbana sumamente eficiente con el fin de estimular simultáneamente la producción a gran escala y el consumo de masas, haciendo de Los Ángeles una de las joyas de la corona del «contrato social» fordista-keynesiano en Estados Unidos.

Más de medio millón de norteamericanos de origen africano migraron hacia el condado de Los Ángeles entre 1942 y 1965, después de la promulgación de la orden ejecutiva 8802.¹⁶ Ellos trajeron consigo el filo de la política

¹⁶ El año 1942 fue particularmente interesante para Los Ángeles. En ese año se crearon los primeros campos de concentración con el fin de sacar a los japoneses de sus negocios y de sus propiedades en la ciudad, un submarino japonés bombardeó un yacimiento de petróleo cerca de Santa Bárbara, y un ataque aéreo absolutamente imaginario condujo a un escenario delirante en el cual se dijo que un falso «avión hostil» había sido derribado en la Vermont Avenue. En esa invasión imaginaria murieron cinco ciudadanos, tres en accidentes automovilísticos y dos de ataques al corazón. Ese mismo año, fue fundada la base Camp Pendleton Marine Corps y el asesinato de «Sleepy Lagoon» desencadenó otro arrebato de hispanofobia en el cual fueron arrestados hasta 150 jóvenes norteamericanos de origen mexicano, que formaban parte de bandas («*boy gang*» members, tal y como se los llamó posteriormente), por el asesinato de un joven en una fiesta que tuvo lugar en East Los Angeles.

negra nacional, intensificada por el poder cada vez mayor del movimiento por los derechos civiles, de la Guerra contra la Pobreza, de los sueños de Martin Luther King y del puño en alto del nacionalismo negro. Una segunda gran corriente migratoria, que se veía igualmente atraída por la hiperactiva máquina de trabajo de Los Ángeles, tal y como había sucedido desde la Gran Depresión, añadió a la mezcla cultural de la metrópolis fragmentada una cantidad similar de población blanca, relativamente pobre, proveniente del Sur.

Quizás no resulte sorprendente que ambos grupos se concentraran alrededor de la extensa zona industrial que se extendía desde el centro de la ciudad hasta los puertos de Los Ángeles y Long Beach, una zona que se encontraba limitada en su flanco oeste por la Alameda Avenue, que en 1965 ya se había convertido en una de las líneas divisorias raciales más pronunciadas, de todas las ciudades norteamericanas. A un lado de esta línea, denominada Cortina de Algodón, se encontraban las fábricas y los trabajos, así como también los ejemplares suburbios de la clase obrera blanca, tales como South Gate; inmediatamente al otro lado, había un cordón de comunidades suburbanas habitadas por norteamericanos de origen africano igualmente ejemplares, muchas de las cuales estaban asentadas en tierras del condado que no habían sido incorporadas, todas ellas estaban sorprendentemente desprovistas de establecimientos industriales de importancia, así como también de servicios sociales básicos: Florence, Watts, Willowbrook, Compton. A pesar de la tentadora proximidad física a una de las fuentes más importantes de trabajo obrero, mejor pago y más sindicalizado del país, cerca de un tercio de la fuerza de trabajo norteamericana de origen africano estaba desempleada y aproximadamente el 60 % vivía de la asistencia social. Esta geografía racial del lado sur proporcionó el apremiante telón de fondo de la «guerra civil» urbana que formó parte de los acontecimientos que tuvieron lugar en 1965, ilustrando una vez más la forma en que las cuestiones raciales dividen Estados Unidos de un modo que, a menudo, trasciende las poderosas divisiones de clase.

A pesar de haberse concentrado en el distrito de Watts de la ciudad de Los Ángeles, la rebelión alcanzó su punto culminante a lo largo de todo el corredor ubicado justo al oeste de Alameda, una zona que se había transformado en uno de los centros locales, nacionales y globales más importantes del proceso de toma de conciencia negra radical de la década de 1960. Probablemente no hubiera otro lugar donde las condiciones para la rebelión estuvieran mejor dadas. Los Ángeles, después de una larga y violenta historia racista de administración pública, de códigos raciales en relación con la vivienda, de prácticas de zonificación y de un trabajo policial que fomentaba dichas prácticas, se había convertido en una de las ciudades de mayor segregación racial del país; su alcalde, su jefe de policía y sus más influyentes

periódicos ya habían dado suficientes indicios de que esta tradición de racismo recalcitrante aún estaba sumamente viva en los centros del poder político. Otra tradición obsesiva, el anticomunismo macartista, alimentado por los juicios corruptos llevados a cabo contra los «simpatizantes» de Hollywood y por la derrota del vigoroso movimiento «socialista» en favor de la vivienda pública que tuvo lugar en la década de 1950, había centrado impacientemente su atención en los engraidos negros, como la gran amenaza revolucionaria para el sueño norteamericano blanco. El clima de la época fue captado un mes antes de que la insurrección de agosto tuviera lugar. En un intento por poner fin a lo que parecía ser una creciente oleada de brutalidad policial, el teniente del Departamento de Policía de Los Ángeles, que posteriormente ascendería a alcalde, Tom Bradley protestó formalmente contra la difusión generalizada de la literatura de la Sociedad John Birch en las carteleras de su Departamento. Se trataba de panfletos que etiquetaban a Martin Luther King y a otros líderes negros como peligrosos comunistas, promoviendo implícitamente el terrorismo blanco y la delgada línea azul contra el enemigo interno.

A nivel nacional, la población negra que vivía en las ciudades había asumido, tanto por omisión como por elección activa, el liderazgo de la política de los movimientos sociales norteamericanos, constituyendo la voz de resistencia más poderosa contra el *status quo* y el desarrollo racialmente desigual del auge económico fordista-keynesiano. A pesar de que los norteamericanos de origen africano de Los Ángeles probablemente se hubieran visto más beneficiados por el crecimiento que los de cualquier otra región urbana de importancia, la enorme visibilidad de la geografía social segregada de la mayor región urbana del país hacía que se viera a sí misma como un mosaico extremadamente polarizado de extrema y conspicua riqueza y pobreza, un cuadro vivo de concienciación sobre la intensificación racial relativa de las privaciones. De este modo, el hecho de que el disturbio civil más grave del siglo XX ocurriera en el momento y en el lugar en los cuales tuvo lugar resultaba tan previsible como la inmediata reacción que generó. 34 personas fueron asesinadas (31 por balas policiales), 1.032 personas fueron heridas y 3.952 fueron arrestadas (en su gran mayoría norteamericanos de origen africano). Los daños a la propiedad superaron los 40 millones de dólares y fueron dañados 6.000 edificios, especialmente y con mayor intensidad a lo largo de la calle 103, que pasó a llamarse Callejón del Carbón [*Charcoal Alley*].

Analizados de forma miope, los motines, los incendios y los saqueos podían ser considerados como una herida local autoinfligida, instigada por las particulares frustraciones y la impaciencia de una población profundamente empobrecida y racialmente aislada. Sin embargo, al analizar los acontecimientos de forma retrospectiva puede observarse que los mismos

fueron de una importancia global mucho mayor. En la actualidad, pueden ser considerados como uno de los primeros anuncios violentos de que los *business as usual* en la Norteamérica urbana e industrial ya no podían continuar sin que una resistencia explosiva tuviera lugar, incluso en la ciudad más exitosa del siglo XX. La rebelión de Watts y la sucesión de levantamientos urbanos que tuvieron lugar en diversos lugares del mundo a finales de la década de 1960 (y nuevamente en Los Ángeles en agosto de 1970, con la moratoria chicana contra la Guerra de Vietnam, la protesta masiva más importante que la población norteamericana de origen mexicano haya llevado a cabo en la historia de Estados Unidos) marcaron el comienzo sintomático de que el auge económico de postguerra, y la planificación del Estado fordista-keynesiano que apuntalaba su impulso, estaban llegando a su fin. Tal y como había ocurrido hacía ya un siglo, las peculiares articulaciones de raza y de clase en Estados Unidos provocaron la ruptura de la economía del espacio, justo cuando ésta comenzaba a alcanzar su mejor rendimiento. La recesión mundial de comienzos de la década de 1970, la peor desde la Gran Depresión, ayudó a confirmar el punto de inflexión de la década anterior, pero es de los dramáticos procesos de reestructuración que transformaron radicalmente el paisaje urbano y la verdadera naturaleza de la modernidad urbana durante las últimas tres décadas de lo que puede derivarse una confirmación más convincente. Tal y como puede observarse desde el presente, los mundos urbanos de 1965 han sido no sólo deconstruidos sino también exhaustivamente reconstituidos de diversas formas.

1970 y más allá: La Nueva Urbanización

La siguiente oleada de crecimiento de Los Ángeles tendría tasas de incremento de la actividad industrial y de la población mucho más bajas que las anteriores. Sin embargo, el «boom continuo» seguiría rodando hacia el siglo XXI. Con el mismo éxito con el que lo había hecho durante los dos periodos previos de profunda crisis económica y acelerada reestructuración urbana (1870-1900 y 1920-1940), la conurbación de Los Ángeles se adaptaría rápidamente a las cambiantes condiciones locales, nacionales y globales a fin de liderar el camino (norteamericano) hacia la recuperación económica, al menos hasta que otro momento explosivo interrumpiese el boom continuo. Antes de dar comienzo a la Segunda Parte (una interpretación extensa y general acerca de lo que le ha sucedido Los Ángeles y a otras importantes ciudades-región durante los últimos treinta años) y a la Tercera Parte (una interpretación más explícitamente política de los acontecimientos que tuvieron lugar en 1992 y sus repercusiones) vamos a

concluir sintéticamente con una visión panorámica de la conurbación, bosquejando de nuevo de forma crítica sus aspectos sociales y espaciales más obvios.

A pesar de que a partir de la década de 1970 las tasas de crecimiento demográfico han sido inferiores a las de las oleadas anteriores, estimaciones recientes indicaban que hacia finales del siglo XX la población regional total habría aumentado en más de siete millones de habitantes, un crecimiento neto que supera las cifras de las tres décadas anteriores. Si la tendencia presente continúa, el Gran Los Ángeles superará al Gran Nueva York como la (post)metrópolis más grande del país en la primera década del nuevo milenio. El crecimiento de la población del condado de Los Ángeles ha continuado, sumando tres millones de habitantes durante los últimos 30 años, pero los cuatro condados exteriores han crecido aun más rápido, con un crecimiento demográfico conjunto de alrededor de cuatro millones de habitantes durante el mismo periodo. Desde 1970 se han fundado al menos 39 nuevos municipios, lo que ha llevado la cifra total de municipios de la región de los cinco condados a más de 170.

Muchos de estos municipios están en la cabeza de la lista de las ciudades pequeñas (entre 50.000 y 150.000 habitantes) de más rápido crecimiento del país según el censo de 1990: Irvine, Mission Viejo, Lancaster, Moreno Valley. Son indicativas del nuevo paisaje urbano «postsuburbano» que está cubriendo las ciudades exteriores «exopolitanas» (véase capítulo 8) y que marca la transición de la suburbanización masiva a lo que podría denominarse como una urbanización regional masiva, un proceso que podría estar más avanzado en el sur de California que en cualquier otro lugar de Estados Unidos. El único ejemplo de incorporación de zonas urbanas deprimidas lo constituye West Hollywood, que tuvo lugar como resultado de una coalición de homosexuales, ancianos y rentistas, que obtuvo la primera mayoría de homosexuales y lesbianas en un ayuntamiento de la región, si no de Estados Unidos, en un enclave de tierras del condado abandonadas justo al este de Beverly Hills. Muchos de los nuevos municipios estaban ubicados en el Desierto Bajo, alrededor y más allá del lujoso Palm Springs (por ejemplo, Palm Desert, Rancho Mirage, La Quinta, Twentynine Palms, Cathedral City), fuera del cuadro de la fotografía de Los Ángeles desde el espacio.

1970-presente

- 1970:** Loma Linda
Adelanto
- 1971:** Irvine
- 1973:** Rancho
Palos Verdes
Palm Desert
Rancho Mirage
- 1976:** La Cañada-
Flintridge
- 1977:** Rancho
Cucamonga
Lancaster
- 1978:** La Habra
Heights
Gran Terrace
- 1980:** Big Bear Lake
- 1981:** Westlake
Village
- 1982:** La Quinta
Agoura Hills
- 1983:** Moorpark
- 1984:** West
Hollywood
Moreno Valley
- 1987:** Santa Clarita
Highland
Twentynine
Palms
- 1988:** Mission Viejo
Apple Valley
Hesperia
- 1989:** Laguna Niguel
Dana Point
Yucaipa
Diamond Point
Temecula
- 1990:** Calimesa
Canyon Lake
- 1991:** Cathedral City
Calabassas
Laguna Hills
Malibu
Lake Forest
Murietta
Chino Hills
Yucca Valley

Sin embargo, el cambio más dramático que ha tenido lugar en la población regional desde 1970 ha venido de la mano de otra corriente de migración masiva. Durante más de cien años, las épocas difíciles de las economías globales y regionales parecían magnificar los aspectos atractivos del sur de California. Al igual que en las oleadas previas, la nueva reserva de inmigrantes brindó oportunamente un abundante suministro de mano de obra barata con el fin de alimentar la continua expansión económica y de ayudar a controlar los costes del trabajo (y de la militancia), normalmente a expensas de las comunidades de la clase obrera ya establecidas. Después del profético 1965, cuando se sancionó la legislación federal sobre los cupos de inmigración y el gobierno puso fin al programa Bracero, estas oleadas inmigratorias alcanzaron un punto máximo sin precedentes, transformando a Los Ángeles en el puerto más importante de entrada de inmigrantes del país y convirtiendo a la ciudad en una de las metrópolis de mayor diversidad étnica y racial del mundo. Entre 1970 y 1990, la población del condado de Los Ángeles pasó de ser un 70 % *anglo* a ser un 60 % *no-anglo*, al mismo tiempo la ciudad más blanca y protestante de las ciudades norteamericanas se transformaba en lo que algunos observadores contemporáneos denominan como la principal metrópolis del Tercer Mundo en Estados Unidos, así como también en la ubicación de la archidiócesis católica presuntamente más grande del mundo.

Si bien en el año 1990 los norteamericanos de origen africano estaban cerca del millón, con un incremento de casi 230.000 habitantes a lo largo de las últimas dos décadas, su tasa de crecimiento y su proporción sobre el total de la población del condado han ido disminuyendo e incluso en la década de 1990 hay algunos signos de un decrecimiento absoluto de su población. Esto se debe a que muchos de ellos están dejando el condado de Los Ángeles para dirigirse a las ciudades exteriores de la región o para volver a los Estados del sur. El antiguo centro geográfico de la zona de Los Ángeles, habitado por norteamericanos de origen africano, ha visto disminuir de modo significativo su densidad y se ha desplazado hacia el Oeste; su otrora rígida frontera Este entre blancos y negros está ahora completamente disuelta; esto no se debe a la eliminación de las barreras raciales sino a la masiva inmigración latina, término local preferido para referirse a las personas, hispano parlantes o no, cuya tierra natal se encuentra al sur de la frontera de Estados Unidos con México.

La categoría del censo correspondiente a los asiáticos y a los isleños del Pacífico ha experimentado la mayor tasa de crecimiento, debido a que una gran cantidad de coreanos, chinos, vietnamitas, tailandeses, filipinos, camboyanos, asiáticos del sur, samoanos y habitantes de Tonga se ha mudado a esta región metropolitana, haciendo crecer su proporción en la población

del condado de Los Ángeles a más del 10 %, casi igual al porcentaje de los norteamericanos de origen africano. Los tres primeros grupos mencionados se han agrupado de una forma muy visible. Un gran barrio coreano en plena expansión se encuentra ahora ubicado al oeste del centro de la ciudad, un nuevo «barrio chino suburbano» centrado en Monterrey Park ha tomado forma en el Este y una franja de comunidades vietnamitas y camboyanas ha crecido hacia el Sur, extendiéndose desde la antigua comunidad japonesa de Gardena hasta Long Beach y el condado de Orange, donde la ciudad de Westminster es ahora conocida como la «Pequeña Saigón», la concentración de vietnamitas más importante de Estados Unidos y una fuente vital de mano de obra relativamente barata pero altamente cualificada para los «polos tecnológicos» del condado de Orange, un término que vamos a analizar en profundidad en el capítulo 6.

La oleada de crecimiento demográfico más importante ha conducido a la re-latinización de Los Ángeles y, más específicamente, a su re-mexicanización. Más de dos millones de los nuevos inmigrantes provenientes de México dan cuenta de la mayor parte del incremento en la categoría «hispano» del censo, junto al menos otro medio millón de personas provenientes de El Salvador, Guatemala y otros países de América Central. Debido a la subestimación del censo de 1990, podemos afirmar casi con total seguridad que en la actualidad los latinos (incluidos todos los inmigrantes provenientes de países ubicados al sur de la frontera de Estados Unidos, así como también los residentes chicanos y chicanas) constituyen el mayor grupo demográfico del condado de Los Ángeles, por primera vez en más de un siglo. El crecimiento más dramático de la población latina ha tenido lugar en el cuadrante sureste del condado, donde muchos municipios han pasado de tener un 75 % de *anglos*, a casi un 95 % de latinos en poco más de una década. Presentaré un análisis más detallado sobre el aspecto étnico de Los Ángeles en el capítulo 9.

La economía regional también ha experimentado una profunda transformación desde 1970. Reflejo de la desindustrialización que ha tenido lugar en casi todas las regiones de Estados Unidos, la mayoría de los sectores industriales fordistas (el ensamblaje de automóviles, los neumáticos, el vidrio, el acero y los bienes de consumo duraderos) han desaparecido prácticamente de Los Ángeles, diezmando muchos de los barrios y suburbios de clase obrera que habían crecido a su alrededor. Con una economía más diversificada que, por ejemplo, Detroit o Cleveland, Los Ángeles sin embargo fue capaz de reindustrializarse de una forma más flexible alrededor de unas industrias basadas en el trabajo artesanal y muy intensivas en trabajo, que ya se encontraban bien establecidas en la región (incluida la producción cinematográfica, el vestido, los muebles, la joyería, los trabajos en cuero y la

impresión), o de los nuevos sistemas de producción de alta tecnología (liderados por el complejo electrónico-aeroespacial-militar). En el capítulo 6 podrá encontrarse un análisis más amplio de esta reestructuración económica.

Al menos hasta finales de la década de 1980, mientras las áreas metropolitanas en los estados del *Rustbelt* en el Noreste iban reduciendo sus industrias manufactureras y las tasas de empleo a gran velocidad, Los Ángeles continuaba creciendo, manteniendo su récord de liderazgo sobre las otras regiones urbanas en lo que se refiere a incremento neto de trabajadores industriales por década desde 1920. La mayor parte del resto de los sectores económicos, especialmente los servicios, el sector financiero, los seguros y las inmobiliarias, también se expandieron a medida que la región producía empleos como si fueran salchichas, y en una proporción mucho mayor que la cantidad de gente que buscaba trabajo. En la década de 1970 se generaron más de 1,3 millones de nuevos empleos, una cantidad ligeramente superior al incremento total de la población regional durante dicha década.

La masiva corriente de inmigración global fue absorbida principalmente por trabajos de bajos salarios y escasa cualificación, fundamentalmente en el sector servicios, en lugares tales como hoteles, hospitales, restaurantes, servicio doméstico y tiendas comerciales, así como también en la reserva de talleres semiclandestinos [*sweat shops*] que en la actualidad constituye una parte sumamente importante de todo el sistema industrial de Los Ángeles, desde la industria textil hasta el ensamblaje productos electrónicos de alta tecnología. El mercado de trabajo para estos millones de «trabajadores pobres» se ha ido segmentando cada vez más según la etnia de los trabajadores. Los latinos, por ejemplo, son mayoría en la industria textil y en la fabricación de muebles, mientras que los asiáticos están más especializados en el ensamblaje de productos electrónicos y en la venta minorista. Al mismo tiempo, buena parte de los nuevos inmigrantes han ido abandonando estas bases de empleo iniciales para transformarse en pequeños emprendedores por cuenta propia — dueños de restaurantes étnicos, contratistas de la industria textil coreana, mexicanos que fabrican joyas — y que hacen una considerable aportación al continuo crecimiento de la economía regional.

La reindustrialización de Los Ángeles también ha sumado una importante cantidad de nuevos empleos en la parte superior del mercado laboral, reflejo de la concentración regional de lo que se conoce como la mayor aglomeración de ingenieros, científicos, matemáticos, diseñadores industriales y especialistas en informática del mundo. Esta situación ha producido una bifurcación cada vez más amplia entre la expansión económica alrededor de los dos polos de la nueva tecnocracia (ampliados por los magnates de la industria del entretenimiento y los millonarios del sector financiero, los seguros y las inmobiliarias) y los trabajadores pobres (el segmento más exitoso de

una infraclase urbana mucho más grande), lo que presiona a los segmentos de la clase media, antiguamente boyantes, con más fuerza que en cualquier otra época desde que tuviera lugar la Gran Depresión. El resultado final ha sido el ensanchamiento de la brecha de renta entre ricos y pobres, y una polarización social y espacial cada vez mayor, tan o más grande que la de cualquier otra región urbana de importancia, y esto a pesar de este «boom continuo».

Durante la segunda mitad de la década de 1980, el empleo industrial en la región alcanzó su punto culminante y en 1990 ya había comenzado a declinar en los cinco condados, en lo que algunos consideran la peor recesión regional del siglo. El fin de la Guerra Fría y los enormes recortes en los principales contratos con el Departamento de Defensa empujaron a la economía hacia una pronunciada, aunque breve, caída en picado. El empleo en la industria aeroespacial, de defensa y de productos electrónicos en el condado de Los Ángeles descendió de 312.500 personas en 1987, a 259.600 en 1990 y a 234.800 en 1991. Algunos analistas vaticinaron que hacia finales de la década no quedarían más de 100.000 puestos de trabajo. Las oleadas de deterioro también afectaron al sector financiero, seguros e inmobiliarias, a la industria de la construcción y a la mayoría de las industrias artesanales, que comenzaron a sentir la presión de unos productos importados más baratos más que nunca. La mayor excepción a esta recesión la constituyó la industria del entretenimiento y su economía auxiliar, que en la actualidad se ha vuelto a convertir en el principal empleador de la región, tal y como lo fuera en los años de entreguerras.

El crecimiento de las desigualdades de renta y la polarización social, de la inmigración masiva legal e ilegal, de la diversidad cultural y de las tensiones interculturales, de la presión sobre los hogares de clase media, del número de sin techo y del hacinamiento urbano, tanto en la ciudad central como en las ciudades exteriores, ha dado lugar a un «nuevo» Los Ángeles mucho más volátil. Si bien durante las épocas de auge económico esta volatilidad había sido controlada con una eficacia relativa, con las crisis de la década de 1990, que surgió en gran medida en vinculación directa con los «exitosos» procesos de reestructuración de los últimos treinta años, el nuevo Los Ángeles estalló de nuevo a finales de abril y comienzos de mayo de 1992, superando a los disturbios de Watts en tanto levantamiento urbano más violento y destructivo del siglo. Los motivos de la Revueltas de la Justicia [*Justice Riots*], lo que podemos aprender de sus repercusiones y la lectura de los hechos de 1992 en tanto transformación y síntoma del paso de la reestructuración generada por crisis a lo que denominaré como una crisis generada por la reestructuración, constituyen los principales interrogantes de la discusión de los siguientes capítulos.

Segunda Parte
Seis discursos sobre la
Postmetrópolis

Introducción

La Ciudad es un ideograma: el Texto continúa.

Roland Barthes, *Empire of Signs*, 1982, p. 31

Diálogos fronterizos: un anticipo de los discursos postmetropolitanos

En las citas que dan comienzo al capítulo 3, recurrí a Iain Chambers para realizar una alegoría de la metrópolis moderna en tanto metáfora conmovedora de la modernidad. En su libro *Border Dialogues: Journeys in Postmodernity* (1990) [Diálogos fronterizos. Viajes a la postmodernidad], Chambers representa la metrópolis moderna como «un mito, una historia, un relato», una «narrativa maldita» que parte del pasado para seguir produciendo «nuevos horizontes» de forma continua. En la Segunda Parte, voy a retomar esta construcción de nuevos horizontes, tanto en términos literales como figurativos, y a utilizar los evocativos viajes de Chambers a las zonas culturales y filosóficas que limitan entre la modernidad y la postmodernidad, como una imagen preliminar de la última etapa en la geohistoria del espacio urbano: la formación de la postmetrópolis. Al anticipar la postmetrópolis a través de la mirada de un teórico cultural crítico se amplía el alcance del intento por comprender, tanto en términos prácticos como teóricos, los nuevos procesos de urbanización que han reestructurado la metrópolis moderna durante los últimos treinta años. Y esa ampliación tiene lugar a partir de la representación de la postmetrópolis no sólo como un modelo arquetípico del desarrollo social y económico contemporáneo, sino también como una realidad metafísica, un lugar donde lo real y lo imaginario se entremezclan de forma persistente de un modo que sólo ahora estamos comenzado a comprender.

Si bien en sus *Border Dialogues* Chambers nunca emplea el término *postmetrópolis*, en sus transgresivos viajes hacia el mundo postmoderno, su sustancia y su sentido están claramente presentes en las ricas imágenes que asocia al espacio urbano contemporáneo. Aun cuando existe una variedad de *posts* amontonados en la postmetrópolis, el primero de ellos es «postmoderno», al menos en la forma en que he definido este efusivo, y a veces elusivo, adjetivo. Chambers representa la emergente metrópolis postmoderna como un nuevo modo de vida contemporáneo, pero marcado al mismo tiempo por continuidades profundas e inmutables con el pasado. Esto constituye un importante punto de partida con el fin de explorar la postmetrópolis, dado que al menos en la actualidad no hay signos de que la alegoría metropolitana de la modernidad, que surgió de la tercera Revolución Urbana, haya sido completamente superada. De todos los *posts* que pueden ser adjudicados a la metrópolis contemporánea, los *menos* adecuados son los de post-urbana, post-industrial y post-capitalista.

Ni siquiera los nuevos procesos de urbanización son completamente nuevos. En muchos sentidos, la postmetrópolis puede ser considerada como una variación particular de las cuestiones vinculadas a la reestructuración generada por crisis y al desarrollo geohistóricamente desigual, que han estado modelando (y remodelando) los espacios urbanos desde los orígenes del capitalismo industrial y urbano. En la actualidad existen poderosas continuidades con las geohistorias de Manchester y Chicago, y aún más con la metrópolis fordista-keynesiana moderna que se consolidó de forma tan formidable en las décadas posteriores a la guerra y cuyos modos de funcionamiento interno fueron tan bien captados por la escuela neomarxista de economistas políticos urbanos y regionales. En este sentido, la postmetrópolis representa, en gran medida, un resultado, o mejor, una extensión de ese urbanismo moderno y modernista, una metamorfosis aún parcial e incompleta que siempre llevará consigo restos de los espacios urbanos previos.

Pero al mismo tiempo, la metrópolis postmoderna, postfordista y post-keynesiana representa algo considerablemente nuevo y diferente. Se trata del resultado de una era de intensa y extensa reestructuración, con un impacto más profundo, sobre cada una de las facetas de nuestras vidas, que en ningún otro periodo que haya tenido lugar durante los últimos dos siglos —es decir, desde los orígenes de la ciudad capitalista industrial. Y como tal, esta metrópolis requiere ser estudiada en sí misma y no sólo como una extensión geohistórica, especialmente en aquellas regiones del mundo donde la transición postmetropolitana ha avanzado con mayor profundidad. Haciendo uso de los términos que han venido asociados de forma más íntima a la teoría crítica postmoderna y postestructuralista y al campo relativo de los estudios culturales críticos, lo que ha sucedido durante los últimos

treinta años puede ser descrito e interpretado como una deconstrucción selectiva y, más aún, como una progresiva reconstitución de la metrópolis moderna. Cada capítulo de la Segunda Parte va a reflejar diferentes canales de discurso, conectados entre sí, que han surgido de forma específica con el fin de comprender, en términos prácticos y teóricos, esta transformación de la metrópolis moderna actualmente en curso.

La anticipación de Chambers de la postmetrópolis cumple también otros propósitos. Desde el comienzo, sus provocativas observaciones amplían el marco de referencia para el estudio del desarrollo urbano contemporáneo, llevándolo mucho más allá de los confines de los estudios urbanos convencionales. A modo de una reveladora introducción a la interrelación entre la historicidad, la socialidad y la espacialidad de la vida humana, las observaciones de Chambers brindan un nuevo sentido y una mayor profundidad al epígrafe de Lea Virgine que encabeza la introducción a la Primera Parte y también el capítulo 3 del texto de Chambers, «Some Metropolitan Tales» [Algunos cuentos metropolitanos]: «Investigar la ciudad es [...] una forma de examinar los enigmas del mundo y de nuestra existencia». De forma más específica, Chambers introduce una dimensión cultural, crítica y de gran alcance, dentro de las poderosas perspectivas económico-políticas que dominaron los estudios urbanos hacia finales del siglo XX. Las estimulantes sinergias y las fricciones interpretativas generadas a partir de este encuentro entre los estudios culturales críticos y los estudios económico-políticos radicales sobre la ciudad, conforman un telón de fondo deliberado a lo largo del análisis de los seis discursos acerca de la postmetrópolis.

Conceptualizar los nuevos procesos de urbanización

A finales del siglo XX, las ciudades de América del Norte y de Europa son cada vez menos representativas del punto culminante de las culturas locales y territoriales. De hecho, muchas de estas ciudades corren el riesgo de volverse residuales; monumentos abandonados y obsoletos pertenecientes a una época pasada. O también en tanto regiones crepusculares resultado de proyectos que alguna vez fueron firmes y racionales, son transformadas en paisajes urbanos estetizados (en galerías arquitectónicas y de arte, centros para el estudio y la conservación del patrimonio cultural local, espacios comerciales convertidos en viviendas y casas diseñadas por especialistas), mientras que sus antiguas poblaciones, al no jugar ningún papel, son introducidas en otros discursos: las comunidades étnicas, la pobreza urbana, la decadencia de las zonas urbanas deprimidas, el deterioro industrial, las drogas, el crimen organizado. Esta particular metro-red no representa simplemente una

extensión de la cultura urbana previa, propia de la ciudad comercial e industrial y de su forma en un Estado nación, en la misma medida en que ya no representa necesariamente un punto fijo o un referente único. Mientras que la ciudad anterior constituía una discreta unidad geográfica, económica, política y social, fácilmente identificable en su separación radical del espacio rural, la metrópolis occidental contemporánea tiende a llevar ese «otro lugar» hacia su propia zona simbólica. El campo y las zonas residenciales de las afueras de las ciudades, conectadas a través del teléfono, la televisión, el vídeo, el ordenador y otras sucursales de los medios de comunicación de masas, constituyen cada vez más el *locus* de un mundo compartido y modelado de forma común. Los pueblos y las ciudades son transformados, en sí mismos y de forma creciente, en puntos de intersección, estaciones y cruces dentro de una red metropolitana intensiva cuyos ritmos económicos y culturales, junto con su flexible sentido del centro, ya no se derivan necesariamente de Europa o Norteamérica. (Chambers, 1990: 53)

Chambers y sus «cuentos metropolitanos» llevan consigo un reconocimiento de que a finales del siglo XX a las ciudades les ha sucedido algo extraordinario, una suerte de cambio radical que hace que nuestras antiguas formas de entender la ciudad y el espacio urbano resulten cada vez más anacrónicas. Este doble reconocimiento de los importantes cambios materiales que han tenido lugar en nuestros mundos urbanos contemporáneos y los desafíos que estos representan para aquellos que estudian las ciudades constituye el primer paso necesario a fin de comprender la postmetrópolis. Sin embargo, Chambers no ha sido el primero en observar estas extraordinarias transformaciones. Algunos observadores actuales han llegado a afirmar incluso que la actual transformación urbana podría ser la más dramática en la historia de un proceso de urbanización que tiene más de 10.000 años. Estoy tentado también de formular la posibilidad especulativa de que la transición de la metrópolis moderna a la metrópolis postmoderna, que aún se encuentra en curso, pueda conducirnos eventualmente hacia la Cuarta Revolución Urbana. Si bien dichas especulaciones no resultan necesarias a fin de apreciar la inusual intensidad de los nuevos procesos de urbanización y las diversas formas urbanas y prácticas espaciales que se están generando, sí tienen el efecto de mantener abierto el alcance y la escala de la interpretación de lo que le ha estado sucediendo a las ciudades a medida que nos acercamos al nuevo milenio. Esa apertura resulta útil, incluso cuando sólo sirva para evitar la clausura prematura del debate por parte de aquellos que, de forma testaruda, sólo ven lo nuevo como una perturbación menor en el flujo continuo de la geohistoria.

Chambers concentra su análisis de los nuevos procesos de urbanización en *un profundo cambio en cuanto a lo que la ciudad representa*, una intensa reestructuración del sentido, del simbolismo cultural y de los discursos dominantes

adheridos a lo que he denominado especificidad espacial del urbanismo y su más abstracta expresión conceptual y experiencial en el *imaginario urbano*, es decir, en los modos en que concebimos las ciudades y la vida urbana. En particular, Chambers sostiene que las ciudades, al menos en Europa y en Norteamérica, tienden a representar cada vez menos el «punto culminante de las culturas locales y territoriales», una cualidad intrínseca de la urbanidad que puede rastrearse desde los orígenes de las mismas. En una tendencia que puede haberse iniciado durante la primera etapa de desarrollo del capitalismo industrial-urbano, la ciudad contemporánea parecería estar cada vez menos vinculada a su especificidad espacial, a la ciudad como un punto fijo de referencia, memoria e identidad colectiva. En el párrafo que sigue al citado más arriba, Chambers se expresa acerca de esta dislocación y de este descentramiento.

Con esta detallada extensión semiótica, y una simultánea pérdida de marco, las referencias a un «afuera» tienden a desvanecerse. En su punto máximo, podemos hacer referencia a la amplia periferia urbana compuesta por innumerables suburbios, ciudades satélite y desarrollos urbanos, o a los proyectos de vivienda de las zonas urbanas deprimidas, las economías no oficiales y subterráneas y las bolsas locales de extrema dureza —ya sea Brixton al sur de Londres, los barrios pobres de Nápoles o los *barrios* de East Los Ángeles— que se distinguen invariablemente por su pobreza, frecuentemente por la presencia de una variedad de etnias y por los lenguajes de identidad local. Pero la antigua separación entre un exterior «natural» obvio y un interior urbano «artificial» se debilita y tiende a colapsarse. Los referentes que alguna vez separaron firmemente a la ciudad del campo, lo artificial de lo natural, son ahora reproducidos de forma indiscriminada como signos y horizontes potenciales dentro de una topografía común. Este hábitat, la metrópolis, que constituye tanto una realidad imaginaria como un lugar real, se ha transformado en el mito de nuestro tiempo. (Chambers, 1990: 53-54)

Chambers agrega inmediatamente que ya no podemos tener la esperanza de cartografiar la metrópolis moderna, debido a que ya no podemos asumir que conocemos «sus extremos, sus fronteras, sus confines, sus límites». Representar la ciudad como una unidad geográfica, económica, política y social discreta enraizada en su entorno y en su hinterland resulta más difícil que nunca. Los límites de la ciudad se están volviendo más porosos, entorpeciendo nuestra habilidad para trazar líneas claras entre lo que se encuentra dentro de la misma en tanto opuesto a lo que se ubica fuera, entre la ciudad y el campo, las zonas residenciales de las afueras y lo que no es ciudad; entre una ciudad región metropolitana y otra; entre lo natural y lo artificial. Lo que alguna vez constituyó claramente para la ciudad «otro lugar», ahora está entrando en su zona simbólica ampliada. Entre la ciudad

real y la ciudad imaginaria intercede una confusión cada vez mayor, que convierte a «la ciudad» tanto en una realidad imaginaria o simulada como en un lugar real. Chambers observa también que ya no podemos seguir representando la metrópolis postmoderna como una mera prolongación de la ciudad capitalista industrial, con sus referentes decididamente fijos y sus epistemologías urbanas tradicionales. Resulta necesario desarrollar nuevas formas de comprender, tanto en términos prácticos como teóricos, los espacios de la ciudad que son empíricamente percibidos, conceptualmente representados y realmente habitados.

Muchos otros estudiosos contemporáneos han observado una similar desvinculación territorial del espacio urbano. En sus propios viajes hacia la postmodernidad, Celeste Olalquiaga funda microscópicamente este malestar urbano en una transformación del cuerpo, de la geografía más cercana, tal y como la poetisa Adrienne Rich la denominó en una ocasión. Olalquiaga caracteriza este malestar como una forma específicamente urbana y contemporánea de *psicastenia*, la palabra del griego moderno utilizada generalmente para hacer referencia a los desórdenes mentales.

Definido como una alteración en la relación entre el ser y el territorio que lo rodea, la psicastenia es un estado en el cual el espacio definido por las coordenadas del cuerpo orgánico se ve confundido con el *espacio representado*. Incapaz de demarcar los límites de su propio cuerpo, perdido en el inmenso mar que lo circunscribe, el organismo psicasténico procede a abandonar su propia identidad a fin de abarcar el espacio que se ubica más allá. Y lo realiza camuflándose con el entorno. Esta simulación lleva a cabo una doble usurpación: mientras que el organismo reproduce exitosamente aquellos elementos que de otro modo no podría aprehender, en este mismo proceso es absorbido por ellos, desapareciendo como una entidad diferenciada. (Olalquiaga, 1992: 1-2; énfasis añadido).

La psicastenia es uno de los síndromes psicológicos asociados a la vida en la postmetrópolis, donde los límites de la identidad están cambiando rápidamente y muchas de las antiguas especificidades espaciales del urbanismo parecen desvanecerse en el aire. Tal y como escribe Olalquiaga, «los cuerpos se están asemejando a las ciudades», la autopercepción y la identidad de ambos están cada vez más vinculadas a «la topografía de los monitores de ordenador y las pantallas de video», brindándonos los «lenguajes e imágenes que necesitamos para vincularnos con los demás y para vernos a nosotros mismos» (Olalquiaga, 1992: 17). Esta referencia a una nueva «topografía» electrónica invasiva está emparentada con una conexión similar realizada por Chambers y por muchos estudiosos de la ciudad contemporánea. En esta nueva Era de la Información, que se caracteriza por sus persuasivas

redes de realidad virtual, inteligencia artificial, netscapes, comunicaciones ciberespaciales y «comunidades digitales», las sólidas materialidades del espacio urbano parecen evaporarse a medida que el mundo (y el espacio más allá) es introducido en la zona simbólica de cada ciudad. En esta «extensión simbólica de los detalles», existe una pérdida simultánea del «marco» para lo que ya no puede ser definido como un «afuera» de las ciudades.

Chambers sigue esta envolvente red hacia la cartografía del espacio urbano postmetropolitano, simultáneamente descentrado y recentrado. Una «amplia periferia urbana» compuesta por una «interminable cantidad de suburbios» desdibuja el alcance externo de la postmetrópolis, mientras que un sentido más flexible del centro redefine las zonas urbanas deprimidas como «no oficiales» y «subterráneas». Algunos de los lugares de esta «metro-red» expansiva son abandonados en la medida en que son considerados monumentos obsoletos que pertenecen a una era previa de la modernidad formando las nuevas ruinas a explorar en las «regiones crepusculares» de la ciudad. Otros emplazamientos son reconstituídos como paisajes urbanos simulados y estetizados, museificados y gentrificados a fin de suplir la demanda de las comunidades virtuales de nuevo tipo, que ocupan los lugares privilegiados de un espacio urbano cada vez más segmentado. Otros se vuelven poco más que «puntos de intersección, estaciones, cruces» de una red mundial, es decir, de lo que en sus trabajos más recientes Manuel Castells denominó la sociedad red. Los que no juegan ningún papel en la nueva metrópolis se vuelven virtualmente invisibles al ser «insertados en otros discursos»; algunos de ellos son demonizados adjudicándoles la figura del enemigo interno, constituyendo de este modo poblaciones flotantes de nómadas urbanos que ocupan «bolsas locales de extrema dureza», portadoras de pobreza, decadencia, enfermedad, drogas, crimen y violencia.

Estas observaciones reflejan la interacción simultánea que tiene lugar entre la *desterritorialización* y la *reterritorialización*. Se trata de una más entre las muchas parejas de palabras *des-re* que paradójicamente han comenzado a describir los efectos de los nuevos procesos de urbanización. La desterritorialización hace referencia a la creciente debilidad que caracteriza a los vínculos con el lugar, es decir, con las comunidades y culturas definidas territorialmente que abarcan desde los hogares, los barrios y el pueblo o la ciudad, hasta la metrópolis, la región y la comunidad contemporánea con una identidad territorial más poderosa, el Estado nación moderno. Aunque esta desterritorialización no ha tenido lugar de forma exclusiva en la era contemporánea, probablemente nunca haya habido un periodo en el cual sus efectos hayan sido tan intensos y su alcance tan importante, llevando a algunos a proclamar la creación de un «mundo sin fronteras» y el «final de la geografía».

No obstante, también se ha desarrollado al mismo tiempo un proceso de reterritorialización que ha creado nuevas formas y combinaciones de identidad territorial y espacialidad social que, si bien no reemplazan a las anteriores, están produciendo geografías humanas que son muy diferentes y más complejas que aquellas que conocimos en el pasado. Esta turbulenta reestructuración del arraigo y de la identidad territorial, que está teniendo lugar en medio de un mar de relaciones cambiantes entre el espacio, el conocimiento y el poder, ha dado lugar en la postmetrópolis a una *nueva política cultural*, una política muy diferente a las políticas de la economía que dominaron el urbanismo moderno. Y lejos de marcar el final de la geografía, estas nuevas políticas se vinculan cada vez más a las especificidades espaciales de lo urbano y a un conocimiento estratégico sobre el modo en que el espacio actúa como un medio de subordinación y de control social.

La transición postmetropolitana también puede ser descrita como una implosión y una explosión en la *escala* de las ciudades, una extraordinaria transformación de gran alcance del espacio urbano que es al mismo tiempo tanto de dentro hacia fuera como de fuera hacia dentro. En un cierto sentido, hoy en día la totalidad del mundo se está urbanizando rápidamente, desde la Antártida hasta el Amazonas, a medida que el alcance espacial de las culturas, las sociedades y las economías con sede en las ciudades se extiende hacia todas las regiones del planeta. A otro nivel, cada centro urbano individual, desde el más grande hasta el más pequeño, parece contener, de forma creciente, el mundo entero dentro de sí, creando los espacios urbanos más culturalmente heterogéneos que jamás se hayan visto. Una vez más, aunque los orígenes de esta transformación en la escala urbana pueden ser rastreados en eras más antiguas, esta transformación nunca se había manifestado con un alcance y una profundidad semejantes, haciendo del discurso sobre la *globalización* una de las aproximaciones más reveladoras a fin de comprender los nuevos procesos de urbanización.

La postmetrópolis puede ser representada como un producto de la intensificación de los procesos de globalización, a través de los cuales y de forma simultánea, lo global se está volviendo local y lo local se está volviendo global. Chambers considera que esta simultaneidad nos conduce hacia un tipo de «mundialidad» de la ciudad por medio de su emplazamiento en una vasta metro-red global de unos lugares hasta ahora dispersos, pero que de forma creciente absorben a todas las personas y a todos los lugares en unos ritmos económicos y culturales comunes. Lo que alguna vez fue central, ahora se está volviendo periférico y lo que constituía la periferia se está volviendo cada vez más central, una observación pertinente para el espacio urbano, debido a la intensiva urbanización de los suburbios en ciudades

exteriores o ciudades-frontera [*edge cities*],¹ mientras que las ciudades centrales o los centros urbanos son ocupadas por los inmigrantes de la diáspora de las regiones más pobres del mundo. Una combinación similar de descentralización y recentralización está teniendo lugar a escala global en el marco de lo que es denominado como Nueva División Internacional del Trabajo, por la que unas pocas regiones del Tercer Mundo, que antes eran pobres, se transforman en Países de Reciente Industrialización, y por la que el Segundo Mundo se desintegra en un nuevo tipo de periferia y muchas regiones del Primer Mundo sufren una desindustrialización y decadencia generalizadas.

Mientras que los cuerpos se asemejan cada vez más a las ciudades, el espacio urbano se parece cada vez más a las geografías globales, incorporando dentro de su extenso alcance una condensación cosmopolita de todas las culturas mundiales y de todas las zonas de tensión internacional. De este modo, la postmetrópolis se convierte en un interconector de fusión y difusión, crecimiento implosivo y explosivo, una ciudad del Primer, Segundo y Tercer Mundo en una sola ciudad. Tal y como observa Chambers, en Europa y Norteamérica la cultura postmetropolitana ya no se deriva necesariamente de los territorios locales o, incluso, nacionales. Esto está generando otra radical transformación en las políticas culturales del espacio urbano, que de forma novedosa subraya el sentido práctico y teórico de la diferencia, la identidad, la subjetividad, la multiplicidad y la integración; así como también la raza, la clase, el género, la orientación sexual, la edad y otras cuestiones. Las viejas categorías binarias como blanco-negro, hombre-mujer, capital-trabajo, colonizador-colonizado se están quebrando y están siendo reconstituidas de diferentes modos, modos que sólo ahora estamos empezando a comprender. En nuestra comprensión ya no podemos depender exclusivamente de fuentes autóctonas. A fin de comprender la postmetrópolis, Lagos, Sao Paulo, Bombay o Singapur nos brindan una ventana tan reveladora como puedan ser Los Ángeles, París, Chicago o Manchester.

¹ Las *edge cities*, término acuñado por Joel Garreau, son en realidad la consolidación urbana de los viejos suburbios norteamericanos. Se caracterizan efectivamente por contar con una ubicación excepcionalmente lejana de los centros urbanos, una mezcla de la función residencial y terciaria y unas densidades extremadamente bajas que hace que se confundan con el territorio natural. Su éxito ha sido tal que actualmente dos terceras partes del espacio de oficinas existente en ese país se concentra en esta tipo morfológico. En comparación con los centros urbanos, las *edge cities* ofrecen a las corporaciones globales importantes ventajas tales como suelo barato, seguridad, comunicaciones terrestres eficientes, equipamiento tecnológico avanzado y una elevada calidad de vida para sus empleados y directivos. En el capítulo 8, «Exopolis», Soja explora de forma específica esta nueva forma urbana. [N. del E.]

Para concluir este breve avance de la postmetrópolis y de plantear un desafío político que nos motive a seguir avanzando, devolvamos una vez más nuestra mirada hacia Iain Chambers.

El mundo actual no presagia automáticamente un paraíso informático [...] sin embargo nos conduce hacia un nuevo horizonte de posibilidades. Produce un espacio (en sentido físico, temporal y simbólico) en el cual las relaciones sociales y la organización económica previa, así como el conocimiento y la experiencia tradicionales son puestos en duda, crisis y movimiento; un espacio en el cual el trabajo puede volverse discontinuo; en el que la ecología no será una preocupación secundaria de la economía sino que formará parte del propio presupuesto social; en el que el género referido al poder y a la política ya no podrá ser ignorado o dado por sentado; en el que el agotamiento del consenso de postguerra y el endurecimiento de ciertos discursos ideológicos puede, paradójicamente, motivar la creación de conexiones transversales sobre divisiones políticas previas, como por ejemplo en lo que se refiere a los derechos y libertades sexuales; en el que las perspectivas autóctonas pueden ser frecuentemente interrumpidas y forzadas a acomodarse a tendencias y realidades transnacionales; y en el que el consumismo no es una consecuencia de la producción industrial sino una economía auto-generada y un modo de vida, que ya no se encuentra restringido a la «unidad familiar», caracterizada ahora por canales de consumo muy fluidos y heterogéneos que, llegado el momento, constituyen síntomas de importantes cambios en la concepción de la «producción» y de los «mercados». En este *desarraigo y rearraigo* de historias, estructuras y tradiciones previas, en su mutación y contaminación en un mundo contingente, es en el que podemos comenzar a discernir un sentido más amplio [...]

[Un] nuevo sentido de la «política» y de la «democracia», si es que no desaparecen para siempre debajo de la pobreza criminalizada, el desempleo estructural, la vigilancia legal y el ostracismo público de las minorías, el gobierno autoritario y los bancos de datos libres [...] debe ser descubierto y postulado en el espacio de lo que es potencial y socialmente posible, y no en reclamaciones abstractas de una abstracta «emancipación» o en apelaciones nostálgicas a un pasado imaginario. En última instancia, sólo poniendo a prueba nuestra imaginación en torno a las posibilidades de este presente — «el único tiempo que tenemos», tal y como expresó recientemente el pintor David Hockney— podemos tener la esperanza de reconstruir la realización de una «individualidad socializada» (Henri Lefebvre) y también la posibilidad de embarcarnos en una nueva historia. (Chambers, 1990: 47-8)

Aterrizar los discursos

La conurbación empírica de Los Ángeles que hemos discutido en el capítulo 5 dispone la escena geohistórica para los próximos seis capítulos que componen la Segunda Parte. Cada uno de estos capítulos, de modos diferentes aunque interconectados, *representa* a Los Ángeles como el entorno sinéctico para el desarrollo y la expresión de los nuevos procesos de urbanización, así como para la generación de discursos interpretativos dirigidos a comprender la transición postmetropolitana, tanto en términos teóricos como prácticos. En estas representaciones del *espacio imaginado* de la postmetrópolis, la región de Los Ángeles constituye tanto un objeto de análisis empírico de suma importancia, como un terreno y una fuente de carácter generativo para el análisis en sí mismo.

Al basar el análisis de la transición postmetropolitana en Los Ángeles no se espera que ello restrinja la interpretación de la postmetrópolis sólo a esta ciudad-región singular y, a menudo, muy particular. Dicha decisión está vinculada, en cambio, a un intento por enfatizar lo que podríamos denominar como sus *particularidades generalizables*, el grado en el que el caso de Los Ángeles puede ser utilizado para aprender más acerca de los nuevos procesos de urbanización que están afectando, con diversos niveles de intensidad, a todos los demás espacios urbanos del mundo. En este sentido, lo que presentamos aquí es una invitación a realizar un análisis comparativo, a utilizar lo que puede aprenderse de Los Ángeles con el fin de comprender, en términos prácticos y teóricos, lo que está sucediendo en el lugar en el que viva el lector.

Por lo tanto, lo que viene a continuación vincula lo general y lo particular, o lo que los filósofos denominan los enfoques nomotéticos e ideográficos, en seis discursos particulares, cada uno de los cuales representa una forma diferente de analizar e interpretar la reestructuración de la metrópolis moderna. Los dos primeros discursos se centran en los marcos o ventanas interpretativas que han adquirido mayor capacidad de influencia, y a través de los cuales los estudiosos han intentado explicar las principales causas de los nuevos procesos de urbanización. El capítulo 6 representa la postmetrópolis a través del discurso sobre la reestructuración de la economía geopolítica de la urbanización y el surgimiento de la *metrópolis industrial postfordista* especializada de forma flexible. En el capítulo 7, el principal énfasis explicativo se dirige hacia la globalización y la localización del capital, el trabajo y la cultura, y la concurrente formación de una nueva jerarquía de ciudades globales o mundiales. Aquí la postmetrópolis es considerada como una nueva *Cosmópolis*, que genera los espacios urbanos más heterogéneos que jamás hayan existido en términos económicos, políticos y culturales.

El segundo par de discursos se concentra fundamentalmente en los *resultados* o en las consecuencias urbanas de la globalización y de la reestructuración económica postfordista. El capítulo 8 analiza específicamente la reestructuración de la forma *espacial* urbana, la descentralización y recentralización del espacio urbano que, de forma simultánea, está transformando la metrópolis moderna desde adentro hacia fuera y desde afuera hacia dentro desafiando las definiciones convencionales de lo urbano, lo suburbano, lo exurbano, lo no urbano y lo rural. La postmetrópolis es representada y reestructurada regionalmente como una *Exópolis*, una nueva forma urbana que desafía las bases de los estudios urbanos contemporáneos. El capítulo 9 mueve nuestra atención hacia el mosaico social reestructurado de la postmetrópolis y el surgimiento de nuevas formas de metropolaridad, injusticia y marginación étnica y racial, en medio de una riqueza extraordinaria. Aquí la postmetrópolis se transforma en una *Ciudad Fractal*, fragmentada y polarizada, pero también en la escena de nuevas «hibridaciones» creativas y de políticas culturales dirigidas no sólo a la reducción de las desigualdades sino también a la preservación de la diferencia y a la promoción de identidades «transversales» y flexibles.

Los dos últimos discursos están dedicados al modo en el que la postmetrópolis, especialmente en la forma que ha adquirido en y alrededor de Los Ángeles, ha logrado sobrevivir a su globalización y reestructuración económica, turbulenta y socialmente rebelde. El capítulo 10 describe el archipiélago de las *Ciudades Carcelarias*, espacios que se asemejan a fortalezas y que cuentan con unas sofisticadas tecnologías de vigilancia y detención que responden a una «ecología del miedo», en un proceso de creciente substitución de la *polis* por la *policía*. Otra forma de regulación social, más sutil, es objeto de investigación en el capítulo 11. Allí la postmetrópolis es considerada como una aglomeración de *Ciudades Simuladas [Simcities]*, en la que el imaginario urbano está siendo reestructurado en el ciberespacio electrónico así como en otras manifestaciones más materiales de éste, incrementando lo que puede ser denominado hiperrealidad de la vida cotidiana. En esta implosión de la simulación, la vida urbana es interpretada, cada vez en mayor medida, como si fuera un juego de ordenador, desdibujando más aun los límites entre el mundo de lo real y el mundo de lo imaginario. Al igual que los otros cinco capítulos, éste comienza con un listado de textos representativos. Estos títulos relevantes nos proporcionan frases clave y metáforas que guían nuestra discusión y que también sirven como lecturas suplementarias o alternativas.

Estos seis discursos no son intrínsecamente mejores o más importantes que otras formas de acercarse y comprender la ciudad contemporánea. Han sido seleccionados en la medida en que se han convertido en el centro de

atención para el desarrollo de un clúster internacional de investigaciones e investigadores explícitamente preocupados en dotar de un sentido práctico y teórico a los nuevos procesos de urbanización y sus efectos sobre las especificidades espaciales del urbanismo contemporáneo. Es más, cada uno de estos discursos ha surgido y se ha consolidado con importantes raíces en el ámbito intelectual y en el entorno sinécico de una de las principales postmetrópolis precursoras, sino paradigmática: la conurbación de Los Ángeles. Si es cierto que existe una «Escuela de Los Ángeles» de estudios urbanos y regionales críticos que se distingue de las demás, estos seis discursos definen las áreas en las que ésta presenta una mayor concentración de estudios.

6. La metrópolis industrial postfordista.

Reestructurar la economía geopolítica del urbanismo

Textos representativos

– *Metropolis: From Division of Labor to Urban Form* [Metrópolis. De la división del trabajo a la forma urbana] (Scott, 1988).

– *Technopolis: High Technology Industry and Regional Development in Southern California* [Tecnópolis. La industria de alta tecnología y el desarrollo regional en el Sur de California] (Scott, 1993).

– *Pathways to Industrialization and Regional Development* [Los caminos de la industrialización y del desarrollo regional] (Storper y Scott eds., 1993).

– *New Industrial Spaces: Flexible Production, Organization and Regional Development in North America and Western Europe* [Nuevos espacios industriales. Producción flexible, organización y desarrollo regional en Norteamérica y Europa Occidental] (Scott, 1988).

– *Production, Work, Territory: The Geographical Anatomy of Industrial Capitalism* [Producción, trabajo, territorio. La anatomía geográfica del capitalismo industrial] (Scott y Storper eds., 1986).

– *The Capitalist Imperative: Territory, Technology, and Industrial Growth* [El imperativo capitalista. Territorio, tecnología y crecimiento industrial] (Storper y Walker eds., 1989).

– *Worlds of production: The Action Frameworks of the Economy* [Los mundos de la producción. Los marcos de acción de la economía] (Storper y Salais, 1997).

– *The Regional World: Territorial Development in a Global Economy* [El mundo regional. Desarrollo territorial en la economía global] (Storper, 1997).

– *The New Social Economy: Reworking the Division of Labour* [La nueva economía social. Reconsideración de la división del trabajo] (Sayer y Walker, 1992).

– *Technopoles of the World: The Making of Twenty-First Century Industrial Complexes* [Los polos tecnológicos del mundo. La formación de los complejos industriales del siglo XXI] (Castells y Hall, 1994).

– *Manufacturing Matters: The Myth of the Post-Industrial Economy* [La industria importa. El mito de la economía postindustrial] (Cohen y Zysman, 1987).

- *The Desindustrialization of America* [La desindustrialización de Estados Unidos] (Bluestone y Harrison, 1982).
- *The Great U-Turn: Corporate Restructuring and the Polarizing of America* [El gran cambio de sentido. La reestructuración corporativa y la polarización de Estados Unidos] (Harrison, 1988).
- *Lean and Mean: The Changing Landscape of Corporate Power in the Age of Flexibility* [Eficiencia y optimización. La transformación del panorama del poder corporativo en la Era de la Flexibilidad] (Harrison, 1994).
- *The Second Industrial Divide: Possibilities for Prosperity* [La segunda división industrial. Las posibilidades de la prosperidad] (Piore y Sabel, 1984).
- *The Urbanization of Capital and Consciousness and the Urban Experience* [La urbanización del capital. Conciencia y experiencia urbana] (Harvey, 1985).
- *Spatial Divisions of Labor* [Las divisiones espaciales del trabajo] (Massey, 1984).
- *Post-Fordism: A Reader* [Post-fordismo. Selección de textos] (Amin ed., 1994).

Los títulos de los libros a menudo contienen las destilaciones más concentradas de un discurso. Para cada uno de los seis discursos acerca de la postmetrópolis, voy a utilizar frases clave de una lista de títulos de libros representativos como entradas temáticas al espacio discursivo que se va a estudiar. Dentro de este espacio, la conurbación de Los Ángeles seguirá brindándonos un fundamento heurístico, tanto como fuente primaria de ejemplos empíricos de los nuevos procesos de urbanización que modelan la postmetrópolis, como en su condición de entorno de estímulo en el cual se origina una importante porción del propio discurso.

Los caminos de los mundos urbanos de la producción

El primer discurso sobre la postmetrópolis conforma un tejido compuesto de muchas hebras, cada una de ellas motivada por una determinada interpretación del papel de la *producción industrial* y del impacto de la *reestructuración industrial* en la vida urbana contemporánea. La postmetrópolis en desarrollo es, de este modo, considerada fundamentalmente como un espacio, un territorio, una región, un «mundo» de producción, con cadenas o *filières* de enorme influencia que se prolongan en todos los aspectos referidos al desarrollo urbano y regional. Dentro de esta intrincada red de densos vínculos transaccionales ha cristalizado un espacio urbano que se presenta en términos discursivos, como una *metrópolis industrial postfordista*. Este modo particular de considerar el espacio urbano y su reestructuración postmetropolitana se ha desarrollado a lo largo de los últimos cincuenta años como una de las perspectivas teóricas y empíricas más poderosas y más

rigurosamente formuladas de los estudios urbanos críticos contemporáneos. A continuación, se presenta el desarrollo de este discurso sobre el *urbanismo industrial*, todavía en proceso de evolución, en una serie de capas conceptuales, cada una de las cuales captura diferentes facetas del espacio urbano industrial postfordista.

La anatomía geográfica del urbanismo industrial

¿Cómo se desarrollan y crecen las ciudades en el sistema de producción del capitalismo moderno? ¿Qué fuerzas gobiernan la organización interna y externa de sus economías? ¿Cómo se organiza la geografía intraurbana de la producción, y cómo se modifica con el paso del tiempo? ¿Cómo se moviliza el trabajo de la ciudadanía a través del sistema urbano y se transforma en trabajo productivo? ¿Qué impacto tiene la economía sobre la estructura de la vida urbana? A la inversa, ¿qué tipo de influencia tiene la vida urbana sobre la estructura de la actividad económica local? Estas preguntas [...] representan las entradas preliminares a la problemática teórica de la industrialización y la urbanización [...] y tienen importantes consecuencias en la manera en que acometemos la tarea de comprender la metrópolis moderna [...] en la forma en que un proceso urbano emerge —a través de los complejos patrones y dinámicas de la división del trabajo— desde el aparato de producción básico de la sociedad capitalista.

Allen J. Scott, *Metropolis: From the Division of Labor to Urban Form*,
1988, p 1 y 234.

Estos pasajes que provienen de las primeras y de las últimas páginas de *Metropolis*, probablemente el trabajo más representativo, en términos académicos, de la economía geopolítica postmetropolitana del sur de California, esbozan el marco conceptual subyacente y el enfoque analítico preponderante —así como un ambicioso alcance— del primer discurso acerca de la transición postmetropolitana. Al enmarcar y enfocar el discurso se presupone una perspectiva acerca de las ciudades y del «proceso urbano» centrada en el impacto específicamente geográfico de la producción industrial sobre el cambiante «paisaje de la sociedad capitalista». El «aparato de producción básico», que se manifiesta en el espacio productivo de la ciudad región nos proporciona la «entrada» elegida a la principal «problemática teórica» que emerge de la interrelación geohistórica entre la urbanización y la industrialización. Este vínculo dinámico entre el desarrollo industrial y el urbano es considerado como la fuerza fundamental o fundacional que modela aquello que es descrito en el subtítulo de uno de los textos representativos, co-editado por Allen Scott y Michael Storper (1986), como «la anatomía geográfica del capitalismo industrial» o, en otras palabras, la geografía específica del

capitalismo. Las interpretaciones de los nuevos procesos de reestructuración urbana y regional que han reconstituido la especificidad espacial del urbanismo en la metrópolis moderna durante los últimos treinta años son tomadas de este marco teórico del urbanismo industrial.

El discurso general acerca del urbanismo industrial emergió de una búsqueda más amplia por comprender la lógica geográfica y la «anatomía» resultante del capitalismo industrial-urbano y su persistente tendencia a producir y reproducir un *desarrollo geográficamente desigual*. Éste aborda la postmetrópolis con un tipo de análisis deliberadamente construido a partir de la selectiva recuperación, reorientación y firme espacialización de los viejos y de los nuevos modos de estudiar la ciudad que giran específicamente en torno a las *dinámicas de la producción social* y la intrincada red de relaciones que componen y están compuestas por la *división social y espacial del trabajo*. Tal y como indica el subtítulo del libro de Scott titulado *Metropolis*, la principal vía de análisis comprende desde la división del trabajo y otros importantes procesos socio-económicos hasta la forma y la estructura urbana, a pesar de que también se le preste cierta atención a la relación inversa: al modo en que la especificidad espacial del urbanismo actúa modelando las fuerzas económicas y la propia naturaleza del capitalismo industrial-urbano.¹

¹ Si bien quisiera evitar desviar el discurso acerca del urbanismo industrial antes de que sea apropiadamente introducido, no puedo dejar de mencionar que esta cuestión del equilibrio entre el modo en que la industria modela el urbanismo y la forma en que el urbanismo modela la industria es fundamental en relación con uno de los argumentos centrales que he desarrollado en este libro y que, por lo tanto, merece una observación. Si bien Scott y algunos otros exponentes de este discurso hacen un esfuerzo por intentar reconocer la relación dialéctica entre el proceso y la forma, sigue permaneciendo una tendencia profundamente arraigada a concentrarse principalmente en los procesos/fuerzas económicas que dan forma a la anatomía estructural de la forma/geografía urbana, más que en el sentido contrario. Es decir que, el viaje analítico que va «de la división del trabajo a la forma urbana» deja frecuentemente muy poco tiempo para moverse en la dirección inversa. Vale la pena, por lo tanto, recordar la contundente afirmación acerca del modo en que la especificidad espacial del urbanismo actúa dando forma al proceso de industrialización. Se trata de una observación de Henri Lefebvre que utilicé como epígrafe en mi discusión de la dialéctica socio-espacial en *Postmodern Geographies* (1989: 76):

El espacio y la organización política del espacio expresan las relaciones sociales pero también actúan sobre ellas en sentido inverso [...] *La industrialización, que alguna vez produjera el urbanismo, es ahora producida por él* [...] Hacemos uso de las palabras «revolución urbana» para designar el conjunto total de transformaciones que atraviesan a la sociedad contemporánea y que generan un cambio desde el periodo en que las cuestiones del crecimiento económico y la industrialización eran predominantes al periodo en el que la problemática urbana se torna decisiva. [Énfasis añadido]

Mantengan en mente esta directriz que apunta a lograr un mejor equilibrio mientras nos deslizamos a través del primer discurso.

Los exponentes más destacados del discurso acerca del urbanismo industrial, tanto en Los Ángeles como en otros lugares, han sido los geógrafos económicos o los economistas geopolíticos, especialmente aquellos quienes, como Scott, jugaron un importante papel en la escuela neo-marxista de la economía política urbana y regional que se desarrolló a partir de las crisis urbanas de la década de 1960. Si bien los equipos de investigación compuestos por urbanistas industriales se han ampliado a lo largo de los últimos años incluyendo una mayor variedad de científicos sociales interesados en las relaciones entre la industria y el trabajo, así como en sus instituciones, el discurso sigue estando fuertemente modelado por una versión y una visión explícitamente espaciales de la economía política de la urbanización. El objeto de estudio está decididamente centrado en las especificidades espaciales del urbanismo y en el estímulo económico, generativo y ocasionalmente degenerativo, de la aglomeración urbana, o de aquello que he denominado *sinecismo*. En este sentido, el discurso es una extensión directa de los agudos desarrollos teóricos de la geografía específica de la urbanización capitalista (y yo agregaría principalmente del primer espacio u orientada por la práctica espacial) llevados a cabo por David Harvey, Manuel Castells y otros miembros de la escuela neo-marxista.

Sin embargo, este discurso representa también una importante transformación en esta fecunda tradición. Es, por ejemplo, mucho más ecléctico que su principal precursora, especialmente en la medida en que ha adquirido la forma de un grupo de investigadores que utilizan el Los Ángeles postmetropolitano como su principal laboratorio urbano. El nuevo discurso entrelaza muchos enfoques diferentes a fin de estudiar el espacio y el proceso urbano, abarcando tanto los comentarios de Engels acerca de Manchester, como la ecología de la escuela de Chicago y sus ampliaciones en la economía urbana neoclásica y la ciencia regional, hasta los nuevos desarrollos de la economía política internacional, la economía evolucionista e institucional, la teoría crítica postestructuralista y los estudios culturales postmodernos. Hay préstamos de las teorías clásicas de la localización industrial de Alfred Weber, que añaden un cierto sabor «post-weberiano» al discurso;² de los ciclos económicos del economista Schumpeter y de la «destrucción creativa» asociada a los procesos de reestructuración generados por crisis, de las teorías del desarrollo y de la planificación regional

² El Weber al cual hacemos referencia en esta ocasión no es Max sino su hermano, menos conocido y mucho más inclinado hacia lo espacial, cuyos escritos acerca de la localización industrial y las economías de aglomeración se convirtieron en uno de los pilares de la nueva geografía cuantitativa y teórica que se desarrolló en la década de 1970. El escrito de Alfred Weber, *Über den Standort der Industrien*, fue publicado en 1909; su traducción al inglés [*Theory of the Location of Industries*] fue publicada por primera vez en 1929 por la editorial de la Universidad de Chicago.

vinculadas a los centros de crecimiento y al desarrollo polarizado; y de los urbanistas iconoclastas, tales como Jane Jacobs y sus nociones de una cultura económica autogenerada en las ciudades.

Si bien la mayoría de los estudiosos que juegan un papel central en la producción de nuevos discursos sobre el urbanismo industrial siguen basándose tácitamente en concepciones marxistas acerca de la naturaleza esencial del capitalismo, también es cierto que hay un cierto punto en el cual el marco y el lenguaje discursivo se acercan a una postura post-marxista, al menos en el sentido de que parecerían rechazar las explicaciones «automáticas», profundamente estructuralistas, de todo el fenómeno urbano como el producto de la lógica primordial de la acumulación capitalista. Esa estructura y esa lógica profundas siguen en juego, no como un programa determinista para explicar todo lo que ocurre en la actualidad, sino como un telón de fondo o escenario supuesto (y frecuentemente no manifiesto) que permiten comprender, en términos teóricos y prácticos, un mundo impredecible y cada vez más complejo. Persiste aquí entonces una desconcertante ambigüedad que tiene que ver con cuanta cantidad de marxismo sigue latente en el discurso, pero queda claro que la metanarrativa totalizante que dominó a la escuela de la economía política radical, urbana y regional, ya no es tan omniabarcante e inflexible como antes.

Existen muchas otras formas de distinguir el nuevo discurso sobre el urbanismo industrial y la economía geopolítica de su predecesor. Con el propósito de profundizar en sus rasgos más destacados, voy a presentar una serie de temas indicativos que han modelado este discurso durante los últimos cincuenta años, comenzando con la forma en la que es concebido y tratado el «aparato productivo de la sociedad capitalista».

Producción-trabajo-territorio: la reconsideración de la división del trabajo

[L]os discursos urbanos de las décadas de 1960 y 1970 parecían haber creado una visión de la ciudad curiosamente truncada, esto es, una visión en la cual el mundo cotidiano de la producción y el trabajo era subsumido como una mera escenografía para una serie de fenómenos de consumo [...] En oposición a estos teóricos, yo afirmo aquí que la industrialización en tanto proceso generalizado de organización económica e integración social constituye la base del desarrollo urbano moderno. Por sobre todas las cosas, las intrincadas ramificaciones de la división social del trabajo, la estructura transaccional de la producción y las dinámicas de la formación del mercado de trabajo local crean un campo de fuerzas que de modo omnipresente apuntalan todo el patrón espacial de la metrópolis. (Scott, 1986: 35)³

³ Esta cita ha sido tomada de la conclusión del texto de A. J. Scott, «Industrialization and Urbanization: A Geographical Agenda», *Annals of the Association of American Geographers*, núm. 76, 1986, pp. 25-37. Este importante ensayo, realizado a partir del trabajo de Scott y de sus estudiantes acerca del desarrollo y la reestructuración industrial en los condados de Los Ángeles y Orange, estableció una «agenda geográfica» que de forma eficaz conformaría la investigación sobre el urbanismo industrial durante la siguiente década.

Entre las principales premisas epistemológicas que han modelado el primer discurso y que han dotado de estilo a sus presentaciones y representaciones, el más importante ha sido un insistente retorno a la problemática generativa definida por las dinámicas de la producción social, que se ha ampliado hasta incluir no sólo los bienes y servicios sino también la información, el entretenimiento y la «producción de cultura» en aquello que es denominado como «industrias culturales» o, según los trabajos más recientes de Scott, la «economía cultural de las ciudades».⁴ Este acento fundacional en las fuerzas contradictorias y en las relaciones conflictivas asociadas al proceso productivo y a las divisiones del trabajo se encuentra principalmente vinculado a la obra de Marx y Engels. Sin embargo, tal y como Scott y otros han afirmado, esta tradición clásica, con su énfasis en las dinámicas de producción, ha devenido una vía muerta dentro del discurso neo-marxista de las décadas de 1960 y 1970, incluso en sus formulaciones más explícitamente espaciales.

La problemática profundamente arraigada de la producción fue considerada por la mayoría de los geógrafos y de los sociólogos marxistas como si hubiera sido tan eficazmente conceptualizada en *El Capital* que tan sólo era necesario utilizar las inspiradoras interpretaciones de Marx para estimular una conciencia y una acción política radicales. Las relaciones sociales de la producción capitalista, intrínsecamente explotadoras, y su huella en el espacio de la ciudad y de la región fueron, de este modo, relegadas tácitamente a los niveles de análisis de la sociedad capitalista más abstractos y «universales», convirtiéndose en una suerte de presencia omniabarcante que a su vez era dada por supuesta en la propia definición del funcionamiento interno del capitalismo. Mantener con vida la problemática de la producción significaba poco más que sostener un apoyo atento al movimiento obrero y a sus luchas en el lugar de trabajo. Pero incluso aquí el apoyo se veía diluido por la creciente importancia del *espacio de consumo* de la ciudad y por las luchas que tenían lugar dentro de ella en relación con la *reproducción* social en los hogares, los barrios, las comunidades y la totalidad del entorno urbano edificado. Estas luchas giraron específicamente en torno a los movimientos sociales urbanos que vincularon la política progresista, no con el capital y la relación capital-trabajo en el lugar de trabajo, sino con el Estado local y nacional y sus funcionarios.⁵ En otras palabras, el consumo colectivo y la

⁴ Allen J. Scott, «The Cultural Economy of Cities», *Internacional Journal of Urban and Regional Research*, núm. 21, 1997, pp. 323-39.

⁵ La gran mayoría de los así denominados movimientos sociales urbanos no incluían las luchas en los lugares de trabajo que se encontraban directamente vinculadas a la producción industrial y a los procesos laborales. Las luchas en torno a la producción siguieron ocupando un lugar central, pero no eran vistas como específicamente *urbanas*.

reproducción social definían los aspectos más inmediatos y problemáticos de la discusión política, relegando el «aparato de producción» de la ciudad a un telón de fondo siempre presente pero nunca cuestionado.

En estos primeros debates neo-marxistas, resultó ser particularmente influyente la afirmación realizada por Manuel Castells en *La cuestión urbana* (1977) en la que relegaba la producción a la escala regional, al mismo tiempo que condensaba la especificidad espacial de lo urbano casi exclusivamente en torno al consumo colectivo y a los movimientos y la política decididamente social, pero sólo incidentalmente espacial. Esto no sólo redujo el alcance de los estudios urbanos críticos, sino que reforzó la separación interpretativa entre lo urbano y lo regional, y añadió más barreras al desarrollo de una dialéctica socio-espacial adecuada. Romper con estos persistentes dualismos modernistas (producción-consumo, urbano-regional, social-espacial) se convertiría en una de las cuestiones centrales en el desarrollo del discurso sobre el urbanismo industrial y de una rigurosa economía geopolítica.

En las esferas neo-marxistas, más amplias y menos explícitas, de la planificación urbana, de la sociología urbana y de la geografía urbana prevaleció una concentración similar en el «aparato de consumo» de la ciudad, incluso cuando se lidiaba con cuestiones tales como el empleo, el trabajo y la renta. En los ámbitos de la teoría urbana, del análisis empírico y de la práctica de la planificación, la producción industrial *per se* recibió una atención relativamente escasa, excepto como una fuente de trabajo y renta para los obreros industriales, como la base económica de los sindicatos en tanto actores de la ciudad o como una forma menor de uso no residencial de la tierra. Tal y como observó Scott, «existía un acuerdo bastante generalizado en que la agenda central de la investigación urbana estaba definida por una concepción de la ciudad como lugar de actividades de consumo, procesos relativos a la vivienda y dinámicas barriales» (1986: 25).

De este modo, el rápido desarrollo del discurso sobre el urbanismo industrial sorprendió a los estudios urbanos y recibió una importante resistencia por parte de los estudiosos radicales y liberales, así como también por los conservadores. Hasta el día de hoy, persiste una firme postura de oposición que afirma que el discurso del urbanismo industrial sigue siendo limitadamente «productivista», habiendo empujado demasiado lejos los márgenes de cuestiones no estudiadas como la economía basada en los servicios, el consumo colectivo, las preocupaciones por el bienestar social, la importancia de las actividades de ocio y, aún de mayor importancia, la cultura y la estética, la raza y la identidad étnica, el género y la sexualidad y muchas otras dimensiones vitales de la vida urbana que no son de forma convencional asociadas a la producción industrial y al análisis de clases.

Si bien esta persistente crítica al urbanismo industrial ha ayudado a abrir la economía geopolítica a interpretaciones más matizadas, también puede argumentarse que los mejores trabajos en el ámbito de la economía geopolítica del urbanismo siempre han prestado atención a los problemas relativos al consumo, la reproducción y la cultura. La mayoría de los urbanistas industriales se preocupan por evitar rechazar la importancia inherente de cuestiones tradicionales tales como la vivienda, la provisión de servicios sociales, las políticas de bienestar social y los programas contra la pobreza, por el transporte público, la regulación del uso de la tierra, el deterioro ambiental y los movimientos sociales urbanos que han surgido alrededor de estos problemas relativos al consumo colectivo. Después de un primer periodo de negligencia, los nuevos movimientos que giraban en torno a la raza, el género, las preferencias sexuales y otras formas de identidad cultural empezaron también a recibir una atención cada vez mayor, aunque no sin una importante controversia y frecuentemente un debate hostil.

En respuesta a esta crítica se ha argumentado no sólo que estas cuestiones y problemas relativos a la cultura y el consumo eran importantes, sino también que podrían ser mejor comprendidos y se podría actuar sobre ellos a través de un riguroso replanteamiento de las dinámicas de la producción social y de la división del trabajo, especialmente en relación con la dramática reestructuración industrial que tuvo lugar en el último tercio del siglo XX. Hacia finales de la década de 1980 esta reestructuración industrial había avanzado lo suficiente como para que la mayoría de los urbanistas tuvieran claro que muchos de los problemas más serios de la decadencia urbana y del desarrollo regional desigual, desde los desastres sociales de la renovación urbana hasta el «cambio de poder» cada vez más evidente entre el Frostbelt [los estados del norte y del noreste de Estados Unidos] y el Sunbelt [los estados del sur] estaban relacionados con los profundos cambios que habían tenido lugar en la organización y en la tecnología corporativa de la producción industrial, así como en las divisiones sociales y espaciales del trabajo a ellas asociadas.

Se sostenía, en particular, que el proceso de reestructuración industrial estaba teniendo el efecto de vaciar y polarizar los *mercados urbanos de trabajo*, una de las principales expresiones de la división social del trabajo en el espacio urbano. El antes preponderante sector medio del mercado de trabajo, y en términos más generales la clase media, estaba siendo desplazado, unos pocos afortunados ascendían a las ocupaciones técnicas y de dirección mientras que cantidades mucho más importantes, en su gran mayoría trabajadores manuales sindicalizados, experimentaban severas reducciones en la renta familiar y avanzaban hacia la constitución de lo que recientemente ha dado en llamarse una infraclase urbana dependiente de las ayudas sociales.

El impacto social y espacial de la reestructuración industrial sobre los mercados de trabajo urbanos y su segmentación según el género, la raza y la identidad étnica, así como también la ocupación y la ubicación constituyeron uno de los principales temas de investigación de los urbanistas industriales.

Una gran parte de esta investigación ha sido llevada a cabo a través de *estudios de caso de industria o sector*, análisis detallados y específicamente geográficos del cambio tecnológico, de las organizaciones corporativas, del proceso de trabajo, de la estructura laboral y de los patrones de localización en industrias y sectores industriales específicos, desde automóviles hasta dibujos animados. Además de trazar un mapa de los patrones ocupacionales, la ubicación de las empresas, las relaciones *input-output* y la distribución del empleo, estos estudios de caso fueron aún más lejos y apuntaron más allá de la división del trabajo a fin de explorar la «red transaccional» de vínculos entre las empresas y personas que circundaban el proceso productivo. El trabajo de Scott, si bien reconoció su deuda con sus ricos precursores históricos, marcó las pautas para muchos estudios de caso posteriores al concentrar la atención en las dinámicas de *desintegración vertical*, definidas como «el proceso general de fragmentación de los distintos elementos del proceso de trabajo en unidades de producción especializadas pero interrelacionadas en términos funcionales» (Scott, 1986: 27).

Para Scott, y para muchos otros urbanistas industriales, la creciente desintegración vertical se transformó en el centro de la interpretación que trataba de comprender y teorizar la reestructuración industrial y los nuevos patrones de desarrollo urbano-industrial que surgieron de las crisis económicas de las décadas de 1960 y 1970. Scott rastreó la conceptualización de las dinámicas de desintegración vertical hasta llegar a la parábola de la división del trabajo en la fabricación de alfileres realizada por Adam Smith, pero a la exactitud del propio Smith le añadió una adecuada espacialización que vinculaba la creciente desintegración vertical y el aumento inherente de los costes de transacción con la estrategia de reducción de costes derivados de la re-aglomeración «horizontal», la formación de los característicos *complejos* o distritos *industriales*. Estos conglomerados emergentes de producción industrial, muchos de los cuales se establecieron en lugares ubicados a cierta distancia de los antiguos centros urbano-industriales, se transformaron en la representación simbólica de lo que (nuevamente) se estaba desarrollando en la anatomía geográfica del urbanismo industrial contemporáneo, especialmente en relación con la innovación organizativa y tecnológica y lo que he estado denominando como un *sinecismo espacial* generado de manera endógena.

Aquí la lógica económica y espacial era simple y directa. Ante una creciente desintegración vertical y horizontal (debido a prácticas como la subcontratación, el *outsourcing*, el establecimiento de múltiples lugares de

producción y otras transformaciones en la cadena de montaje fordista meticolosamente integrada), «los productores (ya estuvieran involucrados en actividades productivas o en oficinas y servicios) tenderían a ubicarse cerca unos de otros, de tal forma que se redujeran los costes de la actividad transaccional externa» (1986: 28). Llevando esta especialización aún más lejos, Scott afirmó que debido a la «asociación geográfica», con la disminución de las fricciones propias de la distancia, que reduce de forma eficaz los costes de las transacciones, se induce una desintegración y una *re-aglomeración* vertical aún mayor. «De este modo —señala Scott— los conglomerados de producción de crecimiento intensivo se desarrollan de forma horizontal; con el crecimiento de los mercados, estos conglomerados crecen en tamaño y se tornan cada vez más diferenciados a nivel interno» (1986: 29).

Los tres sectores más importantes de la economía en los que esta re-aglomeración parece que fue más intensa, en tanto motores de la economía, fueron: 1) la producción basada en alta tecnología, especialmente la electrónica, la producción aeroespacial y la biomedicina, dando lugar a una gran cantidad de nuevos términos tales como polos tecnológicos, tecnópolis y *silicon landscapes*; 2) las industrias basadas en el trabajo artesanal que frecuentemente requieren un uso intensivo de mano de obra y diseño y que abarcan desde la producción de moda, muebles y joyas hasta la fabricación de misiles teledirigidos y películas; y 3) el así denominado sector FIRE [*finance, insurance, real estate*], esto es, las empresas financieras, de seguros e inmobiliarias, así como también actividades vinculadas a la publicidad, la promoción y los servicios legales. La mayoría de las investigaciones empíricas así como los principales intentos de desarrollar una teoría se han concentrado en estas tres industrias de «vanguardia» o en estos tres sectores propulsores de la nueva economía del espacio industrial-urbano, tanto en Estados Unidos como en muchas otras partes del mundo.

Esos estudios de caso, que rastreaban la formación de aglomeraciones industriales especializadas, se han convertido en emblemáticos de la metodología del primer discurso. Han proporcionado la materia prima empírica más importante tanto para el desarrollo de la teoría como para la aplicación práctica, y se han convertido también en el medio característico por el que los investigadores más jóvenes ingresan al discurso. En tanto sello metodológico distintivo, también han contribuido a definir las fronteras académicas del discurso, a generar encendidos debates acerca de la inclusión y la exclusión, especialmente en relación con el género y la raza. Estos debates señalaron, tanto el grado en el cual los estudios de industria, sector y mercado de trabajo prestaba atención conceptual y empírica a las mujeres y a las personas de color, como en

qué medida las mujeres y las personas de color son reconocidas y respetadas académicamente en su condición de estudiosos de la división del trabajo dentro del propio discurso.⁶

La industria importa: en contra de la sociología postindustrial

Otro estandarte temático alrededor del cual se han congregado los urbanistas industriales es la afirmación de que «la industria importa», una celebración retórica de la centralidad de la producción industrial. Este doble tropo constituye, en primer lugar, una firme y enérgica afirmación de que la industria manufacturera, a pesar de la dramática declinación estadística del empleo industrial en prácticamente la totalidad de los países industriales avanzados y de la reducción del poder de los sindicatos industriales que le acompaña, sigue siendo el centro vital de todas las economías nacionales, el *sine qua non* del desarrollo capitalista. La batalla por (re)establecer este posicionamiento ha tenido lugar en muchos frentes. Se observa, por ejemplo, que mientras el empleo industrial ha disminuido abruptamente en Estados Unidos y en la mayoría de los países industriales avanzados, la contribución de la industria al Producto Interior Bruto ha sufrido una disminución relativamente pequeña. Pero más allá de los argumentos estadísticos, hay diadas ideológicas y teóricas más importantes, tal vez la más importante de las cuales sea el discurso rival sobre el postindustrialismo.

A estas alturas la mayoría de las personas es consciente, como poco, del concepto de sociedad postindustrial, la noción de que en la mayoría de los países desarrollados ha tenido lugar una profunda transformación hacia economías basadas en los servicios, los empleos de oficina y las tecnologías de la información, que constituyen las piezas vitales de lo que algunos afirman que se trata de una nueva forma de sociedad capitalista de la abundancia basada principalmente en el consumo y el consumismo más que en la industria manufacturera. Una versión de esta hipótesis postindustrial y de sus desarrollos más recientes en nociones como Sociedad de la Información

⁶ Véase, por ejemplo, Susan Christopherson, «On Being Outside “The Project”», *Antipode*, núm. 21, 1989, pp. 83-9; y Linda McDowell, «Multiple Voices: Speaking from Inside and Outside “The Project”», *Antipode*, núm. 24, 1992, pp. 56-72. Christopherson y McDowell extendieron sus críticas bastante más allá del discurso del urbanismo industrial, contribuyendo a generar una reinterpretación feminista crítica de gran alcance de todos los métodos de investigación geográfica. Con el fin de profundizar en esta crítica más amplia y audaz, véase Doreen Massey, *Space, Place and Gender*, Cambridge (RU), Polity Press, 1994; y Gillian Rose, *Feminism and Geography: The Limits of Geographical Knowledge*, Cambridge (RU), Polity Press, 1993.

ha sido su entrada en el ámbito de los estudios urbanos, especialmente entre los sociólogos que trabajan en las regiones industriales en decadencia de Estados Unidos y el Reino Unido. En este discurso alternativo sobre la reestructuración urbana, la ciudad capitalista industrial se ha transformado en la ciudad de la Era de la Información o Postindustrial, lo que marca un distanciamiento fundamental respecto de la estructura y la lógica del capitalismo industrial urbano. En algunos casos extremos, este cambio, con su decedente énfasis en las luchas en el lugar de trabajo, los sindicatos industriales y la política socialista, ha generado imaginativos pronunciamientos acerca del «final de la ideología», el «triumfo del capitalismo» y, más recientemente, el «final de la historia». Incluso en sus formas más moderadas, el postindustrialismo viene asociado a la minusvaloración de los procesos de industrialización en tanto punto de partida para estudiar el fenómeno urbano contemporáneo.

No sorprende que Allen Scott haya tomado la iniciativa de atacar tanto al postindustrialismo como a sus seguidores. A un nivel básico, trabajar en y acerca de la región de Los Ángeles en una época en que ésta región creció hasta transformarse en la metrópolis industrial más grande de EEUU hizo que las hipótesis postindustriales parecieran inusualmente erróneas para Scott. En respuesta frontal, concluyó su discusión en «Urban Theories and Realities» (1988) [Teorías y realidades urbanas], el primer capítulo de *Metropolis*, con «un breve ejercicio de deconstrucción y reorientación». Con su estilo de escritura característicamente lacónico y directo, afirma: «La hipótesis postindustrial me da la impresión de que podría conducirnos a un error en lo que se refiere a muchas de sus principales consecuencias, y que se encuentra completamente equivocada en la medida en que señala la trascendencia latente del capitalismo a través de una suerte de nuevo modo de procesar la información de la organización económica» (1988: 7). Scott fundamenta su postura defendiendo que (1) esos servicios relativos a la información y los negocios también son, en gran medida, mercancías manufacturadas y son «producidas» de un modo similar a como son producidos el acero, los automóviles y los ordenadores; (2) que incluso la provisión de servicios personales (la financiación de las familias, la educación, la salud) y de bienes públicos o semipúblicos (consumo colectivo) puede ser considerada como un «componente importante y/o complementario de las estructuras básicas de producción y trabajo en el capitalismo moderno» (1988: 8); y (3) que esos sectores especializados tales como la administración, los bancos, los seguros, la contabilidad, la publicidad y demás cuestiones, continúan administrando, dirigiendo y controlando el sistema mundial de producción de mercancías industriales, «el motor interno de la totalidad de la economía capitalista», tal y como siempre lo han hecho (Scott, 1988: 8).

Hay otro aspecto del principal argumento que afirma que la industria importa y del ataque de Scott hacia el postindustrialismo que se encuentra relacionado con un aspecto central de todos los capítulos de *Postmetrópolis*, la importancia de la especificidad espacial del urbanismo. Puede considerarse que las mismas palabras «la industria importa», resuenan en conexión discursiva con un argumento que ha estado a la vanguardia de lo que, en un contexto más amplio, alguna vez describí como «la reafirmación del espacio en la teoría social crítica», una reivindicación de que *la geografía importa* en todo intento por comprender el comportamiento, la historia y la sociedad humana.⁷ El énfasis específicamente espacial en el discurso acerca del urbanismo industrial por reconocer que la industria importa puede ser considerado como un segundo reconocimiento de la importancia fundamental de la imaginación geográfica, al menos en el estudio de las ciudades. Si bien la perspectiva postindustrial y de la nueva era de la información ha resultado particularmente atractiva para los sociólogos, ésta ha sido generada fundamentalmente por sociólogos, y en la medida en que estas perspectivas y discursos han sido frecuentemente desarrollados de tal modo que se disminuye la importancia de las especificidades espaciales y de lo geográfico, en tanto opuestas a la imaginación histórica y sociológica, la resistencia a ellas constituye, en parte, una nueva y resuelta reafirmación de la importancia del espacio y de la geografía en la comprensión del mundo contemporáneo.

El hecho de reducir el urbanismo industrial a un simple productivismo o a una obsesión estructural por el sector industrial implica, por lo tanto, la pérdida de un punto vital. Dentro de este primer discurso se encuentra una de las reafirmaciones más ricas acerca de la importancia de una perspectiva espacial crítica y de lo que he denominado dialéctica socio-espacial de todos los estudios urbanos contemporáneos. A pesar de que sigue existiendo una tendencia a prestar una mayor atención al poder de la industrialización para modelar el espacio, que al poder de la espacialidad para modelar la industria, incluso este desequilibrio está siendo parcialmente atendido en los trabajos más recientes de Scott, Storper y muchos otros economistas geopolíticos. Sin embargo, lo que sí permanece vigente es una separación cada vez mayor entre el enfoque geográfico y el enfoque sociológico de los estudios urbanos en lo que se refiere a esta reafirmación de la espacialidad, un tema que volveré a tratar en los capítulos siguientes.

⁷ Véase D. Massey y J. Allen (eds.), *Geography Matters! A Reader*, Cambridge (RU), Polity, 1984.

Cruzando las líneas divisorias de la industria

Los patrones de industrialización y de urbanización siempre han estado íntimamente interrelacionados, del mismo modo que siempre han estado sujetos de forma conjunta a reestructuraciones periódicas desde los comienzos históricos del capitalismo. Una expresión distintiva de este fenómeno puede observarse en Gran Bretaña a comienzos del siglo XIX cuando en lugares como Birmingham, Bradford, Leeds, Manchester y Sheffield tuvo lugar el desarrollo de las densas concentraciones urbanas de talleres, molinos y trabajadores manuales en respuesta al sistema de producción industrial. Otra expresión del mismo fenómeno puede hallarse en el noreste de Estados Unidos en las décadas que siguen a la Segunda Guerra Mundial, con Chicago y Detroit como sus casos típicos, donde un exitoso sistema fordista de producción en serie estaba creando las bases del sueño americano. Y otra expresión puede discernirse en la actualidad en los actuales estados del sur y del sudoeste de Estados Unidos [Sunbelt] donde ciudades como Dallas-Forth Worth, Denver, Houston, Phoenix y la gran megalópolis del sur de California han crecido a ritmo acelerado sobre la base de un tipo de industrialización capitalista muy diferente a la que modeló los centros urbanos del Noreste en un periodo previo. Todos los casos mencionados representan coyunturas peculiares en la geografía histórica del capitalismo; pueden ser considerados como destilaciones particularmente intensas de órdenes económicos y modos de vida que han prevalecido en diferentes momentos y en diferentes lugares durante los últimos dos siglos.

Allen Scott, «Industrial Urbanism in Southern California: Post-Fordist Civic Dilemmas and Opportunities», *Contention*, 1995, p. 39.

Aquí Scott nos conduce nuevamente hacia otro tropo discursivo que se ha colado en la literatura sobre el urbanismo industrial. Este tropo supone reconocer un emplazamiento estratégico del discurso dentro de la geohistoria del capitalismo y de sus episódicos momentos de intensa y también extensa reestructuración. Scott identifica tres de estas «coyunturas peculiares», cada una de las cuales da lugar a «expresiones distintivas» o representaciones que tipifican los diferentes modos del urbanismo industrial: Manchester y otras ciudades de la Revolución Industrial en Gran Bretaña en lo que puede ser descrito como el modelo clásico o fundacional, los talleres y los molinos del sistema de producción industrial; Chicago y Detroit por «el enormemente exitoso sistema fordista de producción en serie»; y, con un énfasis intencionado, «la gran megalópolis del sur de California» por el contemporáneo desarrollo de un espacio urbano industrial particularmente postfordista. Esta secuencia de tres

modos de urbanismo industrial, a pesar de estar definidos, ejemplificados y fechados de diferentes formas, se encuentra profundamente grabada en la narrativa geohistórica que enmarca el discurso.⁸

En este sentido, el discurso se encuentra intrínsecamente ligado a una u otra versión de los modelos de onda larga discutidos previamente, en conjunción con la macro-geohistoria de la modernidad, la urbanización y el desarrollo capitalista. A pesar de que los teóricos y los analistas empíricos más importantes del urbanismo industrial tienden a distanciarse de un auténtico modelo de onda larga, se ha desarrollado un consenso discursivo en torno al deterioro más reciente de las economías nacionales y globales, fechado de muy distintos modos desde finales de la década de 1960 hasta comienzos de la de 1970. Las evidencias empíricas de la formación de la crisis durante este periodo y de los indicios subsiguientes de la existencia de una profunda transformación económica, que surgía de los procesos de reestructuración generados por ésta que operaban en todas las escalas de la economía capitalista, desde la local hasta la global, se han convertido en un fulcro interpretativo para el nuevo discurso y sus representaciones urbanas.

Bennett Harrison describió este cambio de la economía y la sociedad norteamericanas como un *Great U-Turn* (1988) [Gran cambio de sentido] y atribuyó sus causas a la ruptura del «contrato social» entre las grandes corporaciones, los grandes sindicatos y un Estado intervencionista que sostuvo el auge económico fordista-keynesiano de postguerra. En la base de esta ruptura se hallaba una calculada reestructuración del poder de las corporaciones y sus decisiones asociada a las cada vez más frecuentes estrategias de subcontratación, el cierre de fábricas especialmente en el centro del Cinturón Industrial Norteamericano, las campañas en contra de los sindicatos, la fuga de capitales al extranjero en busca de mano de obra más barata y la reorganización del «panorama» corporativo en torno a las nuevas tecnologías de ahorro de trabajo. La reestructuración paralela del gobierno condujo también a una inversión de las prioridades, en la medida en que el antiguo *New Deal* y los posteriores programas de bienestar de la Gran Sociedad perdieron su atractivo debido a una situación económica cada vez peor. Lo que inicialmente fue descrito como un proceso de *desindustrialización*, se

⁸ Mientras que el sur de California seguiría constituyendo el foco principal del debate, resulta importante observar otros ejemplos del nuevo urbanismo industrial, incluido *Silicon Valley* y la extensa área de la Bahía de San Francisco, la región que rodea a Boston, principalmente la que se encuentra pegada a la ruta 128, y la así denominada Tercera Italia, que está formada por las regiones intermedias entre el Norte y el Sur, tales como Emilia-Romagna, Toscana y Venecia. También podría agregarse a esta lista la *cit e scientifique* de París, las regiones alemanas de Baden-Württemberg y Bavaria y algunos «polos tecnológicos» en Japón.

transformó en la «polarización de EEUU», en la intensificación de la pobreza, la decadencia de los obreros manuales, destruyendo comunidades otrora prósperas y una presión cada vez mayor sobre los hogares de clase media, al tiempo que las corporaciones buscaban nuevas vías para aumentar su beneficio.

A una escala internacional más amplia y desde un punto de vista más optimista, Michael Piore y Charles Sabel (1984) teorizaron esta reestructuración generada por crisis como el comienzo de una «segunda revolución industrial» basada en gran medida en la puesta en marcha de lo que denominaron la «necesidad de escala», que durante dos siglos había impulsado el desarrollo capitalista hacia unos incrementos cada vez mayores en la escala de la producción industrial. Consideraban que la producción en serie fordista, con sus enormes corporaciones y sus cadenas de montaje integradas, había alcanzado sus límites en lo que se refiere a su tamaño y a las economías de escala. La crisis del fordismo dejó lugar para la fluorescencia de una nueva economía basada en lo que denominaron *especialización flexible*, flexibilización de las jerarquías en las relaciones entre dirección/trabajo y una reorganización de los procesos productivos y de las tecnologías que permitió que a algunos conglomerados formados por empresas pequeñas y medianas, que ya no se encontraban ligadas a las viejas aglomeraciones urbanas fordistas, se pusieran a la cabeza de la innovación tecnológica y de la generación de nuevas «oportunidades de prosperidad», frecuentemente en lo que Scott describió como *nuevos espacios industriales*. Para Piore y Sabel, la Tercera Italia constituía el ejemplo paradigmático de estos nuevos espacios industriales, con un patrón de industrias muy disperso y basado, principalmente, en el trabajo artesanal.

El estudio de la Tercera Italia, apoyado fundamentalmente en el trabajo de estudiosos italianos que trataban de comprender este resurgimiento regional, introdujo una gran variedad de nuevas cuestiones al discurso del urbanismo industrial. El término *fabbrica diffusa* o producción difusa describía la enorme dispersión de los lugares de producción en las periferias de los centros urbanos más importantes. En lugar de concentrarse en las grandes ciudades, la producción se agrupó en lo que el economista italiano Giacomo Beccatini, haciendo uso de los primeros trabajos del economista inglés Alfred Marshall, denominó *distritos industriales*. El estudio de las dinámicas que subyacen a la formación de estos distritos industriales «marshallianos» y de lo que podría ser descrito como la innovación sinécista, que surge incluso en aglomeraciones urbanas pequeñas, se ha transformado en un aspecto empírico y teórico central para los urbanistas industriales de todo el mundo. Y esto ha influido profundamente en el trabajo sobre la región de Los Ángeles, una de las regiones más difusas y policéntricas de las principales metrópolis industriales.

Además de considerar que el periodo de reestructuración económica urbana actual refleja un «gran cambio de sentido» en las relaciones entre el capital, el trabajo y el Estado, y el pasaje a través de una Segunda Línea Divisoria Industrial hacia una Era de la Flexibilidad, existía otra capa semántica utilizada a la hora de conceptualizar lo que le estaba sucediendo a las ciudades hacia finales del siglo XX. Ésta se basó en la Escuela de la Regulación francesa inicialmente fundada en el trabajo de Michael Aglietta y desarrollada con un énfasis más explícitamente espacial por Alain Lipietz.⁹ Desde el punto de vista regulacionista, lo que se estaba produciendo en la economía capitalista mundial era un nuevo *régimen de acumulación*, que surgía en respuesta a la crisis del fordismo y a la desintegración del *modo de regulación* fordista, un concepto relacionado con el contrato social entre el capital, el trabajo y el Estado. Los términos frecuentemente asociados a este régimen emergente eran neo-fordista y neo-taylorista, aunque existía una tendencia, apoyada por muchos estudiosos que no pertenecían a la Escuela Regulacionista, a agrupar todas las nuevas formas bajo la etiqueta general de *postfordista*.

En su resumida descripción de las dinámicas geográficas de la «industrialización capitalista tardía» Allen Scott y David Harvey agregaron una nueva etiqueta a la era contemporánea del capitalismo industrial-urbano, describiéndolo como un periodo de transición del fordismo hacia un régimen de *acumulación flexible*.¹⁰ Pero más allá del uso generalizado de este término, especialmente entre los que se encuentran más interesados en mantener fuertes vínculos con el marxismo, el tropo dominante en el discurso urbano industrial ha seguido siendo postfordismo.

Post-ford-ismo

La emergencia del postfordismo como metáfora dominante de la economía mundial contemporánea ha provocado un debate crítico generalizado dentro del campo de la economía geopolítica y también entre los observadores

⁹ Michael Aglietta, *A Theory of Capitalist Regulation: The USA Experience*, Londres, Verso, 1979 [ed. cast.: *Regulación y crisis del capitalismo*, Madrid, Siglo XXI, 1979]; Alain Lipietz, «New Tendencies in the International Division Of Labor: Regimes of Accumulation and Modes of Regulation», en Scott y Storper (eds.), *Production, Work, Territory: The Geographical Anatomy of Industrial Capitalism*, Boston: Allen and Unwin, 1986, pp. 16-40. En relación con Lipietz, también se puede consultar *Le Capital et son space*, Paris, Maspero, 1977.

¹⁰ David Harvey y Allen Scott, «The Practice of Human Geography: Theory and Empirical Specificity in the Transition from Fordism to Flexible Accumulation», en Bill Macmillan (ed.), *Remodeling Geography*, Oxford, Blackwell, 1989, pp. 217-29.

externos. Examinemos la palabra *post-ford-ismo* separándola en las partes que la componen. La sílaba intermedia (con o sin la mayúscula) probablemente sea la menos controvertida. Ésta expresa de forma enfática la centralidad de la producción industrial y captura mejor que ningún otro tropo el sistema económico hegemónico y el contrato social que de forma tan fuerte impulsó el *boom* de postguerra en Estados Unidos. Sus raíces gramscianas resultan atractivas al economista político radical y también ubican apropiadamente los orígenes del régimen fordista (capitalizado) en la década de 1920, cuando el marxista italiano hiciera uso de ese término por primera vez. Su específica referencia a la industria automotriz tiene un poder icónico, que resulta tan atractivo como lo anterior, al ponerlo en relación, al mismo tiempo, con las cadenas de montaje de la producción en serie y con los acuerdos que vinculaban la productividad con el consumo de masas y que dieron lugar a una clase obrera con la mejor situación económica y con la mayor movilidad social de la historia. Por otra parte, han surgido algunas oleadas críticas en relación con la posibilidad de que el predominio de la producción en serie fordista haya sido exagerada en las décadas inmediatamente anteriores y posteriores a la guerra (fundamentalmente fuera de Estados Unidos) y algunos analistas insisten en que se le debe prestar mayor atención a Keynes y, por lo tanto, al papel del Estado de Bienestar y del consumo de masas estimulado por el Estado, a la hora de simbolizar el sistema económico de postguerra. Sin embargo, estas críticas han estado probablemente más vinculadas a afirmaciones excesivamente entusiastas acerca de la hegemonía de las prácticas espaciales postfordistas que a desafiar la raíz metonímica del término. El fordismo ha pasado ya a ser comúnmente empleado para describir la era de desarrollo capitalista que se extiende desde los comienzos de la década de 1920 hasta, al menos, los primeros años de la década de 1970.

La anteposición del *post-* ha sido más controvertida. Al igual que en los debates acerca de la postmodernidad y el postmodernismo, cierto literalismo categórico insiste en que el prefijo connota «el final de», una clara ruptura entre dos eras completamente diferentes. Dada la existencia de una abundante evidencia empírica que prueba que el fordismo no ha desaparecido, afirman que el postfordismo es un concepto inherentemente engañoso e inservible. Otra versión de ese literalismo, que también resulta frecuente en los debates postmodernos, crea una dicotomía o una formulación binaria a partir del prefijo *post-*, transformando de ese modo al postfordismo en un polo opuesto y puro del fordismo, sin que se permita ningún tipo de combinación. Cuando las industrias de carácter fordista son consideradas en prácticas típicamente postfordistas, o viceversa, esto se transforma en una contradicción inaceptable que desafía el propio sentido del «ascendente» postfordista. No cabe duda de que es posible hurgar en los escritos acerca del postfordismo y

descubrir frases y párrafos que parecerían insinuar la existencia tanto de una «clara ruptura» como de un modelo de «polos opuestos» en las relaciones entre fordismo y postfordismo. Sin embargo, el contexto más amplio de estos escritos es suficientemente claro. Al igual que otros *posts*, el postfordismo no representa ni una ruptura total ni un opuesto binario de su principal referente, sino más bien un movimiento que va más allá del régimen de acumulación y del modo de regulación establecido en dirección hacia un orden económico muy distinto. En otras palabras, una deconstrucción (no una destrucción o eliminación) y una reconstitución (aunque sólo sea parcial, permanentemente incorporando componentes específicos del antiguo orden) de las economías políticas fordistas y keynesianas.

Finalmente, el *-ismo*, un sufijo que denota de forma muy inocente algún tipo de adhesión intencional a un modo particular de realizar las cosas, pero que frecuentemente es utilizado también para denotar los extremos de un rechazo y/o defensa apasionadas. El sentido inocente es probablemente el más adecuado para el fordismo. Este define un compuesto específico de las prácticas económicas que son tipificadas de manera ideal en los procesos de producción y en las relaciones capital/trabajo iniciadas por Henry Ford; y que también caracterizaron a todo un conjunto de sectores industriales que fueron los principales (pero no los únicos) responsables de la recuperación económica de la Gran Depresión y de sostener el *boom* económico de postguerra en Estados Unidos y en otros países industriales avanzados. De este modo, el fordismo hace referencia a los actores económicos y a sus acciones características. El postfordismo implica así, de modo similar, el desarrollo de una configuración «emergente» alternativa de las prácticas económicas que hacen de motor económico, muy diferentes aunque no completamente desconectadas del fordismo. Empujar el *-ismo* a sus extremos más defensivos, publicitarios y excluyentes implica, por lo tanto, extender su significado más allá de lo le que corresponde.

Para los analistas, el postfordismo constituye un compuesto formado por la yuxtaposición de dos vocablos de gran utilidad con el fin de definir y describir las nuevas formas emergentes y las tendencias características del capitalismo industrial urbano contemporáneo. A fin de estar seguros, éste es frecuentemente reificado como un curso de acción preferente, como la única forma de ir, y de hablar, especialmente cuando los «éxitos» descritos en los textos son traducidos de un modo simplista a los debates y procesos de toma de decisiones relativas a la planificación y a las políticas públicas. Sin embargo, sin su propio referente metonímico, el postfordismo se convierte en un concepto más vago e indefinido que el fordismo. Fue diseñado para capturar todas las aparentes desviaciones del fordismo al mismo tiempo que sugería que algo completamente nuevo y diferente se había consolidado ya

sobre los vestigios del fordismo. En este sentido, el postfordismo puede ser considerado de un modo más adecuado como un concepto «dilatorio», tentativamente abierto a múltiples especificaciones, un comodín temporal que puede desaparecer cuando sus cualidades distintivas se encuentren definitivamente establecidas, identificadas y nombradas. Lo que cristaliza en el discurso es la firme consolidación de un conjunto particular de prácticas económicas que se han dado a lo largo de las últimas tres décadas, en una posición de creciente importancia económica. Identificar y nombrar el «funcionamiento interno» generativo de esta consolidación y especificar sus causas y consecuencias más importantes constituye otro importante proyecto teórico y práctico de la exposición de este discurso.

El creciente poder de la flexibilidad

La flexibilidad domina el discurso sobre el urbanismo industrial. La literatura contemporánea abunda en referencias a la especialización flexible (a veces abreviada como, *flexspec*), sistemas de producción flexibles, un régimen capitalista de acumulación flexible, una Era de la Flexibilidad, relaciones flexibles capital/trabajo, tecnologías flexibles, incluso ciudad-flex o Flexópolis como sinónimo del espacio urbano industrial postfordista. La creciente flexibilidad es considerada como el ingrediente clave en la expansión y en la multiplicación del estímulo económico de los nuevos polos tecnológicos, de los distritos industriales basados en el trabajo artesanal, y las plataformas FIRE y, efectivamente, de toda la transición del fordismo al postfordismo. Los atractivos de la flexibilidad son múltiples. Ésta resuena en contraposición a la rigidez de la producción en serie fordista: entregadas cadenas de montaje vertiendo productos altamente estandarizados, corporaciones enormemente jerárquicas, sistemas de producción integrados verticalmente que abarcan desde la provisión de materias primas hasta el marketing y la publicidad del producto terminado, acuerdos laborales y relaciones salariales tan jerárquicas y firmemente estructuradas como los anteriores, y una regulación gubernamental y una política de bienestar social legislada en términos formales.

Bajo el contrato social de postguerra en Estados Unidos, las industrias fordistas pudieron lograr economías de escala y de aglomeración sin precedentes históricos. Sin embargo, a comienzos de la década de 1970 las ganancias comenzaron a reducirse cada vez más, la productividad ya no aumentaba lo suficientemente rápido como para cubrir los salarios y los beneficios laborales prometidos, la intensificación de la competencia internacional creó desequilibrios comerciales cada vez mayores, se suspendió la importación

de materias primas clave y la estanflación redujo enormemente el consumo de masas (y las políticas de bienestar social asociadas al mismo) necesario para el funcionamiento del fordismo. De cualquier modo que uno explique la incipiente crisis en Estados Unidos y en la economía mundial, se hizo evidente para los principales actores económicos que los *bussiness as usual* ya no podían depender en la confianza de una expansión económica permanente y que la falta de flexibilidad inherente al fordismo constituía, al menos, una parte del problema. En Japón, Europa occidental y otros países industriales desarrollados, se llegó a la misma idea de que las reformas graduales de la economía podrían no ser suficientes con el fin de asegurar la paz social y el crecimiento económico continuo. Era necesario tomar medidas más drásticas.

Los procesos de reestructuración industrial generados por crisis económicas que pusieron fin al *boom* económico posterior a la guerra se movieron en sus inicios en muchas direcciones diferentes. Pero rápidamente parecieron emerger y consolidarse algunos patrones de innovación característicos, en tanto prácticas económicas estables y exitosas. Las primeras descripciones sociológicas de este nuevo orden económico observaban, con benevolencia, el nacimiento de una sociedad postindustrial en Estados Unidos, al mismo tiempo que el empleo industrial disminuía y los empleos vinculados a los servicios crecían de forma desmesurada. Después el discurso se movió en la dirección de las descripciones de la desindustrialización de EEUU, concentradas en el extenso Cinturón Industrial Norteamericano y en las nuevas regionalizaciones que surgían de la decadencia del Frostbelt y Rustbelt [el tradicional cinturón industrial del norte y este de EEUU], y el ascenso del Sunbelt y de las «industrias del futuro».

En las discusiones sobre la desindustrialización, empezaba a ser cada vez más evidente que la industria manufacturera (y la clase obrera) todavía importaban (en llamativo contraste con las tesis postindustriales) y que lo que estaba sucediendo podía ser descrito no sólo como una desindustrialización (que emanaba fundamentalmente de la decadencia o de la deconstrucción del fordismo) sino también como una *reindustrialización* (el surgimiento de nuevas formas industriales que reorganizaban el fordismo en muy diferentes direcciones). Hacia finales de la década de 1980, las discusiones relativas a la reestructuración industrial volvieron a concentrarse en este proceso de reindustrialización postfordista y, particularmente, en la mayor flexibilidad que parecía caracterizar a unas prácticas económico-espaciales más rentables. De una manera significativa, el discurso se internacionalizó también a fin de explorar las distintas variantes globales del tema de la producción y la especialización flexibles, con un especial énfasis en el modelo japonés e italiano. Las nuevas tecnologías informáticas (la moderna electrónica, la informática y la robótica), las innovaciones en la organización corporativa, las

economías transaccionales emergentes de «entorno» más que de escala, el crecimiento de las redes locales y regionales de empresas y pequeños empresarios y una gran cantidad de otros factores y consecuencias de la reestructuración industrial, que resultan demasiado numerosos como para poder dar cuenta de ellos en este libro, recibieron también una especial atención en su condición de medios para una mayor flexibilidad. Lo que emanó de todos estos nuevos desarrollos fue una mayor habilidad para combinar la variedad de formas de producción que caracterizó a las industrias artesanales del siglo XIX con los enormes retornos de escala que estaban asociados a la producción en serie del fordismo.

La producción flexible, que efectivamente podríamos denominar como la versión flexible del urbanismo industrial, ha sido estudiada en tres extensos campos que interactúan entre sí: la tecnología, la organización y el territorio o el espacio. Las nuevas tecnologías son consideradas como medios de promoción de flexibilidad a través de los cambios en las líneas de producto procesadas por medio de ordenadores, sistemas *just-in-time*, la reducción de los costes de inventario y muchos otros dispositivos y estrategias de ahorro de trabajo y de reducción de los costes fijos. Las estructuras organizativas de las corporaciones se han vuelto más flexibles de diferentes maneras. Las fusiones corporativas han formado enormes conglomerados con una variedad de especializaciones que, cuando resultan exitosas, pueden ser ampliadas o cerradas de forma flexible según su rendimiento, sin tener efectos negativos sobre otras unidades. Sin embargo, se le ha prestado mucha más atención a la desintegración vertical del proceso productivo y a la externalización del riesgo a través de la subcontratación, la tercerización, un control más efectivo de las relaciones capital/trabajo y muchas otras formas de especialización flexible. Se considera que es precisamente el impacto acumulado de estas transformaciones tecnológicas y organizativas lo que está generando nuevos patrones de desarrollo territorial, que a su vez dirigen la reestructuración de la economía geopolítica del espacio urbano y modulan la formación de la metrópolis industrial postfordista.

Eficiencia y optimización: el repentino aumento de la desigualdad

Gran parte de la literatura sobre la reestructuración industrial y la especialización flexible se ha concentrado en los éxitos, en el crecimiento y en el desarrollo de los principales sectores de la economía global contemporánea. Sin embargo, hay otro aspecto del discurso sobre el urbanismo industrial que se concentra en los impactos negativos de la reestructuración industrial y de la acumulación flexible del postfordismo, especialmente en

el trabajo en general, y en las mujeres y en las minorías étnico-raciales en particular. Puede considerarse que estos efectos negativos surgen de la propia naturaleza de la reestructuración económica: sus orígenes derivados de la crisis y su fuerza motriz de doble filo, que trata de encontrar nuevos modos de alcanzar una expansión económica sostenible y rentable, y al mismo tiempo intenta encontrar nuevas formas de mantener la paz y la estabilidad sociales, especialmente en relación con el control y el disciplinamiento de la vital fuerza de trabajo.

Del mismo modo a como ya había sucedido en periodos previos de acelerada reestructuración económica, la búsqueda de un control social más riguroso sobre fuerzas perturbadoras o potencialmente perturbadoras para la economía ha supuesto un intenso proceso de disciplinamiento que ha sido racionalizado en términos ideológicos y encubierto con eslóganes como la necesidad de una «destrucción creativa» o de una «política de austeridad» debido a la situación de emergencia. Efectivamente, el disciplinamiento que ha acompañado la actual fase de reestructuración económica ha sido tremendo y merece cierta atención, aunque no sea más que para servir de contrapeso a la tendencia a hacer un excesivo hincapié, fundamentalmente, en los éxitos del postfordismo.

La deconstrucción y reconstitución del fordismo en EEUU han traído aparejadas un importante efecto disciplinador sobre los tres componentes del contrato social fordista. El gran capital, el gobierno intervencionista y los grandes sindicatos se han visto «reducidos» de forma drástica hasta volverse, en términos de la mordaz expresión de Bennett Harrison, cada vez más «eficientes y óptimos». Tal y como señala Harrison (1994, ed. rev. 1997), esto ha permitido que el trío fordista sobreviva a la Era de la Flexibilidad pero con un altísimo coste económico, político y social para la población en general. Comienza a ser evidente también que las nuevas economías y geografías postfordistas, en lugar de mitigar estos costes los están incrementando en lo que, cada vez más, parece ser un ciclo vicioso de polarización social y crecientes desigualdades económicas.

A modo de ilustración: según un informe reciente del Departamento de Comercio, los salarios reales ajustados a la inflación de los empleados sin responsabilidad directiva en la industria privada se han reducido de forma constante desde 1973 (la fecha de inicio generalmente utilizada para marcar el comienzo del gran cambio de sentido) a una tasa de crecimiento compuesta de 0,7% anual, con reducciones incluso en los años de importante crecimiento económico. Tal y como han demostrado otros estudios, los empleados a tiempo completo están trabajando más horas y reciben menos beneficios, el tiempo de descanso pagado ha disminuido y los empleos a tiempo parcial han aumentado enormemente hasta el punto de que

Manpower, Inc. (una empresa de trabajo temporal y de selección de personal ejecutivo) es en la actualidad el mayor empleador del país, reemplazando a General Motors, el icono corporativo del fordismo. La brecha entre la renta de los sectores más pudientes y los más pobres se ha incrementado de manera significativa hasta alcanzar niveles que la última vez que se vieron fue durante la Gran Depresión; al mismo tiempo, los pobres están formados, más que nunca antes, por mujeres y niños de color. Durante los últimos años se han sucedido algunas señales de cambio, pero el efecto acumulativo negativo de la reestructuración sobre los trabajadores industriales de EEUU ha alcanzado tal magnitud que muchos observadores consideran que el aumento de las desigualdades sociales y espaciales constituye un aspecto inherente a la metrópolis industrial postfordista.

Harrison describe «el lado oscuro de la producción flexible» y su «repentino aumento de la desigualdad» del siguiente modo:

Desde la posición estratégica de la década de 1990, resulta difícil hallar un observador serio que *no* esté de acuerdo con respecto a que la desigualdad está creciendo. La polarización de los empleos, que los empleadores ponen a disposición de aquellas personas que buscan trabajo, está dividiendo al conjunto de la población, blancos y negros, anglos y latinos, entre aquellos que recibe altos salarios y los que perciben salarios muy bajos, desposeídos, crecientemente inseguros [...] [L]o que Lester Thurrow, economista del MIT, ha denominado como un «repentino aumento de la desigualdad» puede estar vinculado, al menos en parte, a la reestructuración industrial y a la reorganización empresarial que hemos discutido en este libro. La producción eficiente [*lean production*], la reducción del tamaño de las empresas, la terciarización y la creciente importancia de las redes de producción de ámbito global gobernadas por las poderosas empresas matriz y sus aliados estratégicos, aquí y en el extranjero, son parte de esta búsqueda de flexibilidad de las empresas, a fin de poder lidiar de un modo mejor con la cada vez mayor competencia global. Pero esta misma búsqueda de flexibilidad está también agravando un antiguo problema de EEUU —el *dualismo* económico y social. (Harrison, 1994 [1997]: 190)

El principal foco del discurso a fin de explicar este lado oscuro del postfordismo y de la producción flexible ha sido la aparente obsesión, especialmente en las empresas estadounidenses, con las tácticas de reducción de los costes del trabajo: el programa definitivo para volverse más eficientes a través de drásticas *reducciones de tamaño* [*downsizing*], en la actualidad convertido en el sinónimo más popular del término reestructuración (y de aquello que Schumpeter denominó «destrucción creativa») dentro y fuera del panorama corporativo. Gran parte, por lo tanto, de la situación económica actual en Estados Unidos surge de la percepción de la necesidad de reducir los costes de la mano de obra y de la implementación generalizada de esta estrategia:

el enorme crecimiento de la cantidad de empleos a tiempo parcial y de trabajadores «temporales», el incremento de las familias y hogares con varios empleados, el ingreso masivo de las mujeres (especialmente con niños) en el mercado laboral, el incremento de la brecha entre las rentas y la mayor polarización de los salarios, el cierre y la relocalización de plantas, la fuga de capitales hacia el extranjero en busca de mano de obra más barata, el incremento de la carestía de vivienda y la crisis de la asistencia médica, la desregulación del Estado y el acoso a los sindicatos, el crecimiento de las industrias de alta tecnología con menor intensidad de uso de trabajo, el surgimiento de economías informales clandestinas y de talleres clandestinos, y una gran cantidad de otras consecuencias que son representadas como aspectos que contribuyen al lado oscuro de la nueva economía geopolítica.¹¹

Estas respuestas críticas a la compleja transición del fordismo al postfordismo provocan algunas preguntas que suponen un desafío para el desarrollo del discurso sobre el urbanismo industrial. A medida que se acumulan más evidencias acerca de las consecuencias sociales y económicas negativas del nuevo régimen de acumulación flexible, comienza a ser evidente que sabemos mucho más sobre los éxitos y los indicadores positivos del desarrollo urbano y regional contemporáneo que sobre de los fracasos y los efectos perjudiciales de los nuevos procesos de urbanización. ¿Qué implicaciones tiene esto, entonces, sobre nuestra comprensión práctica y teórica de la transición postmetropolitana? Si se considera, en términos retrospectivos, los tumultuosos acontecimientos que tuvieron lugar desde 1989, comenzando con la simbólica caída del muro de Berlín y el levantamiento de Tienanmen y luego las Revueltas por la Justicia [*Justice Riots*] de Los Ángeles en 1992, hasta llegar a la crisis económica de los países del este de Asia de 1997, se puede plantear una nueva pregunta: ¿es esto a lo que tenemos que hacer frente en la actualidad, a medida que entramos en el nuevo milenio, no sólo a una exitosa recuperación de la crisis del fordismo sino también a los comienzos de una nueva crisis que emana de la expansión y de la difusión de las prácticas espaciales postfordistas, la Era de la Flexibilidad y los otros nuevos procesos de urbanización que han dado forma a la postmetrópolis? En otras palabras, ¿hemos pasado de una reestructuración generada por crisis a una *crisis generada por la reestructuración*? Mantengan esta pregunta en mente mientras siguen leyendo el análisis de los discursos acerca de la transición postmetropolitana.

¹¹ Con el propósito de obtener otra visión del lado oscuro del postfordismo y de la producción flexible, centrada en la cuestión de la degradación ambiental, la justicia ambiental y la disciplina laboral más rigurosa, véase David Harvey, *Justice, Nature and the Geography Difference*, Cambridge (Ma.) y Oxford (RU), Blackwell, 1996.

Dentro del mundo regional: el redescubrimiento del sinecismo

Resulta necesario dar un último paso con el fin de acabar de trazar el desarrollo del primer discurso sobre la postmetrópolis, un nuevo giro sobre una vieja cuestión de la geohistoria del espacio urbano que, en torno a un marco explícitamente *regional*, reconceptualiza el discurso acerca del urbanismo industrial. Si bien siempre ha existido un especial interés regional en la economía geopolítica del urbanismo, hoy en día este interés cuenta con una renovada intensidad; se está dado un intento explícito por reformular y absorber el discurso sobre el urbanismo industrial en un discurso más comprensivo sobre el regionalismo industrial. Al frente de este esfuerzo se encuentra Michael Storper, otro integrante del grupo de estudiosos espaciales de Los Ángeles. Así es como Storper presenta esta reformulación en el primer capítulo de *The Regional World: Territorial Development in a Global Economy* (1997) [El mundo regional: el desarrollo territorial en una economía global], titulado «The Resurgence of Regional Economies» [El resurgimiento de las economías regionales]:

Algo curioso ha ocurrido a comienzos de la década de 1980. La región, desde hace mucho tiempo considerada de interés por historiadores y geógrafos, pero no por la corriente dominante de las ciencias sociales en Occidente, ha sido redescubierta por un grupo de economistas políticos, sociólogos, politólogos y geógrafos. No es que antes los científicos sociales no le hubieran prestado atención alguna: en la economía regional, la economía del desarrollo y la geografía económica, cuestiones como el crecimiento y la decadencia regional, los patrones de localización de la actividad económica y la estructura económica regional constituían campos de investigación bien desarrollados. Pero esos trabajos trataban a las regiones como un *resultado* de procesos económicos y políticos más profundos, y no como una *unidad fundamental de la vida social* en el capitalismo contemporáneo equivalente a, por ejemplo, los mercados, los Estados y las familias, ni como un *proceso matriz fundamental en la vida social*, al mismo nivel que la tecnología, la estratificación o el comportamiento orientado por el interés propio [...]

A comienzos de la década de 1980, por el contrario, se ha afirmado que la región podría ser una base fundamental de la vida económica y social «después de la producción en serie». Es decir, cuando los nuevos modos de producción —diferentes a los sistemas de producción en serie canónicos del periodo de postguerra— comenzaron a surgir en algunas regiones, y no en otras, y dado que parecían implicar tanto la *localización* como las *diferencias y especificidades regionales* (institucionales, tecnológicas), se supuso que podría haber algo fundamental que vinculara el capitalismo de finales del siglo XX al regionalismo y la regionalización. (Storper, 1997: 3, énfasis añadido)

Un aspecto clave de lo que estaba sucediendo a comienzos de la década de 1980 se encontraba en el desarrollo de un nuevo campo híbrido, la economía política regional.¹² Los primeros productos de la creciente espacialización del marxismo que se iniciaron a comienzos de la década de 1970 estaban concentrados en las escalas *urbana* e *internacional*, lo que creó la economía política urbana, la sociología y la geografía radicales que hemos discutido en el capítulo 4, así como también las teorías neo-marxistas de análisis de la dependencia, el subdesarrollo y el sistema mundo que cambiaron de un modo sustancial los puntos de vista dominantes sobre el modo en que opera la economía global. En gran medida, estos dos campos, en sí mismos híbridos, compartían un marco analítico subyacente similar aun cuando permanecieron relativamente bien diferenciados y separados entre sí, con una escasa sinergia o fecundación cruzada. En su condición de recién llegada, la economía política regional era capaz de continuar y sintetizar lo mejor de las perspectivas microespaciales e internalistas del urbanismo y del «proceso urbano» en el capitalismo; y las perspectivas más macroespaciales y externalistas de una teoría del sistema mundo del capitalismo global, definida a grandes rasgos. Y lo hizo adoptando lo que Storper y otros denominarían «nivel» de análisis «meso», una tercera perspectiva integral firmemente ubicada entre lo micro y lo macro.¹³

En *The Regional World*, Storper observa de forma retrospectiva no sólo los comienzos de la década de 1980, sino todo el desarrollo hasta el presente del discurso sobre el urbanismo industrial y todas las cuestiones y enfoques que han sido discutidos en este capítulo. En el centro de su teorización regionalista, así como en el «resurgimiento de las economías regionales» que Storper describe en términos empíricos, se encuentra una de las preguntas clásicas de toda la investigación de la geografía humana: ¿qué hace que las cosas (personas, actividades, el entorno construido) se agrupen en nodos o aglomeraciones bien diferenciadas y cuáles son las consecuencias de este agrupamiento? Storper no formula la pregunta en términos tan generales, sino que se concentra específicamente en las actividades económicas, principalmente en la producción industrial como la fuerza motriz de lo que denomina «desarrollo territorial». Al hacerlo, se centra sobre los particulares procesos de desarrollo territorial que pueden observarse en la actualidad en la economía global reestructurada.

¹² Edward W. Soja, «Regions in Context: Spaciality, Periodicity, and the Historical Geography of the Regional Question», *Environment and Planning D: Society and Space*, núm. 3, 1985, pp. 175-90.

¹³ A pesar de que los términos nunca hayan sido utilizados por los economistas políticos regionales, estoy tentado a describir la inserción del nivel-meso, siguiendo mis argumentos de *Thirdspace*, como un tercer espacio [*thirding*] crítico, deconstruyendo y reconstruyendo de un nuevo modo y con un nuevo centro uno de los binarismos más poderosos (micro-macro) de todas las ciencias sociales.

Dirigiendo nuestra atención hacia la capacidad de desarrollo autogenerado de las economías de aglomeración (también denominadas economías de externalización, urbanización o localización, en la bibliografía), Storper identifica tres enfoques dominantes a fin de explicar la formación y expansión de las aglomeraciones industriales dinámicas o, como también suelen denominarse, los complejos industriales, distritos industriales y entornos industriales. Storper define estos enfoques como «escuelas» particulares que se centran en (1) las instituciones, (2) la organización industrial y las transacciones y (3) el cambio tecnológico y la educación. Pasando cada uno de ellos a través de la pantalla de lo que él denomina la «sagrada trinidad» del análisis económico regional, Organizaciones-Tecnologías-Territorios, Storper compone su propia y ecléctica teoría de las «economías regionales y los activos relacionales» y funda estos activos y especificidades regionales en lo que denomina *reflexividad*, la cual es descrita como «la característica principal del capitalismo contemporáneo» (1997: 28). Storper considera que la reflexividad opera en dos niveles, el primero y «más limitado» es la esfera tradicional de las relaciones de mercado, en el que las «relaciones input-output localizadas» conforman redes de vínculos «usuario-productor» a través de las cuales fluye la información, el conocimiento, la innovación y la educación. El segundo caso, «más general» está adecuado a «convenciones localizadas» e «interdependencias no transables» [*untraded interdependencies*]; esos comportamientos y «atmósferas» no controladas por el mercado, más «suaves» y sutiles que se «adhieren al proceso de aprendizaje y coordinación económica y organizativa» y que hacen que el desarrollo regional se mantenga estable durante largos periodos de tiempo (Storper, 1997: 21). Mientras que el primer nivel ha sido reconocido y estudiado de forma generalizada, el segundo abre nuevas e importantes direcciones a la investigación en la teoría y la práctica del desarrollo urbano-regional.

El concepto de reflexividad económica intencionada, con su correspondiente énfasis en las convenciones locales y en las interdependencias no transables, constituye la piedra angular de los mundos regionales de producción de Storper. Este concepto está investido de fuertes poderes ontológicos en su condición de «transformador» del desarrollo territorial, y es representado como los cimientos del *aprendizaje* y la *innovación*, de nuestra habilidad para desarrollar, comunicar e interpretar conocimientos así como también de estimular a las personas a hacerlo mejor y de un modo novedoso. En la actual era del «capitalismo reflexivo», tal y como lo denomina Storper, «la organización social de la reflexividad económica» se ha vuelto «una característica de la modernidad contemporánea en la que las organizaciones —tanto públicas como privadas— y los individuos se ven abocados a modelar estratégica y deliberadamente sus entornos, en parte adquiriendo una perspectiva crítica acerca de los mismos» (1997: 245). Storper identifica

una «clase reflexiva» que modela la educación y la innovación desde la escala global a la local, y unos «consumidores y ciudadanos urbanos reflexivos» comprometidos en un «consumo reflexivo».

El «enorme salto» en la reflexividad económica que Storper afirma que define a la era actual, hace que, para «los grupos de actores en las diferentes esferas institucionales del capitalismo moderno —empresas, mercados, gobiernos, hogares y otras colectividades—, ahora sea más posible que nunca antes modelar el curso de la evolución económica» (1997: 29). De este modo, la reflexividad se transforma en algo mucho más importante que una red de transacciones negociadas a través de las reglas del mercado o de los flujos de información de lo que Castells denominó, en sus trabajos más recientes, como el surgimiento de la Sociedad Red. Ampliando su interpretación a esferas aún más amplias, Storper nos ofrece también algunos comentarios a fin de sentirse seguro acerca de la confusión de lo «real» y lo «imaginario» en el mundo contemporáneo, un tema explorado en *Thirdspace* y en la teoría crítica cultural postmoderna más autorreflexiva.

Las interpretaciones y las imágenes de la realidad construida son en la actualidad tan importantes como cualquier realidad material «real», debido a que estas interpretaciones e imágenes son difundidas y aceptadas y se convierten en las bases sobre las cuales las personas actúan: se vuelven reales. Esas interpretaciones e imágenes son fundamentales para la organización y la evolución de los mercados, los precios y otras variables económicas claves. Son, en este sentido, tan reales y materiales como las máquinas, las personas y los edificios. (Storper, 1997:29)

Pero lo que resulta aún más relevante para nuestra discusión es el hecho de que Storper funde explícitamente la acción reflexiva intencionada en la especificidad espacial del urbanismo. Aquí repito y amplío el análisis de Storper citado en la «Introducción» a la Primera Parte.

La organización de la reflexividad es en gran medida, aunque no exclusivamente, urbana. Esto se debe a que la reflexividad implica relaciones complejas e inciertas entre las organizaciones, entre las partes de las organizaciones complejas, entre los individuos, entre los individuos y las organizaciones, en las cuales la proximidad es importante debido a la sustantiva complejidad e incertidumbre que caracteriza a estas relaciones [...] [E]l tejido transaccional de [...] las actividades urbanas es de una naturaleza convencional/relacional, y es urbano porque ciertas convenciones y relaciones sólo funcionan en el contexto de la proximidad [...] *En otras palabras, las economías de las grandes ciudades deberían ser analizadas como colecciones de esferas de acción económica reflexiva parcialmente superpuestas*, y las estructuras de esas actividades, además de los descriptores económicos tradicionales, deberían incluir *sus estructuras convencionales y relacionales de coordinación y coherencia*. (Storper, 1997: 245, énfasis del original)

Envueltos en la acartonada prosa de la expansiva teoría de la reflexividad de Storper pueden hallarse dos importantes avances para el discurso del urbanismo industrial, ambos nos retrotraen a las proféticas, si bien crudamente formuladas, observaciones de Jane Jacobs acerca de los orígenes de las ciudades y de las dinámicas autogeneradas del desarrollo económico urbano. El primero implica la ruptura o deconstrucción de la antigua división conceptual entre ciudad y región, y su reconstrucción como una nuevo tipo de combinación, una variante de la ciudad región, de la región urbana o, en términos más generales, del urbanismo regional. Los mundos regionales de la producción de Storper son también mundos específicamente urbanos. El resurgimiento de las economías regionales no se traduce, de este modo, en la relativa decadencia de las economías urbanas sino más bien en el resurgimiento de las regiones urbanizadas. Estas ciudades región son una «unidad fundamental de la vida social», *comparable al mercado, al Estado y a la familia*. También constituyen un «proceso motriz fundamental de la vida social», *tanto como consecuencia que como potente causa del desarrollo tecnológico, la estratificación social y el comportamiento económico racional*. Estas ciudades región no siempre giran en torno a un único gran centro metropolitano sino que deben ser consideradas como una red de nodos urbanos anidados de forma conjunta en un sistema definido regionalmente que comprende ciudades, suburbios, pueblos, aldeas, espacios abiertos, zonas salvajes y otros paisajes urbanizados (y regionalizados).¹⁴

No existe un término ampliamente aceptado que nos permita capturar este carácter particularmente regional del urbanismo, o más específicamente, el carácter regional del urbanismo industrial de la forma en que ha sido discutido en este libro. Hasta el momento, lo urbano ha tendido a tener prioridad, como ocurre con el uso del término «región urbana». Tal vez haya llegado el momento de poner hincapié en la región, de absorber lo urbano en lo regional, de considerar el proceso de urbanización y el desarrollo del urbanismo como un modo de vida al tiempo que como un proceso de regionalización y de producción de regionalidad. Al hacerlo, sin embargo, este desplazamiento no debe ser visto como algo que reduce la importancia de lo urbano y de los estudios urbanos, sino como una reformulación de la condición urbana y de los estudios urbanos críticos en el marco de una perspectiva más explícitamente regionalista.¹⁵

¹⁴ La presencia de un énfasis similar en las regiones urbanizadas resulta evidente en *The Economy of Cities* de Jacobs, Nueva York, Random House, 1984.

¹⁵ Nos explayaremos en este tema en el capítulo siguiente, al hacer referencia al discurso de la globalización.

El segundo avance del trabajo de Storper puede ser descrito como el redescubrimiento del sinecismo, el estímulo de la aglomeración urbana (regional). Storper nunca define la reflexividad como algo exclusivamente urbano, pero la vincula de un modo intrínseco a las regiones y los territorios. Esto, pienso, refleja en parte las dificultades que aún persisten en lo que ha sido discutido en los párrafos previos, especialmente en relación con una continua asociación de lo urbano a las grandes ciudades. Pero en su discusión de la proximidad, de la cercanía, de la localización, la interdependencia y la aglomeración como aspectos clave para la generación de acción, innovación y aprendizaje reflexivo intencionado, pone en primer plano un proceso que se asemeja mucho a lo que he definido previamente como sinecismo y la capacidad de desarrollo autogenerado de las ciudades y de las ciudades región. Precisamente Storper realiza un movimiento similar al que realizó Jane Jacobs cuando conectó su conceptualización de estos aspectos arraigados en la especificidad espacial del urbanismo con la capacidad de exportación de las ciudades.

La distinción entre actividades orientadas a la exportación y aquellas orientadas a satisfacer demandas locales sigue siendo importante para la comprensión de las economías urbanas, en la medida en que ésta constituye la fuente fundamental de su especialización y de su diferenciación económica, y de gran parte de su transmisión de crecimiento interurbano. *Lo que es común, de forma fundamental, a las actividades de especialización económica de las ciudades orientadas a la exportación es que se ocupan de la organización social de la reflexividad económica [...] La reflexividad es modelada y ordenada a través del desarrollo de las relaciones y de las convenciones que dependen de la proximidad, se trata de agregados que definen los contextos cognitivos y pragmáticos comunes a un grupo de actores y que permiten desarrollar un tipo particular de acción económica colectiva intencionada.* (Storper, 1997: 245-6)

Storper puede estar perfectamente en lo cierto al identificar un enorme salto en la reflexividad como un sello distintivo del capitalismo urbano-industrial contemporáneo y en asignar su principal fuerza motriz a los activos relacionales de las regiones. Pero oculta en la intensidad de sus argumentos, se encuentra una afirmación aún más audaz, el hecho de que la reflexividad innovadora que surge de la especificidad espacial de las regiones urbanizadas —lo que he definido como sinecismo— puede constituir una de las fuerzas motrices más importantes de cada oleada innovadora de importancia en la historia de la humanidad, desde el descubrimiento de la agricultura y la creación del Estado hasta la Revolución Industrial y las distintas «soluciones» tecnológicas, organizacionales y espaciales que han marcado la geohistoria del capitalismo urbano-industrial, con su permanente propensión a las crisis, hasta el presente.

La localización del urbanismo industrial

En mayor medida que en los otros cinco discursos, el discurso sobre el urbanismo industrial y la representación de la postmetrópolis como un mundo urbano-regional de producción postfordista, flexible y reflexivo ha estado basado en el contexto empírico e intelectual del Sur de California. En este sentido, una parte importante de lo que ha sido discutido hasta el momento puede ser descrito como un proceso de aprendizaje de lo acontecido en Los Ángeles. Lo que me propongo hacer aquí es sintetizar de forma selectiva algunas descripciones del discurso específicamente local representativas de la metrópolis industrial postfordista, tal y como es vista por sus propios estudiosos.



Figura 6.1. Geografía industrial de Los Ángeles [fuente: Scott y Soja (eds.), *The City*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1996, p. 13, figura 1.1].

Cartografías industriales postfordistas

La figura 6.1 es un esbozo compuesto de la geografía industrial de Los Ángeles. En tanto indicación cartográfica, no sólo captura las características principales de la metrópolis industrial postfordista, tal y como se expresan

de modo particular en la región urbana de Los Ángeles, sino que también sugiere de que forma uno podría representar cartográficamente otras regiones urbanas de importancia desde la perspectiva del urbanista industrial.¹⁶

El mapa está claramente *centrado* en el corazón del centro de la ciudad de Los Ángeles y este enfoque es resaltado por un círculo de líneas punteadas que define el «Área Interior». Observen la aparente neutralidad de esta designación. No se muestran los límites actuales de la ciudad de Los Ángeles (su notoria irregularidad sólo haría más confusa la imagen) y en ningún lugar hay un símbolo explícito que muestre la ubicación exacta del centro. No hay ninguna indicación de la existencia de una «ciudad interior», dado que ése término tiene sus propias connotaciones especiales. Lo más cercano a dar en el blanco de esta Área Interna es el círculo etiquetado como «confección», el punto central de lo que se ha transformado en uno de los principales conglomerados metropolitanos de producción de ropa de Estados Unidos. Al igual que en la ciudad de Nueva York y en otras ciudades región de importancia, con grandes industrias de confección o vestido, la principal aglomeración de fabricantes y trabajadores tiende a estar altamente centralizada, contigua, tal y como sucede en la región altamente descentralizada de Los Ángeles, al Distrito Central de Negocios y el Centro Cívico. De este modo, el «círculo de la confección» sujeta simbólicamente la geografía industrial. Los círculos más pequeños que corresponden con el «mueble» y la «joyería», y que en términos estrictamente cartográficos deberían estar superpuestos al círculo de la confección, dado que también están concentrados relativamente cerca del centro de la ciudad, están desplazados hacia el borde del mismo a fin de favorecer la claridad visual. El círculo que lleva el nombre de «películas y televisión» está más apropiadamente ubicado justo encima de Hollywood, a pesar de que en la actualidad gran parte de la producción corriente de la industria filmica ha virado hacia otras zonas como Burbank, Culver City y Santa Mónica.

Los círculos internos cumplen un doble propósito. Indican tanto la tendencia de los distritos industriales, basados en el trabajo artesanal (dado que eso es lo que representan), al centripetismo en la geografía metropolitana; como también a sugerir una fuerza centrífuga concurrente, una tendencia a la dispersión y a la descentralización desde la aglomeración central. Estas presiones simultáneas, hacia fuera y hacia dentro, respecto del centro constituyen, tal vez, la dinámica geográfica más importante que surge de la interacción de los procesos de industrialización y urbanización. Y ésta da lugar

¹⁶ Versiones de este mapa aparecen frecuentemente en las publicaciones de Allen Scott. Aquí es tomado de Scott y Soja (eds.), *The City: Los Angeles and Urban Theory at the End of the Twentieth Century*, Berkeley y Los Ángeles: University of California Press, 1996, 13.

a un patrón concéntrico recurrente de la imaginación cartográfica, en el tiempo y en el espacio, del desarrollo industrial, con centros que se forman en un Área Interior y luego giran, con uno o dos saltos ocasionales, en una constelación aún más amplia de emplazamientos. Scott recubre de manera típica sus geografías industriales con una «estructura anular básica» de anillos concéntricos que se supone trazan el mapa de un patrón de decrecimiento de la distancia desde el centro, de un modo similar a los gradientes de densidad de población o a los valores del suelo en los modelos de la forma urbana de la Escuela de Chicago, contruidos a partir de una dialéctica de fuerzas centrípetas-centrífugas similar a ésta.

Una estructura anular semejante se encuentra incrustada, de forma implícita, en la figura 6.1. Todos los símbolos incluidos en el mapa pueden ser considerados como resultado de la dinámica principal de centralización y dispersión concéntrica que gira en torno a la aglomeración central más extensa. Observemos primero el área sombreada titulada Maquinaria-Metalurgia, la única zona realmente grande que aparece en el mapa. La extensión de su cobertura se debe a que no es considerada como un distrito industrial postfordista sino como un importante vestigio de la industrialización fordista de Los Ángeles. En la medida en que contiene lo que era considerado como la segunda subregión urbano-industrial del mundo (después del Ruhr), ya no tiene una concentración nodal identificable, aun cuando existe en la forma de emplazamientos residuales dispersos a lo largo de una extensa zona. Si bien no es identificada como tal, este área, al menos en el condado de Los Ángeles, define la principal zona de desindustrialización y de cierre de plantas. En la década de 1960 contenía las mayores industrias de ensamblaje de automóviles, de neumáticos y de vidrio, así como del acero y del hierro del Oeste de Estados Unidos. En la actualidad, la mayoría de estos importantes emplazamientos productivos han cerrado, dejando sólo una dispersa distribución de establecimientos de menor tamaño que producen maquinaria y productos metalúrgicos, como equipos de transporte.

La forma de la mancha que lleva el nombre de Maquinaria-Metalurgia también es bastante reveladora. A pesar de que la descripción de la distribución actual de los principales establecimientos industriales en este sector no es completamente precisa, indica, a través de sus repentinas expansiones y extensiones, las principales vías de descentralización desde el corazón del centro de Los Ángeles hasta más allá del Área Interna. Un largo y delgado dedo, que sigue las rutas ferroviarias y las autopistas, apunta hacia el valle de San Fernando, tal vez el espacio más representativo de los suburbios de la clase obrera acomodada en la era de postguerra. Más hacia el sur hay dos bolsas, una hacia el Este, cerca del valle de San Gabriel, y otra hacia el Oeste, cerca de la zona del aeropuerto. La bolsa este cubre la antigua zona

de industria pesada que en tiempos albergó otra gran concentración de clase obrera suburbana relativamente acomodada, con una nítida división entre blancos y negros a través de la Cortina de Algodón del Alameda Boulevard. Hoy en día estas dos extensiones en forma de alas cubren el centro del Los Ángeles Latino. La prolongación más importante de este corredor industrial se extiende, sin embargo, en sentido Sudeste hacia el condado de Orange y la zona de Irvine. En efecto, toda la mancha se parece a una flecha gorda que apunta directamente hacia el condado de Orange, señalando de un modo demasiado prominente que es aquí donde la descentralización industrial ha llegado más lejos a partir del centro de la ciudad de Los Ángeles, y que es aquí donde la geografía industrial regional se ha vuelto a concentrar de la forma más formidable, mereciendo así su propia consideración independiente.

De todos los polos tecnológicos de importancia, representados de este modo tan llamativo en el mapa, el del condado de Orange es el que ha sido estudiado con mayor profundidad y el que se puede considerar prototípico de los «nuevos espacios industriales». El condado de Orange, que en 1960 se encontraba prácticamente fuera de la imagen de la geografía industrial de la región de Los Ángeles, ha aparecido como el centro y el modelo más representativo del desarrollo industrial postfordista en California, sólo comparable a Silicon Valley, ubicado en el condado de Santa Clara. La figura pionera en la presentación de una perspectiva propia del urbanismo industrial de este lugar clave, al igual que ocurre con casi todos los lugares que aparecen en la figura 6.1, es Allen Scott. Su trabajo «New Frontiers of Industrial-Urban Development: The Rise of the Orange County High Technology Complex, 1955-1984» [Nuevas fronteras del desarrollo urbano-industrial: el surgimiento del complejo de alta tecnología del condado de Orange], capítulo 9 de *Metropolis* (1988), se ha transformado en un punto de referencia fundamental y en un modelo que sirve de ejemplo para el estudio del desarrollo de los distritos industriales a lo largo y ancho del mundo. El condado de Orange, con su centro principal en la zona de Irvine, ha sido incluido de forma indeleble en el mapa de la geografía industrial del Los Ángeles metropolitano. Y reaparecerá, considerado desde diferentes perspectivas, en muchos de los discursos sobre la postmetrópolis que vamos a analizar a continuación.

En el mapa hay otros polos tecnológicos de mayor y de menor importancia, aunque ninguno ha sido estudiado de forma tan intensa como el condado de Orange. Recientemente, sin embargo, Scott ha vuelto a aplicar su metodología en la hilera norte de polos tecnológicos que van de Este a Oeste en el valle de San Fernando, con una extensión hacia el Oeste en el condado de Ventura. A través de una serie de mapas característicos de la distribución de los establecimientos industriales de alta tecnología de 1955, 1973 y 1991, junto con descripciones adicionales de la distribución de la población

(incluidos mapas separados para los asiáticos y los hispanos), Scott relata una historia que reproduce virtualmente, con algunos detalles modificados, lo que fuera presentado en su trabajo sobre el condado de Orange. La síntesis resultante de esta historia, representada en la figura 6.2, se centra en otro espacio tecnopolitano, esta vez en la zona del parque Chatsworth-Canoga, una Nueva Irving emergente, centro del Complejo Industrial de Alta Tecnología del gran valle de San Fernando. Con raíces mucho más antiguas permanece otro polo tecnológico de importancia en el East Valley, al tiempo que brota otro de menor importancia hacia el Oeste, en lo que se conoce como el Corredor Tecnológico de Ventura.

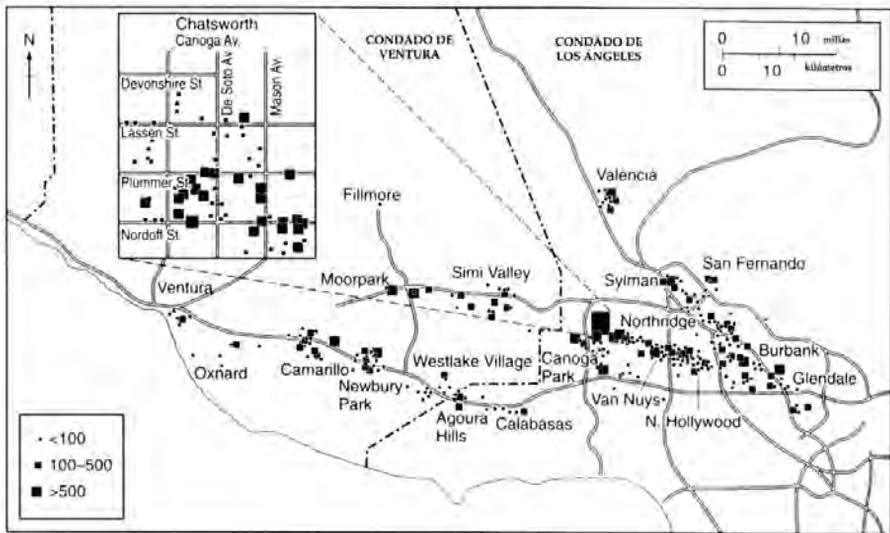


Figura 6.2. Polos Tecnológicos del valle de San Fernando [fuente: Scott y Soja (eds.), *The City*, 1996, 292, figura 9.11]

Resulta necesario decir unas breves palabras acerca de los restantes lugares que aparecen en la figura 6.1. La zona del aeropuerto, que alguna vez se llamó el «Aerospace Alley» [Callejón Aeroespacial], sigue constituyendo un polo tecnológico de enorme importancia, a pesar de la reciente decadencia de la industria aeroespacial liderada por el aparato militar. Ésta no ha sido estudiada tan en profundidad como los polos tecnológicos del condado de Orange y del valle de San Fernando, y no parece haber desarrollado una «dinámica geográfica» autónoma propia, separada del centro de la aglomeración de Los Angeles. Su presencia en el mapa, sin embargo, puede ser mejor comprendida si se conecta este polo tecnológico, a través de una serie

de distritos especializados en los negocios de servicios tales como el complejo de despachos de abogados y otros profesionales de Century City, con el círculo de Películas y Televisión de Hollywood. Esto daría forma al complejo industrial de alta tecnología y de trabajo artesanal del Westside, un complejo cada vez más centrado en la floreciente industria del entretenimiento. En su reciente trabajo sobre la «economía cultural de las ciudades», Scott centra su atención en este complejo de «producción cultural» del Westside, y especialmente en la industria multimedia de rápido crecimiento, con sus conexiones ciberespaciales y sus estudios de producción de efectos especiales digitales.¹⁷ Dentro del nuevo mapa de la geografía industrial de Los Ángeles, es necesario desarrollar un símbolo o un icono diferente, que combine la «T» de los polos tecnológicos [*technopoles*] con el círculo del trabajo artesanal, ya que es aquí, en lo que Scott describe como «complejo multisectorial de producción de imágenes» y en lo que los funcionarios locales han apodado recientemente como la Costa Digital, en tanto parte la «Costa Tecnológica» [*Tech Coast*], una región más amplia que se extiende desde Santa Bárbara hasta San Diego, donde tiene lugar gran parte de la «acción reflexiva intencionada» de Los Ángeles.

Finalmente, hay dos datos atípicos [*ourliers*] casi olvidados, los pequeños polos tecnológicos ubicados en Palmdale y en el valle de San Gabriel. Aquí podemos observar algunas de las desventajas del desarrollo tecnopolitano. Ambos emplazamientos se establecieron en fecha bastante temprana, fundamentalmente como centros de la industria aeroespacial. Este temprano desarrollo estimuló *booms* masivos de viviendas de bajo coste en el Antelope Valley cerca de Palmdale y Lancaster, y en la así llamada Inland Empire (que comprende el este de Los Ángeles y el oeste de los condados de San Bernardino y Riverside), donde las municipalidades como Moreno Valley crecieron rápidamente con la esperanza de que floreciese un nuevo condado de Orange. Ese florecimiento nunca tuvo lugar, y con la pérdida de importancia de la industria aeroespacial, cientos de miles de familias obreras se vieron varadas, a dos horas de viaje por autopista de sus antiguos trabajos o de la oportunidad de conseguir un empleo similar en los complejos industriales emergentes. Los pequeños polos tecnológicos de Palmdale y del valle de San Gabriel supusieron, de este modo, promesas incumplidas, polos de crecimiento anticipado que nunca se desarrollaron según las expectativas regionales. En el capítulo 8 profundizaremos en estas cuestiones.

¹⁷ Allen J. Scott, *From Silicon Valley to Hollywood: Growth and Development of the Multimedia Industry in California*, Los Ángeles (UCLA), Lewis Center for Regional Policy Studies, Working Paper 13, 1995; y «The Craft, Fashion and Cultural-Products Industries of Los Angeles: Competitive Dynamics and Policy Dilemmas in a Multisectoral Image-producing Complex», *Annals of the Association of American Geographers*, núm. 86, 1996, pp. 306-23.

Las dinámicas de desarrollo del complejo industrial

La instantánea cartográfica de la geografía industrial regional tiene raíces geohistóricas profundas y dinámicas, dado que casi todos los núcleos principales de producción industrial, así como el patrón regional compuesto, han sido enmarcados por Scott y sus alumnos dentro de las etapas dinámicas del modelo de crecimiento, lo que representa otro modo de síntesis del discurso local sobre el urbanismo industrial. En este «proceso espacio-temporal ordenado», tal y como Scott lo denomina, pueden identificarse dos ciclos de crecimiento, uno vinculado al establecimiento inicial de un complejo industrial, el otro a las dinámicas de crecimiento posteriores a dicho establecimiento.

Descrito en líneas generales, el primer ciclo o ciclo «originario» comienza, señala Scott, «con una serie caótica de eventos» y una serie de «circunstancias fortuitas» que generalmente suponen la existencia «industrias innovadoras» locales y circunstancias específicamente espaciales. Esta intencionada imprecisión refleja la determinación de Scott por evitar una teoría general de los orígenes de la localización, ya esté fundada en modelos weberianos tradicionales de equilibrio eficiente de la localización, basados en los transportes y en otros criterios de costes o, peor, en explicaciones simplistas que ponen el acento en el espacio abierto y el clima, como por ejemplo la explicación de la ubicación de la industria fílmica en Los Ángeles a partir de su alto nivel de insolación. Scott, en cambio, apunta sobre las impredecibles convergencias locales de acontecimientos, individuos e instituciones únicas. La respuesta a la pregunta clásica acerca de por qué las ciudades se ubican donde se ubican —la pregunta que ha guiado la teoría de la localización industrial desde sus orígenes— es, de este modo, desviada de un modelo espacial abstracto sobre el comportamiento que trata de maximizar el beneficio y de la elección racional generalizada, hacia el ingenioso estudio en profundidad de las geografías históricas idiográficas. Es aquí donde Scott nos proporciona una apertura hacia una teoría de la localización muy diferente y más poderosa, basada en factores más sutiles, como el papel de las convenciones locales, las interdependencias no transables, la reflexividad, la educación y el sinecismo.

Las siguientes fases se ocupan de lo que hace que el desarrollo inicial «prenda» y crezca, en estas etapas muchos de estos sutiles factores siguen jugando un papel de importancia. En relación con la primera industrialización de Los Ángeles, Scott observa la importancia de la red de actividades creada por los «agentes de poder local», como pueda ser Harry Chandler del *Los Angeles Times* y la Asociación de Comerciantes y Fabricantes, y su habilidad

para «movilizar recursos críticos y energías en apoyo del crecimiento económico local». Aquí Scott menciona lo que, tal vez, se haya transformado en la más importante recomendación para las políticas públicas de planificación que deriva del discurso urbano industrial: la necesidad de crear *redes o consejos industriales regionales* formados por instituciones públicas, empresariales y laborales con el fin de compartir información y aprender unos de otros, una estrategia que tiene por fin promocionar un desarrollo económico regional eficiente y equitativo. Estas redes, promovidas por interdependencias transables y no transables, constituyen los aspectos básicos de lo que Scott define como la tercera y la cuarta fase, el «momento de ruptura» en el que la producción industrial se capitaliza sobre la base de «un complejo local de sensibilidades y de habilidades culturales y/o tecnológicas en desarrollo», a fin de ir más allá de lo regional, en dirección a los mercados nacionales e internacionales; y de una «consolidación del complejo de producción local» que surge del crecimiento de las redes secundarias de proveedores de insumos y de los multifacéticos mercados locales de trabajo. Por inducción, la conclusión a la que se llega es afirmada con la cualificada firmeza de Scott: «El desarrollo industrial regional tiene lugar, con frecuencia, no tanto debido a la presencia de atributos que se dan de forma natural, sino como resultado de la movilización social y política local».

De este primer ciclo arranca un segundo. En su versión simplificada, Scott parecería disminuir el énfasis en las movilizaciones y en las redes sociales y políticas locales, envolviendo sus descripciones en antiguas geometrías y modelos weberianos relativos a los costes derivados de la distancia, en el intento, tal vez, de llegar a un particular público de economistas. Pero ubicado en contexto, incluso estas desviaciones resultan útiles. Sintetizo aquí las etapas del segundo ciclo de Scott, con referencia específica a los polos tecnológicos del sur de California:¹⁸ (a) en cierto momento histórico, la presión ejercida por las economías de aglomeración y por el mercado de trabajo local genera la formación de un primer polo tecnológico, o proto-polo tecnológico cerca del centro de la ciudad; (b) a medida que este primer polo crece, los precios de la tierra y los costes de la mano de obra comienzan a aumentar, induciendo cierta descentralización de las unidades de producción hacia lugares con costes menores a lo largo de los márgenes del desarrollo urbano; (c) finalmente, la fuerza gravitacional de las economías de aglomeración inducirá a estas unidades descentralizadas a formar polos tecnológicos incipientes en las áreas suburbanas;

¹⁸ La lista que sigue a continuación así como las frases citadas en los párrafos previos han sido tomadas de Allen J. Scott, «Industrial Urbanism in Southern California: Post-Fordist Civic Dilemmas and Opportunities», *Contention*, núm. 5-1, 1995, pp. 39-65.

(d) los nuevos polos tecnológicos suburbanos comenzarán a crecer aún más rápidamente a medida que la expansión industrial global avanza y, a su debido tiempo, el polo tecnológico central puede comenzar a atrofiarse cuando las deseconomías de aglomeración y el crecimiento de los precios del suelo atraviesen un cierto umbral; (e) en la medida en que el crecimiento industrial continúe, este ciclo de eventos se repetirá de nuevo, con el florecimiento de nuevos polos tecnológicos a partir de los más antiguos, volviendo a aparecer aún más lejos en el área urbana. Mientras tanto, los polos tecnológicos que en la anterior generación de eventos podían ser identificados como «suburbanos» se ubican ahora en plena frontera de la expansión urbana.

Estas observaciones discursivas sobre las dinámicas de formación y expansión de los complejos industriales están lejos de sacudir a todo el planeta, pero representan un importante avance respecto de la teoría de la localización geográfica tradicional. También se alejan de la imagen sobre la investigación de Scott que la caracterizaba como ciega y abstractamente «productivista». Su innovadora investigación sobre las transacciones entre empresas y dentro de las mismas, y sobre la desintegración vertical del proceso de producción en redes de subcontratación y complejos, agrupados geográficamente, de proveedores de insumos primarios y secundarios, fue criticada por algunos estudiosos urbanos por el hecho de estar desconectada de la política urbana y de los apremiantes problemas de la vivienda, los sin techo, el género, la raza, la etnia, la planificación, el bienestar social y otras cuestiones sociales de suma importancia. Más que un dramático cambio de dirección, sin embargo, Scott se ha concentrado ahora de forma más explícita en «la movilización social y política» y en «las oportunidades y los dilemas cívicos post-fordistas» como resultado lógico de su teorización firme y creativa de la transición postfordista. Influida por la Escuela Regulacionista francesa, Scott se ha distanciado del foco de atención global relativo al «funcionamiento interno» del «régimen de acumulación» flexible emergente para concentrarse en los problemas más locales y regionales asociados al desarrollo de los «nuevos modos de regulación social» — las estructuras institucionales, los mercados laborales, los movimientos sociales, las organizaciones comunitarias, los sistemas de gobierno, la atmósfera industrial y las culturas ideológicas creadas a fin de sostener, para mejor y para peor, el desarrollo económico y metropolitano postfordista.

En conclusión, la esfera de las políticas públicas

El ensayo de Scott «Industrial Urbanism in Southern California» (1995) [El urbanismo industrial en el Sur de California] concluye de forma significativa con algunos indicios de la crisis que se avecina con una intensa polarización

social, «caldo de cultivo de conflictos y tensiones sociales», «la espiral sin fin de la reducción de los salarios» y el «enorme déficit» en «infraestructuras institucionales» adecuadas, que, de no ser controladas, «amenazan con dirigir al Sur de California [...] directamente hacia el escenario de “Blade Runner” al que Davis (1990) ha aludido de forma tan elocuente». La sección final se titula «Reinventing Southern California» [Reinventar el Sur de California] y presenta el futuro democrático y social para la región que Scott prefiere, un punto de vista basado en el modelo alemán/japonés (opuesto al anglo-americano) que se caracteriza por «niveles relativamente altos de dirección gubernamental sobre los asuntos económicos, un importante grado de cooperación entre empresas privadas y una estructura social corporativa que intente generar solidaridad a través de la provisión de redes de seguridad para los principales sectores de la sociedad». Son necesarias dos «fuerzas principales» a nivel local en el camino hacia la democracia social: la «construcción concertada de instituciones a fin de mejorar la productividad y la competitividad de los principales conglomerados industriales de la región»; y una «inversión masiva en infraestructura social a fin de mejorar la calidad de la fuerza de trabajo, y [...] fomentar la reincorporación de los grupos actualmente menos favorecidos (entre los que están bien representados las mujeres, los norteamericanos de origen africano, la gente sin hogar y los trabajadores inmigrantes no cualificados) a los estándares dominantes en la sociedad».

Se presentan cuatro «líneas de acción complementarias» para promover una socialización más cooperativa de la información: relaciones entre empresas y redes transaccionales; desarrollo de la tecnología a nivel regional y programas de entrenamiento laboral; «mecanismos de dirección» eficientes con el objetivo de generar más empleos de salarios altos para trabajadores muy cualificados, en industrias como las del entretenimiento, el instrumental médico y la biotecnología; y una «transmisión» de programas de desarrollo a nivel de la comunidad, especialmente en los sitios «menos favorecidos» de la región. El trabajo realizado a fin de promover el desarrollo de la industria de vehículos eléctricos en el Sur de California se muestra como ejemplo ilustrativo.¹⁹ La última oración redescrive la perspectiva relativa a las políticas públicas de Scott: «El análisis que he intentado exponer, en caso de que sea correcto, sugiere que de todos los futuros posibles a los cuales se enfrenta la

¹⁹ Véase, Allen J. Scott y David Bergman, *Advanced Ground Transportation Equipment Manufacturing and Local Economic Development: Lessons for Southern California*, UCLA: Lewis Center for Regional Policy Studies, Working Paper No. 8, 1993. Este informe fue un producto del primer proyecto de investigación de importancia del Lewis Center, del cual Scott fuera su primer director.

región, hay al menos uno que puede ser mejor, en términos económicos y sociales, que el futuro que seguramente tendrá lugar si simplemente depositamos nuestras esperanzas en lo que Ronald Reagan solía denominar “la magia del mercado”».

7. Cosmópolis.

La globalización del espacio urbano

Textos representativos

- *Spaces of Globalization: Reasserting the Power of the Local* [Espacios de globalización. La reafirmación del poder de lo local] (Cox ed., 1997).
- *World Cities in a World-System* [Ciudades mundiales en el sistema mundo] (Knox and Taylor eds., 1995).
- *Global Cities: Post-Imperialism and the Internationalization of London* [Ciudades globales. Postimperialismo y la internacionalización de Londres] (King, 1990).
- *The Global City: New York, London, Tokyo* [La ciudad global. Nueva York, Londres, Tokio] (Sassen, 1991).
- *Cities in a World Economy* [Las ciudades en la economía mundial] (Sassen, 1994).
- *Cities for Citizens: Planning and the Rise of Civil Society in a Global Age* [Ciudades para los ciudadanos. La planificación urbana y la emergencia de la sociedad civil en la Era Global] (Friedmann and Douglas eds., 1998).
- *Urban World/Global City* [El mundo urbano / La ciudad global] (Clark, 1996).
- *The Informational City: Information, Technology, Economic Restructuring and the Urban Regional Process* [La ciudad informacional. Información, tecnología reestructuración económica y el proceso urbano-regional] (Castells, 1989).
- *Regions and the World Economy: The Coming Shape of Global Production, Competition, and Political Order* [Las regiones y la economía mundial. La próxima formación de la producción global, la competencia y el orden político] (Scott, 1998).
- *After Modernism: Global Restructuring and the Changing Boundaries of City Life* [Después de la modernidad. La reestructuración global y las cambiantes fronteras de la vida en la ciudad] (Smith ed., 1992).
- *Re-Presenting the City: Ethnicity, Capital and Culture in the twenty-first Century Metropolis* [Re-presentar la ciudad. Etnicidad, capital y cultura en la metrópolis del siglo XXI] (King ed., 1996).

- *Global Culture: Nationalism, Globalization and Modernity* [Cultura global. Nacionalismo, globalización y modernidad] (Featherstone ed., 1990).
- *Culture, Globalization and the World-System: Contemporary Conditions for the Representation of Identity* [La cultura, la globalización y el sistema mundo. Las condiciones contemporáneas para la representación de la identidad] (King ed., 1991).
- *Globalization: Social Theory and Global Culture* [Globalización. Teoría social y cultura global] (Robertson, 1992).
- *Globalization and Territorial Identities* [Globalización e identidades territoriales] (Mlinar, 1992).
- *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization* [La modernidad en general. Las dimensiones culturales de la globalización] (Appadurai, 1996).
- *Transnational Connections: Culture, People, Places* [Conexiones transnacionales. Cultura, población, lugares] (Hannerz, 1996).
- *Transnationalism from Below* [Transnacionalismo desde abajo] (Smith y Guarnizo eds., 1998).
- *Transnational Citizenship: Membership and Rights in International Migration* [Ciudadanía transnacional. Pertenencia y derechos en las migraciones internacionales] (Bauböck, 1994).
- *Global/Local: Cultural Production and the Transnational Imaginary* [Global/Local. La producción cultural y el imaginario transnacional] (Wilson y Dissanayake eds., 1996).
- *Global Shift: The Internationalization of Economic Activity* [Cambio global. La internacionalización de la actividad económica] (Dicken, 1992).
- *The New Global Economy in the Information Age: Reflections on Our Changing World* [La nueva economía global en la Era de la Información. Reflexiones sobre nuestro mundo en cambio] (Carnoy, Castells, Cohen y Cardoso, 1993).
- *The Global Region: Production, State Policies, and Uneven Development* [La región global. Producción, políticas estatales y desarrollo desigual] (Sadler, 1992).
- *Global Modernities* [Modernidades globales] (Featherstone, Lash, y Robertson eds., 1995).
- *Global Capitalism: Theories of Societal Development* [Capitalismo global. Teorías del desarrollo societal] (Peet, 1991).
- *Spaces of Identity: Global Media, Electronic Landscapes and Cultural Boundaries* [Espacios de identidad. Medios de comunicación globales, paisajes electrónicos y fronteras culturales] (Morley y Robins, 1995).
- *The Borderless World y The End of the Nation State* [El mundo sin fronteras / El fin del Estado nación] (Ohmae, 1990 y 1995).
- *Global Financial Integration: The End of Geography* [La integración financiera global. El fin de la geografía] (O'Brien, 1992).
- *Losing Control? Sovereignty in an Age of Globalization* [¿Perdiendo el control? La soberanía en la Era de la Globalización] (Sassen, 1996.)
- *Globalization and its Discontents: The Rise of Postmodern Socialisms* [La globalización y sus descontentos. El surgimiento del socialismo postmoderno] (Burbach, Núñez, y Kagarlitsky, 1997).

- *Globalization in Question* [La globalización en cuestión] (Hirst y Thompson, 1996).
- *Democracy and the Global Order: From the Modern State to Cosmopolitan Globalism* [La democracia y el orden global. Del Estado moderno al globalismo cosmopolita] (Held, 1996).

La globalización se ha transformado en el obligado cajón de sastre del *fin de siècle*, una metáfora milenaria para referirse a prácticamente todo lo que ha ocurrido en casi todos los lugares del mundo a finales del siglo XX. En el mundo académico, algunos entusiastas han ido lo suficientemente lejos como para sugerir que los estudios de la globalización se han convertido en «los sucesores de los debates sobre la modernidad y la postmodernidad en el análisis de los cambios socioculturales y en la temática central de la teoría social».¹ En tanto paradigma que abarca todos los estudios acerca de lo contemporáneo, la globalización se ha convertido en un tropo particularmente voraz, que devora y metaboliza un amplio espectro de representaciones discursivas alternativas acerca de lo que es nuevo en nuestro mundo actual, al mismo tiempo que se afirma en tanto concepto fundacional necesario para decidir lo que se debe hacer en respuesta a esta nueva globalidad omnipresente.

Una vistazo a los títulos y a los subtítulos de los textos representativos incluidos en la lista que da comienzo a este capítulo señala el conjunto creciente de consecuencias que vienen asociadas al amplio impacto de la globalización. La lista está encabezada por la emergencia de las ciudades mundiales en el sistema mundo, lo que constituye el foco principal de este capítulo, pero las consecuencias de la globalización se extienden mucho más lejos y de forma más profunda modelando la cultura-sociedad-economía-capitalismo global, la teoría y el desarrollo social, la reestructuración económica y el proceso urbano regional, la nueva división internacional del trabajo, la formación de regiones globales, la representación de la identidad, la ciudadanía transnacional y la reafirmación del poder de lo local. Se pueden realizar aún más asociaciones con los medios de comunicación globales, los paisajes electrónicos, el post-imperialismo, las nuevas modernidades, el fin del Estado nación, un mundo cada vez con menos fronteras, los socialismos postmodernos, el final de la geografía y la expansión de un imaginario transnacional. Todos, desde los activistas de la comunidad radical hasta los empresarios corporativos, desde el poeta hasta el político (sin mencionar al editor de libros) son instados a «pensar globalmente», o de lo contrario a perder todo lo que hay de nuevo e innovador en el mundo contemporáneo.

¹ Mike Featherstone, Scott Lash y Roland Robertson (eds.), *Global Modernities*, London, Sage, 1995, p. 1.

¿Cual es el tópico de este discurso aparentemente omnicompreensivo y cómo modela nuestra comprensión de la postmetrópolis, tanto en términos generales como en el contexto particular de Los Ángeles?

La recomposición del discurso sobre la globalización

Considerada de forma más amplia, la globalización es concebida como «la comprensión del mundo y la intensificación de la conciencia del mundo como un todo», lo que acarrea consigo la profundización y la ampliación de «las relaciones sociales que conectan lugares lejanos de todo el mundo, de tal manera que los acontecimientos locales están configurados por acontecimientos que ocurren a muchos kilómetros de distancia y viceversa».² La palabra clave aquí es la «intensificación» de todas las cuestiones descritas hasta aquí y que se han estado dando en las sociedades urbanas durante, al menos, los últimos mil, sino diez mil años, desde los orígenes del urbanismo sinécico. Lo que es así específico de la era actual no es la globalización *per se* sino su intensificación en la conciencia popular (e intelectual) y el *alcance y la escala* de las relaciones sociales, económicas, políticas y culturales globalizadas. En términos estadísticos simples, un mayor porcentaje de la población total mundial es consciente de la existencia de una *globalidad* que se extiende sobre todo el planeta; y una parte mayor de la vida cotidiana de todas las personas es afectada por los circuitos de la actividad humana que operan específicamente en esta escala global.

La globalización contemporánea puede ser interpretada simplemente como otra etapa de un proceso histórico de largo recorrido, pero esta simplificación oculta más de lo que revela. A lo largo de las últimas tres décadas, se han acumulado suficientes datos como para que muchos observadores y analistas les sugiera que se ha atravesado un cierto umbral. Prácticamente toda la superficie del planeta (y hago uso de este término tanto en su acepción antigua como en la actual) se encuentra globalizada, una afirmación que hace 50 años no podía ser realizada tan fácilmente. Y aún de mayor importancia, la escala global de la vida humana, el nivel más exterior de la gran cantidad de escalas espaciales relevantes en términos materiales en las que se anida el cuerpo humano, ha acumulado más poder e influencia que

² Roland Robertson, *Globalization*, Londres, Sage, 1992, p. 8; Anthony Giddens, *The Consequences of Modernity*, Cambridge, Polity, 1990, p. 64 [ed. cast.: *Consecuencias de las modernidad*, trad. por A. Lizón Ramón, Alianza, Madrid, 1999, p. 68].

en cualquier otro momento de la historia. Es este contundente *crecimiento del poder de la globalidad* y de la conciencia global, en tanto fuente de acción y práctica humana, lo que sostiene la emergencia de la globalización como el concepto más ampliamente utilizado para comprender la especificidad del presente y para racionalizar y explicar casi todo lo que sucede en el mundo contemporáneo.

En este sentido, el hecho de presentar las principales características del discurso general sobre la globalización representa un enorme desafío, ya que el alcance del propio discurso se ha vuelto tan inclusivo (¿global?) que se hace inmanejable, al tiempo que quienes lo producen, ya lo celebren o se opongan, están insertos en casi todos los campos de estudio. En lugar de intentar sintetizar la vasta bibliografía sobre la globalización, voy a componer el discurso en torno a una serie de temas y conceptos representativos que de forma secuencial se desenvuelven hacia la construcción de un nuevo marco de comprensión del impacto de la *globalidad*, la *globalización* y el *globalismo* en los espacios urbanos contemporáneos y en la formación de la postmetrópolis.³ Apuntalando esta recomposición se encuentra un permanente esfuerzo por demostrar la perspicacia y el poder propios de una *imaginación geográfica centrada en lo urbano* y en una *perspectiva espacial crítica*; así como también un esfuerzo por explorar con mayor profundidad la *espacialización de la teoría social* que aparentemente ha acompañado el creciente poder de la globalidad, la globalización y el globalismo hacia finales del siglo XX.⁴

La globalidad de la producción y la producción de la globalidad

Al modelar y centrar el discurso de la globalización, definiéndolo literalmente con formas y expresiones empíricas concretas, aparece un argumento que considera la intensificación de la globalización y el creciente poder de la globalidad, principalmente como el producto de una dramática expansión en la escala y en el alcance de la producción industrial capitalista. Ciertos estudiosos sostienen que hemos entrado en una era de *capitalismo*

³ Estos tres términos son frecuentemente utilizados como la triada de conceptos y discursos que deliberadamente reemplazan a la modernidad, la modernización y el modernismo (con y sin el prefijo *post-*). En cada caso, el sufijo *-dad* representa la condición general, mientras que *-ización* e *-ismo* se refieren respectivamente a los procesos materiales que producen y reproducen esta condición, y a las prácticas conscientes y afirmativas que emergen del conocimiento situado de la condición general, tal y como es expresado en tiempos y espacios particulares.

⁴ Mike Featherstone y Scott Lash, «Globalization, Modernity and the Spatialization of Social Theory», se trata de una introducción editorial a *Global Modernities*, 1995, pp. 1-24.

global que se caracteriza por una *nueva división internacional del trabajo* en la que la producción industrial (o lo que el primer discurso denominaría urbanismo industrial) se ha distribuido de una forma mucho más amplia que nunca antes a lo largo del mundo habitado. El surgimiento de los NICS (los países de reciente industrialización, como los «Tigres» del Este de Asia) y la creación de otros *nuevos espacios industriales* donde nunca se había producido un proceso de industrialización de importancia (incluidos lugares ejemplares como Silicon Valley y los polos tecnológicos, otrora suburbanos, del Sur de California), en combinación con la *desindustrialización* de muchas regiones manufactureras más antiguas, son considerados como indicadores de la emergencia de un orden económico mundial nuevo y diferente, una economía espacial global reestructurada que requiere ser estudiada en sus propios términos, decididamente globalizados.

En respuesta a aquellos que nos recuerdan que el capitalismo siempre ha operado a escala global, los globalistas que estudian la producción sostienen que lo que hoy está vigente es un nivel de globalidad cualitativamente nuevo. Si bien subsisten aún importantes continuidades con el pasado, los aspectos nuevos y diferentes de los patrones contemporáneos de la globalización demandan una mayor atención teórica y práctica. El primer sistema capitalista mundial se inició en el siglo XVI con la globalización del capital comercial o mercantil.⁵ Los mercaderes y comerciantes europeos establecidos en «ciudades mundiales», como Ámsterdam, Hamburgo y Venecia y mantenidos por Estados gobernados por monarquías absolutas, explotaban fuentes de riqueza existentes en lugares remotos, de las que obtenían materias primas, desde el oro y las especias hasta los esclavos, y los conocimientos tecnológicos indígenas. Más tarde, en la era del imperialismo, la globalización y el sistema capitalista mundial se expandieron y crecieron por la infusión y difusión del capital financiero, organizado y al menos parcialmente controlado por los Estados nación industrializados y sus «metrópolis» imperiales dominantes, como Londres, París y Nueva York. En este sistema mundo de dominación colonial y desarrollo nacional, las inversiones en las periferias coloniales provenientes de los Estados centrales y de las regiones urbanas de Europa y Norteamérica aseguraban un abastecimiento fiable de bienes de consumo para los centros industriales urbanos burgueses y creaban también una división internacional del trabajo firmemente organizada: centro y periferia, metrópoli y satélite y, después del surgimiento de un bloque socialista mundial, la estructura del Primer, Segundo y Tercer Mundo.

⁵ Para una interesante perspectiva del desarrollo de un sistema mundo pre-moderno, pre-capitalista, véase Janet Abu-Lughod, *Before European Hegemony: The World System A.D. 1250-1350*, Nueva York, Oxford University Press, 1989.

Es precisamente esta ordenada configuración de las relaciones internacionales, que se ha mantenido relativamente estable desde finales del siglo XIX, la que en la actualidad está siendo profundamente reestructurada en lo que algunos han denominado como una era de acumulación flexible y capitalismo «desorganizado». Mientras los circuitos comerciales y financieros del capital desempeñan un papel vital en este proceso de reestructuración, lo que más distingue a la era de la globalización actual es el grado de expansión geográfica del capital productivo industrial. La producción industrial capitalista de carácter urbano, antiguamente confinada al núcleo de los países industriales, se ha desparramado por muchas otras partes del mundo, el ejemplo más directo lo constituye la lista cada vez extensa de NICs. Este fenómeno ha venido asociado con un fracaso de la antigua economía mundial capitalista *internacional* (o interestatal) y de su característica división espacial (o territorial) del trabajo basada principalmente en los Estados nación; y con su reconfiguración como economía capitalista *global* o *transnacional* intensificada en un «nuevo orden mundial» compuesto por una red de flujos y conexiones que ya no están tan confinados como en el pasado a las fronteras nacionales.

Las poderosas fuerzas que dirigen este profundo proceso de reestructuración en la nueva era de globalismo son muchas, cada una de las cuales puede ser considerada en tanto que genera un efecto significativo en la transición postmetropolitana. Estas fuerzas incluyen:

- La industrialización de grandes segmentos del antiguo Tercer Mundo y la simultánea desindustrialización de ciudades y regiones en las que aún imperaba el sistema de producción fordista.
- La creación de nuevas formas de producción global en red, simbolizada en productos tales como el «automóvil mundial» [*world car*] o los coloridos jerseys de Benetton.
- El acelerado movimiento de personas, bienes, servicios e información, a través de las fronteras nacionales y el crecimiento de los mercados globales de trabajo y las redes globales de comercio.
- La reorganización de los sistemas y de los mercados internacionales, desde la Unión Europea hasta la Asociación Norteamericana de Libre Comercio (NAFTA) y los distintos bloques comerciales de Asia, África y América Latina.
- La propulsiva emergencia de las corporaciones transnacionales como instrumentos de racionalización y coordinación de la inversión global, de la producción y de la acumulación de capital.
- Los efectos de las telecomunicaciones y de la revolución de la información sobre el espacio y la conexión en red.

- La emergencia de poderosas instituciones con el fin de promover la integración financiera global y de consolidar los tres principales circuitos de capital (el comercial, el financiero, el industrial) a escala global.
- El surgimiento de los países de la costa del Pacífico como un bloque de poder capaz de competir con la Alianza del Atlántico Norte.
- La concentración del poder político y económico en una nueva jerarquía de ciudades globales que actúan como centros de mando en el control de las cambiantes operaciones financieras de la economía mundial.

Cada uno de estos procesos de cambio ha proporcionado un tema en el estudio de la economía geopolítica de la globalización y constituye el objeto de una abundante y creciente bibliografía. Con el fin de simplificar aquí su representación podemos agruparlos en torno a dos categorías de amplio espectro, la *globalización del capital* y la *globalización del trabajo*. Considerada como un proceso que afecta a las economías nacionales, tal y como sucede en los debates acerca de la globalización y de las políticas públicas en Estados Unidos, la globalización del capital suele ser medida por indicadores tales como el aumento de la inversión extranjera directa, el crecimiento de la inversión extranjera en la economía doméstica, la creciente importancia de las importaciones y las exportaciones y la intensificación de otros «flujos» (de dinero, empleo, servicios y trabajadores) a través de las fronteras nacionales. Entre otros efectos, esto ha traído como resultado la dramática transformación de Estados Unidos, de ser el principal acreedor a comienzos de la década de 1980 a ser el mayor deudor del mundo, tan sólo diez años más tarde. Estas estadísticas son sólo, sin embargo, indicadores indirectos de la globalización y, a menudo, pueden resultar engañosas cuando son consideradas como signos inequívocos del creciente poder de la globalidad y de la decadencia de la soberanía económica del Estado nación.

Algunos de los que critican el hincapié puesto en la globalización y en el supuesto e inminente «fin del Estado nación», señalan, por ejemplo, que cada uno de estos indicadores, al mismo tiempo que registra un cierto aumento de la actividad económica global, también demuestra el persistente dominio de la economía nacional y de la producción doméstica. En respuesta a estas críticas se sostiene que, mientras la economía nacional no ha sido ciertamente eclipsada por las fuerzas económicas globales, las actividades que se han globalizado más rápidamente se han convertido en los sectores líderes o en los motores económicos en términos del crecimiento del empleo, el desarrollo urbano y regional y el crecimiento del PIB. Es más, en la actualidad pareciera existir un mercado mundial para prácticamente cualquier cosa y este mercado mundial pareciera estar expandiéndose a una tasa

más rápida que los mercados locales y nacionales en casi todos los países industrializados. Esto significa que las fuerzas económicas motrices, como la competencia y el crecimiento de la productividad en las industrias domésticas, se están globalizando de forma creciente en lo que se refiere al alcance de sus operaciones, haciendo más difícil que antes la separación de la economía doméstica respecto de la economía global.⁶ Si bien bajo ningún concepto podemos afirmar que la era del Estado nación haya llegado a su fin, es igualmente cierto que las economías nacionales ya no son lo que solían ser hace tan sólo treinta años. El hecho de que esta diferencia sea importante y deba ser rigurosamente investigada y entendida constituye un presupuesto clave que sustenta la mayoría de los estudios sobre la globalización.

Al ser considerada con mayor amplitud que la que le brindan los indicadores estadísticos, la globalización del capital ha tendido a ser estudiada en relación con tres circuitos interconectados de flujo de capital: el intercambio comercial, la inversión financiera y la producción industrial. Tal y como se ha sugerido anteriormente, el atributo más significativo de la fase actual de la globalización es la expansión, difusión y conexión en red del capital industrial y del urbanismo industrial a escala global. Es en este punto en el que la mayoría de los economistas geopolíticos han concentrado su atención. Sin embargo, en general el discurso académico y político se ha concentrado de forma mucho más intensa en el circuito comercial, considerando la globalización fundamentalmente en términos de crecimiento de los nuevos patrones del comercio mundial; o también en la nueva fase de integración financiera transnacional y de conexión electrónica en red, liderada por la tecnología, que está dando nueva forma al flujo del dinero, el crédito y la inversión en lo que algunos observadores describen como un mundo cada vez con menos fronteras. El discurso sobre la globalización del capital puede ser clasificado de un modo rudimentario según cuál de estos tres aspectos reciba una mayor importancia: la producción, el comercio o las finanzas.

⁶ Menciono estos debates en la medida en que vuelven a plantear un contraste interpretativo que se encuentra presente en todos los discursos contemporáneos sobre la reestructuración y la transición postmetropolitana. De un lado, se encuentran aquellos que no consideran que estén teniendo lugar cambios significativos, sino que más bien (más o menos) estamos frente a lo mismo que antes: el persistente poder de las continuidades históricas. De otro lado se encuentran aquellos que se concentran en lo nuevo y diferente, en el poder que proviene de la intensificación y la relativa expansión de ciertos procesos de cambio, que en su relevancia contemporánea tienen más peso que las influencias que persisten del pasado. Si bien resulta importante seguir otorgando importancia a la primera postura, cuando menos como un chequeo de los excesivas reclamaciones y sobreinterpretaciones de lo nuevo, es la segunda postura la que guía la discusión aquí.

La otra cara del capitalismo global, pero que de algún modo ha recibido menos atención, viene definida por la *globalización del trabajo*. Si bien es posible que el capital siempre haya estado menos atado a la tierra que el trabajo, y haya tenido una mayor capacidad de recoger y mudarse a praderas más verdes cuando resulta necesario, probablemente también sea cierto que en esta Era de la Globalización el capital siga teniendo mayor libertad de movimiento que el trabajo, que permanece encerrado principalmente en los mercados de trabajo nacionales. Sin embargo, por su propia naturaleza y por su geografía, la globalización de la producción ha inducido una creciente globalización del trabajo y un desplazamiento de trabajadores a gran escala a los principales nodos de producción industrial, ahora mucho más numerosos. Durante los últimos 30 años, el volumen de la migración laboral a través de las fronteras nacionales, así como de otras formas de migración voluntaria o involuntaria (como por ejemplo, los refugiados), ha alcanzado probablemente un nivel más alto que en cualquier otro periodo previo. Es más, la magnitud de esta migración implica una mayor cantidad de inmigrantes proveniente de muchos más países y culturas que antes. Existe la posibilidad de que esto esté produciendo, por primera vez a esta escala y con este alcance, un proletariado verdaderamente global, pero se trata de un proletariado profundamente fragmentado, difícil de organizar y que aún no es consciente de su potencial como poder global.⁷

Al igual que en lo que se refiere a los demás aspectos de la globalización, esta intensificación de las migraciones se ha desarrollado en términos geográficos de un modo desparejo en lo que se refiere a su impacto e intensidad, y está completamente abierta a distintas interpretaciones acerca de sus causas y consecuencias. Sin embargo, no deben quedar demasiadas dudas acerca de la importancia del papel que está desempeñando la globalización del trabajo, equiparable a la globalización del capital en lo que se refiere a su capacidad de modelar y definir la postmetrópolis contemporánea. En regiones postmetropolitanas como Los Ángeles, Nueva York, Londres y París, la influencia del capital y del trabajo globales, así como de las modas, la música, la cocina, los estilos arquitectónicos, las actitudes políticas y las estrategias de supervivencia económica en todo el mundo están creando no sólo inversiones de capital y mercados de trabajo enormemente diferenciados sino también los espacios urbanos más heterogéneos, en términos económicos, políticos y culturales, que jamás hayan existido. Y atravesando esta heterogeneización cultural y económica, polarizando y fragmentando el

⁷ Una crítica radical del discurso de la globalización y particularmente de sus variadas implicaciones para los trabajadores del mundo, esta accesible en David Harvey, «Globalization in Question», *Rethinking Marxism*, núm. 8, 1995, pp. 1-17.

espacio urbano de una forma nueva y diferente, encontramos una serie de relaciones de clase profundamente reestructuradas que emergen directa e indirectamente de los nuevos procesos de urbanización estimulados por la globalización. Los modos en que esta heterogeneidad y esta fragmentación han afectado al espacio urbano postmetropolitano van a ser analizados con mayor detalle en los capítulos 8 y 9.

Aquí resulta útil recordar la discusión acerca de la Tercera Revolución Urbana analizada en el capítulo 3. En la definición de esta dramática transformación del espacio urbano estaba la entrada en la escena de la estructura urbana (esto es del proceso de urbanización) de tres grandes grupos, domésticos o nacionales, de población: la burguesía industrial, el proletariado industrial y el ejército de trabajadores de reserva que Marx denominó lumpen proletariado. Junto con esta explosión en el tamaño de la población urbana y la implantación de una nueva estructura urbana de clases comenzó a tener lugar una reorganización igualmente dramática del entorno construido con el fin de generar más espacio para el sistema fabril de producción industrial y para las necesidades residenciales, de tránsito y de consumo de la fuerza de trabajo. Durante los últimos 30 años, en gran medida a través de la globalización del trabajo y de la producción de globalidad, las principales regiones metropolitanas del mundo han experimentado lo que bien podría ser concebido como los comienzos de una transformación igualmente dramática de la sociedad y del espacio urbano. Los flujos globales de inversión de capital, la migración de trabajadores, de información e innovación tecnológica están remodelando el espacio urbano y las relaciones locales entre el capital y el trabajo, creando nuevos espacios industriales, una reorganización de las identidades de clase, nuevas divisiones urbanas respecto del trabajo y un patrón de estratificación social y espacial polarizado y refragmentado.

Una vez más, en la estructura urbana están apareciendo nuevos grupos de población en grandes cantidades. En la actualidad, al menos 15 regiones metropolitanas tienen más de 10 millones de habitantes y unas pocas superan los 25 millones, una cantidad que hace 30 años hubiera sido inimaginable. Tal y como analizaremos atentamente a través de los seis principales discursos de la postmetrópolis, a medida que entramos en el siglo XXI surge un tipo de espacio urbano y de urbanismo muy diferente. Sólo el espacio y el tiempo no dirán si estos cambios representan el comienzo de una cuarta Revolución Urbana. En cualquier caso, debemos mantener al menos esta posibilidad en mente a medida que seguimos nuestro recorrido por las interpretaciones espaciales más innovadoras del proceso de globalización.

Los mundos regionales de la globalización

El énfasis discursivo en la globalización económica y en la expansión mundial del capitalismo industrial-urbano se ha desarrollado en lo que a grandes rasgos podríamos definir como dos corrientes, una basada fundamentalmente en la economía, las relaciones internacionales, los estudios estratégicos y los estudios de gestión, la otra en lo que he descrito como la perspectiva de la economía geopolítica. Si bien hay cierta coincidencia entre ambas corrientes, es sobre todo la segunda la que otorga una mayor importancia a los impactos específicos de la globalización sobre las ciudades y las regiones y, por lo tanto, a la conceptualización e interpretación de la transición postmetropolitana. Al concentrar nuestra atención en la economía geopolítica de la globalización se abren interesantes conexiones con el primer discurso. En efecto, esta prolongación de los debates sobre la reestructuración económica, el urbanismo industrial y la acumulación flexible postfordista ha producido algunas de las investigaciones empíricas más interesantes y de las teorizaciones más reflexivas sobre el proceso de globalización. Al mismo tiempo, esta conexión entre el primer y el segundo discurso lleva consigo, normalmente con el trasfondo de un conflicto conceptual y metodológico no expresado, una previa división de los discursos de la izquierda acerca de lo que podría ser vagamente descrito como el modo más apropiado de teorizar el desarrollo geográfico desigual y, tal y como fue denominado en el capítulo 6, la anatomía geográfica del capitalismo industrial. Dado que este debate tiene cierta relación con el modo en el que se entiende y se interpreta la postmetrópolis, vamos a analizarlo con cierto detalle.

Al igual que en la década de 1970, con el desarrollo de las teorías neo-marxistas del subdesarrollo, la dependencia y los análisis del sistema mundo, el conflicto surgía principalmente entre un punto de vista endógeno o «internalista, en lo que se refiere a la causalidad y la explicación» y uno exógeno o «externalista». La mirada internalista tiende a concentrarse en desentrañar el funcionamiento interno de la economía capitalista, tal y como se expresa en los contextos y en los espacios locales particulares; mientras que la mirada externalista pone la atención en la importancia de la globalización y otras fuerzas macroeconómicas, en lo que se refiere al modelado de estos funcionamientos internos y a la producción de geografías específicas. Dicho de otro modo, el primer enfoque explica el desarrollo de la postmetrópolis y se compromete en el desafío teórico más amplio vinculado al desarrollo geográficamente desigual, fundamentalmente desde dentro del espacio urbano, mientras que el segundo lo hace principalmente desde fuera. Esto ha llevado a que muchos economistas políticos urbanos y regionales vinculados a la teoría del desarrollo endógeno desconfiaran de la

importancia que le era asignada a los procesos macroeconómicos de la globalización, ya sea porque ocultaban las dinámicas de conflicto de clase o porque desviaban la atención de los funcionamientos internos propios de las redes locales y regionales, de las instituciones y de las convenciones consideradas la fuerza motriz del desarrollo y de la transformación económica contemporánea. Al mismo tiempo, los que ponían el acento en la globalización como el principal factor de explicación tienden frecuentemente a rehuir de la economía geopolítica debido a su produccionismo putativo, su estrecho microeconomicismo y localismo, su desactualizada ortodoxia marxiana y su fracaso a la hora de considerar la totalidad de la situación.

En la década de 1970, este conflicto conceptual dividió de forma profunda los debates sobre el desarrollo urbano, regional e internacional. Sin embargo, en la década de 1990 se ha desarrollado una nueva perspectiva recombinante, más equilibrada, de la economía geopolítica, que deriva en parte de las poderosas críticas postmodernas de las epistemologías modernistas que dominaron las teorías del desarrollo endógeno y exógeno. Especialmente pertinente aquí ha sido la creciente sensibilidad en relación con los problemas del pensamiento binario, a través del cual se representan los énfasis internalistas y externalistas (así como otras grandes dicotomías como burguesía-proletariado, capitalismo-socialismo, centro-periferia, hombre-mujer, colonizador-colonizado, agencia-estructura) como una elección categórica en la que es necesario tomar una decisión. En el marco de una lógica binaria tan polarizante, existía cierta presión por optar por uno de los dos enfoques y por mantener de forma crítica esta elección epistemológica en contra de los argumentos opuestos más sólidos. Quisiera dejar claro que no estoy afirmando que todos los economistas geopolíticos hayan adquirido una postura categórica en relación con la cuestión del enfoque internalista frente al enfoque externalista, sino más bien que el discurso dominante, ha tendido hasta hace muy poco tiempo a modelarse fundamentalmente en dos campos, uno basado principalmente en desentrañar los funcionamientos endógenos microanalíticos, materialmente localizados, del desarrollo geográficamente desigual, incluidos los efectos de la globalización; y el otro más concentrado en el análisis macro de las fuerzas estructurales a gran escala que emanan del sistema mundo capitalista y que modelan de modo exógeno las trayectorias de desarrollo local, urbano, regional y nacional.

Los mejores estudiosos de cada uno de estos dos campos (me vienen a la mente Harvey, Scott, Castells, Gunder Frank y Wallerstein) han afirmado de forma insistente que sus trabajos combinaban las interpretaciones internalista y externalista. Sus particulares posturas reflejaban no tanto una elección categórica como más bien una preferencia personal, política e intelectual. Estos especialistas decidieron resaltar un campo de interpretación que consideraban

que había sido escasamente investigado, especialmente en el seno de los principales discursos marxistas y/o de las ciencias sociales. La tendencia al pensamiento binario era tan dominante que, sin embargo, su elección relativa tendió a ser considerada por sus intérpretes como un compromiso absoluto. En la medida en que se adjudicaba una cantidad cada vez mayor de estas etiquetas categóricas binarias a cada estudioso y a sus trabajos, la bibliografía se llenó de negaciones defensivas ante la atribución de un esencialismo categórico, la imputación de ser estrechamente estructuralistas, voluntaristas, circulacionistas, espacialistas, funcionalistas, historicistas, tercer mundistas, eurocentristas, excesiva, o no lo suficientemente, marxistas. El hecho de que alguien pudiera concentrarse principalmente en desarrollar conocimiento de cada uno de los dos lados de la gran dicotomía sin negar necesariamente la importancia de su supuesto adversario era juzgado, demasiado a menudo, como epistemológica y políticamente inaceptable.

En la actualidad hay signos de la emergencia de un nuevo estado de ánimo epistemológico y político en el intento por comprender la globalización tanto en términos prácticos como teóricos. La rigidez de los binarismos se está resquebrajando, generando una recombinación alternativa de ambos, lo que abre nuevas posibilidades para una conceptualización considerablemente diferente respecto de la oposición original.⁸ Un breve pero revelador ejemplo de este nuevo viraje del discurso de la globalización puede hallarse en la concepción de un punto de vista alternativo que emerge tanto de la perspectiva de localización-internalista como de la globalización-externalista, al tiempo que las redefine. Aquí hago referencia, con toda la dificultad de su inmediatez, al término compuesto *glocalización*.⁹ Tal y como observa

⁸ En *Thirdspace* describí esta ruptura y apertura de las oposiciones binarias como un «tercero crítico-como-otro» [*critical thirding-as-othering*], y observé que este «tercero» [*thirding*] no constituía tan sólo una postura intermedia entre dos términos opuestos sino un «otro» [*othering*] particular, la creación de una forma nueva y diferente de comprender lo que era descrito por la oposición binaria original.

⁹ Erik Swyngedouw, un geógrafo belga que enseña en la Universidad de Oxford, fue uno de los primeros en utilizar el término glocalización. Véase Swyngedouw, «The Mammon Quest: "Glocalisation", Interspatial Competition and the Monetary Order: The Construction of New Scales», en M. Dunford y G. Kafkalas (eds.), *Cities and Regions in the New Europe: The Global-Local Interplay and Spatial Development Strategies*, Londres, Belhaven Press, 1992, pp. 39-68; y más recientemente, «Neither Global nor Local: "Glocalization" and the Politics of Scale», en K. R. Cox (ed.), *Spaces of Globalization: Reasserting the Power of the Local*, Nueva York y Londres, Guilford Press, 1997, pp. 137-66. Véase también Roland Robertson, «Glocalization: Space, Time, and Social Theory», *Journal of International Communication*, núm. 1, 1994; y «Glocalization: Time-Space and Homogeneity-Heterogeneity», en Featherstone *et alli* (eds.), *Global Modernities*, Londres, Sage, 1995, pp. 25-44. También es importante el trabajo de Thomas J. Courchene, «Glocalization: The Regional/International Interface», *Canadian Journal of Regional Science*, núm. 18, 1995, pp. 1-20.

Roland Robertson, el término ha ingresado en *The Oxford Dictionary of New Words* (1991: 34) como una combinación «telescópica» de lo global y lo local, fuertemente inspirada en la estrategia de negocios japonesa conocida como *dochakuka*, una visión global adaptada a las condiciones locales o a la localización de la globalidad. Lo estudiosos de la glocalización han ampliado este significado para hacer de la glocalización un proceso específico, con prolongaciones en términos tales como glocal, glocalidad y glocalismo.

Al agregar literalmente lo local a lo global (y viceversa), el concepto de glocalización provoca un perturbador desafío para la mirada ampliamente generalizada de que la globalización y la localización, y sus expresiones más ideológicas y positivas como el globalismo y el localismo, son procesos o modos de pensamiento separados y opuestos.¹⁰ Desde esta perspectiva alternativa, lo global y lo local, al mismo tiempo que las epistemologías internalistas-externalistas y los enfoques micro-macro analíticos correlativos, son repensados en conjunto y simultáneamente a través de la afirmación de un concepto nuevo y diferente que rompe de forma selectiva con la oposición original, abriendo otro modo de investigación que hasta el momento no había sido considerado o explorado. Al repensar la localización, por ejemplo, se reconoce que siempre actuamos (y pensamos) localmente, pero nuestras acciones y pensamientos también tienen simultáneamente un alcance urbano, regional, nacional y global, afectando y siendo afectados, aunque frecuentemente de un modo menos profundo, por toda la jerarquía de escalas espaciales en las que están arraigadas nuestras vidas. De modo similar, repensar la globalización nos conduce a reconocer que no se trata de un proceso que opera exclusivamente a escala planetaria, sino que constantemente se ve localizado de distintas maneras y con diferentes intensidades en cada escala de la vida humana, desde el cuerpo hasta el planeta. En este sentido, cada localidad en el mundo actual, sea en Los Ángeles o en la Antártida, está globalizada —y también está simultáneamente urbanizada, regionalizada y nacionalizada, si bien es cierto que con intensidades muy diferentes.¹¹

¹⁰ Intentos similares de generar híbridos entre lo global y lo local desde una perspectiva más afín a los estudios culturales, se pueden ver en Rob Wilson y Wimal Dissanayake, *Global/Local: Cultural Production and the Transnational Imaginary*, Durham y Londres, Duke University Press, 1996. Los títulos de los capítulos incluyen frases tales como «Tracking the Global/Local» (introducción editorial), «The Global in the Local» (Arif Dirlik), «Localism, Globalism, and Cultural Identity» (Mike Featherstone), «Globalism's Localisms» (Dana Polan) y «Global/Localism in the American Pacific» (Rob Wilson). Véase también los demás capítulos de Kevin R. Cox (ed.), *Spaces of Globalization*, 1997, escrito principalmente desde el punto de vista del geógrafo.

¹¹ El hecho de que, al menos desde las primeras décadas del siglo XX, el mundo en su totalidad se estuviera haciendo urbano, y de que toda potencial revolución política o económica debiera ser considerada como una revolución fundamentalmente *urbana*, constituye un argumento que Henri Lefebvre postuló en la década de 1960, generando gran confusión y consternación

Por otra parte, esta jerarquía anidada de escalas, en tanto partes integrales de la espacialidad humana, no es dada de un modo ingenuo sino que es construida socialmente, como una parte vital de lo que Henri Lefebvre describió como la producción de espacios percibidos, concebidos y vividos. Si bien una escala en particular, como la que ha venido asociada al Estado nación durante los últimos 200 años, puede reificarse en términos conceptuales y adquirir un importante poder en lo que se refiere a sus efectos sobre la vida cotidiana y sobre el desarrollo geográficamente desigual, ésta es también una construcción socio-espacial y, por lo tanto, puede ser modificada por la acción humana. Es precisamente esta *ruptura y reconstrucción de las escalas espaciales*, desde los espacios más íntimos del cuerpo, la vivienda y el hogar hasta la región metropolitana y el Estado nación territorial, lo que está tan profundamente implicado en la intensificación contemporánea de la globalización. En este sentido, el neologismo de la glocalización, que parece tan inocente, puede ser considerado como una de las chispas iniciales para repensar no sólo las relaciones entre lo global y lo local o los debates competitivos acerca de los enfoques internalista y externalista, sino también todo el tejido de relaciones que definen la espacialidad de la vida social contemporánea y, en particular, la especificidad espacial del urbanismo. Erik Swyngedouw sintetiza su mirada glocal de la política de la escala del siguiente modo:

El quid de la cuestión no reside, por lo tanto, en si lo local o lo global tiene prioridad teórica y empírica en la conformación de las condiciones de la vida cotidiana, sino en el modo en que lo local, lo global y otras escalas geográficas relevantes (aunque en perpetuo cambio) son el resultado, el producto de procesos de cambio socioespacial. En otras palabras, la escala espacial requiere ser entendida en términos de algo que es producido; un proceso que es siempre profundamente heterogéneo, conflictivo y controvertido. La escala se transforma en el terreno y en el momento, tanto en términos discursivos como materiales, en los que las relaciones de poder socioespaciales son impugnadas y los compromisos son negociados y regulados. (Swyngedouw, 1997: 140)

incluso en sus más cercanos aliados marxistas y urbanistas. Al considerar sus argumentos de forma retrospectiva, éstos pueden ser vistos como un intento de reafirmar la importancia fundamental del urbanismo, más allá de la forma material de las grandes ciudades, en el capitalismo industrial (-urbano). Posteriormente, en *La producción del espacio* (edición original en francés 1974, en inglés 1991), extendería esta «aproximación urbana» en una reconceptualización *espacial* más ambiciosa que atravesaba todas las escalas espaciales, desde la local hasta la global. Con el fin de profundizar más en la reconceptualización de la espacialidad llevada a cabo por Lefebvre, véase *Thirdspace* (1996) y la breve discusión del capítulo 4 de este libro. Resulta interesante observar que Erik Swyngedouw, una figura clave en el desarrollo del término «glocalización», haya sido uno de los intérpretes más perspicaces de la obra de Lefebvre.

Si bien el uso del término *glocalización* apenas ha entrado de forma efectiva en el discurso de la globalización, muchos de los argumentos recombina-tes a los cuales induce han sido desarrollados, de diferentes maneras, por los economistas geopolíticos preocupados por el «resurgimiento de las economías regionales» y la explícita re teorización de los efectos de la localización-aglomeración-urbanización, a su vez parte vital de lo que he denominado *sinecismo*. Este enfoque regionalista, que hemos discutido con mayor detalle en el capítulo anterior, tiende a ser crítico con el excesivo énfasis otorgado a los procesos de globalización en la bibliografía actual y especialmente con la persistente dicotomía construida convencionalmente en torno a lo global frente a lo local. Michael Storper expresa este punto de vista regionalista crítico de forma contundente, concentrando la atención específicamente en las aglomeraciones urbano-regionales:

Hoy en día existe una dinámica dialéctica entre la globalización y la territorialización en lo que se refiere a la construcción de las economías urbanas, que presenta muchas dimensiones aparentemente paradójicas. La organización de la reflexividad llevada a cabo por las empresas locales, regionales, nacionales y globales empuja a todas ellas hacia las ciudades. La globalización constituye tanto una fuerza que opera de arriba hacia abajo organizando los mercados y los sistemas de producción según criterios de competencia y flujos de recursos supranacionales, como una fuerza que opera de abajo hacia arriba territorializando su inserción en los mercados (un proceso que requiere que las empresas globales se inserten en los contextos convencionales-relacionales de sus mercados, y no sólo una simple operación tecnocrática) y su esfuerzo por aprovechar las capacidades geográficamente diferenciadas de los productores [...] De forma simultánea, las economías urbanas son arrastradas por dichas fuerzas en estas dos direcciones; es la interrelación entre ambas lo que debe ser apreciado en el estudio de una economía urbana en particular. (Storper, 1997: 248-249)

Lo que Storper describe como territorialización puede ser fácilmente etiquetado como localización o regionalización. También se encuentra estrechamente vinculado a los procesos de aglomeración urbana y al *sinecismo*, dado el fuerte arraigo de su concepto de reflexividad en conceptos como proximidad, acción intencionada, innovación y aprendizaje socio-espacial. No obstante, en lo que se refiere a la discusión del segundo discurso es mucho más pertinente la definición ampliada de localización que atraviesa todas las escalas geográficas de tal modo que puede ser considerada, en gran medida, en tanto que opera de forma similar a la globalización, solo que de «abajo a arriba» más que «de arriba a abajo». ¿Cómo se resuelve o se concluye entonces esta dialéctica de la globalización y de la localización? Y, ¿cómo podemos evitar formularla como otra dicotomía rígida? Para Storper,

con su fijación por los procesos económicos empresariales, la respuesta adopta diversas formulaciones. En términos generales, la respuesta se da en un «nivel medio» de las fuerzas macroeconómicas (de arriba a abajo) y microeconómicas (de abajo a arriba), vinculando sus argumentos a uno de los problemas más importantes del análisis económico. De forma más específica, este nivel de síntesis medio gira en torno a toda una serie de conceptos interrelacionados, incluido el resurgimiento de las economías regionales y los mundos de producción regionales como fuerzas fundamentales en la conformación del desarrollo territorial en el capitalismo global. En parte con el fin de desviar la atención de definiciones más estrechas de la globalización, Storper le otorga un nuevo nombre a esta respuesta regional de nivel medio: «capitalismo reflexivo».

Otro ejemplo de hibridización creativa procede de la bibliografía sobre la «postcolonialidad». Tal y como señalé en *Thirdspace*, el discurso postcolonial puede ser considerado como resultado de una crítica a un tiempo perturbadora y reconstitutiva de las dos metanarrativas opuestas que han dado forma al estudio y a la interpretación histórica y geográfica del desarrollo desigual. La primera pone el acento en la dimensión positiva del desarrollo capitalista, en tanto fuerza innovadora para el progreso continuo, el crecimiento económico y la *modernización*. La segunda metanarrativa, de carácter fundamentalmente socialista, dirige la atención hacia las consecuencias negativas del desarrollo capitalista, especialmente en relación con la *justicia social*. Una escisión metanarrativa similar domina la bibliografía actual sobre la globalización, dividiendo a sus protagonistas entre aquellos que consideran la globalización de una forma optimista, en tanto portadora de nuevas oportunidades para el desarrollo, la modernización y la democracia; y aquellos, los denominados «descontentos», que observan fundamentalmente que con el surgimiento del capitalismo global se están intensificando las injusticias y las divisiones socio-espaciales. Las mejores críticas postcoloniales acomodan de forma selectiva ambas perspectivas, pero van más allá de su simple combinación orientándolas en direcciones nuevas e innovadoras, especialmente en relación con las oportunidades de progreso asociadas a la reafirmación de lo local, del poder de las identidades basadas en el lugar, del desarrollo de «contranarrativas de la nación» (véase Bhabha, 1990) y, en términos más generales, de lo que Smith y Guarnizo (1998) describen como «transnacionalismo desde abajo».

El análisis de la crítica postcolonial de la globalización nos conduce, sin embargo, más allá de la bibliografía sobre la economía geopolítica, hacia el campo, cada vez más extenso, de los estudios culturales críticos, donde se ha desarrollado un subdiscurso distinto sobre la globalización. Pero antes de analizar este enfoque cultural crítico, es necesario discutir acerca de otra área de replanteamiento de las cuestiones relativas a la economía geopolítica.

Las nuevas geografías del poder

Aquí la discusión se desplaza de lo económico a lo político en un esfuerzo por comprender la economía geopolítica de la globalización. Lamentablemente, el discurso explícitamente político sobre la globalización no está tan desarrollado y conceptualizado como el económico, y frecuentemente ha tendido a expresarse a través de afirmaciones hiperbólicas y de cierta confusión conceptual. Los ejemplos más contundentes de este exceso discursivo pueden ser extraídos de los títulos de algunos de los textos representativos mencionados al comienzo de este capítulo: *The Borderless World* [El mundo sin fronteras], *The End of the Nation-State* [El fin del Estado nación] y *The End of Geography* [El fin de la geografía]. Quisiera dejar claro que no estoy cuestionando necesariamente la sustancia de los argumentos desarrollados por los autores de estos textos, sino que utilizando las frases de sus títulos quiero promover una reconsideración de los efectos de la globalización en la cambiante *geografía política* del poder en el mundo contemporáneo.

El discurso sobre los efectos políticos de la globalización ha estado centrado en el *Estado nación* y en lo que algunos han dado en llamar su «soberanía perforada», la pérdida de su «exclusividad territorial» y su nueva «crisis de legitimidad».¹² No caben muchas dudas acerca del hecho de que la globalización ha erosionado la mayoría de los poderes soberanos de los Estados nación durante los últimos treinta años, pero afirmar que esto supone su fin y el surgimiento de un mundo sin fronteras no sólo constituye una grosera exageración sino una desviación del intento por comprender, en términos prácticos y teóricos, estas importantes transformaciones. De manera más apropiada, las transformaciones de los poderes soberanos del Estado nación territorial requieren ser considerados, primero, en el contexto de la geohistoria de la globalización y del desarrollo capitalista; después, con una específica referencia a las dinámicas de los profundos procesos de reestructuración que han modelado el mundo durante los últimos treinta años; y, en tercer lugar, y tal vez de mayor importancia, desde una perspectiva específicamente geopolítica sensible a las múltiples escalas que caracterizan la espacialidad y la gubernamentalidad de la vida política.

Si bien no puedo aquí profundizar demasiado en la geohistoria del Estado nación, resulta apropiado realizar unos breves comentarios. La bibliografía sobre el Estado nación moderno sugiere que éste comenzó a

¹² Ivo D. Duchacek *et alli* (eds.), *Perforated Sovereignties and International Relations: Trans-sovereign Contacts of Subnational Governments*, Nueva York, Greenwood Press, 1988; Saskia Sassen, *Losing Control? Sovereignty in an Age of Globalization*, Nueva York, Columbia University Press, 1996 [ed. cast.: *¿Perdiendo el control? La soberanía en la era de la globalización*, Barcelona, Bellaterra, 2001]; Jürgen Habermas, *Legitimation Crisis*, Boston, Beacon Press, 1973.

adquirir su forma característica en la Europa y en la Norteamérica de finales del siglo XVIII, con el surgimiento de la democracia liberal en la Era de la Revolución y la simultánea expansión del capitalismo industrial-urbano. En tanto comunidad política, real e imaginaria, autogobernada, en una escala territorial por encima de la ciudad-estado y por debajo del imperio-estado, el Estado nación era ideológicamente democrático y esencialmente capitalista, lo cuál ha generado tensiones y contradicciones que siguen fascinando a los teóricos del mismo hasta la actualidad. En lo que se refiere a sus operaciones internas durante el siglo XIX, este Estado de nuevo tipo estaba comprometido en el proceso de construcción de una nación que consistía no sólo en la promoción de una identidad (o territorialidad) nacional dentro de las fronteras del Estado, definidas en términos formales y legales, sino también en la creación de una coincidencia que reforzara tres poderosos espacios: el espacio mental, previamente mencionado, de la *identidad* territorial-nacional, o lo que Benedict Anderson (1983) denominó «comunidad imaginaria»; el espacio jurisdiccional e institucional de la *autoridad* y del control estatal; y el espacio fundamentalmente capitalista definido por el poder del *mercado*. A través de esta coincidencia territorial inducida de la identidad, la autoridad y el mercado que definía al exitoso Estado nación, las fuentes de poder «subnacionales» en competencia, como las ciudades y las regiones fueron subordinadas, si bien nunca completamente eliminadas. Siguió siendo potentes en tanto espacios de identidad cultural alternativa, lugares de resistencia contra la autoridad nacional y contextos locales para el desarrollo económico autogenerado y el sinecismo innovador, a pesar de que tendieron a desaparecer dentro del más amplio y más «nacional» discurso teórico.

El Estado nación capitalista, que había surgido previamente pero cuyo proceso de consolidación se aceleró durante la Era del Imperialismo, fue globalizado al menos como un medio rudimentario de prolongación a escala global de estos tres espacios nacionales de poder. Esto impuso y consolidó una red específicamente *inter-estatal* de relaciones globales y una división del trabajo y del poder territorial mundial estructurada en torno a un centro dominante de Estados nación industriales avanzados y una periferia «dependiente» y subordinada de sistemas de gobierno y economías conceptualizadas y construidas de forma imaginativa como si estuvieran ubicadas en niveles inferiores de desarrollo político y económico.¹³ A pesar de encontrarse envueltas en los mitos económicos de las ventajas comparativas y del

¹³ Esto aceleró lo que Edward Said denominó «orientalismo» y la bifurcación del mundo en las «geografías imaginarias» del colonizador hegemónico y los subalternos colonizados, el centro y la periferia. Aquí también los debates contemporáneos están reconstruyendo y reconstituyendo este binarismo impuesto en la geografía global del poder.

intercambio equitativo así como también en mitos culturales de superioridad racial y derecho moral, esta geografía interestatal e imperial del poder era producida y sostenida por procesos simultáneos de subdesarrollo y desarrollo capitalista inducido. Aquí nuevamente, la ideología (el patriotismo nacional), la autoridad (el Estado nacional, con sus fuerzas militares y de policiales) y el mercado (especialmente a través de las inversiones de capital) trabajaban de forma conjunta en los países centrales para subordinar y subsumir, sin destruir totalmente, las fuentes de poder que competían no sólo en la arena doméstica sino también en las ciudades, regiones y Estados de la periferia. A cambio de esta subordinación, se daban promesas de protección militar, ilustración moral y modernización económica.

Esta geografía globalizada del poder, inscrita en lo que en la actualidad podría ser descrito como la antigua división internacional del trabajo, permaneció increíblemente estable durante aproximadamente un siglo, a pesar de los levantamientos anticoloniales en las periferias y las destructivas guerras entre los Estados centrales en relación con la ideología, la autoridad territorial y los mercados. Hacia comienzos de la década de 1970, con la independencia de la mayoría de las colonias periféricas, el Estado nación se había afianzado de forma fuerte, como el más prodigioso «contenedor» de comunidad y poder territorial, al tiempo que otras formas de gobierno alternativas parecían desaparecer del imaginario político global. El mundo capitalista, e incluso el bloque socialista incorporado a éste, era un mundo de Estados nación o de Estados «destinados a ser» Estados nación, cada uno considerado como un actor reificado en la nueva fase global y desempeñando todos los papeles posibles.

Lo que le ha sucedido a la geografía política del mundo en el último tercio del siglo XX, puede ser descrito tal vez como una apertura del imaginario político y de la esfera material de las posibilidades políticas a «otros» espacios y escalas de gubernamentalidad y filiación, una apertura provocada por un radical cambio de sentido en la historia del poder y del control soberano de los Estados nación centrales sobre la identidad territorial, la autoridad y los mercados. Ciertamente, el control nacional sobre estas tres esferas territoriales no ha desaparecido, pero también es verdad que dicho control ha experimentado una importante reestructuración.¹⁴ En este sentido,

¹⁴ Una figura de suma importancia en la conceptualización de esta reestructuración del Estado nación en tanto proceso fundamental para una nueva territorialización y una nueva escala, inspirada a su vez profundamente en el trabajo de Henri Lefebvre, es la de Neil Brenner. Véase, Brenner «Globalization as Reterritorialization: The Re-scaling of Urban Governance in the European Union», *Urban Studies*, núm. 36, 1999, pp. 432-51; y «Between Fixity and Motion: Accumulation, Territorial Organisation and the Historical Geography of Spatial Scales», *Environment and Planning D: Society and Space*, num. 16, 1998, pp. 459-481.

resulta útil considerar el modo en que operaba la antigua geografía del poder, fundamentalmente, en tres niveles o escalas: local, nacional y global. La consolidación del Estado nación durante los últimos dos siglos ha redefinido progresivamente los otros dos niveles, es decir, ha visto como su poder crecía en todas las formas potenciales de gobierno ubicadas por encima y por debajo de sí mismo, de tal modo que las esferas local y global estuvieran, nuevamente en relación con la identidad-autoridad-mercado, eficazmente subordinadas y subsumidas. Por este motivo, muchos estudiosos siguen argumentando que la globalización, así como también el desarrollo local, urbano y regional son, ante todo, productos de los Estados nación y hay buenos motivos para creer que esto es al menos parcialmente correcto.

De todos modos, la geografía del poder en relación con estas tres escalas ha sido considerablemente modificada, de muy distintos modos, durante los últimos 30 años. La creciente fortaleza y autonomía de la *globalidad transnacional* tal vez resulte obvia, esto es, el aumento relativo del nivel superior que constituye uno de los efectos más importantes de lo que suele ser descrito como globalización. En el otro extremo de la escala, algunos señalan que también se ha producido una correlativa reafirmación del poder de lo local, tanto para acomodar como para resistir a las fuerzas de la globalización. Si nos concentramos propiamente en el Estado nación, podemos señalar que como mínimo ha tenido lugar una importante *pluralización* de las bases territoriales de poder. Esto ha creado lo que algunos comentaristas han identificado como una nueva «crisis del Estado», que suele ser definida como producto de las cambiantes relaciones de poder entre el Estado nación y la escala superior (lo global) e inferior (lo local).

El discurso convencional acerca de la globalización ha arraigado, prácticamente en su totalidad, en estas tres escalas. Pero en muchos sentidos, los desarrollos más interesantes derivados de la globalización y de la reestructuración económica postfordista pueden encontrarse en los espacios «intermedios», en las nuevas geografías del poder que aparecen entre las escalas nacional y global, y nacional y local. La primera de ellas implica, fundamentalmente, el desarrollo de *regionalismos supranacionales o supraestatales*, formas emergentes de identidad regional, autoridad política y organización del mercado por encima del nivel del Estado nación. El ejemplo más destacado de este regionalismo supranacional ha sido la formación de la Unión Europea (UE), el primer y, por el momento, único intento serio de confederar políticamente un extenso grupo de Estados nación capitalistas altamente industrializados. Si bien la posibilidad de la existencia de una identidad europea, al igual que la autoridad efectiva de las instituciones políticas de la UE, está todavía débilmente desarrollada, ambas se encuentran en proceso de desarrollo. Los avances más importantes han tenido lugar en relación con los mercados comerciales y de trabajo, lo que

ha llevado a algunos observadores como Manuel Castells a concluir que en la actualidad la UE es poco más que un cártel político en expansión controlado por lo que él denomina un «súper Estado nación».¹⁵

Si bien es posible que hoy en día la Unión Europea no sea, en efecto, más que una extensión del Estado nación a una escala mayor, su formación, junto con el fracaso y la posterior reforma del bloque comunista, ha constituido un importante estímulo para la intensificación del regionalismo supranacional, al menos en el ámbito del comercio mundial y de los flujos globales de bienes, servicios, personas e información. Modelado por la creciente globalización del capital, del trabajo y de la producción industrial, ha aparecido un sistema de bloques comerciales regionales superpuestos, asumiendo un poder cada vez mayor en la economía mundial. Visualizada de un modo rudimentario, pero no incorrecto, la organización de la economía mundial está adquiriendo cada vez más la forma de tres grandes bandas o zonas que se extienden de Norte a Sur y de un polo al otro, una centrada en Estados Unidos que contiene todo el hemisferio occidental; otra, con centro en Europa Occidental, cubre el oeste de Eurasia y África; y una tercera, liderada por Japón, que se extiende por el este de Eurasia, Australia-Nueva Zelanda y la mayor parte de la cuenca del Pacífico (que en la actualidad es descrita a menudo como la cuenca asiática).

Si bien algunos de los múltiples bloques comerciales que componen cada una de estas zonas longitudinales coinciden con los otros dos, y sus áreas centrales continúan comerciando fundamentalmente entre sí, los flujos comerciales, migratorios y de información, y, tal vez, también los lazos geopolíticos, dentro de las bandas Norte-Sur parecen estar creciendo rápidamente. De forma aún más evidente, la creciente integración económica y política dentro de las zonas ha estado acompañada, sino dirigida, por la concentración cada vez mayor del poder político y económico en tres postmetrópolis específicas que funcionan como los principales «centros de mando» de cada zona: Nueva York, Londres y

¹⁵ Tal y como Castells lo ve: «La formación de la Unión Europea [...] no es un proceso de construcción del Estado federal europeo del futuro, sino la construcción de un cártel político, el cártel de Bruselas, en el que los estados-nación europeos puedan seguir haciéndose, de forma colectiva, con cierto grado de soberanía en el nuevo desorden global, y luego distribuir los beneficios entre sus miembros, por medio de reglas que son incesantemente negociadas. Por este motivo, en lugar del comienzo de la era de la supranacionalidad y de la gobernanza global, estamos presenciando la aparición del súper Estado-nación, es decir, de un estado que expresa, en una geometría variable, los intereses agregados de sus miembros constituyentes». Manuel Castells, *The Power of Identity*, volumen II de *The Information Age: Economy, Society and Culture*, Oxford, Reino Unido y Cambridge (Ma.), Blackwell Publishers, 1997, p. 267 [ed. cast.: *El poder de la identidad*, volumen II de *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, Siglo XXI, México DF, 2001, pp. 295-296].

Tokio, cada una en la cima de una jerarquía anidada de «capitales del capital global» similares. En muchos sentidos, esta división supranacional triádica de la economía política global, con su geografía de poder estructurada internamente, está reemplazando a la antigua división internacional del trabajo entre el Primer, Segundo y Tercer Mundo así como también esa popular metáfora latitudinal de centro-periferia, la división Norte-Sur. Kenichi Ohmae, en su *tour* de hombre de negocios por el «mundo sin fronteras», observa en este reordenamiento global el surgimiento del «Estado regional», un Estado «mayor que un continente» y que emana de lo que denomina «la Economía Interrelacionada de la Triada (Estados Unidos, Europa y Japón)».¹⁶

Los desarrollos que han tenido lugar entre las escalas de gobierno nacional y local han sido tan interesantes y controvertidos como los anteriores. Tal y como hemos descrito anteriormente, la globalización y la reestructuración económica han estado asociadas al resurgimiento de las economías regionales, tanto en términos del desarrollo endógeno como de la intención del discurso. Además de este regionalismo económico subnacional, la globalización ha estado acompañada sin embargo del resurgimiento de los regionalismos culturales y políticos subnacionales. La formación de la Unión Europea, por ejemplo, no sólo ha tenido un efecto supranacional sino que también ha conducido a lo que se ha descrito como una nueva «Europa de las Regiones», en la que se ven reafirmadas muchas identidades regionales antiguas y poderes geopolíticos y económicos que han estado durante mucho tiempo sumergidos bajo el Estado nacional. Cataluña en España, la Liga Lombarda en el Norte de Italia, Escocia y Gales en Gran Bretaña, se encuentran entre los ejemplos menos problemáticos de estos movimientos regionalistas, al menos por el momento. Mucho más radicales han sido los efectos de la desintegración de la ex Yugoslavia, haciendo resurgir un término que históricamente ha constituido una de las más temibles metáforas de la amenaza a la integridad y a la soberanía territorial del Estado nación: la balcanización.

La balcanización constituye una forma de describir el resurgimiento de los regionalismos subnacionales en la era de la globalización contemporánea.¹⁷ El renovado interés en la teoría y en la práctica del confederalismo, así

¹⁶ Kenichi Ohmae, *The Borderless World*, Nueva York, Harper Business, 1990, pp. x-xi. Una crítica fascinante de Ohmae y otros regionalistas especulativos puede encontrarse en Christopher L. Connery, «The Oceanic Feeling and the Regional Imaginary», en Wilson y Dissanayake (eds.), *Global/Local*.

¹⁷ El término balcanización también está comenzando a ser utilizado para hacer referencia a la fragmentación política de la postmetrópolis. En la postmetrópolis de Los Ángeles que ya está profundamente fragmentada hay, por ejemplo, nuevos o revividos movimientos secesionistas en el valle de San Fernando, la zona portuaria de San Pedro, la zona oeste y otros lugares. Su objetivo es independizarse de la ciudad de Los Ángeles.

como su nuevo ímpetu, han tenido implicaciones mucho más leves para el Estado nación. En los escritos de los pensadores anarquistas (y regionalistas) de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, como Proudhon y Kropotkin, el confederalismo constituía un modo de subvertir todas las formas de autoridad centralizadas y, especialmente, el Estado nación tal y como se estaba desarrollando en aquella época. En la actualidad, el confederalismo lleva consigo una versión más moderada de este excesivo antiestatismo, construido en torno a lo que puede ser descrito como un movimiento a favor de la *descentralización* territorial del poder y de la autoridad, y a su *recentralización* en escalas más locales o regionales. Lejos de la balcanización, que también formaba parte de la agenda de los anarquistas del siglo XIX, la descentralización o la delegación se ha convertido en otro de los lemas obligados en las actuales discusiones acerca de la decadencia del poder del Estado nación. En su mayor parte, sin embargo, esta descentralización hacia abajo, muy similar a la descentralización hacia arriba que hemos discutido en relación con la Unión Europea, sigue estando ligada al propio Estado nación. A ello se debe que pueda ser interpretada tanto como una extensión táctica de un Estado aún centralizado que como una importante reestructuración y debilitamiento del poder político subnacional del Estado —o, tal vez, como ambas.

Vinculados a estas discusiones acerca de la descentralización y la recentralización, del confederalismo y la balcanización, del resurgimiento del regionalismo y la reafirmación de lo local y de la zonificación triádica del poder geopolítico y económico, existe una serie de términos nuevos, que tratan de describir lo que los estudiosos de la globalización especulan que podría estar surgiendo en los espacios intermedios entre el Estado nacional y lo local. Entre los más interesantes, especialmente a fin de comprender el alcance y la escala del poder político y económico postmetropolitano, se encuentran aquellos que, de un modo u otro, señalan la resurrección de la *ciudad-estado*. Ricardo Petrella, por ejemplo, habla de las «ciudades-estado mundiales» conectadas a través de la reencarnación de una «Nueva Liga Hanseática».¹⁸ Una página de internet (<http://www.citistates.com>), creada por consultores empresariales, celebra el surgimiento de aquello que denominan «ciudades-estado» («el centro del modo en que nuestro mundo se organiza en la actualidad»). Mirando hacia adelante, más que hacia atrás en el tiempo, estas entidades subnacionales pueden ser descritas como *estados ciudades-región* (globalizados) con el propósito de enfatizar su renaciente

¹⁸ Ricardo Petrella, «World City-States of the Future», *New Perspectives Quarterly*, núm. 8, 1991, pp. 59-64; y «Techno-Appartheid for a Global Underclass», *Los Angeles Times*, 6 de agosto de 1992.

regionalidad y su creciente papel como motores de la economía geopolítica global. Mis preferencias se orientan a combinar su descripción a múltiples escalas con la noción de postmetrópolis, como una forma incipiente de la región-estado o del sistema de gobierno postmetropolitano.

Muchas regiones postmetropolitanas ya han comenzado a hacerse cargo de algunas de las funciones y de ciertos grados de autoridad del viejo Estado nación, como la diplomacia, la negociación de las relaciones comerciales y la búsqueda de socios inversionistas, e incluso han obtenido préstamos externos para subsidiar las nóminas y los fondos de pensiones de los gobiernos locales. Lejos de ser autónomos en sus operaciones políticas y económicas, estas ciudades-región subnacionales tienden, más que nunca antes, a pasar por encima del Estado nacional en lo que se refiera a sus lazos globales, añadiendo una importante dimensión política a su papel cada vez más importante como enérgicos motores de la economía global. En su libro más reciente, *Regions and the World Economy* (1998) [Las regiones y la economía mundo], Allen Scott añade una dimensión política mucho más explícita a su regionalismo económico, generando nuevos desafíos para la economía geopolítica de la globalización. Incluyo aquí un breve extracto del texto que aparece en la contratapa del libro.

La permanente globalización de la actividad económica durante las últimas décadas ha hecho más intensa la re-afirmación de la región como un *locus* crítico del orden económico y como un potente fundamento de las ventajas competitivas. Como corolario, muchas regiones del mundo contemporáneo también están comenzando a adquirir una intensa conciencia de sí mismas en tanto entidades socio-políticas y económicas, y aún más en la medida en que comienzan a encontrarse cada vez más unidas a través de relaciones tanto de competencia como de colaboración a través de las fronteras nacionales. Aquí se investiga la importancia de estas tendencias para los nuevos tipos de movilización política, así como se evalúan sus impactos potenciales sobre las formas sustantivas de democracia y ciudadanía en el nuevo orden mundial.

Esta explícita transformación política en los estudios de la globalización ha tenido dos importantes efectos. Primero, se ha comenzado a prestar una seria atención al grado en el que la globalización nos está obligando a repensar y, tal vez, a redefinir el fundamento de la democracia y de la ciudadanía en el mundo contemporáneo. Y, en segundo lugar, se ha establecido un puente inesperado entre la economía geopolítica y los estudios culturales críticos, especialmente en torno a cuestiones cruciales como la expansión de la definición de ciudadanía y el «derecho a la ciudad», las nuevas políticas culturales de la identidad y la representación, y explícitamente las luchas por una *justicia espacial* y una *democracia regional* en la postmetrópolis.

La cultura en la economía geopolítica global

Hasta aquí el discurso sobre la globalización ha sido representado, principalmente, desde la perspectiva de la economía geopolítica. Tal y como hemos observado, sin embargo, también se ha desarrollado un discurso sobre la globalización propio de los estudios culturales, a menudo en estrecho vínculo con el trabajo de los economistas geopolíticos, aunque frecuentemente ha guiado también el discurso de la globalización hacia direcciones sumamente diferentes. En este sentido ha sido especialmente influyente el trabajo del antropólogo y crítico postcolonial, Arjun Appadurai, acerca de las disyunciones, ironías, resistencias y dinámicas espaciales complejas que son construidas en el marco de lo que define convincentemente como la nueva «economía cultural global». ¹⁹ «El problema central de las interacciones globales actuales», señala Appadurai, «es la tensión entre la homogeneización y la heterogeneización cultural» (1996: 32). Desde su perspectiva, la bibliografía contemporánea, especialmente la de izquierda, ha prestado demasiada atención a la visión que señala que las culturas del mundo se están volviendo cada vez más homogéneas debido a la incontenible fuerza típicamente asociada a la mercantilización y a la norteamericanización, y que se ha esparcido a través de las redes globalmente interconectadas del mercado y de los medios de comunicación de masas. Lo que escapa a esta visión es la existencia de una importante cantidad de fuerzas de resistencia compensatorias, como la indigenización, el sincretismo, la ruptura y la «disyunción» que reafirman y, frecuentemente, reordenan las diferencias culturales, volviendo a afirmar el poder de las culturas e identidades políticas heterogéneas.

La nueva economía cultural global debe ser considerada como un orden complejo, coincidente y disyuntivo que ya no puede comprenderse en términos de los modelos centro-periferia existentes (incluso de aquellos que pueden llegar a dar cuenta de múltiples centros y periferias). Tampoco es susceptible de ser entendida a través de simples modelos de *push and pull* (como en los términos de la teoría de la inmigración), o de excedentes y déficit (como en los modelos tradicionales de balance de pagos), o de consumidores y productores (como en la gran mayoría de las teorías del desarrollo neo-marxistas).

¹⁹ El trabajo clave de Appadurai es «Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy», *Public Culture*, núm. 2 (1990), pp. 1-25. Sus ideas están desarrolladas en mayor profundidad en «Global Ethnoscapes: Notes and Queries for a Transnational Anthropology», en *Recapturing Anthropology: Working in the Present*, R. G. Fox (ed.), Santa Fe, NM: School of American Research Press, 1991. Ambos artículos fueron publicados de nuevo revisados en *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, Minneapolis y Londres, University of Minnesota Press, 1996.

Incluso las teorías de desarrollo global más complejas y flexibles que surgieron de la tradición marxista son inadecuadamente extravagantes y han fracasado en aceptar [...] el capitalismo desorganizado. La complejidad de la economía global actual se encuentra vinculada a ciertas disyunciones fundamentales entre la economía, la cultura y la política que tan solo ahora estamos comenzado a teorizar. (Appadurai, 1996: 32-33)

En *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, [La modernidad en general. Las dimensiones culturales de la globalización] Appadurai dirige nuestra atención hacia dos importantes «diacríticas» interconectadas, los *medios de comunicación de masas* y la *inmigración*, e investiga su efecto conjunto en el «trabajo de la imaginación como una característica constitutiva de la subjetividad moderna» (1996: 3). Su discurso real-e-imaginario se hace eco de muchos otros discursos en un intento por comprender cómo la globalización esta dando forma a la reestructuración de la modernidad o la postmodernidad.²⁰

La imagen, lo imaginado, lo imaginario —todos estos son términos que nos conducen hacia algo crítico y nuevo en los procesos culturales globales: *la imaginación como práctica social*. Ya no una mera fantasía (el opio de las masas cuyo trabajo real se encuentra en otro lugar), ya no una simple huida (de un mundo definido principalmente por objetivos y estructuras más concretas), ya no un pasatiempo de la élite (y, de este modo, poco relevante para las vidas de la gente común), y ya no una mera contemplación (irrelevante para las nuevas formas de deseo y subjetividad), la imaginación se ha vuelto un campo organizado de prácticas sociales, una forma de trabajo (en el sentido de trabajo y práctica organizada culturalmente), y una forma de negociación entre campos de agencia (los individuos) y campos de posibilidad definidos globalmente [...] La imaginación se ha vuelto central para todas las formas de agencia, constituye en sí misma un hecho social y es el componente clave del nuevo orden global. (Appadurai, 1996: 31)

Para que estas afirmaciones tengan sentido, Appadurai delinea un «marco elemental» a fin de explorar los «procesos culturales globales» basados en cinco paisajes [*landscapes*] culturales-económicos interrelacionados, y que también denomina, ampliando el trabajo de Benedict Anderson sobre el nacionalismo, *mundos imaginarios*.²¹ «El sufijo *scape*», escribe Appadurai, «nos permite dar cuenta de las formas fluidas e irregulares de estos paisajes, formas que caracterizan al capital internacional de forma tan profunda

²⁰ Véase, por ejemplo, el comentario de Michael Storper acerca de la realidad de las imágenes construidas en los mundos regionales de producción, capítulo 6, p. 178.

²¹ En relación con el trabajo de Benedict Anderson, véase, *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 1983.

como a los estilos de moda internacional» (1996: 33). Los paisajes étnicos [*ethnoscapes*], su centro de atención, son modelados por flujos globales de personas (turistas, inmigrantes, refugiados, exiliados, trabajadores extranjeros con contratos temporales y otros «grupos en movimiento»), que ahora se han intensificado con una escala y un alcance sin precedentes, tanto en términos materiales como en el imaginario global. Los paisajes tecnológicos [*technoscapes*] son configuraciones globales fluidas de alta y baja tecnología, tecnología mecánica e informática, que están siendo modelados y remodelados a una velocidad sin precedentes mientras que la tecnología se mueve a través de fronteras, hasta el momento, impermeables. Los paisajes financieros [*finanscapes*] se concentran alrededor del paisaje del capital global, ahora más «misterioso, rápido y difícil de seguir», donde la «megaeconomía [*megamonies*] se mueve a través de las batidoras nacionales a una velocidad encefalocrática».

En una «difracción» aún mayor de las relaciones profundamente disyuntivas entre estos tres primeros *scapes* podemos encontrar dos esferas de creación de imágenes. Los paisajes mediáticos [*mediascapes*], basados en «versiones de fragmentos de la realidad centradas en imágenes y basadas en relatos» diseminadas electrónicamente a través de periódicos, revistas, canales de televisión, estudios de filmación y otros medios de comunicación globalizados, proveen de «extensos y complejos repertorios de imágenes, narraciones y paisajes étnicos [*ethnoscapes*] a observadores a lo largo de todo el planeta, en los cuales el mundo de las mercancías y el mundo de las noticias y la política se encuentran profundamente entremezclados». Los paisajes ideológicos [*ideoscapes*], que también constituyen concatenaciones de imágenes, son más directamente políticos dado que están vinculados a «las ideologías de los Estados y a las ideologías contrarias de los movimientos explícitamente dirigidos a tomar el poder del Estado o una parte del mismo». En el paisaje ideológico, el «término principal» democracia y la «narración principal de la Ilustración» euro-americana juegan un papel especialmente importante, reflejando la reinserción del discurso de la globalización en los debates neohistóricos sobre la modernidad y la postmodernidad (así como también en las discusiones estrechamente relacionadas de la democracia, la justicia y los derechos ciudadanos) que Appadurai lleva a cabo.

La «antropología transnacional» de los *scapes* y de los flujos desarrollada por Appadurai, junto con el trabajo de otros críticos culturales como Homi Bhabha, Edward Said y Gayatri Spivak, refleja la entrada de una potente perspectiva cultural *postcolonial* en el discurso general sobre la globalización. Se trata de una perspectiva que hace más hincapié en la heterogeneidad disruptiva y plagada de conflictos de este desordenado mundo postmoderno que en los efectos homogeneizadores de la interdependencia y la conciencia

global. Estos críticos reconfiguran el discurso de la globalización no en una simple dicotomía homogeneización-heterogeneización sino en torno a lo que es descrito aquí como *múltiples escalas de hibridación*, los lugares y las personas que se encuentran más implicadas en las tensiones que emergen de los procesos simultáneos de homogeneización y heterogeneización cultural, o lo que puede ser denominado glocalización o transnacionalismo cultural. Dos de estas escalas ocupan un lugar importante en las críticas postcoloniales: por un lado, el Estado nación y el nacionalismo y, por otra, la producción de la localidad y la identidad cultural, pero es la interacción y la hibridación a través de muchas escalas diferentes, de la más global a la más local e individualizada, lo que guarda una importancia fundamental.²²

El concepto clave de hibridación es definido por Homi Bhabha como el «tercer espacio» que «hace posible que emerjan posiciones», que «establecen nuevas estructuras de autoridad, nuevas iniciativas políticas». Trabaja para crear «algo diferente, algo nuevo e irreconocible, una nueva área de negociación del sentido y la representación».²³ En su ensayo sobre «Globalization as Hybridization» [La globalización como hibridación], Jan Nederveen Pieterse, que se autoproclama como un «globalista crítico», considera la hibridación como «parte de una relación de poder entre el centro y el margen, la hegemonía y la minoría» lo cual «indica un desdibujamiento, una desestabilización o una subversión de esa relación jerárquica». Al observar que la hibridación también puede producir sumisión y alienación, construye un «continuo de hibridaciones» que presenta, en un extremo, «una hibridación asimilacionista que se inclina hacia el centro, adopta el canon e imita a la hegemonía» y, en el otro extremo, «una hibridación desestabilizadora que desdibuja el canon, invierte la corriente y subvierte el centro».²⁴

²² El trabajo de Peter Smith ha contribuido de manera importante a los estudios críticos del transnacionalismo en contextos urbanos y regionales, así como específicamente también en relación con California. Véase, Smith y Guarnido (eds.), *Transnationalism from Below*, New Brunswick (NJ), Transaction Publishers, 1998; M. P. Smith, «Can You Imagine? Transnational Migration and the Globalization of Grassroots Politics», *Social Text*, núm. 39, 1994, pp. 15-33; y «Postmodernism, Urban Ethnography, and the New Social Space of Ethnic Identity», *Theory and Society*, núm. 21, 1992, pp. 493-531.

²³ Homi Bhabha, «The Third Space», en J. Rutherford (ed.), *Identity, Community, Culture, Difference*, Londres, Lawrence and Wishart, 1991, p. 211. Véase, también, su obra *Location of Culture*, Nueva York y Londres, Routledge, 1994. La hibridación de Bhabha también es discutida en *Thirdspace*, 1996, pp. 139-144.

²⁴ El ensayo del cual han sido tomadas estas citas aparece en M. Featherstone, S. Lash y R. Robertson (eds.), *Global Modernities*, 1995, pp. 56-57.

Estas dinámicas glociales reales-e-imaginarias han puesto en primer plano otra pareja dialéctica que, al igual que industrialización-reindustrialización, descentralización-recentralización y la raíz metafórica de todas las parejas «de-re», decontrucción-reconstrucción, sugiere modos clave de interpretar los procesos de reestructuración dominantes que modelan el mundo contemporáneo y la formación de la postmetrópolis en particular. Hago aquí referencia a lo que podría ser la entrada más reveladora a la comprensión de la nueva economía cultural global y la nueva política cultural de la representación y de la identidad que constituye una parte tan vital de la misma: la interacción dinámica entre la *des-territorialización* y la *reterritorialización*.

Lo que esta pareja sugiere es la compleja simultaneidad de dos procesos de reestructuración imbricados. La desterritorialización implica la descomposición de los mundos de producción fordistas y de las divisiones espaciales del trabajo asociadas a los mismos, de la antigua hegemonía política y discursiva del Estado nación moderno y de las formas tradicionales del nacionalismo y el internacionalismo, y de los patrones arraigados de identidad cultural y espacial real-e-imaginaria en todas las escalas, de la escala local a la global. La reterritorialización constituye una respuesta crítica a la globalización y a la reestructuración postfordista, que produce nuevos esfuerzos por parte de individuos y colectividades, ciudades y regiones, firmas empresariales y sectores industriales, culturas y naciones, a fin de reconstruir su propio comportamiento territorial, su espacialidad y sus espacios vividos, como un modo de resistencia y/o adaptación a la condición contemporánea. El discurso sobre la globalización ha ayudado enormemente a comprender el primer discurso, pero aún queda un largo camino por recorrer para entender el segundo. Es aquí donde probablemente se encuentre la investigación de vanguardia y los movimientos sociales más progresistas del futuro.

La reconstrucción de la significación social en el espacio de los flujos

La economía global que surge de la producción y la competencia basadas en la información se caracteriza por su *interdependencia*, su *asimetría*, su *regionalización*, la *creciente diversificación dentro de cada región*, su *inclusividad selectiva*, su *segmentación exclusoria* y, como resultado de todos estos rasgos, una *geometría extraordinariamente variable* que tiende a disolver la geografía económica histórica. (Castells, 1996: 106; ed. cast.: 133)

La conceptualización más comprehensiva, rigurosa, empíricamente detallada y crecientemente influyente del impacto social y espacial de la globalización en las ciudades y en las regiones ha sido desarrollada por Manuel

Castells. Su representación de la globalización da cuenta y reinterpreta casi toda la bibliografía sobre la globalización —económica, política, cultural—, centrándola en lo que denomina el «proceso urbano-regional». Creada como producto de su ambición de síntesis, esta representación constituye una reconstrucción extraordinariamente amplia de la teoría social y espacial, ampliada recientemente con proporciones monumentales en los tres volúmenes de su trabajo *The Information Age: Economy, Society and Culture* [La era de la información: economía, sociedad y cultura].²⁵ En qué medida estas ideas han ampliado nuestra comprensión de la especificidad espacial del urbanismo, la transición postmetropolitana y la conceptualización de la cosmópolis va a ser objeto de discusión a medida que avancemos en este capítulo. Aquí vamos a considerar las fortalezas y debilidades de la gran síntesis global de Castells.

Dos importantes aspectos del discurso dan forma a los argumentos revisionistas de Castells. El primero es la centralidad conceptual de la *revolución de las tecnologías de la información*, que Castells describe como su «cabeza de puente al análisis de la complejidad de la nueva economía, sociedad y cultura en ciernes» (1996: 5). En *The Informational City* (1989) [La ciudad informacional], Castells hacía referencia a «un modo de desarrollo informacional» que había surgido de la convulsiva reestructuración del capitalismo y que había infundido este «nuevo paradigma tecnológico» a prácticamente todos los aspectos de la economía geopolítica, generando muchos puentes entre los discursos urbanista industrial y urbanista global sobre la postmetrópolis. En el corazón de este nuevo modo de desarrollo se encontraba la *producción basada en la información*, en esencia una recomposición de lo que los urbanistas industriales describieron como uno de los sectores destacados de la acumulación flexible postfordista. Un nuevo modo de producción, en términos marxistas, que no había surgido de la reestructuración del capitalismo, sino más bien de un nuevo *paradigma tecnológico* en la continua producción y reproducción industrial capitalista. La revolución microelectrónica constituyó la vanguardia de una serie de innovaciones clave, sumadas de forma secuencial, como el transistor (1947), el circuito integrado (1957), el proceso planar²⁶ (1959) y el microprocesador (1971). El proceso de producción sigue constituyendo el momento decisivo de la economía capitalista, tal y como lo fue para la mayoría de los econo-

²⁵ Volume I, *The Rise of Network Society* (1996), volume II, *The Power of Identity* (1997), volume III, *End of Millennium* (1998), Oxford, Reino Unido y Cambridge (Ma.), Blackwell Publishers [ed. cast.: Volumen 1, *La sociedad red*, Volumen 2, *El poder de la identidad* y, Volumen 3, *Fin de milenio*, trad. por J. Muls de Liarás y J. Liarás García, Siglo XXI, México D. F., 2001].

²⁶ Proceso de producción en la industria de semiconductores que permite la manufactura individualizada de los elementos de un transistor al tiempo que su conexión sobre un plano, constituye la base de la producción de los circuitos integrados. [N. del E.]

mistas geopolíticos, pero para Castells la producción capitalista habría entrado en una «transición organizativa» del industrialismo al *informaciona- lismo*, una afirmación que perturbó a muchos urbanistas industriales.²⁷

Al observar el «patrón de localización de la producción de las tecnologías de la información y sus efectos en las dinámicas espaciales» (capítulo 2 de *La ciudad informacional*), Castells presentó su propia versión del discurso urbanista industrial acerca del surgimiento de nuevos espacios industriales y de la importancia crítica del «entorno de innovación», al menos para el caso especial de la producción de alta tecnología.²⁸ Castells se refiere después a «la dialéctica de la centralización y la descentralización» remodelando la organización y la tecnología de la economía de servicios (capítulo 3), la reestructuración de las relaciones entre el capital y el trabajo y el surgimiento de la «Ciudad dual» (capítulo 4); la transición del «Estado de bienestar urbano» al «Estado de guerra suburbano» (capítulo 5) y finalmente a la «internacionalización de la economía» y sus efectos sobre las nuevas tecnologías y la «geografía variable» del nuevo proceso urbano-regional (capítulo 6). Todos estos capítulos están atravesados por el segundo propósito de su discurso acerca del creciente poder del *espacio de los flujos*, elusivamente abstracto, frente al *espacio de los lugares*, más fundamentado y socialmente congruente.

En su conclusión a *La ciudad informacional*, Castells pone fin a su revisión comprehensiva con el potente título «The Reconstruction of Social Meaning in the Space of Flows» [La reconstrucción de la significación social en el espacio de los flujos].

Al final de este recorrido analítico, constatamos una importante tendencia social que destaca de todas nuestras observaciones: el surgimiento histórico del espacio de los flujos, superando el significado del espacio de los lugares. Con esta expresión nos referimos al despliegue de la lógica funcional de las organizaciones detentadoras del poder en redes de intercambio asimétricas

²⁷ Véase, por ejemplo, la crítica de Michael Storper al informacionismo de Castells en *The Regional World*, 1997, pp. 236-241. La reacción de los urbanistas industriales fue en parte un producto de la sospecha hacia todas las afirmaciones acerca de que el urbanismo había llegado a su fin, especialmente cuando era promulgado por los sociólogos. No sólo era probable que la concentración en las industrias basadas en la información condujera a pasar por alto la importancia de las actividades industriales basadas en el trabajo artesanal y de menor composición de alta tecnología, sino que también apelaba de forma demasiado fácil a los principios ciegos del postindustrialismo.

²⁸ Castells escribe lo siguiente, «si bien el concepto de entorno no incluye necesariamente una dimensión espacial, afirmaré que, en el caso de las industrias de las tecnologías de la información, la proximidad espacial es una condición material necesaria para la existencia de ese entorno, debido a la naturaleza de la interacción en el proceso de innovación» (Castells, 1989: 82). Véase la cita previa para la crítica de Storper a los conceptos de entorno e innovación de Castells.

que no dependen de las características de ninguna localización específica para el cumplimiento de sus metas fundamentales. El nuevo espacio industrial y la nueva economía de servicios organizan sus operaciones en torno a las dinámicas de sus unidades generadoras de información, mientras conectan sus diferentes funciones en espacios diversos asignados para cada tarea; el proceso general es entonces reintegrado mediante sistemas de comunicación. La nueva clase profesional ejecutiva coloniza segmentos espaciales exclusivos que se conectan unos con otros a través de la ciudad, el país y el mundo; se aíslan de los fragmentos de sociedades locales, que en consecuencia acaban destruyéndose en el proceso de reorganización selectiva de trabajo y residencia. El nuevo Estado, afianzando sus fuentes de poder en el control y la guía estratégica del conocimiento, fomenta el desarrollo de una infraestructura tecnológica avanzada que esparce sus elementos a través de localizaciones indiferenciadas y espacios reservados e interconectados. La nueva economía internacional crea una geometría variable de producción y consumo, fuerza de trabajo y capital, gestión e información (una geometría que niega el sentido productivo específico de cualquier lugar fuera de su posición en una red cuya forma cambia constantemente en respuesta a los mensajes de señales invisibles y códigos desconocidos). (Castells, 1989: 348; ed. cast.: 483)

De hecho, el surgimiento del espacio de flujos expresa la desarticulación de sociedades y culturas con base local de las organizaciones de poder y producción que siguen dominando la sociedad sin someterse a su control. Al final, hasta las democracias pierden poder frente a la habilidad del capital para circular globalmente, de la información para transferirse secretamente, de los mercados para ser penetrados o abandonados, de las estrategias planetarias del poder político-militar para ser decididas sin el conocimiento de las naciones y de los mensajes culturales para ser comercializados, empaquetados, grabados y difundidos en las mentes de la gente [...] Los flujos de poder generan el poder de los flujos, cuya realidad material se impone como un fenómeno natural imposible de controlar o predecir y que tan sólo puede ser aceptado y gestionado. Éste es el significado real del presente proceso de reestructuración, puesto en práctica sobre la base de nuevas tecnologías de la información y expresado materialmente en la separación entre flujos funcionales y lugares históricamente determinados como dos esferas diversas de la experiencia humana. La gente vive en lugares, el poder domina mediante flujos. (Castells, 1989: 349; ed. cast.: 484-485)

Estos densos pasajes representan tanto las principales fortalezas de la revisión del discurso general sobre la globalización realizada por Castells, como sus debilidades intrínsecas. Las fortalezas yacen en su exhaustivo carácter empíricamente informado, su arraigo en una perspectiva sociológica y espacial integral y su tratamiento creativamente equilibrado de muchas de las oposiciones conceptuales más importantes que han tendido a dividir el discurso de la globalización en campos innecesariamente competitivos y en

conflicto: producción-consumo, capital-trabajo, industrias-servicios, globalización-localización, geopolítica-geoeconomía, internalista-externalista, sociedad-espacialidad. Lamentablemente, los medios a través de los cuales Castells logra esta revisión y esta notable síntesis y —su énfasis discursivo en el paradigma tecnológico del informacionalismo y en las dinámicas aparentemente ominicomprehensivas expresadas en el espacio de los flujos frente al espacio de los lugares— tienden demasiado a menudo a producir sus propias jaulas de hierro de la interpretación.

Los problemas más serios surgen no tanto del hincapié en lo informacional, dado que en el futuro esto bien podría ser visto de forma retrospectiva como la característica definitiva de la nueva economía, la nueva sociedad y la nueva cultura que nacieron a finales del siglo XX, sino más bien de la conceptualización, excesivamente dicotómica y totalizadora, del espacio de los flujos frente al espacio de los lugares. Si bien su intención política está claramente dirigida a movilizar el poder político progresista del espacio de los lugares, Castells tiende a representar el poder opuesto del espacio de los flujos como un presentimiento abrumador. Es aquí, más que en cualquier otro lugar, donde el discurso de Castells puede beneficiarse de una visión de un tercero como otro [*critical thirding*], informado por las hibridaciones de los paisajes y de la antropología transnacional de Appadurai, la dialéctica de la desterritorialización-reterritorialización, el concepto recombinante de glocalización, el nuevo regionalismo de la reflexividad sinecista promovido por Storper y otros, y esa insistente frase utilizada por Henri Lefebvre cuando se encontraba ante cualquier dicotomía dominante: «dos términos nunca son suficientes [...] siempre hay un otro» (*Il y a toujours l'Autre*).

Haciendo de nuevo referencia a Lefebvre y a mis argumentos correlativos en *Thirdspace*, existen otros problemas derivados del modo particular en que Castells conceptualiza la espacialidad y espacializa la teoría social, incluso en su última y mejorada versión.²⁹ En el mundo contemporáneo existen muchos más aspectos que los que pueden ser observados en el juego de poder binario entre los flujos y los lugares. Los movimientos y las prácticas hibridadas y glocalizadas están desarrollando formas de recombinación de los flujos abstractos y de los lugares concretos, abriendo nuevas y diferentes espacialidades reales-e-imaginarias de opinión y resistencia en múltiples escalas. Si bien en *The Power of Identity* (1997) [El poder de la identidad] Castells reconoce algunos de los nuevos movimientos y prácticas (los zapatistas mexicanos, las luchas por la justicia medioambiental y la liberación lesbiana-homosexual), la impresión general sigue siendo que el poder

²⁹ Véase la discusión acerca de «la teoría social del espacio y la teoría del espacio de flujos» en *The Rise of the Network Society*, 1996, pp. 410-418.

gobierna exclusiva y triunfalmente en el espacio de los flujos y que la nueva política cultural tiene pocas posibilidades de generar un cambio significativo en las ciudades, las regiones, los Estados nación y el mundo en general. Ya sea de modo intencionado o no, Castells parece ser demasiado pesimista acerca del surgimiento de un poder de base específicamente territorial o local en el lugar y en los espacios donde vive la gente, el poder que siempre está profundamente arraigado en lo que Lefebvre, en su esfuerzo por extender el alcance de la imaginación geográfica, denominó *espacios vividos*. Pero aún observando estos problemas, puede concluirse que en *The Informational City* [La ciudad informacional] y en sus tres volúmenes de *The Information Age* [La era de la información], Manuel Castells ha hecho la exposición sobre la globalización y el proceso urbano-regional de mayor alcance, más perspicaz y más sistemáticamente argumentada disponible en la actualidad. Y seguirá constituyendo punto de referencia y objeto de debate hasta bien entrado el nuevo milenio.

El neoliberalismo globalizado: una breve observación

El discurso sobre la globalización está seriamente incompleto si no tiene lugar una discusión acerca del surgimiento del neoliberalismo, en su condición de ideología glocal dominante y quizás como el más influyente «paisaje ideológico» del mundo contemporáneo. Partiendo de las simulaciones de los preceptos tradicionales de la democracia liberal, el neoliberalismo ha forjado una nueva síntesis o un nuevo híbrido que racionaliza, celebra y promueve con eficacia el proceso de globalización y la creciente globalidad de la producción industrial, el intercambio comercial, la integración financiera y el flujo de información. En primer plano ha ubicado a una nueva clase de empresarios económicos y políticos que operan no sólo a nivel transnacional sino también a escala nacional, regional, metropolitana y local con el propósito de promover las condiciones que faciliten las libertades del capitalismo global: una privatización cada vez mayor de la esfera pública, la desregulación de todos los sectores económicos, la eliminación de barreras al intercambio y al libre flujo del capital, los ataques al Estado de bienestar y a los sindicatos y otros intentos por remodelar el poder de las autoridades políticas y territoriales establecidas a fin de controlar la globalidad de la producción y la producción de la globalidad. El neoliberalismo es difundido con una serie de familiares eslóganes relativos a la magia del mercado, la ineficiencia del Estado intervencionista, el triunfo del capitalismo, el surgimiento de un mundo sin fronteras y toda una serie de «finales de» —de la historia y de la geografía, del socialismo y del Estado de bienestar, de la propia ideología.

El creciente poder del neoliberalismo puede ser visto en todas las escalas de la gubernamentalidad territorial, pero sus efectos sobre la política y las políticas nacionales han sido sumamente complejos y confusos. En el caso de Estados Unidos ha generado profundas divisiones dentro de los partidos demócrata y republicano y ha tornado borrosas muchas de las distinciones entre ellos, abriendo un espacio político para una nueva política híbrida, cultivando el terreno medio entre los demócratas y los republicanos, la izquierda y la derecha, quienes están a favor de los negocios y quienes apoyan a los trabajadores, los conservadores y los radicales, y muchas otras oposiciones políticas tradicionales. Si bien en Estados Unidos siempre existió este terreno medio, en la actualidad parece haberse hecho más grande y poderoso. Sus efectos de confusión son más evidentes y su impulso ideológico se ha vuelto más explícitamente globalista antes que puramente doméstico. Efectivamente, incluso las diferencias entre promover lo nacional en tanto opuesto a los intereses globales se han vuelto cada vez más borrosas en esta hibridación neoliberal. Todo esto ha tenido el efecto particular de abrir un nuevo tipo de política «centrista», más allá de la polaridad izquierda-derecha, aparentemente amorfa, ambigua, difícil de definir pero intrínsecamente globalizada y, tal vez, también característicamente postmoderna.

Esta asociación del neoliberalismo con la política postmoderna ha llevado a muchos partidarios de la izquierda a cerrar la posibilidad de desarrollar un postmodernismo más progresista o radical. Si el neoliberalismo constituye la política postmoderna, tal y como se suele pensar, entonces sin lugar a dudas debe ser objeto de resistencia.³⁰ Semejante cierre ha generado una creciente reacción adversa hacia las nuevas perspectivas políticas culturales, las teorías postestructuralistas y gran parte de la bibliografía feminista y postcolonial que trata cuestiones tales como la identidad, la representación, la otredad y la hibridación, y que también han estado muy asociadas al postmodernismo crítico.³¹ Cualquiera que sea la postura que se adopte en relación con estos vínculos se puede establecer, de todos modos, una sólida defensa acerca de que el «centro» del espectro político actual está siendo reconfigurado de forma significativa, y que las luchas en torno a las trayectorias que probablemente tomará este centro reconstituido serán, a lo largo del siglo XXI, de suma importancia para todas las escalas geográficas, desde

³⁰ En una extraña alianza, una reacción similar hacia el neoliberalismo y el postmodernismo ha fortalecido a la extrema derecha, que va desde las coaliciones cristianas hasta el fundamentalismo islámico.

³¹ Estoy profundamente en desacuerdo con este «conservadurismo de izquierda», tal y como algunos han comenzado a llamarlo, pero no voy a elaborar una detallada defensa de mi postura en esta ocasión. Mantener abierta la posibilidad de un postmodernismo progresista y socialista ha sido fundamental para mis escritos, desde *Postmodern Geographies* hasta *Postmetrópolis*.

la global hasta la local. El neoliberalismo, postmoderno o de otro tipo, se ha transformado en la fuerza dominante del momento en la nueva política nacional globalizada, pero no debe ser considerada como una fuerza que ocupa todo el ámbito de las posibilidades centristas críticas o que excluya el desarrollo de un postmodernismo más progresista, si no completamente anticapitalista, y por lo tanto fundamentalmente prosocialista y de centro radical.

Un enfoque especialmente relevante y bien informado de este nuevo centrismo nacional globalizado puede hallarse en el reciente trabajo de Anthony Giddens, que en la actualidad es un influyente consejero del gobierno del Nuevo Laborismo de Tony Blair, a partir de su cargo como director de la London School of Economics and Political Science y que es uno de los teóricos sociales y espaciales más importantes del mundo. Giddens habla de cultivar el «centro radical» entre la izquierda y la derecha tradicionales, y de desarrollar una «tercera vía» como una estrategia para promover una política pública nacional más progresista en la era de la globalización.³² Independientemente de cómo responda cada cuál a este replanteamiento de la política radical y de la democracia social, es importante observar que uno de los primeros proyectos de importancia del gobierno de Blair fue el intento de reorganizar la geografía del poder intranacional en Gran Bretaña a través de un referéndum acerca de la posibilidad de otorgar una mayor autonomía regional a Escocia y a Gales, además de realizar importantes esfuerzos para tratar de un modo más abierto y equilibrado los problemas de Irlanda del Norte. También han tenido lugar ciertos diálogos acerca de la posibilidad de revivir los cuerpos de planificación y los gobiernos regionales metropolitanos, como el Consejo del Gran Londres [*Greater London*], después de su casi completa destrucción por los gobiernos anteriores de Thatcher-Major. Presento aquí, por lo tanto, unos pocos ejemplos tentativos del modo en que conceptos como regionalismo crítico, glocalización, reterritorialización, hibridación y la nueva política cultural han comenzado a entrar en la escena de la política nacional, como adaptación y como resistencia a la difusión del neoliberalismo global.

³² Anthony Giddens, *Beyond Left and Right: The Future of Radical Politics*, Stanford, Stanford University Press, 1994 [ed. cast.: *Más allá de la izquierda y la derecha*, Madrid, Cátedra, 1996]; y *The Third Way: The Renewal of Social Democracy*, Oxford, Reino Unido y Malden (Ma.), Blackwell Publishers, 1998 [ed. cast.: *La tercera vía*, Madrid, Taurus, 1999].

La metrópolis sin límites: conceptualizar el espacio urbano globalizado

Se ha dicho mucho acerca de como la globalización afecta al espacio urbano, pero siempre como una acotación al margen. Desde principios de la década de 1980, sin embargo, se ha desarrollado un cuerpo bibliográfico que gira específicamente en torno a los efectos de la globalización en el espacio urbano, los patrones de desarrollo urbano desigual y la especificidad espacial del urbanismo como forma de vida. Vamos a examinar esta bibliografía —una vez más con un especial acento en aprender de Los Ángeles— y a explorar su relevancia con el fin de aumentar nuestra comprensión de la transición postmetropolitana.

Conviene empezar prestando especial atención a la *carencia de límites* conceptuales y materiales de la postmetrópolis moderna, ya que ha sido esta ruptura de las viejas fronteras la que ha generado nuevas formas de mirar e interpretar el espacio urbano. La dialéctica globalización-localización y la reestructuración de la producción industrial que la acompaña, la autoridad política centralizada del Estado así como los patrones de identidad territorial han producido una extraordinaria expansión en la escala y en el ámbito de la metrópolis moderna. Incluso términos tan amplios como megalópolis y megaciudad parecen no ser suficientes con el fin de definir los límites exteriores de la región metropolitana globalmente reestructurada. Estimaciones oficiales del tamaño de la población de algunas ciudades-región como Ciudad de México y Tokio se han inflado hasta más de 25 millones y, en el delta del Río de las Perlas, así como alrededor de Shanghai, hay ahora sistemas de regiones urbanas que son dos veces esta cantidad y que siguen creciendo. Pero incluso estas cartografías subestiman el alcance de la postmetrópolis. Tal y como ha argumentado nuestro guía discursivo, Iain Chambers, no podemos seguir confiando en que sabemos cartografiar la nueva metrópolis, «sus extremos, sus fronteras, confines, límites», ya que ha se ha producido una «pérdida de enfoque». Lo que claramente era en otro tiempo un «otro lugar», distinto a la ciudad, está siendo ahora atraído hacia su «zona simbólica ampliada» a medida que la geohistoria del espacio urbano, a lo largo del siglo XX, es «desarraigada» y «reencaminada».

Como resultado de esta desaparición de los límites y de la «remundialización» del espacio urbano, es más difícil que nunca desenmarañar de forma *endógena* los llamados «funcionamientos internos» —económico, social, cultural, político, psicológico—, es decir, lo que está ocurriendo localmente dentro de las fronteras definidas convencionalmente. Las prácticas de la vida diaria, el dominio público del planeamiento y del gobierno, la formación de la comunidad urbana y de la sociedad civil, los procesos de desarrollo y

cambio económico urbano y regional, el ámbito de las políticas urbanas, la constitución del imaginario urbano y la forma en que «la ciudad» es representada, todas están cada vez más afectadas por las influencias y las obligaciones globales, reduciendo de forma significativa lo que podría llamarse autonomía conceptual de lo urbano. La desaparición de los límites de la metrópolis, su expansión en ámbito y escala, en resumen, el incremento de la globalidad, es una característica central de la transición postmetropolitana. El modo en cómo los urbanistas han conceptualizado esta globalización de la metrópolis moderna puede ser trazado a través de cuatro líneas principales de pensamiento.

La hipótesis de la ciudad mundial

La hipótesis de la *ciudad mundial* tiene que ver con la *organización espacial* de la nueva *división internacional del trabajo*. Como tal, concierne a las relaciones contradictorias entre la *producción* en la era de la gestión global y la *determinación política* de los intereses territoriales. Esto nos ayuda a comprender lo que ocurre en las principales ciudades globales de la economía mundial y qué *conflicto político* puede llegar a darse en estas ciudades. Aunque no se puede predecir las consecuencias de estas luchas, esta hipótesis sugiere sus orígenes comunes en el *sistema global* de relaciones de mercado.

John Friedmann, «The World City Hypothesis» [La hipótesis de la ciudad mundial], 1986, pp. 69-70, el énfasis es mío.

El primero en cristalizar la discusión académica sobre el impacto de la globalización en las ciudades fue John Friedmann, quien trabajó inicialmente con Goetz Wolff, entonces un estudiante de doctorado en el Departamento de Planificación Urbana de UCLA, donde Friedmann fue profesor desde 1970 hasta su jubilación en 1996. El primer producto de su colaboración fue un informe que apareció en 1981 como parte de una serie de estudios comparados sobre urbanización distribuido por la Graduate School of Architecture and Urban Planning. Se llamó «Notes on the Future of the World City» [Notas sobre el futuro de la ciudad mundial] lo que reflejaba el persistente interés de Friedmann por el planeamiento en los desarrollos regionales de América Latina y Asia, así como su participación local en la teoría urbana, especialmente como expresión empírica sobre el «terreno urbano» de Los Ángeles, un término que desarrolló a comienzos de la década de 1970. Le siguió rápidamente un segundo informe, realizado con Wolff, titulado «World City Formation: An Agenda for Research and Action» [La formación de la ciudad mundial: una agenda para la investigación y la

acción]. Publicado en 1982 en el *International Journal of Urban and Regional Research*, no sólo supuso una reconsideración conceptual sino una llamada a la acción social concertada con el fin de paliar lo que se estaba viendo como una intensificación de la polarización racial y de clase, simbolizada en el cara a cara entre la ciudadela y el gueto, y que surgía directamente de la globalización y de la formación de la ciudad mundial.

Estos tempranos estudios habían cuajado en dos discursos más especializados. El primero fue enmarcado por Friedmann como «estudios comparados urbanos» e intentó identificar pautas contemporáneas en el desarrollo urbano por todo el mundo como un medio para reformular la agenda de acción del planeamiento urbano y regional.³³ Con esta perspectiva global sobre las cuestiones relativas al desarrollo regional e internacional, Friedmann entrelazó estos estudios comparados con la *teoría del sistema mundo*, en la que fue pionero Immanuel Wallerstein y sus colegas del SUNY-Binghamton (en aquel momento uno de los principales centros en la reconsideración de la teoría social en el este de EEUU), así como en el trabajo neomarxista correlativo sobre el subdesarrollo y la teoría de la dependencia.³⁴ Para entonces, algunos teóricos del sistema mundo habían comenzado a explorar el fenómeno de las ciudades mundiales.³⁵ Friedmann (ahora sin Wolff, que había seguido adelante con otros temas) se basó en este trabajo, además de en la nueva bibliografía sobre la cambiante división internacional del trabajo y sus efectos, con el fin de cristalizar una exposición sobre la formación de la ciudad mundial más enérgica y explícitamente espacializada. Descrita como *hipótesis de la ciudad mundial*, fue originalmente publicada en la revista *Development and Change* [Desarrollo y cambio] (17-1, 1986: 69-84) y reimpresa casi una década después en *World Cities in a World System*

³³ Friedmann era el presidente de un comité de corta duración sobre estudios urbanos comparados para el Social Science Research Council de Nueva York a principios de la década de 1970. Coincidió por primera vez con John en aquel tiempo, cuando estaba dando clases en el Departamento de Geografía de la Northwestern University. Fue su invitación la que dio lugar a mi nombramiento en el Programa de Planificación Urbana de la UCLA de 1972.

³⁴ El propio Friedmann fue una importante figura en la traducción de la teoría del subdesarrollo y la dependencia a la teoría y la práctica del urbanismo. También es interesante prestar atención a que uno de los principales teóricos del subdesarrollo, Andre Gunder Frank, fue compañero de estudios de Friedmann en la Universidad de Chicago a principios de los años cincuenta.

³⁵ Véase, por ejemplo, Robert Ross y Kent Trache, «Global Cities and Global Classes: The Peripheralization of Labor in New York City» [Ciudades globales y clases globales: la peripheralización del trabajo en la ciudad de Nueva York], *Review*, núm. 6 (3), 1983, pp. 393-431. *Review* es una revista publicada por el centro de Binghamton en la State University de Nueva York en Binghamton. Véase también John Walton, «The International Economy and Peripheral Urbanization», en Norman y Susan Fainstein (eds.), *Urban Policy under Capitalism*, Beverly Hills, Sage, 1982, pp. 119-135.

(1995) [Ciudades mundiales en un sistema mundo], editado por Paul L. Knox y Peter J. Taylor. Este volumen, con su comprensivo título, fue construido en torno a la hipótesis y al paradigma de Friedmann y también incluía la propia retrospectiva de Friedmann, «Where We Stand: A Decade of World City Research» [Donde nos encontramos: una década de investigación acerca de la ciudad mundial].

El segundo discurso en el que se asentaba la investigación de la ciudad mundial de Friedmann originalmente estaba más localizado, o quizás mejor dicho, glocalizado. A principios de la década de 1980, un grupo de expertos en estudios urbanos de los departamentos de urbanismo y geografía de UCLA comenzaron a dirigir su interés con el propósito de dar sentido práctico y teórico a los cambios inusualmente rápidos que estaban teniendo lugar en la región metropolitana de Los Ángeles. En las dos décadas posteriores a la Rebelión de Watts de 1965, el espacio urbano regional de Los Ángeles se transformó radicalmente y de una forma que no parecían encajar muy bien con los modelos predominantes en el análisis urbano, que en todo caso habían tratado a Los Ángeles como una rara excepción en el desarrollo histórico de las ciudades. Este grupo de estudiosos empezó a construir, dentro lo que finalmente se desarrollaría como la «escuela» de Los Ángeles de estudios urbanos críticos, una interpretación empírica y teórica del cambiante espacio urbano regional, aportando contribuciones relevantes para los seis discursos sobre la postmetrópolis.³⁶ La investigación de

36 Goetz Wolff se uniría al presente autor y a su entonces colega, Rebecca Morales, en un proyecto generado por una coalición laboral organizada con el fin de luchar contra la multiplicación del cierre de plantas en el viejo corazón industrial de Los Ángeles, en lo que en aquel tiempo era una de las economías regionales más dinámicas del mundo en la generación de empleos. Para un estudio de nuestro intento de dar tanto sentido práctico como político a las paradójicas dinámicas de desindustrialización y reindustrialización, véase Edward Soja, Rebecca Morales y Goetz Wolff, «Urban Restructuring: An Analysis of Social and Spatial Change in Los Angeles» [Reestructuración urbana: un análisis del cambio social y espacial en Los Ángeles], *Economic Geography*, núm. 59, 1983, pp. 195-230. En torno al mismo tiempo, Allen Scott empezó su proyecto de larga duración sobre la reestructuración industrial en Los Ángeles. Véase su serie de tres partes sobre «Industrial Organization and the Logic of Intra-Metropolitan Location» [Organización industrial y la lógica de la localización intra-metropolitana], publicada en *Economic Geography*, «I: Theoretical Considerations» [I: Consideraciones teóricas], 1983, pp. 233-50; «II: A Case Study of the Printed Circuits Industry in the Greater Los Angeles Region» [II: un estudio de la industria de los chips electrónicos en la gran región de Los Ángeles], 1983, pp. 343-67; y «III: A Case Study of the Women's Dress Industry in Greater Los Angeles Region» [III: un estudio sobre la industria de la ropa de mujer en la gran región de Los Ángeles] (1983, pp. 3-27). Michael Storper también se uniría a la facultad de urbanismo de la UCLA por aquel tiempo y realizaría sus propias consideraciones sobre la reestructuración de Los Ángeles. Véase Michael Storper y Susan Christopherson, «Flexible Specialization and Regional Industrial Agglomerations: The Case of the US Motion Picture Industry», [Especialización flexible y aglomeraciones industriales regionales: un estudio sobre la industria del cine estadounidense], *Annals of the Association of American Geographers*, núm. 77, 1987, pp. 104-17.

Friedmann sobre la ciudad mundial fue inicialmente parte de su trabajo de grupo, con Los Ángeles como protagonista destacado de los primeros estudios y publicaciones. Hacia el momento de la publicación de «The World City Hypothesis», sin embargo, la especificidad espacial de Los Ángeles era mucho menos importante, y cuando se mencionaba a Los Ángeles era casi siempre emparejada de forma secundaria con la ciudad de Nueva York.

Friedmann resumió su hipótesis acerca la ciudad mundial en siete afirmaciones interrelacionadas. (1) La forma y la extensión de la integración de una ciudad con la economía mundial, y las funciones asignadas a la ciudad en la nueva división espacial del trabajo, serán decisivas para cualquier cambio estructural que ocurriese dentro de sí misma. (2) Ciudades clave a lo largo de todo el planeta son usadas por el capital global como «sedes» en la organización espacial y en la articulación de la producción y los mercados. Las conexiones resultantes hacen posible organizar las ciudades mundiales en una compleja jerarquía espacial. (3) Las funciones globales de control de las ciudades mundiales se reflejan directamente en la estructura y en las dinámicas de sus sectores de producción y en el empleo. (4) Las ciudades mundiales son los principales lugares de concentración y acumulación del capital internacional. (5) Las ciudades mundiales son puntos de destino de un gran número de migrantes domésticos y/o internacionales. (6) La formación de las ciudades mundiales saca a la luz las principales contradicciones del capitalismo industrial —entre ellas la polarización espacial y de clase. (7) El crecimiento de la ciudad mundial genera costes sociales en una magnitud que tiende a sobrepasar la capacidad fiscal del Estado. Friedmann concluiría su ensayo con esta observación: «Las luchas de las poblaciones, cogidas en la trampa de una inmovilidad territorial relativa y la movilidad del capital internacional, son parte de la dinámica que conformará las ciudades mundiales y el sistema económico capitalista mundial».

La hipótesis de la ciudad mundial fue formulada de forma tan general que hoy en día, al menos desde una perspectiva política progresista, parece poco más que una dilucidación de lo obvio. Pero en su momento, cuando no había nada cristalizado de forma eficaz en una perspectiva urbana de la globalización, dirigiendo las investigaciones de una generación de especialistas en la «ciudad mundial», principalmente geógrafos y urbanistas. En esta trayectoria encabezada por Friedmann, es especialmente importante su persistente exhortación a la acción en la forma de una práctica de urbanismo crítico y de lucha social de base comunitaria. Según se desarrolló, sin embargo, el linaje de Friedmann sobre la investigación de la ciudad mundial ha tendido a alejarse de las investigaciones específicas sobre el impacto de la globalización en el espacio urbano, acercándose al estudio de los vínculos interurbanos y a los debates sobre la mejor identificación y descripción de la *jerarquía*

de ciudades mundiales. En el panorama más amplio de las conceptualización de la postmetrópolis, *World Cities in a World System* puede verse como la marca del final de una era. En la superación de esta trayectoria hubo otra línea de investigación que dirigiría la atención sobre el «orden social» y las «funciones de mando» de la ciudad *global*, más que mundial, en especial en los tres puntos culminantes de la jerarquía global, Nueva York, Londres y Tokio.

En el centro de nuestra atención: el auge de las ciudades globales

La combinación de dispersión espacial e integración global ha creado un *nuevo rol estratégico* para las grandes ciudades. Más allá de su larga historia como centros del comercio y la banca internacionales, estas ciudades tienen hoy cuatro funciones completamente nuevas: primero, como *puntos de comando* altamente concentrados desde los que se organiza la economía mundial; segundo, como localizaciones claves para las *finanzas* y las empresas de *servicios especializados* o del terciario avanzado, que han *reemplazado a la industria* como sector económico dominante; tercero, como lugares de producción y de *generación de innovaciones* vinculadas a esas mismas actividades; y cuarto, como mercados para los productos y las innovaciones producidas. [...] Las ciudades *concentran hoy el control* sobre vastos recursos y los sectores de las finanzas y los servicios especializados han reestructurado el orden social y económico. De esta forma, ha aparecido un nuevo tipo de ciudad. Ésta es la *ciudad global*. Ejemplos destacados en la actualidad son Nueva York, Londres y Tokyo.

Saskia Sassen, *The global city*, 1991, pp. 3-4 [ed. cast.: *La ciudad global*. Nueva York, Londres, Tokio, Buenos Aires, Eudeba, 1999, p. 30]

Un segundo linaje en la conceptualización de la globalidad urbana se desarrolló directamente a partir y al lado del primero. En concreto, se articuló alrededor de la segunda y la tercera tesis de Friedmann, en las ciudades clave en tanto «sedes» y centros de control del capital global, subordinando muchos otros aspectos de la globalización urbana en torno a estas funciones de mando. Aunque su trabajo reciente se extiende más allá de este estrecho canal, Saskia Sassen ha sido la principal figura en esta reinterpretación. Con el nombre de Sassen-Koob, comenzó su trabajo sobre las ciudades globales a principios de la década de 1980, durante este tiempo pasó un breve periodo como profesora visitante en el Departamento de Planificación Urbana de la UCLA. Considerablemente influida por la teoría del sistema-mundo así como por el trabajo de Friedmann y de otros en la entonces en ciernes escuela de Los Ángeles, Sassen se fijó inicialmente en una característica en particular de la globalización urbana, la «periferalización» de las ciudades

«centrales», usando términos que señalaban la influencia de la teoría del sistema-mundo y de la sociología histórica de Immanuel Wallerstein.³⁷ En el corazón de su investigación, tanto en aquel momento como hoy en día, existe un intento de comprender la economía informal (un término desarrollado principalmente en las ciudades del Tercer Mundo) y la reestructuración asociada de los mercados de trabajo urbanos, especialmente en lo que se refiere a los cambiantes patrones del trabajo de las mujeres, las minorías y los pobres en una era de creciente movilidad del capital y de migraciones laborales masivas.

Con la publicación de *The Mobility of Capital and Labor: A Study in International Investment and Labor Flows* (1988) [La movilidad del capital y el trabajo: un estudio sobre la inversión internacional y los flujos laborales] y después *The Global City: New York, London, Tokyo*, [La Ciudad Global. Nueva York, Londres, Tokio, Eudeba, 1999], Sassen reformuló el discurso sobre las ciudades mundiales y comenzó a ser reconocida como una de las principales portavoces de los efectos económicos, políticos y sociológicos de la globalización. En este proceso, la línea de Sassen sobre las ciudades globales vino a diferir de forma significativa del enfoque de Friedmann sobre las ciudades mundiales. Se dio un importante giro respecto de los lugares representativos, por ejemplo, de Los Ángeles y la costa del Pacífico a la ciudad de Nueva York y al Atlántico Norte. En gran medida, esto tuvo que ver con su campamento base de entonces en el Departamenteo de Planificación Urbana de la Universidad de Columbia en Manhattan. Pero también reflejaba una división del discurso más profunda entre las modas académicas de análisis reinantes en la Costa Este y los estilos y culturas académicos de la Costa Oeste. No quiero extenderme en esta división, pero hay ciertos contrastes interesantes que merece la pena mencionar.

Primero, está el uso continuado, en los escritos de Sassen y en el discurso centrado en Nueva York, del concepto de postindustrialismo y de la evocación de Daniel Bell a una sociedad postindustrial. Esto ha tenido el resultado de dirigir la atención principalmente a la economía de servicios y en particular a las «organizaciones auxiliares al poder» del sector FIRE [en inglés *finance, insurance* y *real estate*]: finanzas, seguros, e inmobiliarias. Estos sectores de mando financieros, bancarios y de producción de servicios definen lo que Sassen llama los principales «lugares de producción postindustrial» que ordenan la

³⁷ Saskia Sassen-Koob, «Recomposition and Peripheralization at the Core», *Contemporary Marxism*, núm. 5, 1982, pp. 88-100; reimpresso en M. Dixon, S. Jonas y D. McCaughey (eds.), *The New Nomads: Immigration and the New International Division of Labor*, San Francisco, Synthesis Publications, 1982. Véase también «Capital Mobility and Labor Migration: Their Expression in Core Cities», en M. Timberlake (ed.), *Urbanization in the World System*, Nueva York, Academic Press, 1984.

economía de las ciudades globales y que dan forma a un «nuevo régimen urbano» de acumulación del capital. Siempre conscientes del papel que juegan los sectores FIRE sobre el crecimiento del empleo y sus consecuencias en la recuperación de Nueva York a partir de la situación de desindustrialización y de crisis fiscal, la investigación sobre esta ciudad ha proporcionado una especial atención sobre cuestiones como el impacto de las modernas telecomunicaciones y las tecnologías de procesamiento de la información, las perturbaciones y las transformaciones de los mercados del capital global y la aparición localizada de una nueva élite de profesionales urbanos encabezada por los corredores de bolsa, los vendedores de bonos, los agentes de valores y sus afiliados. En el polo opuesto, en lo que algunos investigadores de Nueva York llaman la nueva «Ciudad dual», está la economía informal o clandestina y la infraclase de los nuevos migrantes, de las minorías y de los pobres dependientes de las ayudas sociales del Estado, que luchan por sobrevivir en la nueva sociología del poder. He aquí una de las exposiciones resumidas de Sassen sobre Nueva York:

Estos procesos [de reestructuración] pueden ser vistos como modos diferentes de organización económica y sus correspondientes usos del espacio: la ciudad postindustrial, de lujosos rascacielos de oficinas y edificios residenciales, localizados generalmente en Manhattan; la vieja y moribunda ciudad industrial de edificios de rentas bajas y casas familiares, localizados generalmente en los distritos exteriores, y la ciudad del Tercer Mundo, importada vía inmigración y localizada en las densas agrupaciones desparramadas por toda la ciudad [...] Cada uno de estos tres procesos parecen contener distintas estructuras ocupacionales de ingresos y modelos concomitantes residenciales y de consumo, firmemente capturados en la expansión de una nueva alta burguesía urbana siguiendo la expansión de las comunidades inmigrantes.³⁸

Sassen, sobre todo en su trabajo más reciente, ha adoptado una perspectiva espacial más sofisticada, pero su imaginación geográfica previa y la de la mayoría de los investigadores de la ciudad global de Nueva York ha tendido a ser mucho más débil que la de aquellos que estudian Los Ángeles o la Bahía de San Francisco. De modo sutil y no tan sutil, la persistente presencia de una perspectiva postindustrial en los escritos académicos sobre Nueva York ha privilegiado la imaginación sociológica sobre la geográfica, dando lugar a otro contraste entre el Atlántico y el Pacífico. Esta diferencia se muestra de forma característica en cómo se trata al sector industrial en

³⁸ Saskia Sassen, «New York City's Informal Economy», documento preparado para el Social Science Research Council Committee sobre la ciudad de Nueva York, 1988, p. 1; citado en Manuel Castells, *The Informational City*, 1989, p. 215 [ed. cast.: p. 306].

este estudio acerca de la globalización urbana. En Nueva York, la atención se desplaza, de forma prototípica, de la fabricación y de los principios subyacentes del urbanismo industrial, que han sido tan centrales en la investigación de Los Ángeles, especialmente en la perspectiva regionalista sobre la reestructuración económica postfordista y la economía urbana explícitamente geopolítica. La propia naturaleza de la ciudad global se ve desde Nueva York como girando, de forma casi total, alrededor del sector FIRE y de su control sobre los flujos globales de inversión de capital y de migración laboral. En su breve libro de texto, *Cities in a World Economy* (1994) [Las ciudades en una economía mundial], publicado en una colección de «Sociología para un nuevo siglo», Sassen apenas menciona el sector manufacturero, excepto para mostrar su declive, y hace poca referencia a la bibliografía sobre la reestructuración industrial o la globalización de la producción industrial.

Se puede argumentar que posfordista es una etiqueta inapropiada para Nueva York como postindustrial lo es para Los Ángeles, pero este argumento oculta demasiado el paisaje. A pesar del declive masivo del empleo industrial en los cinco distritos de la ciudad de Nueva York, se ha producido un continuo crecimiento del mismo en la región del Gran Nueva York, paralelo a una reindustrialización similar en las regiones metropolitanas de Boston y otras ciudades del Este. Esta reindustrialización se ve magnificada todavía más si los «servicios a la producción» se toman literalmente, como servicios para las industrias manufactureras que ahora incluyen la producción no sólo de hamburguesas y de pollo frito sino también de información, entretenimiento y cultura. Cuando se ve como una ciudad-región, y no sólo como Manhattan, Nueva York destaca como la segunda o tercera metrópolis industrial postfordista de EEUU, así como el principal centro de control de la producción global y de la producción de globalidad: una postmetrópolis altamente representativa. En el Gran Nueva York, el panorama regional postfordista permanece todavía relativamente inexplorado con una importante excepción: el «distrito industrial» prodigiosamente poderoso y especializado (o como lo llama Sassen, el lugar de la producción postindustrial) del Bajo Manhattan.

La preeminencia del sector FIRE y sus extensiones en el discurso también ha producido en Nueva York lo que una vez describí como «la vanidad de las hogueras»,³⁹ una tendencia a condensar los procesos globales y locales casi totalmente en torno al ónfalo de Wall Street y su esfera de influencia inmediata.⁴⁰

³⁹ En el original «vanity of the bonFIRES» juego de palabras con el título *The Bonfire of the Vanities* [La hoguera de las vanidades] de Tom Wolfe, 1987, y el nombre del sector FIRE que forma parte de la palabra hoguera, en inglés. [N. del E.]

⁴⁰ Mi obra sobre la amarga alegoría de Tom Wolfe acerca de la condición urbana de la ciudad de Nueva York apareció originalmente en «Poles Apart: Urban Restructuring in New York and

Esto ha llevado a la mayoría de los investigadores locales de la ciudad global y a los urbanistas críticos a limitar su ámbito a los proyectos de renovación urbana a gran escala del Bajo Manhattan, tales como Battery Park City, South Street Seaport, Times Square y el World Trade Center, todos situados en o alrededor del centro financiero de Manhattan. Este énfasis en la posición dominante de los FIRE también se derrama sobre los estudios comparados de las ciudades globales, convirtiendo al centro financiero mundial de Nueva York en Battery Park City y al proyecto de Canary Wharf en la zona portuaria de Londres en las personificaciones discursivas de las ubicaciones urbanas de la glocalización.⁴¹ Incluso el trabajo pionero de Neil Smith sobre lo que él llama la «ciudad revanchista» y las «geografías satánicas» de la globalización permanece en cierta manera poco arraigado sobre la agitada frontera de Tompkins Square Park, situado al borde de la gentrificación yuppie.⁴² De forma similar, el poder global de la ciudadela financiera de Manhattan también parece planear sobre las sombras de los excelentes retratos de Sharon Zukin de los glocalizados paisajes de poder y desesperación, incluso cuando se aventura mucho más allá de su alcance.⁴³ En todos estos trabajos, el mundo regional más allá de los límites de Manhattan y sus distritos más cercanos parecen casi desaparecer de la perspectiva.

Los Angeles» [Polos opuestos. Reestructuración urbana en Nueva York y Los Ángeles], un trabajo presentado al Dual City Working Group of the Social Science Research Committee de la ciudad de Nueva York. El trabajo fue publicado posteriormente eliminando la referencia a «la vanidad de las hogueras» a petición de los editores, en John H. Mollenkopf y Manuel Castells (eds.), *Dual City: Restructuring New York*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1991, pp. 361-76. Los editores introduciendo a la ciudad de Nueva York como «el laboratorio social para la Nueva Sociedad» y afirmaban que «al igual que Chicago fue central para la industrialización urbana del siglo XIX, y los fundadores de la ciencia social moderna la estudiaron para comprender estos procesos, Nueva York puede ser vista como central para comprender la transformación postindustrial del siglo XX tardío», 1991, p. 5.

⁴¹ Para un mejor conocimiento de estos estudios comparados, véase Susan Fainstein, *The City Builders: Property, Politics, and Planning in London and New York*, Oxford, Reino Unido, y Cambridge, Massachusetts, Blackwell, 1994; y Susan Fainstein, Ian Gordon y Michael Harloe (eds.), *Divided Cities: Economic Restructuring and Social Change in London and New York*, Oxford, Reino Unido y Cambridge (Ma.), Blackwell, 1992.

⁴² Véase Neal Smith, «New City, New Frontier: The Lower East Side as Wild West», en Michael Sorkin (ed.), *Variations on a Theme Park: The New American City and the End of Public Space*, Nueva York, Hill y Wang, 1992, pp. 61-93, [Variaciones sobre un parque temático: La nueva ciudad americana y el fin del espacio público, trad. de Maurici Pla Serra, Barcelona Gustavo Gili, 2004]; «After Tompkins Square Park: Degentrification and the Revanchist City» en Anthony King (ed.), *Re-Presenting the City: Ethnicity, Capital and Culture in the twenty-first Century Metropolis*, Londres, Macmillan, 1996, pp. 93-107; «The Satanic Geographies of Globalization: Uneven Development in the 1990s», *Public Culture*, 1997, pp. 10-11 y pp. 169-89; y *New Urban Frontier: Gentrification and the Revanchist City*, Nueva York y Londres, Routledge, 1996.

⁴³ Sharon Zukin, *Landscapes of Power*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1991.

Los escritos de Neil Smith, Sharon Zukin, y otros académicos centrados en Manhattan como E. Christine Boyer y Susan Fainstein, representan sin embargo algunas de las mejores investigaciones que se han hecho hoy en día sobre la ciudad global. Su trabajo es más sólido, no obstante, cuando construye puentes hacia otros discursos más amplios, con un rango que va desde la economía geopolítica hasta los estudios culturales críticos. En este sentido, podemos describirlos como desvíos de la estricta línea de investigación de Sassen sobre la ciudad global. Pero Sassen, en sus escritos más recientes, también se ha movido hacia nuevas direcciones, acercándose a lo que más tarde definiré como cosmópolis.⁴⁴ Pero antes de discutir este giro conceptual echemos un breve vistazo al discurso de la ciudad global en la medida en que tal y como se ha desarrollado en Los Ángeles nos provee de una útil visión comparativa.

El discurso de la ciudad global en Los Ángeles ha sido mucho menos «triumfal» que en la ciudad de Nueva York y en cierto sentido más equilibrado en su atención a la globalización del trabajo, del capital y de las culturas mundiales. En lo que puede ser observado como su propio ciudad-centrismo, el acento discursivo se ha puesto principalmente en la posición de Los Ángeles en la expansión económica del anillo del Pacífico, su atractivo para las inversiones extranjeras y esto tanto en sus ciudades interiores como exteriores el poderoso papel de su complejo militar industrial a escala global, su industria cultural y por encima de todo su multiculturalismo en expansión. La gentrificación no ha sido un tema prioritario en Los Ángeles, en gran medida porque el cambio de los barrios ha sido tan rápido e intenso, y tan complejo en su mezcla racial, étnica y de clase, que las teorías de la gentrificación más simples sobre la «diferencia de rentas» y las incursiones de los yuppies parecen emitir muy poca luz sobre los patrones regionales y locales más caleidoscópicos y heterogéneos de la reestructuración residencial.⁴⁵

Aunque existen unos pocos estudios detallados sobre Los Ángeles como centro del mundo financiero y no hay nada equivalente a Wall Street o a la City de Londres como ciudadelas financieras; el sector FIRE, más disperso y

⁴⁴ Saskia Sassen, *Losing Control? Sovereignty in an Age of Globalization*, Nueva York, Columbia University Press, 1996 [ed. cast: *¿Perdiendo el control?: la soberanía en la era de la globalización*, Barcelona, Bellaterra, 2001]; y «Whose City Is It? Globalization and the Formation of New Claims», *Public Culture*, núm. 8, 1996, pp. 205-223.

⁴⁵ Una de las mejores críticas a las teorías de la gentrificación desde una perspectiva centrada en Los Ángeles, orientada por la multitud de definiciones diferentes de la «Comunidad West Adams», puede encontrarse en Sylvia Sensiper, *The Geographic Imaginary: An Anthropological Investigation of Gentrification*, tesis doctoral inédita de la Urban Planning de la UCLA, 1994. Véase también Allan David Heskin, *The Struggle for Community*, Boulder, Colorado, Westview Press, 1991, un estudio revelador sobre una cooperativa de vivienda de renta baja, multi-étnica y de patrimonio limitado que podemos describir casi como un ejemplo oximorónico de gentrificación por parte de los pobres.

policéntrico, tiene ahora probablemente el tamaño suficiente como para que se pueda considerar a la conurbación de Los Ángeles como una de las muchas candidatas globales en competencia por alinearse con las tres mayores ciudades globales, Tokio, Nueva York y Londres, o con San Francisco y Chicago como sus mayores competidoras en EEUU. Como una de las principales capitales del capitalismo global, sin embargo, Los Ángeles es mucho más comparable con Tokio que con Londres o Nueva York debido a la localización dispersa de sus complejos de servicios financieros, su todavía amplia base industrial y especialmente por la gran conectividad del sector FIRE con la más amplia economía regional. Esta conectividad regional es difícil de medir, pero con su gran especialización en las instituciones de préstamo y ahorro, en la industria inmobiliaria y en los servicios tecnológicamente innovadores de la financiación al consumo, así como otras de sus conexiones locales (especialmente con la industria), el sector FIRE de Los Ángeles tiene probablemente mayores efectos multiplicadores en la región que los sectores más especializados en términos globales y más concentrados de Londres y Nueva York.⁴⁶

La posición de Los Ángeles como ciudad mundial se acrecienta de forma significativa debido a sus otras especializaciones. En términos de Ann Markusen, Los Ángeles ha sido la capital del «cinturón militar» de EEUU y quizás el mayor arsenal del mundo de lo que Castells describe como las «estrategias planetarias de poder político-militar».⁴⁷ Los Ángeles también es líder mundial en la producción de cultura global y entretenimiento popular, y no está lejos de serlo en lo que al diseño y a la moda se refiere.⁴⁸ De forma incluso más notable, se ha convertido quizás en la mayor metrópolis del mundo en ambos extremos del espectro de capacitación del trabajo global. No sólo contiene la que se supone como la mayor concentración de científicos, ingenieros, matemáticos y programadores (una proporción significativa de los cuales han nacido fuera del país) sino también algunas de las mayores aglomeraciones urbanas y culturalmente más heterogéneas de trabajadores baratos, sin preparación y escasamente organizados que se haya visto jamás. Prácticamente el 40 % de los más de nueve millones de personas que residen en el condado de Los Ángeles han nacido en el extranjero

⁴⁶ Para un interesante estudio del sector de la banca comercial en Los Ángeles, véase Jane S. Pollard, *Industry Change and Labor Segmentation: The Banking Industry in Los Angeles, 1970-1990*, tesis doctoral inédita, Urban Planning, UCLA, 1995; reimpresso por Ann Arbor, University Microfilms International, 1995.

⁴⁷ Véase A. Markusen, P. Hall, S. Campbell, y S. Dietrick (eds.), *The Rise of the Gunbelt*, Nueva York, Oxford University Press, 1991.

⁴⁸ Para un excelente estudio sobre las industrias de moda en Los Ángeles y sus efectos regionales multiplicadores, véase Harvey Moloch, «L.A. as Design Product: How Art Works in a Regional Economy», en Scott y Soja (eds.), *The City*, 1996, pp. 225-275.

y, si añadimos las minorías nacionales no blancas (chicana, afroamericana, asiático-americana), la población total regional con raíces en lo que anteriormente se describía como el Tercer Mundo podría alcanzar los siete millones.⁴⁹

No es una sorpresa, por lo tanto, que el debate y el discurso sobre Los Ángeles como ciudad global se haya centrado, de una u otra forma, en torno a su multiculturalismo y a su papel en la economía cultural global en lugar de en sus plataformas FIRE y su élite gentrificadora. Planteado de otra manera, se ha dado un enfoque más ecléctico respecto de la globalización, una exploración más equilibrada de los paisajes glocalizados de carácter étnico, técnico, financiero, mediático e ideológico de la región (por referirnos de nuevo a Appadurai). Los estudios locales más interesantes sobre el impacto de esta extraordinaria heterogeneidad demográfica y cultural, no obstante, no se han acomodado de forma específica al discurso sobre las ciudades globales, que se mantiene relativamente periférico en comparación con Nueva York. Por consiguiente, serán tratados más en detalle en los cuatro discursos restantes sobre la postmetrópolis. Continuando con nuestra genealogía de los conceptos específicamente urbanos sobre la globalización llegamos, o volvemos, al trabajo de Manuel Castells.

Dualismo urbano, la ciudad informacional y el proceso urbano regional

[H]ay una nueva forma de dualismo urbano en auge, una forma conectada específicamente al proceso de reestructuración y expansión de la economía informal. Tiene que ver, sobre todo, con los procesos simultáneos de crecimiento y declive de industrias y empresas, procesos que se dan con mayor intensidad en los puntos nodales de la geografía económica, especialmente en las grandes áreas metropolitanas donde se concentran la mayor parte de las actividades intensivas en conocimiento [...] La transición de procesos de producción industrial a informacional coincide con el ascenso de la producción flexible [...] con las relaciones capital-trabajo desinstitucionalizadas [...] [y] un declive general de la fuerza de trabajo tradicional [...] La nueva ciudad dual puede verse a su vez como la expresión urbana del proceso creciente de diferenciación de la fuerza de trabajo en dos sectores igualmente dinámicos dentro de la economía: la economía formal basada en la información y la economía informal basada en fuerza de trabajo descualificada [...] La economía y la sociedad se vuelven funcionalmente articuladas aunque organizativa y socialmente segmentadas. (Castells, 1989: 224-226; ed. cast.: 317-319)

⁴⁹ Aparentemente asombrado por la magnitud de esta inmigración masiva, un periodista de Nueva York en visita rápida apodó sibilinaamente a Los Ángeles como «la capital del Tercer Mundo». Véase David Rieff, *Los Angeles: Capital of the Third World*, Nueva York, Simon y Schuster, 1991. Un acercamiento más pragmático y menos moralista a la globalización de Los Ángeles, aunque esté repleto de un optimista *boosterismo*, fue realizado por otro periodista que está mucho más familiarizado con la escena local. Véase Joel Kotkin, *Tribes: How Race, Religion, and Identity Determine Success in the New Global Economy*, Nueva York, Random House, 1993.

Con estas palabras, Castells señala su conceptualización de la ciudad informacional como una ciudad dual, dicotomizada, fragmentada y rearticulada por el proceso de reestructuración y la aparición de una nueva era de la información en la que el espacio de los lugares está cada vez más dominado por el espacio de los flujos. En buena medida, la conceptualización de Castells no es muy diferente a la de Sassen, pero Castells tiende a estar más directamente preocupado por las cambiantes especificidades espaciales de su versión de la ciudad global, ofreciendo así un cuadro mucho más rico de su cambiante geografía social. Voy a citar extensamente a Castells en la medida en que nos provee un vívido retrato de la estratificación social y espacial de la postmetrópolis, ofreciéndonos un comprehensivo telón de fondo de lo que se discutirá en los próximos capítulos.

La vasta mayoría de trabajadores descualificados y la nueva fuerza de trabajo comparten un espacio excluido altamente fragmentado, principalmente en términos étnicos, edificando comunidades defensivas que luchan entre sí para ganar una mayor parte de los servicios y para preservar la base funcional de sus redes sociales, una fuente importante de recursos para comunidades de bajos ingresos. Las áreas descualificadas de la ciudad sirven como refugio para el segmento criminal de la economía informal y como reservas para la fuerza de trabajo desplazada, apenas mantenida por la seguridad social. Los recién llegados a la ciudad dual son a menudo pioneros en las transformaciones de estas áreas, incrementando la tensión entre intereses sociales en conflicto y valores expresados en términos territoriales. Por otro lado, una gran proporción de la población, constituida por fuerza de trabajo de bajo nivel que forma las legiones de empleados de servicios y oficinas de la economía informacional, se incluyen en microespacios, individualizando su relación con la ciudad [...] El dualismo estructural conduce a la vez a una segregación y a una segmentación espaciales, lo que agudiza la diferenciación entre el nivel superior de la sociedad informacional y el resto de los residentes locales [...] [y como] una oposición frecuente entre los muchos componentes de la fuerza de trabajo reestructurada y desvertebrada [...] La fragmentación institucional de base territorial de los gobiernos locales y de las escuelas reproduce estas rupturas en la línea de la segregación espacial.

El universo social de estos mundos diversos se caracteriza a su vez por una exposición diferencial a flujos de información y modelos de comunicación. El espacio del nivel superior está generalmente conectado a la comunicación global y a amplias redes de intercambio, abiertas a mensajes y experiencias que incluyen al mundo entero. En el otro extremo del espectro, redes locales segmentadas, a menudo de base étnica, se basan en su identidad como el recurso más valioso a fin de defender sus intereses y, en último término, su existencia. Así, la segregación del espacio en un caso (para la gran élite social) no conduce a la reclusión, excepto en cuanto a la comunicación con otros componentes del área urbana compartida; mientras la segregación y segmentación para comunidades defensivas de

minorías étnicas, trabajadores e inmigrantes refuerzan la tendencia a reducir el mundo a su cultura propia y a su experiencia local específica, penetradas tan sólo por imágenes televisivas estandarizadas y conectadas míticamente en el caso de los inmigrantes a historias de su patria de origen. La ciudad dual opone, en términos sociológicos tradicionales, el carácter cosmopolita de los nuevos productores informacionales al localismo de los sectores segmentados de la fuerza de trabajo reestructurada [...]

El sentido contemporáneo fundamental de la ciudad dual se refiere al proceso de reestructuración espacial mediante el cual segmentos específicos de la fuerza de trabajo son incluidos y excluidos de la producción de la nueva historia. (Castells, 1989: 227-228; ed. cast.: 320-322)

Castells construye estas imágenes altamente espacializadas a partir de los estudios de caso de la ciudad de Nueva York y de Los Ángeles, y de la comunidad académica asentada en la Bahía de San Francisco y en la Universidad de California en Berkeley, donde fue profesor en el Departamento de Planeamiento Urbano y Regional (y posteriormente en sociología) desde 1979. Estas imágenes fueron desarrolladas posteriormente si bien con una intencionalidad espacial significativamente menor en *Dual City: Restructuring New York* (1991), coeditado con John Mollenkopf. Pero aquí, una vez más, la interpretación está forzada por la rígida dicotomía entre el poder de los flujos frente al poder de los lugares y por la maestra narrativa del informacionalismo. Con el fin de romper con estas y otras obligaciones de la bibliografía acerca de la globalización urbana, se necesita introducir un nuevo término alternativo.

El giro hacia la cosmópolis

El uso del término *cosmópolis* para referirse a la ciudad-región globalizada y culturalmente heterogénea tiene un desarrollo reciente. Para empezar a comprender cual es el atractivo de este término, es útil dirigirse al trabajo del filósofo Stephen Toulmin, actualmente integrado en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Southern California. Toulmin (con Allan Janik) fue el autor de uno de los tratados urbanos más brillantes de la filosofía continental, *Wittgenstein's Vienna* (1973) [ed. cast: *La Viena de Wittgenstein*, Madrid, Taurus, 1987], donde el rico contexto y la especificidad espacial de la metrópolis austriaca es casi tan protagonista como las ideas del filósofo vienés. En su trabajo más reciente, *Cosmópolis: The Hidden Agenda of Modernity* (1990) [ed. cast: *Cosmópolis: el trasfondo de la modernidad*, Barcelona, Península, 2001], la ciudad (en tanto polis) está más distante en términos históricos y geográficos, pero actualmente adquiere una relevancia mucha mayor.

Tal y como se usaba en la Grecia clásica, la palabra «cosmópolis» se refería a la interacción de dos tipos de orden, uno (*cosmos*, el universo astronómico) inserto en la naturaleza, y posteriormente la comprensión científica de los fenómenos naturales; y el otro (*polis*, la administración de las ciudades) enraizado en la sociedad y en nuestra creciente comprensión de las prácticas y la organización de las comunidades humanas en tanto unidades políticas (y territoriales), lo que también he llamado frónesis. Toulmin dibuja el pensamiento filosófico en torno a esta interacción entre naturaleza y sociedad desde el origen del «problema de la modernidad» (que data del periodo que va de 1600 a 1650) hasta los debates contemporáneos en torno a la postmodernidad y «la forma en que vivimos hoy en día». Haciendo esto, reinserta el estudio de la globalización urbana y por lo tanto nuestra comprensión de la postmetrópolis global contemporánea en el discurso geohistórico sobre la modernidad y la postmodernidad. Para Toulmin, la cosmópolis representa «el trasfondo de la modernidad», una investigación centrada en lo urbano acerca del significado fundamental de estar vivo en determinado tiempo y lugar. Lo que se ha discutido sobre el discurso de la globalización puede ser visto no tanto como «un sucesor de los debates sobre las modernidad y la postmodernidad», tal y como se apuntó en el primer párrafo de este capítulo, sino como su recristalización en torno al «trasfondo» del *espacio urbano cosmopolita*.

El término cosmópolis ha sido recientemente recogido por dos académicos, ambos implicados tangencialmente en los debates sobre las ciudades globales, si bien también se sienten cómodos cuando sus análisis cosmopolitanos se enmarcan en una perspectiva crítica postmoderna. En *Towards Cosmopolis: Planning for Multicultural Cities* (1998a) [Hacia Cosmópolis. La planificación de las ciudades multiculturales], a partir de su trabajo con estudiantes y profesores del Departamento de Planeamiento Urbano de la UCLA, y de su larga experiencia en Australia, Leonie Sandercock construye una visión personal-y-política de la cosmópolis como Utopía posible:

Cosmópolis es mi utopía imaginada, un espacio en construcción en mi mente, una ciudad/región en la que hay una conexión genuina con respeto y espacio para el Otro cultural y la posibilidad de trabajar juntos en cuestiones relativas al destino común, un reconocimiento de nuestros destinos entrelazados. Después esbozaré los principios de la Utopía postmoderna –nuevos conceptos de justicia social, ciudadanía, comunidad e intereses compartidos– y sugeriré un nuevo estilo de planificación que puede ayudar a crear el espacio de/para la cosmópolis. (Sandercock, 1998a, p. 125)

La «cosmópolis normativa» de Sandercock es «una utopía con una diferencia, una utopía postmoderna» que «jamás podrá ser realizada, que siempre ha de estar en construcción». (1998a: 163) Su punto de atención está en la

teoría y en la práctica de la planificación y su meta es un «cambio de paradigma» del «saber planificador modernista» a «un estilo más normativo, abierto, democrático, flexible y receptivo que sea sensible a la diferencia cultural» (Sandercock, 1998: 204). Es esta «política transformadora de la diferencia» que se construye en la transición de la metrópolis a la cosmópolis, la que extiende los horizontes políticos de la teoría y de la práctica de la planificación progresista. Su libro concluye con una ambiciosa mirada hacia el futuro:

Quiero una ciudad donde mi profesión contribuya [...], donde la planificación urbana sea una guerra de liberación que se lucha contra el espacio público empobrecido y anodino, así como contra las múltiples fuentes de opresión, dominación, explotación y violencia: donde los ciudadanos arrancan al espacio nuevas posibilidades, y se sumergen en sus culturas mientras respetan las de sus vecinos y fraguan colectivamente nuevas culturas y espacios híbridos. (Sandercock, 1998, p. 219)

En este análisis geohistórico de «la metrópolis sin límites», el geógrafo y urbanista canadiense Engin Isin reconstituye también los debates contemporáneos sobre la urbanización global en torno al cambio de metrópolis a cosmópolis.⁵⁰ Basándonos en el entorno sinécico del Toronto postmetropolitano como una «ciudad-región global», Isin centra su atención en las luchas contemporáneas sobre la ciudadanía y el «derecho a la ciudad», pero indaga mucho más allá en la «historia del presente» con el fin de trazar una genealogía foucaultiana de la ciudadanía y del espacio urbano.

Igual que nos maravillamos ante el surgimiento y la caída de la polis griega o de la ciudad medieval, los futuros historiadores urbanos puede que se maravillen ante el surgimiento y la caída de la metrópolis moderna en el siglo XX [...] [E]l periodo entre 1921 y 1971 fue la era de la metrópolis: un núcleo dominante rodeado de varias ciudades, pueblos y aldeas económica y socialmente integradas en él [...] Hacia la década de 1990 la mayor parte de las metrópolis estadounidenses y canadienses ya no estaban concentradas exclusivamente en torno a los núcleos originales de las ciudades [...] La metrópolis del siglo XX se ha convertido en una región urbana policéntrica. (Isin, 1996a, pp. 98-99)

⁵⁰ Engin F. Isin, «Metropolis Unbound: Legislators and Interpreters of Urban Form», en J. Caulfield y L. Peake (eds.), *City Lives and City Forms: Critical Urban Research and Canadian Urbanism*, Toronto, University of Toronto Press, 1996, pp. 98-127; «Global City-Regions and Citizenship», en D. Bell, R. Keil y G. Wekerle (eds.), *Global Processes, Local Places*, Montreal, Black Rose Books, 1996, pp. 21-34; y «Who is the New Citizen? Toward a Genealogy», *Citizenship Studies*, núm. 1, 1997, pp. 115-132.

Cualquiera que sea la metáfora que usemos para describir la metrópolis sin límites —la región metropolitana polinuclear, la región urbana policéntrica, la nueva techno-ciudad, post-suburbia, la metrópolis galáctica, la sin-ciudad, la forma urbana postmoderna, la ciudad-estado— la nueva forma urbana está «marcada por una fragmentación inimaginable hasta el momento; mediante inmensas distancias entre sus ciudadanos, literales, económicas, culturales, sociales y políticas; y mediante novedosos problemas de planificación, que están creciendo en importancia y que podrían requerir cambios en el modo en que pensamos la planificación urbana en sí misma» (Bloch, 1994: 225). Yo sugiero otra metáfora para la metrópolis sin límites: la cosmópolis. Esta metáfora marca tanto la continuidad como la discontinuidad con la metrópolis [...] La cosmópolis también expresa el carácter global de la metrópolis sin límites [...] que sigue siendo una polis, aunque una polis fragmentada, de crecimiento descontrolado y global. (Isin, 1996a: 123)⁵¹

Todavía es muy pronto para estimar la importancia de esta convergencia en ciernes en torno al concepto de cosmópolis, pero ésta tiene el potencial de dirigir el discurso sobre la globalización y la transición postmetropolitana en direcciones esencialmente nuevas en el futuro. En particular, nos ayuda a volver a centrar el discurso específicamente urbano no sólo en los impactos negativos de la globalización sino también en las nuevas oportunidades y en los retos provocados por ésta, a fin de replantear las nociones ya establecidas de ciudadanía y democracia, sociedad civil y esfera pública, desarrollo comunitario y política cultural, justicia social y orden moral (véase, por ejemplo, Friedmann y Douglas, 1998) desde una perspectiva más explícitamente espacial. A fin de ilustrar este replanteamiento, y esta potencial reorientación, con un ejemplo que se encuentra directamente vinculado a los desarrollos que tienen lugar en Los Ángeles en la actualidad, pero que resuena de un modo importante en todas las postmetrópolis, voy a concluir este capítulo con una breve referencia al trabajo de Raymond Rocco, profesor en la UCLA, científico político interdisciplinar y especializado en la formación de la ciudadanía latina.

En su contribución al libro de próxima publicación de Engin Isin, *Politics in the Global City: Rights, Democracy and Place* [La política en la ciudad global. Derechos, democracia y lugar],⁵² Rocco sostiene que «los espacios creados

⁵¹ La referencia en esta cita es de Robin Bloch, *The Metropolis Inverted: The Rise and Shift to the Periphery and the Remaking of the Contemporary City*, tesis doctoral inédita, Urban Planning: UCLA, 1994. Ésta es indicativa de una creciente línea de intercambio entre estudiosos de Toronto y Los Ángeles. La tesis de Bloch se escribió bajo la supervisión de Michael Storper y John Friedmann, con el consejo adicional del presente autor, Allen Scott y otro profesor de la UCLA.

⁵² El título original iba a ser *Rights to the City: Cityzenship, Democracy, and Cities in a Global Age*, tras una conferencia internacional organizada por Engin Isin y otros en la York University de Toronto en junio de 1998.

por los complejos y multidimensionales procesos de globalización se han convertido en lugares estratégicos para la formación de identidades y comunidades transnacionales y la correspondiente aparición de nuevas demandas en estos espacios transformados». ⁵³ Estas demandas de «derechos de asociación» y las «redes de compromiso cívico» que las fomentan (tomando conceptos prestados de Putnam, 1993) están fundadas y derivan de «prácticas situadas» que están en consonancia con la específica geografía de la ciudad-región globalizada, y especialmente con aquellos «espacios de la diferencia» teorizados como «tercer espacio, hibridismo, fronteras, “espacios intermedios”, o márgenes». Son por lo tanto demandas espaciales inherentes, exigencias localizadas, con el propósito de incrementar el derecho a la ciudad y llamamientos explícitos para obtener una mayor justicia social y una mayor democracia regional. Estos nuevos movimientos urbanos espaciales (más que sociales) se están desarrollando de forma más fuerte en las densas aglomeraciones de las poblaciones inmigrantes y de los *woorking poors* [trabajadores pobres], siendo el emblema, más que cualquier otro, de la globalización urbana contemporánea y de la adaptación cultural transnacional. Finalmente, es en estos espacios radicalmente especializados y politizados, dice Rocco, donde los discursos críticos geopolíticos, postcoloniales y semejantes se unen para ayudarnos a comprender mejor la experiencia vivida de la postmetrópolis.

⁵³ Raymond Rocco, «Associational Rights Claims, Civil Society and Place», en Engin Isin (ed.), *Politics in the Global City: Rights, Democracy and Place*, Londres, Routledge, de próxima publicación. Véase también de Rocco, «The Formation of Latino Citizenship in Southeast Los Angeles», *Citizenship Studies*, núm. 3, 1999, pp. 95-112; y «Latino Los Angeles: Reframing Boundaries/Borders», en Scott y Soja (eds.), *The City*, 1996, pp. 35-89. La referencia a Putnam en la siguiente frase está en R. D. Putnam, *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1993.

8. Exópolis.

La reestructuración de la forma urbana

Textos representativos

- *Edge City: Life on the New Frontier* [La ciudad-frontera. La vida en la nueva frontera] (Garreau, 1991).
- *The 100 Mile City* [La ciudad de las 100 millas] (Sudjic, 1992).
- *Post-Suburbia: Government and Politics in the Edge Cities* [Postsuburbia. Gobierno y política en la ciudad-frontera] (Teaford, 1997).
- *Postsuburban California: The Transformation of Orange County since World War II*, [La California posturbana. La transformación del condado de Orange desde la Segunda Guerra Mundial] (Kling, Olin y Poster eds., 1991).
- *Magnetic Los Angeles: Planning the Twentieth-Century Metropolis*, [El magnetismo de Los Ángeles. El planeamiento de la metrópolis del Siglo XX] (Hise, 1997).
- *The Metropolis Inverted: The Rise and Shift to the Periphery and the Remaking of the Contemporary City* [La metrópolis invertida. Auge y cambio de la periferia y la nueva formación de la ciudad contemporánea] (Bloch, 1994).
- *The Reluctant Metropolis: The Politics of Urban Growth in Los Angeles* [La metrópolis renuente. La política de crecimiento urbano en Los Ángeles] (Fulton, 1997).
- *Metropolis to Metroplex: The Social and Spatial Planning of Cities* [De la metrópolis a metroplex. El planeamiento social y espacial de las ciudades] (Meltzer, 1984).
- *The New Urbanism: Toward an Architecture of Community* [El Nuevo Urbanismo. Hacia una arquitectura de la comunidad] (Katz, 1994).
- *The New Urbanism: Hope or Hype for American Communities* [El Nuevo Urbanismo. Esperanza o fuegos artificiales de las comunidades estadounidenses] (Fulton, 1996).
- *The Fractured Metropolis: Improving the New city, Restoring the Old City, Reshaping the Region* [La metrópolis fracturada. Mejorar la ciudad nueva, restaurar la ciudad vieja y remodelar la región] (Barnett, 1995).
- *The Next American Metropolis: Ecology, Community, and the American Dream* [La futura metrópolis estadounidense. Ecología, comunidad y el sueño americano] (Calthorpe, 1993).

- *The Outer City* [La ciudad exterior] (Herington, 1984).
- *From City Center to Regional Mall* [Del centro de la ciudad al supermercado regional] (Longstreth, 1997).
- *The Geography of Nowhere: The Rise and Decline of America's Man-Made Landscape* [La geografía del no lugar. El auge y la decadencia del paisaje norteamericano del hombre hecho a sí mismo] (Kunstler, 1993).
- *Dreaming the Rational City: The Myth of American City Planning* [El sueño de la ciudad racional. El mito del urbanismo de la ciudad estadounidense] (Boyer, 1983).
- *Bourgeois Utopias: the Rise and Fall of Suburbia* [Utopías burguesas. Auge y caída de suburbia] (Fishman, 1987).
- *Grabgrass Frontier: The Suburbanization of the United States* [La frontera de las malas hierbas. La suburbanización de los Estados Unidos] (Jackson, 1985).
- *Since Megalopolis* [Desde la megalópolis] (Gottman y Harper eds., 1990).
- *Suburbia Re-examined* [Suburbia re-examinada] (Kelly ed., 1989).

La combinación de los discursos sobre globalización y reestructuración económica provee de un poderoso marco conceptual para comprender y analizar las principales fuerzas que han generado los nuevos procesos de urbanización. Los dos próximos discursos atañen directamente a la interpretación de los resultados y de los efectos concretos de estos nuevos procesos de urbanización en el espacio urbano postmetropolitano. En este capítulo, la postmetrópolis es representada ante todo en relación con su geografía empírica reconfigurada, y con los nuevos patrones y especificidades de la forma, la función y el comportamiento urbanos que han aparecido debido a la globalización y a la reestructuración económica postfordista. En el capítulo siguiente, el enfoque se traslada hacia la reorganización concurrente e interdependiente del orden social urbano y hacia el nuevo patrón de estratificación social y desigualdad socio-económica.

La división entre estos dos discursos es artificial porque, al igual que en los dos primeros cada uno está intrínsecamente entrelazado con el otro. Pueden ser mejor vistos en combinación, como parte de una dialéctica socio-espacial a partir de la cual son generadas nuevas ideas y nuevos enfoques que a menudo trascienden campos solapados de especial interés, así como puntos de vista opuestos. Su separación no se basa aquí tanto en la sustancia y en el significado como en el énfasis disciplinario y las tradiciones interpretativas establecidas. En un primer plano están las perspectivas de las disciplinas explícitamente espaciales (geografía, arquitectura, planificación urbana), para ser seguidas en el capítulo 9 por interpretaciones más sociológicas o sociales de la transición postmetropolitana.

La metrópolis transformada

A lo largo de los últimos treinta años se han producido importantes cambios en la organización espacial de la metrópolis moderna; estos cambios han inducido modificaciones significativas en las «condiciones urbanas»; la manera en la que las interpretamos conforma la provocativa premisa del tercer discurso. Dentro de este discurso se ha prestado relativamente poca atención a las causas de esta profunda y amplia reorganización del entorno urbano, estas causas son imputadas, implícita o explícitamente, a los procesos de reestructuración discutidos en los dos capítulos precedentes. Lo que se enfatiza aquí son los *resultados geográficos* de los nuevos procesos de urbanización y sus efectos concretos en la vida diaria, la planificación y el diseño del entorno construido, y el irregular modelo de crecimiento económico y desarrollo intraurbano.

El impacto de la globalización y la reestructuración económica han generado una extraordinaria colección de nuevos términos y conceptos para describir la reconfiguración de las especificidades espaciales de la postmetrópolis, desencadenando acalorados debates acerca de la mejor forma de captar las características más importantes de las geografías postmetropolitanas contemporáneas. Más que en cualquier otro discurso, los debates acerca de la reestructuración urbana se han convertido en un enmarañado juego de nomenclaturas con una multiplicidad de términos metafóricos que compiten entre sí por capturar la esencia de lo que es nuevo y diferente en las ciudades de hoy en día. Voy a presentar este discurso a través de una sucesión de cápsulas nominales diferentes si bien relacionadas.

Megaciudades y galaxias metropolitanas

La nueva economía global y la emergente sociedad de la información tienen una nueva forma espacial que se desarrolla en una gran variedad de contextos sociales y geográficos: las megaciudades [...] Son los nodos de la economía global, que concentran las funciones superiores de dirección, producción y administración de todo el planeta [...] Las megaciudades concentran lo mejor y lo peor; desde los actores innovadores y las energías existentes hasta la gente estructuralmente irrelevante, preparadas para vender su irrelevancia o hacer que «los otros» paguen por ella [...] Es esta característica distintiva de estar globalmente conectados y localmente desconectados, física y socialmente, lo que hace de las megaciudades una nueva forma urbana [...] Las megaciudades son constelaciones discontinuas de fragmentos espaciales, piezas funcionales y segmentos sociales. (Castells, 1996: 403, 404, 407)

Megaciudad, la primera entrada en el glosario de neologismos que se usa para describir la transformación espacial de la metrópolis moderna, se refiere tanto al enorme tamaño de la población en las mayores aglomeraciones urbanas del mundo como a la crecientemente discontinua, fragmentada, policéntrica y casi caleidoscópica estructura socio-espacial. Castells describe estas megaciudades globales como conductoras primarias y «constelaciones» del «urbanismo del tercer milenio», mayores en tamaño y más complejas en su estructura socio-espacial que sus predecesoras. De forma teóricamente más modesta aunque con una idéntica descripción del cambio de época, enfocado principalmente hacia la arquitectura ambiental y a la planificación urbanística, Deyan Sudjic usa el término *100 Mile City* [Ciudad de las 100 millas] para denotar su amplia escala y su forma galáctica, concluyendo que «la década de 1980 fue aquella en la que la ciudad industrial finalmente se quitó de encima las últimas trazas de su ser decimonónico y mutó hacia espacios completamente nuevos» (Sudjic, 1992, p. 3). Tanto Castells como Sudjic expresan su profunda preocupación por las negativas repercusiones políticas, sociales y culturales de la formación de la megaciudad, sin embargo, están de acuerdo en que esta nueva forma espacial está aquí para quedarse y que ha de ser cuestionada de forma crítica en sus propios términos si se quiere abordar eficazmente los crecientes problemas asociados a estos espacios urbanos transformados en términos globales.

Una de las principales características de la megaciudad es la dificultad para delinear sus fronteras exteriores y, por ello, para estimar de forma precisa su población. ¿Cuántos centros urbanos se incluyen dentro de la región de la megaciudad? ¿Hasta dónde se extiende la región interior? ¿Hasta dónde llega uno para reconocer el creciente alcance global de la megaciudad? En la mayor parte de las listas de las mayores concentraciones urbanas del mundo, Tokyo-Yokohama aparece en los primeros puestos, con una población de más de 25 millones. Algunas estimaciones para Ciudad de México son ligeramente más altas. Pero si las multicéntricas metrópolis regionales chinas que rodean Shanghai y el delta del Río de las Perlas, son consideradas como regiones-megaciudades o si Tokio-Yokohama se combina con la próxima Osaka-Kobe-Kyoto, cada una podría encabezar la lista con 40 millones o más.

Enumero aquí dos clasificaciones de megaciudades con más de 10 millones de habitantes. La primera está basada en los datos de Naciones Unidas de 1992 citada en Castells (1996: 404) y la segunda nos proporciona las estimaciones de Naciones Unidas para el año 2000. En 1950 sólo una ciudad (Nueva York) sobrepasaba la cifra de 10 millones de habitantes. A principios de la década de 1990, una docena más de ciudades entraron en la lista, sólo Tokio, Los Ángeles y Osaka estaban situadas en los

países industrializados más avanzados. Estimaciones para el año 2000¹ preven la suma de al menos ocho megaciudades más, todas en lo que se ha dado en llamar el Tercer Mundo.

Ciudades de más de diez millones de habitantes

Naciones Unidas 1992		Naciones Unidas estimación 2000	
1.	Tokio	1.	Tokio-Osaka
2.	Sao Paulo	2.	Bombay
3.	Nueva York	3.	Sao Paulo
4.	Ciudad de México	4.	Shangai
5.	Shangai	5.	Nueva York
6.	Bombay	6.	Ciudad de México
7.	Los Ángeles	7.	Beijing
8.	Buenos Aires	8.	Yakarta
9.	Seúl	9.	Lagos
10.	Beijing	10.	Los Ángeles
11.	Río de Janeiro	11.	Calcuta
12.	Calcuta	12.	Tianjin
13.	Osaka	13.	Seúl
		14.	Karachi
		15.	Delhi
		16.	Buenos Aires
		17.	Manila
		18.	Cairo
		19.	Osaka
		20.	Río de Janeiro
		21.	Dhaka

¹ La clasificación para el año 2000 ha salido del Departamento de Información Económica y Social y Análisis de Políticas Públicas de las Naciones Unidas, División de Población, *World Urbanization Prospects: The 1994 Revision*, 1995.

Considerando sólo EEUU, ahora mismo hay al menos cuarenta áreas metropolitanas con más de un millón de habitantes. Las diez mayores, cada una de ellas con una población superior a los tres millones, están, en el siguiente orden:

Nueva York
Los Ángeles
Chicago
San Francisco-Oakland-San José
Filadelfia
Detroit
Boston
Washington
Dallas-Fort Worth
Houston

Con el fin de señalar la creciente importancia de las megaciudades, el censo de 1990 marcó por primera vez en la historia de EEUU que la mayoría de la población nacional vivía en estas regiones metropolitanas de uno o más millones de habitantes. Con pocas excepciones, las áreas de mayor crecimiento fueron los anillos suburbanos que rodean los centros de las ciudades. Muchas de las megaciudades estadounidenses se extienden a lo largo de diferentes estados y tres de ellas (Detroit, San Diego y Búfalo) se extienden más allá de las fronteras nacionales, hasta Canadá y México. Incluso estos traspasos de fronteras subestiman la naturaleza fragmentada y crecientemente policéntrica de la mayoría de estas megaciudades, así como la inadecuación de los criterios convencionales del censo para describir esta complejidad con precisión. Pongamos Los Ángeles como ejemplo. La gran región metropolitana de Los Ángeles se presenta con cinco condados, con una población de más de 15 millones de habitantes. La ciudad de Los Ángeles contiene menos de un tercio de esta población y hay al menos otra docena de ciudades con más de 100.000 residentes, lideradas por Long Beach con cerca de 500.000. También está el condado de Orange, una constelación polimórfica de municipios de los cuales ninguno contiene más de 300.000 personas pero que, tomados en conjunto como región urbanizada, compondrían una «ciudad-condado» de 2,6 millones.

El espacio urbano del condado de Orange no parece encajar bien en ninguna de las categorías estándar del censo, trastocando muchas veces la presentación de datos precisos sobre la población. Hay veces en las que la megaciudad de Los Ángeles se deja fuera de las estadísticas de población

oficiales, mientras que otras se incluye pero no se reconoce como una ciudad compuesta en sí misma.² Es casi como si se hubiera inventado una nueva categoría de ciudad, que no encaja con ninguna de las definiciones convencionales. Existen problemas similares en Bay Area, donde la ciudad más grande es ahora San José en el condado de Santa Clara, en el corazón de Silicon Valley; y también en Dallas-Fort Worth, donde se ha inventado el término *metroplex* para describir esta multicéntrica región urbana; así como en megaciudades más antiguas del Este como Nueva York y Washington DC, donde las regiones suburbanas circundantes se han consolidado como unas protometrópolis peculiares aunque todavía inmersas en la identidad oficial (y en el imaginario urbano) de la ciudad central dominante. Tratar de dar sentido a esta «constelación discontinua de fragmentos espaciales, piezas funcionales y segmentos sociales» nos lleva a formulaciones más atentas a las nuevas formas urbanas que surgen en la postmetrópolis.

Ciudades exteriores, postsuburbia y el fin de la Era de la Metrópolis

En 1976, apareció una pequeña monografía con el título *The Outer City: Geographical Consequences of the Urbanization of the Suburbs*³ [La ciudad periférica. Consecuencias geográficas de la urbanización de los suburbios]. Escrito por Peter O. Muller, este libro consolidó un debate ya en curso en EEUU acerca de la cambiante geografía del urbanismo; e introdujo una serie de términos que continúan dando forma al discurso sobre el espacio urbano postmetropolitano.⁴

² Esta no es una cuestión meramente estadística, ya que esta confusión se interna en problemas referidos a la vida cotidiana de la identificación y la identidad urbana en la megaciudad. Hasta hace poco, con la compra por parte de Disney Corporation de las franquicias locales de hockey y baseball, los equipos locales profesionales en el condado de Orange tenían nombres como «California» o incluso más irritantes para la población local como «Los Ángeles». Fueron los creativos de Disney, los encargados de rendir homenaje a sus vecinos con el cambio de nombre a los Anaheim Angels y los Anaheim Mighty Ducks, en recuerdo de uno de los más grandes y antiguos centros de la ciudad-condado y a la mayor sede de Disneyland. De forma significativa, nadie se ha tomado en serio la posibilidad de dar el nombre de «Orange County» a ningún equipo profesional.

³ Peter O. Muller, *The Outer City: Geographical Consequences of the Urbanization of the Suburbs*, Resource Paper, 5, 7S-2, Washington DC, Association of American Geographers, 1976. Para un resumen de los debates británicos sobre este mismo tema, véase John Herington, *The Outer City*, Londres, Herper and Row, 1984.

⁴ En ese momento, el término que prevaleció a la hora de describir esta cambiante geografía urbana fue el de *counter-urbanization* [contra-urbanización], acuñado por el geógrafo de la Universidad de Chicago, Brian J. L. Berry. Véase Berry, «The Counter-Urbanization Process: Urban America since 1970», en Berry (ed.), *Urbanization and Counter-Urbanization, Urban Affairs Annual Review*, núm. 11, Beverly Hills, Sage Publications, 1976.

Aunque todavía inmerso en los cánones del análisis geográfico urbano tradicional, este trabajo fue uno de los primeros en demostrar, claramente, que había algo muy poco suburbano en lo que le estaba ocurriendo a las áreas suburbanas norteamericanas. Para entonces, suburbia había sido reconocida por escritores académicos y medios de comunicación como un entorno social y cultural muy distinto de las nociones populares y académicas de «la ciudad». Ya no era simplemente una zona de viajes pendulares respecto de la aglomeración urbana, la suburbanización se había convertido en un modo de vida con sus especificidades espaciales, la mayoría de las cuales giran en torno al vehículo privado y al chalet individual. Suburbia fue descrito por sus principales historiadores como el producto de la búsqueda de las «utopías burguesas» (Fishman, 1987) en la «frontera de las malas hierbas»⁵ (Jackson, 1985), el nuevo corazón de la cultura y la ideología norteamericanas. Pero tal y como estos historiadores y geógrafos constataron, suburbia se fue transformando, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, en el desarrollo de una nueva forma, quizás denominada de forma sencilla ciudad exterior [*outer city*]; una forma que surgía de un proceso que implicaba la *urbanización de los suburbios*, ambos conceptos repletos literal y figurativamente de connotaciones oximorónicas. Si los suburbios se estaban convirtiendo en urbes, ¿dónde estamos entonces cuando nos aventuramos fuera de la ciudad?

La urbanización de suburbia y el crecimiento de las ciudades exteriores han generado sus propias líneas de reconceptualización, no sólo para el antiguo entorno suburbano, sino para la metrópolis moderna en su conjunto. En los últimos años, el término *postsuburbia* ha aparecido como cajón de sastre, con el condado de Orange, el cruel centro de la postsuburbia de California (Kling *et al.*, 1991), como su caso más representativo. Hay otras metáforas descriptivas: «la metrópolis invertida», la «ciudad vuelta del revés», «urbanización periférica» y, en un sentido extenso, el término postmetrópolis. Lo que todos estos términos comparten, implícita o explícitamente, es la noción de que *la era de la metrópolis moderna ha terminado*. Me adelanto a decir que esto no significa que la metrópolis moderna haya desaparecido, sólo que su predominio social, cultural, político y económico como forma de organización característica del hábitat humano ya no es lo que era; y que un nuevo hábitat urbano y una nueva forma urbana están surgiendo, no en la forma de una sustitución total pero sí como vanguardia del desarrollo urbano contemporáneo.

⁵ *Crabgrass* en el original, digitaria en castellano, un tipo de planta muchas veces considerada mala hierba. Se refiere aquí a los solares y descampados que marcan el límite urbano de las ciudades. [N. del E.]

En nuestra anterior discusión acerca de la evolución de la configuración urbana en América del Norte (capítulo 4), el periodo que siguió a la Primera Guerra Mundial y que se extendió hasta los años setenta, fue descrito en relación con el auge del fordismo y con los efectos de la gestión del Estado keynesiano sobre la producción en serie, el consumo de masas y el desarrollo urbano. También se puede ver retrospectivamente como la Era de la Metrópolis Moderna, un periodo en el que el espacio metropolitano, con su característica configuración dual de un mundo urbano monocéntrico rodeado por una expansiva periferia suburbana, se consolidó como la fuente y el hábitat dominantes y definitorios de la identidad local de la mayoría de la población nacional. Las tempranas raíces y las trayectorias del espacio metropolitano moderno puede ser trazadas a partir de la reestructuración urbana que se produjo en las tres últimas décadas del siglo XIX, cuando las grandes ciudades comenzaron a sembrar centros industriales satélite y, a su lado, los *streetcar suburbs*,⁶ remodelando lo que había sido el antiguo espacio urbano industrial, más compacto y simple.⁷ Pero fue tan solo en la década de 1920, con el asentamiento de las bases de lo que luego sería descrito como la producción en cadena fordista y el consumo de masas, cuando la región metropolitana comenzó a tomar su forma más representativa, caracterizada por un mundo urbano distinto y cosmopolita concentrado en el corazón de la ciudad, donde las actividades económicas, políticas y culturales más importantes (así como los sinecismos positivos y negativos) estaban más densamente reunidas; y por un mundo suburbano de «clase media» más amplio y culturalmente más homogéneo, fragmentado en términos administrativos y relativamente desarticulado: una metrópolis dibujada de forma selectiva entre los atractivos de la ciudad y los espacios abiertos del campo, una metrópolis que es cada vez más dependiente del vehículo privado que a su vez permite que tanto el campo como la ciudad sean más accesibles, al menos potencialmente.

En el discurso tradicional, la morfología regional del entorno urbano fue considerada generalmente como un producto de la interacción continua entre las fuerzas centrípetas y centrífugas que emanaban de la dominante y productiva «ciudad central». El centro, como casi siempre ha sido en el caso de las ciudades, era el vértice traslúcido de la vida urbana, el nodo definitorio de los diseños concéntricos, radiales o con otros patrones de ordenación

⁶ Zonas residenciales de gran crecimiento y desarrollo a partir de su conexión con el centro de las ciudades mediante tranvía y transporte colectivo a lo largo del siglo XIX. [N. del E.]

⁷ Herington (1984) comienza su primer capítulo, «The City Beyond the City» [La ciudad más allá de la ciudad], con una reveladora cita del escrito de H. G. Wells de 1902 «The country will take upon itself many of the qualities of the city» [el campo asumirá por sí mismo muchas de las características de la ciudad].

urbana y de uso del suelo; de las estimulantes aunque a menudo frustrantes densidades del urbanismo como forma de vida; y de la suma de comunidades residenciales en una esfera urbana cosmopolita y en expansión, definida por los límites oficiales de lo que generalmente se reconoce como *la ciudad*. El centro, cuya existencia se daba por supuesta, se describía con términos como *downtown* (curiosamente nunca como *downcity*)⁸ o Distrito Económico Central [CBD por sus siglas en inglés], punto central de los procesos de concentración y dispersión, de la simultánea y sistemática creación de vida urbana y suburbana.

El fordismo acentuó simultáneamente el centralismo, con la concentración de las bases financieras, gubernamentales y corporativas, en y alrededor de la ciudad central; y esto aceleró la descentralización, en principio a través de la suburbanización de la incipiente clase media, de los empleos industriales y del desparramamiento de las infraestructuras de consumo de masas que se necesitaba para mantener el modo de vida de las zonas residenciales. La literatura en torno al desarrollo de la metrópolis moderna, se ha enfocado, como es lógico, primero hacia la descentralización o la dispersión suburbana, ya que en efecto la centralización se daba por supuesta. Muchos centros metropolitanos no experimentaron un crecimiento significativo durante este periodo y sólo unos pocos desarrollaron las inmensas zonas de industria pesada de producción fordista, a menudo adyacentes al centro. Sin embargo, todas las grandes zonas metropolitanas experimentaron una importante suburbanización cuando el crecimiento por anexión disminuyó y los límites formales de la ciudad central se estabilizaron relativamente.⁹

En los ahora trabajos clásicos de los historiadores urbanos, suburbia se vio en un principio como un producto de la descentralización residencial voluntaria, inicialmente por parte de una élite pudiente, pero muy pronto seguida, cerca del centro de la ciudad, por los suburbios internos de clase obrera y, algo más lejos, por los «pioneros» blancos de clase media que empujaban hacia afuera la «frontera» suburbana, en continuidad con la gran tradición norteamericana de civilizar los asentamientos de frontera. La búsqueda de una vivienda mejor, apoyada por la mejora del transporte público

⁸ El autor señala la diferencia entre *town* que significa pueblo y *city* que significa ciudad por lo que *downtown* sería el centro del pueblo y no el centro de la ciudad. [N. del E]

⁹ El lento crecimiento de la ciudad central ha recibido poca atención en la interpretación del surgimiento de la metrópolis moderna. De todas maneras, ambas definían y acentuaban el crecimiento de suburbia. Si el centro de la ciudad hubiera seguido creciendo a partir de la absorción de los centros urbanos en ciernes situados en sus márgenes, la esfera suburbana oficial habría sido mucho más pequeña y las diferencias estadísticas entre el crecimiento de las poblaciones «urbanas» y «suburbanas» mucho menos pronunciadas.

y promovida por desarrollistas ansiosos, se vio como la gran fuerza conductora detrás de la suburbanización, el resultado final fue un extenso paisaje de chalets y casas privadas, un mundo suburbano culturalmente homogéneo y «consumista» en las afueras del entorno local. Al lado de esta historia, estaba la vieja dicotomía campo/ciudad, ahora reconstituida en la metrópolis moderna alrededor de la división entre paisajes o mundos urbanos o suburbanos, cada uno con su característico «estilo de vida».

El hecho de que estos mundos opuestos estuvieran formados de modo inherente por relaciones de clase, raza y género engendró la primera oleada de lo que hoy es conocido como estudios urbanos críticos. Urbanistas feministas, por ejemplo, vieron en la construcción de la región metropolitana no sólo que su concepción e implementación respondía a la dominación masculina, sino también como una intensificación del poder patriarcal. En particular, se argumentó que las mujeres en tanto «amas de casa» estaban «atrapadas» en el mundo suburbano, sometidas al macho dominante que «trae el pan a casa», sumidas en un trabajo no remunerado de mantenimiento de la casa, con todos aquellos ostensibles electrodomésticos destinados a facilitar el trabajo. Aunque se le prestó una menor atención, el núcleo urbano también se vio como un espacio masculino, un entorno diseñado para controlar, a menudo a través de la violencia, el acceso de las mujeres a las principales posiciones de poder masculino. Se dieron argumentos similares y en ocasiones conectados con aquellos acerca de cómo la organización espacial de la metrópolis moderna, y en particular su división en un mundo urbano y en un mundo suburbano, se conformó a partir de prácticas discriminatorias basadas en la clase, la raza o la etnia, provocando en el normal funcionamiento de la región metropolitana dualizada dos sistemas distintos de producción y reproducción de las desigualdades sociales.

Esta estructura simplificada de la metrópolis moderna continúa dominando el imaginario urbano de los académicos, de los medios de comunicación y del discurso más popular. Cada vez está más claro, sin embargo, no sólo que hoy la región metropolitana ya no encaja en el antiguo modelo, tal y como lo hizo en su momento, sino que vista desde una perspectiva contemporánea, puede que tengan que hacerse importantes modificaciones en las interpretaciones históricas convencionales sobre la Era de la Metrópolis. Por ejemplo, en *Magnetic Los Angeles* (1997) [Los Ángeles magnético], Greg Hise recurre a la nueva economía geopolítica para volver a explorar la relación histórica entre el fordismo y la metrópolis moderna. Comienza por cuestionar la distinción entre urbanización «en la ciudad» y suburbanización «en el campo», en defensa de una alternativa recombinante que ve el desarrollo urbano y de las periferias como un proceso de nucleización disperso o, desde el principio, como un *derecho a construir* la ciudad. Además,

no es tanto la elección de vivienda o residencia lo que dirige este proceso, como la descentralización de la producción industrial y del empleo. Este proceso formativo en ciernes, va acompañado de actos oportunistas por parte de «constructores de comunidades», promotores privados, así como empresas públicas, con el fin de atraer residentes e inversiones en infraestructuras a los incipientes núcleos urbanos. El desarrollo de múltiples núcleos puede justificarse como impulsado por la demanda, pero la demanda real no era tanto de vivienda como de trabajo.

Hise defiende también que los procesos de construcción de la ciudad fueron planificados y diseñados de forma precisa la mayor parte de las veces, y que lo que se denominó expansión descontrolada del espacio suburbano fue, de hecho, en su mayor parte, un desarrollo urbano organizado cuidadosamente y con frecuencia bastante bien diseñado y planeado. La población objetivo de estas ciudades-frontera [*edge cities*] fordistas, tal y como las describe Hise, no fue en un principio una élite blanca y homogénea en busca de enclaves exclusivos, sino una clase trabajadora en busca de mejores empleos. La construcción especulativa llegó a muchas áreas mucho antes que la disponibilidad local de trabajos atractivos, creando verdaderos «suburbios dormitorio», ocupados en su mayoría por blancos, trabajadores de cuello blanco, a menudo apoyados por convenios y regulaciones racialmente restrictivos respecto a la entrada. Pero donde se formaron y crecieron estos núcleos de empleo, la demanda de trabajo fue tal que la mayoría de estas restricciones fueron eliminadas o sorteadas, dando lugar a poblaciones racialmente más mezcladas que las que habitualmente se presumían en las zonas periféricas clásicas.

Hay de esta manera una importante continuidad entre la era metropolitana y la postmetropolitana, así como entre el fordismo y el postfordismo, o entre modernidad y postmodernidad. Pero una vez más la pregunta discursiva gira en torno a si se ha llegado a un cierto tipo de inflexión o umbral en el que el poder de interpretación de estudiar la intensificación de las nuevas formas y funciones supera la revisión de las continuidades que unen el presente con el pasado. Al dar énfasis a lo nuevo, si bien se reconoce la persistencia de tendencias geohistóricas establecidas hace tiempo, se puede defender que durante los últimos treinta años el crecimiento de las ciudades exteriores ha descentrado y centrado, a la vez, el paisaje metropolitano, rompiendo y reconstituyendo el urbanismo monocéntrico predominante que una vez fijó todas las fuerzas, tanto centrífugas como centrípetas, alrededor de un nodo gravitacional singular. La desindustrialización ha vaciado muchas de los grandes núcleos y zonas urbanas industriales del fordismo, mientras que la reindustrialización postfordista ha concentrado las industrias de alta tecnología en nuevos espacios industriales lejos de los viejos centros urbanos. Estos espacios urbanizados, el equivalente urbano a los países recientemente industrializados

[en inglés NICs, o *Newly Industrialized Countries*] en la economía global, no son meros satélites sino que se han convertido en ciudades y nodos gravitacionales por derecho propio. Los más prósperos han engendrado y mantenido los hervideros de consumismo, basados en los centros comerciales, que son el rasgo popular y característico de la ciudad exterior postmetropolitana y postfordista.

Aunque la descentralización de la producción y del empleo industrial comenzó en la última mitad del siglo XIX, fue sólo en el último tercio del siglo XX cuando se invirtió el equilibrio regional de la industrialización en muchas de las áreas postmetropolitanas, ubicándose la mayor parte de la producción y de los trabajos en la periferia en lugar de en los barrios urbanos de la conurbación. Esta inversión de roles en la geografía del urbanismo industrial, es lo que ha llevado a observadores como Sudjic a alegar que la nueva forma urbana señala el momento en el que la ciudad industrial «se quitó finalmente de encima las últimos trazas del siglo XIX».

En un proceso que ya no puede ser descrito simplemente como crecimiento descontrolado, el espacio urbano metropolitano se ha extendido y definido a la vez para cubrir un espacio regional a una escala mucho mayor que nunca antes. Alcanza y conecta con una red de interdependencia que ahora es global en su ámbito, un *hinterland* jerárquico que difumina la diferencia, el carácter matemáticamente discreto de la ciudad y de la antigua región metropolitana, y que diluye el grado en el que el espacio urbano representa la «culminación de la cultura local y territorial» (Chambers, 1990: 53). Si el crecimiento descontrolado de suburbia ya no es lo que solía ser, lo mismo nos vale para el núcleo urbano. En un extraño movimiento de contrapunto, los núcleos urbanos más densos en lugares como Nueva York, se hacen menos densos, mientras que los núcleos de bajo crecimiento prácticamente periféricos en lugares como Los Ángeles, están alcanzando una densidad urbana equiparable a la de Manhattan. Lo que una vez pudo describirse como suburbanización regional en masa, ahora se ha tornado en una *urbanización regional en masa*, virtualmente con todo lo que tradicionalmente se asociaba a «la ciudad» en cualquier parte de la postmetrópolis. En la Era de la Postmetrópolis, es cada vez más difícil «escapar de la ciudad», ya que el estado urbano y el urbanismo como forma de vida se están volviendo virtualmente ubicuos.¹⁰ Como consecuencia de estos cambios, los modos en los que la región metropolitana era dibujada por las relaciones de género, clase y raza, se han vuelto mucho más complejos y opacos.

¹⁰ Si se buscan referencias cinematográficas véanse las recientes películas tituladas, *Escape from New York* [1997: Rescate en Nueva York] y *Escape from Los Angeles* [2013: Rescate en L.A.]. Se pueden señalar muchas otras referencias sobre la ola de películas ilustrativas acerca de la postmetrópolis y el estado urbano contemporáneo, pero en general dejo este enriquecimiento textual al lector.

Las ciudades-frontera y la optimista imagen de las geografías postmetropolitanas

Los estadounidenses están dando lugar a la mayor transformación en los últimos cien años en lo que se refiere a cómo construimos las ciudades. Todas y cada una de las ciudades estadounidenses *están* creciendo según el modo de Los Ángeles, con múltiples núcleos urbanos. Estos nuevos hogares de nuestra civilización —en los que ahora trabajan la mayoría de los estadounidenses metropolitanos y alrededor de los cuales vivimos— no se parecen en manera alguna a nuestros antiguos centros urbanos. Los edificios raramente se elevan hombro con hombro [...] En cambio, sus perfiles anchos y bajos salpican el paisaje como champiñones, separados por césped y aparcamientos.

Joel Garreau, *Edge City*, 1991, p. 3.

Ningún otro libro ha capturado el imaginario simbólico de la postmetrópolis como *Edge City: Life on the New Frontier* (1991) [Ciudades-frontera. La vida en la nueva frontera],¹¹ de Joel Garreau. Un antiguo escritor del *Washington Post* y autor de *The Nine Nations of North America* (1981) [Las nueve naciones de Norte América], un libro que intentó transformar de forma optimista el maquillaje regional del continente de manera muy parecida a como *Edge City* enfoca el urbanismo contemporáneo. Garreau se ha convertido en el flautista de Hamelin de postsuburbia, un gurú para la audiencia nacional de los hombres de negocios, los académicos y también la gente corriente que trata de comprender qué es lo que le ha estado ocurriendo a las ciudades de Norteamérica durante el siglo XX. La visión de Garreau acerca de la reestructuración del espacio urbano no sólo enfatiza la naturaleza crecientemente policéntrica del espacio postmetropolitano sino que gira específicamente en torno a sus puntos de referencia más visibles, el centro comercial y los espacios urbanizados de oficinas, a los que acertadamente denomina ciudades-frontera.

De acuerdo con los criterios de definición que usa Garreau, la ciudad-frontera: (1) tiene medio millón [cinco millones de pies cuadrados] o más de metros cuadrados de espacio de oficinas en alquiler —el lugar de trabajo de la Era de la Información; (2) tiene 55.000 [600.000 piés cuadrados] o más metros cuadrados de espacio para la venta al por menor en alquiler —el equivalente a un centro comercial de tamaño medio; (3) hay más puestos de trabajo que dormitorios; (4) la población percibe la ciudad-frontera como un lugar único; y (5) no era ni parecido a una «ciudad» hace más de

¹¹ *Edge City: Life on the New Frontier*, Nueva York, Doubleday. Véase también el libro de Garreau titulado *The Nine Nations of North America*, Boston, Houghton Mifflin, 1981.

treinta años (1991: 6 y 7). El sur de California tiene el mayor número ciudades frontera actualmente existentes (16) y también «emergentes» (8), seguida muy de cerca por Washington DC (16 y 7) y Nueva York (17 y 4). De acuerdo con *Edge City News*, una carta publicada por Edge City Group Inc. y subtitulada como «Herramientas de la nueva frontera», hay alrededor de 200 ciudades-frontera construidas en EEUU en estos momentos, más de cuatro veces el número de «viejos centros urbanos» de un tamaño comparable. Éstas contienen ahora dos tercios del espacio de oficinas de EEUU, un enorme salto ya que aproximadamente en 1970 era de tan sólo el 25 %. Las estadísticas del número de empleos ubicados en ciudades-frontera frente a los de los centros urbanos muestran también un incremento espectacular.

Garreau clasifica, aunque de manera algo tosca, distintos tipos de ciudades-frontera. Los *uptowns*, o zonas residenciales, se construyen sobre el renacimiento comercial de antiguos nodos ya establecidos como Pasadena (California) o Stamford (Conetiga), y adoptan una gran diversidad de formas y aromas para acomodarse a los espacios urbanos históricos más complejos. Las *boomers* son el tipo clásico de ciudades-frontera, basadas en un centro comercial situado en la intersección de dos autopistas y fijadas al lugar tienen tres formas distintas: el *strip* [tira], el nodo o la *forma de pitón que se acaba de comer un elefante* (*strips* multinodales). La versión de ciudad «verde» conforma «cada vez más el estado de la cuestión, en respuesta al caos percibido en la *boomer*». Está construida en sentido figurado «en la intersección de varias hectáreas de tierras de labranza y con el ego monumental de un promotor». Irvine, en el condado de Orange en California, y recientemente Disney World cerca de Orlando, en el condado de Orange de Florida, son los dos principales ejemplos.

Para Garreau y para muchos de sus interlocutores, la ciudad-frontera se convierte en un puesto fronterizo entre dos épocas. He aquí tan sólo algunos de sus tropos discursivos: «un espacio triunfal», «un vigoroso mundo de pioneros e inmigrantes», «la tercera ola de nuestras vidas que empuja hacia nuevas fronteras», «lugares para hacer fama y fortuna», «anclados por algunas de las tiendas más lujosas del mundo», «crisol del futuro urbano de América», «la forja del estilo de vida americano inserto en el siglo XXI», la liberación «de los grilletes impuestos por la ciudad del siglo XIX», «otro jardín [...] lo mejor de los dos mundos», «el terreno filosófico sobre el que estamos construyendo nuestra sociedad de la era de la información», «el mayor intento que los estadounidenses hayan hecho desde los días de los Padres Fundadores con el fin de crear algo similar al nuevo Edén», «el resultado, una vez más, del esfuerzo de los estadounidenses con el fin de crear una nueva y reparadora síntesis», «la búsqueda de la utopía en el corazón del sueño americano». Creo que cogéis la idea.

Fundamentalmente, Garreau ignora los argumentos explicativos del discurso del urbanismo industrial y rara vez habla de globalización excepto para entonar sus relaciones con la nueva era de la información.¹² Se inventa, en cambio, su propio nexo causal para el surgimiento de las ciudades-frontera, comenzando prometedoramente, con lo que él llama «el empoderamiento de las mujeres». Lo que una vez fue una trampa para las mujeres Garreau ahora le da la vuelta y lo convierte en la liberación de la ciudad-frontera.

Sin duda las ciudades-frontera no existirían, tal y como ahora existen, si no fuera por uno de los mayores cambios demográficos y laborales de la historia estadounidense: «el empoderamiento de las mujeres [...] no es una coincidencia que las ciudades-frontera comenzaran a aflorar por toda la nación en la década de 1970, de forma simultánea al auge de la liberación de la mujer. [...] las ciudades-frontera estaban situadas al lado de los trabajadores mejor educados, más conscientes y estables: las mujeres subempleadas que vivían en las comunidades de clase media en los márgenes de las antiguas áreas urbanas. (Garreau, 1991: 111-12)

En un largo capítulo acerca de Atlanta, Garreau también recita otro desarrollo «revolucionario»: el surgimiento de una nueva clase media negra. Aquí, nuevamente, su fijación por ciertas trayectorias de éxito ciega su visión a los inconvenientes de la transición postmetropolitana.

El auge de las ciudades-frontera contenía una posibilidad de pesadilla para EEUU: en la medida en que tantos empleos se estaban desplazando hacia los márgenes, frecuentemente hacia lo que habían sido suburbios segregados, una raza entera se quedaría atrás, atrapada en el interior de la ciudad, desempleada, más allá del alcance de los medios para crear riqueza. De todas formas, estos miedos no se han visto confirmados, a pesar de la apremiante situación de la clase marginal negra. Está floreciendo una clase media suburbana negra, las estadísticas lo demuestran. Y está surgiendo al mismo tiempo y en los mismos sitios que las ciudades-frontera. (Garreau, 1991: 144)

Utiliza estas estadísticas para argumentar que «el auge de las ciudades-frontera es ante todo una función de clase —no de raza» (1991: 152). «Karl Marx tenía razón», escribe, «son las cuestiones de clase las que controlan [este proceso]» (1991: 165); un argumento causal que suena progresista pero que está inadecuadamente analizado.

¹² La industria en la ciudad-frontera se equipara al espacio comercial y de oficinas. Garreau apenas habla de manufactura, y cuando lo hace (brevemente en el capítulo acerca de Nueva Jersey) alega que «el espacio industrial y de almacenamiento no crea nada urbano. No se desarrolla ningún centro con densidad» (1991, p. 31). El fracaso de Garreau para ver los continuos e importantes enlaces entre urbanización e industrialización (véase el capítulo 6 y la discusión acerca del trabajo de Greg Hise en la sección que le precede) debilita significativamente su conceptualización de las ciudades-frontera.

Los Ángeles ocupa un lugar preponderante en la ciudad-frontera de Garreau y viceversa. Garreau está bien conectado con una red local de periodistas y similares que están creando opinión en los periódicos locales y nacionales mediante imágenes optimistas y de valor experto acerca del paradigmático Los Ángeles y de la vida en la «nueva frontera». Particularmente influyente ha sido el contacto de Christopher B. Leinberger, autor (con Charles Lockwood) de «How Business is Reshaping America» [Cómo los negocios están remodelando América] (*The Atlantic Monthly*, octubre de 1986), un artículo que quizás, más que ningún otro, dirigió la atención pública de la Costa Este hacia Los Ángeles como la vanguardia de las tendencias urbanas en EEUU. La noción de Leinberger de «aldeas urbanas» es muy semejante a la noción de Garreau de las ciudades-frontera. Ambas están llenas de alusiones al original concepto de Ebenezer Howard de la ciudad jardín (e incluso a un mucho más temprano jardín del edén), donde uno puede obtener lo mejor de los dos mundos, la ciudad y el campo, unidos por las posibilidades electrónicas de la nueva era de la información y una visión radicalmente optimista en la que las divisiones de género, raza y clase se desvanecen.

Otro importante contacto local es el de Joel Kotkin, un antiguo compañero en el *Washington Post* y actualmente editor de la sección de opinión de *Los Angeles Times*, viejo socio del Center for the New West en Ontario y de Pepperdine University Institute for Public Policy en Malibú. Kotkin y su colega David Friedman se han convertido en los portavoces de la vanguardia empresarial del nuevo Los Ángeles. A diferencia de Garreau, en sus edulcoradas reconstrucciones de la idea de la ciudad-frontera, prestan una particular atención a la economía geopolítica postfordista reestructurada y a la literatura local y global en torno al urbanismo industrial.¹³ Capturando a menudo la atención de los funcionarios cualificados en lo que se refiere a las decisiones relativas al urbanismo (alcaldes, arquitectos, promotores inmobiliarios) así como del imaginario urbano popular en Los Ángeles, Kotkin en particular ha lanzado una cruzada contra todos los que hablan de los inconvenientes de la metrópolis contemporánea, globalizada, multicultural y postfordista. En calidad de objetivos especiales están aquí incluidos los urbanistas, los geógrafos y los sociólogos críticos de la UCLA que figuran de forma prominente en los dos capítulos anteriores de este libro. Estos

¹³ Véase por ejemplo, el rutilante informe de Kotkin y Friedman, *The Next Act: Southern California's New Economy*, Ontario (Ca.), Center for the New West, 1994. El informe concluye con la siguiente advertencia: «Pero por encima de todo depende de la restauración de la confianza y de la fe pública en las posibilidades de la región a largo plazo [...] los californianos del sur han de darse cuenta —y comunicárselo al mundo— que esta región todavía posee un dinamismo económico, cultural y creativo notable, incomparable a ninguna otra gran región urbana en EEUU» (1994, p. 24).

son vistos por Kotkin como los principales proveedores de la teoría del «declive», de la «negatividad absoluta» y de la «pérdida de confianza», que supuestamente infecta y predispone a las guerras de imagen contemporáneas en torno al futuro de la región. Estas acusaciones ocasionales forman parte y se alimentan de una esfera pública confusa, desesperada por tener buenas noticias y soluciones fáciles en la actual concatenación de crisis que encara la crispada postmetrópolis de Los Ángeles.

Al igual que la interpretación hiperreal de Ronald Reagan acerca de las causas de la estanflación de la década de 1980 («está todo en la mente del observador»), los artífices de esta nueva ola localizan los problemas de la década de 1990 en Los Ángeles (y por implicación paradigmática, en cualquier otro lugar de la Norteamérica urbana) en el estado mental popular, en el pensamiento negativo, en las actitudes erróneas. La realidad está subordinada a la creación de una imagen favorable y a una fe apropiada en el sistema económico, los críticos son recriminados como agoreros destructivos y el futuro depende de conseguir el giro correcto y adecuado. Se han convertido en la última entrega de una larga línea de intermediarios públicos y privados que intentan promover un nuevo Los Ángeles sublimando su oscura geohistoria.¹⁴ Ahora, en prácticamente todas las regiones urbanas, existen periodistas-emprendedores-promotores de este tipo que, muchas veces apoyados por sus afiliaciones a las universidades locales, se ganan la vida promocionando una tranquilizadora imagen, de un optimismo exagerado, acerca de la reestructuración contemporánea de la forma urbana.

La ciudad light y la nostalgia postmetropolitana

La transformación de la metrópolis moderna ha estimulado un subdiscurso propio no tan preocupado con lo que está surgiendo sino con lo que se está perdiendo en esta reestructuración expansiva de la forma urbana. En su más ácida expresión académica, muestra una nostalgia urbana de lo que se ha llamado «ciudad histórica», lo que una vez fue un urbanismo claramente definible que se suponía civilizado, urbano y creativamente rico. Una reciente y excelente representación de este anhelo nostálgico apareció en la sección de opinión de *Los Angeles Times* (22 de diciembre de 1996), escrito por Thomas Bender, un profesor de humanidades de la Universidad de

¹⁴ Para una perspicaz historia de esta tradición de «transformar» tiempo y lugar en Los Ángeles, véase Norman M. Klein, *The History of Forgetting: Los Angeles and the Erasure of Memory*, Londres y Nueva York, Verso, 1997.

Nueva York. Bender añade a nuestro repertorio de términos descriptivos de la postmetrópolis la noción sin sustancia de *City Lite* [ciudad light]. He aquí un surtido de su profunda narrativa histórica.

Según nos acercamos tanto al final del siglo como al del milenio, un siglo de ciudades en EEUU y un milenio de ciudades en Occidente, aquellos de nosotros que amamos la ciudad histórica, nos preguntamos si sobrevivirá a la próxima era de la vida americana [...]

Hoy [...] la ciudad carece de [...] una definición clara. Parece que hay más fronteras dentro de la ciudad que entre la ciudad y el gran paisaje metropolitano [...] vastas áreas sin centro ni fronteras están entrelazadas por conexiones electrónicas invisibles con el Internet global. ¿Cómo una aglomeración así puede ser una ciudad? ¿Puede un asentamiento humano de este tipo enfocar e intensificar la vida humana, tal y como la vida de la ciudad lo hizo en el pasado? [...]

Parece como si nuestra visión de clase media de la ciudad fuera hoy la de una zona de entretenimiento —un lugar para ir de visita, de compras; nada más que vivir en un parque temático [...] Esto se suma al urbanismo light. Esta nueva receta urbana es insidiosa ya que pretende ofertar lo que no es. Semejante cultura de la pseudo-ciudad ofrece escenas de la vida en la ciudad, no la ciudad en sí. La ciudad light es segura, ordenada, simplificada. Pide poco —y da poco [...]

Los defensores de la ciudad light rechazan los regalos de la ciudad histórica: la yuxtaposición de gentes y eventos, el compromiso con y el reconocimiento de lo desconocido, el riesgo de comprender y la excitación de la invención. La ciudad light es un lugar para el entretenimiento fácil [...] Se debe al consumo, no a la creatividad [...]

Durante un milenio, las ciudades han cargado con la historia y mantenido nuestras tradiciones culturales a través de sus universidades, museos y librerías, y de su tejido físico, con sus trazas de sucesión social. «En una ciudad», ha escrito Lewis Mumford, «el tiempo es visible». La complejidad de esta historia, igual que la complejidad social y física de la ciudad en general, nutre el espíritu humano, incluso cuando lo intenta. La vida en la ciudad light no muestra el paso del tiempo, ni de la historia. La ciudad light no tiene edad; es consumida y repuesta. Es cualquier lugar y en cualquier momento, ya no sostiene la cultura ni provee una orientación para sus residentes, ni en el pasado ni en el presente.

Para Bender, la primera parte del siglo XX «marcó el triunfo de la cultura de la ciudad», cuando ciudades como Nueva York eran «motores de prosperidad e incubadoras de creatividad». Después de mediados del siglo, la suburbanización y su «escala de valores que celebraban la privatización de la vida» devoraron el espíritu de urbanidad y socavaron la «obligación

cívica de nutrir una vida común». Sólo la «ciudad real» sobrevivió bajo el brillo, ofreciendo quizás la única esperanza de recuperación de «un sentido del tiempo, del espacio y de la intención cívica».

Esta lectura diferente de la metrópolis contemporánea ofrece un antídoto refrescante al alegre optimismo de los promotores de la ciudad-frontera, aunque aquí también hay una exageración y una hipérbole, basada especialmente en el romanticismo de un pasado urbano que nunca fue tan dicotómico con el presente urbano. Siempre ha habido un profundo reflejo nostálgico recorriendo los estudios urbanos del siglo XX, un anhelo retrospectivo de las presuntas glorias espirituales de la polis «democrática» ateniense, de la antigua Roma, de las grandes ciudades renacentistas de Italia, de la Liga Hanseática de las ciudades medievales y de su famoso lema, *Stadt Luft macht frei* (el aire de la ciudad hace libre), y ahora, parece ser, que de la metrópolis moderna. Cualquiera que sea el énfasis que uno quiera darle a estas cuestiones del pasado, debe ser recubierto por un estudio exhaustivo de la reestructuración contemporánea de la forma urbana.

La simulación del Nuevo Urbanismo

Del discurso contemporáneo acerca de la forma urbana ha surgido también una peculiar combinación postmoderna de nostalgia histórica urbana y postsuburbia actual. Aquí me refiero al creciente movimiento profesional en torno a la construcción de la ciudad que ha sido denominado por los británicos como Neotradicional Town Planning (NTP) [Planificación Urbana Neotradicional], y en EEUU, con una deliberada y ambiciosa vaguedad, como Nuevo Urbanismo. En Gran Bretaña, el movimiento se construyó en un principio por la colaboración entre el príncipe Carlos y el «visionario arquitecto» Leon Krier, quienes soñaron con recrear las ciudades preindustriales en la Europa postindustrial. En EEUU, las principales figuras del Nuevo Urbanismo han sido Andreas Duany y Elizabeth Plater-Zyberk, a la vez matrimonio y equipo, cuyos proyectos, al igual que las formulaciones de Garreau en torno a la ciudad-frontera, están repletas de alusiones históricas a los Padres Fundadores, al «sueño americano» y a las fantasías paradisíacas enraizadas no sólo en la ciudad jardín de Ebenezer Howard sino en espacios y espíritus urbanos aún más antiguos.

El origen del Nuevo Urbanismo en EEUU está situado en Seaside, Florida, un resort de segundas viviendas, una ciudad *revival* diseñada por Duany y Plater-Zyberk. La «casa torre» de inspiración griega de Krier en Seaside simboliza los fuertes lazos transatlánticos y el esfuerzo compartido

para recrear el carácter urbano de la era premoderna a través de lo que ellos llaman «heterogeneidad controlada».¹⁵ Otra flagrante extensión del Nuevo Urbanismo se puede encontrar en Los Ángeles. El proyecto de 500 hectáreas de Playa Vista, situado en una amplia extensión de tierra al norte del aeropuerto internacional de Los Ángeles y rodeando una de las pocas áreas pantanosas que quedan en el sur de California, es uno de los mayores proyectos de desarrollo en la Costa Oeste. En su tiempo propiedad de Howard Hughes y espacio para la construcción del Spruce Goose, el mayor avión jamás construido, ahora es el suelo con la reputación de ser la mayor parcela sin desarrollar en la fábrica urbana de edificación de la ciudad de Los Ángeles.

El controvertido proyecto, inicialmente concebido más de diez años atrás, se ha convertido en el foco de visiones de desarrollo y planificación urbanas en competencia, por parte de una serie de desarrolladores, arquitectos y diseñadores urbanos, asociaciones vecinales y activistas medioambientales, además del ayuntamiento de Los Ángeles y últimamente de DreamWorksSKG, el gigantesco y nuevo conglomerado del entretenimiento, dirigido por Steven Spielberg y que había planeado construir su cuartel central en Playa Vista (con sustanciosas subvenciones por parte de la ciudad de Los Ángeles), hasta su retirada en 1999. Todo lo que existe en el presente es la torre de pisos en la que Howard Hughes tenía su centro de oficinas situada en su flanco este (completado con una nueva salida a la autopista) y unos pocos edificios de oficinas en los acantilados con vistas a los pantanos de Ballona Creek. Pero bajo el plan comprometido actualmente, hay propuestas más de 13.000 unidades residenciales y 566.709 m² para uso comercial, haciendo de Playa Vista, en caso de que se completara, el mayor proyecto de edificación de la historia de Los Ángeles.¹⁶

Concebido por Duany/Plater-Zyberk y sus exponentes locales, los planes del Nuevo Urbanismo para Playa Vista incluyen una pequeña reserva natural, con caminos pedestres y senderos para la observación de las aves, y vivienda asequible compuesta al estilo campestre con motivos de teja roja

¹⁵ Seaside ha sido usada recientemente como plató para *The Truman Show* [El show de Truman], una película en la que el protagonista nace y vive su vida entera dentro de un elaborado set de rodaje para una larga serie de televisión. Hasta prácticamente el final, Truman no sabe que vive en una comunidad simulada en la que su familia, amigos y compañeros de trabajo son realmente actores. El protagonista es Jim Carrey, entre cuyas películas más recientes encontramos *Liar*, *Liar* [Mentiroso compulsivo] y *Dumb and Dumber* [Dos tontos muy tontos].

¹⁶ Playa Vista es quizás el desarrollo más parecido en Los Ángeles a macro proyectos como Battery Park City en Nueva York y Canary Wharf en Londres. Pero, mientras estos proyectos, así como los desarrollos escalonados más humanos en el antiguo puerto de Ámsterdam, sirven primero a las necesidades de una nueva «gentry» basada en el sector financiero (brokers, corredores), en Los Ángeles la industria del entretenimiento es el centro de atracción.

española, diseñados para recapturar ilusiones y alusiones históricas. Es muy agradable de ver en el papel, tanto que un equipo de nuevos urbanistas ha sido contratado recientemente para ayudar a replanear el centro de Los Ángeles como un aldea comunitaria/urbana «vivable», sin duda completada con su propia historia de ficción. Este tipo de historias de ficción son un rasgo común a los proyectos inspirados en el Nuevo Urbanismo. Por ejemplo, el folleto promocional para Montgomery Village a las afueras de Princeton, Nueva Jersey, presenta la siguiente hipersimulación:

Érase una vez una familia holandesa afincada en lo que hoy es el condado de Somerset, Nueva Jersey. Construyeron una pujante granja y según la familia fue prosperando, también lo hizo aquel área. Otras familias se mudaron cerca y los negocios florecieron. A lo largo de los dos siglos siguientes, el área creció para convertirse en lo que es hoy Montgomery Village.¹⁷

El Nuevo Urbanismo es esencialmente una transmutación historicista contemporánea del ideal de la nueva ciudad, unido a referencias nostálgicas a pequeñas ciudades/pueblo del primer EEUU, y rociado sobre los centros urbanos y las ciudades exteriores de hoy en día.¹⁸ Añadidos al cuadro están los populares espacios públicos y la vida pedestre exenta de coches romanizados por Jane Jacobs en su viejo barrio de Greenwich Village, los diseños anti-crimen del «espacio defendible» de Oscar Newman y otros, y el suave ecosocialismo de los viejos Nuevos Pueblos de Ebenezer Howard. Como las ciudades-frontera de Garreau, el NTP y el Nuevo Urbanismo, pueden ser fácilmente descartadas como intervenciones de marketing oportunistas con hipersimulaciones de una utopía urbana para la población de clase media vapuleada por la reestructuración económica, temerosa del crimen y hambrienta de nuevas y mejores imágenes de la vida postmetropolitana. Pero también como las ciudades-frontera, están capturando de forma creciente los imaginarios contemporáneos urbanos, tanto populares como profesionales, influyendo en las prácticas de construcción de la ciudad en casi todas las

¹⁷ Citado en Ruth Slack, «Repent Ye Sinners, Repent», *Planning* (1989, p. 10), y en un trabajo no publicado de Mark Garrett, «Neotraditional Town Planning and the Postmodern», Department of Urban Planning, UCLA, 1994.

¹⁸ Recientemente otro grupo de nuevos urbanistas ha decidido desarrollar un enclave residencial afroamericano de clase media en el South de Los Ángeles. El proyecto propuesto, con sus pequeñas «incubadoras» de negocios y un grupo de pintorescos apartamentos, creó controversia entre los líderes de la comunidad local, quienes estaba a favor de un mayor desarrollo comercial para restaurar las tiendas «quemadas» y los negocios a lo largo de Vermont Avenue, un área severamente afectada por los disturbios de la primavera de 1992 [los *Justice Riots*]. Ésta y otras controversias acerca del Nuevo Urbanismo expresan cuestiones interesantes como qué historia ha de ser recordada y con qué motivo.

postmetrópolis. Debe seguir siendo evaluado de forma crítica para ayudar a preservar algunas de sus posibilidades positivas, ya que en cierto modo el Nuevo Urbanismo representa un futuro mejor, para el entorno postmetropolitano, que muchas de sus alternativas «por defecto».

La exópolis como síntesis

Tratando de tejer las distintas hebras del discurso acerca de la reestructuración de la forma urbana, he decidido entrar al juego de la terminología con mi noción preferida: *exópolis*. He definido y explorado la exópolis dentro de los confines del condado de Orange en el capítulo 8 de *Thirdspace* y no voy a repetir dichas formulaciones aquí, excepto para recuperar la multiplicidad de sentidos del término. El prefijo *exo-* (fuera) es una referencia directa al crecimiento de las ciudades «exteriores» y también sugiere la creciente importancia de las fuerzas exógenas a la hora de conformar el espacio urbano en la época de la globalización. Quizás nunca antes, aparte de por invasión militar, el desarrollo endógeno y el sinecismo localizado hayan sido afectados de forma tan intensa por las obligaciones y oportunidades globales. El prefijo también se puede ver como indicador de una pista del «fin», como en la ex-ciudad, del crecimiento de ciudades sin los tradicionales rasgos urbanitas, tal y como hemos convenido en definirlos en el pasado. Por lo tanto hay implicaciones de un espacio urbano reconstituido de forma significativa, urbanismo y polis/civitas.

También uso el término exópolis para significar una síntesis y una extensión recombinantes, un tanto crítica, de los muchos procesos de oposición y de los argumentos dualizados que han dado forma al discurso general de la forma urbana. La nueva geografía del urbanismo metropolitano es vista, por lo tanto, como el producto tanto de una descentralización como de una recentralización, de la desterritorialización como de la reterritorialización, de la continua expansión y de una intensificada nucleación urbana, de una creciente homogeneidad y heterogeneidad, de integración socio-espacial y desintegración, etc. La composición de la exópolis puede ser descrita metafóricamente como «la ciudad de dentro a fuera», como en la urbanización de los suburbios y en el auge de la ciudad exterior. Pero también representa «la ciudad de fuera a dentro», una globalización de la ciudad central que trae al centro a todas las periferias del mundo, dibujando lo que una vez fue considerado como «otro lugar» ajeno a su propia zona simbólica (por referir la alusiva frase de Iain Chambers). Esto redefine simultáneamente la ciudad exterior y la ciudad central, mientras hace que cada uno de estos términos sea cada vez más difícil de delinear y de cartografiar con claridad o confianza.

En la postmetrópolis reconstituida espacialmente, hay espacio para el optimismo y el pesimismo, la nostalgia y la exuberancia, la desesperación y la esperanza en el futuro. Existen complejas ramificaciones utópicas y distópicas acerca de la justicia social y del desarrollo económico, y acerca de la mejora de las desigualdades étnicas, de clase y de género. Y como nueva forma de espacio para vivir está abierta a una multiplicidad de enfoques interpretativos, que retan cualquier intento de reducir la explicación a causas y consecuencias limitadas. De ahí la necesidad de mantener el ámbito de la interpretación crítica radicalmente abierto a perspectivas muy diferentes, mientras al mismo tiempo son guiados por un proyecto político, por interpretaciones de la postmetrópolis que pueden ayudar en la práctica a conseguir una mayor justicia social y espacial. En continuidad con este proyecto político vuelvo ahora sobre la geografía de Los Ángeles con el fin de ilustrar algunas expresiones más concretas de la reestructuración exopolitana de la forma urbana.

Representar la exópolis en Los Ángeles

El torbellino de la globalización, la reestructuración económica y la urbanización regional masiva en el sur de California ha producido una cartografía de las funciones urbanas cotidianas y de las prácticas espaciales repleta no sólo de polarizaciones sociales de una creciente magnitud (objeto del próximo capítulo), sino también de *polarizaciones espaciales* intensificadas y de una creciente multiplicidad de lo que se ha venido en llamar «desajustes espaciales». El *desequilibrio empleo-vivienda* está recibiendo la mayor atención por parte de los urbanistas, una geografía mal ajustada entre vivienda asequibles y oportunidades de empleo que siempre ha sido parte de la vida urbana pero que ha crecido en una proporción inusual en la caleidoscópica geografía de la exópolis. Más allá de que se trata de una simple cuestión de reducción de la jornada laboral o de ofrecer más viviendas, los desafíos surgidos a partir de esta discordancia espacial alcanzan de forma profunda cuestiones como los planes de transporte, la política industrial, la regulación medioambiental, el gobierno regional, el desarrollo comunitario, el bienestar social, la política urbana y la amplia lucha por la justicia social y espacial. La desequilibrada geografía de empleo y vivienda muestra, así, una reveladora ventana a través de la cual podemos explorar algunos de los puntos más representativos de la geografía reestructurada del Los Ángeles postmetropolitano.

Empezando por el nuevo centro urbano

Treinta años de globalización y reestructuración económica han vuelto a centrar la postmetrópolis de Los Ángeles, así como el imaginario urbano local, alrededor de un centro urbano material y simbólicamente consistente. Sustituyendo el cartel de Hollywood y la playa flanqueada por frondosas palmeras como los iconos de postal más populares, el nuevo perfil del centro urbano simboliza Los Ángeles como nunca antes lo había hecho. Visto desde el aire, los rascacielos, las oficinas del gobierno y los complejos de las corporaciones parecen flotar por encima de las llanuras urbanas que lo rodean, al igual que el volcán Hasan Dagi sobre el antiguo asentamiento de Çatal Hüyük (véase figura 8.1). Pero visto desde abajo, asume un carácter y un aroma diferentes.



Figura 8.1. Vista área del centro urbano de Los Ángeles [fuente: *Los Angeles Times*, foto de Ken Lubas, 21 de febrero de 1998].

A ras de suelo, la competencia territorial los posiciona en la microgeografía del núcleo del centro urbano, creando un ensamblaje de enclaves que materializan y hacen visible todo aquello que ha estado sucediendo en las últimas tres décadas. En relación con el empleo y la vivienda en particular, este enclave en el centro de la ciudad es el lugar de dos llamativas aglomeraciones que representan los extremos de presencia y ausencia. La mitad oeste, formada por el complejo administrativo de la ciudad, del condado y del estado así como las oficinas federales y las torres corporativas del Distrito Central de Negocios y su extensión al sur alrededor del centro de convenciones, es el lugar de mayor densidad de empleos de la postmetrópolis policéntrica. En medio de la lista de enclaves que comprende la mitad este, está Skid Row, en el que cualquier noche puedes encontrar la mayor concentración de personas sin hogar de la región, si no de EEUU. Con cruel ironía, los sin techo, sin buenos trabajos ni vivienda, superan probablemente en número a la población residencial alojada y empleada en el núcleo del centro urbano, y esto a pesar de los esfuerzos públicos coordinados para inducir a los residentes de clase media a vivir en el área y a controlar, si no borrar, Skid Row.

El paisaje de las calles y la vida diaria del centro urbano asume algunos ritmos distintivos como resultado de estas peculiares presencias y ausencias de trabajo y vivienda. Durante cinco días a la semana a lo largo de las horas de trabajo, la población del Westside puede alcanzar más de 100.000 personas contando tanto con turistas y visitantes como con los trabajadores. Por la noche y la mayoría de fines de semana, el Westside se vacía convirtiéndose en un virtual desierto urbano. El público se precipita dentro y fuera del Music Center y del Museo de Arte Contemporáneo sin que aparezca en gran número en las calles o en los espacios públicos. Cuando todo está más callado, normalmente por la noche pero también los domingos por la mañana, los sin techo salen de sus refugios en el Eastside para reocupar el abandonado Westside, al menos en la medida en que les deje la policía local.

Mientras, mas allá del muro de bloques de apartamentos que separan las dos mitades del centro urbano, el Eastside está lleno de bullicio toda la semana, especialmente Broadway, la calle más concurrida y según las estimaciones, la más rentable de la región. Broadway sirve como eje central comercial y cultural del Los Ángeles latino, conecta en el Norte con la vieja Plaza y El Pueblo, el área donde nació la ciudad hace más de 200 años, extendiéndose hacia el sur hasta el Garmet District, donde miles de latinos trabajan en lo que se ha convertido en el núcleo de mayor producción manufacturera de EEUU. De hecho pocos latinos viven en el núcleo del centro urbano, aunque conformen una creciente proporción de los sin techo, especialmente mujeres y niños. Hacia el este, sur y oeste del centro urba-

no, más allá del triángulo de autopistas que define sus fronteras, están los *barrios*,¹⁹ donde al menos un millón de inmigrantes mexicanos y centroamericanos, se han agrupado durante los últimos treinta años en edificios bajos o de mediana altura, que están ahora entre los más superpoblados del país. En el bullicioso Broadway, uno se da cuenta de otra reocupación del lugar más céntrico de la conurbación de Los Ángeles.

También se da una significativa y creciente presencia asiática en el Eastside del centro urbano. Aunque en Skid Row encontramos relativamente pocos asiáticos, éstos compran en Broadway, trabajan y regentan establecimientos en los distritos Garment y Jewelry, y ocupan sus propios enclaves residenciales y comerciales en Chinatown y Little Tokio. El enclave asiático más inusual, en cualquier caso, es Toy Town, una zona de almacén de juguetes y otros bienes de bajo coste que vienen de la China continental, Hong Kong, Taiwan, Tailandia y otros países asiáticos. Situado entre el exclusivo Little Tokio al Norte y Skid Row al Sur, Toy Town tiene sus peculiares ritmos ligados a la microgeografía del empleo y la vivienda. Actúa como amortiguador de la expansión por el Norte de los sin techo hacia Little Tokio, con sus atracciones turísticas, sus hoteles y otros servicios para personas de negocios japonesas. Muchos de los almacenes, por ejemplo, tienen sistemas de riego por goteo a la entrada que solo funcionan por la noche, con el fin de prevenir a los sin techo de encontrar un nicho seco donde dormir. Pero el propósito no es repeler completamente a los sin techo, ya que hay una necesidad de mano de obra barata durante los momentos de máximo trabajo en la carga y descarga. Aquí el desequilibrio empleo-vivienda toma un giro muy diferente.

No hay mejor manera de entrar en la globalizada exópolis de Los Ángeles que darse una vuelta caminando por el archipiélago de enclaves del centro urbano. A pesar de su policéntrica expansión, la región urbana siempre ha tenido aquí su centro y su centralidad continúa manteniéndose como polo de atracción y como nodo de dispersión. Pocos centros urbanos contienen hoy en día tal destilación de contrastes y extremos en un espacio tan pequeño, tanta evidencia de fuerzas centrífugas y centrípetas; la ciudad se vuelve al mismo tiempo de fuera a dentro y de dentro a fuera, el núcleo y la periferia se entrelazan en el mismo espacio y en el mismo tiempo.

¹⁹ En castellano en el original. [N. del E.]

El blues de la ciudad central

Podemos describir la nueva ciudad central dibujando una semicircunferencia que recorra desde East Los Ángeles hacia el sur del centro urbano pasando por Koreatown y el principal *barrio* centroamericano de Pico-Union al Oeste. En su núcleo geográfico y simbólico está South Central Los Ángeles, situado a horcajadas de la antigua zona industrial que en un tiempo se alargaba desde el centro urbano hasta los puertos gemelos de San Pedro y Long Beach. A lo largo de los últimos treinta años, los cierres de plantas y el *white flight*²⁰ han vaciado este área tanto de trabajo industrial como de la población anglo, devastando muchos vecindarios y creando las condiciones para lo que el sociólogo de la Nueva Escuela de Chicago, William Julius Wilson (véase capítulo 9) ha descrito como la «infraclase urbana permanente» que depende de la asistencia social. Wilson sitúa la infraclase ante todo en las comunidades afroamericanas que vadean geográficamente la ciudad central desindustrializada, personificada en Chicago y repetida en muchas otras grandes ciudades del este de EEUU. El problema en estos «nuevos guetos estadounidenses», tal y como les llama Camilo Vergara, no es tanto un desequilibrio de empleo-vivienda como una relativa ausencia de empleos decentes y condiciones de vivienda adecuadas, así como el círculo vicioso que produce la pobreza.²¹ Este proceso de profundo empobrecimiento ha afectado a la comunidad norteamericana de origen africano de Los Ángeles durante los últimos treinta años, creando condiciones que en algunas áreas son significativamente peores que en tiempos de los disturbios de Watts de 1965.²²

²⁰ *White flight*, término acuñado en los años setenta para hacer referencia a un fenómeno de migración interna por el cual las poblaciones de clase media, mayoritariamente blancas, abandonaban ciertos barrios y ciudades ante la supuesta degradación de la calidad de vida en los mismos. [N. del E.]

²¹ Camilo Vergara, *The New American Ghetto*, New Brunswick, Nueva Jersey, Rutgers University Press, 1995. Vergara es un foto-sociólogo cuya fotografía ha trazado la transformación del entorno construido en los guetos de Nueva York, Newark, Detroit, Chicago y Los Ángeles durante los últimos treinta años.

²² El 11 de agosto de 1965 estallaron los disturbios en el distrito residencial de Watts a partir de la detención de Marquette Frye por conducir borracho. El ambiente ya estaba tenso desde hacía semanas por la conciencia de la comunidad negra de los constantes abusos policiales, así como las pobres condiciones de los servicios públicos de la zona. Al ver el comportamiento del oficial con Frye las personas de alrededor salieron en su ayuda tirando piedras y demás objetos, lo que desembocó en cinco días de revueltas con un balance de 34 muertos, 1.032 heridos y más de 3.000 detenidos. [N. del E.]

En términos de las estadísticas de acceso al empleo, Watts estaba en su momento muy bien situado, al lado (aunque muchas veces racialmente excluido) de la mayor concentración de la región en lo que a empleos industriales sindicalizados se refiere. La mayoría de estos empleos de salario alto han desaparecido como consecuencia de la emigración de la mayor parte de la clase trabajadora blanca y también de muchas de las familias norteamericanas de origen africano. Esto ha reformulado el simbólico gueto negro de South Central Los Ángeles en al menos dos formas. Ha bombeado un gran número de los norteamericanos de origen africano más desposeídos y más dependientes socialmente hacia un Skid Row en expansión. Además, las poblaciones latinas no sólo han reemplazado a la clase trabajadora blanca predominante, que ocupaba gran parte del cuadrante sureste del condado de Los Ángeles (para un mayor desarrollo véase capítulo 9), sino que lo han desbordado de tal manera que ahora son mayoría en Watts y en otras comunidades del South Central. Esto ha empujado al núcleo de los norteamericanos de origen africano de Los Ángeles hacia el Oeste, compactando aún más el gueto y empujando a los norteamericanos de origen africano más pobres y más ricos todavía más cerca que antes.²³

Las formulaciones realizadas en el Este sobre las teorías del desajuste espacial y la infraclase urbana dependiente de la asistencia social tienen, así, cierta resonancia en Los Ángeles, pero la geografía metropolitana del empleo y de la vivienda siempre ha sido más compleja y más polinuclear que en las ciudades del Este. Por ejemplo, el desplazamiento hacia el Oeste de la principal área residencial afroamericana ha llevado a la población a acercarse a las mayores concentraciones de empleo del complejo del aeropuerto internacional de Los Ángeles y de los centros de entretenimiento multi-media, en rápido crecimiento, de Santa Mónica y Culver City. Aunque la discriminación laboral por razones raciales es todavía intensa, no se puede argumentar empíricamente que los norteamericanos de origen africano que buscan empleo estén geográficamente aislados respecto de las oportunidades disponibles hasta el punto de que estén separados de las mismas, tal y como ocurre otras áreas postmetropolitanas. Los modelos sencillos de la ciudad central frente a la ciudad exterior en lo que se refiere a los patrones de empleo no funcionan tan bien en Los Ángeles como lo puedan hacer en Chicago.

Haciendo un poco más complejo este cuadro, se ha producido una latinización de la pobreza en Los Ángeles y ha aparecido lo que los estudiosos han venido en llamar, en contraste con la infraclase dependiente de la asistencia social, los *working poor* [trabajadores pobres]. Lejos de la dependencia de la

²³ El condado de Los Ángeles tiene la reputación de tener las municipalidades afroamericanas más rica y más pobre de EEUU.

asistencia social, del desempleo, o de la carencia de vivienda, los *working poor*, en su mayoría inmigrantes y latinos, han crecido gracias a la expansión masiva de los trabajos con salarios bajos o a tiempo parcial, que tradicionalmente habían sido poco atractivos para la mayoría de los trabajadores anglos, chicanos y norteamericanos de origen africano. Mezclados con la infraclase y unidos a otros empresarios inmigrantes, han creado un entorno de supervivencia adaptativa en la nueva ciudad central. Intentando sortear lo mejor posible la «oleada de desigualdad» y de profunda pobreza que ha sido tan característica de la transición postmetropolitana, los *working poor* y demás se han convertido en parte de una vasta y creciente economía informal o sumergida formada por mercadillos, servicios de trueque, venta ambulante, trabajos de un día, distribución de drogas y otras actividades especializadas, tanto legales como ilegales. Y aquí también, en estas grandes aglomeraciones de población de la «ciudad bulliciosa», tal y como Bender las ha llamado, las luchas comunitarias están haciendo surgir nuevas estrategias innovadoras que tienen como propósito conseguir una vida mejor, evocando una nueva variación en el tema del sinecismo, del estímulo de la aglomeración urbana.

La supervivencia de la economía de la nueva ciudad central, a pesar de la profunda pobreza y de la ausencia de una esfera pública suficientemente receptiva, ha producido en el espacio real e imaginado de South Central Los Ángeles un icono postmetropolitano paradigmático de la condición urbana contemporánea. Al mismo tiempo, la personificación de la desesperación y la fuente de energía creativa, en casi todos los aspectos de la cultura popular contemporánea, de los bulliciosos espacios de South Central, así como de los barrios de East LA y Pico-Union, se han convertido en los principales centros de un expansivo discurso público y de un decidido activismo comunitario que tiene el propósito de incrementar el empoderamiento político de la infraclase multicultural y en expansión. Lo que se ha venido desarrollando en esta esfera real e imaginada del «gran» South Central influye así más allá de Los Ángeles. Basta que tan sólo durante un fugaz momento, todo el mundo escuchara la rotunda demanda que emanó de estos espacios en 1992: NO JUSTICE-NO PEACE [sin justicia no hay paz]. Más que en cualquier otro sitio de la postmetrópolis de hoy en día, es aquí donde, recordando sin nostalgia a Lewis Mumford, «el tiempo se vuelve visible» a fin de vigorizar nuevas fuentes de solidaridad y nuevas estrategias en la lucha por la justicia social y espacial.

Para ejemplificar la solidaridad creativa de los *working poor* se puede señalar una serie de coaliciones post 1992 que han usado conscientemente la específica geografía de la postmetrópolis como escenario para luchas políticas renovadas entorno a la justicia *espacial*, especialmente con respecto de las

implicaciones de largo alcance del desequilibrio empleo-vivienda. Aunque comienzan bastante antes de 1992, las luchas comunitarias en torno a la situación de las instalaciones nocivas y a la distribución geográfica de los peligros medioambientales en relación con la localización de las minorías y los pobres ha generado un vigoroso movimiento de *justicia medioambiental* en Los Ángeles. Aliándose cada vez más con otros movimientos, tales como aquellos por un sueldo digno y por un crecimiento sostenible (objeto de discusión más adelante en el capítulo 14), el ahora regionalizado movimiento por la justicia medioambiental es muy consciente de la reestructuración de la geografía postmetropolitana y usa sus inequidades como estrategia de movilización. Desde las infraestructuras nocivas hasta la distribución geográfica de los peores efectos en la salud de la polución del aire, se hace evidente: (a) que las comunidades pobres e inmigrantes los sufren de forma desproporcionada; (b) que estos efectos medioambientales son, hasta cierto punto, contruidos socialmente; y (c) que por lo tanto las condiciones pueden ser modificadas a través de la acción social coordinada.

También hay signos de que el movimiento por la justicia medioambiental está creciendo en dirección a formar una lucha colectiva más amplia por la justicia espacial y lo que se puede llamar democracia regional. Un importante ejemplo que ilustra de forma creativa el poder público potencial que puede surgir de una conciencia geográfica crítica y de nuevas formas de política cultural urbana es el reciente caso judicial en el que se vio envuelta una nueva alianza de los *working poor* llamada Bus Riders Union [sindicato de pasajeros de autobuses] (*Labor/Community Strategy Center vs. Los Angeles Metropolitan Transit Authority*). La Bus Riders Union (BRU) fue creada bajo el liderazgo de Eric Mann y el Labor/Community Strategy Center (LCSC), organización con una amplia base multirracial que surgió de las luchas contra el cierre de fábricas en la década de 1980. La LCSC utilizó su base laboral para tocar una variedad más amplia de cuestiones comunitarias que giraban en torno a la clase, la raza y el género y a cuestiones más generales relativas a la justicia social y espacial.²⁴ A mediados de los años noventa, Mann y la LCSC, a través de la recientemente creada Bus Riders Union, se centraron específicamente en las necesidades de los «usuarios de medios de transporte público», principalmente poblaciones inmigrantes pobres concentradas mayoritariamente en la nueva ciudad central.

²⁴ La publicación que realiza la LCSC, escrita por Mann *et alii*, *LA's Lethal Air: New Strategies for Policy, Organizing, an Action*, 1991, sigue siendo un documento clave en el creciente movimiento por la justicia medioambiental; su análisis comparativo de los salarios de los trabajadores y asistentes sociales ayudó a incitar una de las luchas laborales más efectivas, afectando a comunidades pobres y minoritarias, *Jobs for Janitors* [empleo para las limpiadoras, más tarde *Justice for Janitors* probablemente la principal agrupación sindical de base de EEUU (N. del E.)].

En un juicio contra la Metropolitan Transit Authority, el BRU y su principal abogado, la NAACP Legal Defense Fund, relacionaron la legislación de derechos civiles con la geografía del uso del transporte público en Los Ángeles para argumentar que una parte de la población de los usuarios de autobuses estaban siendo discriminadas por las políticas y por los patrones de inversión del MTA, que claramente favorecían a los usuarios de los suburbios, ricos, blancos y predominantemente de sexo masculino, en el nuevo y caro sistema ferroviario que se estaba construyendo, así como en los servicios de autobuses existentes, donde los estudios mostraban que se subvenccionaba más a los usuarios de autobuses ricos que a los pobres. Certificada como demanda colectiva en nombre de 350 usuarios de autobús, el caso se resolvió a finales de 1996 a través de un decreto de común acuerdo que, si bien todavía se están definiendo los detalles, ha contribuido de forma significativa a forzar un giro espectacular de la atención y los recursos de la MTA de la construcción ferroviaria a la mejora de los servicios de autobús, especialmente de los usuarios del transporte público.²⁵

El impacto de esta victoria provisional es difícil de calibrar, pero en combinación con muchos otros acontecimientos, ha detenido (temporalmente) la construcción multimillonaria del sistema de ferrocarril planeado y ha inducido a una reestructuración de fondos potencialmente masiva para servir ante todo a los pobres, las minorías, los inmigrantes, las mujeres y los usuarios del transporte público de la ciudad central. El BRU se ha comprometido a «luchar contra el racismo, la opresión de clase, el sexismo y la opresión a los inmigrantes», con un ambicioso programa, «*Billions for Buses*» [billones para los autobuses], que puede jugar un papel protagonista en el desarrollo económico de la nueva ciudad central en el futuro. Eric Mann, que nunca ha sido tímido a la hora de proclamar sus victorias, está finalizando un libro titulado *Driving the Bus of History: The LA Bus Riders Union Models a New Theory of Urban Insurgency in the Age of Transnational Capitalism* [Conduciendo el autobús de la historia. Los modelos del sindicato de pasajeros de autobuses de Los Ángeles como nueva teoría de la insurgencia urbana en la era del capitalismo transnacional].

El BRU representa un importante ejemplo de coalición basado en los movimientos que surgen de las específicas intersecciones espaciales de la raza, la clase y el género, y que tiene un efecto social beneficioso en la geografía

²⁵ Eric Mann *et alli*, *A New Vision for Urban Transportation: The Bus Riders Union Makes History at the Intersection of Mass Transit, Civil Rights, and the Environment*, un informe del Labor/Community Strategy Center, 1996. Para obtener otra visión del caso BRU, véase Jeffrey Brown, «Race, Class, Gender and Public Transportation: Lesson from the Bus Riders Union Lawsuit», *Critical Planning*, periódico del Departamento de Planeamiento Urbano de UCLA, núm. 5, 1998, pp. 3-20.

de la postmetrópolis. Visto de manera más ambiciosa, se puede ver como una apertura de las nociones tradicionales sobre los derechos civiles hacia políticas específicamente espaciales que giran en torno a nuevas visiones sobre la ciudadanía democrática y el derecho a la ciudad, los derechos —y responsabilidades— de todos los moradores urbanos a participar de forma efectiva en la producción social de sus espacios urbanos habitados.

La tierra media

Oculto en la opulenta ciudad exterior de la zona oeste, justo al este del complejo aeroportuario LAX, está Lennox, un pequeño terreno residual no incorporado al condado, con una población de 23.000 personas y un área de 2,85 km². Prácticamente el 90 % de la población es latina y más del 60 % ha nacido en el extranjero (al contrario que en el condado de Los Ángeles que está en torno al 40 %). La tasa de desempleo no es particularmente alta pero los ingresos medios están muy por debajo de las áreas que lo rodean, Lennox se ha convertido en un enclave de la ciudad exterior altamente especializado en *working poor* inmigrantes, un gueto de trabajadores de hoteles y restaurantes que sirven muy barato a las ciudades-frontera que Garreau localiza en este área: Marina Del Rey-Culver City, Los Angeles International Airport-El Segundo y el área de South Bay-Torrance-Carson-San Diego Freeway. El problema aquí no está tanto en el desequilibrio entre empleo y vivienda sino en una miserable concentración de lo peor de ambos. Y los problemas se agravan con la glocalización. La reciente devaluación del peso mexicano y el declive general de la economía mexicana, ha tenido un efecto devastador en Lennox, donde gran parte de la población mantiene familias en ambos países. Estas bolsas de pobreza están incrustadas en el expansivo desarrollo de las ciudades exteriores, además de jugar un papel clave en su sostenimiento.

A cincuenta kilómetros al Este encontramos otro ejemplo de lo que Mike Davis, el más negro de los exploradores locales del lado oscuro de la Exópolis, llama «la pesadilla suburbana» que está acurrucada en la «tierra media política», la zona intermedia de los suburbios de vieja y nueva construcción donde se mezclan la ciudad central y la ciudad exterior. Considera en particular a Pomona, una municipalidad de alrededor de 150.000 residentes en el margen este del condado de Los Ángeles, puerta hacia el Inland Empire, nombre dado a la «anticipatoria» ciudad exterior de los condados de San Bernardino y Riverside.

Érase una vez un plácido pueblo que disfrutaba con el dorado brillo de sus huertos. En la década de 1920, fue conocido como la «Reina del cinturón cítrico». En los años cuarenta, sirvió a Hollywood como modelo de hogar para Andy Hardy. En los años cincuenta se convirtió en ciudad dormitorio para miles de «padres de familia» con sus camisas almidonadas. Ahora, el centro urbano está prácticamente abandonado, está rodeado por hectáreas de terrenos baldíos y hogares en ruinas. Su mayor empleador, una corporación aeroespacial, cogió sus cosas y se fue a Tucson. El club 4-H ha sido sustituido por las franquicias locales de los Crips y los Bloods.²⁶ Desde 1970, casi un 1 % de su población ha sido asesinada. Este pueblo es Pomona, la cuarta ciudad más grande de Los Ángeles.

Aunque geográficamente es un suburbio, Pomona muestra ahora las patologías típicas asociadas de las vapuleadas ciudades centrales. La incidencia de la pobreza, por ejemplo, excede a la de Los Ángeles y su tasa de homicidios, en los años malos, se aproxima a la de Detroit. La tasa de miembros de bandas, como porcentaje de la población masculina adolescente, es una de las más altas. Desafortunadamente, Pomona no es única. Al otro lado del país, cientos de antiguos suburbios están atrapados en la misma trayectoria decadente, desde la ciudad jardín hasta las barriadas de descampados. Esta silenciosa crisis domina la tierra media política... EEUU parece estar desintegrando su centro moral tradicional: suburbia.²⁷

En su propia reclasificación de las ciudades-frontera de Garreau, Davis concibe una guerra de clases geográfica entre los «nuevos parias», antiguas ciudades suburbanas como Pomona y aquellas alrededor de Minneapolis, Chicago y Bay Area; y las «predadoras» ciudades-frontera «más allá, en los brazos en espiral de la galaxia metropolitana». Lo que resulta, sostiene, es «un mosaico inestable» de nuevas polarizaciones, una emergente ronda de crisis urbanas, que en California del Sur se expresa en «las crecientes divisiones entre el norte y el sur del condado de Orange, las gradas superior e inferior del valle de San Gabriel, los lados este y oeste del valle de San Fernando o el valle de San Fernando como un todo y sus «suburbios de suburbios» — como Simi Valley y Santa Clarita.

Davis añade a su revisión de la Exópolis desde el lado oscuro, un cuadro casi apocalíptico de devastación medioambiental que surge de la desequilibrada geografía de unos trabajos bien pagados, una vivienda asequible y viajes a los centros de empleo cada vez más cortos y menos dependientes del

²⁶ Los Crips y los Bloods son las dos bandas de adolescentes de norteamericanos de origen africano más importantes de Los Ángeles, principales protagonistas también de una cruenta guerra fratricida. [N. del E.]

²⁷ Mike Davis, «The Suburban Nightmare: While Older Suburbs Experience Many Problems of the Inner City, “Edge Cities” Now Offer a New Escape», *Los Angeles Times*, Opinión, 23 de octubre de 1994.

vehículo privado. Desde su punto de vista, Los Ángeles se ha convertido en una «ciudad caníbal», origen del «ecocidio» que continúa devorando insaciablemente los paisajes naturales y humanos, especialmente en esta zona media. En «How Eden Lost Its Garden» [Cómo el Edén perdió su jardín] Davis hace una lista de los «paisajes perdidos» de Los Ángeles, desde la destrucción de las praderas nativas y las dehesas de robles durante el siglo XIX, hasta la eliminación de las marismas mareales y los matorrales de salvia costeros que todavía quedaban, en una referencia intencionada al proyecto de Playa Vista de los Nuevos Urbanistas.²⁸ Aunque enmarcado por una continuidad histórica, existen indicios claros de que los desarrollos recientes han acelerado estos procesos, añadiendo una potente crítica medioambiental al discurso sobre la reestructuración de la forma urbana, que seguramente seguirá creciendo en un futuro.²⁹

Más allá de las ciudades-frontera

Más allá, en las distantes tierras limítrofes de la megaciudad, el desequilibrio empleo-vivienda asume una nueva forma distintiva. Llevados por el éxito del condado de Orange, del Westside y más recientemente de la zona oeste del Valle de San Fernando, e intensificado por el miedo a la nueva ciudad central, durante las dos últimas décadas ha tenido lugar un anticipatorio e importante *boom* inmobiliario en los márgenes externos de la exópolis de Los Ángeles. En el censo de 1990, más de la mitad de las pequeñas ciudades de rápido crecimiento de EEUU estaban localizadas en esta región. Donde los trabajos eran relativamente abundantes y accesibles, como en Irving y Misión Viejo en el condado de Orange, y un poco después en lugares como Thousand Oaks, Westlake Village, y Simi Valley a ambos lados del límite del condado Los Ángeles-Ventura, se formaron prósperas comunidades de clase media. En otras áreas, donde el crecimiento industrial y el empleo de la ciudad exterior se estancó, ciudades enteras fueron abandonadas, creando una crisis socio-espacial de proporciones increíbles. Dos de estas áreas, Moreno

²⁸ Véase Mike Davis, «Canibal City: Los Angeles and the Destruction of Nature», en R. Ferguson (ed.), *Urban Revisions*, 1994; y «How Eden Lost its Garden: A Political History of the Los Angeles Landscape» en Scott y Soja (eds.), *The City: Los Angeles Urban Theory at the End of the Twentieth Century*, 1996, pp. 160-85. Para otra visión del «Parque temático del Apocalipsis» de Los Ángeles, véase Davis, «Los Angeles Alter the Store: The Dialectic of Ordinary Disaster», *Antipode*, núm. 27, 1995, pp. 221-41.

²⁹ Si se quiere ampliar la información o consultar una compilación de esta crítica medioambiental apocalíptica, véase el trabajo más reciente de Davis, *Ecology of Fear: Los Angeles and the Imagination of Disaster*, Nueva York, Metropolitan Books, Henry Holt, 1998.

Valley al este de Riverside y Palmadle y Lancaster en Antelope Valley en el Desierto Alto al norte del condado de Los Ángeles, merecen especial atención ya que ilustran bien un argumento que subyace y deriva de todos los discursos acerca de la postmetrópolis: que treinta años de reestructuración derivada de la crisis se dirigen actualmente al comienzo de un periodo de crisis generadas por la reestructuración, que no puede ser localizado únicamente en los guetos y barrios de la antigua ciudad central.

En Moreno Valley, situado a unos cien kilómetros al este del centro de Los Ángeles y casi a la misma distancia de Irving, la mezcla empleo-vivienda ha dado lugar a un desequilibrio desastroso. El censo de 1990 señalaba a Moreno Valley como la ciudad con más de 100.000 habitantes de mayor crecimiento del país. Atraídos por la vivienda asequible, acudieron en masa, especialmente familias jóvenes de clase media-baja, en parte también para escapar de los problemas reales e imaginados de la antigua y la nueva ciudad central. La población explotó de 45.000 habitantes en el momento de la incorporación en 1984, hasta casi 120.000 en 1990. Hoy, se la describe como una ciudad de «sólida clase media» con una población en torno a 135.000 personas y con un sueldo medio familiar cercano a 45.000 dólares y una mezcla racial compuesta por un 57 % de población anglo, un 23 % latina, un 13 % norteamericana de origen africano y un 6 % de Asia y las islas del Pacífico. Bajo las apariencias de una confortable vida suburbana, encontramos sin embargo problemas relativos a patologías sociales imprevistas y problemas de desesperación personal tan intensos y perjudiciales como aquellos que aparentemente se habían dejado atrás.

Debido a que el crecimiento del empleo local ha estado muy por debajo de lo que había sido prometido por los optimistas promotores, animados avariciosamente por el desarrollo del adyacente condado de Orange, el viaje hasta el trabajo (así como una tasa de desempleo superior al 12 %) se ha convertido en una carga inusual. Muchos de los trabajadores residentes están obligados a levantarse mucho antes del amanecer para conducir o ser llevados por una flota de furgonetas y autobuses, muchas veces durante más de dos horas, a los lugares de trabajo que tenían antes de mudarse a su asequible vivienda. Sin una amplia base impositiva comercial o industrial, los servicios públicos son pobres, las escuelas están saturadas, las autopistas atascadas y la vida familiar está profundamente estresada mientras los residentes se enfrentan a su situación en una ciudad-frontera del quiero y no puedo.

Publicitada como «Una ciudad de promesas... preparada para el siglo XXI», Moreno Valley prosperó en torno a lo que un observador local comparó con una estafa especulativa basada en el flujo de licencias para promotores. Agravado por el cierre de la cercana base de la fuerza aérea de March y la reducción del flujo de licencias, Moreno Valley ha obtenido recientemente

otros titulares —«Mal momento para un *boom* urbanístico» o «El *boom* urbanístico entra en quiebra»— mientras se desplomaba en una crisis presupuestaria, siendo incapaz de mantener servicios básicos como la policía, los bomberos e incluso los agentes de circulación sin un aumento sustancial en los impuestos locales.³⁰ La apremiante situación de Moreno Valley ha llamado la atención internacional protagonizando titulares en los periódicos del Este y en los programas de noticias de televisión donde los comentarios sobre los residentes felices del valle contrastaban con las historias desmoralizantes de matrimonios rotos, hijos delincuentes, embarazos no deseados y violencia en el hogar; lo que para muchos evidenciaba que el sueño de California se había convertido en pesadilla.

En términos locales, como es típico de estas ciudades periféricas de las ciudades-frontera, se culpó de todos los problemas a una municipalidad incompetente y al fracaso del planeamiento ignorando las dinámicas inherentes a la reestructuración exopolitana y a la necesidad de una coalición regional efectiva de las áreas igualmente afectadas. Ambas perspectivas son bastante reducidas ya que estos enclaves de empobrecimiento «invisible» de la clase media son uno de los rasgos principales de los paisajes postsuburbanos de todo el país, ya sea como parte de la exópolis, ya en los nuevos guetos estadounidenses de clase baja y los *working poor* o en las florecientes tecnópolis y en las exitosas ciudades-frontera. La reestructuración de la forma urbana, en combinación con los movimientos de masas en contra del incremento de los impuestos y por un gobierno más reducido está creando una nueva ronda de crisis fiscales en postsuburbia, que encabeza e incrementa la constelación de gobiernos locales al borde de la bancarrota y más allá, tal y como ocurrió en el condado de Orange en 1994. Pero las crisis que están afectando a las ciudades periféricas respecto de las ciudades-frontera son incluso más profundas y mucho más difíciles de tratar.

La ciudad de las 100 Millas y la noción de polaridad espacial han asumido un nuevo significado en lugares como Moreno Valley, situado a unas 100 millas al este de su antípoda suburbana de Malibú, incorporada también recientemente como municipalidad. Situada a una distancia similar pero en el eje Norte-Sur más que en el Este-Oeste está un nuevo par de polaridades socio-espaciales aún más extremas: la península de Palos Verdes, donde la pequeña urbanización de Rolling Hills, de acceso restringido y con personalidad jurídica, apareció recientemente en la cabeza de la lista de las comunidades más ricas de EEUU de la revista *Worth* (con un ingreso anual medio de más de 300.000 dólares); y Palmadle situado en el Desierto Alto al norte del

³⁰ Véase Tom Gorman, «Moreno Valley: Boom Town Going Bust Turns to Voters», *Los Angeles Times*, 28 de octubre de 1996; y «Bad Times for a Boom Town», *Los Angeles Times*, 12 de enero de 1994.

condado de Los Ángeles. El desarrollo de Palmadle y de todo Antelope Valley ha dado un nuevo empujón al exceso, aún mayor si cabe que en Moreno Valley, ya que esta zona había sido propuesta para albergar un aeropuerto internacional así como un grupo de grandes empresas aeroespaciales asociadas a la base de las fuerzas aéreas Edwards, que es una de las principales estaciones espaciales dentro de la red de la NASA.³¹ En la década de 1980, las colinas continuas y las arenas peinadas de salvia del Antelope Valley, mostradas por David Hockney en la salida de la autopista a la altura de Palmadle en uno de sus más conocidos foto-collages (véase figura 8.2), se cubrieron de un mar de casas, de estuco melocotón y beige y tejas rojas, que se vendían a precios de ganga, al menos en comparación con la ciudad, situada muy lejos, al sur.



Figura 8.2. David Hockney, Pearblossom Highway, 11-18 de abril de 1986, segunda versión, collage fotográfico; © David Hockney [fuente: Museo de J. Paul Getty, Los Ángeles].

³¹ El área también contiene las ruinas apenas visibles de Llano del Río, la comunidad socialista utópica fundada en las primeras décadas del siglo y alabada por Mike Davis en la introducción a su *City of Quartz* [ed. cast.: *Ciudad de cuarzo*, Madrid, Lengua de Trapo, 2003].

Con el final de la Guerra Fría, y el fuerte declive de la industria aeroespacial de la región, así como con la subsiguiente crisis inmobiliaria y la recesión económica de principios de 1990, el emergente Antelope Valley se convirtió en la imagen de lo que un reportero llamó la «implosión de la clase media». En un par de artículos ricamente detallados, la reportera de *Los Angeles Times*, Sonia Nazario pintó un agonizante cuadro de sueños truncados, la revelación de lo que ella describió como una nueva «lucha de clases».³² Incluso más que en Moreno Valley, los recorridos excesivamente largos al trabajo estaban provocando efectos patológicos en la vida familiar y en la salud personal. A mediados de 1990, prácticamente el 40 % de los viajes al trabajo en Palmadale y el 30 % en todo el Antelope Valley eran de dos horas o más, comparado con el 15-17 % en los condados de Los Ángeles, Ventura y Orange, el 25 % en los condados de Riverside y San Bernardino, y el 6 % en todo EEUU. Muchos trabajadores pasan más de cinco horas al día en sus coches y a menudo dejan a los niños pequeños más de doce horas en centros de día que abren antes del amanecer. Las tasas de suicidio son inusualmente altas en la parte alta de Palmadale y cerca de Lancaster; la oficina local del sheriff muestra que los arrestos por violencia doméstica están por encima de cualquiera de las otras 16 comisarías y que hay mas expedientes de abusos a menores que en cualquier otro lugar de California. El centro psicológico de Antelope Valley que está especializado en violencia doméstica tiene fama de ser el más grande de EEUU. El número de crímenes juveniles violentos y por pertenencia a bandas se ha incrementado precipitadamente y algunos centros comerciales han prohibido la entrada a nadie que lleve gorras de baseball al revés o hacia un lado. En periodos recientes, han sido arrestados más de cien adolescentes al día por absentismo escolar.

Con la caída en picado del valor del suelo, las tasas de ejecución hipotecaria (alrededor de un 10 %) están ahora entre las más altas del país, y muchas de las casas vacías están empezando a ser habitadas por los okupas de la infraclase de la ciudad central. Se trata de otro ejemplo de la metrópolis invertida. En los últimos años, nos informa Nazario, han sido transferidos 25.000 casos de asistencia pública de la ciudad de Los Ángeles a Antelope Valley. También afirma que cerca del 50 % de aquellos que reciben asistencia pública son blancos, 32 % son latinos, 17 % norteamericanos de origen africano y 2 % asiáticos. Se han montado talleres clandestinos en la zona y los «fumaderos de crack» han sido asaltados por los arietes de la policía. Algunos todavía mantienen sus sueños de clase media en medio de esta implosión. «Aquí estamos verdaderamente contentos», dice un residente, un oficial del departamento de policía de

³² Sonia Nazario, «Suburban Dreams Hit Radblock», *Los Angeles Times*, 23 de junio de 1996; y «Class Struggle Unfolds in Antelope Valley Tracts», *Los Angeles Times*, 24 de junio de 1996.

Los Ángeles, pero la mayoría estaría de acuerdo con la conclusión del sacerdote luterano local: «Este tipo de vida es destructivo». Algunos analistas académicos pueden defender que estas condiciones son tan sólo daños temporales, pero temporales o no, la realidad a día de hoy de Antelope Valley destaca como uno de los resultados más oscuros de la reestructuración exopolitana.

9. La ciudad fractal.

Metropolaridades y el mosaico social reestructurado

Textos representativos

- *The Ethnic Quilt: Population Diversity in Southern California* [El mosaico étnico. La diversidad de la población en el Sur de California] (Allen y Turner, 1997).
- *The Widening Divide: Income Inequality and Poverty in Los Angeles* [La ampliación de la bifurcación. Desigualdad de renta y pobreza en Los Ángeles] (UCLA Research Group on the Los Angeles Economy, 1989).
- *Ethnic Los Angeles* [Los Ángeles étnico] (Waldinger y Borzgmehr eds., 1996).
- *The New Asian Immigration in Los Angeles and Global Restructuring* [La nueva inmigración asiática en Los Ángeles y la reestructuración global] (Ong, Bonacich y Cheng eds. 1994).
- *Caught in the Middle: Korean Merchants in Multiethnic America* [Cogidos en el medio. Comerciantes coreanos en el Estados Unidos multiétnico] (Min, 1996).
- *Politics in Black and White: Race and Power in Los Angeles* [Política en blanco y negro. Raza y poder en Los Ángeles] (Soneshein, 1993).
- *Irangenes: Iranians in Los Angeles* [Irángeles. Iraníes en Los Ángeles] (Kelly, Friedlander y Colby eds., 1993).
- *The Politics of Diversity: Immigration, Resistance, and Change in Monterey Park, California* [La política de la diversidad. Inmigración, resistencia y cambio en Monterey Park] (Horton, 1995).
- *Multiethnic Coalition Building in Los Angeles* [La construcción de la coalición multiétnica en Los Ángeles] (Yu y Chang eds., 1995).
- *Los Angeles – Struggles Toward Multiethnic Community: Asian American, African American, and Latino Perspectives* [Los Ángeles. Las luchas por la comunidad multiétnica: perspectivas asiáticoamericanas, afroamericanas y latinas] (Chang and Leon eds., 1993).
- *Separate Societies: Poverty and Inequality in U.S. Cities* [Sociedades separadas. Pobreza y desigualdad en las ciudades estadounidenses] (Goldsmith y Blakely, 1992).

- *American Apartheid: Segregation and the Making of the Underclass* [El apartheid estadounidense. La segregación y la formación de la infraclase] (Wilson, 1987).
- *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass and the Public Policy* [Los verdaderamente desfavorecidos. La ciudad central, la infraclase y las políticas públicas] (Wilson, 1987).
- *The Urban Underclass* [La infraclase urbana] (Jencks and Peterson eds, 1991).
- *The Homeless* [Los sin techo] (Jencks, 1994).
- *When Work Disappears: The World of the New Urban Poor* [Cuando el trabajo desaparece. El mundo de los nuevos pobres urbanos] (Wilson, 1996).
- *Immigration and Ethnicity: The Integrations of America's Newest Arrivals* [Inmigración y etnicidad. La integración de los recién llegados a Estados Unidos] (Edmonston y Passel eds., 1994).
- *White Racism: The Basics* [Racismo blanco. Lo esencial], (Feagin y Hernán, 1994).
- *Black Wealth/White Wealth* [Riqueza negra / Riqueza blanca] (Oliver y Shapiro, 1995).
- *Friends or Strangers? The Impact of Immigrants on the U.S. Economy* [¿Amigos o extranjeros? El impacto de los inmigrantes en la economía de Estados Unidos] (Borjas, 1990).
- *Race, Ethnicity, and Entrepreneurship in Urban America* [Raza, etnicidad y empresarialismo en el Estados Unidos urbano] (Light and Rosenstein eds, 1995).
- *The New Urban Reality* [La nueva realidad urbana] (Peterson ed., 1985).
- *Immigrant America* [La América inmigrante] (Portes y Roubbaut, 1990).
- *Dual City: Restructuring New York* [La ciudad dual. La reestructuración de Nueva York] (Mollenkopf y Castells eds., 1991).
- *Still the Promised City? New Immigrants and African Americans in Postindustrial New York* [¿Todavía la ciudad prometida? Nuevos inmigrantes y afroamericanos en el Nueva York postindustrial] (Waldinger, 1996).

Entretejido con la confusa *espacialidad* de la exópolis postfordista globalizada encontramos una *socialidad* recompuesta igualmente fluida, fragmentada, descentralizada y reorganizada en complejos patrones que tan sólo ahora se ha empezado a reconocer, comprender y estudiar de forma efectiva. Pese a que permanezcan algunas constantes significativas y muchas de ellas no puedan ser ignoradas, el orden social urbano contemporáneo no puede seguir siendo definido efectivamente a partir de este tipo de modelos familiares y convencionales de estratificación social y de división en clases, como el de la ciudad dual de la burguesía y el proletariado; la ciudad jerárquica netamente estratificada en ricos, clase media y pobres; o la ciudad dividida racialmente de las «dos Américas», de negros frente a blancos, que fue descrita tras las secuelas de las insurrecciones urbanas en la década de 1960.

Estas viejas polaridades no han desaparecido, pero una geometría social mucho más polimórfica y fracturada ha ido tomando forma a partir de la reestructuración de largo alcance de las fronteras sociales y de las lógicas categóricas de la clase, la renta, la ocupación, la profesión, la raza, la etnia y el género que caracterizaron las metrópolis modernas hasta principios de la década de 1970.

Ha surgido así un discurso distinto que trata de describir y de interpretar este *mosaico social reestructurado* y sus complejos patrones de lo que yo voy a denominar *metropolaridades*, los múltiples ejes de poder y estatus diferenciales que producen y mantienen la desigualdad socio-económica. Su principal hincapié temático ha sido lacónicamente capturado en los títulos de los textos más representativos: el nuevo tejido étnico, la creciente división, desigualdad de renta y pobreza, raza y poder, los verdaderamente desfavorecidos, riqueza negra / riqueza blanca, la infraclase urbana, el apartheid norteamericano, las sociedades separadas, inmigración y etnicidad, la América inmigrante, la nueva realidad urbana. De forma subyacente a estos temas indicativos se encuentra uno de los más importantes y desafiantes descubrimientos que hayan surgido de todos los discursos acerca de la post-metrópolis: de modo inherente a los nuevos procesos de urbanización se ha dado una intensificación de las desigualdades socio-económicas. Una forma apropiada para comenzar una discusión sobre el cuarto discurso es la de realizar una enérgica reafirmación de esta profunda e inquietante conclusión, además de revisar los debates teóricos, empíricos y políticos que se han desarrollado a su alrededor.

La fábrica de la desigualdad en la postmetrópolis

Estados Unidos tiene la mayor diferencia entre riqueza y pobreza en el mundo desarrollado y el ratio es mayor en Nueva York y Los Ángeles, comparable a Karachi, Bombay y Ciudad de México.¹

Esta contundente observación, extraída de un informe de las Naciones Unidas, apareció en *Los Angeles Times* en mayo de 1992, justo después de las «Revueltas por la Justicia» que siguieron al veredicto original de Rodney King. El informe de Naciones Unidas exponía que las revueltas de 1992 eran

¹ Robin Wright, «Riots Called Symptom of Worldwide Urban Trend», *Los Angeles Times*, 25 de mayo de 1992. No había una mención específica acerca de a qué informe de Naciones Unidas se refiere.

parte de «una revolución urbana que estaba teniendo lugar en los seis continentes habitados, y que surgía por condiciones muy similares a las de Los Ángeles: crimen, tensión racial y étnica, tragedia económica, vastas disparidades de riqueza, recortes en los servicios sociales e infraestructuras deterioradas». El informe continuaba con la predicción de que «la pobreza urbana se convertirá en el problema más significativo y políticamente más explosivo del próximo siglo». Merece la pena remarcar no sólo la globalidad de esta asociación entre tensiones sociales y una pobreza cada vez más profunda, tensiones raciales y étnicas y crecientes desigualdades de riqueza, sino también la base explícita de este problema explosivo en un contexto específicamente urbano, en las particulares condiciones contemporáneas de los espacios urbanos que caracterizan lo urbano como la forma de vida de cualquier lugar del mundo habitado. Es incluso más pertinente para nuestra presente discusión la identificación de Los Ángeles y Nueva York, las primeras regiones postmetropolitanas de Estados Unidos, como los casos extremos de polarización de la riqueza y la pobreza en los países industriales avanzados.²

Prácticamente cada día se acumulan nuevas evidencias que refuerzan la conclusión de que la desigualdad socio-económica y la polarización de la sociedad estadounidense se han incrementado a lo largo de los últimos treinta años. Un informe reciente de la Fundación Milton S. Eisenhower, realizado en 1998, treinta años después de que la reconocida Comisión Kerner enviara sus conclusiones acerca de que los Estados Unidos estaban «moviéndose hacia una situación de dos sociedades, una negra, una blanca —separadas y desiguales—», no sólo argumentaba que la división racial persistía sino que se estaba ampliando su espectro para incluir a las nuevas poblaciones inmigrantes y que cada vez se estaba haciendo más *urbana* en sus formas de expresión. Entre 1968 y 1998, la proporción de la población estadounidense que vivía en la pobreza creció de un 12,5 a un 14 %. Casi un tercio de todas las familias latinas y afroamericanas viven ahora por debajo

² El repentino aumento de la desigualdad ha sido bastante menos pronunciado en Europa, donde Estados de bienestar fuertes continúan comprometidos de forma central con las crecientes diferencias de renta y los problemas de los pobres. En Europa, los temas políticos clave en relación con la prosperidad económica giran más en torno a los problemas de desempleo, ya que las economías europeas nacionales y regionales han sido incapaces de copiar la extraordinaria capacidad de Estados Unidos de generar empleos. Esto ha creado no sólo un mayor contraste entre Europa y América del Norte, sino también una potencial complementariedad, en la cual el lado oeste de la divisoria del Atlántico Norte puede aprender acerca de cómo manejarse de forma eficaz con la pobreza y la desigualdad del lado este, mientras Europa, a cambio, aprende cómo estimular la generación de empleo y reducir el desempleo. Esta complementariedad potencial de conocimientos políticos y experiencias, a pesar de los muchos problemas de ambos lados, puede ser uno de los terrenos más interesantes de aprendizaje internacional en el siglo XXI.

del umbral de la pobreza, tres veces la tasa de los blancos no latinos. Igualmente los ingresos medios de estas familias son alrededor del 55 % de los ingresos de sus homólogos blancos no latinos. Y mientras treinta años atrás tan sólo la mitad de los pobres vivían en las áreas metropolitanas, hoy son un 77 % con un notable incremento del 50 %.³ Otros estudios han mostrado que a principios de 1990, un «afortunado quinto» de los estadounidenses llevaron a casa más dinero que los otros cuatro quintos juntos, la mayor proporción en la historia desde la postguerra. Además, en lo que se refiere a la fiscalidad, la proporción de ingresos dados a caridad, las tasas de participación política local y la elección del entorno residencial, un gran parte de ese «quinto afortunado» parece estar separándose de la vida cívica y de sus responsabilidades públicas, creando nuevos tipos de enclaves postmetropolitanos privatizados y nuevos medios para reforzar y asegurar su aislamiento.⁴

¿Qué ha provocado este repentino aumento de las desigualdades espaciales y socio-económicas? ¿Por qué parece estar concentrado especialmente en Estados Unidos? Más específicamente, ¿por qué ha estado tan estrechamente ligado a la transición postmetropolitana y por qué alcanza su mayor intensidad en Los Ángeles y Nueva York? Tratemos de desenmarañar algunas de las formas en las que han sido abordadas estas cuestiones.

La normalización de la desigualdad: los extremos a ambos lados

La desigualdad social, en tanto problema moral y objetivo de intervención de las políticas públicas, ha sido un tema central en todas las democracias liberales, y en la ciencia social y la filosofía liberal durante al menos los últimos dos siglos. Por consiguiente, uno podría esperar que las evidencias acumuladas de una pobreza cada vez más profunda y de un resurgimiento de la desigualdad a lo largo de los últimos treinta años habrían generado un resurgimiento equivalente del interés y la atención por cuestionar este tema, y por intentar explicar, en particular, por qué la desigualdad se ha intensificado debido a estos nuevos procesos de urbanización, especialmente en Estados Unidos. En cierto sentido es lo que ha ocurrido, estos debates conforman el núcleo de este cuarto discurso. Pero al mismo tiempo, la magnitud y el significado de este reciente aumento de la desigualdad y de su implantación en los procesos de reestructuración urbana se ha visto oscurecido, tanto

³ En Alissa J. Rubin, «Racial Divide Widens, Study Says», *Los Angeles Times*, 1 de marzo de 1998.

⁴ Rober Reich, «Secession of the Successful», *New York Times Magazine*, 27 de enero de 1991. Para una elaboración más detallada de esta argumentación, véase Robert Reich, *The Work of Nations: Preparing Ourselves for 21st-Century Capitalism*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1991.

en la arena pública como en la académica, por lo que se puede describir como la reactivación de un contra-discurso, que de forma pertinaz, normaliza la desigualdad social y la representa como una parte intrínseca a todas las sociedades capitalistas contemporáneas.

Las versiones, tanto de derechas como de izquierdas, acerca de este contradiscurso son identificables y están curiosamente unidas alrededor de una creencia compartida de que el capitalismo, por su naturaleza, produce y reproduce permanentemente desigualdades de riqueza y de poder como parte de su funcionamiento interno, es más, como uno de sus principales motores de desarrollo socio-económico. Lo que vemos hoy en día, desde esta perspectiva esencialmente histórica si no historicista, es por lo tanto más de lo mismo, otra apresurada ronda de «destrucción creativa» y/o reestructuración generada por crisis no muy diferente a otros periodos de angustia similares en el pasado. Hay muy poco de nuevo y diferente, excepto quizás una inusual aceleración de los procesos de cambio, lo que David Harvey (1989) ha llamado «compresión espacio-temporal», ligada principalmente a las nuevas tecnologías de la era de la información. El mayor contraste entre estas dos posiciones es que la derecha tradicional tiende a ver la creciente desigualdad como una compañía temporal y probablemente necesaria (o inasumible en sus costes) de la recuperación, la innovación y el crecimiento económico; mientras que la izquierda más ortodoxa, la ve como un vil reflejo (y una compañía permanente) de las profundas fuerzas estructurales que siempre han sido intrínsecas a la sociedad de clases capitalista.

En ambos casos, puede haber una aceptación tácita de la necesidad de intervenir y de cuestionar los problemas que surgen de las crecientes disparidades socio-económicas, pero detrás de este altruismo democrático está la convicción, muchas veces pertinaz, de que «esto es como es —y no se puede hacer nada al respecto». Para los puristas de la derecha y de forma creciente del centro neoliberal, tan sólo hay una solución fiable, la continua confianza en los poderes mágicos del libre mercado y sus presuntos efectos sobre los precios. Los puristas de la izquierda también tienen una única solución fiable, la insurgencia dirigida a la revolución social. Ambas posiciones, tienen su atractivo y pueden ser apuntaladas por abundantes argumentos y evidencias históricas. Pero su efecto combinado es el de desviar la atención inmediata sobre los esfuerzos concertados en aliviar los explosivos problemas asociados al incremento de las desigualdades y el de reducir el significado político e interpretativo del extraordinario aumento de la desigualdad en la actualidad.⁵

⁵ Una confusión mayor del problema acerca de lo que se ha de hacer en relación con el incremento de las desigualdades sociales y económicas viene del hecho de que los datos empíricos respecto a los modelos de renta, tasas de desempleo y pobreza en el hogar pueden ser

Si bien planean en el fondo de este cuarto discurso, quizás al comprobar sus excesos y fijaciones en el presente, deben ser dejados a un lado para avanzar en la discusión.

Variaciones en torno a la cuestión de la causalidad intrínseca

Quizás la explicación más simple y más ampliamente adoptada del aumento de la desigualdad a lo largo de los últimos treinta años se basa en la lógica de que mientras que habitualmente asumimos implícitamente un cierto grado de constancia o de inevitabilidad de la desigualdades sociales, se asigna la causa del reciente aumento de la desigualdad a lo que genéricamente se ha venido definiendo como procesos de reestructuración, tales como la globalización, el aumento de las nuevas tecnologías de la información y la transición a una sociedad postindustrial o postfordista. Pueden ser identificadas las tres variantes de este enfoque, la primera es la más superficial, directa y popular en la arena pública. Desde este primer punto de vista, los ricos se han hecho más ricos a lo largo de los últimos treinta años principalmente debido a las estrategias, nuevas y tradicionales, conectadas con la innovación tecnológica, la reorganización corporativa, la desregulación gubernamental y la localización geográfica. Hay hoy más millonarios en Estados Unidos porque un número mayor de empresarios ha sido capaz de obtener un beneficio significativo de los procesos de reestructuración globales, nacionales, regionales y locales. No hay en ello nada sorprendente, a partir de las viejas aglomeraciones de riqueza, las mayores concentraciones de personas muy ricas, residen en las ciudades globales más grandes y de mayor expansión. Aquí son capaces de maximizar la utilidad con el fin de beneficiarse de los nuevos procesos de urbanización; y a través de elecciones de localización más libres y «reflexivas», escapan de la mayor parte de los efectos negativos generados por la transición metropolitana en enclaves residenciales protegidos y en redes financieras y de inversión globalizadas que se extienden a partir de sus bases multilocales.

En el otro lado de este abismo cada vez más amplio se ha producido una afluencia masiva de inmigrantes pobres que proporcionan trabajo barato y organizado de forma flexible, y que también está decididamente concentrada en Nueva York, Los Ángeles y otras grandes regiones metropolitanas.

manipulados para ocultar el resurgimiento contemporáneo de la desigualdad, especialmente en un momento donde es más difícil que nunca distinguir entre lo real y lo imaginario o entre la ficción y los hechos. Véase capítulo 11 para una discusión en profundidad en torno a esta confusión contemporánea entre lo real y lo imaginario.

Los inmigrantes pobres no sólo reducen, por mera supervivencia, la media de los niveles de ingresos en un 10 % sino que son vistos como los que empujan a la baja los niveles de ingresos de los nativos pobres al aceptar los trabajos con sueldos más bajos y al absorber una parte significativa de los reducidos recursos destinados a gastos sociales. Esta perspectiva intrínsecamente conservadora explica así las crecientes desigualdades como un producto estadístico, no como un mecanismo, del éxito del *empresarialismo* añadido al aumento de la *inmigración* desde países pobres. A medida que crecen ambos polos, la clase media se reduce proporcionalmente en tamaño, dando la apariencia de declive, si no de una verdadera restricción de las rentas. Dada la lógica simplicidad y la popularidad de esta explicación del creciente abismo social, es fácil entender por qué tantos estadounidenses, desde los nativos pobres de nacimiento a las clases medias e incluso el «quinto afortunado», culpan a la inmigración masiva y a los nuevos inmigrantes de todos los problemas económicos a los que hacen frente. Muchas veces disfrazados bajo engañosos argumentos de superpoblación —demasiadas personas para pocos recursos— ha crecido un movimiento antimigratorio, también en el discurso académico y en el ámbito de las políticas públicas, especialmente como respuesta a las crecientes tensiones étnicas y raciales que han sido tan evidentes en Los Ángeles, en Nueva York y en otras grandes regiones urbanas durante la década de 1990.⁶

También hay perspectivas mucho menos conservadoras que igualmente atribuyen carácter causal al funcionamiento económico corriente, modificado sólo por cierta intensificación asociada a la reestructuración económica global. Una explicación particularmente incisiva y específicamente urbana de la generación y de la persistencia de las desigualdades en la ciudad capitalista se puede derivar de las formulaciones liberales de David Harvey en *Social Justice and the City* (1973) [ed. cast.: *Urbanismo y desigualdad social*,

⁶ Véase, en tanto ejemplo reciente, un editorial publicado en *Los Angeles Times*, sobre los acontecimientos de marzo (15 de marzo de 1998) escrito por Ben Zuckerman, astrónomo y miembro del Institute of the Environment de la UCLA. Bajo el título «Cut Immigration, Save the Environment» [Frenar la inmigración, salvar el medioambiente], el autor urge al Sierra Club a unirse a la Wilderness Society y a algunos otros grupos medioambientales para declarar públicamente «que la sostenibilidad ecológica requiere de tasas de inmigración menores» y para trabajar juntos para cambiar las actuales leyes migratorias. Culpando a los «medios liberales» y a «políticos medioambientales» como el vicepresidente Al Gore, y pasando de puntillas por el mencionado tema de la «desigualdad», Zuckerman apela a «una política efectiva que estabilice la población estadounidense». «Mientras que los individuos merecen compasión», declara, «los media también deberían iluminar cómo tantos millones de inmigrantes, ansiosos por abrazar el altamente consumista estilo de vida americano, impactan en el medio ambiente tanto aquí como fuera». Enfatiza este punto con una floritura literaria: «En una avalancha, cada copo de nieve único y hermoso se declara inocente».

México, Siglo XXI, 1977]. Tal y como hemos comentado brevemente en el capítulo 4, Harvey defendió que el funcionamiento habitual del sistema urbano bajo el capitalismo siempre tiende hacia una redistribución del ingreso real a favor de los ricos. Las fuerzas de mercado así como la elaboración convencional de las decisiones públicas y la planificación urbana crean una geografía urbana específica que obliga a coordinar los intentos de obtener una mayor igualdad en los ingresos reales. La avaricia, la corrupción, el racismo y tácticas como las inversiones de *red-lining*⁷ y el hecho de cobrar un precio de venta al público mayor en los barrios pobres, pueden reforzar esta tendencia redistributiva, pero incluso en ausencia del *business-as-usual* se continuará ampliando la distancia entre los márgenes de renta. Hay ciertos límites a este proceso, una planificación eficaz y una intervención pública en los mercados de la vivienda, del suelo o en el mercado laboral pueden aliviar algunos de los problemas que surgen de las disparidades de riqueza en algunas áreas de intervención, pero las desigualdades fundamentales asociadas con el desarrollo desigual del espacio urbano persistirán de forma indefinida, decayendo en algunos periodos y creciendo en otros. Qué ha habido un aumento de la desigualdad a lo largo de los últimos treinta años, con una significativa reducción de la intervención gubernamental, una amplia desregulación y privatización, y el severo debilitamiento del Estado de bienestar, no puede caer por sorpresa.

Más tarde Harvey defendería de forma enérgica que la verdadera justicia social y territorial tan sólo puede obtenerse a través del socialismo. Pero incluso en ausencia de esta transformación socialista, sus argumentos pueden ser aplicados de forma provechosa al acentuado aumento de las desigualdades en Los Ángeles y Nueva York. Estas son las ciudades más globalizadas de Estados Unidos en lo que se refiere a capitales, trabajo y heterogeneidad cultural; están en regiones postmetropolitanas donde al menos uno, si no todos los sectores motrices de la economía flexible postfordista (industria de alta tecnología, producción artesanal y de diseño, y empresas de servicios de finanzas, seguros e inmuebles) están altamente concentrados; y su enorme tamaño y su geografía exopolitana acentúan aún más la creación de injusticias medioambientales, de nuevas formas de desigualdad social y económica y lo que he denominado metropolaridades. Nuevamente no nos sorprende que las grandes disparidades entre riqueza y pobreza en el mundo desarrollado de hoy se encuentren en estas dos regiones urbanas. Esta interpretación del

⁷ Término utilizado para describir la práctica ilegal por la cual se discrimina a un grupo racial en particular por parte de los inversores inmobiliarios y las compañías de seguros. El *redlining* es la práctica derivada de la decisión de estos agentes de que algunas zonas de una comunidad son de alto riesgo, lo que se traduce en la denegación de hipotecas, préstamos o seguros. [N. del E.]

aumento del margen entre riqueza y pobreza, en general, no ha generado un gran seguimiento más allá del campo de la geografía radical y de la economía geopolítica, pero se mantiene como una de las críticas más potentes a la globalización, a la reestructuración industrial postfordista y a los efectos sociales y espaciales de la transición metropolitana.

Una tercera variante en la cuestión de la causalidad intrínseca puede ser ejemplificada por el influyente trabajo de William Julius Wilson, sociólogo norteamericano de origen africano que, si bien ha trabajado normalmente en la facultad de la Universidad de Harvard, ha pasado la mayor parte de su carrera académica bebiendo de la principal fuente de los estudios urbanos, la Universidad de Chicago. Wilson ha conformado un profundo discurso en torno a la «nueva pobreza» en Estados Unidos, tanto en la arena académica como en la de las políticas públicas, llamando la atención sobre la apremiante situación de aquellos a los que ha descrito como los *verdaderamente desfavorecidos*, y especialmente la *infraclase urbana permanente*, dependiente de la protección social que ha surgido, se ha consolidado y está concentrada geográficamente debido a la destrucción creativa surgida de la desindustrialización, la globalización y otros aspectos de la reestructuración económica.⁸ Las formulaciones liberales de Wilson han definido y han monopolizado la expansión contemporánea de la sociología urbana de la vieja Escuela de Chicago, inyectando al discurso sobre las metropolaridades vívidas representaciones derivadas directamente de la postmetrópolis del Medio Oeste. Chicago siempre ha tenido una estructura social y espacial muy simple en comparación con Los Ángeles, Nueva York o la Bahía de San Francisco. Esta simplicidad se refleja en la amplia teorización de Wilson acerca del «declive del significado de raza» y en su modo de explicar la formación de la abrumadora infraclase urbana afroamericana a partir de antiguas teorías de la localización y de un planteamiento de la reestructuración económica basado en una modificación de la teoría schumpeteriana de la «destrucción creativa», un enfoque que normaliza la reestructuración como algo inevitable y eficiente.

La explicación de Wilson de la teoría de la localización gira en torno a la noción de un *desajuste espacial* en el que las nuevas tecnologías y la disponibilidad de suelo barato aceleran la suburbanización de la industria y del empleo, dejando en particular a los norteamericanos de origen africano

⁸ William Julius Wilson, *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass, and Public Policy*, Chicago, University of Chicago Press, 1987; «The American Underclass: Inner-City Ghettos and the Norms of Citizenship», conferencia Godkin en el John F. Kennedy School of Government, Harvard University, 1988; «Social Theory and Public-Agenda Research: The Challenge of Studying Inner-City Social Dislocations», discurso presidencial en el encuentro anual de la American Sociological Association, 1990. El preludeo a estos estudios fue el libro de Wilson, *The Declining Significance of Race: Blacks and Changing American Institutions*, Chicago, University of Chicago Press, 1980.

«anclados» en un centro urbano desindustrializado, socialmente atrapados y aislados de la sociedad dominante en un proceso que otros han llamado «hiperguetización». El giro hacia las industrias del conocimiento y de procesamiento de información agrava este desajuste espacial con un desajuste educacional y de aptitud que margina y aísla aún más a la infraclase en enclaves de alta concentración de pobreza. La atención de Wilson a las especificidades espaciales del urbanismo contemporáneo, que refleja la herencia de la antigua Escuela de Chicago, ha influido de forma significativa en la investigación sociológica sobre la desigualdad racial, étnica, de clase y de género en Estados Unidos, un logro digno de mención dada la debilidad de la perspectiva específicamente espacial en la sociología estadounidense dominante y el declive particularmente dramático del campo de la sociología *urbana*.⁹

Wilson nunca niega la importancia del racismo en estos desarrollos, tal y como algunos de sus críticos (así como sus partidarios) han alegado. Sostiene, por el contrario, que la raza y el racismo son mucho menos importantes que las dinámicas normales de clase y que el desarrollo capitalista en la fase contemporánea de reestructuración generada por crisis, aunque ésta sea presuntamente eficiente en términos funcionales. Desafortunadamente, las imágenes y las explicaciones proyectadas de su trabajo son fácilmente cooptables e ideológicamente manipulables, no sólo como medio para marginar los debates críticos sobre el racismo en Estados Unidos sino también como camuflaje que hace que todas las metropolaridades aparezcan como una consecuencia normal y «natural» de la reestructuraciones urbanas y económicas y de la reconstrucción productiva de la economía estadounidense en la nueva era de la información. Wilson ha dedicado un gran esfuerzo en rebatir la distorsión de su trabajo tanto de aquellos situados a su izquierda

⁹ Aunque es difícil de cuantificar, sí parece que el estatus, la popularidad y el número de cursos impartidos de sociología urbana ha decaído de forma significativa en la pasada década. Parte de este declive puede ser debido a la dura reacción de los sociólogos más conservadores (antiguamente radicales) frente al radicalismo insurgente de la «Nueva Sociología Urbana» neomarxista que se ha desarrollado en la década de 1970. Véase, por ejemplo, la diatriba reaccionaria de Irving Louis Horowitz, *The Decomposition of Sociology*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1994. Otro factor ha sido la relativa debilidad de la Nueva Sociología Urbana (como todavía se la llama hoy con cierta ironía) a la hora de tratar los nuevos procesos de urbanización y sus manifestaciones espaciales específicas. Muchos sociólogos han dado un giro a sus intereses desde la sociología urbana *per se*, al campo de los estudios étnicos, raciales, de género e inmigración, de crecimiento más rápido, donde se ha distanciado de los debates teóricos e interpretativos acerca de la globalización, la reestructuración económica y la reconfiguración del espacio urbano. También es interesante remarcar que muchos de los sociólogos que han sido las figuras principales en estos últimos debates, como Manuel Castells y Saskia Sassen, tienen sus principales citas en los departamentos de planificación urbana. Incluso William Julius Wilson es ahora parte de la Kennedy School of Government en Harvard, donde la planificación urbanística tiene un espacio prioritario.

como a su derecha, especialmente en relación con la discriminación positiva, la cual apoya de forma clara como parte de una amplia política dirigida a ocuparse de la nueva pobreza. En *When Work Disappears* (1996) [Cuando el trabajo desaparece], Wilson se retira significativamente de su primer concepto de infraclase urbana permanente, que parecía demasiado cooptable por estudiantes anarco-conservadores como Charles Murray con el fin de nutrir sus explicaciones simplistas y normalizadoras sobre la persistente desigualdad a través de la «cultura de la pobreza».¹⁰ Habla en cambio de forma más extensa de los «nuevos pobres urbanos» y extiende su atención hacia los efectos de la globalización, a la necesidad de que las políticas *regionales* explícitas se ocupen de la nueva pobreza, y sin describirlo directamente como tal, al nuevo racismo que sutilmente ha ido emergiendo tanto en el debate académico como en el referido a las políticas públicas.

Estos tres modos de comprender el surgimiento de la desigualdad en Estados Unidos, con todos sus defectos, intentan al menos desarrollar un marco conceptual con el fin de explicar los cambios que han tenido lugar en el mosaico social urbano a lo largo de los últimos treinta años. Destaco este punto, ya que en el núcleo del cuarto discurso se ha evitado teorizar acerca de la persistencia de la desigualdad excepto como resultado general de la globalización y de la reestructuración económica. Esto desplaza la atención desde la creación teórica y la explicación crítica, además de la especificidad espacial del urbanismo, hacia *descripciones* empíricas detalladas de particulares resultados sociológicos que pueden ser medidos estadísticamente (y quizás también cartografiados) dentro de los confines de regiones urbanas específicas.

La descripción de las metropolaridades: sociología empírica y dinámicas del mercado de trabajo

Quizás no sorprende que el discurso contemporáneo en torno a la reestructuración del orden social de la postmetrópolis haya estado dominado por los sociólogos y por un modelo de investigación sociológica preocupado principalmente por las correlaciones estadísticas relativas a la estratificación social; esto es, por investigaciones empíricas de cómo variables tales como la raza, la etnia, el género, la edad, la composición familiar, el nivel educativo, la ocupación y otros atributos mensurables, están asociados a niveles de estatus, renta y poder en la sociedad y, por lo tanto, con la producción y

¹⁰ Véase Charles Murray, *Losing Ground, American Social Policy, 1950-1980*, Nueva York, Basic Books, 1984.

reproducción de desigualdades sociales. En su forma más básica, el núcleo del discurso intenta trazar y hacer un seguimiento de la cambiante estructura de la desigualdad económico-social a lo largo de los últimos treinta años, sin tener en cuenta sus causas ni su explicación. En la mayor parte de los casos, las versiones estadounidenses de esta sociología empírica e inductiva del urbanismo tienden a recurrir a teorías de la reestructuración económica que están más ligadas al concepto de sociedad postindustrial que al de acumulación flexible-postfordista o a los enfoques regionales de los geógrafos industriales y de los economistas geopolíticos con mentalidad más espacial.

Existe una preferencia disciplinaria similar con respecto los impactos sociales urbanos de la globalización y de la formación de la ciudad mundo, que tienden a ser vistos principalmente como efectos generales del «sistema mundo» que intensifican las nuevas polarizaciones sociales postindustriales. En un extremo, la influencia del capital global amplía el superestrato de los empleos de alta intensidad en conocimiento, profesionales-directivos y en la producción de servicios que coordinan y controlan la ciudad informacional (otro concepto fuertemente sociologizado); mientras que en el otro extremo, encontramos una inmigración aún más masiva que aumenta la creciente infraclase postindustrial además de la economía informal, sumergida o «en negro». En el centro, la clase media doméstica se ve presionada por ambos lados tras un siglo o más de expansión casi continua, unos pocos favorecidos remontan la jerarquía a sus más altos peldaños, una cohorte mayor se filtra hacia abajo, hacia el peldaño inferior.

El resultado de esta sociología urbana es por lo tanto representado como el producto de muy diferentes procesos de estratificación social, segmentación y segregación que desembocan en un mosaico estratificado de desarrollo socio-económico desigual y de posiciones polarizadas en lo que se refiere al estatus y al poder. Al igual que en la conceptualización de Lefebvre del desarrollo geográficamente desigual, hay tendencias que trabajan simultáneamente hacia la igualación y hacia la diferenciación, lo que viene expresado primariamente en los patrones de movilidad social ascendente y descendente entre los estratos jerárquicos. Pero la igualdad total jamás se ha alcanzado en ninguna sociedad. Lo que sucede, en cambio, especialmente en aquellos periodos de cambio social rápido, tal y como ha ocurrido durante los últimos treinta años, es una remodelación de las jerarquías sociales, una nueva forma de ubicación de las teselas del mosaico social que hoy parece haberse hecho más complejo y más caleidoscópico que nunca antes. Esto se traduce políticamente, como siempre, en luchas por una mayor igualdad en el contexto de una serie de movimientos sociales (postindustriales) organizados en torno a ejes de formación de

desigualdad que se han vuelto mucho más plurales: clase, raza, etnia, género, sexualidad, edad, lugar de residencia, estatus de los inmigrantes, vivienda, justicia medioambiental, identidad cultural, etc.

La nueva sociología de lo urbano no es por lo tanto muy diferente de la nueva sociología urbana radical que se desarrolló con el fin de dar sentido a la urbanización de postguerra (fordista) y a las crisis urbanas que ésta generó; o a la sociología «analítica» dominante a la cuál desplazó, desespecificando su enfoque espacial urbano en tanto reacción al espacialismo ecológico de la primera Escuela de Chicago.¹¹ En Estados Unidos, por fin, la sociología urbana parece que o bien ha sido cogida por sorpresa por la reestructuración urbana generada por crisis, o bien se ha acomodado a esos procesos de reestructuración bajo una ampliación de la tesis de la sociedad postindustrial. Como resultado, los sociólogos urbanos, además de haber visto reducido su número, sólo han participado marginalmente en los desarrollos más recientes de los estudios críticos postmodernos urbanos y regionales y en la teorización de los dramáticos cambios socio-espaciales que han tenido lugar en la ciudad y en el urbanismo como forma de vida durante las últimas décadas.

Las contribuciones sociológicas más significativas al discurso postmetropolitano en Estados Unidos han venido de la mano de estudios empíricos cuidadosamente elaborados y de descripciones estadísticas de la reestratificación social de *mercados laborales urbanos* altamente globalizados como los que hay en Nueva York, Los Ángeles, Chicago y Miami. El mercado laboral urbano, con sus específicas categorías ocupacionales, ha servido como cuadrícula a través de la cual se representan y se analizan patrones de estratificación basados en la clase (ingresos, estatus, poder), el género, la raza y la etnia. En paralelo a la interpretación de la reestructuración del espacio urbano discutida en el capítulo anterior, la reestructuración de la forma social urbana es interpretada a través de las cambiantes configuraciones sociales que surgen del impacto de la globalización y de los cambios económicos postfordistas (si bien típicamente postindustriales). De particular importancia en estos estudios ha sido la infiltración de las poblaciones inmigrantes en

¹¹ Uso aquí términos como «desplazar» y «desespecificar» para describir una antigua tendencia en la disciplina de la sociología que ha soltado amarras con los contextos y geografías materiales específicos de la ciudad, reduciéndolos a reflejos de procesos sociales mayores, a menudo no espacialmente representados. En sus expresiones más extremas, esta tendencia sublima virtualmente el término «urbano» de la sociología urbana en tanto pura socialidad, haciendo de la espacialidad (y a veces también de la historicidad) de la ciudad meros fondos o reflejos de procesos sociales universalizados y sociológicamente concebidos, como pueda ser la estratificación.

el mercado laboral y su impacto en la fuerza de trabajo nativa. También en paralelo al tercer discurso, el discurso sobre el mosaico social reestructurado ha generado, a lo largo de los años, una gran cantidad de nuevos términos destinados a describir las dinámicas contemporáneas de reestructuración social. De forma en absoluto sorprendente, estos términos se han concentrado en los segmentos de población que en mayor medida han contribuido a incrementar las metropolaridades y el creciente abismo de rentas: la clase profesionales superiores alimentada por jóvenes urbanos y la infraclase atiborrada de inmigrantes formada por los «verdaderamente desfavorecidos» y los trabajadores pobres.

Analizar la reestructuración de los mercados laborales urbanos se ha convertido en una perspectiva emblemática de la investigación del cuarto discurso, ya que el caso de estudio industrial o sectorial ha estado presente en el discurso sobre el urbanismo industrial. Los primeros analistas proponían una estructura relativamente simple de los mercados laborales, dirigiendo la mirada principalmente hacia la escala nacional más que a la escala urbana. Basándose en niveles de aptitud, educación, ocupación y renta (asumiendo los retornos directos del capital humano), la fuerza de trabajo ha sido considerada en tanto reflejo del patrón general de la sociedad estadounidense. La gran mayoría de la población fue clasificada como clase media, considerada por muchos como mayor en tamaño que en ningún otro país, con las siguientes subdivisiones: alta (profesionales y directivos), media (trabajadores cualificados) y baja (mayoritariamente trabajadores no cualificados). Por encima y por debajo de la escala de renta estaban los ricos y los pobres, los primeros a menudo no son considerados verdaderos trabajadores y los últimos también se salen del margen formal o definido por el mercado laboral. Mantener esta estructura jerárquica ha sido la esperanza para la movilidad social, para la posibilidad de escalar puestos en la estratificación social.¹²

Esta simple estructura fue modificada ligeramente por el reconocimiento de una barrera interna significativa, que dividía lo que se llamó mercado laboral «primario» y mercado laboral «secundario», considerando que este último experimentaba restricciones mucho mayores a la movilidad social. Este *dualismo* del mercado laboral se ha complicado con modelos de *segmentación* del mercado de trabajo que han reconocido no solo esta bipartición sino una *compartimentalización* mucho más compleja basada en la raza, la etnia, el género y otras características distintivas. Fueron así identificados y estudiados «techos» de movilidad de distinto tipo para muy diferentes segmentos

¹² Esto era verdad a pesar del hecho de que uno de los descubrimientos empíricos más persistentes del análisis del mercado laboral fuera que la posición social de la persona estaba directamente relacionada con la clase social de su padre, un signo de extraordinaria estabilidad generacional en el sistema de estratificación social.

ocupacionales, raciales, étnicos y de género. Estos estudios plantearon importantes cuestiones acerca de la discriminación como semillero para generar desigualdades «innecesarias» y muy fácilmente erradicables, especialmente en relación con las mujeres y los norteamericanos de origen africano; pero también identificaron *enclaves* étnicos y de género especializados o *nichos* donde dicha compartimentalización proporcionaba alguna oportunidad para la movilidad social. En efecto, el mercado laboral como un todo era visto como una superposición de muchas y diferentes *divisiones del trabajo* basadas no sólo en las aptitudes, la educación y los ingresos sino también, y especialmente, en el género, la raza y la etnia. Estos patrones, y sobre todo el descubrimiento de umbrales y otras formas de prácticas discriminatorias, fomentaron y alimentaron el crecimiento de lo que ha sido descrito como *políticas de igualdad*, basadas en las luchas del feminismo, del nacionalismo negro, las luchas étnicas, gays y lesbianas dirigidas a conseguir mayores oportunidades laborales, de ingresos y de movilidad. Volveré a tratar estas luchas por una mayor igualdad en la siguiente sección.

Los desarrollos más recientes, y la mayoría del nuevo lenguaje descriptivo usado hoy en los estudios del mercado laboral, giran en torno a la reestructuración de los tres estratos fundamentales definidos anteriormente: los ricos, la clase media y los pobres. Considerando primero la parte superior de la escala de renta, podemos ver una extraordinaria expansión en el número de millonarios en Estados Unidos y una composición inusualmente diversa de lo que se ha llamado *nouveau riche*. Recurriendo a un viejo concepto, estoy tentado a describir al 10 % superior como una especie de ejército de reserva de los ricos, una «lumpenburguesía» compuesta no sólo por los barones de la industria y las finanzas sino de forma creciente también por estrellas de rock y jugadores de béisbol, especialistas en software y agentes inmobiliarios, peluqueros de celebridades, cazatalentos, traficantes de drogas y dentistas, corredores de bolsa y diseñadores de moda, y miles de propietarios de viviendas que tienen la suficiente suerte como para comprar en el momento y en el lugar adecuados. Quizás nunca antes, los percentiles superiores de la escala de renta hayan sido tan heterogéneos, hayan estado tan divididos internamente, sean tan *déclassé* y, como en el concepto original de lumpemproletariado en Marx, hayan sido tan políticamente impredecibles.¹³

¹³ Marx definió al lumpemproletariado como una «masa que flota libremente» más que como un grupo social claramente definido con una postura política bien articulada. El lumpemproletariado tendía a volverse importante, argumentaba, sólo en los momentos de crisis y de desintegración social, cuando la masa que flota libremente se hace particularmente vulnerable a «ideologías reaccionarias» como el fascismo. Poniendo a Marx de cabeza, si no se está retorciendo en su tumba, la noción de una lumpenburguesía, utilizada tal y como lo hemos hecho aquí, supone una política propensa a ambas ideologías, radical y reaccionaria, a una mezcla confusa entre izquierda y derecha.

La vía más rápida entre las clases medias y la clase alta ha sido seguida por un grupo cuyo nombre se ha convertido en sinónimo de una rápida carrera ascendente. Los *yuppies*, o jóvenes profesionales urbanos, han simbolizado a los principales recién llegados a la creciente clase ejecutiva-profesional-directiva, aquellos que Daniel Bell llamó la «nueva clase dominante» de la ciudad postindustrial. Estos profesionales superiores, otro término usado frecuentemente, puede que no constituyan una clase cohesionada y que probablemente no controlen los centros más importantes del poder económico y político en la postmetrópolis, pero influyen de forma creciente en la vida diaria de la ciudad y en la visión del paisaje urbano a través de su control sobre un imaginario urbano saturado de información. Los profesionales superiores y sus familias componen hoy prácticamente un tercio de la población de Los Ángeles y Nueva York, un porcentaje mucho más alto del que existía hace treinta años. En Los Ángeles, la vanguardia se origina principalmente en la industria del entretenimiento y en la nueva tecnocracia asociada a la electrónica de alta tecnología, la biomedicina y la producción aeroespacial; mientras que en Nueva York son los corredores de bolsa, los agentes bursátiles y otros trabajadores de las finanzas y de los servicios de alta cualificación quienes tienden a liderar el proceso.

En casi todas las postmetrópolis, los profesionales superiores se han convertido en los guerreros territoriales más agresivos en el dominio público del urbanismo y de las políticas urbanas, formando un ejército de «gentrificadores» que lucha por establecer y mantener sus distintivos estilos y espacios de vida en el corazón de la ciudad, ya sea figurada o literalmente. Tienden a ser más jóvenes y a estar más directamente interesados por el centro de la ciudad que sus predecesores fordistas, que se mudaron silenciosamente a los suburbios, a zonas privatizadas lejos del lugar de trabajo del cabeza de familia (por lo general hombres). La generación actual exige mucho más y tiene el poder público y privado para hacer que sus demandas encajen en un entorno superpoblado, nervioso y fragmentado, modelando el proceso de construcción de la ciudad a su imagen y semejanza. Tal y como señala Christine Boyer para la ciudad de Nueva York: «Barrios de lujo, tiendas de comida, boutiques, zonas de entretenimiento, centros de televisión y nodos informativos se están haciendo cada vez más dominantes en el territorio, desplazando a gran parte de los antiguos residentes de la ciudad así como a sus funciones y servicios».¹⁴

¹⁴ M. Christine Boyer, «The Return of Aesthetics to City Planning», *Society*, 1988, pp. 49-56. Véase también el trabajo de Sharon Zukin, especialmente *Landscapes of Power: From Detroit to Disney World*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1991.

La metáfora utilizada de forma predominante para describir lo que le ha estado ocurriendo a las en su momento acrecentadas clases medias, es la del *estrechamiento*, un cinturón social que ha cambiado la forma general del mercado de trabajo. Algunos analistas hablan del «medio desaparecido» o de una nueva forma de «diábolo» de los mercados de trabajo urbanos que surgen de la pronunciada polarización que ha permitido a unos pocos afortunados alcanzar los más altos niveles de renta mientras que un segmento mucho mayor ha sufrido una significativa movilidad descendente. Los urbanistas industriales han atribuido esta explicación de la clase media a las fuerzas tecnológicas, institucionales y geográficas intrínsecas a las economías industriales especializadas, flexibles y postfordistas, intensificada por el declinante papel de los sindicatos y el debilitamiento del Estado de bienestar. Los estudios estadísticos más exhaustivos no han mostrado, de todas formas, un estrechamiento de la clase media tan importante como se pudiera esperar de los argumentos de los teóricos de la desindustrialización y de la reindustrialización, especialmente cuando se usan los datos de renta media familiar. Esta aparente contradicción se puede explicar en gran medida porque al indudable estrechamiento de la clase media, al menos en Estados Unidos, se ha respondido con un cambio profundo de las economías familiares y del sostenimiento de la vida familiar. Una parte clave de esta respuesta ha sido el incremento sin precedentes de la participación de las mujeres en el mercado de trabajo, en particular de las mujeres con hijos. Junto a esta tendencia se ha producido un rápido crecimiento en el número de hogares con varios ocupados, un alargamiento de la jornada laboral que ha dado la vuelta a la tendencia del pasado siglo y medio y una explosión de los trabajos a media jornada y de los empleos «atípicos» (estacionales, temporales, por obra) que han convertido a Manpower Inc. en la mayor empresa empleadora del país.¹⁵

El mantenimiento del nivel de renta de la estresada clase media se ha convertido en un proceso muy diferente del que era treinta años atrás. La seguridad laboral es mucho menos fiable, las ayudas se ven a menudo recortadas, los fondos de pensiones de los empleados son mucho menos seguros y la familia con un único ocupado se está convirtiendo rápidamente en una pequeña minoría en prácticamente todos los niveles de renta. Los hogares DINK (doble ingreso y sin hijos) son los más comunes, hay multitud de hogares donde las mujeres son las principales suministradoras de renta. Los jóvenes adolescentes tienden a quedarse más tiempo en casa y se da un incremento en el número de divorciados o desempleados adultos que vuelven a vivir

¹⁵ Para un análisis del aumento de la jornada laboral, véase Juliet B. Schor, *The Overworked American: The Unexpected Decline of Leisure*, Nueva York, Basic Books, 1991.

a casa de sus padres. Estos esfuerzos por contrarrestar lo que ha sido un largo declive en los salarios y los sueldos personales reales han permitido que los sueldos medios por hogar sigan creciendo durante los últimos treinta años de reestructuración generada por crisis, ruptura sindical, desintegración del Estado de bienestar, privatización, desregulación e incremento de las tasas de pobreza. Centrar la atención en el aumento de las rentas familiares se ha convertido en una forma de oscurecer la profunda presión sobre la renta que ha afectado a la clase media estadounidense a lo largo de los últimos treinta años.

Mas que ninguna otra cosa, lo que ha hecho posible que se mantenga el crecimiento de las rentas familiares ha sido el espectacular éxito de la maquinaria laboral estadounidense, con sus principales motores situados en Los Ángeles, Houston, Miami, Nueva York y otras regiones postmetropolitanas avanzadas. Los críticos han argumentado que la mayoría de los empleos generados son de bajos salarios, tienen pocas facilidades y a menudo presentan pocas oportunidades de movilidad ascendente. Pero muchos otros son también de alto nivel y están muy bien pagados. El problema más serio puede que no sea la calidad de los empleos *per se* sino los costes sociales y psicológicos asociados a las nuevas estrategias de empleo. La generación continua de empleos en la economía estadounidense es un factor importante en la formación de la postmetrópolis postfordista globalizada. Puede vincularse al crecimiento de las ciudades exteriores y a las exitosas ciudades-frontera de Garreau, reflejo de la Exópolis vuelta del revés de dentro a fuera; y también está relacionado con la «periferialización» de las ciudades centrales, con sus fondos de trabajo no cualificado, sus empresarios inmigrantes y sus trabajadores pobres, evocando la exópolis de fuera a dentro. Pero es en lugares como Lennox, Pomona, Moreno Valley y Palmadle donde sus efectos negativos son más pronunciados, no porque haya una carencia de empleos sino por los costes derivados de mantener unos niveles de renta y un estilo de vida normales. Estos casos representan muchas de las dimensiones ocultas del repentino aumento de la desigualdad en Estados Unidos. Pueden ser fácilmente enterrados bajo el análisis de los datos agregados, prestando una excesiva atención a los éxitos de la reestructuración, pero son una parte intrínseca de la transición postmetropolitana.

Algo intrínseco también a la transición postmetropolitana es lo que ha estado ocurriendo en el extremo inferior de la jerarquía social, debajo del estrechamiento de la clase media. La movilidad descendente y la nueva pobreza han generado una nueva colección de neologismos representativos del mosaico social reestructurado, como pueden ser los yuppies y los DINKs. Los trabajadores acomodados son descritos como «burgerkingizados» o «ikeizados» una vez que sus niveles de renta se reducen a la mitad

en el forzado movimiento que supone el paso de la economía industrial a la economía de servicios. Una creciente población de «nuevos huérfanos» llena las calles de niños abandonados por (o que voluntariamente han abandonado a) sus padres y de ancianos pobres (en oposición a los «woopies», ancianos acomodados) abandonados por sus hijos. Bandas de jóvenes fugitivos sin techo compiten por el espacio en desoladores «campos de desesperación» y «guetos dependientes de la asistencia pública»;¹⁶ mientras resurgen, con nuevas formas, antiguos métodos de peonaje y esclavitud doméstica e industrial, como cuando se importan y se venden inmigrantes de Indonesia, Tailandia, China y América Central a los hogares ricos en calidad de sirvientes domésticos internos: sus «dueños» guardan sus pasaportes a cambio de una alimentación y alojamiento limitados. Una economía basada en el «trabajo esclavo» de proporciones dickensianas reúne a inmigrantes, a menudo sin papeles y principalmente mujeres, en lugares de trabajo peligrosos, que trabajan duramente por sueldos por debajo del mínimo, sometidos por la constante amenaza de la deportación. Enormes ríos de personas sin techo se desbordan desde Skid Rows para formar sus propias geografías por todo el tejido urbano, con sus mayores concentraciones en Los Ángeles y Nueva York, las capitales de los sin techo de Estados Unidos.¹⁷

Más allá de las políticas de igualdad

La acumulación de datos acerca de la ampliación y la profundización de las metropolaridades ha reforzado la necesidad de políticas consistentes y vigorosas con el propósito específico de reducir las crecientes desigualdades socioeconómicas. Al mismo tiempo, se han desarrollado potentes fuerzas contrarias a partir de una gran variedad de fuentes que tienen por objetivo debilitar el impacto de los movimientos sociales, construidas específicamente en torno a políticas definidas categóricamente como «binarias». En otras palabras, justo cuando las polarizaciones construidas en torno a la clase (capital/trabajo), la raza (negro/blanco) y el género (mujer/hombre), los tres ejes de desigualdad más afianzados en la sociedad estadounidense contemporánea, se

¹⁶ Susan M. Ruddick, *Young and Homeless in Hollywood: Mapping Social Identities*, Nueva York y Londres, Routledge, 1996.

¹⁷ Unas estadísticas más detalladas sobre los trabajadores pobres y los sin techo en Los Ángeles pueden ser consultadas en Paul Ong y Evelyn Blumenberg, «Income and Racial Inequality in Los Angeles»; y Jennifer Wolch, «From Global to Local: The Rise of Homelessness in Los Angeles During the 1980s», ambos en Scout y Soja (eds.), *The City: Los Angeles and Urban Theory at the End of the Twentieth Century*, 1996, pp. 311-335 y 390-425.

intensifican, se vuelve más difícil la movilización alrededor de cada uno de estos canales de lucha política. Pero no es sólo la intensa oposición a unas políticas de igualdad más radicales lo que está debilitando su efecto. La transición postmetropolitana ha creado por sí misma un contexto significativamente alterado para que las luchas puedan alcanzar una mayor justicia e igualdad social y espacial. En particular, los ejes o categorías alrededor de las cuales se define la desigualdad han cambiado de forma notable, siendo cada vez más complejos, multilaterales e interconectados. En este medio urbano reestructurado las políticas de igualdad en sus formas convencionales, pueden ser cada vez más necesarias, pero al mismo tiempo muchas de las prácticas tradicionales de las políticas de igualdad son cada vez menos efectivas y más limitadas.

Esto ha dado lugar a iniciativas a fin de ir más allá de las políticas de igualdad, a nuevas estrategias por la justicia social y espacial que estén más adaptadas a las especificidades de la sociedad urbana contemporánea globalizada, postfordista, exopolitana y culturalmente heterogénea. En *Thirdspace*, vinculé estas estrategias de adaptación al desarrollo de una *nueva política cultural* que abordase los problemas de la desigualdad no sólo ciñéndose a las luchas políticas en torno a canales de resistencia excluyentes y rígidamente definidos basados en la clase, la raza y el género; sino también en torno a fundamentos más híbridos e inclusivos de solidaridad, conciencia colectiva y construcción de alianzas. Recurriendo a la bibliografía sobre los estudios críticos culturales, y especialmente al trabajo de mujeres de color radicales, cuya experiencia vivida combina de forma efectiva las opresiones de clase, raza y género, describí la nueva política cultural sobre tres «giros» discursivos, tanto de la práctica como de la teoría crítica: el giro cultural, el giro postmoderno y el giro espacial.

El *giro cultural* ha sido ampliamente reconocido y constituye las bases para un cambio terminológico desde una política de igualdad, definida principalmente en torno al estatus y al poder socio-económico, a una política cultural específica donde el fin no es simplemente reducir las desigualdades sino la redefinición, en una escala mucho más amplia, de cómo las desigualdades de poder y estatus son usadas para fomentar la explotación económica, la dominación cultural y la opresión individual. Atacar la desigualdad se mantiene como la parte central de la agenda política, pero la agenda también está abierta a cuestiones de mayor alcance como la *identidad*, la *representación* y la *diferencia*, o en otras palabras, cómo las diferencias entre las personas son creadas de forma intrínseca, externamente impuestas y culturalmente representadas a través de procesos de formación de identidad cargados políticamente; lo que los académicos llaman construcción del

sujeto, con su doble sentido de identidad asertiva (subjetiva) y subjeción impuesta. Lo que hay de nuevo y de diferente en esta política cultural es recogido así por Cornel West:

Las características distintivas de la nueva política cultural de la diferencia tienen por propósito destrozarse lo monolítico y lo homogéneo en nombre de la diversidad, la multiplicidad y la heterogeneidad; rechazar lo abstracto, lo general y lo universal a la luz de lo concreto, lo específico y lo particular; y dar sentido histórico, contextual y plural resaltando lo contingente, lo provisional, lo variable, lo transitorio, lo que se mueve y cambia [...] Para hacerlo más sencillo, la nueva política cultural de la diferencia consiste en dar respuestas creativas a las circunstancias precisas de nuestro momento presente [...] con el fin de potenciar y habilitar la acción social.¹⁸

Nótese que esta nueva política cultural no está definida en torno a la elisión de las desigualdades *per se* sino más bien en torno a la reafirmación de la *diferencia*, la diversidad, la multiplicidad, la heterogeneidad. El intento aquí es evitar ser confinados en esos estrechos canales de resistencia, muchas veces excluyentes, específicamente contruidos en torno a las categorías de clase, raza, género, orientación sexual, edad, nación, naturaleza, región, etc.: una evasión que a menudo crea importantes conflictos entre la nueva política cultural y los movimientos sociales más convencionales definidos de forma exclusiva en torno a cada una de estas categorías. En lugar de ver la diferencia, incluida la diferencia asociada a las desigualdades intergrupales, como algo que ha de ser eliminado, se hace valer el *derecho a ser diferente* en tanto fundamento de la nueva política cultural. Por lo tanto, se describe la nueva política cultural como una política de la diferencia en vez de la desigualdad. El resultado es un marcado contraste entre las antiguas y las nuevas políticas en relación con el significado estratégico de la fragmentación, o de la multiplicación de los movimientos sociales progresistas. Mientras en el pasado dicha multiplicidad se ha visto prácticamente de tal modo que inevitablemente debilitaba el poder político de las luchas organizadas, en la nueva política cultural se convierte tanto en un peligro como en una *oportunidad*, una realidad heterogénea que ha de ser reconocida y usada para movilizar una política más abierta, una política de coalición, de adaptación recombinante.

El giro cultural se ha relacionado de forma íntegra con el desarrollo de una poderosa crítica epistemológica postmoderna de las teorías modernas así como de las prácticas políticas ascéticas. Este giro postmoderno ha sido particularmente efectivo a la hora de atacar las limitaciones del pensamiento

¹⁸ Cornel West, «The New Cultural Politics of Difference», en R. Ferguson *et alli* (eds.), *Out There*, Cambridge (Ma.), MIT Press, y Nueva York, New Museum of Contemporary Art, 1990, pp. 19-20.

binario y su aplicación dominante en lo que ahora puede ser definido como las viejas políticas modernas de igualdad. Más que rechazar simplemente la importancia de dichas polaridades como capital/trabajo, negro/blanco, mujer/hombre, gay/hetero, la crítica cultural postmoderna persigue rearticularlas en redes combinatorias e inclusivas que se adapten mejor a las «circunstancias precisas del momento presente», a una política que pueda responder de forma efectiva a las condiciones de la postmodernidad y a las especificidades de la transición postmetropolitana. Resumiendo rápidamente ambos giros, cultural y postmoderno, y en la medida en que están vinculados con el creciente giro espacial que está siendo inculcado en la nueva política cultural, tomo de nuevo las palabras de bell hooks:

La cultura postmoderna con su sujeto descentrado puede ser el espacio donde los lazos se rompen o puede proveer la ocasión para formas nuevas y distintas de crear lazos afectivos. Hasta cierto punto, las rupturas, las superficies, el contexto y una gran cantidad de otros acontecimientos, crean huecos que hacen espacio a prácticas de oposición que ya no necesitan de intelectuales confinados en esferas estrechas y separadas, sin ninguna conexión significativa con el mundo de la vida diaria [...] Hay ahí un espacio para el intercambio crítico [...] [y] esto puede ser perfectamente «la» situación central del futuro de las luchas de resistencia, un punto de encuentro donde pueden darse acontecimientos nuevos y radicales.¹⁹

El *giro espacial* ha sido el último en ser añadido al discurso de la nueva política cultural, y también constituye el apuntalamiento conceptual y la fuerza motriz crítica detrás de cada uno de los capítulos de *Postmetrópolis*. Lo que ha hecho es dotar de energía a la nueva política cultural en torno a una conciencia compartida de las interrelaciones del espacio, el conocimiento y el poder; y de cómo la producción social de la espacialidad humana, desde la escala global a las escalas más locales, forma parte activa en la creación y en el mantenimiento de la desigualdad, de la injusticia, de la explotación económica, de la dominación cultural y de la opresión individual. Si la política de igualdad tradicional moviliza su subjetividad radical de la forma más expansiva en torno a la toma colectiva del control sobre «la historia», la nueva política cultural de la diferencia, la identidad y la representación, sin infravalorar el poder de sus estrategias inspiradas históricamente, añade una nueva fuente de movilización de la conciencia enraizada en la lucha colectiva inmediata por tomar un mayor control sobre «la geografía» —*la producción social de la especialidad humana*. Esta implicación en la producción de espacios y en los espacios y los lugares ya existentes es lo que comparten

¹⁹ bell hooks, *Yearning: Race, Gender, and Cultural Politics*, Boston, South End Press, 1990, p. 31.

todos aquellos que están oprimidos, subordinados y explotados, y es esta conciencia compartida y esta experiencia de una política espacial explícita lo que puede proporcionar una nueva fuerza vinculante con el fin de combinar aquellos canales de resistencia y de lucha separados, que durante tanto tiempo han fragmentado las políticas modernas de la igualdad.

Aunque el giro espacial tiene raíces intelectuales más profundas, sólo a finales de la década de 1990 su impacto se ha extendido más allá del discurso académico para incidir en las políticas postmetropolitanas de manera significativa. Coaliciones abiertas con el propósito específico de dirigir las opresiones múltiples de raza, clase, género, sexualidad y otras causas de la marginalización y la desigualdad individual y colectiva, se están movilizan-do en muchas regiones metropolitanas en torno a una conciencia espacial compartida, un conciencia de que la opresión, la marginalidad, la desigualdad se producen y reproducen hasta un determinado grado a través de los nuevos procesos de urbanización y de las nuevas socio-espacialidades del urbanismo reestructurado. Un pequeño pero importante ejemplo fue mencionado en el capítulo anterior, el de la Bus Riders Union. El creciente movimiento por la justicia medioambiental nos proporciona muchos otros ejemplos relativos a luchas fundamentalmente espaciales, como son los nuevos movimientos por la redefinición de la ciudadanía postmetropolitana y los movimientos por el «derecho a la ciudad» mencionados en el capítulo 7 sobre la globalización del espacio urbano. Un feminismo más inclusivo, que se mueve más allá de las antiguas fronteras de género, raza, clase y preferencia sexual, está empezando a remodelar el espacio urbano postmetropolitano, como también lo están haciendo las nuevas coaliciones *interculturales* que combinan conscientemente agrupamientos raciales y étnicos antiguamente separados y muchas veces antagónicos, como por ejemplo los norteamericanos de origen africano y los coreanos en Los Ángeles. Los movimientos sociales urbanos del pasado también se están convirtiendo en movimientos explícitamente espaciales, respondiendo directamente a los efectos geográficamente desiguales de la globalización, de la reestructuración económica postfordista y de la reconfiguración de la forma urbana. Por utilizar un tropo cada vez más popular, estos movimientos políticos están empezando a abrir nuevos «espacios de resistencia» en la postmetrópolis, no sólo como figuras del discurso sino también como escenarios concretos para la acción política progresista.

Esta breve discusión en torno a la nueva política cultural del espacio y del lugar nos muestra tan sólo un fugaz destello de un desarrollo mucho mayor y más complejo que no puede ser adecuadamente resumido en unos pocos párrafos. Sirve más como invitación al lector pensar de forma diferente sobre las políticas urbanas contemporáneas y buscar ejemplos similares de

movimientos y de luchas explícitamente espaciales en otras ciudades y regiones. No obstante, hago esta invitación, específicamente aquí, en una discusión acerca del mosaico social reestructurado de la postmetrópolis, ya que en este cuarto discurso se ha prestado una menor atención al impacto de los giros cultural, postmoderno y espacial. La relativa ausencia de una perspectiva crítica cultural, postmoderna y espacial ha debilitado de forma significativa los discursos teóricos, empíricos y prácticos sobre la reestructuración de la socialidad en la postmetrópolis así como los problemas surgidos de la espectacular oleada de desigualdad que viene asociada a la transición postmetropolitana. Todo lo que ha precedido a este capítulo y todo lo que seguirá es, en gran medida, un intento de reafirmar lo que faltaba, o que apenas ha sido desarrollado, en este cuarto discurso.

Nuevas cartografías de la ciudad fractal de Los Ángeles

Manteniendo la práctica de la Segunda Parte de comenzar cada capítulo con un nombre emblemático que de hecho capture el centro del discurso representado, he elegido el término *ciudad fractal* para describir el mosaico social reestructurado de la metrópolis. Ni ha sido una elección fácil, ni estoy totalmente cómodo con ella. Inicialmente, este capítulo se titulaba sencillamente «Metropolaridades» con el propósito de configurar un discurso en torno a las polarizaciones sociales, múltiples y entrecruzadas que se han desarrollado en espacios urbanos como Los Ángeles y Nueva York. Durante un tiempo, me quedé con el término heterópolis, tomando prestado de un libro sobre Los Ángeles escrito por el crítico e historiador de la arquitectura Charles Jencks. Heterópolis capturaba la extraordinaria diversidad y heterogeneidad cultural que se estaba produciendo en los nuevos procesos de urbanización, pero parecía que había una complejidad e inestabilidad mayor en el mosaico social reestructurado, una cualidad caleidoscópica que no estaba plenamente recogida en este término. Finalmente, el concepto de los fractales me vino a la cabeza como una descripción útil de la socialidad y la espacialidad combinada e interactiva de la postmetrópolis.

Definido de forma muy amplia, un fractal es cualquier cosa que contenga en sus partes imágenes similares de sí mismo como un todo. Un ejemplo común son los vasos sanguíneos de la mano, que se parecen a todo el sistema circulatorio del cuerpo. Se trataba de una cualidad atractiva, sugería que cada parte del mosaico socio-espacial reestructurado podía ser visto como una especie de jeroglífico social que representa y revela las complejas

dinámicas de la transición postmetropolitana, algo parecido a como Marx usaba una simple mercancía, como por ejemplo un imperdible o un par de zapatos, para abrir una discusión crítica sobre el funcionamiento interno de la economía capitalista. También se da aquí una fascinante analogía con mis argumentos acerca del *espacio vivido*. El hecho de adaptar una perspectiva crítica relativa al tercer espacio nos permite ver en cualquier espacio empírico, desde el cuerpo hasta la esfera global, la naturaleza fundamental de la espacialidad de la vida humana en toda su riqueza y complejidad, ya sea como biografía humana ya como historia social, lo que abre la posibilidad de considerar todos los aspectos de la condición humana en general.

La teoría de los fractales tiene otra característica fascinante, que constriñe y habilita a la vez una comprensión profunda de las geografías localizadas. Se ha desarrollado en relación directa con la teoría del caos, un intento de dar sentido a la extraordinaria complejidad, de descifrar lo que parece desordenado y caótico de manera que el resplandeciente caos se haga un poquito más comprensible. El espacio urbano metropolitano es probablemente tan caótico en su configuración social y espacial como cualquier otro en la larga historia de las ciudades. Sin embargo, si uno mira hacia el espacio urbano de una nueva manera, con un nuevo equipo de lentes, distintas a las tradicionalmente usadas por los urbanistas en el pasado (y en muchos casos todavía en el presente), se pueden descubrir ciertos patrones de importancia.

Lo que sigue, es un intento de cartografiar la ciudad fractal que está embebida y activa en el mosaico social y espacial reestructurado de Los Ángeles. Aunque esté articulada en torno a métodos discernibles y en una presunta relación de representación entre las partes y el todo, la ciudad fractal también está entreverada por una complejidad y una inestabilidad desestabilizadoras que plantean límites importantes tanto a una generalización fiable como a una cartografía precisa. Aceptando estos límites, veamos las representaciones de Los Ángeles como un mosaico heterogéneo de nuevas y viejas etnicidades.

Una panorámica del mosaico étnico

Entre cuatro y cinco millones de inmigrantes, quizás más si contamos aquellos perdidos por los encuestadores del censo, viven ahora en la región metropolitana de Los Ángeles, en torno al 20 % de todos los inmigrantes de Estados Unidos. Las concentraciones más densas están en la ciudad y en el condado de Los Ángeles, donde la proporción de residentes nacidos en el extranjero se acerca al techo del 40 % que alcanzó Nueva York en

el cambio de siglo. Cuando sumamos las poblaciones domésticas de asiáticos, latinos y afro-americanos, la región urbana puede ser descrita como «una mayoría de minorías», otro de esos provocativos oximorones que describen la postmetrópolis. Cuando se recuerda que la población regional de 1960 estaba en torno a un 80 % de anglos, la magnitud de la transformación demográfica y cultural se hace aún más impresionante.

Además, cada vez hay más datos de que las minorías urbanas, nacidas dentro o fuera del país, en Los Ángeles postmetropolitano, tienen los mayores niveles de desigualdad intraétnica del mundo industrializado. Un estudio nacional reciente ha mostrado, por ejemplo, que Los Ángeles contiene las comunidades de norteamericanos de origen africano más ricas y más pobres de la Norteamérica urbana y mi hipótesis es que podemos encontrar resultados similares para los norteamericanos de origen mexicano y también para algunos grupos de origen asiático. A principios de la década de 1990, Jeffrey Reitz, un sociólogo canadiense, llegó a Los Ángeles con algunas estadísticas comparadas que había recogido acerca de los niveles de desigualdad de renta entre poblaciones de inmigración reciente en ciudades de Estados Unidos, Canadá y Australia. Los datos le sorprendieron ya que de todas las áreas metropolitanas que había estudiado, las tres con mayores niveles de desigualdad eran Los Ángeles-Long Beach, Orange County y San Bernardino-Riverside.²⁰ También fue significativo que se encontraran entre las áreas urbanas de crecimiento más rápido.

La pregunta de cómo esta «mayoría de minorías» se ha fijado en los órdenes social y espacial, y especialmente en el mercado de trabajo regional, ha generado una amplia bibliografía local. De las muchas fuentes publicadas actualmente disponibles para estudiar el mosaico social reestructurado, tres destacan por su extensión y riqueza empírica. *The Ethnic Quilt: Population Diversity in Southern California* (1997) [El mosaico étnico. La diversidad de la poblacional en el Sur de California], escrito y cartografiado por James P. Allen y Eugene Turner, y publicado por el Center of Geographical Studies, California State University-Northridge, presenta un extenso tapiz de mapas, textos y tablas que puede ser estudiados hasta el infinito por la información que ofrece y las reinterpretaciones que estimula.²¹ Este notable

²⁰ Comunicación personal. Estos estudios fueron incorporados a Jeffrey G. Reitz, *Warmth of the Welcome: The Social Causes of Economic Success in Different Nations and Cities*, Boulder, Colorado, Westview Press, 1998.

²¹ Véase también Eugene Turner y James P. Allen, *An Atlas of Population Patterns in Metropolitan Los Angeles and Orange Counties 1990*, publicado por el Center for Geographical Studies, Departamento de Geografía, California State University-Northridge, 1991.

atlas nos provee de una valiosa introducción a la geografía específica de la dimensión étnica de Los Ángeles y una estimulante referencia para realizar estudios comparados con otras regiones urbanas.

Producto de un proyecto de investigación colectiva realizado por estudiantes de Planificación Urbana en UCLA, *The Widening Divide: Income Inequality and Poverty in Los Angeles* (1989) [La ampliación de la división. Desigualdad de renta y pobreza en Los Ángeles], se basa en la nueva bibliografía sobre la reestructuración urbana e industrial con el propósito de explorar más en detalle las agudas polarizaciones de raza, etnicidad y género que se han producido en Los Ángeles.²² Organizado y editado por Paul Ong, urbanista y economista del trabajo, también especialista en sistemas de información geográfica y cartográfica para ordenadores (SIG), *The Widening Divide* recibió una amplia atención en los medios de comunicación locales y nacionales y añadió el concepto de «trabajadores pobres» [*working poor*], fundamentalmente latinos y en su mayoría mujeres, a los debates nacionales académicos y políticos sobre la pobreza en Estados Unidos. En contraste con el discurso nacional, que estaba centrado en la desindustrialización del Frostbelt, en la infraclase urbana de origen africano y en las explicaciones de la «sociedad postindustrial», Ong y sus estudiantes ofrecieron una perspectiva desde el sur de California, mostrando que se pueden generar mayores niveles incluso de desigualdad de renta en la región reindustrializada más próspera del país y entre las poblaciones con menores tasas de desempleo y de dependencia de la asistencia social.²³

La tercera contribución de importancia es *Ethnic Los Angeles* (1996) [Los Ángeles étnico], coeditado por Roger Waldinger y Mehdi Bozorgmehr.²⁴ Escrito desde una perspectiva fundamentalmente sociológica (quince de los colaboradores son sociólogos), el libro contiene también capítulos de geógrafos (William A. V. Clark y Allen Scout), urbanistas (Paul Ong y Abel Valenzuela), un historiador (John Laslett) y un especialista en estudios étnicos

²² Autoría del Research Group on the Los Angeles Economy, informe no publicado, Urban Planning, UCLA, 1989.

²³ Ong y sus colegas también han realizado una parte de sus mejores trabajos sobre polarización social dentro de las poblaciones de origen asiático. Véase Paul Ong, Edna Bonacich, y Lucie Cheng, *The New Asian Immigration in Los Angeles and Global Restructuring*, Filadelfia, Temple University Press, 1994. Distintivo del trabajo de Ong es su fuerte interés por las respuestas de las planificación y de las políticas públicas al crecimiento de las metropolaridades.

²⁴ Roger Waldinger y Mehdi Bozorgmehr (eds.), *Ethnic Los Angeles*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1996. Véase también Roger Waldinger, «Immigration and the Los Angeles Economy», trabajo presentado en la conferencia sobre «Los Angeles: Economic Challenges and Opportunities», Lewis Center for Regional Policy Studies, UCLA School of Public Policy and Social Research, diciembre de 1994.

(Philip Yang). Todos excepto Yang eran estudiantes o profesores de la UCLA. Roger Waldinger, antes establecido en la ciudad de Nueva York donde dirigía un estudio sobre las poblaciones inmigrantes y la división étnica del trabajo en esta ciudad, fue la figura clave detrás de *Ethnic Los Angeles*.²⁵ Su trabajo dirige la mirada hacia las estrategias de creación de redes, la formación de nichos y los patrones de estratificación social dentro de la cambiante división étnica del trabajo en Los Ángeles.

Inspirándose en éstas y otras fuentes, se puede construir un mapa más detallado de los cambios en el mosaico étnico. En 1990, la población de Los Ángeles, en los cinco condados de la CMSA (Consolidated Metropolitan Statistical Area), era de 14,5 millones, con el siguiente análisis según la principal categoría étnica:

Blancos no hispanos	7,2 millones (49,8 %)
Negros	1,2 millones (8,5 %)
Hispanos	4,8 millones (33,0 %)
Asiáticos/Isleños del Pacífico	1,3 millones (9,2 %)

La impresionante transformación demográfica de la región viene ejemplificada por el condado de Los Ángeles, donde la proporción de blancos no hispanos o anglos, para usar el término local, se redujo a la mitad (de 80,8 % en 1960 a 40,8 % en 1990), mientras que la población hispana (en lo sucesivo latina) creció de 577.000 (9,6 %) a 3.350.000 (37,8 %). Las estimaciones actuales sugieren que los latinos ahora son el grupo étnico más grande del país. La población negra del condado se ha doblado en los últimos treinta años, pero hay indicios de que su número tocó techo a principios de la década de 1990 y ahora ha comenzado a decaer. El mayor crecimiento en porcentaje (de 1,9 a 10,8) ha sido para los asiáticos y los procedentes de las islas del Pacífico, que en 1990 superaron en número a la población negra de la CMSA y hoy probablemente, también, los hayan superado en el condado de Los Angeles.

La población blanca también ha disminuido en términos proporcionales en los cuatro condados exteriores (Orange, Riverside, San Bernardino y Ventura) pero al mismo tiempo se ha producido un importante crecimiento en su número, que sugiere una gran transformación intrametropolitana de

²⁵ Roger Waldinger, *Through the Eye of the Needle: Immigrants and Enterprise in New York's Garment Trades*, Nueva York, New York University Press, 1986; Thomas Bailey y Roger Waldinger, «The Camping Ethnic Division of Labor», en John Mollenkopf y Manuel Castells (eds.), *Dual City: Restructuring New York*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1991, pp. 43-78.

las ciudades centrales a las ciudades exteriores, parcialmente inducido por el fenómeno conocido como *white flight*. Si bien el condado de Los Ángeles tuvo un decrecimiento neto de la población blanca (1960-90) de 1,3 millones, en su mayoría de la mitad sur del condado, más densamente poblado, éste era igualado por un incremento neto de 2,1 millones en los condados exteriores. Los otros tres grupos étnicos también participaron en este movimiento intrametropolitano, la población negra se incrementó en más de 200.000 personas (principalmente en el condado de San Bernardino), los asiáticos en 370.000 (especialmente concentrados en el condado de Orange) y de forma más dispersa los latinos con prácticamente 1,25 millones.

Descomponiendo estas figuras agregadas para la región se puede construir un dibujo más detallado del Los Angeles étnico. La siguiente tabla es una lista de las mayores poblaciones étnicas en 1990 por país de origen, con nuevos datos sobre la renta media por hogar y el porcentaje de personas nacidas en el extranjero entre los mayores de 25 años, extraídos de Allen y Turner, *The Ethnic Quilt*.

	Población por país de origen	Población en 1990	Renta media familiar (\$)	Porcentaje de nacidos en el extranjero mayores de 25 años
1	Mexicana	3.751.278	29.160	62,7
2	Africana	1.229.809	26.350	7,5
3	Inglesa	993.735	43.000	7,4
4	China	304.588	39.600	90,0
5	Filipina	291.618	48.000	92,0
6	Salvadoreña	274.788	22.200	99,0
7	Rusa	196.467	51.000	13,3
8	Coreana	194.437	32.000	97,9
9	Japonesa	173.370	46.000	37,1
10	Vietnamita	148.217	34.700	99,0
11	Guatemalteca	139.650	22.650	98,1
12	Armenia	111.138	30.300	81,4

Los números de cada uno de estos grupos, excepto quizás el de los norteamericanos de origen africano, se han incrementado de forma significativa desde 1990. En términos del tamaño de la población, el grupo que más claramente sobresale es el de origen mexicano, dividido aproximadamente en dos tercios / un tercio entre nacidos fuera y nativos, estos últimos comprenden la

gran población chicana (más de 1,2 millones). Las poblaciones de origen africano e inglés, tienen de lejos los porcentajes más pequeños de nacidos en el extranjero, pero las estadísticas para los japoneses también indican una alta proporción de japoneses-norteamericanos nativos que como los chicanos y chicanas han desarrollado una identidad local característica. Cada uno de estos grupos étnicos supone la homogeneización de importantes diferencias por país o región de origen. Los chinos nacidos fuera, por ejemplo, llegan principalmente de la República Popular China y de Taiwan, pero también hay gran número de Vietnam, Hong Kong y Malasia, y cada grupo mantiene sus propias tradiciones.²⁶ Estas diferencias grupales intra-étnicas representan un aspecto importante aunque poco estudiado de la cosmópolis de Los Ángeles.

Los datos de renta media por hogar nos permiten vislumbrar algunas de las polaridades étnicas en lo que se refiere a riqueza y pobreza en Los Ángeles. El grupo con mayor renta es el ruso (una gran proporción de los cuales es judío) y el filipino, una población que a menudo habla de forma fluida tanto el inglés como el español y está compuesta de forma desproporcionada por profesionales especializados, en particular en enfermería y medicina. Es interesante el hecho de que la población de origen ruso presenta el mayor grado de desigualdad interna de todos los grupos entre la renta personal de los nativos y la de los nacidos fuera, los primeros ganan prácticamente el doble que los últimos. En una lista más larga de los 34 grupos étnicos, les siguen los indios asiáticos (con una renta media de 47.000 dólares), seguidos de las poblaciones japonesa, inglesa, israelí, paquistaní, iraní y turca, que tienen todos una media de renta de 40.000 dólares o más. En el extremo opuesto de la escala de ingresos están los casi 35.000 camboyanos (20.160 dólares) seguidos de cerca por salvadoreños y guatemaltecos. Lo que muestran estos datos es que las mayores polaridades de renta *dentro* de los cuatro mayores grupos étnicos se encuentran entre los procedentes de Asia y de las islas del Pacífico y en particular, entre dos poblaciones originarias del sudeste asiático, filipinos y camboyanos. Estas inesperadas desigualdades de renta salpimentan el mosaico étnico.

The Ethnic Quilt también contiene una rica descripción de los nichos étnicos dentro del mercado de trabajo del gran Los Ángeles, estas especializaciones ocupacionales añaden otra dimensión a la ciudad fractal. Aquí sigue

²⁶ Un ejemplo de estas diferencias intraétnicas surgió cuando los promotores del Hong Kong chino revelaron sus planes para construir un complejo de apartamentos en altura en la antigua Chinatown, reminiscencia del denso urbanismo isleño de su hogar. Otros chinos se opusieron ya que no encajaba en el paisaje cultural local. Según la nueva Chinatown suburbana se fue desarrollando en una zona en torno a Monterrey Park, se produjeron choques similares en relación con el espacio urbano entre la mayoría de taiwaneses y otros grupos chinos.

una lista de los nichos étnicos más importantes, con el porcentaje de todos los trabajadores que en cada ocupación pertenecen a un grupo étnico principal por género (*The Ethnic Quilt*: tabla 8.4, pp. 211-12).

Abogado	Hombre blanco	88,5
Actor, director	Hombre blanco	86,1
Actor, director	Mujer blanca	85,1
Marketing, publicidad	Hombre blanco	83,5
Trabajador del campo	Mujer mexicana	78,4
Operador de máquina de coser textil	Hombre mexicano	68,4
Encargado de mantenimiento	Hombre mexicano	60,3
Ayudante de camarero, pinche de cocina	Hombre mexicano	57,0
Operador de máquina de coser textil	Mujer mexicana	56,7
Ensamblador	Hombre mexicano	52,2
Cocinero	Hombre mexicano	52,0
Ensamblador	Mujer mexicana	51,6
Obrero de la construcción	Hombre mexicano	49,8
Montador de equipo electrónico	Hombre mexicano	43,9
Montador de equipo electrónico	Mujer mexicana	41,9
Empleado postal	Mujer negra	40,3
Conserje, limpiador	Mujer negra	38,0
Conductor de autobús	Mujer negra	35,6
Empleada de hogar	Mujer negra	35,2
Conductor de autobús	Hombre negro	33,5
Empleado postal	Hombre negro	28,4
Seguridad, policía (privada)	Mujer negra	23,7
Enfermera profesional licenciada	Mujer negra	22,5
Asistente sanitario, camillero	Mujer negra	22,3
Seguridad, policía (privada)	Hombre negro	21,5
Trabajador social	Mujer negra	20,9
Empleada de hogar	Mujer salvadoreña	20,8

Otras «especializaciones étnicas», donde la representación de un grupo, para los HOMBRES, es cinco veces más que su media en el mercado de trabajo, son: servicio de alimentación, gerente de hotel (chino), contable

(filipino), ingeniero eléctrico (chino), médico (ruso, chino), abogado y actor, director (ruso), técnico de laboratorio clínico (filipino, chino), técnico electrónico (vietnamita), cajero (coreano), informático (filipino), contable, oficinista contable (filipino), empleado de correos (filipino), cartero (negro, filipino), administrativo (negro, filipino), cocinero (chino), asistente sanitario, camillero (negro, filipino), pintor (salvadoreño), montador de equipo electrónico (vietnamita), y operador de maquinaria de coser textil (salvadoreño, guatemalteco). Las especializaciones étnicas de las MUJERES incluyen: contable (china), ingeniera aeroespacial (china), ingeniera eléctrica (china), analista de sistemas (china), médico (filipina, coreana, vietnamita), abogada y actriz, directora (rusa), técnica de laboratorio clínico y enfermera profesional licenciada (filipina), técnica electrónica y montadora de equipos electrónicos (vietnamita), programadora informática (china), informática (negra), empleada de correos (china), cuidadora de niños (salvadoreña, guatemalteca), empleada de hogar (guatemalteca), conserje, limpiadora (negra, salvadoreña), peluquera, esteticista (vietnamita) y operadora de máquinas de coser (salvadoreña, china).

Esta tabla de nichos ocupacionales étnicos presenta un vivo paisaje de la vida diaria contemporánea en Los Ángeles. Para los que viven allí, es a la vez familiar y fascinante. Para aquellos que no, es un complejo patrón étnico de trabajo que reclama el estudio comparado con otras regiones postmetropolitanas. El patrón empírico del mosaico social reestructurado viene resumido con un representativo lenguaje sociológico por Roger Waldinger en su capítulo final de *Ethnic Los Angeles*, «Ethnicity and Opportunity in the Plural City» [Etnicidad y oportunidad en la ciudad plural]. He puesto en cursivas los términos y frases que componen el discurso de Waldinger.

Ahora Los Ángeles es profunda, irremediamente étnico. El reto al que se enfrenta la región es si esta nueva *metrópolis políglota* puede funcionar. Y ésta no es una cuestión tan sólo de la región. En Los Ángeles, el Estados Unidos de finales del siglo XX se encuentra ante su espejo. Los Ángeles después de todo no es una vieja y decadente ciudad interior. Es, de hecho, la *quintaesencia de los suburbios* estadounidenses, el dinámico y más sólido producto del capitalismo estadounidense de postguerra, y por esa razón, tal y como el escritor David Reid escribió, «la ciudad estadounidense a la que el mundo mira para ver señales y portentos». (Waldinger, 1996: 447)

El patrón de especialización étnico de la región constituye también un *sistema de desigualdad*. Incluso los habitantes de Los Ángeles más afortunados están a cierta distancia de la cima de la jerarquía, como se puede ver en una comparación con los nativos rusos/judíos, el grupo étnico mas persistente de origen europeo [...] Los chinos y japoneses se han desplazado a las especializaciones ventajosas, donde pueden encontrar amplias oportunidades de

trabajos de oficina, también se les dan mejor las *industrias de baja densidad étnica*. Otros grupos —los norteamericanos de origen africano y mexicanos, así como los inmigrantes coreanos, filipinos y vietnamitas, por ejemplo— ocupan *rangos medios del continuum*, a veces se les dan mejor las industrias de *alta densidad étnica*, otras peor. Los inmigrantes mexicanos, salvadoreños y guatemaltecos —los más concentrados de todos— les va peor hacinándose en trabajos poco importantes donde el *techo salarial* es extremadamente bajo. (Waldinger, 1996: 449)

La «*nichización*» es dominante, pero no todo nicho resulta recompensado. Algunos sí, en especial aquellas concentraciones que proporcionan oportunidades para el autoempleo; los habitantes de Los Ángeles con otra etnia distinta a la dominante que trabajan en su negocio *tienen una ventaja* considerable en lo que se refiere al *autoempleo*, que se mantiene incluso cuando tomamos en cuenta los *factores de capital humano*. Se podría añadir una diferencia relativa al sector público comparable a la ventaja del autoempleo; para los norteamericanos de origen africano, el gobierno es un nicho de empleo ventajoso porque reduce la exposición a empleadores que pueden discriminarlos así como a inmigrantes que pueden competir por trabajos que los negros han mantenido hasta hace poco. En contraste, los mexicanos y los centroamericanos parecen haber sido apiñados en nichos que constituyen *trampas de movilidad*; en estos casos, la concentración en una *especialización étnica* satura los recursos y por lo tanto incrementa el potencial para competir con los suyos. (Waldinger, 1996: 451)

De esta manera, la complejidad económica del *orden étnico* de Los Ángeles no puede reducirse a las antinomias de las visiones académicas convencionales. Si bien la transformación étnica de la región ha sido acompañada por un *aumento del margen entre ricos y pobres*, esta división no organiza el *mapa étnico* del Los Ángeles contemporáneo. Entre la población norteamericana de origen africano, la marcha hacia una mayor distinción social se ha dado rápidamente *dentro* de la región; si uno mira su nivel de renta, sus patrones familiares o de residencia, los norteamericanos de origen africano mejor educados están hoy más lejos de sus hermanos menos afortunados de lo que lo estaban en 1970. Y mientras mantenemos en mente los defectos del punto de vista del *modelo minoritario*, merece la pena apuntar que las familias asiáticas nativas tienen mejores resultados que los nativos blancos no sólo en uno sino en varios indicadores importantes. (Waldinger, 1996: 451)

Al final, las transformaciones demográficas de los últimos veinte años han creado una *nueva división étnica del trabajo* en la que la *etnicidad se cruza con la clase*. Los norteamericanos de origen chino y japonés de la región constituyen una clase media profesional integrada en el núcleo industrial, en las manufacturas y en los servicios profesionales de la región. Los inmigrantes coreanos, iraníes y chinos conforman una agrupación empresarial diversificada, los coreanos luchan como una *petite bourgeoisie* sitiada y los iraníes y chinos en la

carrera hacia la alta tecnología, con un espíritu empresarial de alta cualificación. Los norteamericanos de origen africano se dividen en dos grupos, un componente de clase media emergente ligado al gobierno y a otros grandes empleadores y un segmento empobrecido, de baja cualificación, crecientemente excluido del propio sistema de empleo. Los mexicanos también están divididos entre los nativos, una clase media-baja compuesta por trabajadores cualificados y burócratas de bajo nivel que se solapa un poco con las categorías de los nacidos fuera y con el proletariado inmigrante aislado confinado a los escalones más bajos de la economía de la región donde se juntan con los centroamericanos, los últimos en ser incorporados al conglomerado de la mano de obra barata de la región. (Waldinger, 1996: 454-455)

Estas observaciones derivan principalmente de lo que puede ser descrito como una visión a partir de una «matriz» discreta del mosaico social. Aunque se usan palabras como «mapa» y «distancia» no se refieren específicamente al espacio geográfico sino a un espacio social abstracto definido por la estructura compartimentada del mercado de trabajo.²⁷ Se atiende a las diferencias intra-étnicas pero cada etnicidad a la que se refiere tiende a ser vista como un grupo estadístico homogéneo que puede ser dispuesto en columnas comparables intersectadas con las filas de las variables seleccionadas. Este modelo, tan adecuado para la investigación de la ciencia social empíricamente inductiva, tiene amplias virtudes; en *Ethnic Los Angeles*, complementado con casos de estudio étnicos más detallados, se ha manejado de forma adecuada generando una considerable riqueza de información comparada. Tanta información, de hecho, que es difícil ver no sólo los patrones intra-étnicos sino también otras dos dimensiones críticas del mosaico social reestructurado: la expresión específicamente espacial del nuevo orden social (muy poco de lo que se ha discutido en el tercer discurso, por ejemplo, aparece en *Ethnic Los Angeles*) y el patrón emergente de relaciones inter-étnicas o multiculturales que también son una parte importante de la transición postmetropolitana de Los Ángeles. Al profundizar en la información contenida en *The Ethnic Quilt* de Alen y Turner, y otras fuentes más geográficas, es posible llegar a ver estas dimensiones adicionales del mosaico social reestructurado de Los Ángeles.

²⁷ Para una excelente crítica y para una creativa especialización de los estudios del mercado de trabajo, véase Jaime Peck, *Work-Place: The Social Regulation of Labor Markets*, Nueva York y Londres, Guilford Press, 1996.

Geografías mono-étnicas: la segregación del espacio urbano

Utilizando datos del censo de 1990, se puede construir un mapa básico del Los Ángeles mono-étnico, reflejado en cada sección censal cuando uno de los cuatro mayores grupos etno-raciales (afroamericano, asiático e isleño del Pacífico, latino y blanco no hispano) supera el porcentaje medio de su condado, lo que constituye uno de los índices sociológicos clásicos de la concentración/segregación espacial. Casi el 54 % de la *población blanca* del condado de Los Ángeles, el mayor porcentaje de lejos, vive en estas secciones censales «de alta concentración» y es probable que el porcentaje sea todavía mayor en otros condados adyacentes. Las concentraciones geográficas más marcadas (más del 80 % de la población de la sección) se dan en la cuña rica del Westside que cabalga las laderas de las montañas de Santa Mónica, extendiéndose desde Beverly Hills y Studio City a través los suburbios de la élite de la ciudad de Los Ángeles como Belair, Brentwood y Pacific Palisades, hasta las ciudades recientemente incorporadas de Malibú y Westlake Village, dando la vuelta hacia Thousand Oaks en el condado de Ventura.

Una extensión meridional de esta zona rica, primordialmente blanca, se aferra a la línea de playa del Pacífico (con su punto de máxima densidad en Manhattan Beach) y alcanza la península de Palos Verdes con su grupo de comunidades cerradas de Rancho Palos Verdes y Rolling Hills Estates. Tras una interrupción en el puerto de Los Ángeles y en el centro de Long Beach, la concentración en primera línea de playa continúa adentrándose en el condado de Orange y se extiende hacia el interior para cubrir prácticamente toda la mitad sur del condado. En paralelo a la orilla del Pacífico están las municipalidades más blancas de la región, listadas en orden por su índice entrópico: Newport Beach, Laguna Beach, Manhattan Beach, Seal Beach.²⁸ El patrón está coloridamente mapeado en la figura 3.3 *The Ethnic Quilt* (Blancos no hispanos: porcentaje de población, 1990, p. 53) y en el mar azul que rodea el núcleo interior del Los Ángeles no blanco de la figura 9.1 (Mayoría de población étnica, p. 233).

Una zona blanca muy diferente se estira a través de la grada norte de la región, a lo largo de las faldas de las montañas de San Bernardino y el paisaje del Desierto Alto hasta el condado de Ventura, la mayor localización de lo que se ha descrito como suburbios *white flight*, el más conocido es Simi Valley, localidad del primer juicio a los policías que pegaron a Rodney King.

²⁸ Véase tabla 9.4. (Zonas urbanas más y menos diversas étnicamente, 1990), *The Ethnic Quilt*, 1997, p. 243.

Otro dos mapas de *EQ* resaltan este *white flight*. Uno muestra «Los mayores cambios de las poblaciones étnicas» (figura 3.1, p. 51) con anchas flechas blancas que emanan en todas direcciones desde el centro mostrando la magnitud del vuelco centrífugo de las poblaciones blancas desde las ciudades interiores a las exteriores. Un pequeño mapa, que describe la distribución de la policía y los detectives privados (*EQ*, figura 2.13) muestra aún más claramente este reducto blanco, con sus puntos de máxima concentración en Santa Clarita, Antelope Valley, Simi Valley y Rancho Cucamonga. Estas dos zonas opuestas del Los Ángeles de mayoría blanca representan una marcada polaridad de los estilos de vida, así como de renta, que muchas veces no es percibida en los estudios sobre el mosaico social reestructurado.²⁹

Las secciones censales de alta densidad latina, en las cuales vive más del 37 % de la población latina del condado, están situadas en una destacable relación inversa a las secciones censales blancas, una polaridad espacial que domina el mapa del Los Ángeles mono-étnico. Las personas de origen mexicano, de lejos la mayor población latina, tienen sus grupos más densos (en algunos lugares alcanzan cerca del 100 %) en el gigantesco *barrio*³⁰ de East Los Ángeles (todavía no incorporado) y en la comunidad adyacente de Boyle Heights (que fue uno de los centros de la población judía del condado), con extensiones casi continuas hacia el Este, hacia Pico Rivera y Santa Fe Springs; el Noreste en comunidades cerradas de San Gabriel Valley como El Monte y Duarte, y más recientemente hacia el Sur en comunidades que antes formaban el corazón de la tierra (mayoritariamente sureña) de los suburbios de la clase blanca trabajadora (Huntington Park, South Gate, Downey, Lynwood, Cudahy, Bell). Esta cuña que se extiende hacia el Sur ha experimentado una de las transformaciones demográficas más rápidas de la historia urbana, pasando de un 80 % de blancos en 1965 a, en muchas áreas, más del 90 % latino de hoy en día. Esta ola demográfica torrencial ha borrado virtualmente la vieja «cortina de algodón» blanca-negra que se extendía de Norte a Sur a lo largo de Alameda Boulevard, y que ahora fluye rápidamente adentrándose en las áreas donde los norteamericanos de origen africano fueron en su momento mayoría (por ejemplo Watts, donde los latinos son hoy el mayor grupo de población). Long Beach, la segunda ciudad más grande de la región, muchas veces olvidada, tiene su propio *barrio* densamen-

²⁹ Dentro de la población blanca también hay algunos enclaves étnicos especializados, como los de ascendencia armenia (con una población de 111.000 personas) en Glendale y Montebello, de ascendencia rusa (196.000) y los israelíes (13.000) en el distrito de Fairfax y en algunas partes del sur del valle de San Fernando, y la amplia población de ascendencia inglesa (994.000) en zonas costeras dispersas y en las colinas.

³⁰ En castellano en el original. [N. del E.]

te afincado, al igual que Santa Ana, la segunda ciudad más grande del condado de Orange. Existen barrios latinos más pequeños en el norte del valle de San Fernando, en la municipalidad de San Fernando y en la comunidad adyacente a la ciudad de Los Ángeles, Pacoima, en el lado oeste en y alrededor de Lennox, y al este en Pomona, Notario y Corona.

Un destacado barrio centroamericano se ha desarrollado inmediatamente al oeste del centro en las comunidades de Westlake y Pico-Union. Situado en lo que muchos observadores esperan que sea la mayor zona de expansión del centro de la ciudad de Los Ángeles, este área con edificios todavía de baja altura y una intensa superpoblación contiene ahora densidades de población comparables a Manhattan o Calcuta. Refugiados de la guerra de El Salvador, post-revolucionarios de Nicaragua y los regímenes represivos de Guatemala han dado a esta área un aroma de rebeldía política mayor que en la mayoría de los demás enclaves de inmigración. Pico-Union fue un importante centro en las Revueltas por la Justicia de 1992 y sus residentes proporcionaron a la mayor parte de las más de 1.000 personas alegadas como indocumentadas y que fueron deportadas por el Servicio de Inmigración y Naturalización (INS) (con el apoyo de la policía local a pesar de la política oficial de Los Ángeles de no verse involucrada en actividades de deportación). De este modo, en 1992 se hizo patente otra polaridad; un significativo contraste entre el activismo político de los *barrios* mayoritariamente centroamericanos y los mexicanos, ya que East Los Ángeles permaneció relativamente tranquilo durante los días de la conflagración.

El centro del gueto *negro* de Los Ángeles ha experimentado una contracción significativa y un empujón definitivo hacia el Oeste. El número de ciudades y comunidades con más de un 60 % de norteamericanos de origen africano se ha reducido a cinco: el gran distrito de West Adams-Baldwin Hills-Leimert dentro de la ciudad de Los Ángeles (169.000 personas) y cuatro pequeñas bolsas de suelo no incorporadas al condado (Westmont, West Compton, West Athens y View Park-Windsor Hills), con una población total de alrededor de 55.000 personas. Los propios nombres de estas áreas señalan el pronunciado giro hacia el Oeste, así como el encogimiento general del centro del Los Ángeles negro al área dentro y alrededor del distrito Crenshaw. Con el crecimiento de Koreatown, la gentrificación anglo que empuja desde el Norte y la ola latina derramándose desde el Este, el Los Ángeles negro se ha compactado cada vez más al igual que se ha polarizado internamente por las diferencias de renta y de estilos de vida. Más al Oeste, cruzando la autopista de San Diego, una nueva barrera racial se avvicina en el gran reducto anglo que corre paralelo a la orilla del Pacífico, al sur del aeropuerto internacional de Los Ángeles. En esta primera extensión de «surf-urbia», tal y como la llamó Reyner Banham (1971) en una ocasión, en

el censo de 1990 se contaban escasamente 1.600 norteamericanos de origen africano en cinco ciudades costeras con una población total de casi 140.000 personas. El número de secciones censales en el condado de Los Ángeles sin residentes norteamericanos de origen africano ha caído, no obstante, de casi 400 en 1960 a tan sólo cuatro en 1990, en gran medida debido a las exitosas luchas legales antirracistas en el mercado de la vivienda regional.

Esta compactación del Los Ángeles negro ha llevado a muchos residentes afroamericanos a sentir un profundo sentimiento de pérdida. He aquí algunos extractos de «Lost Soul: A Lament for Black Los Angeles», [Alma perdida. Un lamento por el Los Ángeles negro], de Erin J. Aubry:

El distrito de Crenshaw, de siete millas cuadradas, es la única área mayoritariamente negra que queda en Los Ángeles, además de ser el argumento más fuerte en contra de la aniquilación cultural. Las iglesias locales,³¹ los restaurantes de comida sureña y los clubs nocturnos itinerantes puede que tengan un aire cansado, pero se mantienen en pie, y el área es la base de operaciones para una importante proporción de los negocios y las instituciones negras [...] Sin embargo, a pesar de toda su actividad, Crenshaw da la sensación de ser una isla, un búnker. Valerie Shaw, residente de toda la vida y activista [siente] que «hay una tremenda sensación de pérdida en la comunidad negra —una pérdida de estatus político, pérdida de vecindarios, pérdida de historia [...] La gente está tratando de lidiar con la ruptura de un *continuum*» [...] La zona negra de la ciudad ya no se puede dar por sentada; tal y como observaba un estudio reciente de United Way con un lenguaje burocrático llano pero ominoso: «Lo que comúnmente conocimos de la comunidad negra a lo largo de los últimos 20 ó 30 años estaba geográficamente presente sobre la base de un grupo de vecindarios con una concentrada mayoría de la población negra de la ciudad [...] Sin embargo, la noción de una comunidad negra geográficamente determinada ya no es correcta o viable».³²

Las meras representaciones estadísticas jamás podrán capturar estas repercusiones más emocionales de la reestructuración urbana, sin embargo debemos seguir adelante.

Estadísticamente, los asiáticos, junto con los que proceden de las islas del Pacífico (que tienen en Los Ángeles sus mayores concentraciones en el continente norteamericano) son los que menos concentrados están, en términos

³¹ Las conocidas en inglés como *storefront churches* son las iglesias típicas de las comunidades negras estadounidenses que con muy pocos medios económicos, y muchas veces poco después de la abolición de la esclavitud, optaron por comprar locales que habían sido antiguos negocios y convertirlos en sus espacios de oración. [N. del E.]

³² Erin J. Aubry, «Lost Soul: A Lament for Black Los Angeles», *LA Weekly*, 4-10 de diciembre de 1998.

geográficos, de las cuatro grandes agrupaciones. Mientras que un 54 % de los blancos, casi un 40 % de los norteamericanos de origen africano y un 37 % de los latinos en el condado de Los Ángeles viven en secciones censales dominadas por su grupo étnico, tan sólo ocurre lo mismo con un 17 % de los asiáticos. Sólo son mayoría en la vieja Chinatown al norte del centro, en Monterrey Park, en algunas áreas circundantes del valle de San Gabriel (ahora llamado el primer Chinatown de la periferia) y en algunas secciones de Gardena, Cerritos y Long Beach.³³ Existen concentraciones algo menores en Koreatown, Carson y la Little Saigon del condado de Orange. Desde 1990 las nuevas migraciones, especialmente la china, han ampliado probablemente las áreas asiáticas, principalmente en el valle de San Gabriel, donde la concentración en gran parte taiwanesa de Monterrey Park se ha derramado sobre las comunidades adyacentes y se ha expandido hacia el Este para conectar con las fuertes concentraciones asiáticas de Walnut, Diamond Bar y Hacienda Heights.

Aunque estas geografías mono-étnicas muestran la persistencia de formas voluntarias e impuestas de segregación racial, también hay signos de que la segregación espacial por raza y etnicidad, ha decaído en términos estadísticos en los últimos treinta años. Esto se debe en parte a las enérgicas luchas con el fin de eliminar los convenios restrictivos y de reducir el impacto del racismo menos institucionalizado en el mercado de la vivienda, especialmente dirigido contra los norteamericanos de origen africano. Pero un factor aún mayor ha sido la masiva latinización de Los Ángeles y los asentamientos interclasistas de las poblaciones asiáticas. Prácticamente todas las comunidades, incluidas Beverly Hills y Belair, tiene al menos un 5 % de residentes latinos (aunque muchos de ellos sean sirvientes internos, niñeras y jardineros). Como dijimos antes, la población asiática más que ninguna otra, comprende una extensa gama de riqueza y pobreza, viviendo en las áreas más ricas y más pobres del condado. Pero incluso con estos cambios, Los Ángeles se mantiene como una de las regiones urbanas más segregadas del país. Ninguna manipulación de los datos puede disfrazar este hecho fundamental.

³³ Timothy P. Fong, *The First Suburban Chinatown: The Remaking of Monterey Park, California*, Filadelfia, Temple University Press, 1994. Monterey Park, reputada como la principal ciudad de mayoría asiático-americana en el Estados Unidos continental, recibió una importante atención internacional en la década de 1980 por sus luchas inter-étnicas en torno al uso del idioma, con los latinos y los anglos aliados a menudo para detener el uso exclusivo del chino en señales y otros lugares, y para declarar el inglés como «idioma oficial». Para más información sobre estas luchas, véase John Horton, «The Politics of Ethnic Change: Grass-Roots Responses to Economic and Demographic Restructuring in Monterey Park», *Urban Geography*, núm 10, 1989, pp. 578-92; «The Politics of Diversity in Monterey Park, California», en Louise Lamphere (ed.), *Structuring Diversity: Ethnographic Perspectives on the New Immigration*, Chicago, University of Chicago Press, 1992; y *The Politics of Diversity: Immigration, Resistance, and Change in Monterey Park, California*, Filadelfia, Temple University Press, 1995.

Geografías multiculturales: cartografiar la diversidad

¿Qué ocurre si miramos al lado opuesto de la concentración mono-étnica y exploramos el diseño del Los Ángeles inter-étnico o multicultural? ¿Existen áreas de excepcional diversidad y en las que hay densos contactos interétnicos en los que ningún grupo domina la escena local? ¿Dónde están situadas estas áreas cosmopolitas? Utilizando el tradicional Índice de Entropía (que mide las desviaciones a partir de la total homogeneidad) para los cuatro grandes grupos étnicos además de los indios americanos, Allen y Turner (*EQ*, p. 243) hacen un listado de los espacios urbanos más diversos de la región con más de 10.000 residentes en 1990:

Carson	0,876	Walnut	0,789
Gardena	0,867	West Covina	0,789
Hawthorne	0,836	Long Beach	0,784
West Carson	0,797	Rowland Heights	0,784
Alondra Park	0,792	Los Ángeles	0,782

Con una variación de este índice para al año 1980, Allen y Turner desarrollaron en un artículo anterior una lista de las 100 áreas urbanas de mayor diversidad de Estados Unidos.³⁴ Más de la mitad de estos lugares estaban situados en California, y 20 de ellos sólo en el condado de Los Ángeles.³⁵ He aquí una lista de los veinte lugares de mayor diversidad, en negrita los que pertenecen al condado de Los Ángeles:

³⁴ James P. Allen y Eugene Turner, «The Most Ethnically Diverse Urban Places in the United States», *Urban Geography*, núm. 10, 1989, pp. 523-539.

³⁵ En *The Ethnic Quilt*, los autores también calcularon los índices de entropía para los 3.100 condados de 1990. El condado de Los Ángeles estaba en cuarto lugar, después de Queens en la ciudad de Nueva York, un municipio de una isla aleutiana en Alaska y San Francisco.

Gardena CA	2,00	Langley Park MD	1,74
Gardena	0,867	West Covina	0,789
Hawthorne	0,836	Long Beach	0,784
West Carson	0,797	Rowland Heights	0,784
Alondra Park	0,792	Los Ángeles	0,782
Carson CA	1,99	Pittsburg CA	1,72
Daly City CA	1,85	San Francisco CA	1,71
Union City CA	1,80	Pomona CA	1,70
Nacional City CA	1,77	Oakland CA	1,70
Marina CA	1,76	Gallup NM	1,68
Seaside CA	1,75	Cerritos CA	1,67
Los Ángeles CA	1,75	Passaic NJ	1,67
West Carson CA	1,75	Jersey City NJ	1,66
Monterrey Park CA	1,74	Richmond CA	1,64

En la parte más alta de ambas listas están las ciudades de Gardena y Carson. Con una población combinada de más de 150.000, estas dos ciudades están aproximándose a una diversidad demográfica que probablemente nunca antes se hubiera conseguido en ningún área urbana de tamaño comparable en la historia: una perfecta división de la población en cuartos entre blancos, negros, asiáticos y latinos. Más aún, este proceso de división en cuatro cuartos se ha estado desarrollando durante treinta años y no muestra signo alguno de inversión significativa.³⁶

Desde la década de 1920 por lo menos, el área de Gardena incluye una gran población japonesa y un notable grupo de hawaianos, principalmente también de origen japonés. Las poblaciones coreana y china combinadas han crecido en años recientes hasta casi alcanzar el tamaño de la japonesa, y también hay un número creciente de filipinos, dando a esta ciudad de más de 50.000 personas un distintivo aroma «pan-asiático». La ascendencia japonesa de Gardena hizo de ella un importante centro de servicios para los hombres de negocios que viajaban a las más de 300 firmas japonesas que se agrupan en el área más grande de South Bay, incluidas las sedes centrales de Honda, Toyota y Nissan en Estados Unidos. Aún hoy, se considera que

³⁶ La discusión sobre Gardena y Carson ha sido ampliamente documentada por la investigación de Nari Rhee y especialmente de Alfonso Hernández-Márquez, quien actualmente está investigando, para su disertación doctoral, el impacto de la diversidad en la vida diaria en la región que se extiende desde Gardena y Carson hasta Cerritos.

Gardena tiene algunos de los mejores restaurantes de sushi de la región. Gardena fue también uno de los primeros centros de juego legalizado de Los Ángeles y su gran casino continúa abierto en gran parte gracias al patrocinio de los residentes asiáticos, así como de los visitantes. La población latina ha crecido rápidamente en las décadas recientes, mientras que la población residente anglo ha decaído de forma significativa. Sin embargo, ambas poblaciones, la anglo y la negra parecen haberse estabilizado justo por debajo de un cuarto del total.

En parte debido a su extraordinaria diversidad cultural, el gobierno de la ciudad de Gardena se ha convertido en uno de los más progresistas de Estados Unidos. En 1980, recibió el premio All-America City de la Liga Municipal Nacional por la «activa participación de sus ciudadanos en la acción y el trabajo conjunto con los funcionarios locales con el fin de ayudar a resolver importantes problemas de la comunidad»; fue nombrada Ciudad Modelo del año en 1985 y en 1995 por el WeTIP, una organización nacional contra el crimen; ganó el Golden Shield Award de la Southern California Municipal Athletic Federation en 1976 y en 1992 por promover programas deportivos para jóvenes y adultos; en 1986 fue reconocida con el premio nacional de la Conferencia Nacional de Alcaldes por su programa de asistencia a empleados, por el proyecto de cuidado de niños enfermos, por el sistema de referencia informatizado para el cuidado de niños, por el centro de día para personas mayores, y otros programas «de apoyo a las familias trabajadoras»; y en 1982 fue una de las cinco ciudades que recibieron el premio Save the Children de la Conferencia Estadounidense de Alcaldes y la Fundación Save the Children. Se han establecido activas relaciones de hermanamiento con Japón y México, y se están haciendo intentos para añadir un homólogo de África occidental. Claramente, Gardena se toma en serio su diversidad y si bien persiste una segregación residencial mono-étnica significativa, existen suficientes signos de que su población multiétnica ha creado un entorno urbano inusualmente innovador.

La cercana Carson, con una población de casi 100.000 habitantes casi perfectamente dividida en cuartos, también refleja su diversidad de manera interesante. Los filipinos son probablemente el grupo asiático más grande y hay más de 3.500 samoanos. Además de ser un próspero centro de negocios (Nissan, Mercedes-Benz, TRW, Sony, Pioneer Electronics, Rockwell Medical, IKEA, Goodyear, ARCA, Shell, Yoplait, Herbalife, Kenwood, United Airlines, Mikasa y Siemens, tienen oficinas aquí), Carson es el emplazamiento de la universidad del Estado de California, Domínguez Hills, recientemente identificada como la universidad con el cuerpo estudiantil más diverso del oeste de Estados Unidos y en segundo lugar de todo el país, tan sólo por detrás del Baruch Collage de la Universidad de Nueva York. La revista *Forbes*

también reconoció a la CSUDH como una de las diez «ciber-universidades» del país. La conciencia de Carson de su inusual heterogeneidad, le ha llevado a la creación del primer Museo de la Diversidad Cultural de EEUU., descrito como un Fórum para la Colaboración Cultural a través de las Artes.

Anclado en el eje Gardena-Carson existe un arco de diversidad étnica y cultural que comienza en el Norte en lugares como Hawthorne y se extiende hacia el Sureste en algunas de las secciones censales más antiguas de Long Beach, y gira otra vez hacia el Norte hacia Cerritos y la cercana La Palma. Al usar una lista más larga de catorce grupos étnicos, incluidos seis de la categoría de asiáticos e isleños del Pacífico, Allen y Turner identificaron a Cerritos como el área urbana más diversa de Estados Unidos en 1990, una posición que también obtuvo en 1980 y que, considerando todos los datos, seguirá manteniendo en el censo de 2000. Cerritos se ha convertido en el mayor centro para la población asiática del sur de la región y es el emplazamiento del Cerritos Center for the Performing Arts, uno de los principales espacios para las representaciones de música, danza y teatro en el sur de California. Esta zona étnicamente heterogénea parece seguir las principales rutas de las autopistas que recorren el flanco oeste a través de las cambiantes fronteras del Los Ángeles blanco y negro, para atravesar luego la antigua zona industrial y de refinerías de Long Beach y su *hinterland* inmediato, y terminar cerca de la frontera con el condado de Orange. Hay un segundo arco de alta diversidad que se despliega, con más interrupciones (véase el mapa de diversidad étnica, *EQ*, figura 9.3, p. 235), al norte del centro de Los Ángeles desde los alrededores de Culver City, a través de Koreatown y Glassell Park hasta el valle de San Gabriel y ciudades de alta diversidad como Monterrey Park, West Covina, Rowland Heights, Pomona, Diamond Bar y Walnut, que siguen a Cerritos en la lista de 1990 de las ciudades más diversas de Estados Unidos según el listado ampliado de catorce grupos étnicos.

Una pregunta abierta es si dichas mediciones estadísticas sobre la diversidad se traducen directamente en una mezcla intercultural significativa. Turner y Allen (*EQ*: 248-52) exploran una vía con el fin de comenzar a responder esta cuestión a través de un análisis de los índices de matrimonios interétnicos en el condado de Los Ángeles. Sus descubrimientos sugieren que el matrimonio interétnico está creciendo rápidamente, pero de forma desigual, a través de los diferentes grupos étnicos. Los que tienen menos posibilidades de casarse fuera de su grupo étnico son, por orden, los cambodianos, los vietnamitas, los blancos no hispanos, los coreanos y los negros, con tasas que abarcan desde el 3,6 hasta el 6,7 % en 1990. Los que tienen más probabilidades de casarse con otros son los indios americanos (79 %), los puertorriqueños (58 %), los cubanos (34 %) y los tailandeses (31 %). En todos los casos, sin embargo, es mucho más probable que las personas

casadas menores de 35 lo hagan fuera de su etnia, con amplias diferencias, en particular entre los cubanos, los japoneses y los samoanos. No se discute si las tasas de matrimonios inter-étnicos son mayores en los dos arcos de máxima diversidad estadística. Se mantiene como una de las muchas preguntas abiertas en el estudio del desarrollo de estas diversas geografías interculturales y *transnacionales* de la postmetrópolis.

10. El archipiélago carcelario.

Gobernar el espacio en la postmetrópolis

Textos representativos

- *City of Quartz: Excavating the Future in Los Angeles* [Ciudad de Cuarzo. Excavando en el futuro de Los Ángeles], (Davis, 1990).
- *Beyond Blade Runner: Urban Control and the Ecology of Fear* [Más allá de Blade Runner. Control urbano y la ecología del miedo], (Davis, 1992).
- *Building Paranoia: The Proliferation of Interdictory Space and the Erosion of Spatial Justice* [La construcción de la paranoia. La proliferación de los espacios prohibidos y la erosión de la justicia espacial], (Flusty, 1994).
- *Policing Space: Territoriality and the Los Angeles Police Department* [Patrullando el espacio. La territorialidad y el Departamento de Policía de los Ángeles], (Herbert, 1997).
- *To protect and Serve: The LAPD's Century of War in City of Dreams* [Para proteger y servir. Un siglo de guerra del Departamento de Policía en la ciudad de los sueños], (Domanick, 1994).
- *Power in Los Angeles: Neighborhood Movements, Urban Politics, and the Production of Urban Space* [El poder en Los Ángeles. Movimientos vecinales, políticas urbanas y la producción del espacio urbano] (Purcell, 1998).
- *City of Walls: Crime, Segregation, and Citizenship in Sao Paulo* [Ciudad de muros. Crimen, segregación y ciudadanía en Sao Paulo], (Caldeira, 1999).
- *Law, Space, and the Geographies of Power* [Ley, espacio y las geografías del poder], (Blomley, 1977).
- *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión* (Foucault, 1977).
- *Defensible Space: Crime Prevention through Urban Design* [Espacio defendible. Prevención contra el crimen en el diseño urbano], (Newman, 1972).
- *The Malling of America: An Inside Look at the Great Consumer Paradise* [Los centro-comercialización de Estados Unidos. Una mirada al gran paraíso del consumo], (Kowinski, 1985).
- *Fortress America: Gated Communities in the United States* [La fortaleza Estados Unidos. Comunidades cerradas en los Estados Unidos], (Blakaly y Snyder, 1997).

- *Common Interest Communities: Private Governments and the Public Interest* [Las comunidades de mutuo acuerdo. Gobiernos privados y el interés público], (Barton y Silverman, 1994).
- *Privatopia: Homeowner Associations and the Rise of Residential Private Government* [Privatopia. Asociaciones de propietarios y el surgimiento de gobierno residencial privado], (Mackenzie, 1994).

La primera pareja de discursos acerca de la postmetrópolis giraba en torno a los intentos de identificar, conceptualizar y explicar las poderosas fuerzas generales de cambio que han afectado al mundo contemporáneo durante las últimas tres décadas del siglo XX. En la segunda pareja de discursos, el centro se ha desplazado con el fin de identificar, conceptualizar e interpretar resultados o consecuencias sociales y geográficas más concretas de estos procesos de reestructuración en los confines del espacio urbano postmetropolitano. La tercera pareja de discursos está más centrada en las particularidades de la vida diaria en la postmetrópolis y es más ambiciosa en su ámbito de interpretación.

Mientras que los cuatro primeros discursos pueden verse juntos en la medida en que definen un nuevo *régimen* de urbanización, un característico modo postmetropolitano de desarrollo urbano, el quinto y el sexto discurso exploran los emergentes cambios institucionales, ideológicos y actitudinales que están reorganizando lo que se puede llamar *modo postmetropolitano de regulación social y espacial*. En el centro de estos discursos se reconoce una pregunta crucial. Dada la extrema volatilidad del espacio urbano que se deriva de los nuevos procesos de urbanización, su heterogeneidad cultural sin precedentes, las crecientes disparidades económicas y sociales, y la multiplicación de los puntos de tensión y de confrontación apoyados en las diferencias de raza, etnicidad, género, renta, preferencia sexual, edad y otros atributos sociales y espaciales, *¿qué ha impedido que la postmetrópolis explote con mayor frecuencia y de forma más violenta que en la década pasada?*

En este capítulo, el problema se plantea en relación con la intensificación del control social y espacial que han implicado los nuevos desarrollos de la privatización, el control policial, la vigilancia, el gobierno y el diseño del entorno urbano y la geografía política del espacio urbano. En respuesta a lo que Mike Davis (1992a y 1998) ha descrito como una endémica *ecología del miedo*, el paisaje postmetropolitano se ha visto repleto de distintos tipos de espacios protegidos y fortificados, islas de confinamiento y de protección preventiva contra los peligros, tanto reales como imaginarios, de la vida diaria. Adoptando ideas de Foucault, la postmetrópolis se representa como una colección de *ciudades carcelarias*, un archipiélago de «recintos normalizados» y espacios fortificados que atrincheran, tanto voluntaria como involuntariamente, a los individuos y a las comunidades en islas urbanas visibles y no

tan visibles, supervisadas por formas reestructuradas de poder y autoridad pública y privada. En el capítulo 11, la forma de regular la vida urbana y mantener la paz interna en la postmetrópolis se va a desplazar de los duros bordes del control y el confinamiento a las más suaves manipulaciones de la ideología y de la remodelación del imaginario urbano.

El concepto del archipiélago carcelario

Ningún escritor ni ningún libro, como Mike Davis y *City of Quartz* (1990) [ed. cast.: *Ciudad de Cuarzo*, Madrid, Lengua de Trapo, 2003], han sido tan importantes y han definido tanto los seis discursos en lo que se refiere a la representación de la postmetrópolis como archipiélago carcelario. Y esto tanto en términos generales como de forma específica para la región urbana de Los Ángeles. Las páginas de *Ciudad de Cuarzo* están llenas de descripciones convincentes de lo que él llama «proliferación de nuevas represiones en el espacio y la movilidad» y el «urbanismo obsesionado por la seguridad» que nutren la expansiva «ecología del miedo»: desde la foto de la portada de Robert Morrow ferozmente visual del inquietantemente reluciente Centro de Detención Metropolitano, oculto en un rincón del Centro Cívico del centro de Los Ángeles, a la fotografía de la contraportada donde vemos al autor de pie, duro y enfadado, abrazándose a sí mismo como si tuviera puesta una camisa de fuerza, en un premonitorio búnker de hormigón y bajo lo que parece un paso elevado de una autopista.¹ Por eso no puede haber una mejor forma de introducir y remarcar el territorio conceptual del quinto discurso que a través de la elocuente narrativa de *Ciudad de Cuarzo*, posiblemente la mejor geohistoria crítica del urbanismo norteamericano contemporáneo e incuestionablemente la más leída.

¹ Mike Davis, *City of Quartz: Excavating the Future in Los Angeles*, Londres y Nueva York, Verso, 1990 [ed. cast.: *Ciudad de Cuarzo*, trad. de Rafael Reig, Lengua de Trapo, 2003.] En la misma contraportada, Robert Morrow se describe a sí mismo como un nativo de Minesota que compensa la ausencia de pesca en hielo del sur de California «tomando fotografías de los distintos tipos de rifles, alambres de espino, coches de policía a prueba de balas, fábricas abandonadas, perros grandes y otros símbolos de la vida diaria en las baldías tierras de los suburbios de Los Ángeles».

La fortaleza L.A. y la retórica de la guerra social

Bienvenido al LA *postliberal*, donde la *defensa del lujo* se traduce en la proliferación de *nuevas represiones espaciales y de movimiento*, adornada con la *ubicua «respuesta armada»*. Esta *obsesión por los sistemas de seguridad física*, y, colateralmente, por el control arquitectónico *de las fronteras sociales*, se ha convertido en el verdadero espíritu *de la reestructuración urbana*, el argumento por antonomasia en el naciente ambiente urbano de los noventa [...]

[L]a seguridad residencial y comercial a escala faraónica consigue reemplazar las esperanzas residuales de reforma urbana e integración social [...] vivimos en «*ciudades fortaleza*» brutalmente divididas entre las «*celdas fortificadas*» para la sociedad de los ricos y «lugares de terror» en los que la policía lucha contra los *pobres, considerados criminales*. La «*Segunda Guerra Civil*» que comenzó en los largos y cálidos veranos de los sesenta se ha institucionalizado en la misma estructura del espacio urbano. El *viejo paradigma liberal* del control social, que intentaba mantener el equilibrio entre represión y reforma, ha sido sustituido hace mucho por una retórica de *guerra social* que considera los intereses de los pobres urbanos y de las clases medias como en un juego de suma cero. En ciudades como Los Ángeles, en el *lado oscuro de la postmodernidad*, se observa una inédita tendencia a mezclar el diseño urbano, la arquitectura y la maquinaria policial en una sola estrategia de seguridad global.

Esta *histórica coalición*, tiene consecuencias de largo alcance para las relaciones sociales en el entorno urbano. En primer lugar, la oferta de «seguridad» del mercado genera su propia *demanda paranoica*. La «seguridad» pasa a ser un valor relativo definido según la renta que permite acceder a *servicios de «protección»* o ser miembro de un *enclave residencial protegido* o una *zona de acceso restringido*. Como *símbolo de prestigio* (y a veces como la *frontera decisiva* que separa a los que simplemente tienen dinero de los «ricos de verdad») la «seguridad» tiene menos que ver con la protección personal que con el grado de *aislamiento personal* en los entornos de residencia, trabajo, consumo o viaje, con respecto de los grupos e individuos «indeseables», o incluso de las multitudes en general [...]

Los espacios *pseudopúblicos de clase alta contemporáneos* (centros comerciales suntuosos, oficinas, acrópolis culturales, etcétera) están llenos de *señales invisibles que prohíben el paso al «otro» de la clase inferior*. Aunque los críticos arquitectónicos normalmente no prestan atención al modo en el que el entorno urbano contribuye a la segregación, los *parias*, ya sean latinos pobres, jóvenes negros, o ancianas blancas sin hogar, sí que comprenden de inmediato su significado. (Davis, 2003: 223-226; ed. cast.: 194-196)

Estos extractos de la introducción a «Fortress LA» [«La fortaleza L.A.»], piedra angular del capítulo intermedio de *Ciudad de cuarzo*, nos llevan vívidamente al corazón del quinto discurso. Como reflejo del teológico subtítulo del libro,

Excavating the Future in Los Angeles [Excavando el futuro en Los Ángeles], Davis cava profundamente en las particularidades y en las virulentas metropolaridades que se pueden descubrir en el panorama local, con el fin de retratar una premonitoria visión del futuro —del pasado y del presente— que se extiende más allá de las fronteras locales. Sin entrar en conexión explícita, Davis conecta la «fortificación» de Los Ángeles con todos los discursos sobre la postmetrópolis, incorporando su substancia y significado a su propio marco de discurso.

Describe la formación de la ciudad fortaleza, por ejemplo, como «un *zeitgeist* de la reestructuración urbana» y como el «relato maestro» de la década de 1990, un producto de los cambios generados por crisis derivados de la «Segunda Guerra Civil» que siguió a los «largos y cálidos veranos de la década de 1960». Esta «fusión epocal» está ejemplificada en la combinación local sin precedentes de arquitectura, diseño urbano y aparato policial, los tres objetivos principales del ataque frontal de Davis a la encarcelación urbana. Tales combinaciones son presentadas como parte de una transformación mucho más amplia de las especificidades espaciales del urbanismo que afecta a muchas otras ciudades y regiones, lo que hace que las duras particularidades del caso de Los Ángeles sean relevantes para una explicación más general y extensa de la vida urbana contemporánea en cualquier lugar. Sin ser consciente de estas implicaciones, Davis sitúa a Los Ángeles «en el lado malo de la postmodernidad», aceptando implícitamente al menos el impacto material de lo que se ha llamado giro postmoderno, aunque evitando todavía la cuestión de si hay también un lado bueno de la condición postmoderna.

Aunque Davis se mantiene siempre como un historiador crítico, *Ciudad de Cuarzo*, marca también el comienzo de un giro espacial consciente de su historiografía, un camino que ha continuado, especialmente con su crítica a arquitectos, diseñadores urbanos, urbanistas y otras profesiones relacionadas con la construcción de la ciudad, sus interpretaciones de las Revueltas por la Justicia de 1992 y sus más recientes escritos sobre la injusticia medioambiental y los desastres del «ecocidio».² Aunque nunca ha abordado en

² Mike Davis, *Beyond Blade Runner: Urban Control and the Ecology of Fear* [Control urbano: la ecología del miedo: más allá de *Blade Runner*, Barcelona, Virus, 2001] y *L.A. Was Just the Beginning—Urban Revolt in the United States: A Thousand Point of Light*, Westfield, Nueva Jersey, Open Magazine Pamphlet Series, 1992; «Who Killed Los Angeles? A Political Autopsy», *New Left Review*, núm. 197, 1993, pp. 3-28; «Who Killed Los Angeles? The Verdict is Given», *New Left Review*, núm. 199, 1993, pp. 24-54; *Dead West: «Ecoicide in Marlboro Country»*, *New Left Review*, núm. 200, 1993, pp. 49-73; y «How Eden Lost its Garden: A Political History of the Los Angeles Landscape», en Allen Scott y Edward Soja (eds.), *The City: Los Angeles and Urban Theory at the End of the Twentieth Century*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1996, pp. 160-185 [la mayor parte de estos artículos han sido incluidos en la edición en castellano de M. Davis, *Ciudades muertas. Ecología, catástrofe y revuelta*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006]. Tal y como se ha apuntado antes (capítulo 8, nota 37), su libro más reciente es *Ecology of Fear: Los Angeles and the Imagination of Disaster*, publicado por Henry Holt en 1998.

detalle la globalización y la reestructuración económica postfordista, éstas conforman el telón de fondo de las investigaciones sobre el urbanismo obsesionado con la seguridad; sus expresiones concretas están llenas de alusiones a la radical reestructuración de la forma urbana en lo que he descrito como exópolis, así como el aumento de las disparidades de riqueza y pobreza que se están generando en la ciudad fractal.

Por lo tanto es relativamente evidente que Davis presenta la fortificación del espacio urbano como una parte integral de la última fase en la geohistoria del desarrollo del capitalismo urbano, un periodo de transición histórica que se generó por las crisis urbanas de los años sesenta, que se extendió a lo largo de tres décadas de profunda reestructuración societal y espacial y que mientras entrábamos en la última década del siglo XX, mostraba abundantes signos de una inminente explosión y desintegración. Aunque no contenía una predicción específica, *Ciudad de Cuarzo* fue no obstante profético en sus apocalípticas advertencias de lo que podría ocurrir en la primavera caliente de 1992 en Los Ángeles, y en lo que yo he venido llamando, con la ventaja de la retrospectiva, como los comienzos de una crisis generada por la reestructuración, una serie de trastornos sociales y espaciales enraizados en los nuevos procesos de urbanización que han dado forma a la transición postmetropolitana.

Davis envuelve su intuitiva idea de la «faraónica» expansión en la escala de la seguridad residencial y comercial (y en la ecología del miedo) alrededor de un cambio mayor en la política cultural que también ha acompañado a esta transición. Bajo el «viejo paradigma liberal» dominante a lo largo de gran parte de este siglo, Davis sostiene, que hubo al menos un intento de mezclar la represión con la reforma social y espacial. Lo que otros han descrito como el modo fordista y/o keynesiano de regulación social dejó algunos agujeros para que los movimientos sociales modernistas y la fuerza de trabajo organizada pudiera presionar a fin de conseguir cambios progresistas en el entorno urbano. Tal y como Davis (y muchos otros) reconoce, este viejo liberalismo y su forma de regulación de la sociedad urbana ya no siguen vigentes. En su lugar hay una nueva cultura postliberal, o por utilizar un término actual más común, una cultura política neoliberal que clausura la reforma progresista a través de lo que Davis llama una «retórica de la guerra social» mas que de bienestar social, una retórica más militante respaldada por un cálculo político que demoniza a los pobres en un juego de suma cero en el que no es posible que estos ganen. Todo lo que queda como residuo es la magia del mercado y su goteo de promesas, todavía más ilusorias y más cruelmente engañosas de lo que habían sido en el pasado.

La línea dura y la ominosa interpretación de la condición urbana contemporánea apela fuertemente a la izquierda más ortodoxa así como a los liberales nostálgicos y desesperados, que componen algunos de los exponentes

y de los lectores más ardientes del trabajo de Davis. Pero en tanto marco de interpretación y de acción política en el contexto urbano contemporáneo, la acumulación de culpa sobre el neoliberalismo como brazo derecho omnipotente del nuevo capitalismo tiene serios inconvenientes. Frente al poder aparentemente aplastante de los Estados y los mercados neoliberalizados, el menguante «residuo de esperanza» para una reforma importante puede llevar fácilmente al abatimiento y a la rendición, o a una inactiva espera del apocalipsis que todo lo limpiará. En ambos casos, la atención se ve desviada de las nuevas oportunidades para un cambio progresista construido dentro de las geografías fortificadas y reterritorializadas de la postmetrópolis. A lo largo de las dos últimas décadas ha surgido un amplio espectro de movimientos socio-espaciales políticamente significativos en Los Ángeles y en otras regiones urbanas. Recargados con un activo apego a la ubicación y al vecindario, estos movimientos y coaliciones «híbridas» atraviesan de forma consciente las fronteras racial, étnica, de clase y de género para movilizar una política intercultural del espacio y del lugar considerablemente diferente a las políticas rígidamente polarizadas de las relaciones capital/trabajo que estructuran el discurso de Davis.

Davis cierra demasiadas puertas en *Ciudad de Cuarzo* envolviendo, con demasiada fuerza, su discurso político subyacente alrededor de su propia retórica integral de la guerra social y una mirada retrospectiva sobre la subjetividad radical y la lucha de clases. A pesar de sus apropiaciones del lenguaje de la teoría crítica espacial y cultural, a menudo con giros brillantes, Davis levanta un muro entre su *Ciudad de Cuarzo* y las nuevas políticas culturales y las críticas feminista, postcolonial y postmoderna más intuitivas, de tal modo que subsume el patriarcado, el racismo y, explícitamente, las políticas espaciales en una mezcla de rabia radical y esencialismo marxista convencional. Esto debilita más que fortalece la habilidad de las coaliciones progresistas para responder de forma efectiva a los retos eclécticos que surgen de las crecientes crisis generadas por la reestructuración y especialmente de los acontecimientos de 1992 en Los Ángeles.

De todas formas, hay mucho que aprender de *Ciudad de Cuarzo* a pesar —o quizás a causa— de su fuerte enfoque político-filosófico basado en un airado antineoliberalismo marxista. En contraste con la mayor parte de los textos representativos del quinto discurso, que tienden a fijarse en los artefactos más obvios de la fortificación espacial tales como las comunidades cerradas y los centros comerciales amurallados, *Ciudad de cuarzo* considera la ciudad carcelaria de forma mucho más amplia como un *zeitgeist* integral —y un *raumgeist*— del espacio urbano postmetropolitano.³ Sus efectos se

³ Mi agradecimiento a Barbara Hooper por el término *raumgeist*, expresión espacial del espíritu de los tiempos.

sienten en todas partes; de forma incluso más intuitiva, todo lugar representativo está conectado a los otros en una red de causalidad y contingencia espacial, ya sea ésta real o imaginaria. Tal inclusión totalizadora puede clausurar algunas interpretaciones alternativas útiles y aislar la interpretación particular y general de Davis sobre la ciudad fortificada respecto de los argumentos más importantes de los otros cinco discursos sobre la postmetrópolis, pero al mismo tiempo abre muchos caminos reveladores con el fin de explorar el urbanismo obsesionado con la seguridad que forma una parte vital de la vida postmetropolitana diaria.

La destrucción del espacio público y la arquitectónica del urbanismo obsesionado con la seguridad

A la ciudad americana, tal y como han observado muchos críticos, se le está dando la vuelta, o más bien, se la está encerrando en sí misma. Los espacios con más valor de las nuevas megaestructuras y grandes centros comerciales se concentran en el interior, mientras las fachadas se hallan desnudas; la actividad pública se reparte en compartimentos estrictamente funcionales y la circulación es interna, a través de corredores bajo el escrutinio de policía privada [...] En Los Ángeles, que una vez fue casi un paraíso de playas de libre acceso, parques lujosos y aceras para pasear, cualquier espacio genuinamente democrático está prácticamente extinguido. El archipiélago de cúpulas de Westside, un *continuum* de centros comerciales elegantes, centros de arte y recorridos para gourmets, es recíprocamente dependiente del encarcelamiento social de un proletariado de servicios del Tercer Mundo que vive en guetos y barrios crecientemente represivos. En una ciudad de varios millones de inmigrantes anhelantes, los servicios públicos están menguando radicalmente, los parques se van abandonando y las playas segregando, las bibliotecas y los parques infantiles están cerrando, las congregaciones de jóvenes de todo tipo están siendo prohibidas, y las calles son cada vez más desiertas y peligrosas. (Davis, 2003: 227-228; ed. cast.: p. 197)

De forma significativa, Davis comienza su capítulo sobre «La fortaleza LA» con un estimulante ataque a la desaparición del espacio público «genuinamente democrático» bajo la gruesa manta de la privatización y del declive del Estado de bienestar. Con una expresiva prosa de resueltas oposiciones binarias (celdas fortificadas de opulencia frente a espacios de terror para los pobres criminalizados, cúpulas del placer similares a las del mundo de Oz frente a guetos y barrios represivos), Davis enlaza directamente la destrucción del espacio público con una «seguridad ofensiva» conspiratoria por parte de los funcionarios públicos, los promotores inmobiliarios y las profesiones urbanísticas con el fin de satisfacer la «demanda de un mayor aislamiento

social y espacial de la clase media». Este esfuerzo dirigido por el mercado y orquestado de forma clasista es apuntalado por tácticas postliberales de privatización y desregulación, reformas asistenciales insidiosas, nuevas tecnologías de control de la movilidad y del acceso al espacio y la conocida participación del poder policial.

En el capítulo sobre «La fortaleza L.A.», Davis elabora su fijación y la de Los Ángeles en la seguridad y la vigilancia en una sección titulada «De Rentacop⁴ a *Robocop*», otra de sus muchas referencias al cine y a la industria del cine. El «voraz consumo de servicios de seguridad privada» se ve aquí como un impulsor de la «bunkerización» de Los Ángeles, incrustando en el paisaje urbano características tan repelentes como «castillos de alta tecnología», «jardines beligerantes» y la «mansión-manía» por tener búnkeres residenciales a prueba de terroristas. Tal y como Davis señala, la industria de servicios de seguridad es una de las de más rápido crecimiento en Estados Unidos y ha crecido especialmente rápido en la región de Los Ángeles, seguramente uno de los conglomerados más importantes de asociaciones de activistas propietarios de viviendas (HOAs) y de comunidades cerradas [*gated communities*] del planeta. Tampoco es una sorpresa que las principales compañías de seguridad de la región de Los Ángeles, formen parte de grandes corporaciones que sacan un maravilloso provecho de la ecología del miedo. Cuando se escribió *Ciudad de Cuarzo*, Westec, por ejemplo, era una subsidiaria de la japonesa Secom Ltd., mientras que su rival local, Bel-Air Patrol, era parte del grupo empresarial de seguridad Borg-Warner que incluía Burns y Pinkerton. La referencia a la película de Paul Verhoeven *Robocop* proviene de una visión del mundo similar a la de un presidente de Westec que dijo: «No somos una compañía de seguridad. Nosotros vendemos un *concepto* de seguridad». Hoy, los pequeños anuncios de patrullas armadas, patrullas de barrio, comunidades vigiladas y ocasionalmente de que «se disparará sobre cualquier intruso» están presentes en cualquier parte de la atmósfera del espeso paisaje carcelario de Los Ángeles.

Excavando más profundamente en la arquitectónica del urbanismo obsesionado con la seguridad, Davis capta nuestra atención sobre lo que él llama «sadismo urbanístico».

Este deliberado «endurecimiento» de la superficie urbana en contra de los pobres resulta especialmente cínico en el tratamiento maniqueo del microcosmos del Downtown. [...] [E]l Ayuntamiento no escatima esfuerzos para hacer los servicios y espacios públicos lo más «invivibles» posible para los pobres y

⁴ Juego de palabras con «rent-a-cop», contratar un policía y *robocop*, en referencia al policía cibernético de la película del mismo nombre. [N. del E.]

los sin techo. La contumacia de los miles de indigentes [...] empaña la imagen de un Downtown de diseño y destruye la ilusión, construida con tanto esfuerzo, del «renacimiento» del Downtown. El Ayuntamiento a su vez responde con su propia versión de una guerra de baja intensidad. (Davis, 2003: 232; ed. cast.: 202-203)

Aquí aborda la «guerra fría urbana» librada para mantener a los sin techo en Skid Row, y que utiliza la «arquitectura policial» con el fin de transformar sistemáticamente el área en un «asilo para pobres» al aire libre. Muchos «ingenios disuasorios de diseño» mantienen en su lugar a la perseverante gente de la calle. Bancos con forma de barril o en algunos casos bancos con pinchos de metal hacen que sea imposible dormir o que incluso sentarse sea incómodo; los sistemas de aspersion instalados en los parques locales funcionan al azar durante la noche con un fin similar; los restaurantes protegen sus cubos de basura en «vistosos recintos» y los «contenedores de basura a prueba de mujeres sin techo» están coronados con pinchos o alambre de cuchillas. Los baños públicos son en general difíciles de encontrar en cualquier lugar de Los Ángeles, pero están virtualmente ausentes en la «tierra de nadie y sin baños al este de Hill Street», que es también un «terreno baldío de recursos acuíferos para beber o lavar». Al otro lado de Hill Street, elegantes edificios de oficinas tienen un foso con guardias armados, verjas cerradas y cámaras de seguridad para servir y proteger a sus habitantes herméticamente sellados.

A lo largo de los últimos diez años, la contención de los sin techo en Skid Row ha avanzado gracias a la «ornamentación» aparentemente más benigna del área de la manzana cincuenta. Las inversiones urbanas, federales y privadas, que suman alrededor de 300 millones de dólares han restaurado más de cuarenta pequeños hoteles de habitaciones individuales (SRO [Single Room Occupancy]) (gestionados por la nuevas instituciones sin ánimo de lucro como el Skid Row Housing Trust) y han reconstruido, en un estilo arquitectónico altamente moderno, las primeras bases del parque temático en el que se ha convertido Skid Row, el Los Ángeles Mission y la Union Rescue Mission (este último trasladado de su posición ligeramente periférica o «fuera de la reserva» a un lugar más céntrico). Se han plantado árboles a lo largo de algunas calles, y se han añadido dos parques pequeños, junto con una comisaría y un parque de bomberos. Tal y como declaró recientemente un fundador de Las Familias del Pueblo, uno de los centros infantiles del área: «Skid Row se ha convertido en un barrio estable permanente. Nadie va a tirarlo abajo. ¿En qué otro lugar vas a meter a 11.000 personas?». Pero es mucho lo que se mantiene igual.

Docenas de hombres con miradas que abarcan miles de yardas ocupan los pequeños parques y los vestíbulos de los hoteles [...] Operan bajo una intrincada colección de reglas. Si abandonan la seguridad de parques y hoteles, los policías los acosarán hasta devolverlos a sus enclaves. Skid Row es uno de los pocos lugares en la ciudad donde pararse en la acera y hablar con tus amigos puede hacer que te citen por deambular [...] «Si eres visible, tienes un problema», dice [el fundador de Las Familias]. Es por eso que la policía acosa a aquellos que se reúnen en las aceras [...] También explica la sutil interacción que mantiene Skid Row confinada entre la calle 3 al norte y la 7ª calle al sur [...] En un sentido, podrías pensar a Skid Row en estos días como una prisión de mínima seguridad profusamente financiada. Una prisión sin paredes físicas, seguro, pero sin embargo un lugar difícil de abandonar.⁵

A partir del sadismo urbanístico descrito por Davis, Steven Flusty ha elaborado su propio estudio arquitectónico pormenorizado de lo que él llama *La construcción de la Paranoia. La proliferación de espacios prohibidos y la erosión de la justicia espacial*.⁶ Flusty define los espacios prohibidos como los que están diseñados específicamente para interceptar y repeler a aquellos que podrían ser usuarios de los mismos. Estos espacios pueden estar «disimulados» (ocultos o camuflados detrás de obstáculos a la vista, objetos intermedios o cambios de altura); pueden ser «resbaladizos» (inalcanzables o aparentemente inaccesibles debido a caminos retorcidos o que no existen); «blindados» (protegidos por obstáculos aún más duros como muros, vallas y controles); «espinosos» (difíciles o incómodos de ocupar debido a sistemas de aspersion, superficies para el descanso a prueba de culos y otros elementos de diseño repelentes); o «nerviosos» (monitorizados por patrullas móviles y/o tecnologías de control remoto conectadas a estaciones de seguridad). En el entorno urbano carcelario se combinan varios de estos elementos en «tipologías mutantes» poco amistosas. La «vivienda en bloque» es una residencia «con un núcleo blindado de gruesos muros lisos, a menudo incrustados en un extenso perímetro nervioso de alarmas, videocámaras de observación y alumbrado de seguridad sensible al movimiento». El «*laager* de lujo» es «una comunidad residencial relativamente opulenta sellada tras un perímetro blindado, vallado o construido en el interior de un recinto amurallado a veces reforzado por una periferia disimulada de arcenes densamente ajardinados». El «gueto de bolsillo» es «un proyecto de vivienda pública o área de rentas bajas modernizada con barricadas en las calles y patrullado por policía pretrechada para la ocasión».

⁵ Robert A. Jones, «Rebuilding the Nether World», *Los Angeles Times*, 2 de agosto de 1998. Puedes estar seguro de que Jones ha leído *Ciudad de Cuarzo*.

⁶ Steven Flusty, *Building Paranoia*, West Hollywood (Ca.), Los Angeles Forum for Architecture and Urban Design, publicación núm. 11, 1994.

En otro epígrafe de «Fortaleza L.A.», Davis añade una nueva variación a la cuestión de la disuasión y la contención de diseño, «el centro comercial panóptico». Tras un fragmento sobre «Frank Gehry como Harry el Sucio», un ataque total hacia el eminente arquitecto local por su liderarazgo en la «bunkerización» del espacio urbano, «modernizando la región hacia un brillante parque temático para el turismo internacional», volviendo del revés la arquitectura pública «al servicio de la “seguridad” y el beneficio», Davis señala que la «fortaleza» también se está usando para «recapturar a los pobres como consumidores» (1990: 240). Él lo llama la *haagenización* del South Central Los Ángeles, utilizando de forma silenciosa el nombre del promotor de centros comerciales Alexander Haagen con una aliteración que alude al siglo XIX y a la hausmannización de París también impulsada por motivos de seguridad. Obviamente, aquí debe figurar otro «diseñador» de época: Jeremy Bentham, cuya prisión panóptica de finales del siglo XVIII persiste todavía como el modelo icónico original para los creativos de sistemas de vigilancia y control que están siendo inculcados en toda la ciudad carcelaria. En algunos lugares del South Central, los centros comerciales se han construido tras vallas de alta seguridad, con un rígido control de acceso y con circuitos cerrados de videovigilancia (y muchas veces de audio) omniabarcantes. Torres de observación muy visibles se alzan sobre el espacio comercial, mientras que en su interior, subestaciones de policía, igualmente destacadas se presentan «para servir y proteger» al consumidor, haciéndose eco del conocido lema del Departamento de Policía de Los Ángeles (LAPD). Tal y como Davis señala, la *haagenización* se ha extendido a la vivienda en toda la nueva ciudad central, con un «proyecto-de-vivienda-como-aldea-estratégica» que ahora imita al «centro comercial-como-prisión-panóptica» en muchas de las ruinosas urbanizaciones de construcción pública construidas en la década de 1950, rematadas con fortificaciones de vallas de acero, subestaciones del LAPD, vigilancia armada en las entradas y salidas, e incluso pases de identificación obligatorios para los inquilinos encarcelados.

Patrullando el espacio. Haciendo tiempo en Los Ángeles

[...] el vertiginoso ritmo al que la policía ha sustituido aquí la vigilancia humana por capital tecnológico. Esto obedece en parte a una adaptación a la dispersión de la ciudad [...] La tecnología ayudó a aislar [este] paranoide «espíritu de cuerpo» [...] de este modo logró crear una nueva epistemología de la función policial, según la cual la vigilancia y la respuesta tecnológica reemplazan al tradicional conocimiento directo de la comunidad por parte del patrullero. [...] Pero el elemento más decisivo en la metamorfosis del LAPD hacia una tecnopolicia ha sido su larga y exitosa unión con la industria militar aeroespacial.

En la época de Parker [antiguo jefe de policía], siempre alerta a las últimas novedades de la tecnología militar, se introdujo el helicóptero para una vigilancia aérea sistemática. Después de la rebelión de Watts, en 1965, este esfuerzo

aéreo se convirtió en el centro de gravedad de la estrategia policial para la totalidad del centro de la ciudad. Dentro de este programa «Astro» los helicópteros de la policía realizan un promedio de diecinueve horas diarias de vigilancia sobre «áreas de elevada criminalidad», coordinados con los coches de la policía, superando la vigilancia que el ejército británico lleva a cabo sobre Belfast. Para facilitar la sincronización tierra-aire, miles de tejados de viviendas han sido pintados con números que identifican la calle, transformando la visión aérea de la ciudad en un gigantesco radar de la policía.

La fuerza aérea de la policía de Los Ángeles, de 50 pilotos, ha recibido últimamente el refuerzo de helicópteros aeroespaciales franceses equipados con tecnología de vigilancia futurista. Sus cámaras de infrarrojos proporcionan una extraordinaria visión nocturna que pueden detectar la imagen de un solo cigarrillo encendido y sus focos, que con razón se llaman «sol nocturno», pueden transformar la noche en día. También cuentan con una unidad de Rangers con capacidad para acudir con grupos de combate a cualquier punto de la región. Su entrenamiento [...] incluye prácticas de asalto en rascacielos del Downtown. (Davis, 2003: 251-252; ed. cast.: 216-217)

En «La policía de Los Ángeles y la guerra de las galaxias», Davis vuelca su atención, de los diseños disuasorios del entorno urbano hacia aquel otro pilar vital del archipiélago carcelario, la policía. El término *policía del espacio*, tiene aquí múltiples significados. En un primer nivel, se refiere a la incorporación de la era de la tecnología espacial «exterior» y la imagería aeroespacial al Departamento de Policía de la ciudad de Los Ángeles: desde su flota de aviones jet, helicópteros aeroespaciales y focos de «sol nocturno», a su sistema de control y mando de comunicaciones de emergencia inspirado en la NASA, cuyo centro de operaciones está «bunkerizado a prueba de terremotos y con seguridad reforzado en los subniveles cuarto y quinto del edificio este del Ayuntamiento (interconectado además con el pentágono de la policía en Parker Center)», lo que hace de este último lugar el cuartel general del LAPD. La policía del espacio también está, por lo tanto, más abajo a ras de tierra, observando y controlando activamente los espacios de vida exteriores e interiores de la postmetrópolis. La lógica espacial que subyace a «la perspectiva histórica del mundo y de la quijotesca aventura del LAPD de postguerra» viene claramente definida por Davis: «Los buenos ciudadanos, fuera de las calles, enclavados en sus ámbitos privados de consumo de alta seguridad; los malos ciudadanos, en las calles (por lo tanto no se dedican a negocios legítimos), cogidos en el terrible escrutinio de Jehová del programa espacial del LAPD».⁷

⁷ Una historia crítica actualizada del Departamento de Policía de Los Ángeles es la de Joe Domanick, *To Protect and Serve: The LAPD's Century of War in the City of Dreams*, Nueva York, Pocket Books, 1994. Domanick presenta el credo sagrado del LAPD de la siguiente forma:

Más realista, incluso, a la hora de detallar las prácticas espaciales del LAPD es el libro de Steve Herbert *Policing Space* (1997) [Patrullando el espacio], un relato detallado de primera mano de las operaciones diarias de una patrulla con el fin de definir, marcar y controlar el territorio.⁸ Evitando de forma estudiada el airado y parcial enfoque de Davis sobre la policía del espacio, Herbert entretiene el trabajo de Weber, Foucault, Giddens y otros en las «microgeopolíticas del poder del Estado», con el fin de hacer un seguimiento de lo que él llama «las ordenes normativas de la territorialidad de la policía»: ley (conservar la regulación legal), control burocrático (mantener el orden interno a través de la cadena de mando y la diferenciación de responsabilidades), aventura/machismo (demostrar coraje y fuerza), seguridad (preservar la vida), competencia (demostrar capacidad y que se merece respeto) y moralidad (demostrar bondad triunfando sobre el mal). Cada una de estas órdenes se presenta como contribución «a las formas en las que los agentes de policía conceptualizan las áreas que patrullan y cómo se movilizan para controlar dichas áreas, cómo *hacen* y *marcan* el espacio» a través «de la centralidad de la acción territorial en la conducta policial diaria». (Herbert, 1997: 5)

Herbert comienza y termina *Policing Space* con el apaleamiento de Rodney King y su desenlace en los eventos de la primavera de 1992, trazando el impacto del racismo así como del machismo en estas ordenes normativas y de forma más general en las microgeopolíticas del poder del Estado, lo que proporciona una perspectiva psico-conductual adicional a la arquitectónica del urbanismo obsesionado por la seguridad. Aquí están sus conclusiones:

El control del espacio es un factor constituyente fundamental del poder social. Al intentar ejercer su poder, los agentes de policía tratan de actuar territorialmente, representan las significativas fronteras que restringen y controlan el flujo de la acción en el espacio. Pero los agentes no son los únicos para los que la definición y el control del espacio son cruciales. El espacio es importante para la identidad y el poder de una gran variedad de grupos sociales, un hecho que asegura que persista una complicada política de control espacial en el variado paisaje de ciudades como Los Ángeles. Que estas geopolíticas son importantes es la penúltima lección de las revueltas urbanas que devoraron Los Ángeles. (Herbert, 1997: 175)

«No bajas la guardia y que no te toquen los huevos. Confronta y manda. Controla la calle en todo momento. Se siempre agresivo. Detén los crímenes antes de que ocurran. Búscalos. Regístralos. Arresta. Y nunca, nunca admitas que el Departamento ha hecho algo mal».

⁸ Steve Herbert, *Policing Space: Territoriality and the Los Angeles Police Department*, Minneapolis y Londres, University of Minnesota Press, 1997.

Tal y como se ha sugerido aquí, el control del espacio y la geopolítica de la territorialidad urbana se extienden más allá de la policía y de los profesionales que diseñan el entorno urbano. En Los Ángeles, la policía del espacio local está poderosamente ampliada por la silenciosa presencia de lo que seguramente es la red de instalaciones militares más extensa del mundo alrededor de una ciudad, una fuerza de choque global supuestamente preparada para asumir cualquier reto en cualquier lugar del universo. En el último capítulo de *Postmodern Geographies* (1989) [Geografías postmodernas], describí un tour aéreo circular sobre un círculo simulado de sesenta millas alrededor del centro de Los Ángeles que divisaba siete instalaciones militares importantes sobre el terreno, y que rodeaba la postmetrópolis con un muro invisible omniabarcante de murallas defensivas y ofensivas. Algunas de estas instalaciones militares cerraron durante los años noventa, pero su abundancia y versatilidad garantizan prácticamente un impacto continuo incluso si se adaptan para funciones en tiempos de paz. Para ilustrarlo, durante la Guerra del Golfo Pérsico los ejercicios de entrenamiento especial se dirigieron en los desiertos del sur de California con el fin de simular las condiciones de batalla previstas. Especialmente atractivo como campo de maniobras fue una pequeña aldea del desierto que se hizo famosa por una popular película de culto. El nombre de la aldea es Bagdad, a la que sólo le falta la «h» (¿por Hussein?).

En una escala mucho más profunda, en el archipiélago carcelario existe una milicia doméstica de proporciones extraordinarias. En la mayoría de los hogares y cada vez en un mayor número de automóviles, se guardan armas letales creando una fuerza armada civil heterogénea, fragmentada y de alta movilidad capaz de disparar a cualquier intruso a la vista, por donde quiera que vague. Patrullando los jardines privados, los márgenes, controlando las transgresiones de la postmetrópolis carcelaria, esta armada local pretende también hacer y marcar el espacio, contribuyendo a mantener a todo el mundo en su sitio, ya sea con un «no-en-mi-patio-trasero» [*not-in-my-back-yard*] ya con un «no-en-mi-carril-de-la-autopista». El potencial para la violencia diaria ha alcanzado así nuevas cotas, desencadenando atracciones a menudo fatales gracias a una tecnología disciplinaria de seguridad y vigilancia que patrulla la región con una mirada interminable.

Entrar a la ciudad prohibida: el encarcelamiento del centro urbano

[...] la forma de un programa de renovación urbana *de facto*, del que se hacen cargo los departamentos policiales, [...] amenaza con convertir todo un extremo del Downtown-East en una enorme colonia penitenciaria. Casi venticinco mil presos se hacían en seis superpobladas instalaciones federales y del

condado —sin incluir los centros de detención del Servicio de Inmigración—, en un radio de tres millas alrededor del Ayuntamiento; la mayor población reclusa del país [...] Las cárceles compiten ahora con el hospital del condado como fuerza económica individual de mayor importancia en el Eastside. (Davis, 2003: 254; ed. cast.: 219-220)

Si los edificios y las viviendas cada vez tienen más apariencia exterior de prisiones o fortalezas, las cárceles, paradójicamente, están adquiriendo la naturaleza arquitectónica de objetos estéticos. Más aún, con el cambio postliberal en el gasto público, de servicios sociales a represión, las estructuras penitenciarias se han convertido en la nueva frontera de la arquitectura pública. Debido al exceso de espacio de oficinas en todo el país, se han reducido los encargos para rascacielos empresariales y los arquitectos estrella se apresuran a proyectar prisiones, cárceles y comisarías. (Davis, 2003: 256; ed. cast.: 221)

En el centro de la ciudad, la encarnación física de un espacio vigilado y carcelario es más evidente que en ningún otro lugar. Continuando con su ataque frontal a las profesiones de la arquitectura y del diseño, Davis concentra su tenaz atención sobre lo que él llama «el buque insignia de un género emergente», el Centro de Detención Metropolitano. En la cubierta de las más de 100.000 copias que hasta ahora han circulado de *Ciudad de Cuarzo* figura la instalación diseñada por Welton Becket Associates, la joya de la corona del centro carcelario de la ciudad.

Aunque este edificio de diez pisos del Departamento Federal de Prisiones es una de las nuevas estructuras más visibles de la ciudad, muy pocas de las miles de personas que pasan por allí cada día tienen la menor sospecha de su función como centro de detención de lo que oficialmente se denomina la «élite gestora del narcoterrorismo» [...] Esta Bastilla postmoderna —la mayor prisión construida en un gran centro urbano norteamericano durante generaciones— parece más bien un hotel futurista o un edificio de oficinas, con adornos artísticos (como el enrejado en las galerías y pasarelas) semejantes a los de cualquier nueva construcción del Downtown. Su aspecto de lujo es, sin embargo, algo más que mera fachada. El interior de la prisión ha sido diseñado para implementar un sofisticado programa de control y manipulación psicológica: ventanas sin barrotes, colores pastel, carceleros con elegantes chaquetas cruzadas, jardines bien cuidados, un área de recepción semejante a la de un hotel, nueve zonas de recreo con aparatos gimnásticos, etc. Al contrario que el infierno humano de la superpoblada cárcel del condado, a sólo unas manzanas, la estructura de Becket tiene menos apariencia de centro de detención que un centro de congresos para delincuentes federales. (Davis, 2003: 256; ed. cast.: 221-222)

Destacando el insidioso coste psicológico de tal atención a la estética de la prisión, Davis recuerda el soplo de un interno durante su visita guiada al Centro: «¿Puedes imaginar la paja mental que supone ser encerrado en un Holiday Inn?».

Con la «Bastilla postmoderna» como ancla, desde la publicación de *Ciudad de Cuarzo* se ha construido una verdadera malla panóptica de oficinas del gobierno federal y de bonitos espacios peatonales altamente controlados. Destacan principalmente dos grupos artísticos: una rotonda central diseñada por Tom Otterness llamada *El Nuevo Mundo* y una estatua plateada realizada por Jonathon Borofsky llamada *El Hombre Molécula*. La rotonda *El Nuevo Mundo* y su grupo de estatuas de bronce incrustadas esconde de forma brillante de los imprudentes ojos federales (que se fijan tan sólo en los genitales expuestos de las mujeres de bronce) una visión de desintegración anárquica del Estado mediante enjambres de mujeres y hombres desnudos que desafían las microgeopolíticas del poder del Estado. Situado al otro lado del cuartel general del LAPD en el Parker Center, *El Hombre Molécula* se erige con orgullo a pesar de estar perforado por agujeros (¿de bala?), lo que ha dado lugar a su nombre local: «El tiroteo desde el coche». Como intenté mostrar en mi propio tour por este pequeño rincón de la ciudadela del centro de la ciudad (*Thirdspace*, 1996, pp. 228-236), el complejo federal Roybal aunque expone nuevos puntos de vista acerca de la ciudad carcelaria e ilustra la admonición foucaultiana de que el poder, especialmente cuando se expresa en el control sobre el espacio, no sólo es represivo sino potencialmente capacitador y liberador, un argumento que frecuentemente se pierde cuando nuestra visión de sus recintos impuestos se vuelve demasiado monolítica y totalizadora.

Volviendo a la descripción de Davis de la Ciudad Prohibida, la brutalidad reina:

[C]uando la nueva «costa dorada» del Downtown se contempla en su conjunto, desde el punto de vista de su interacción con otras áreas sociales y paisajes en la ciudad, el «efecto fortaleza» aparece, no como un error inadvertido en el diseño, sino como una estrategia socio-espacial deliberada. [...] Los objetivos de esta estrategia se resumen en una doble represión: destruir toda asociación con el pasado del Downtown e impedir en el futuro cualquier relación con el elemento urbano no anglosajón. Por todas partes a lo largo del perímetro de redesarrollo, esta estrategia se materializa en un brutal muro arquitectónico que define el nuevo Downtown como fortaleza en relación con el resto del centro de la ciudad. (Davis, 2003: 229-230; ed. cast.: 200)

Davis nunca es más mordaz e incisivo que cuando escribe sobre lo que él llama el nuevo centro urbano «postmoderno» de Los Ángeles. Descrito como uno de los mayores proyectos de diseño urbano de postguerra en

Norteamérica, lo utiliza como un microcosmos exagerado para todo aquello que ha ido mal en la ciudad estadounidense, el nadir del urbanismo obsesionado por la seguridad. En lo que parece una inversión radical del sentimentalismo optimista de la ciudad-frontera de Joel Garreau, Davis dibuja un centro urbano en lo más sombrío de las negras sombras. Éste es descrito como «un complejo megalomaniaco», una «hiperestructura diabólicamente autorreferencial», «un rascacielos mesiánico elevado hasta la demencia», una «fantasía post-holocausto», «fragmentada y desierta», enredada en un «apartheid espacial reproducido a gran escala» con su propio «muro de Berlín local» y «recintos Gucci», una «semiótica totalitaria de murallas y almenas» representando «la archisemiótica de la guerra de clases». ¿Qué se esconde detrás de esta descripción tan excesivamente corrosiva?

En primer lugar, es importante reconocer el extenso y continuo discurso local y los formidables esfuerzos por construir ciudad que han girado en torno al centro de Los Ángeles. Más que en la mayoría de las ciudades, en Los Ángeles se ha desarrollado un permanente complejo de inferioridad cívica, una especie de envidia de los centros urbanos que giran en torno al tamaño, la forma y la presencia visual de la aglomeración pinacular de la región metropolitana, especialmente, parece, entre los líderes masculinos. Una y otra vez, la intriga y la corrupción, de un modo que en comparación habría hecho palidecer a la película *Chinatown*, se han sumado a una enérgica ciudadanía y a un planeamiento creativo de la ciudad en el intento de crear un centro urbano simbólico, habitable, proporcional tanto al tamaño de la ciudad como a su importancia global. En términos puramente de valor del suelo, en los últimos cincuenta años el centro urbano de Los Ángeles ha tenido probablemente márgenes de beneficio, entre su desarrollo real y potencial, más altos que en cualquier otro lugar de la Tierra. Cuando en la década de 1970 se propuso que los incrementos de los impuestos del desarrollo local pudieran ser usados para financiar la renovación urbana, se descubrió que tan sólo con el crecimiento medio durante un periodo de diez años, los fondos de la agencia responsable del proyecto de desarrollo del centro urbano se llenarían con más de diez mil millones de dólares, convirtiéndose en uno de los mayores proyectos de obra pública en la historia de la humanidad, rivalizando con el oleoducto de Alaska si no con las pirámides de Egipto.

Hoy, en gran parte gracias al flujo del capital extranjero profundamente consciente de estos márgenes de beneficio, el centro urbano tiene una presencia más visible en Los Ángeles y se está convirtiendo, cada vez más, en la imagen de postal dominante de la región, reemplazando iconos como la playa de palmeras y el símbolo de Hollywood. Qué mejor objetivo entonces para el arqueólogo radical del futuro de la región que la reconstitución de la

imagen oculta del centro de la ciudad como una Ciudad Prohibida de opresión redoblada, diseñada ingeniosamente para hacer invisible la historia, partiendo el centro, material y mentalmente, a lo largo de la «brutal frontera arquitectónica» de la raza y de la clase. Pero hay otros objetivos detrás de la descripción de Davis del centro urbano como la ciudad dual de la ciudadela y el gueto.

A lo largo de todo *Ciudad de Cuarzo*, Davis prosigue una guerra epistemológica contra prácticamente todas las interpretaciones críticas del centro postmodernizado de Los Ángeles, especialmente las que surgen de la izquierda postmoderna, que aquellos de línea dura como Davis tienden a ver como un oxímoron político. El lugar más icónico de esta lucha interpretativa ha sido el hotel Bonaventure, en el lado opuesto al Centro Cívico mirado desde el edificio de Detención Metropolitana. Cuando Fredric Jameson, el principal crítico literario marxista de Estados Unidos, usó por primera vez el Bonaventure en 1984 para simbolizar los efectos hiperespaciales del postmodernismo como la «lógica cultural del capitalismo tardío», Davis respondió con una mordaz crítica a la historiografía de Jameson, debido a su predilección por el presentismo que borra el pasado y la consecuente mala interpretación de la «verdadera historia» de lo que se esconde tras los vidriosos reflejos del hotel.⁹ Davis continúa su ataque en *Ciudad de Cuarzo*, apuntando que «a pesar de las reivindicaciones de algunos teóricos de lo “hiperreal” o del “presente sin profundidad” [...] el pasado no es completamente suprimible, ni siquiera en el sur de California» (1990: 376).¹⁰ De nuevo, hay demasiadas clausuras en el antipostmodernismo militante de Davis, pero al mismo tiempo su fuerte postura sobre la encarcelación dual del centro de Los Ángeles sirve tanto de antídoto efectivo contra la simplista *publicidad engañosa* local que como invitación al riguroso análisis comparativo de otros centros urbanos recuperados.

La revolución propia: HOAs, CIDs, comunidades cerradas y estilos de vida insulares

La lógica de la militarización urbana a remolque de la seguridad tiene su expresión más popular en los vehementes esfuerzos de los vecindarios acauldalados de Los Ángeles para blindar el valor de sus inmuebles y su estilo de vida [...] [N]uevas construcciones de lujo fuera de los límites urbanos con

⁹ Véase Fredric Jameson, «Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism», *New Left Review*, núm. 146, 1984, pp. 53-92; y Mike Davis, «Urban Renaissance and the Spirit of Postmodernism», *New Left Review*, núm. 151, 1985, pp. 53-92.

¹⁰ Para aquellos que desean volver a esta discusión en particular, les remito a mis comentarios sobre los debates de Bonaventure en el capítulo 7 de *Thirdspace*, «Remembrances: A Heterotopology of the citadel-LA», 1996, pp. 195-204.

frecuencia se han convertido en ciudades fortaleza, con sus muros perimetrales, sus puntos de acceso restringido con puestos de guardia, el solapamiento de servicios de policía públicos y privados, e incluso carreteras privadas. Es sencillamente imposible para un ciudadano normal acceder a las «ciudades» de Hidden Hills, Bradbury, Rancho Mirage o Rolling Hills sin haber sido invitado por un residente [...] Al mismo tiempo, los enclaves clásicos del lujo, como Beverly Hills y San Marino, van restringiendo cada vez más el acceso a sus zonas públicas, utilizando una superposición de regulaciones que van levantando un muro invisible. [...] Así las áreas residenciales con suficiente peso político pueden permitirse privatizar el espacio público local, apartándose del resto de la ciudad e incluso imponiendo una variante vecinal del control de pasaportes para los extranjeros. (Davis, 2003: 244-246; ed. cast.: 212-213)

Girando de forma centrífuga y siempre hacia fuera desde el centro prohibido de la ciudad existe una creciente constelación de santuarios-isla de lujo, áreas residenciales con suficiente «influencia» como para separarse, cargadas de miedo, de los espacios reales e imaginarios de los pobres criminalizados. En la prensa local, aparecen frecuentemente destellos reveladores de la vida diaria en estos enclaves fortificados. He aquí un ejemplo particularmente contundente.

En «la isla», en el centro de un lago artificial de unas 65 hectáreas, la vida es una sublime existencia de partidos de tenis matutinos, cócteles en barcos de placer sin rumbo fijo y paseos de media noche, un mundo aparte de la diaria avalancha de crimen estadounidense. Pero incluso aquí, desde el otro lado del foso de cuento de hadas, el miedo se filtra como una torva marea [...] Para la mayoría de los propietarios pudientes que viven en su escupitajo de tierra con forma dentada en el corazón de Westlake Village, la isla es el único refugio verdadero del crimen que hayan conocido nunca. Asesinatos, crímenes relacionados con drogas, asaltos, robos comunes —las furias invasoras de anarquía urbana de una nación— sencillamente no se encuentran aquí [...] Aunque incluso en la isla, como recién llegados del Los Ángeles atormentado por los crímenes y de los tensos suburbios del sur de California, se maravillan ante estas libertades de la nueva fundación, muchos se mantienen incapaces de sacudirse de encima la persistente sensación de vulnerabilidad. Si la isla es un santuario fuera de las realidades del crimen, es también una marca de miedos de largo alcance [...] Puede que sea por ello que una de las mansiones de los muelles esté llena de cámaras de videovigilancia y aparatos de escucha electrónicos. Los vecinos debaten sin fin sobre mejorar la caseta de vigilancia que tiene 30 años de antigüedad, donde los guardias privados vigilan la única carretera interior. Patrullas de seguridad móviles recuerdan a los residentes de que mantengan sus garajes cerrados. Al salir de la isla al mundo real, «todos nuestros escudos se elevan», dice un residente [...] «No voy al centro de la ciudad (de Los Ángeles), nunca», dijo [otro] residente de la isla [...] «Y si necesito ir al Valle (de San Fernando), alquilo una furgoneta para

que me lleve. Simplemente no es seguro. Cuanto menos tengamos que lidiar con esos lugares, mejor» [...] Hace dos años, cuando los disturbios barrieron Los Ángeles, 65 kilómetros al sureste, la caseta de vigilancia de la entrada de la isla sufrió una avalancha de llamadas de residentes convencidos de que miembros de bandas armadas estaban de camino [...] «Queríamos más cristalerías para que los guardias pudieran ver a cualquiera que viniera [...] y pinchos para neumáticos para coger a cualquiera que intentase conducir en dirección contraria».¹¹

Davis explica la formación de estas ciudades amuralladas no sólo como reflejo del urbanismo obsesionado por la seguridad sino también como producto de lo que él describe como una «revolución propia», el título del capítulo 3 de *Ciudad de Cuarzo*. Todo cobra sentido en esta revolución fortificada: el creciente poder de las asociaciones de propietarios, el movimiento por el crecimiento lento, la multiplicación de comunidades cerradas, la inflación del valor del suelo, el diseño de las incorporaciones municipales, la revuelta de los contribuyentes en California, la reestructuración de los reglamentos de construcción, el *white flight*, la renovación del centro urbano, la refabricación de las políticas urbanas, el «nuevo ecologismo urbano» y más. Los subtítulos del capítulo son excepcionalmente gráficos y comunican sus argumentos mejor que una larga cita: Bolchevismo costero, El muro blanco, Separatismo suburbano, En defensa de la buena vida, Rebelión contra la densidad, El Big Bang (en el que la revolución se describe como «La revuelta de Watts de las clases medias»), Alturas contra hogares, ¿Soviets de propietarios de vivienda?, El «no en mi jardín»¹² y El «a mí qué me cuenta».

Davis sostiene que el movimiento de propietarios ha sido una «protesta contra la urbanización de suburbia», una forma de resistencia a la reestructuración de la forma urbana exopolitana que tiene como objetivo principal «la reafirmación del privilegio social». Aunque no lo ha descrito como tal, se puede ver como otra causa e instancia ejemplar de la reestructuración generada por crisis de la década de 1990, así como una respuesta a la transición metropolitana, al igual que las Revueltas por la Justicia de 1992. Pero más que mirar hacia delante sobre las más amplias implicaciones de los profundos cambios en la conciencia, en la democracia y en la gubernamentalidad locales ocasionados por esta revolución propia, Davis busca en cambio en el pasado formas para contener, al menos retóricamente, su creciente poder social.

¹¹ Stephen Braun y Judy Pasternak, «Even an Island Sanctuary Can't Stem Fear of Crime», *Los Angeles Times*, 31 de diciembre de 1994.

¹² *Not in my back yard* o Nimby en el original, expresión habitual en Estados Unidos para reflejar aquellos movimientos, generalmente de los grupos de rentas medias y altas, que se oponen a la instalación de infraestructuras nocivas cerca de sus propiedades. [N. del E.]

En un famoso pasaje de *El 18 de Brumario*, Marx define a los campesinos franceses como «un saco de patatas», constitucionalmente incapaces de ninguna coherencia a gran escala en sus intereses o acción social, salvo que fueran movilizados por un jefe carismático. Por lo que llevamos visto, es difícil evitar un juicio semejante con respecto a los propietarios del sur de California. Por mucho que se esfuercen en convertirse en «bolcheviques playeros», los partidarios del crecimiento lento siguen siendo básicamente patatas campesinas cuya escala «natural» de protesta es el *nimbysmo* («No en mi jardín») desarticulado, ¿o sería más apropiado un término como «anarcosindicalismo residencial»? (Davis, 2003: 209-210; ed. cast.: 183)

Muchas ampliaciones más suaves y más centradas de la incisiva narrativa de Davis sobre las asociaciones de propietarios de viviendas [*homeowners associations* (HOAs)], los desarrollos de interés general [*common interest developments* (CIDs)] y las comunidades cerradas han aparecido tras la publicación de *Ciudad de Cuarzo*, añadiendo nuevas consideraciones a esta «revolución» continua. Dennis R. Judd, por ejemplo, comienza su ensayo «The Rise of the New Walled Cities» [«El auge de las nuevas ciudades amuralladas»] igual que lo hace Davis en su capítulo sobre «La fortaleza L.A.», con una discusión de carácter histórico sobre la erosión del espacio público como punto de partida necesario para entender estas urbanizaciones fortificadas. Bajo el título «Apropriating the Symbols of Public Space» [«Apropiándose de los símbolos del espacio público»], Judd señala cómo los arquitectos y promotores contemporáneos están usando el antiguo imaginario público del mercado y la comunidad residencial voluntaria para volver a poner de moda la estructura urbana alrededor de espacios comerciales y residenciales fuertemente cerrados, privatizados y monitorizados. Judd en continuidad con la concisa descripción de Kowinski sobre *The Malling of America* (1985) [La centrocomercialización de Estados Unidos], traza primero la transformación de los centros comerciales en fortalezas cerradas de pseudo-urbanismo, rematadas con centros comunitarios, zonas de entretenimiento, carnavales callejeros y nodos magnéticos para el hiperconsumo. En referencia a Davis, describe estas «nuevas megaestructuras» como «celdas fortificadas de riqueza» y «enclaves privados dorados» que acordonan la ciudad cerca de frente a la ciudad de extramuros. Recurre entonces a *Viajes en la hiperrealidad* de Umberto Eco (1986) para comparar la actual plaza cerrada con la plaza del mercado medieval, insinuando la reestructuración de la ciudadanía que está produciéndose tras los nuevos recintos urbanos: «Una manera en la que las ciudades modernas difieren de las ciudades medievales descritas por Eco es que las presencias malélicas de la Edad Media se identificaban muchas veces con la naturaleza. En las ciudades contemporáneas se han convertido en conciudadanas». (Judd, 1995: 154)

En continuidad con su permanente interés acerca de cómo el poder privado afecta a las políticas públicas, Judd vuelve sobre el cercamiento de la comunidad residencial en el *desarrollo de interés general* (CID), anunciado de forma prototípica como una «comunidad» en la que los residentes poseen o controlan las áreas comunes y los servicios compartidos a la vez que tienen también «derechos y obligaciones recíprocas» impuestas por un cuerpo de gobierno privado o «asociación comunitaria». Los CIDs, que incluyen desde urbanizaciones de viviendas unifamiliares construidas por un único promotor y nuevos pueblos enteros así como apartamentos en régimen de cooperativa y condominios, se cifraban en poco más de mil a principios de los años sesenta, antes de que la ciudad estadounidense (y otras en otros lugares) explotara bajo las sofocantes presiones de la expansión económica de postguerra. Hacia mediados de los años ochenta había más de 80.000 CIDs, y hoy probablemente se han convertido en la principal forma de vivienda nueva en prácticamente todas las áreas metropolitanas del país. De nuevo en referencia a Davis y a Los Ángeles como posible «precursor del futuro urbano», Judd sostiene: «Las fronteras de los CIDs separan el mundo privado del público tanto física como simbólicamente. La riqueza relativa y la seguridad de las esferas protegidas crea una cultura estratificada de separación que hace al espacio público cada vez menos atractivo». (Judd, 1995: 162)

Antes de ir más allá, conviene clarificar nuestra terminología a menudo repleta de acrónimos, especialmente cuando la bibliografía usa muchos términos diferentes que son intercambiables. Tal y como se ha definido anteriormente, los CIDs están formados por acuerdos contractuales que obligan a los residentes a ciertos derechos y obligaciones. En algunos casos, aunque no en todos, los contratos están «tematizados» en torno a una imagen elegida para la comunidad: New England Village, Greek Island Villa, Hawaiian Resort, Golfer's Paradise, Leisure World. Aquí los derechos y obligaciones contractuales son incluso más severos y restrictivos, ya que tienen que mantener la imagen oficial de la comunidad a cualquier precio. Es extremadamente revelador el término que algunos abogados usan para los CIDs: *regímenes de servidumbre administrados por una asociación*, un detonante para aquellos que reivindican que el CIDs representa una forma de «socialismo privado» opresivo. Todos los CIDs tienen, de este modo, asociaciones de propietarios o de comunidad de algún tipo, pero no todas las HOAs (asociaciones de propietarios de viviendas) o las RCAs [*residential community associations*] (asociaciones de comunidades residenciales, tal y como son definidas por el Instituto de Asociaciones Comunitarias), son CIDs. Actualmente hay alrededor de 200.000 RCAs registradas en el Instituto de Asociaciones Comunitarias, incluidas casi todas las HOAs y prácticamente todos los CIDs. Más allá de todas ellas está la categoría específica de comunidades

cerradas, que tal y como Davis ha remarcado tan bien, pueden encontrarse tanto en las ciudades centrales pobres como en las ciudades exteriores ricas. Como están tan extendidas, es difícil estimar cuántas comunidades cerradas hay en Estados Unidos. Usando los datos del Instituto de Asociaciones Comunitarias, Blakely y Snyder en su reciente trabajo, *Fortress America* (1997) [Fortaleza América], estiman que hay por lo menos 20.000, con más de tres millones de viviendas y 8,4 millones de residentes.¹³ Otras estimaciones empujan el número actual de comunidades cerradas por encima de las 30.000.

Todas estas formas de comunidad privatizada están implicadas en la profunda erosión del espacio público y en la fortificación de la ciudad estadounidense. Expresado de forma más sutil y menos visible en los CIDs y en las HOAs, esta fortificación erosiva alcanza su cota más obvia en la comunidad cerrada. Blakely y Snyder identifican tres tipos, en estos mundos privatizados y vigilados: comunidades de estilo de vida (comunidades de retiro, comunidades de golf y ocio y el nuevo pueblo suburbano), comunidades de prestigio (reservas para ricos, famosos, ejecutivos y más en general para el «quinto afortunado» de la escala de renta) y comunidades de zonas de seguridad (construidas en principio sobre el miedo al crimen y a los forasteros, divididas por los autores en tres «perchas» distintas: ciudad, suburbio y barricada, esta última concentrada principalmente en las áreas más pobres). He aquí su exhaustiva definición de la típica comunidad cerrada:

Las comunidades cerradas son áreas residenciales con acceso restringido en las que normalmente los espacios públicos están privatizados. Son urbanizaciones de seguridad con perímetros marcados, habitualmente con muros o vallas y con entradas controladas que intentan prevenir su penetración por parte de los no residentes. Incluyen nuevas urbanizaciones y viejas áreas modernizadas con puertas o vallas y se encuentran tanto en las ciudades centrales como en los suburbios externos y tanto en los barrios más ricos como en los más pobres. Sus entradas varían desde los sofisticados puestos de guardia de dos pisos con personal 24 horas al día con el fin de abrir y cerrar las puertas de hierro forjado, hasta los simples circuitos electrónicos. Los puestos de guardia se suelen construir con un carril para invitados y visitantes y un segundo carril para residentes, que pueden abrir las puertas con una tarjeta electrónica, un código o con un control remoto. Algunas comunidades con seguridad las 24 horas requieren que todos los coches pasen por el puesto de guardia, distribuyendo pegatinas de identificación para los coches de los residentes.

¹³ Edward J. Blakely y Mary Gail Snyder, *Fortress America: Gated Communities in the United States*, Washington (DC), Brookings Institution Press, y Cambridge (Ma.), Lincoln Institute of Land Policy, 1997, p. 7.

Otros usan cámaras de vídeo para grabar los números de la matrícula y a veces las caras de todos los que pasen a uno u otro lado. Las entradas sin guardias tienen sistemas de intercomunicación, algunas con vídeo monitores que los residentes pueden usar para investigar a los visitantes. (Blakely y Snyder, 1997: 2)

Tal y como apuntan, California, Florida y Texas son el hogar de la mayoría de las comunidades cerradas, pero éstas están creciendo también rápidamente alrededor de Nueva York, Chicago y otras grandes áreas metropolitanas, así como en otras regiones que no pertenecen al Sunbelt. En el sur de California, donde se encuentran las mayores concentraciones, hay tres grandes enjambres de comunidades cerradas: la península de Palos Verdes cerca del puerto de Los Ángeles, donde algunos municipios están cerrados por completo; la zona costera y del sur del condado de Orange, emplazamiento de la comunidad de retiro arquetípica de Leisure World; y más recientemente, al oeste del valle de San Fernando y en el adyacente condado de Ventura, con la ciudad de Hidden Hills como lugar más característico, donde son obligatorias las vallas de estacas blancas.

Bajo todos estos regímenes de servidumbre administrados por asociaciones, el microgobierno y la «secesión cívica» giran en torno a lo que Foucault llamó en una ocasión las «pequeñas tácticas del hábitat». Con el fin de dar una idea acerca de las candentes cuestiones que dirigen estos supuestos experimentos de democracia privada local, he aquí una lista de lo que los residentes consideran como los mayores problemas que tienen que encarar las RCAs en Estados Unidos. En orden de frecuencia, están las restricciones de aparcamiento, los vehículos viejos para el desguace, las señales, los vehículos comerciales, los vehículos ilegales (camiones), el uso de la propiedad común, los campistas, la pintura, el tamaño de las mascotas, la decoración de vacaciones, las antenas parabólicas, las plantaciones, los aros de baloncesto, los buzones, el equipamiento para juegos, la bandera y, el último de la lista, los guardias de seguridad y las puertas.¹⁴

En *Privatopia: Homeowner Associations and the Rise of Residential Private Government* (1994) [Privatopia. Las asociaciones de propietarios y el surgimiento del gobierno residencial privado], Evan MacKenzie proporciona una valoración particularmente equilibrada acerca de las repercusiones potenciales del creciente empoderamiento público y privado de las HOAs, los

¹⁴ Véase la figura 1.6, Blakely y Snyder, 1997, p. 23. El diagrama de barras que se presenta aquí fue adaptado de Doreen Heisler y Warren Klein, *Inside Look at Community Association Ownership: Facts and Perceptions*, Alexandria (Va.), Community Association Institute, 1996.

¹⁵ Evan MacKenzie, *Privatopia: Homeowner Associations and the Rise of Residential Private Government*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1994.

CIDs y las RCAs.¹⁵ En «Reflections on Privatopia and the City» [«Reflexiones en torno a Privatopía y la Ciudad»], su capítulo de conclusión, comienza donde empezó el libro, con la predicción de Ebenezer Howard de hace casi un siglo de que la ciudad tradicional moriría y sería reemplazada por una nueva forma de comunidad planificada, representada por su noción de la «ciudad jardín» utópica y semisocialista. Aunque no exactamente como Howard quería, muchos ven hoy una «nueva ciudad» que resurge como el ave Fénix (en mi juego de palabras) «de las cenizas de lo viejo». Tómese, por ejemplo, los pronósticos de Robert H. Nelson, un economista del Departamento de Interior estadounidense, cuyas palabras MacKenzie cita extensamente:

Las dotaciones de las RCAs pueden ampliarse al gobierno privado de los vecindarios que ahora mismo consiste en propiedades individuales. Usando el modelo de las RCA, el concepto sería establecer el vecindario privado como una piedra angular de la organización política y económica [...] Si las RCAs se convirtieran en el modo predominante de organización social para la comunidad local, este desarrollo podría ser tan importante como la adopción en Estados Unidos de la forma de corporación privada para la posesión de empresas privadas. Tendríamos dos formas colectivas básicas de propiedad privada —el condominio (o RCA) para la propiedad residencial y la corporación para la propiedad empresarial. (MacKenzie, 1994: 177)

Tal y como el propio MacKenzie señala, la vivienda CID representa más que la privatización de unos pocos servicios del gobierno local. «Constituye y facilita la privatización de la función del urbanismo en sí misma y del proceso por el que se decide dónde y cómo va a vivir la gente en las áreas urbanas estadounidenses» (1994: 182). Con el fin de ver otra y muy diferente visión del futuro, MacKenzie vuelve a Robert Reich, citado anteriormente, en el capítulo 9, por sus perspectivas en torno a la actual oleada de desigualdad social y económica, y a Charles Murray, una voz mucho más conservadora en relación con las mismas cuestiones.

Robert Reich conecta la privatización inherente a la vivienda en los CID con una tendencia que él denomina «la secesión de los que tienen éxito»: «En muchas ciudades y pueblos, en efecto, los ricos han retirado su dinero del apoyo a los espacios e instituciones públicas compartidas por todos y han dedicado sus ahorros a sus propios servicios privados [...] Los condominios y las omnipresentes comunidades residenciales apremian a sus miembros a asumir el trabajo que los gobiernos locales, atrapados económicamente, ya no pueden permitirse hacer bien —el mantenimiento de carreteras, el arreglo de las aceras, la poda de árboles, la reparación de farolas, la limpieza de piscinas, el pago de socorristas y, especialmente, la contratación de guardias de seguridad para proteger la

vida y la propiedad».

En el otro extremo del espectro político, Charles Murray proporciona una observación similar; Murray ve el crecimiento de los CIDs en tanto símbolo de la transformación de Estados Unidos en una «sociedad de castas». Anticipa que los servicios privados del gobierno local facilitarán el surgimiento de una nueva casta convertida en una poderosa fuerza política. «Estoy intentando imaginar lo que ocurre cuando el 10 o el 20 % de la población tiene suficientes ingresos como para puentear las instituciones sociales que no le placen de una manera que antes sólo una fracción superior del 1 % era capaz de hacer [...] La izquierda se ha estado quejando durante años de que los ricos tienen demasiado poder. Todavía no han visto nada». (MacKenzie, 1994: 186-187)¹⁶

MacKenzie acaba *Privatopia* con la consideración de una «nueva posibilidad» en las políticas de los CID: la movilización activa de los residentes para la acción política de masas no sólo a nivel local sino también nacional. Un miembro del lobby California ECHO (Executive Council of Home Owners) [Consejo ejecutivo de propietarios de viviendas] ha expuesto que una fuerza electoral tan grande «podría empujarse a los centros neurálgicos legislativos como los sindicatos de funcionarios y las organizaciones de abogados». Es evidente que tal movilización se ha estado dando ya a nivel estatal y local. En algunas áreas como el condado de Orange, la experiencia en las RCAs es un peldaño clave para presentarse como candidato local y, tal y como señala un asambleísta, los presidentes Reagan, Bush y Clinton han incluido en sus campañas electorales paradas en Leisure World. En un estudio recientemente terminado acerca del valle de San Fernando, Mark Purcell examina el impacto de las HOAs en una serie de importantes cuestiones estatales y locales, incluida la Revuelta Fiscal de California que trajo consigo el párrafo de la Proposición 13 y las actuales campañas con el fin de dismantelar el Distrito Escolar Unificado de Los Ángeles, además de fomentar la secesión del valle de San Francisco (y posiblemente de otras áreas) de la ciudad, lo que en caso de tener éxito sería la primera vez que una ciudad importante de Estados Unidos literalmente des-anexiona una parte importante de su territorio.¹⁷ Hay pocas dudas de que «estos gobiernos privados»

¹⁶ La cita de Reich es de «Secession of the Successful», *New York Times Magazine*, 20 de enero de 1991, p. 42. Los comentarios de Murray vienen citados en Irwin M. Stelzer, «The Shape of Things to Come», *National Review*, 8 de julio de 1991, pp. 29-30.

¹⁷ Mark Purcell, *Power in Los Angeles: Neighborhood Movements, Urban Politics, and the Production of Urban Space*, tesis doctoral, Departamento de Geografía de UCLA, 1998. Véase también de Purcell, «Divorce, California Style», en *In These Times*, núm. 21, 1996, pp. 18-20, y 36; y «Ruling Los Angeles: Neighborhood Movements, Urban Regimes, and the Production of Space in Southern California», *Urban Geography*, núm. 18, 1997, pp. 684-704.

jugarán un importante y creciente papel *público* en el futuro.

Más allá de Blade Runner: la reestructuración espacial de la gubernamentalidad urbana

A pesar de su esfuerzo por ir más allá de sus limitaciones, el escenario de *Blade Runner* está indeleblemente unido a la descripción de Davis de *Ciudad de Cuarzo*. Basado tanto en la novela de Philip K. Dick como en la popular película dirigida por Ridley Scott, este escenario describe un futuro urbano postapocalíptico que ha empujado a la exópolis carcelaria a su último extremo. Todas las culturas del mundo parecen mezcladas en un núcleo urbano lleno de humo que vibra con una violencia inminente. Las fronteras étnicas y raciales parecen haberse disuelto en un caos fractal donde ya no hay ningún lugar seguro ni ninguna identidad estable. Es difícil señalar la diferencia entre el ciudadano y el extranjero, ni siquiera entre humanos y androides, ya que todos los grupos periféricos de la Tierra viven ahora en el centro, mezclados en una heterogeneidad homogeneizada. Al mismo tiempo que la ciudad central se ha visto introvertida globalmente, la ciudad exterior se ha movido incluso más hacia afuera, hacia los mundos monolíticos, barricados y aislados que en la novela se describen como «fuera de la Tierra». La bifurcación del espacio urbano está de esta manera virtualmente completada.

En su *Ciudad de Cuarzo*, Davis dibuja un cuadro premonitorio de una metrópolis rígidamente binaria y continúa inflamándolo con desastres apocalípticos en *Ecology of Fear* [Ecología del miedo]. Todas las señales de advertencia han sido identificadas: la destrucción del espacio público democrático, un desenfrenado sentido del miedo y la previsión que engendra el urbanismo obsesionado con la seguridad, un entorno urbano cada vez más repleto de arquitectura paranoica y de diseños disuasorios, una tecnopolicia que sostiene las microgeopolíticas del Estado local, un proletariado de servicios del Tercer Mundo formado por los inmigrantes pobres atrapados en un miserable centro urbano, el aislamiento de los ricos en islas de privilegio fortificadas, la diseminación del bolchevismo del Sunbelt y la revolución privada de los propietarios de viviendas. Lo que Davis ve y prevé está ahí sin duda en el Los Ángeles de finales del siglo XX y ha de ser aplaudido por su previsión y perspicacia. Pero hay mucho más en el relato sobre aquello en lo que se está convirtiendo Los Ángeles y el archipiélago carcelario. En este último epígrafe, voy a tratar de llevar el quinto discurso más allá de las dicotomías de la formación de *Ciudad de Cuarzo*, y del escenario de *Blade Runner* que la envuelve, a través de un intento de abrir estas afianzadas oposiciones a una posibilidad alternativa de análisis e interpretación. Esto no significa negar la validez del discurso dominante en Davis, más bien trata de evitar parte de sus

rigideces y de sus clausuras discursivas.

Tómese, por ejemplo, la noción de que el espacio público (frente al privado) está siendo destruido en la postmetrópolis carcelaria. Hay abundantes evidencias que sugieren que esto es de hecho verdad, pero también hay muchos autores que sostienen que la pura distinción entre espacio público y privado nunca ha sido clara y que lo que está ocurriendo hoy puede ser descrito de forma más precisa como una reestructuración de ambos espacios, el privado y el público, acompañado de una reconceptualización de esta distinción categórica. En referencia expresa a la noción de las asociaciones de propietarios de viviendas (HOAs) como «gobiernos residenciales privados», Evan MacKenzie plantea que «los mundos *público* y *privado* pueden parecer suficientemente distintos —y así son usados en el discurso popular y político— pero no lo son» (1994: 123-124). Cuando se observan en términos estrictamente dicotómicos, existe una tendencia a ver los cambios en el espacio público sencillamente como un tipo de transferencia no democrática al dominio privado, resultando en una incontrovertible pérdida de libertad cívica. Este tipo de pensamiento universaliza y homogeneiza la esfera pública —así como el proceso de privatización— y protege a ambos del examen crítico de cómo cada uno se ve afectado por otros procesos de diferenciación y cambio. De la antigua ágora y del foro de la *polis* ateniense a la postmetrópolis del presente, el espacio público ha sido confusamente romantizado y mitologizado en la teoría y en las prácticas urbanas occidentales hasta el punto de que es difícil ver que es un *espacio plenamente vivido*, sujeto para ser formado —y reformado— no sólo por los conflictos de clase sino también por el género, la raza, la etnicidad y otras relaciones diferenciales de poder social y espacial.

En otras palabras, la simple dicotomía del espacio público frente al espacio privado puede estar bloqueando un análisis crítico más exhaustivo de las especificidades espaciales del urbanismo, un análisis que aborde cualquier espacio de la ciudad, en la medida en que es simultáneamente percibido, concebido y vivido, lo que constituye el argumento central de *Thirdspace*. Reproduciendo esta dicotomía, se puede estar impidiendo también el desarrollo de una política espacial consciente, capaz de buscar a lo largo y ancho de la ciudad, espacios y lugares de movilización, de resistencia, y solidaridad. Dichos espacios potenciales de resistencia y cambio social progresista han sido ampliamente ocluidos en la *Ciudad de Cuarzo* de Davis, en parte debido a su firme lógica binaria pero también a su gruesa armadura protectora frente a la izquierda postmoderna y las nuevas críticas espaciales feministas, postcoloniales y antirracistas, estrechamente ligadas a ella. He identificado algunos ejemplos de estas políticas culturales espacializadas en los capítulos precedentes y voy a añadir alguna más en los que siguen. Con el fin de ilustrar brevemente con un ejemplo adicional estas perspectivas espa-

ciales alternativas y críticas, específicamente enfocadas sobre el archipiélago carcelario, me remito al trabajo de Thomas L. Dumm.

En «The New Enclosures: Racism in the Normalized Community» [Los nuevos cercamientos. Racismo en la comunidad normalizada], Dumm compara *Ciudad de Cuarzo* y las Revueltas por la Justicia de 1992 en Los Ángeles para exponer que se ha articulado una «estrategia de normalización», respaldada por el «poder representativo» del racismo «científico» y la vigilancia pública, eficaz a la hora de «fomentar el internamiento de las minorías negras», así como la fortificación protectora de los ciudadanos blancos, suburbanos, de clase media, hombres, heterosexuales y respetuosos con la ley.¹⁸ Siguiendo a Foucault más de cerca que Davis, Dumm critica la «tradicción marxista crítica» por tender a reducir la raza y el patriarcado a la clase y a la economía, y por cerrar demasiadas posibilidades para resistir a la gubernamentalidad reestructurada del espacio urbano. Concluye con optimismo apelando a políticas culturales de *resistencia* y *reconexión* más espacializadas.

Los nuevos cercamientos no pueden durar porque no se pueden mantener a sí mismos. Si bien la vida suburbana no es todavía un oxímoron, se convertirá en uno si a aquellos que están excluidos de su paz tan solo se les permite vivir las vidas de miseria y de estrechez de la exclusión. En Estados Unidos el futuro alternativo está por encima de nosotros. Puede ser y será el resultado de la repetición de la revuelta de Los Ángeles. Pero al mismo tiempo es posible el surgimiento de una política de desterritorialización y reconexión, una política en la que los argumentos sobre el espacio —sus cercamientos, exclusiones e internamientos— se conviertan en sujetos para el debate y la discusión y lo que es más importante, para las resistencias y las transgresiones.

Mientras que prácticamente todos los escritos sobre las CIDs, las HOAs y las comunidades cerradas destacan el menguante compromiso con las instituciones públicas y las restricciones a la democracia representativa y participativa implícita en la transformación del espacio público en espacio privado, se está desarrollando también un discurso crítico más equilibrado, que explora no sólo los riesgos para la democracia sino también las nuevas posibilidades que surgen de la «revolución propia» y del nuevo apartheid espacial. Por todo el país, y en particular en Los Ángeles, el movimiento de propietarios de viviendas y de hecho el renovado énfasis político en el microgobierno y las «pequeñas tácticas del hábitat» han producido efectos imprevistos. Quizá nunca antes las comunidades más

¹⁸ Thomas L. Dumm, «The New Enclosures: Racism in the Normalized Community», en Robert Gooding-Williams (ed.), *Reading Rodney King/Reading Urban Uprising*, Nueva York y Londres, Routledge, 1993, pp. 178-195.

Pobres de Los Ángeles, descritas como la quintaesencia de la esfera urbana sin espacio, hayan estado tan involucradas políticamente en sus barrios y en sus localidades inmediatas. Esto ha empezado a generar una conciencia y un activismo espacial de base, interclasista e intercultural articulado a partir de muchas de las cuestiones promovidas por las asociaciones de propietarios: mayor autogobierno, mejora de la calidad de vida, control sobre los desarrollos privados especulativos, mayor protección contra peligros medioambientales, mayor representación en las decisiones urbanísticas, mejor protección contra el crimen y la violencia, viviendas mejores y más asequibles, y en general la *reafirmación de lo local* contra las crecientes fuerzas externas de la globalización y de la reestructuración urbana.

Muchos de los ejemplos más interesantes de estos movimientos locales híbridos de Los Ángeles han surgido a partir del «nuevo ecologismo urbano» que Davis, al menos en *Ciudad de Cuarzo*, confina casi totalmente a los propietarios de clase media. Esto incluye la exitosa campaña de los Concerned Citizens [Ciudadanos Afectados] de South Central, apoyados por algunas HOAs ricas, con el fin de luchar contra la propuesta de ubicación del proyecto LANCER (Los Angeles City Energy Recovery),¹⁹ una incineradora de basura sólida; los esfuerzos de Neighbors in Action [Vecinos en Acción] del condado de Riverside para afrontar la limpieza del suelo del Stringfellow Acid Pits Superfund;²⁰ el trabajo de las Madres de East Los Ángeles que luchan contra la construcción de nuevas prisiones y de otra incineradora en su área; los esfuerzos de Heal de Bay [Salvemos la Bahía] por forzar la aplicación de la ley de aguas limpias²¹ en la bahía de Santa Mónica; y muchas otras organizaciones, algunas producto de la movilización casi exclusivamente dentro de comunidades étnicas específicas, pero que de

¹⁹ En 1983 se presentó el proyecto de una incineradora de basuras municipal con producción energética. Se destinó para el mismo un área fundamentalmente latina y afroamericana. La incineradora tenía previsto quemar 1600 toneladas de basura al día. Las luchas promovidas por distintos grupos activistas, entre ellos Concerned Citizens, consiguieron que en 1987 se cancelara dicho proyecto. [N. del E.]

²⁰ En este caso los vecinos lucharon para erradicar las fosas de residuos tóxicos en las zonas habitadas. [N. del E.]

²¹ La Clean Water Act es la ley federal promulgada para el control y limpieza de las aguas en Estados Unidos. [N. del E.]

²² Acerca de estos movimientos, véase Margaret Fitz Simmons y Robert Gottlieb, «Bounding and Binding Metropolitan Space: the Ambiguous Politics of Nature in Los Angeles», en Scott y Soja (eds.), *The City*, 1996, pp. 186-224. Para una discusión más reciente, véase LA Weekley, 2-8 de octubre de 1998, que informa sobre la Conferencia Progresista de Los Ángeles: *Uncovering Our Past and Envisioning our Future*, realizada en Occidental College. Aquí está incluido un artículo de Robert Gottlieb y Peter Dreier, «From Liberty Hill to the Living Wage: A Brief History of Progressive Los Angeles». Gottlieb, junto con Fitz Simmons enseñaron durante más de una década en el Departamento de Urbanismo de la UCLA, es también autor de *Forcing the Spring: The Transformation of the American Environmental Movement*, Washington, DC, Island Press, 1993.

una manera bastante significativa movilizan a anglos progresistas de clase media y de otras comunidades.²² Aquí y en cualquier otro lugar del país, el nuevo ecologismo urbano ha ayudado a detonar un creciente movimiento por la justicia medioambiental que plantea problemas asociados a la raza, el género y el medio ambiente físico en nuevas políticas espaciales y en estrategias innovadoras de construcción del espacio. Aun más representativo del creciente poder de las asociaciones de las comunidades residenciales es Route 2, una RCA multirracial, multiétnica y políticamente progresista que ha creado una cooperativa de vivienda de patrimonio limitado para personas de renta baja no muy lejos del centro de Los Ángeles.

Debo ser cuidadoso para no exagerar sobre la potencia de esta nueva ola de firmes coaliciones espaciales, ya que éstas están todavía en el marco de una estructura gubernamental local, estatal y federal muy hostil, y deben continuar enfrentándose a las fuerzas conservadoras privadas atrincheradas en el archipiélago carcelario. Pero ninguno de estos movimientos debería resultar debilitado por un discurso rígido y estrecho que les ningunee. Con el fin de terminar este capítulo con algo de optimismo, recuerdo de nuevo el escrito de Engels sobre Manchester y la transición extraordinariamente pacífica de la Sudáfrica contemporánea a partir de uno de los regímenes más inflexibles y decididos que el mundo haya visto, en pro de la separación, la segmentación y la fortificación territorial. En ambos casos, formidables «tecnologías disciplinarias» produjeron una extraordinaria «represión en lo que se refiere al espacio y el movimiento». Pero al mismo tiempo, tal separación creó también un nuevo sinecismo de identidad, resistencia y lucha en los hacinados recintos de los pobres. Conviene no abandonar la esperanza de que esto pueda ocurrir de nuevo en el archipiélago carcelario.

11. Simcities.

La reestructuración del imaginario urbano

Textos representativos

- *Simulations* [Simulacro] (Baudrillard, 1983).
- *América* (Baudrillard, 1988).
- *Megalopolis: Contemporary Cultural Sensibilities* [Megalópolis. Sensibilidades culturales contemporáneas] (Olalquiaga, 1992).
- *Viajes en la hiperrealidad* (Eco, 1986).
- *The Geography of Nowhere: The Rise and Decline of America's Man-Made Landscape* [La geografía del no lugar. Auge y caída del paisaje del hombre estadounidense hecho a sí mismo] (Kunstler, 1993).
- *The Theming of America: Dreams, Visions, and Commercial Spaces* [La tematización de América. Sueños, visiones y espacios comerciales] (Gottdeiner, 1997).
- *Ciudades invisibles*, (Calvino, 1974).
- *Postmodern Urbanism* [Urbanismo postmoderno] (Ellin, 1996).
- *When Government Fails: The Orange County Bankruptcy* [Cuando el gobierno fracasa. La bancarrota del condado de Orange] (Baldassare, 1998).
- *Popular Culture: the Metropolitan Experience* [Cultura Popular. La experiencia metropolitana] (Chambers, 1986).
- *Neuromancer* [El neuromante] (Gibson, 1984).
- *Virtual Light* [Luz virtual] (Gibson, 1993).
- *CyberCities: Visual Perception in the Age of Electronic Communication* [Ciber-ciudades. La percepción visual en la Era de la Comunicación Electrónica] (Boyer, 1996).
- *Cyberspace: First Steps* [Ciberespacio. Primeros Pasos] (Benedikt ed., 1992).
- *Virtual Reality: A revolutionary Technology of Computer-Generated Artificial Worlds - and How It Promises to Transform Society* [Realidad virtual. La tecnología revolucionaria de los mundos artificiales generados por ordenador y cómo ésta promete transformar la sociedad] (Rheingold, 1991).

- *The Virtual Community: Homesteading on the Electronic Frontier* [La comunidad virtual] (Rheingold, 1993).
- *City of Bits: Space, Place, and the Infobahn* [Ciudad de bits. El espacio, el lugar y la infobahn] (Mitchell, 1995).
- *Telecommunications and the City: Electronic Spaces, Urban Places* [Las telecomunicaciones y la ciudad. Espacios electrónicos, lugares urbanos] (Graham and Marvin eds., 1996).
- *Sim City: The Original City Simulator, User Manual* [Sim City. Simulador de ciudades original. Manual de usuario] (Bremer, 1993a).
- *Sim City 2000: The Ultimate City Simulator, User Manual* [Sim City 2000. Simulador de ciudades definitivo. Manual de usuario] (Bremer, 1993b).
- *Cyberspace/Cyberbodies/Cyberpunk: Cultures of Technological Embodiment*, [Ciberespacio/ ciber-cuerpos/cyberpunk. Culturas del cuerpo tecnológico] (Featherstone y Burrows eds., 1995).
- *Simians, Cyborgs, and Women: The Reinvention of Nature* [Ciencia, ciborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza] (Haraway, 1991).
- *Virtual Realities and Their Discontents* [Las realidades virtuales y sus descontentos] (Markley ed., 1996).

El sexto discurso sobre la postmetrópolis gira todavía en torno a otra reestructuración tardía del siglo XX, en torno a otra deconstrucción (parcialmente) en curso y (otra tentativa de) reconstitución de nuestros mundos de vida contemporáneos, nuestras visiones del mundo y nuestros espacios habitados. Aquí el principal interés está dirigido a la reestructuración del *imaginario urbano*, nuestra conciencia situada y centrada en la ciudad, y cómo esta refabricación ideológica afecta a la vida diaria de la postmetrópolis. También tiene que ver con cómo esta conciencia, reestructurada y centrada, en la ciudad extiende su esfera de influencia con el fin de determinar la manera en la que el espacio y la sociedad son regulados y controlados, y cómo se mantienen unidos frente a poderosas fuerzas desintegradoras. Si bien el capítulo anterior se concentraba en las tecnologías disciplinarias de vigilancia, reclusión y encarcelamiento y en el espacio policial, el sexto discurso explora una forma diferente y más sutil de regulación social y espacial, una forma que literal y figuradamente «juega con la mente», manipulando la conciencia cívica y las imágenes populares del espacio y de la vida urbana con el propósito de mantener el orden.

El imaginario urbano, tal y como este término es empleado aquí, se refiere a nuestros mapas mentales y cognitivos de la realidad urbana, a las cuadrículas a través de las cuales pensamos, experimentamos, evaluamos y decidimos actuar en los lugares, espacios y comunidades en las que vivimos. La reestructuración económica postfordista, la intensificación de la

globalización, la revolución de las comunicaciones y de la información, la desterritorialización y reterritorialización de las culturas y de la identidad, la recomposición de la forma urbana y de las estructuras sociales y muchas otras fuerzas que conforman la transición postmetropolitana han reconfigurado de forma significativa nuestro imaginario urbano, haciendo más turbias las fronteras y los significados antes mucho más claros, al tiempo que se crean también nuevas formas de pensar y actuar sobre el medio urbano. Vivimos, como nunca antes lo habíamos hecho, en espacios urbanos globales instantáneos, donde las fricciones de la distancia parecen haberse reducido y donde las que una vez fueron barreras impenetrables para la comunicación humana son ahora más permeables y abiertas. Sobre la base de los títulos de los textos representativos, parece que hemos entrado en un nuevo «hiperespacio» urbano de ciudades invisibles, urbanismo postmoderno, redes informáticas, comunidades virtuales, geografías del no lugar, mundos artificiales generados por ordenador, ciberciudades, simcities, ciudades de bits. El vasto ámbito del sexto discurso viene definido por cómo los estudiosos han intentado dar un sentido teórico y práctico a estas ciudades reales-e-imaginarias y a la correlativa reconstitución del imaginario urbano.

Reimaginar el espacio urbano: viajes en la hiperrealidad

La ciudad existe como series de dobles; tiene culturas oficiales y ocultas, es un lugar real y un espacio para la imaginación. Su elaborada red de calles, viviendas, edificios públicos, sistemas de transporte, parques y tiendas es paralela a un complejo de actitudes, hábitos, costumbres, expectativas y esperanzas que reside en nosotros como sujetos urbanos. Hemos descubierto que la «realidad» urbana no es única sino múltiple, que dentro de la ciudad siempre hay otra ciudad.

Iain Chambers, *Popular Culture: The Metropolitan Experience*, 1986.

[...] la distinción lógica entre el mundo real y los mundos posibles ha sido socavada de forma definitiva.

Umberto Eco, *Travels in Hyperreality*, 1986, p. 4.

El hecho de que sea más difícil que nunca señalar la diferencia entre lo *real* y lo *imaginario* está presente en prácticamente todos los aspectos del cambiante imaginario urbano, lo que se puede identificar seguramente como un hecho opuesto claramente a lo que se puede etiquetar como ficción. Esta

ambigua difuminación ha engendrado un nuevo vocabulario que trata de capturar una premisa fundamental: la realidad, el mundo real al que se refiere Eco, ya no es lo que había sido hasta ahora. Hemos oído acerca de libros descritos como «*faction*»,¹ acerca de la «tele realidad» y de sucesos informativos simulados, de los creadores de opinión que tejen una realidad a demanda bajo la forma de astutas imágenes y «frases que suenan bien en los titulares». En palabras de Eco, estamos cada vez más inmersos en un mar de «falsificaciones reales» y de «ciudades absolutamente falsas», mundos de fantasía reconstruidos que son «mas reales que realidades». Cibermundos completamente nuevos creados a partir de «realidad virtual», de «inteligencia artificial» y de «comunidad digital». La política internacional, las campañas políticas, los casos judiciales controvertidos, incluso las guerras están siendo llevados a cabo con una creciente atención hacia el imaginario público y privado, hacia las impresiones vicarias de lo que está ocurriendo en oposición al conocimiento preciso de los hechos actuales.

El término utilizado generalmente para definir y conceptualizar esta confusión y fusión crecientes de la verdadera tierra imaginada es el de *hiperrealidad*. Existe una interesante relación entre los prefijos de los términos hiperrealidad y postmodernidad. Tanto *post-* como *hiper-*, así como los prefijos relacionados como *meta-* y *trans-*, llevan consigo la noción de un movimiento *más allá* del estado existente, aunque cada uno asuma nuevos significados en relación con este movimiento. *Post-* y *meta-* connotan «después» y también un cambio significativo en la situación, la posición, la condición o la naturaleza. *Trans-* es más estrictamente «a través» pero puede referirse también a un cambio en la condición. *Hyper-* añade a esto un sentido de aceleración, a menudo con un carácter de exceso. En los debates sobre la nueva modernidad del periodo contemporáneo, cada uno de estos prefijos se ha usado (postmodernidad, metamodernidad, hipermodernidad, transmodernidad) para connotar variaciones sutiles sobre el mismo tema. Asimismo, se puede hacer que los argumentos utilicen términos como postrealidad, metarrealidad y transrealidad en lugar de hiperrealidad. Pero al igual que la postmodernidad, la hiperrealidad ha entrado en el uso (y en el abuso) popular y académico y se mantiene por lo general como el término preferido.

Existen varios caminos para abordar el sexto discurso y para iniciar las exploraciones prácticas y teóricas de cómo la hiperrealidad afecta al imaginario urbano. Muchos de estos «viajes en la hiperrealidad» provocan una sensación de *déjà vu*, ya que mucho de lo que contienen ha sido ya tratado

¹ Faction, palabra que describe el género en el que se entretienen conceptos y teorías reales con una historia de ficción. [N. del E.]

en este libro (por ejemplo, en la Introducción a la Segunda Parte) y en el otro volumen que lo acompaña, *Thirdspace* (en especial en los capítulos 7 y 8). En estas referencias a lo anterior, se da también un recentramiento de los discursos acerca de la postmetrópolis en torno a las perspectivas y el estilo figurativo de los estudios culturales críticos. Si bien en los capítulos precedentes se ha introducido una crítica cultural explícita sólo de forma oblicua, aquí ésta se convierte en algo crucial.

Jean Baudrillard y la precesión del simulacro²

Hoy la abstracción ya no es aquella del mapa, del doble, del espejo o del concepto. La simulación ya no es aquella de un territorio, un ser referencial o una sustancia. Es la generación mediante modelos de lo real sin origen o realidad: un hiperreal. El territorio ya no precede al mapa, ni lo sobrevive. De ahora en adelante es el mapa el que precede al territorio —PRECESIÓN DEL SIMULACRO— es el mapa el que engendra el territorio [...] el territorio cuyos jirones se van pudriendo lentamente a través del mapa, cuyos vestigios subsisten aquí y allí, en los desiertos que ya no son aquellos del Imperio, sino nuestros. *El desierto de lo real en sí mismo*. (Jean Baudrillard, 1983: 1-2)

El mundo en el que hablábamos seguros acerca del cambio y de la renovación, de las tendencias y las orientaciones, era un mundo sólido en el que podíamos señalar la diferencia entre una idea y su referente, una representación y lo que se representa, la imagen y la realidad. Pero ahora ambas cosas están completamente confundidas, dice Baudrillard [...] Tomemos el más importante de sus conceptos: aquel de la simulación («fingir tener lo que uno no tiene»). La simulación, puedes pensar, consiste en pretender que algo no es cuando de hecho es; esto no nos alarma porque creemos que sabemos distinguir la ficción de la realidad. Sin embargo, la simulación de Baudrillard no funciona así; borra la mismísima diferencia entre las categorías de lo verdadero y lo falso, lo real y lo imaginario. Ya no tenemos medio alguno para probar la ficción contra la realidad, o saber que es qué. Ni hay salida alguna a este dilema. Para informar sobre el cambio que supone, debemos decir que «de ahora en adelante «la relación se ha invertido», que el mapa, tal y como era, precede al territorio o el símbolo a la cosa. Aunque esta palabrería es en sí misma ilegítima, con la proliferación de la simulación, incluso las palabras que usamos «fingen tener lo que no tienen», por ejemplo, significados o referentes. De hecho no

² Partes de esta sección han sido tomadas directamente del capítulo 8 de *Thirdspace*, 1996, pp. 239-244.

sabemos la diferencia entre el mapa y el territorio, y no lo sabríamos aunque tuviéramos nuestras narices apretadas sobre la cosa misma. (Zygmunt Bauman, 1988)³

Jean Baudrillard, sociólogo y filósofo francés, es quizás el teórico y el intérprete más conocido de la creciente esfera de la hiperrealidad y del emborronamiento inducido de las fronteras entre lo «real» y lo «imaginado». Sus viajes hiperreales se mueven en torno a lo que él llama «la precesión del simulacro», la sustitución acumulativa del (mundo) real por sus representaciones simuladas o sus imágenes, un proceso que según él ha alcanzado su expresión más alta en lugares como el sur de California, donde prácticamente toda la realidad es ahora realísticamente simulada.⁴ En la primera mitad de *Simulations* (1983), un pequeño libro en el que trata en detalle esta aplastante precesión, comienza con un pasaje del *Eclesiastés*, recordándonos el uso bíblico del término *simulacrum* (una copia perfecta de un original que puede no haber existido nunca) para referirse a la creencia de que la hostia y el vino de la comunión son *realmente* el cuerpo y la sangre de Cristo, que la estatua en la hornacina es *realmente* la Virgen María: «El simulacro nunca es lo que oculta la verdad —es la verdad la que oculta que no hay ninguna verdad. El simulacro es verdadero». Esto es, el simulacro «precede» o viene antes o por delante de la verdad, la realidad, y de hecho define lo real en *sí mismo*, al menos para aquellos que creen fielmente. Baudrillard seculariza la noción bíblica del simulacro como la fuente motriz para comprender cuestiones contemporáneas más concretas, especialmente el ámbito y dominio crecientes de lo hiperreal.

En su referencia espacial más conocida, inspirada por el realismo mágico de Jorge Luis Borges, Baudrillard expone que hoy el mapa, la representación cartográfica o la imagen, asume una prioridad cada vez mayor sobre el territorio real que se supone representa. En otras palabras, la representación se convierte en lo real, sin que haya ninguna otra cosa «detrás» de ella. Para Baudrillard, ya no hay dobles, ni territorios o ciudades escondidos que puedan ser descubiertos bajo la superficie. Todo, incluido el imaginario urbano, está ahora condensado en torno a simulaciones y simulacros. Repite su

³ Zygmunt Bauman, «Disappearing into the Desert», *Times Literary Supplement*, 16-22 de diciembre de 1988; una revisión Jean Baudrillard, *America*, Londres y Nueva York, Verso, 1988 [ed. cast.: *América*, Barcelona, Anagrama, 1987].

⁴ Incluso antes del entusiasta tour de *America*, citado arriba, Los Ángeles estaba en la mente de Baudrillard. En *Simulations* (Nueva York, Semiotext(e), 1983, p. 26), describe Los Ángeles como rodeado por «estaciones imaginarias» que alimentan la «realidad-energía» hacia un lugar que no es nada más que «una red sin fin de circulación irreal», un «inmenso guión» y una «perpetua película» que bombea «señales de la infancia y falsos fantasmas» en su antiguo imaginario urbano.

punto de vista de muchas y diferentes maneras. «La ley y el orden», y junto con ella todas las formas de encarcelación y regulación, «pueden ser realmente nada más que una simulación» (1983: 39). Ahora es «imposible aislar el proceso de lo real, o probar lo real», ya que «el hiperrealismo de la simulación está expresado en todas partes por la llamativa semejanza de lo real con respecto de sí mismo» (1983: 41-45). Incluso nuestros mundos de producción están siendo transformados. «Lo que la sociedad busca a través de la producción, y la sobreproducción, es la restauración de lo real que se escapa. Es por ello que la producción material contemporánea es en *sí misma hiperreal*» (1983, p. 44).⁵

Distinguiendo entre simulación y disimulación (simple prevaricación o mentira), sostiene:

Disimular es fingir que no se tiene lo que uno tiene. Simular es fingir tener lo que uno no tiene. Uno implica presencia, el otro ausencia. Pero la cuestión es más complicada, ya que simular no es sencillamente fingir [...] [ya que] fingir deja el principio de realidad intacto: la diferencia es siempre clara, tan sólo está enmascarada; mientras que la simulación amenaza la diferencia entre «verdadero» y «falso», entre «real» y «imaginario». (Baudrillard, 1983: 5)

Al forzar su argumento sobre cuestiones todavía más contemporáneas, Baudrillard nos anima a reconocer el grado en el que la Guerra del Golfo «real», por ejemplo, no fue librada de hecho en Oriente Medio sino más bien en las trincheras de la CNN y de los *global media*. La Guerra del Golfo (y en consecuencia, prácticamente todos los eventos importantes de las últimas dos décadas) fue una guerra de imágenes, representaciones e impresiones tanto como de armas, petróleo y otras condiciones materiales «subyacentes». Mirando al pasado, a la ruptura del Watergate con la misma perspectiva,

⁵ Esta observación sobre la producción y la sobreproducción se haya en el corazón de la crítica de Baudrillard a la teoría y al análisis marxista convencional. En sus trabajos anteriores sobre el «Espejo de la producción», la «Economía política del símbolo» y la importancia del «Intercambio simbólico», intentó estirar el marxismo, tan lejos como pudo, de su fijación en la producción material y en la simultaneidad encerrada de conceptos tales como valor de uso y valor de cambio, con el fin de abordar procesos de producción cultural y simbólica más amplios. En *Simulations*, rompe de forma simbólica sus ataduras con el marxismo y las formas correlativas del materialismo histórico y el análisis estructuralista mediante la reconstitución de toda la base material de producción y sobreproducción (la fuente intrínseca de las crisis capitalistas) primero como una «superestructura» y después como hiperreal. En lo que se refiere a su trabajo anterior, véase *The Mirror of Production*, trad. e introducido por Mark Poster, St. Louis, Telos Press, 1975 [ed. cast.: *El espejo de la producción*, Barcelona, Gedisa, 1980]; y *For a Critique of the Political Economy of the Sign*, trad. e introducido por Charles Levin, St. Louis, Telos Press, 1981 [ed. cast.: *Crítica de la economía política del signo*, México, Siglo XXI, 1974].

expone que «antes, la tarea era disimular el escándalo», esto es, mentir acerca del mismo, mientras que hoy «la tarea es ocultar el hecho para que no exista», lo que parece un escándalo es de hecho el funcionamiento normal del gobierno estadounidense (Baudrillard, 1983: 28). Como siempre, Baudrillard sobreexpone su perspectiva de forma (hiper)extravagante para dirigir a su terreno la importancia de su principal argumento, que algo profundamente diferente está ocurriendo en la relación entre lo real y lo imaginario, generando una transformación epocal en lo que se refiere a cómo comprendemos el mundo y actuamos sobre él. No obstante uno puede ver esto mismo, *la realidad ya no es lo que solía ser*.

La exageración, persistente y a menudo decidida, de Baudrillard ha enfadado y frustrado a muchos de sus lectores. Muchos, especialmente en la izquierda, rechazan su trabajo por sus implicaciones políticas al parecer atrofiantes, su aparente llamada a recostarse y vivir en el irresistible mundo de las simulaciones en lugar de luchar contra él. Pero de forma subyacente a sus vuelos más extravagantes existe una poderosa crítica a la epistemología contemporánea (el estudio de cómo sabemos que nuestro conocimiento es verdadero y útil) que merece atención por sus aportaciones a la comprensión de la reestructuración del imaginario urbano y de la transición postmetropolitana. Antes de rechazar a Baudrillard de forma demasiado brusca (o de abrazar sus escritos completamente), es útil volver a capturar estos argumentos epistemológicos.

Baudrillard desarrolla su crítica a través de lo que él llama «las sucesivas fases de la imagen», una línea temporal filosófica cuya periodización puede ser interpretada como una secuencia de *epistemes* (formas clave de conocimiento) críticas en el desarrollo de la modernidad occidental post-Ilustración, o más sencillamente, como una serie de diferentes modelos que tenían el propósito de dotar al mundo de un sentido práctico. La primera episteme o fase está capturada en la metáfora del *espejo*, con una imagen que se ve como «reflejo de una realidad básica». El conocimiento práctico se deriva de nuestra habilidad para comprender racionalmente los «reflejos» sensibles del mundo empírico real, separando la información correcta, buena y útil del ruido y la distorsión que los acompañan. Esta es en esencia la epistemología de la ciencia moderna y del método científico. De hecho, continúa vigente en las ciencias humanas, biológicas y físicas en tanto epistemología dominante, y todavía se puede reconocer, a pesar de sus detractores, como un fundamento importante para el pensamiento y la práctica críticos, esto es, para el intento de dotar al mundo de un sentido práctico con el fin de cambiarlo a mejor.

En el siglo XIX, de forma más sistemática, se desarrolló una segunda episteme crítica, aunque, como para el caso de la primera, se puedan encontrar predecesores mucho antes. Su encarnación metafórica no era el espejo

sino la *máscara*, una creencia de que los reflejos «buenos» potencialmente admisibles del mundo empírico de lo real están bloqueados por un engañoso manto de apariencias falsas o ficticias. En palabras de Baudrillard, la imagen «enmascara y pervierte una realidad básica». El conocimiento práctico y la comprensión crítica requieren, de esta manera, de un desenmascaramiento, una desmitificación de las apariencias superficiales, una búsqueda del entendimiento bajo el mundo empírico de reflexiones directamente apreciables. La exposición sistemática de esta forma de discurso crítico está estrechamente relacionada con el desarrollo de distintas formas de estructuralismo, desde Marx, Freud y Saussure a la crítica cultural contemporánea en ámbitos como el arte, la literatura y la estética (donde algunos pueden decir que siempre ha existido una forma no teorizada de explorar lo que está oculto tras las apariencias, como en una pintura, un poema o un texto histórico). Esta episteme alternativa ha sido probablemente la contraepistemología dominante de la teoría y las prácticas explícitamente críticas a lo largo del siglo XX.

Para Baudrillard, la tercera episteme se puede ver de forma emergente al lado de las otras dos desde finales del siglo XX, lo que conduce a una nueva epistemología crítica en la metáfora del *simulacro*. Aquí la imagen comienza por enmascarar «la ausencia de una realidad básica», indicativa de una transición desde la simple disimulación (fingir que no se tiene lo que uno realmente tiene, las mentiras o decepciones que surgen de la apariencia superficial de las cosas) hasta la creciente «erradicación de toda referencia», la sustitución de símbolos y simulaciones de lo real por *lo real en sí mismo*. Esta precesión del simulacro amenaza la propia existencia de una diferencia (y por lo tanto de nuestra habilidad para diferenciar) entre lo verdadero y lo falso, lo real y lo imaginario, el significado y el significante. Incluso las mejores formas de ciencia materialista y teoría crítica capturan el impacto y el significado de esta precesión del simulacro, con su erosión de los referentes tradicionales y las enmarañadas significaciones de lo que es real y lo que no.

Baudrillard, de todas formas, no se detiene aquí. Añade una cuarta fase, una especie de último estadio donde la imagen «carece de toda relación con realidad alguna; es su propio simulacro puro», un «circuito ininterrumpido sin referencia o circunferencia». Aunque se puede argumentar que Baudrillard presente de forma estratégica su cuarta fase como una posibilidad latente —su propia versión del apocalipsis de la postmodernidad, aquel que llama a una política de acción y de resistencia inmediatas— es igualmente posible leer todo lo que Baudrillard ha escrito desde que escribió *Simulations* como una reacción a un *fait accompli*, un mundo en el que una realidad básica ha desaparecido completamente y todo lo que queda es el «éxtasis de la comunicación», una frase que le ha ayudado a convertirse en un personaje de culto y en el gurú entre los surferos de la red y los navegantes del

ciberespacio. Prefiero imaginarme el primer argumento, ya que aceptar el último cerraría demasiadas opciones para una resistencia y reacción progresistas a las condiciones dominantes de la postmodernidad y de la postmetrópolis contemporánea. Como conclusión a esta sección y como introducción de la siguiente, me remito a Celeste Olalquiaga.

[...] el debate postmoderno no ha trascendido lo que Umberto Eco llamó hace un par de décadas como *apocalittici e integrati*, refiriéndose a la furiosa polémica sobre las bondades y las maldades de los *mass media*. En Estados Unidos esta polémica tiene matices propios, en particular una muy postmoderna esquizofrenia donde los teóricos aman y odian simultáneamente el postmodernismo. Quizá su representante más interesante sea el peculiar profeta cósmico Jean Baudrillard, cuya mera mención produce entre los polemistas un efecto similar al de Moisés en el Mar Rojo. Personalmente, confieso una relación ambigua desde la cual, a pesar de estar influida por la mirada y la creencia de Baudrillard de que la simulación es fundamental para comprender el postmodernismo, estoy completamente en desacuerdo con su análisis final sobre la desaparición del referente. (Olalquiaga, 1992: xv)

Celeste Olalquiaga y la psicastenia postmoderna

Los cuerpos se están volviendo ciudades, sus coordenadas temporales son transformadas en coordenadas espaciales. En una condensación poética, la historia ha sido sustituida por la geografía, las historias por los mapas, las memorias por los escenarios. Ya no nos percibimos a nosotros mismos como continuidad sino como ubicación, o mejor dicho como desubicación en el cosmos urbano/suburbano. El pasado y el futuro han sido intercambiados por iconos: fotografías, postales, y películas que cubren su pérdida. El excedente de información intenta controlar esta evanescencia del tiempo reduciéndolo a una cronología compulsiva. Proceso y cambio se explican ahora por la transformación cibernética, haciendo más y más difícil distinguir entre nuestro ser orgánico y nuestro ser tecnológico. Ya no es posible enraizarse en la historia. En cambio, estamos conectados a la topografía de pantallas de ordenador y a los video monitores. Esto nos da el lenguaje y las imágenes que necesitamos para alcanzar a otros y vernos a nosotros mismos. (Olalquiaga, 1992: 93)

La confusión postmoderna de tiempo y espacio, en la que la continuidad temporal se colapsa en extensión y la dimensión espacial se pierde para la duplicación, transforma la cultura urbana en un gigantesco holograma capaz de producir cualquier imagen dentro de un aparente vacío. En estos procesos, el tiempo y el espacio se transforman en iconos de sí mismos y consecuentemente se vuelven escenarios. (Olalquiaga, 1992: 19)

Olalquiaga dibuja Otro cuadro de la hiperrealidad de la vida diaria en la nueva era de la información, un cuadro más específicamente urbano y más explícitamente espacial que el de Baudrillard. En *Megalopolis: Contemporary Cultural Sensibilities* (1992) [ed. cast.: *Megalópolis*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1993], escribe acerca de un creciente malestar psicológico, provocado por la revolución de las comunicaciones y por muchos otros factores que influyen en cómo nos relacionamos con nuestro hábitat, con los lugares y los espacios en los que vivimos. Ella llama a este malestar psicastenia y lo asocia con lo que se puede describir como la «condición postmoderna», con estar literal y figuradamente «perdido en el espacio». Tal y como he citado en la introducción a la Segunda Parte, Olalquiaga define la psicastenia como «una perturbación en la relación entre el ser y el territorio circundante», una incapacidad problemática para localizar las fronteras de nuestros propios cuerpos. Los parámetros espaciales normales de nuestro cuerpo, esa «geografía más cercana», se confunden cada vez más con los *espacios representados*, llevándonos a abandonar nuestra propia identidad «para adoptar el espacio más allá», para camuflarnos en el entorno más grande, de tal modo que pareciera que desaparecemos como una entidad diferenciada (Olalquiaga, 1992: 1-2).

Esta crisis de identidad virtual y espacial es por lo tanto asociada con un emborronamiento de las distinciones entre el cuerpo, el ser, la ciudad, y cada uno de sus espacios representados, de sus formas imaginadas o simuladas. Cada vez más nuestros mapas imaginarios del mundo real parecen «preceder» y fusionarse, más que sencillamente reflejar o enmascarar, con las geografías reales de la vida diaria, para volver de nuevo a los términos de Baudrillard. Estas representaciones o imágenes afectan, en cambio, todo lo que hacemos, desde dónde compramos a cómo votamos, desde nuestras opiniones acerca de cuestiones globales a quién elegimos como pareja sexual. Los habitantes se camuflan de forma creciente en el medio de las representaciones y de las simulaciones espaciales. Las imágenes de ubicación y de situación son sustituidas por la memoria, la experiencia, la historia: las conexiones con la «topografía de las pantallas de ordenador y los vídeo monitores» proporcionan el lenguaje y las imágenes inmediatas necesarias para «llegar a los otros y vernos a nosotros mismos».

Tal psicastenia espacial no es única en la cultura postmoderna. Las ciudades y otras espacialidades de la vida social siempre han tenido el poder de absorber y de representar la conciencia y la identidad. Lo que hoy es diferente es la escala y el alcance epidémicos de estas espacialidades simuladas y su poder infeccioso para dar forma a la sustancia y al significado de los universos de vida contemporáneos, nuestras visiones del mundo y nuestros espacios habitados. Pero Olalquiaga no sólo presenta este proceso como una

fuerza completamente negativa y totalmente inmutable, lo que es de crucial importancia. Tal y como sugiere, tenemos que tomar una importante decisión crítica. Podemos disfrutar simplemente de los indudables encantos de una disolución psicasténica en el espacio, cambiando nuestros hábitos adaptándolos a cada nuevo y tentador escenario, ya sea Disney World o internet. O podemos darle la vuelta al proceso, aprovechándonos de su ámbito espacial expandido, de sus borrosas fronteras, de su ruptura con las jerarquías rígidas, de su flexibilidad y de su fragmentación, con el fin de comprometernos en una *praxis espacial* más creativa *de transgresión, de cruce de fronteras, de trabajo en el límite y de compromiso con el derecho a ser diferente* que pueda reorientar la difusión de la hiperrealidad desde sus canales esencialmente conservadores hacia objetivos más progresistas.

En contraste con el escenario de Baudrillard del día del juicio final de la cultura postmoderna, donde parece no haber salida, o con las versiones moralistas y alternativas de la izquierda liberal que se revuelcan en la nostalgia y que lloran por todo lo que se ha perdido en la postmodernidad, Olalquiaga identifica y celebra las nuevas posibilidades de resistencia y de subversión abiertas por la precesión del simulacro, la propagación de la hiperrealidad. Con centro en los «paisajes culturales» de la América Latina contemporánea y su influencia en la «latinización de EEUU», Olalquiaga deriva su propia megalópolis postcolonial, llamada Tupinicópolis, de un grupo «retrofuturista» de indios Tupi que compitieron, por la mejor «samba», en el carnaval brasileño de 1987 y que conducían «motocicletas japonesas supersónicas, vestían plumas fosforescentes y zapatos de lona de llamativos colores» y que llevaban con ellos un «escenario urbano de alta tecnología» de diagonales y espirales expresionistas, que contenía autopistas, rascacielos, señales de neón, centros comerciales, el banco Tupinocopolitano, el Tupy Palace Hotel y una discoteca. Con estos y otros ejemplos latinoamericanos, como el movimiento punk chileno y Superbarrio, un popular personaje que surgió de los barrios bajos de Ciudad de México a finales de la década de 1980 con el fin de luchar contra la corrupción policial, la polución y la pobreza, Olalquiaga presenta una descripción claramente postcolonial, postmoderna y postmetropolitana de las nuevas políticas culturales de la diferencia, una representación y una identidad al estilo latinoamericano.

La versión latinoamericana propia de la cultura internacional tiende hacia un hiperrealismo con atributos excepcionalmente paródicos. Este «hiperrealismo mágico» invierte a menudo la imagen de una personas colonizadas, humildemente subordinadas a los descubrimientos metropolitanos en una imagen de una audiencia cínica revolcándose de la risa por lo que percibe como matices estériles de culturas con muy poquito sentido de su propio autoengrandecimiento. (Olalquiaga, 1992: 75)

Ella considera este «radicalismo icónico» híbrido, con su paródico deseo de «subvertir los paradigmas producidos por el Primer Mundo», como el lugar donde:

[...] pueden encontrarse las propuestas culturales más excitantes del momento. Dejando atrás la melancolía postindustrial y la nostalgia identitaria, y dejando a un lado la globalización del mercado de la etnicidad y la cómica subversión de las imágenes de los medios de comunicación de masas, como la exposición artística de disciplinas científicas [...] trabaja exclusivamente dentro del dominio icónico para proclamarlo como un lenguaje flexible que puede ser doblado, retorcido y dado la vuelta con el fin de satisfacer más necesidades que las en que un primer lugar produjeron dichos iconos. Adiestradas por una larga historia de códigos entrelazados y de roles espectaculares, las culturas postcoloniales muestran en esta inversión cómo el mundo también puede ser un escenario, ya sea en calidad de director o de espectador, para su propio placer. (Olalquiaga, 1992: 91)

Tenemos aquí, de nuevo, alusiones a lo que bell hooks ha descrito como «apuesta por los márgenes en tanto espacio de apertura radical», sin duda un lugar de opresión tradicional, pero también un lugar que puede ser transformado con el fin de crear simulaciones subversivas y comunidades de resistencia eclécticas.⁶ Estos espacios de apertura radical deben mantenerse abiertos y activos, tanto contra los cierres nihilistas a lo Baudrillard como contra el voraz poder del ciberespacio; lo que constituye el siguiente camino que vamos a tomar a fin de entender la hiperrealidad contemporánea que todo lo engulle en su esfera de control, ya sea lo positivo o lo negativo.

El ciberespacio y la generación electrónica de hiperrealidad

Al transportar los debates filosóficos y epistemológicos sobre la hiperrealidad a los universos de vida en la postmetrópolis se requiere de un viaje a través de una subregión intermedia del sexto discurso, un viaje que se representa a sí mismo como lo que define el principal medio causal de la producción y reproducción de la hiperrealidad. Esta subregión apesta a neologismos y vocabularios inventados, tanto como cualquiera de los otras que

⁶ Esta tradición tan seriamente juguetona del transgresivo «hiperrealismo mágico» es particularmente rica en América Latina, alcanzando de forma profunda la literatura chicana contemporánea a menudo con centro en Los Ángeles. Véase por ejemplo, Guillermo Gómez-Peña, *Warriors for Gringostroika*, St. Paul, Graywolf Press, 1993.

hayamos discutido, pero un término ha surgido en este mar de logos de la conciencia y de la cultura popular para convertirse en prácticamente hegemónico. Este término es *ciberespacio*, otra combinación greco-latina como televisión o heterosexual. Un recorrido crítico por este mundo ominicomprehensivo de hiperrealidad generada informáticamente nos ofrece la puerta de entrada al imaginario urbano reestructurado.

El prefijo *ciber-* deriva del verbo griego que significa dirigir, o de forma más exacta, *gobernar*. Hace más de cuarenta años empezó a ser usado en inglés preminentemente con el fin de definir la nueva ciencia «cibernética», el estudio del control y de las comunicaciones tanto en los organismos vivos como en las máquinas, a través de lo que se llamó la «teoría de la información». En la consecuente evolución del ciber-discurso, los cibernéticos comenzaron a engendrar una completa y extensa familia de términos que nombraban la apertura a un nuevo mundo generado tecnológicamente de CMC (*computer-mediated communications* [comunicaciones mediadas por ordenadores]), que vino cada vez más relacionado con las nociones relativas a la hiperrealidad (a menudo con nodos filosóficos como Baudrillard).⁷ Con la unión de *ciber-* y *espacio*, sin embargo, la cibernética fue espacializada explícita y asertivamente en algo más que en meros términos metafóricos. Si bien hoy en día rara vez se menciona la cibernética, el ciberespacio ha capturado el propio núcleo de la conciencia popular y está modelando de forma profunda la cultura contemporánea del espacio y del tiempo en el pasaje al siglo XXI.⁸

El primer uso del término ciberespacio se atribuye generalmente al novelista William Gibson. En su libro de 1984, *Neuromancer* [*Neuromante*], un cuento de ciencia ficción —¿o de hiperrealismo mágico?— repleto de «vaqueros» informáticos (más tarde «cibernautas») que «enchufan» sus sistemas nerviosos a la «Matriz», Gibson creó un modelo original para lo que ahora se ha convertido en el mundo «artificial» de la *realidad virtual*, el sinónimo contemporáneo más ampliamente usado para ciberespacio.⁹ Gibson presenta el ciberespacio como «una alucinación consensuada experimentada diariamente por miles de millones de operadores legítimos, de todas las naciones [...] una representación gráfica de datos abstraídos de los bancos de

⁷ Para localizar a «Baudrillard en la red» véase <http://www.edu/english/apt/collab/baudweb.html>. La página contiene una larga lista de «enlaces a trabajos acerca de y hechos por Jean Baudrillard», incluido un ensayo de Mark Nunes, «Baudrillard in Cyberspace: Internet, Virtuality, and Postmodernity», originalmente publicado en *Style*, núm. 29, 1995, pp. 314-27.

⁸ La notable persistencia del término *ciberespacio* se debe en parte, diría yo, al menor impacto del así llamado giro espacial, tanto en las ciencias humanas como en el imaginario popular.

⁹ William Gibson, *Neuromancer*, Nueva York, Ace Books, 1984 [ed. cast.: *Neuromante*, trad. de José Arconada y Javier Ferreira, Barcelona, Minotauro, 1996]; y *Virtual Light*, Nueva York, Bantam Books, 1994 [ed. cast.: *Luz Virtual*, Barcelona, Minotauro, 1994].

todos los ordenadores del sistema humano. Una complejidad inconcebible. Líneas de luz que oscilan en el no espacio de la mente, grupos y constelaciones de datos. Como las luces de la ciudad que se desvanecen [...]» (Gibson, 1984: 51); luces de la ciudad que en el contexto de la novela evocan Los Ángeles desde el aire. En su posterior novela ciberpunk, *Virtual Light* (1994) [*Luz Virtual*], Gibson nos lleva más allá de esas luces de la ciudad que se desvanecen para explorar la postmetrópolis de San Francisco, con excursiones secundarias a Los Ángeles vía *Ciudad de Cuarzo* de Mike Davis, elogiada en los agradecimientos de Gibson por sus «observaciones en relación con la privatización del espacio público» (1994: 351-2). He aquí una breve cita con el fin de ayudarnos a situar *Luz Virtual*.

Yamazaki se paró. Permaneció muy quieto, una mano sobre una verja de madera embadurnada con guiones de aerosol plateado. La historia de Skinner parecía irradiar, a través de miles de cosas, las sucias sonrisas y el humo de las cocinas, como círculos concéntricos del sonido de alguna campana secreta, con una tonalidad demasiado baja para el deseoso oído del extranjero.

Estamos llegando no sólo al cierre de un siglo, pensó, al cambio de milenio, sino al fin de algo más. ¿Una era? ¿Un paradigma? En todas partes, hay símbolos de clausura.

La modernidad estaba terminando.

Aquí, en el puente, hace tiempo que lo hizo.

Ahora andaría hacia Oakland, compadeciéndose por el extraño corazón del asunto. (Gibson, 1994: 105)¹⁰

Dos libros de Howard Rheingold, editor de *Whole Earth Review*, despiezan el discurso más amplio que emana de los viajes ciberespaciales fantásticamente reales de Gibson.¹¹ En un capítulo sobre «El ciberespacio y los negocios» de *Virtual Reality* (1991) [Realidad virtual], Rheingold traza el desarrollo del «mercado del ciberespacio» mediante la saga de «Cyberia Project» organizada por Autodesk, un importante vendedor de software de California. Autodesk definió las «ciberias» como «lugares donde uno va a experimentar

¹⁰ Oakland era el lugar originario de la famosa declaración de Gertrude Stein sobre el urbanismo contemporáneo, «no hay ningún *ahí* ahí», un aforismo que ha sido aplicado frecuentemente a Los Ángeles.

¹¹ Howard Rheingold, *Virtual Reality: A revolutionary Technology of Computer-Generated Artificial Worlds -and How It Promises to Transform Society*, Nueva York, Simon and Schuster, 1991 [ed. cast: *Realidad Virtual. Los mundos artificiales generados por ordenador que modifican nuestras vidas*, Barcelona, Gedisa, 1994]; y *The Virtual Community; Homesteading on the Electronic Frontier*, Reading MA, Addison-Wesley, 1993 [ed. cast: *La comunidad virtual. Una sociedad sin fronteras*, Barcelona, Gedisa, 1996].

en el ciberespacio». Para su presidente, John Walker, el ciberespacio era su término preferido, mucho más que los «oximorones» de «realidad virtual» y «realidad artificial». Autodesk estaba tan encantado con el ciberespacio que sus abogados intentaron obtener de hecho el copyright del término en nombre de uno de sus principales programadores, Eric Gullichsen, sólo para recibir una carta del abogado de William Gibson en la que apuntaba que Gibson estaba preparándose descaradamente para registrar una marca con el nombre de «Eric Gullichsen». (Rheingold, 1991: 184) ¡Ah, las maravillas de la metonimia postmoderna!

En *The Virtual Community* (1993) [*La comunidad virtual*] Rheingold profundiza aún más en «la vida diaria en el ciberespacio» a través de «WELL» [Whole Earth Lectronic Link (Enlace electrónico de toda la Tierra)] una «aldea virtual» interconectada en el área de la bahía de San Francisco que él usaba tanto con el fin de informarse para ir a funerales, picnics, cuidar a los hijos como para la «construcción de graneros». ¹² En un giro metafórico de la espacialidad hacia la biología, Rheingold anima el debate sobre la «cibercultura»:

Aunque la imaginería espacial y el sentido del lugar ayudan a comunicar la experiencia de morar en una comunidad virtual, la imaginería biológica es a menudo más apropiada para describir la forma en que cambia la cibercultura. En términos de la forma en la que todo sistema se propaga y evoluciona, piense en el ciberespacio como una placa de petri ¹³ social, lo Nuevo como el agar medio, y comunidades virtuales en toda su diversidad, como las colonias de microorganismos —las comunidades en la Red— es un experimento social que nadie había planeado pero que de todas maneras está ocurriendo. (Rheingold, 1993: 6)

Traigo a Rheingold a la presente discusión no para publicitar sus experiencias visionarias y alucinatorias acerca de una utopía cibernética sino para reconocer sus ocasionales críticas que cautelarmente avisan sobre tirarse a ciegas a los encantos que realzan su poder. Esto lo hace, de forma suficientemente interesante, apelando a los «hiper-realistas».

¹² «Barn raising» en el original, literalmente levantamiento del granero, que alude al trabajo comunal realizado sobre todo durante los siglos XVIII y XIX en el que la comunidad se reunía con el fin de construir el granero de una familia que suponía la parte más costosa en la construcción de una granja. Comunidades como los amish continúan desarrollando esta actividad tal y como se hacía entonces. [N. del E.]

¹³ La placa de petri fue inventada por Julius Richard Petri (1852-1921) y es utilizada para realizar cultivos de bacterias y otros microorganismos. [N. del E.]

Los hiper-realistas consideran el uso de las tecnologías de la comunicación como una ruta hacia la total sustitución de la sociedad natural y del orden social por una hiper-realidad mediada tecnológicamente, una «sociedad del espectáculo» en la que no nos damos cuenta que trabajamos todo el día para ganar dinero con el fin de pagar a los medios de entretenimiento que nos dicen qué desear, qué marca consumir y a qué político creer. No consideramos nuestro entorno como una construcción artificial que utiliza los medios con el fin de extraer dinero y poder. Lo consideramos como la «realidad» —la forma en la que las cosas son. Para los hiper-realistas, el CMC, al igual que otras tecnologías de la comunicación del pasado, está condenado a convertirse en otro poderoso conducto para desinformatizar [y, tal y como describe Rheingold, de «desinformatización»]. Si bien unas pocas personas recibirán mejor información mediante las superredes de banda ancha, la mayoría de la población, si la historia todavía sirve de alguna enseñanza, se verá confundida probablemente de forma aún más precisa, será manipulada de forma aún más exacta. La hiper-realidad es lo que se obtiene cuando un Panóptico se desarrolla hasta el punto de que puede convencer a todo el mundo de que no existe; la gente continúa creyendo que es libre, aunque su poder haya desaparecido [...]»¹⁴

Televisión, teléfonos, radios y redes de ordenadores son potentes herramientas políticas porque su función no es manufacturar o transportar bienes físicos sino influir sobre las creencias y las percepciones humanas. A medida que el entretenimiento electrónico se ha hecho crecientemente «realista», éste ha sido utilizado como un aparato de propaganda cada vez más poderoso. El ataque más radical de los críticos políticos hiper-realistas es que las maravillas de la tecnología de la comunicación camuflan habilidosamente la desaparición y la sutil sustitución de la verdadera democracia —y todo lo que antes era auténtico, desde la naturaleza a las relaciones humanas— por una versión comercial simulada. La ilusión de la democracia ofrecida por los utópicos CMC, de acuerdo con estas críticas de la realidad, es tan sólo otra maniobra distracción del poder real que juega detrás del escenario de las nuevas tecnologías —la sustitución de la democracia por un Estado mercantil global que ejerce su control a través de la manipulación del deseo, asistida por los medios de comunicación más que por los medios más ortodoxos de vigilancia y control. ¿Por qué torturar a la gente cuando puedes hacer que paguen por acceder a un control electrónico de la mente? (Rheingold, 1993: 297-8)

¹⁴ Baudrillard escribe acerca del «fin del sistema panóptico» y de «la pura abolición de lo espectacular» como un proceso de «implosión» electrónica en *Simulations*, 1983, pp. 49-58.

Las cautelas de Rheingold y la neuromancia de Gibson no son sólo intrínsecamente espaciales en su retórica y en sus referencias, son también típicamente urbanas.¹⁵ Digo típicamente porque mucho del discurso sobre el ciberespacio, la realidad virtual y las comunicaciones mediadas por ordenador (así como gran parte del discurso sobre la globalización) ha sido formulado por medio de proyecciones de ubicuidad espacial, de la creciente eliminación de la fricción de la distancia, de la particularidad locacional y de las diferencias regionales en el homogeneizador zumbido de Internet, la súper red que escapó de su capullo original en el Departamento de Defensa, aquel año extrañamente fatídico de 1984. A menudo se proclama, que hemos «conquistado» el espacio. No sólo podemos estar aquí y ahora en dos lugares al mismo tiempo, podemos estar en todas partes... y en ninguna parte también. Espacio y lugar, distancia y situación relativa, y quizás también sinecismo, ese estímulo vital de la aglomeración urbana, parecen por lo tanto haber dejado de ser tan importantes como lo habían sido en la historia de la humanidad, presagiando lo que algunos han llamado «el fin de la geografía». En el discurso del ciberespacio más crítico, sin embargo, estas demandas literal y figuradamente utópicas (en griego, *ou-topos* significa no-lugar) son puestas en cuentión, también literal y figuradamente, por la persistencia de las bases del medio urbano, y más característicamente, postmetropolitano: Los Ángeles y la Bahía de San Francisco, Nueva York, Washington DC, Miami, Chicago, Vancouver, Londres, Tokyo, París, etc. La ubicación sigue siendo importante y el desarrollo geográfico desigual continúa marcando importante diferencias. Incluso cuando «surfeamos la Red» o «navegamos por la Red», nos mantenemos en una relación persistentemente urbana (reestructurada, sin duda) con el espacio, con el conocimiento y con el poder.

No es una sorpresa entonces que el ciberespacio se esté convirtiendo cada vez más en un espacio político de contestación, con su propia división de anarquismo informático (liderada por los «hackers») y nuevos (¿virtuales?) movimientos sociales que luchan activamente para garantizar el acceso a la red de los pobres, los mayores, las minorías desfavorecidas y de muchos otros que están fuera de la Red. En este espacio de contestación encontramos no sólo posibilidades distópicas de una acentuada desigualdad social y espacial y formas intensificadas de control político e ideológico, sino también la promesa de una comunidad no jerárquica, multicéntrica y más abierta y democrática, informada y activa, multicultural y postcolonial, que trascienda las fuerzas divisorias de la raza, la clase y el género.

¹⁵ Para un maravilloso paseo por las urbanidades ciberespaciales de Singapur, diseñado con el fin de descubrir si «esa limpia distopía representa nuestro tecno futuro», véase William Gibson, «Disneyland with the Death Penalty», *Wired*, núm. 1.4, 1993, pp. 51-55 y 114-116.

Estas ciberluchas son ahora, y lo seguirán siendo, una parte integral de las políticas de la postmetrópolis.¹⁶ Tampoco es una sorpresa que el ciberespacio se haya convertido en una tierra fértil para los estudios urbanos críticos, especialmente en la zona articulada de la crítica que conecta la arquitectura con el urbanismo. Una de las exploradoras más intuitivas de esta zona es M. Christine Boyer, cuyos principales escritos reúnen de forma creativa las perspectivas espaciales críticas de Henri Lefebvre y Michel Foucault, para después revisar la historia del urbanismo.¹⁷ Añadamos a nuestro itinerario los viajes de Boyer en la hiperrealidad.

M. Christine Boyer y el imaginario del mundo real de las Ciberciudades

Desde el momento en el que William Gibson anunció en su distópico relato de ciencia-ficción *Neuromante* (1984) que la nueva red de la información o matriz llamada ciberespacio se parece a Los Ángeles visto desde 2000 metros de altura, ha habido una predilección por crear paralelos entre el espacio virtual de las redes de ordenadores y los lugares post-urbanos de desorden y decadencia. El ciberespacio también ha sido denominado como una enorme megalópolis sin centro, una ciudad que se extiende de forma descontrolada y una jungla urbana [...] Esta mezcla poco manejable de distopía urbana y ciberespacio —llamada aquí ciberciudades— da la vuelta a la realidad del tiempo y del lugar en una matriz imaginaria de redes de ordenadores que enlazan informáticamente lugares distantes de todo el globo y que comunica multilinearmente y no secuencialmente con vastos ensamblajes de información almacenada en forma de códigos electrónicos [...] Esta transformación, se dice, reemplaza el tradicional geometría espacial del trabajo en Occidente, la carretera, el edificio y la máquina, con nuevas formas de diagramatización [...] y con redes expresivas de «una nueva eterrealización de la geografía» en la que los principios ordinarios del espacio y el tiempo son alterados más allá de todo reconocimiento.

M. Christine Boyer, *CyberCities*, 1996, pp. 14-15.

En «The Imaginary Real World of CyberCities» y otros capítulos de *CyberCities: Visual Perception in the Age of Electronic Communication* (1996) [Ciberciudades. Percepción visual en la era de la comunicación electrónica],

¹⁶ Véase, por ejemplo, Jube Shiver Jr., «Bursting the Barriers to Cyberspace - On-line activists fight to keep the poor, the elderly and minorities from being left out of the Information Age», *Los Angeles Times*, Column One, 29 de marzo de 1995.

¹⁷ M. Christine Boyer, *Dreaming the Rational City: the Myth of American City Planning 1893-1945*, Cambridge (Ma.), MIT Press, 1983; *Manhattan Manners: Architecture and Style, 1850-1900*, Nueva York, Rizzoli, 1985; y *The City and Collective Memory: Its Historical Imagery and Architectural Entertainments*, Cambridge (Ma.), MIT Press, 1994.

Boyer nos lleva en un cáustico tour por la transformación de la ciudad máquina del modernismo a la ciberciudad de la información del postmodernismo, recogiendo *en route* una notable serie de descripciones epigramáticas del ciberespacio urbano.¹⁸ De la colección editada por Michael Benedikt, *Cyberspace: First Steps* (1992) [Ciberespacio. Primeros pasos], toma la frase de «una nueva eterrealización de la geografía» (Boyer, 1992: 22); y del capítulo de Michel Heim, en la misma colección, toma la noción de «ontología erótica» del ciberespacio seduciendo al arquitecto y al urbanista con las leyes formales de gestión de la información. Usando a Gilles Deleuze, Boyer inicia una crítica disciplinaria más profunda:

Gilles Deleuze ha sugerido recientemente que los espacios de confinamiento de Foucault están siendo tensionados de forma creciente. De este modo, la familia, la fábrica, la escuela, la ciudad industrializada, y desde luego el proceso de planeamiento de la ciudad se encuentran en distintas fases de disolución, reflejo del colapso disciplinario que suponen las ciberciudades. Así pues, Deleuze sostiene que las sociedades disciplinarias que han modelado la conducta están dando lugar a sociedades numéricas con un control modular facilitado por la tecnología informática. Hemos evolucionado desde el uso de las máquinas de producción que requieren una fuerza de trabajo disciplinada y una ciudad eficientemente planeada y organizada a habitar lo que se conoce como un espacio que fluye, definido por redes informáticas globales —una membrana de conectividad y control en flotación libre que circunda el globo de manera ultra rápida y que permite que surja un nuevo orden económico de corporaciones multinacionales. En este nuevo orden, el control actúa como un tamiz (una matriz informática) cuya malla transmuta de un punto a otro, ondulando y trabajando constantemente. El código, no la norma, se convierte en el mecanismo crucial; ahora es la contraseña, no el santo y seña, lo que provee o permite el acceso. (Boyer, 1996: 18)

Recurriendo a Homi Bhabha, Paul Virilio y otros, Boyer desarrolla su exposición acerca de los «lapsos de tiempo», las disyuntivas temporales y los «no-lugares» coloniales que ahora llenan los centros «en desaparición» de la postmetrópolis y que conforman el nuevo imaginario urbano emergente.

¹⁸ M. Christine Boyer, *CyberCities*, Nueva York, Princeton Architectural Press, 1996. El capítulo sobre «The Imaginary Real World of CyberCities» fue publicado originalmente en *Assemblage*, núm. 18, 1992, pp. 115-128. Las citas que siguen se refieren a Michael Benedikt (ed.), *Cyberspace: First Steps*, Cambridge (Ma.), MIT Press, 1992; Michael Heim, «The Erotic Ontology of Cyberspace» en Benedikt (ed.), *Cyberspace*, 1992; Gilles Deleuze, «Postscript on societies of Control», *October* núm. 59, 1992, pp. 3-7 [ed. cast.: «Postscriptum sobre las sociedades de control», en *Conversaciones*, Valencia, Pre-textos, 1995, pp.]; y Homi K. Bhabha, «Race, Time, and the Revision of Modernity», *Oxford Literary Review*, núm. 13, 1991, pp. 193-219.

A finales del siglo XX, se extienden territorios desconocidos y amenazantes dentro de las fronteras de la metrópolis, donde hay numerosos lapsos de tiempo, cortes temporales en la matriz imaginaria, y áreas de retraso forzado que quedan a la espera en los procesos de postmodernización. Estas particiones, cortes, e interrupciones en el imaginario urbano nos permiten negar nuestra complicidad en la creación de distinciones entre los nodos bien diseñados de la matriz y el espacio en blanco entre lugares que no le importa a nadie. Desautorizados, pasados por alto, marginados, dejados fuera de nuestros relatos, estos son los verdaderos lugares invisibles del centro —los indescriptibles, los incompletos, los desatendidos— que se han vuelto ausentes y olvidados [...]

[L]a matriz imaginaria representa disyuntivas espaciales y temporales que nos permiten pensar en los centros de las ciudades como si fueran lugares bipolares naturales de desarrollo desigual, en lugar de como efectos de un desmembramiento malintencionado que sitúa ciertas vidas y ubicaciones fuera de, y sólo algunas veces al lado de, los principales acontecimientos de las ciudades contemporáneas. Lo que la lógica binaria de la matriz informática nos permite obtener con cierta facilidad es esta división. Un plan así, por ejemplo, provee a Paul Virilo de sus imágenes de la ciudad en desaparición —donde las topografías cronológicas reemplazan el espacio geográfico construido, donde las emisiones informáticas inmateriales descomponen y erradican el sentido de lugar. (Boyer, 1996: 118-19)

En los capítulos finales, Boyer se aventura, a partir del modelo de Nueva York, en su propia versión negra y feminista de la ciudad carcelaria, así como de la cibercidad, repleta de referencias a *Blade Runner*, *Chinatown*, *RoboCop*, historias de detectives, tecnologías de la violencia, sistemas de vigilancia, militarización del espacio, emergencia de los enclaves privatizados, implantación de zonas seguras, suburbanización y centrocomercialización de las ciudades norteamericanas, CIDs y HOAs, *boosterismo* urbano y destrucción del espacio público. Lo que Boyer captura de forma eficaz es la contundente crítica radical del modernismo tardío (más que postmoderno) de la huella distópica del ciberespacio sobre las ciudades contemporáneas y el urbanismo, una transcripción menos truculenta y más urbanística de la *Ciudad de Cuarzo* de Mike Davis. Se trata de un logro afortunado, que añade una perspectiva urbana, fundamentalmente espacial, a la típica «paliza» historicista y a-espacial que caracteriza la mayor parte de las respuestas izquierdistas frente al «ciberbombo». Pero al igual que buena parte de este antipostmodernismo radical, la elección forzosa entre utopía y distopía, rosa y negro, confina en un estrecho margen los debates políticos sobre el ciberespacio, totalizando las elecciones morales en el binario 0 = malo contra 1 = bueno.¹⁹

¹⁹ Un ejemplo reciente de dicha ciberbúsqueda de información distópica de la izquierda del modernismo tardío, se puede ver en Julian Stallabrass, «Empowering Technology: The Exploration of Cyberspace», *New Left Review*, núm. 211, 1995, pp. 3-32.

Al final, Boyer cierra demasiados caminos a una potencial extensión de la residencia efectiva asimilando la ciberciudad de nuevo, en términos históricos, como poco más que la prolongación histórica de la ciudad máquina, haciendo más de lo mismo en lugar de algo significativamente diferente. Esta postura descarta prácticamente toda posibilidad potencialmente progresista en el ciberespacio (incluidas aquellas relativas a la raza, el género y la clase) en tanto promesas alucinatorias. Sus últimas palabras en el capítulo titulado «The Imaginary Real World of Cyberspace» [El mundo real imaginario del ciberespacio] encapsulan el mismo cinismo intermitente y el mismo indiscutible historicismo que tan a menudo acompañan a las mejores críticas del modernismo tardío frente a la postmodernidad: «¡Dejemos pasar al *cortège* [cortejo]» (1996, p. 38). Concluye así todo el libro ofreciendo otra respuesta posible. Tras preguntar si la ciberciudad representa la elisión final e irreversible de los contenedores espaciales que antes almacenaban nuestros iconos e imágenes, la desmaterialización de la cera sobre la que fueron impresos nuestros recuerdos [...] simbólicamente bombardeados hasta hacerlos nada [en] los espacios de sacrificio del ciberespacio», sugiere que quizás estos miedos son «ahora una ficción más» (Boyer, 1996: 244). El resultado inmediato de estas dos opciones es o «hagamos lo que siempre hemos hecho» y no nos preocupemos acerca de lo nuevo, o bien un cinismo burlón e impasible respecto de la escena urbana actual, que rivaliza con la bovina inamovilidad del baudrillardismo extremo.

Simcities, simciudadanos y la crisis generada por la hiperrealidad

Recurriendo a los estudios precedentes, con el fin entender la reestructuración del imaginario urbano, voy a presentar una nueva vía hacia el sexto discurso, una vía que indaga de una forma más profunda en la creciente hiperrealidad de la vida diaria urbana y en las «pequeñas tácticas del hábitat» que llevan la hiperrealidad a nuestras casas. Este camino me lleva también a acercarme a mi propia casa; si Los Ángeles planeaba como un icono sobre los caminos anteriores, aquí está en la base de la discusión, llevándonos hacia nuevas interpretaciones. Como he hecho para la mayoría de los discursos anteriores, he seleccionado mi propio término descriptivo con el fin de reunir y representar las distintas conceptualizaciones de la transición postmetropolitana que se discuten en este capítulo. Con el propósito de definir el producto compuesto del imaginario urbano reestructurado, utilizo el término de *Simcities*, adaptación del título de uno de los juegos de ordenador más populares en el mundo.

Concebido y diseñado por Will Wright, el juego de *SimCity* se distribuye en dos versiones, la «Clásica», también llamada el *Simulador de Ciudades Original* [*The Original City Simulator*], y *SimCity 2000*, facturado de forma más audaz como el *Simulador de Ciudades Definitivo* [*The Ultimate City Simulator*].²⁰ El *Manual de usuario* de la versión clásica (Bremer 1993a) termina con un largo ensayo sobre la «Historia de las ciudades y el planeamiento urbano» escrito por Cliff Ellis, que sirve de introducción al juego de simulación:

Cuando juegas a *SimCity*, tú diseñas, construyes y gestionas ciudades. Puedes diseñar tu propia ciudad soñada desde el suelo, o puedes tomar ciudades que ya existen como San Francisco, Tokio y Río de Janeiro. A lo largo del camino tendrás de lidiar con los actuales problemas urbanísticos y medioambientales, así como con desastres naturales como fuegos, riadas, terremotos, accidentes de avión y algún monstruo ocasional. Tus ciudades están pobladas por los Sims —ciudadanos simulados. Como sus homólogos humanos, construyen casas, pisos, iglesias, tiendas y fábricas. Y, también como los humanos, se quejan acerca de cosas como los impuestos, los alcaldes, los impuestos, los urbanistas y los impuestos. Si se entristecen demasiado, se largan, recaudas menos impuestos y la ciudad se deteriora. (Bremer, 1993a: p. 4)

El *Manual de Usuario de SimCity 2000* (Bremer, 1993b) tiene un tono más moralizante. Inmediatamente se te amonesta con una cita destacada que dice: «Buscar la ciudad ideal hoy es inútil [...] una pérdida de tiempo [...] algo seriamente perjudicial. De hecho, el concepto está obsoleto; no existe tal cosa». En la «Introducción» que sigue a esta cita se nos ofrece este reto:

Eres el responsable [...] Si tu ciudad es un lugar agradable para vivir, tu población crecerá. Si no lo es, tus Sims dejarán la ciudad. Y estate seguro de que te harán saber lo que piensan sobre ti y tus políticas [...] Uno de los retos más duros de *SimCity 2000* es mantener una enorme ciudad sin sacrificar la calidad de vida de tus Sims, sin arruinarte por mantener las infraestructuras y sin subir los impuestos tanto que los negocios se deslocalicen. *SimCity 2000* te permite encarar los mismos dilemas que los alcaldes de todo el mundo. Todos hemos dicho alguna que otra vez que podríamos hacerlo mejor que nuestros concejales elegidos —aquí tienes la oportunidad de probarlo [...] *SimCity 2000* es principalmente un juego de «construcción», donde tú creas e intentas incrementar el tamaño de tus ciudades —pero también tienes gran cantidad de oportunidades de destruir. Desde bulldozers a terremotos y choques aéreos, las herramientas de destrucción están en el ratón a un solo click

²⁰ El *SimCity 3000* ha aparecido recientemente, pero no he tenido demasiadas oportunidades para mirarlo.

de distancia. Pero recuerda, es un desafío mucho más importante construir que destruir, y las vidas, las esperanzas y los sueños de millones de Sims están en tus manos. (1993b: p.2)

El *Manual de usuario* provee un buen material para un análisis del discurso deconstructivo, pero voy a dejar a aquellos que quieran jugar de forma más seria. En lo que ahora importa, *SimCity* nos proporciona una útil plataforma de lanzamiento ciberespacial hacia las actuales hiperrealidades de la vida diaria en la postmetrópolis de Los Ángeles, quizás en el *Simulador de ciudades* «definitivo» haya más diseñadores, urbanistas, concejales, comerciantes y ciudadanos que en cualquier otro lugar, *sustituyendo la realidad* activamente con insidiosas y divertidas simulaciones.

Este proceso de sustitución de la realidad tiene, entre otros muchos efectos, el de la disneylización de la postmetrópolis. Para hacernos eco de un libro reciente, la «nueva ciudad estadounidense» está siendo recompuesta cada vez más en una serie de «variaciones de un parque temático», de entretenidos mundos hiperreales en paquetes de culturas simuladas, comunidades urbanas, estilos de vida y preferencias de consumo.²¹ Los simciudadanos de la ciudad parquematizada eligen su lugar de residencia no sólo sobre la base de los estándares convencionales de asequibilidad, proximidad al trabajo o acceso a buenas instalaciones públicas, esto es, las opciones racionales de lo que los geógrafos urbanos llaman comportamiento de búsqueda de residencia. También eligen, si pueden pagarlo, un lugar simbólico que simula un tema en particular o un paquete de paisajes-imágenes. Buscar un lugar donde vivir y en el que participar en la creación de una comunidad se parece cada vez más a una visita a Disneylandia, donde cada uno puede elegir entrar en Fantasilandia, Aventurelandia, Fronteralandia, La Tierra del Mañana, El Pueblo de los Dibujos Animados; o a Disney World, con sus nuevas opciones: EPCOT (la comunidad experimental del mañana), o sus imitaciones menores de Alemania, Thailandia, México, etc. No obstante, una vez se ha tomado la decisión, las libertades simuladas de elección desaparecen. Una colección de regulaciones y pactos formales e informales hacen cumplir el compromiso con el imaginario elegido, creando otro tipo de «comunidad» y de cercamiento residencial semejante a lo que los abogados llaman «régimen de servidumbre administrado por una asociación».

²¹ Michael Sorkin (ed.), *Variations on a Theme Park: The New American City and the end of Public Space*, Nueva York, Hill and Wang-Noonday Press, 1992. Este libro contiene mi artículo, «Inside Exopolis: Scenes from Orange County», que fue reimpresso en una versión revisada y ampliada como capítulo 8 de *Thirdspace*, 1996, y que sirvió de base de nuevo para este capítulo de Postmetrópolis. También se incluyen aquí los capítulos de Mike Davis, «Fortress Los Angeles: The Militarization of Urban Space», y de M. Christine Boyer, «Cities for Sale: Merchandising History at South Street Seaport».

El *patchwork* de comunidades residenciales especializadas que resulta de esto es mucho más fino en lo que se refiere a su territorialidad que las ciudades del pasado, segregadas por raza o clase, ya que contiene no sólo las viejas segregaciones sino también muchas nuevas. Dentro del tejido urbano de la postmetrópolis de Los Ángeles, por ejemplo, hay múltiples Mundos de Ocio y Ciudades del Sol para los distintos estilos de vida de los más mayores; marinas con apartamentos para los solteros canallas; comunidades gays y lésbicas y una ciudad «gay y gris»²² (West Hollywood). Hay ciudades como Simi Valley, llenas de policías retirados y en activo que defienden su tierra; una densa concentración, casi un gueto, de ingenieros en las ciudades costeras al sur de LAX, el aeropuerto internacional; lugares y zonas especiales para familias con hijos entregados a la competición olímpica (Mission Viejo), o a un entorno eco-utópico, o a la promesa californiana. Hay urbanizaciones residenciales y «aldeas urbanas» para aquellos que desean vivir en réplicas de la España de Cervantes, una isla griega («Bienvenido a Mikonos», clama un anuncio), Nashville o Nueva Orleans, una zona residencial de blancas azucenas, la vieja Nueva Inglaterra o cualquier tipo de revival de la España colonial.

Versiones invertidas de esta hiperrealidad residencial también pueden encontrarse en el nuevo centro urbano, donde creativas y vivas reproducciones de la escena cosmopolita de todas las culturas del mundo se unen en un parque temático étnicamente glocalizado de proporciones extraordinarias. En tanto lugar de ocio y como experiencia superficial para millones de visitantes itinerantes, el centro urbano puede ser el modelo «original» para el Disney World de Florida, el parque temático más popular (y más postmoderno) de todos los parques temáticos tradicionales. En ambos lugares, uno puede visitar Tailandia o Alemania o México sin tener que desplazarse largas distancias. En Los Ángeles, sin embargo, el itinerario es mucho más grande. Uno puede probar la comida, observar las costumbres, escuchar el idioma y sentir las tradiciones de prácticamente toda cultura sobre la faz de la tierra sin abandonar el condado. Un poco más allá, tan sólo se necesita un pequeño vuelo de la fantasía para imaginar el día en que a todo turista que entre en Cosmópolis se le de una visa de visitante con la que entrar en cientos de mundos culturales con derecho a una comida en un restaurante adecuadamente «étnico», a un auténtico encuentro cultural, a un evento musical y a una breve lección de idiomas.

El urbanismo simulado a través de la parquematización no sólo está redibujando el mapa de la geografía residencial de la postmetrópolis, también se está condensando en una constelación de zonas comerciales especializadas, desde los «centros renacidos» al Centro Comercial América, desde

²² Juego de palabras con «gay and gray», gay y gris. [N. del E.]

las bulliciosas «salas de calderas» del telemárketing a los paisajes urbanos lujosamente diseñados.²³ De entre los miles de ejemplos de estos hiperlugares que profusamente salpican toda postmetrópolis merece una particular atención una urbanización de reciente creación de Los Ángeles. Es CityWalk, situada en una colina sobre la autopista de Hollywood en la tan acertadamente llamada «comunidad» de Universal City. Descrita por sus arquitectos y promotores como una «realidad idealizada al estilo de Los Ángeles» y un intento de «realizar la promesa incumplida de Los Ángeles», CityWalk pretende capturar y condensar el sentimiento «real» de una calle de Los Ángeles, rematada con fachadas copiadas de las boutiques de Melrose Avenue, vallas publicitarias de 3D (con partes móviles) copiadas del Sunset Strip y una pequeña réplica de Venice Beach, hecha más real si cabe gracias a una tonelada de arena de playa, olas simuladas y trobadores de paseo. Incluso hay una extensión de la Universidad de California, junto a una «tienda para estudiantes» mucho más grande, que vende ropa y chismes con la marca registrada, mundialmente famosa, de la UCLA (ook-la).

La idea original de CityWalk incluía también un intento de prefabricar la historia, con edificios pintados «como si ya hubieran sido ocupados anteriormente», envoltorios de caramelos y chicles incrustados en el suelo de la terraza con el fin de dar lo que se ha descrito como «una patina de uso simulada». De todas formas, los investigadores de mercado del proyecto prescindieron finalmente de la historia para vender en cambio un nuevo regalo. Se necesita urgentemente un «Los Ángeles nuevo y mejorado», reclamaban, porque «la realidad se ha convertido en un gran lío».²⁴ Las Revueltas por la Justicia de 1992 forzaron un giro más pragmático en CityWalk. La maquinaria de vigilancia se multiplicó y las fuerzas de seguridad se hicieron más visibles en un intento de asegurar que el Los Ángeles «real» no entraría en su simulación hiperreal, hasta el punto incluso de prohibir a los adolescentes negros entrar en los cines multiplex al estreno de películas como *Colors [Vigilantes de la calle]* o *Boyz N the Hood [Los chicos del barrio]*. Una pequeña revuelta siguió a estas restricciones y esta política fue aparentemente revocada, aunque CityWalk mantiene un fuerte control sobre el espacio, aislándolo con éxito del resto de Los Ángeles. City Walk existe hoy como un anexo muy popular de un protuberante mundo de hipersimulaciones que requieren de un tiquet de compra, el tour de Universal Studios.

²³ Para una discusión sobre la «sala de calderas» del telemárketing, véase *Thirdspace*, 1996, pp. 275-6. [*Boiler rooms* o salas de calderas son la manera informal de nombrar las plataformas telefónicas en las que se utilizan formas hostiles e ilegales con los trabajadores] [N. del E.]

²⁴ El material citado proviene de un informe sobre CityWalk que apareció en *Los Angeles Times*, 29 de febrero de 1992.

La parquematización de la metrópolis está entretejida espacialmente con otra forma de las «habitáticas de formación de creencias», tal y como las llamé en el capítulo 8 de *Thirdspace*. Denominaba así a esta articulación espacial donde la actual vida urbana está siendo reemplazada por capas de simulación cada vez más espesas de *timopaisaje*; explorando sus efectos tangibles en el condado de Orange. Quizás más que en ningún otro lugar, la vida diaria en esta ciudad-condado postsuburbana se está agotando al igual que si fuera un juego de ordenador de simulación «definitiva». Esto ha generado no sólo el «paraíso artificial» y la «primitiva comunidad del futuro» que Baudrillard encontró en el condado de Orange, sino también una nueva serie de problemas que crecen a partir de las habitáticas de formación de creencias y del imaginario urbano reestructurado. Uno de los primeros ejemplos de lo que he descrito, de forma más general, como las crisis generadas por la reestructuración fue el fiasco de Savings and Loan²⁵ que estuvo creativamente centrado en el timopaisaje del condado de Orange y cuya «solución» puede haber costado finalmente tanto como 500.000 millones de dólares a los contribuyentes estadounidenses. En 1994, las fracturas en el timopaisaje se hicieron aún mayores con una bancarrota del gobierno local del condado característicamente postmoderna.²⁶

La bancarrota del condado de Orange es un ejemplo particularmente gráfico a partir del cual observar la Simcity en crisis y el grado en el que los gobiernos federal, estatal y local de EEUU han llegado a plegarse a lo que se puede describir como Simpolítica, Simgobierno, Simciudadanos y SimAmérica. Lo que ocurrió en 1994 fue significativamente distinto de las crisis financieras urbanas de la ciudad de Nueva York y de otras áreas urbanas de la década de 1970 y principios de la de 1980. Estas últimas estuvieron causadas principalmente por problemas de liquidez que surgieron por el rápido crecimiento de los gastos sociales, los servicios sociales y las infraestructuras y

²⁵ Se refiere aquí a la crisis derivada del colapso de multitud de sociedades de ahorro y préstamo a finales de la década de 1980 y principios de la de 1990. Sociedades que tenían en origen fines sociales asociados principalmente a la financiación de las familias, pero que durante la década de 1980, gracias a las políticas de desregulación, se convirtieron en un poderoso instrumento financiero-especulativo. [N. del E.]

²⁶ Para un análisis minucioso, informativo y crítico de las políticas referidas a este suceso, véase Mark Badassare, *When Government Fails: the Orange County Bankruptcy*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press (con el Public Policy Institute of California), 1998. Baldassare basa su interpretación de las causas de la bancarrota del condado de Orange en la fragmentación política (carencia de autoridad central, demasiados gobiernos locales), desconfianza de los votantes (oposición al incremento de impuestos, gastos sociales, y gobierno derrochador, excepto para los servicios para las clases medias), y la austeridad fiscal estatal que pasa las cargas a lo local y los ingresos al Estado). Trato de añadir una nueva dimensión a estas causas.

unos presupuestos municipales que no podían mantener el ritmo de estos incrementos. Al igual que las corporaciones que encaran un decrecimiento de los beneficios o de las pérdidas potenciales, la respuesta fue reestructurar, obtener sencillez y eficacia mediante la reducción de las nóminas, eliminando programas públicos y despidiendo a trabajadores. A diferencia de las corporaciones, sin embargo, los gobiernos municipales no pudieron elegir esa otra estrategia de reestructuración, cerrar y trasladarse a algún otro lugar.

El origen de la rebelión de los contribuyentes que culminó con el párrafo de la Proposición 13 en 1978, parangón ideológico de que «el gobierno pequeño es el mejor gobierno», estuvo en el condado de Orange, que a principios de la década de 1990 fue copiado como modelo de eficiencia administrativa y bienestar fiscal. La Proposición 13 había impuesto estrictos límites a los incrementos de los impuestos sobre la propiedad y por lo tanto también a la capacidad de los gobiernos locales para generar nuevos impuestos. Enfrentándose a tales restricciones, las finanzas municipales y del gobierno del condado llegaron a imitar de forma creciente el juego de simulación de SimCity, cuyo software, tal y como sabrán los que utilizan este juego, está adaptado principalmente para fijar las tasas de impuestos adecuadas con el fin de asegurar el crecimiento, a la vez que se previene tanto a los Simciudadanos de rebelarse, como a los monstruos de engullir la ciudad. Con pocas posibilidades de incrementar los recibos de los impuestos sobre la propiedad y una ideología dominante que prohíbe cualquier otro incremento impositivo o una mayor dependencia del gobierno federal para su financiación pública (especialmente dada la generosidad del Departamento de Defensa con el Sur de California), la Hacienda del condado de Orange se zambulló en el ciberespacio financiero con el fin de encontrar nuevas formas de financiar docenas de municipios, distritos escolares, agentes de tráfico, juntas de agua, fuerzas policiales, prisiones, autopistas y otros servicios públicos.²⁷

Financiarizando los ingresos del condado, la recaudación de impuestos entró en ese valiente y desregulado nuevo mundo de derivados exóticos y apalancamientos sintéticos que se había reformulado en origen mediante la «ciencia de los sistemas complejos», una teoría cibernética que hacía ya

²⁷ El título de «*Tax Collector*» [Recaudador de impuestos] en el condado de Orange es similar al de «*Resident Pederasta*» [Pederasta residente] en un jardín de infancia. El bien llamado Robert L. Citron [Limón], un demócrata que vivió de forma muy modesta, manteniendo su cargo durante 24 años en el bastión de la fortaleza republicana, sobrevivió en parte, según se dice, mandando algres mensajes personales en los formularios de impuestos sobre la propiedad que su oficina distribuía cada año. Su primera respuesta tras el estallido de la bancarrota en los titulares mundiales (*The Economist* encabezó su historia con el titular «Citron pressé» [El limón exprimido]) fue «no hice nada irresponsable en modo, manera o forma alguna», probablemente una declaración tan acertada y honesta como puede encontrarse en los timopaisajes del Simcondado.

tiempo que había trasladado su primer interés por el ajedrez hacia los mercados financieros con el fin de comprobar complicadas teorías sobre las redes neurales y los algoritmos genéticos. Durante más de una década, la neuromancia de la autoridad fiscal, Robert Citron, fue enormemente exitosa, la envidia de las autoridades fiscales de todo el país, apostando el dinero de la gente en expectativas de carácter especulativo sobre el presupuesto de que bajaran los tipos de interés. No hay déficit de impuestos aquí en SimCondado, sólo caras felices. El modesto y poco entrometido Simgobierno de la junta de supervisores, así como los simciudadanos del condado, sabiendo muy poquito acerca de los juegos financieros en los que se estaba implicado, expresaron su orgullo de forma repetida en los solitarios logros demócratas, al menos hasta que el juego quebró en diciembre de 1994.

Desafortunadamente, el juego del Simcondado sencillamente no pudo ser reiniciado en un juego nuevo, aunque uno casi puede imaginar que así lo intentaron. Lo que ocurrió desde la bancarrota fue una mezcla continua de descrédito y negación, intentos maniacos de encontrar malignos perpetradores y llevarlos a prisión, programas de reestructuración instintivos con el propósito de recortar los servicios sociales y despedir a los funcionarios, y en una pesadilla de contradicciones, incluso un referendun (fallido) para elevar los impuestos al consumo en un porcentaje fraccionado con el fin de pagar una deuda de 164.000 millones de dolares. A pesar de los esfuerzos para borrar la deuda simulada, muy real por otra parte (nadie parecía saber a donde había ido aquel dinero perdido), y de hecho para reiniciar el juego de Simcondado, el condado de Orange ya no es hoy lo que era, aunque el gran ejército local de voceros esté intentando restaurar de forma activa su antigua imagen.

SimAmérica. Una crítica a modo de conclusión

Con el fin de situar los volátiles timopaisajes y las Simcities del sur de California en una perspectiva más amplia, es conveniente volver sobre la escala nacional y echar un breve vistazo atrás, a la producción de hiperrealidad altamente especializada y políticamente exitosa que se practicó en los años de Reagan y Bush. Sin recurrir a ninguna teoría de la conspiración ni humillar el patriótico intento de sus principales líderes, se puede argumentar que la forma reaccionaria de las políticas postmodernas, ya en marcha desde finales de la década de 1960, se aceleró rápidamente tras la elección como presidente en 1980 de un actor de Hollywood, además de ex gobernador de California. La mayoría republicana se había construido ya alrededor de una «estrategia sureña» que de una forma ligeramente velada apelaba al

racismo blanco del Sunbelt y de los suburbios repletos de una población miedosa que huía de los oscuros nichos de las ciudades centrales y de las revueltas urbanas de finales de la década de 1960. Ya en el poder, el régimen de Reagan actuó de forma audaz con el fin de consolidar su apoyo de la así llamada «mayoría silenciosa», una deslumbrante colección de hipersimulaciones utilizada con el propósito de vender el neoconservadurismo postmoderno al público estadounidense. Es útil recordar aquí la diferencia entre simulación y disimulación. Disimular es pretender que no se tiene lo que realmente se tiene, mentir o encubrir. Watergate era, al menos al principio, una buena y vieja forma de disimular, así como lo fueron los programas de «desinformación» asociados a la Guerra de Vietnam, aunque ambas sirvieran como eficaces campos de entrenamiento para las innovaciones futuras en la creación de opinión pública. En contraste, simular es pretender que se tiene algo que realmente no se tiene. Cuando dicha simulación se hace tan creíble que ya no puedes distinguir entre lo simulado y lo real, entonces es cuando uno se acerca de forma genuina a una hiperrealidad plenamente desarrollada.

Entre las hipersimulaciones más convincentes de los años de Reagan estuvo la cruzada contra «el Gran Gobierno»,²⁸ un timo político que reestructuró la ideología nacional y, con ello, lo que he llamado el imaginario urbano. La manipulación ideológica de que el gobierno mínimo es un mejor gobierno fue usada como una potente arma de ataque sobre el Estado de bienestar keynesiano, con el fin de dismantelar muchos de los programas antipobreza bajo el disfraz de la promoción de un nuevo federalismo, con el fin de volver a simular el movimiento de derechos civiles a través de una imagería astutamente recompuesta, que asociaba sus logros con el «racismo inverso» y lo «políticamente correcto», con el fin de enraizar la recesión en el pensamiento negativo y de racionalizar la necesidad de una nueva austeridad, y prácticamente de deconstruir y reconstituir el significado de la democracia liberal y el gobierno representativo. Los valores familiares (en un periodo en el que el número de hogares «tradicionales» con un cabeza de familia, una esposa y dos niños estaba decreciendo de forma más rápida que nunca antes en la historia de EEUU), las virtudes del Sunbelt y de las zonas residenciales (incluido el *open shop*,²⁹ el ataque a los sindicatos y la patriótica

²⁸ *Big government* en el original, utilizado por los detractores neoliberales del supuesto exceso de burocracia y de gasto público asociado a las políticas sociales del *New Deal*. Inversión irónica de la «Gran Sociedad» de las décadas de crecimientos ininterrumpido, acompañadas de programas sociales, de 1950 y 1960. [N. del E.]

²⁹ *Open shop*, sin traducción específica en castellano (literalmente es empresa libre o abierta), se refiere a aquellas empresas en las que la contratación está condicionada a la no pertenencia o apoyo a un sindicato. Como eslogan y práctica patronal tiene una larga tradición en EEUU que se remonta a la década de 1920. [N. del E.]

promoción de la xenofobia blanca) y por encima de todo el mítico poder del mercado libre y las legendarias aptitudes empresariales de los estadounidenses fueron todas ellas combinadas en un sustituto hiperreal del Gran Gobierno. Respaldado por los metafraudes que llevaron a la vergüenza del escándalo del *Saving and Loan*, así como por la reducción de la presión fiscal sobre los ricos (o vudú), la desregulación como estrategia de desarrollo y la privatización como medio para rescatar al sector público de la deuda y de la ineficacia, una de las naciones industrializadas, con menor presión fiscal, racionalizó y apoyó uno de los mayores programas gubernamentales para subvencionar a los ricos, aquel «quinto afortunado», de la historia reciente. Que todo esto pudiera ocurrir durante una década de aumento de la pobreza, declive de los salarios reales, desindustrialización devastadora e inflación gargantuélica de la deuda nacional es un testimonio del poder del simulacro, real e imaginario.

Detrás de la retrainamiento simulado del Gran Gobierno, estaba una creciente intervención federal y local en la economía y en la vida diaria de todo el país, una estafa de tales proporciones que tuvo que ser rediseñada mediante otra hipersimulación de carácter más global. Durante los años de Reagan un creciente sometimiento factual a la desinformación reconstruyó la amenaza de la Guerra Fría, ya de por sí hipersimulada, en lo que finalmente se llamó Nuevo Orden Mundial, en una SimAmérica polarizada y ahora débil en términos económicos, con su postmoderno RoboCop y los *mass media* de la nueva era de la información como su principales campos de batalla. Este tipo de hipersimulación tan estadounidense y tan altamente cinematográfica/televisiva, salpicada por los acontecimientos de Granada, Libia, Panamá, Nicaragua y el más postmoderno y telemático de los espectáculos militares, la Operación Tormenta del Desierto, legitimó la reorganización interna del Estado del bienestar en un Estado cada vez más estrechamente especializado en la guerra. Una suerte de keynesianismo militar que impulsó la economía, especialmente en el sur de California, con miles de millones de dólares dedicados a la defensa nacional y a «iniciativas de defensa estratégica» como la Guerra de las Galaxias, aparentemente diseñadas para proteger al país contra una inminente invasión comunista.

Mucho más costoso que entrenar a los niños para ponerse «a cubierto» o que construir refugios antiaéreos, según el anterior modelo de simulación de la amenaza de ataque de la Guerra Fría, la ideología del Nuevo Orden Mundial se convirtió en la fuerza más efectiva a la hora de dar forma al desarrollo regional y urbano de EEUU, lo que constituyó otro de los ejes de la estrategia de los republicanos del sur o del Sunbelt. Pero en el frente doméstico, esto no era suficiente. Nutriendo de forma continua los miedos de la mayoría de sus circunscripciones electorales, el régimen neoconservador

adicto a la hipersimulación, que ahora se ponía también la etiqueta de neoliberal en otro de esos giros postmodernos, abrió una nueva ofensiva contra los centros urbanos, percibidos como la amenaza doméstica más seria a la hegemonía republicana y a la nueva y militante Pax Americana. La vieja guerra contra la pobreza fue redirigida en una guerra contra los pobres urbanos. Bajo el llamativo eslogan de «ley y orden», las fuerzas policiales locales y federales se movilizaron y se militarizaron con el fin de dirigir la lucha contra las drogas, las bandas, el crimen, los inmigrantes ilegales, la juventud negra desempleada y otros propios objetivos del centro urbano que de forma simbólica definían un «enemigo interno» reconstituido y decididamente urbano.

Esta trayectoria de hipersimulaciones se mantuvo con fuerza tras la victoria de Clinton y de las revueltas de Los Ángeles de 1992. Aunque la nueva administración se inició con intenciones más radicales, especialmente en relación con la sanidad y las necesidades de los trabajadores, éstas fueron barridas rápidamente por las corrientes neocoservadoras-neoliberales. Anclado en las imágenes de recuperación económica y de crecimiento del empleo, a finales de la década de 1990 el imaginario nacional se movió hacia una versión modificada de un reaganismo mitificado, una «nueva prosperidad» en la que la mejora del crecimiento de la productividad y del PIB se construyó sobre la base de una continua reducción de los salarios reales, severos recortes de la protección social, la intensificación de las disparidades entre los ricos y los pobres y una vuelta más a la sencillez y a la eficacia de los recortes y de la austeridad de los trabajadores pobres. Bajo la administración Clinton, se dieron unos pocos avances progresistas, pero no los suficientes como para sugerir ningún cambio significativo en la trayectoria de las dos décadas anteriores.

Lo que se puede vislumbrar de este rápido vistazo a la SimAmérica emergente es un lugar en el que las políticas convencionales se están vaciando cada vez más de sustancia y de cualquier presunción de factualidad u objetividad; en el que una poderosa hiperrealidad de carácter conservador absorbe lo real y lo imaginario en su propia madeja de simulaciones; en el que la democracia representativa es reconducida hacia una política de la representación estratégica, ocultando la realidad a golpe de la competencia de imágenes y de un nuevo populismo electrónico; en el que la reducción fiscal a los ricos se practica sin sonrojo o sin cuestionamiento a pesar de la evidencia empírica de sus fracasos; y en el que «la corrección política» y otras hipersimulaciones brillantemente concebidas se enredan en llamativos y siempre atractivos metafraudes. Para un amplio segmento del electorado estadounidense estas hipersimulaciones continúan hoy afectando la política

nacional y local. La acción afirmativa,³⁰ por ejemplo, parece haber sido exitosamente asociada a un mal racista y antiestadounidense, la causa de la pobreza afroamericana, latina y de las mujeres en lugar de ser una solución potencial. De forma similar, el feminismo y la homosexualidad son asociados de forma persistente a la destrucción de los valores de las familias temerosas de Dios, los sindicatos y los ecologistas radicales continúan siendo designados como primeros responsables de todos los signos del declive económico y se vuelve con una fe renovada a la magia de los mercados libres, abiertos y totalmente desregulados, a pesar del hecho de que, como en la mayoría de los simulacros, tales mercados jamás existieron. Cada vez más en los últimos años, los inmigrantes y los jóvenes norteamericanos de origen africano están siendo reconstruidos de forma simbólica como el enemigo interno y objetivo, atacado en los despiadados juegos de la post-Guerra Fría con una renovada brutalidad, mientras que los peores niveles de desigualdad social en el mundo desarrollado son o bien ignorados o bien, de forma más cruel, se culpa a los pobres y a aquellos verdaderamente desfavorecidos.

Muchos, si no la mayoría, de los estadounidenses creen en estas y otras hipersimulaciones, de forma sincera, como una verdadera realidad. ¿Cómo entonces pueden responder las fuerzas progresistas a este creciente poder de la hiperrealidad y de la precesión del simulacro? Quitarse simplemente de encima este cuerpo de imágenes con el fin de desenmascarar las «verdaderas» realidades materiales que se ocultan detrás de ellas —la más poderosa estrategia de modernismo radical— puede que ya no sea suficiente con el fin de presentar un reto eficaz o una respuesta crítica apropiada. Las políticas modernistas de la izquierda tradicional se construyen sobre la presunción de continuidades históricas, esencialmente la persistencia de relaciones de explotación en la producción capitalista y del potencial revolucionario de la clase trabajadora. Estas condiciones continúan siendo parte del presente al igual que lo eran en el pasado. Pero este desenmascaramiento o desmistificación nos dice poco más que el capitalismo todavía existe. Si bien la crítica marxista mantiene una intuición relevante a la hora de ayudarnos a comprender lo que hoy hay de lo *mismo* con respecto del pasado, nos proporciona mucha menos profundidad a la hora de ayudarnos a entender —y a responder de forma efectiva— a lo que hoy hay de *nuevo y diferente*.

³⁰ La acción afirmativa se refiere a las políticas dirigidas a reducir o eliminar las prácticas discriminatorias contra grupos excluidos como mujeres, grupos raciales determinados, etc. Es muy similar a la discriminación positiva y en algunos casos ambos términos son intercambiables. [N. del E]

Por estas y otras razones, he defendido a lo largo de este libro que es necesario desarrollar políticas radicales, estratégicamente postmodernas, que vayan más allá de la desmitificación y del desenmascaramiento de las continuidades del capitalismo con el fin de confrontar y enfrentarse de forma más directa a los éxitos, por ahora afianzados, del postmodernismo neoconservador y neoliberal y de las nuevas formas de desarrollo capitalista contemporáneo, tanto global como local. Esto supondría, en parte, la creación de un nuevo imaginario alternativo y transgresor que pueda ayudar a resistir y a subvertir las condiciones establecidas de la postmodernidad, en la medida en que es mucho lo que ahora depende de esas guerras de imágenes. En particular, deben abrirse nuevos espacios en SimAmérica y en la postmetrópolis con el propósito de practicar una política estratégicamente postmoderna de justicia espacial y social, construida sobre las intuiciones y las acciones de coaliciones interculturales e híbridas que atraviesen las fronteras de la raza, la clase, el género y la geografía, en lugar de estar confinados por ellas y en canales de resistencia separados.

Estas tareas no son sencillas, y simplemente no es suficiente entonar la necesidad de realizarlas. Mantener este reto en mente ayuda a comprender, sin embargo, las perversas implicaciones del sexto discurso sobre la posmetrópolis. La hiperrealidad está aquí para quedarse. No pasará de largo, y por lo tanto debe ser minuciosamente comprendida y confrontada como parte vital de la cultura política contemporánea. Al interpretar este significado, también queda claro que necesitamos ir más allá de los rígidos dualismos utópico-distópicos que hasta ahora han marcado tantas interpretaciones de la transformación de los imaginario urbano. La postmetrópolis no es ni una simple utopía ni una distopía, sino que es a la vez ambas cosas y en altas dosis... y más. Todas sus emanaciones del lado oscuro así como la multitud de nuevas oportunidades que ofrece para una mayor justicia social y espacial han de ser reconocidas en la complejidad de sus tramas. Pero antes de que nos sintamos demasiado confiados con nuestra comprensión práctica y teórica de la transición postmetropolitana, tenemos que reconocer también que la postmetrópolis puede haberse convertido en un lugar importante durante la década de 1990. Lo que se ha podido describir durante los últimos treinta años como un complejo proceso de reestructuración generado por crisis ahora puede ser entendido de forma más convincente como el comienzo de un periodo de multiplicación de crisis que emanan directamente de los propios procesos de urbanización. Esto genera la necesidad de desarrollar una respuesta progresista, si no radical, que de forma incluso más urgente se adapte a las particularidades de la postmetrópolis y del urbanismo postmoderno. Utilizando a Los Ángeles como mirador de la condición urbana contemporánea, vamos a examinar este cambio

desde la reestructuración generada por crisis a la crisis generada por reestructuración a través de los hechos, tanto reales como imaginarios, asociados a las Revueltas por la Justicia de 1992.

Tercera Parte
El espacio habitado:
repensar 1992 en
Los Ángeles

Introducción

Si hay un hilo general que recorra todos los capítulos de este libro, este es el de una interpretación en primer plano de una perspectiva espacial crítica, que trate de comprender la espacialidad de la vida humana, tal y como es *percibida, concebida y vivida* de forma simultánea. Esta dialéctica de la espacialidad, tal y como la he llamado, se inclina a poner un mayor énfasis en los espacios empíricos percibidos y en las prácticas materiales espaciales, pasadas y futuras, que el que se puso en la «Primera Parte. Recartografiar la geohistoria del espacio urbano». En los seis discursos sobre la postmetrópolis que comprende la Segunda Parte, el principal acento se desplaza sobre los espacios concebidos o imaginados, en particular sobre las representaciones y conceptualizaciones eruditas de los nuevos procesos de urbanización y sobre cómo estos nos ayudan a comprender la formación del espacio urbano específicamente postmetropolitano. En la Tercera Parte, se trae a primer plano una comprensión plena de los espacios habitados, combinando lo percibido y lo concebido, lo objetivamente real y lo subjetivamente imaginado, los objetos en el espacio y los pensamientos acerca del espacio, dentro de un marco de interpretación ampliado que he descrito como una perspectiva del tercer espacio. En mayor o menor grado, cada uno de los capítulos precedentes ha sido informado por una perspectiva del tercer espacio y cada uno ha contribuido de una manera u otra a ampliar nuestra comprensión de los espacios habitados de Los Ángeles y de otras ciudades-región postmetropolitanas. Aquí sin embargo, los problemas así como las nuevas posibilidades asociadas a una perspectiva y una epistemología del tercer espacio, se vuelven más directamente explícitos y exigentes.

Observar el espacio habitado amplía y ajusta a la vez el enfoque de la discusión de los tres últimos capítulos. Considerado como un mundo de vida integral de experiencia individual y colectiva, cualquier espacio plenamente vivido puede ser comparado con tu biografía o con la mía, nuestro tiempo

vivido, o con una biografía de una ciudad o de una sociedad en toda su complejidad. Mil de los mejores especialistas trabajando durante décadas nunca podrían esperar producir nada cercano al conocimiento y a la comprensión completa de estas cuestiones, en todos sus matices y complejidad. Es demasiado lo que no puede ser conocido, lo que es incomprensible, inaccesible, incluso con los mejores métodos de análisis e interpretación. Con una perspectiva del tercer espacio, uno se ve forzado, por lo tanto, a ser selectivo, a centrarse en aquello que puede ser más revelador y no en un sentido abstracto o universal sino en relación con un propósito o un compromiso particular, un proyecto específico que guíe la búsqueda de comprensión y de conocimiento. A menudo, esto implica experimentar con nuevas formas a fin de incrementar nuestro conocimiento y nuestras explicaciones más allá de lo que ya se conoce y es aceptado.

Mi proyecto a lo largo de este libro ha sido fomentar mejores formas de pensar y actuar con el propósito de resolver los principales problemas que encaran las sociedades contemporáneas de todo el mundo, un proyecto emancipatorio que comparto con estudiosos críticos de todo el mundo. Diferenciar este objetivo emancipatorio de buena parte del resto supone una defensa firme —llamémoslo discriminación positiva si se quiere— de una imaginación y de una praxis espaciales críticas de la vida humana y una conciencia explícita de esta espacialidad a fin de luchar activamente contra la explotación económica, la dominación cultural y la opresión individual, ya esté basada en la clase, la raza, el género o en cualquier otro eje de poder diferencial y de desigualdad en la sociedad. En el corazón de esta defensa se encuentra un proceso intencionado de espacialización estratégica que reconstituye todas las luchas sociales y los contextos históricos en los que se desarrollan como algo inherentemente espacial, continuamente imbuido en la construcción de espacialidad social. De ahí el uso y la afirmación de términos como praxis espacial, política espacial, espacio urbano, geohistoria, especificidad espacial del urbanismo, sinecismo, regionalidad, democracia regional, derecho a la ciudad y, sobre todo, *justicia espacial*. No quiero sustituir la justicia espacial por la noción más familiar de justicia social, sino más bien mostrar de forma más clara el poder potencial, si bien oculto, de la misma en todos los aspectos de la vida social, además de abrir, en el marco de esta socialidad (e historicidad) espacializada, formas más efectivas para cambiar el mundo a través de prácticas y políticas espacialmente conscientes.

El propósito de alcanzar una mayor justicia espacial ha conformado, de forma implícita, todos los capítulos de *Postmetrópolis*, incluso cuando nos remontábamos a Jericó, Çatal Hüyük y Ur. Esto conecta mi exposición sobre la geohistoria del espacio urbano sinecista y la transición postmetropolitana

con una colección de aproximaciones a los estudios urbanos que han destacado y avanzado, de igual forma, una vívida imaginación espacial crítica: la economía geopolítica y el nuevo regionalismo, el feminismo espacial y la crítica postcolonial, y sus correlativas prolongaciones en los estudios culturales y geográficos postmodernos. En los últimos tres capítulos, todo queda reunido, por decirlo de alguna manera, en el microcosmos de lo que he decidido llamar, de forma intencionada, como las Revueltas por la Justicia, que tanto literal como figurativamente tuvieron lugar en Los Ángeles a principios de la primavera de 1992.

El año 1992 fue especialmente memorable. En retrospectiva, considerando el último medio milenio, marcó el quinto centenario de la llegada de Colón al Nuevo Mundo y el comienzo de la conquista y de la colonización española que, junto con otras incursiones europeas posteriores, destruiría las civilizaciones indígenas establecidas hacía tiempo e instalaría en su estela posterior una presencia duradera del Viejo Mundo. Hace dos siglos, en 1792, la Revolución Francesa estaba en plena efervescencia, con la proclamación de la República francesa bajo los jacobinos y el uso del calendario revolucionario y de la guillotina. En el mismo año, por primera vez en EEUU, se acuñó el dólar, fue publicada la segunda parte de *Rights of Man* [Los derechos del hombre] de Thomas Paine y se fundaron los partidos republicano y federalista. Doscientos años después, no sólo explotó Los Ángeles sino que William Jefferson Clinton fue elegido presidente, con lo que parecía darse fin a la era de dominio republicano de Ronald Reagan y George Bush.

En la conurbación de Los Ángeles, la caída del Muro de Berlín, el conocido principio del fin de la Guerra Fría y la desintegración del archienemigo comunista contribuyeron a lo que, en 1992, resultó ser claramente una de las peores recesiones económicas de la historia de la región. Acostumbrada si no adicta al *boom*, la economía regional pareció entrar en un incómodo estado de negación, prácticamente detenida, tal y como podría decirse de la máquina de empleo más activa de Occidente. Tras el cenit de 1989, el año en el que cayó el muro de Berlín, el empleo industrial en el condado de Los Ángeles decaería en casi un tercio a lo largo de los siguientes cinco años, mucho más rápido que en ningún otro lugar del país. Prácticamente todos los sectores sintieron la recesión, pero el impacto fue especialmente severo entre los trabajadores pobres latinos y los norteamericanos de origen africano, relegados como estaban a los nichos más rígidos del mercado de trabajo reestructurado de la postmetrópolis industrial postfordista. El humor de la población, a lo largo de todas las fronteras de clase, étnicas y de género, se volvió inusualmente tenso, llenándose de nuevos miedos y frustraciones.

Esta tensión se agravó aún más, especialmente en Los Ángeles negro, aunque no sólo, por dos acontecimientos que habían ocurrido el año anterior. Primero fue el asesinato de Latasha Harlins de 15 años por parte de una vieja tendera coreana que fue después absuelta de cualquier delito grave. El segundo fue el ahora infame apaleamiento de Rodney King por parte de un grupo de agentes del LAPD durante un control rutinario por conducción temeraria. Grabado por un transeúnte, las imágenes de la paliza enviaron ondas de choque alrededor del mundo y, finalmente, a través del juicio a los agentes involucrados, prepararon el camino para el levantamiento urbano más violento y destructivo del siglo XX en EEUU. Este es el telón de fondo a partir del cual nos desplazamos hacia «Repensar 1992» en Los Ángeles.

Esta reinterpretación se inicia con dos capítulos en los que experimento con una forma alternativa de escritura sobre el espacio habitado. En los capítulos 12 y 13, no presento ningún texto mío excepto a través de un comentario continuo en las notas a pie de página. Los capítulos están compuestos, en cambio, por una resuelta selección de extractos de la bibliografía acerca de las Revueltas por la Justicia y sus implicaciones más amplias y profundas en términos geohistóricos. Mi intención es, en parte, orquestar una multiplicidad de voces y de interpretaciones, pero con una predisposición continua hacia aquellos observadores y observaciones que realizan una perspectiva espacial crítica sobre los hechos y sus secuelas. Entre estos observadores destaco especialmente a Bárbara Hooper, cuyo ensayo «Bodies, Cities, Texts: the Case of Citizen Rodney King» [Cuerpos, ciudades, textos: el caso del ciudadano Rodney King] viene puesto de relieve de forma preeminente en el capítulo 12 y de cuya rebelde imaginación espacial crítica tanto he aprendido.

Para estos capítulos he tomado como modelo e inspiración textual y contextual el texto poético *Twilight-Los Angeles 1992*, compuesto como un libro e interpretado como una exitosa obra de teatro por la artista de teatro documental Anna Deveare Smith. Tal como hizo antes y después con distintos temas, si bien siempre relacionados, Smith recogió entrevistas con individuos clave involucrados de una u otra forma en los acontecimientos de 1992, escribió dichas entrevistas en forma de versos sueltos en un texto escrito y luego interpretó ella sola todas las partes en el escenario en un monólogo que reflejaba su «búsqueda del personaje de Los Ángeles en el levantamiento del veredicto inicial de Rodney King» (Smith, 1994: xvii). No puedo aspirar a alcanzar la potencia del arte interpretativo de Smith, pero intento seguir su ejemplo en la escritura de los capítulos 12 y 13 alrededor de los pasajes extraídos de su trabajo, del ensayo igualmente performativo de Bárbara Hooper, así como de muchas otras fuentes de penetración potencial en lo que ocurrió en Los Ángeles en 1992 y en los años que le siguieron.

En el capítulo final, no uso citas largas de otras fuentes, trato en cambio de presentar, y sólo con mis propias palabras, una conclusión con un final abierto a *Postmetrópolis*. En referencia a lo que ha estado ocurriendo en Los Ángeles desde aquel memorable año, me centro en dos «nuevos procesos» que han surgido a nivel local a partir de las secuelas de las Revueltas por la Justicia. El primero se declina sobre lo que de forma persistente he defendido a lo largo de este libro, que la transición posmetropolitana se ha desplazado de un periodo de reestructuración generada por crisis a uno de crisis generada por la reestructuración. El segundo se centra en el reciente desarrollo de movimientos significativos con bases sociales amplias y espacialmente conscientes que tienen como objetivo redireccionar los nuevos procesos de urbanización hacia una mayor justicia espacial y una mayor democracia regional. Estos nuevos procesos, contruidos ambos sobre interpretaciones ya existentes de la transición postmetropolitana, presentan nuevos retos a nuestra comprensión práctica y teórica del momento contemporáneo.

12. Los Ángeles.

Obertura a una conclusión

Revisiones

Este momento crepuscular
es un momento intermedio.
Es el momento del atardecer.
Es el momento de la ambivalencia
y la ambigüedad
La oscuridad,
el enigma, las ambivalencias,
en lo que ocurrió en las revueltas
de LA
es precisamente eso a lo que queremos agarrarnos.
Es exactamente el momento
en el que las revueltas de LA pueden ser algo
distinto
a lo que se vio que era,
o quizás otra cosa
de lo que se vio que era...

(Homi K. Bhabha)¹

¹ Homi K. Bhabha, «Twilight #1», de una conversación telefónica con la artista del teatro documental Anna Deveare Smith, en Deveare Smith, *Twilight - Los Angeles, 1992*, Nueva York, Doubleday Anchor Books, 1994, pp. 232-4. Su rico texto performativo fue representado como obra ganadora de un premio en el que ella interpretó todos los personajes, basándose en los guiones contenidos en *Twilight*.

Y Polo dijo: «El infierno de los vivos no es algo que vaya a ser; si existe, es lo que hay ya aquí, el infierno en el que vivimos todos los días, el que formamos por el hecho de estar juntos. Hay dos maneras de salvarse de sufrirlo. La primera es para muchos fácil: aceptar el infierno y convertirse en parte de él de tal modo que ya no puedas verlo. La segunda es arriesgada y necesita de constante vigilancia y atención: buscar y aprender a reconocer quién y qué, en medio del infierno, no son infierno, y entonces hacerlos durar, darles espacio».

(Italo Calvino)²

Reflexionando acerca del infierno, me entero de que
Mi hermano Shelley descubrió que era un lugar
Muy similar a la ciudad de Londres. Yo
Que vivo en Los Ángeles y no en Londres
Encuentro, pensando sobre el infierno, que debe ser
Aún más parecido a Los Ángeles

(Bertolt Brecht)³

Y aquí estamos, en el centro del arco, atrapados en la más llamativa, la más valiosa y la más inverosímil noria que el mundo haya visto. Ahora, debemos asumirlo, todo está en nuestras manos: no tenemos derecho a tomarlo de otra manera.

(James Baldwin)⁴

² Italo Calvino, *Invisible Cities*, trad. de W. Weaver, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1974, p. 165, [ed. cast: *Ciudades Invisibles*, trad. de Aurora Bernárdez, ed. Minotauro, 1999]. Los escritos de Calvino, en especial *Ciudades Invisibles*, han sido una fuente especialmente rica de perspicaces citas para los académicos urbanos contemporáneos y de los estudios culturales. Esta cita en particular, extraída del párrafo final de este maravilloso libro, suscita nuevos recuerdos que surgen de las cenizas infernales de 1992, y también mira al futuro en su residuo crepuscular con una voz que captura, de hecho, el momento político contemporáneo: «Encuentra quién y qué no son infierno y haz que duren, *dales espacio*». Esto es lo que intento hacer con el *collage* de reflexiones que componen y constituyen este capítulo y el siguiente.

³ Bertolt Brecht, «On thinking about Hell», *Poems*, 1913-1956, John Willett y Ralph Manheim (eds.), Nueva York, Methuen, 1979; cita de encabezamiento en Michael Omi y Howard Winant, «The Los Angeles “Race Riot” and Contemporary USA Politics», en *Reading Rodney King/Reading Urban Uprising*, Robert Gooding-Williams (ed.), Nueva York, Routledge, 1993, pp. 97-114. Brecht estaba entre los muchos intelectuales europeos que se asentaron durante algún tiempo en Los Ángeles después de huir del fascismo. Sus comentarios sobre Los Ángeles como Infierno, se ligan a una larga tradición, una tradición que se remonta por lo menos al violento periodo de la post-conquista de finales del siglo XIX, cuando la nueva ciudad estadounidense era descrita como el Pueblo del Infierno por la incidencia, excepcionalmente alta, de asesinatos y violencia.

⁴ James Baldwin, *The Fire Next Time*, Nueva York, Dell, 1981, p. 41. Este tema incendiario continúa con una de las más poderosas voces afroamericanas del siglo XX, basándose en un libro cuyo título era parte de una reflexión en torno a la crisis urbana de la década de 1960, y en parte una predicción de lo que iba a venir en 1992. El breve extracto es más acertado que nunca, incluso si uno no cree que la noria tramposa más llamativa, más valiosa y más inverosímil esté situada en Los Ángeles.

aprendimos tres cosas:
 una, aprendimos que los duros perfiles que vemos durante
 el día
 que os facilitan el orden
 del día
 desaparecen.
 Así que empezamos a ver sus fronteras de una manera mucho más atenuada.
 Esta falta de claridad del crepúsculo
 nos permite ver las intersecciones
 del acontecimiento con un gran número de cosas que el día nos oculta,
 para usar una paradoja.
 Tenemos que interpretar algo más
 del crepúsculo,
 tenemos que hacer de nosotros mismos
 parte de la acción,
 tenemos que interpretar,
 tenemos que proyectar más.
 Pero también la cosa en sí misma
 durante el crepúsculo
 nos reta
 a
 estar atentos
 a cómo proyectamos el acontecimiento en sí mismo.

(Homi K. Bhabha)⁵

[R]ecientes grietas en el pensamiento crítico instigadas por ciertos cambios en el corazón de Occidente (feminismo, deconstructivismo, psicoanálisis, pensamiento postmetafísico) se han visto cada vez más aumentadas por la persistencia de la cuestión de una presencia que ya no se halla en otro lugar: el retorno de los reprimidos, los subordinados y los olvidados en las músicas, literaturas, pobreza y poblaciones del «Tercer Mundo» que vienen a ocupar las economías, las ciudades, las instituciones, los medios de comunicación y los tiempos de ocio del Primer Mundo. Este signo tan emotivo en el guión cosmopolita, destinado finalmente a ser reconocido como parte de nuestra historia y a ser televisado en futuras revueltas de los desposeídos metropolitanos, nos obliga a reconocer la necesidad de una forma de pensamiento que no puede ser ni fija ni estable, pero que está abierta a la posibilidad de un continuo retorno a los acontecimientos, a su reelaboración y revisión. Esta acción de volver a contar, a re-citar y a re-situar lo que pasa por conocimiento histórico y cultural depende del recuerdo y de la memoria de los fragmentos y de las trazas anteriores que destellan y relampaguean en nuestro «momento de peligro presente», tal y como estos toman vida en las nuevas constelaciones. Estos son fragmentos que se mantienen como fragmentos: haces de luz que iluminan nuestro recorrido mientras funden simultáneamente las inquisitivas sombras a lo largo del

⁵ Si hubiera que subrayar algo en esta conversación continua con Homi Bhabha, sería su admonición de que tenemos que hacernos parte de la acción y estar más atentos a cómo nos proyectamos en los acontecimientos si queremos interpretar el momento crepuscular.

camino. La creencia en la transparencia de la verdad y del poder de los orígenes para definir la finalidad de nuestro viaje es dispersada por este perpetuo movimiento de transmutación y transformación. La Historia [y la Geografía] es cosechada y recogida, para ser montada, para hacerla hablar, recordada, releída y reescrita, y el lenguaje cobra vida en el tránsito, en la interpretación.

(Iain Chambers)⁶

Somos parte de
la producción del acontecimiento,
mientras que, al usar la metáfora del
día,
de alguna manera ahí pensamos
el acontecimiento y su claridad
tal y como se nos presenta,
y sólo tenemos que reaccionar frente a él.
No es que estemos participando en su claridad:
él es más interpretativo,
es más creativo.

(Homi K. Bhabha)

Pienso que hay una expectativa de que en esta ciudad diversa, en esta nación diversa, una voz unificadora traiga algo más de comprensión y nos ponga en el camino de las soluciones. Esta expectativa me sorprende. Hay poco en nuestra cultura o educación que fomente el desarrollo de una voz unificadora. Para tener una unidad real, todas las voces deberían ser primero escuchadas o al menos representadas. Muchos de lo que como nosotros trabajamos en las relaciones raciales lo hacemos desde el punto de vista de nuestra propia etnicidad. Este simple hecho inhibe nuestra capacidad para oír más voces que las de aquellos que están más cerca de nosotros en términos de proximidad. Pocas personas hablan un lenguaje sobre la raza que no sea el de la suya propia. Si entre nosotros algunos más pudiéramos hablar realmente desde otro punto de vista, tal y como se habla otro idioma, podríamos acelerar el flujo de ideas.

(Anna Deveare Smith)⁷

⁶ Iain Chambers, *Migrancy, Culture, Identity*, Londres, Routledge, 1994, p. 3 [ed. cast: *Migración, Cultura, Identidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1994]. La vívida prosa de Chambers nos ha guiado a través de muchos capítulos de *Postmetrópolis*. Aquí nos fuerza a un continuo retorno a los acontecimientos, a re-elaborarlos, re-visualizarlos, re-contarlos, re-citarlos y re-situarlos. Estoy seguro de que no le importará que haya añadido la geografía a la historia a la hora de definir lo que se está reescribiendo.

⁷ Anna Deveare Smith, «Introduction», *Twilight - Los Angeles, 1992, 1994*, pp. xxiv-xxv. Lo que Deveare Smith dice para la raza es también cierto para las clases, el género, la sexualidad y otros ejes de poder desigual: no sólo tenemos que asegurarnos de que todas las voces sean escuchadas y representadas, también hemos de aprender a hablar desde otro punto de vista, uno que no esté necesariamente inscrito en nuestras propias identidades. Para aquellos que hablan desde una posición privilegiada, como muchos de nosotros, es útil recordar la provocativa exhortación de Gayatri Spivak de «desaprender tanto de nuestro privilegio como de nuestra pérdida», un reto muy difícil, en la medida en que tenemos de hecho mucho que perder.

Tengamos la esperanza y recemos para que la vasta inteligencia, imaginación, humor y coraje de este país no nos decepcione. O aprendemos un nuevo lenguaje de empatía y compasión, o esta vez el fuego nos consumirá a todos.

(Cornel West)⁸

Somos mucho más recientes de lo que pensamos.

(Michel Foucault)⁹

Todos estamos aquí atascados por algún tiempo...

(Rodney King)¹⁰

Cuerpos, ciudades, textos. El caso del ciudadano Rodney King

(por Bárbara Hooper)¹¹

*Dedicatorias*¹²

Muchas preguntas asaltaban al explorador, pero al ver al prisionero preguntó tan sólo: «¿Sabe cual es su sentencia?»

⁸ Cornel West, «Learning to Talk of Race», *New York Times Magazine*, 2 de agosto de 1992. Aquí, nuevamente, se hace la petición de un nuevo lenguaje que sea radicalmente abierto y que esté repleto de una multiplicidad de voces. Hay aquí una nueva urgencia, que surge de la inmediatez de la crisis, y que recuerda a los anteriores avisos de Baldwin de que el fuego, esta vez, está sobre nosotros *aquí y ahora*.

⁹ Michel Foucault, *Politics, Philosophy, Culture: Interviews and Other Writings*, Lawrence D. Kritzman (ed.), tr. Alan Sheridan, Nueva York, Routledge, 1988, p. 156.

¹⁰ Rodney King, tras su pregunta más divulgada: «¿No nos podríamos llevar bien?».

¹¹ Lo que sigue ha sido extraído de Bárbara Hooper, «Bodies, Cities, Texts: The Case of Citizen rodney King», manuscrito no publicado, febrero de 1994, 80 páginas. Una versión preliminar del manuscrito se presentó en los encuentros anuales de la Association of American Geographers, Atlanta, 1992. El trabajo de Hooper sobre Rodney King es parte de una larga disertación/proyecto de libro bajo el título provisional *Performativities of Space: Bodies, Cities, Texts*, en el que también explora los cuerpos, las ciudades y los textos en la polis ateniense y en el París del siglo XIX. Véase Hooper, «Corporeal Democracy: The Production of the Citizen-Body in Classical Athens», manuscrito no publicado, presentado en el encuentro anual de la Association of American Geographers, San Francisco, 1994; y «The Poem of Male Desires: Female Bodies, Modernity, and "Paris, Capital of the Nineteenth Century"», en Leonie Sandercock (ed.), *Making the Invisible Visible: A Multicultural Planning History*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1998, pp. 227-54. Quiero agradecer a Bárbara que me haya permitido usar su texto de 1994 para ilustrar los nuevos lenguajes interpretativos del análisis espacial crítico que se se están desarrollando desde la década de 1990 con el fin de dar sentido práctico y teórico a la situación contemporánea y, en particular, de ayudarme a repensar aquello que se puede aprender de los acontecimientos de 1992 en Los Ángeles.

¹² El material que sigue bajo el título de «Dedicatorias» reúne breves extractos del ensayo de Bárbara Hooper, además de unos pocos comentarios adicionales que he ido añadiendo. En esta sección así como en «Somatografía. El orden en su sitio», el material añadido aparece entre corchetes.

- «No», dijo el policía, ansioso por continuar con su exposición...
- «¿No sabe la sentencia que se ha emitido sobre él?»
- «No», dijo el policía nuevamente... «Decírselo no serviría de nada. Lo aprenderá por sí mismo».

(Franz Kafka)¹³

El conjunto del espacio (social) procede del cuerpo.

(Henri Lefebvre)¹⁴

En la sala de producción, que era el palacio de justicia de Simi Valley, el poder se ejercía, se exhibía, en la tortura/paliza de Rodney King —«una pieza grotesca de un drama compensatorio» producido por el Departamento de Policía de Los Ángeles, Estados Unidos, la democracia, el nuevo orden mundial, como régimen, y el dolor de Rodney King como expresión de su poder. Este «obsesivo despliegue institucional» [...] se sucedió en dura oposición al despliegue del silencio de King.¹⁵

[En el mundo blanco el hombre de color se encuentra con dificultades en el desarrollo de su esquema corporal. La conciencia del cuerpo es meramente una actividad de negación. Es la conciencia de una tercera persona. El cuerpo está rodeado de una atmósfera de cierta incertidumbre [...] los movimientos se hacen no desde el hábito sino desde el conocimiento implícito. Una lenta composición de mí mismo como un cuerpo en medio de un mundo espacial y temporal —que parece ser el esquema [...]

Detrás del esquema corporal [hay] un esquema histórico-racial. Los elementos que he usado me los ha proporcionado [...] otro, el hombre blanco, que me ha excluido de un millar de detalles, anécdotas, historias. Pensé que lo que tenía entre mis manos era la construcción de un sí mismo psicológico, para equilibrar el espacio, para localizar las sensaciones, y aquí me pedían más.

«¡Mira, un negro!» Era un estímulo externo que me golpeaba según pasaba. Sonreí firmemente. «¡Mira, un negro!» Era verdad. Me divertía.

«¡Mira, un negro!» El círculo se cerraba un poco más. No oculté mi diversión. «¡Mamá, mira al negro! ¡Estoy asustado!» ¡Asustado! ¡Asustado! Ahora empiezan a estar asustados de mí. Me preparé mentalmente para reírme hasta que me saltaran las lágrimas pero la risa ya era imposible.

(Frantz Fanon)¹⁶

¹³ Franz Kafka, *The Metamorphosis, The Penal Colony and Other Stories*, Nueva York, Schocken Books, 1975, p. 197. Cita principal en *Inscriptions* de Hooper [ed. cast.: *El proceso* (múltiples ediciones)].

¹⁴ Henri Lefebvre, *The Production of Space*, Oxford, Reino Unido, y Cambridge, Massachussets, Blackwell, 1991. Cita principal en Hooper, *Somatography* [ed. cast.: *La producción del espacio*, Barcelona, Anthropos, 1984].

¹⁵ Bárbara Hooper, 1994, p. 62. El material citado entre comillas se refiere a Elaine Scary, *The Body in Pain: The Making and Unmaking of the World*, Nueva York, Oxford University Press, 1985, p. 27-28. Lo que Scary describe como «una pieza grotesca de drama compensatorio» es la tortura, «la conversión del dolor absoluto en poder absoluto». Basándose en Scary, Hooper escribe: «Desde entonces, las habitaciones en las que se tortura se han nombrado en consecuencia: “la sala de producción” en Filipinas; “la sala de proyección” en Vietnam del Sur; “la sala de ensayos” en Chile».

¹⁶ Frantz Fanon, *Black Skins/White Masks*, trad. C. L. Markmann, Nueva York, Grove Weidenfeld, 1967, pp. 111-12. Una versión abreviada de esta cita aparece también en Hooper como introducción a *The Trial*, 1994, p. 40.

[El campo de visión no es neutral en relación con la cuestión de la raza; es, en sí mismo una formación racial, una episteme, hegemónica y poderosa [...] En el relato de Fanon de la interpelación racista, el cuerpo negro es circunscrito a lo peligroso, previo a cualquier gesto, a cualquier alzamiento de la mano, y el infantil lector blanco es situado en la escena como alguien indefenso en la relación con el cuerpo negro, como aquel que por definición tiene necesidad de ser protegido por su madre o, quizás, la policía. El miedo es a que una distancia física pueda ser traspasada, y la virgen santidad de la blancura se ponga en peligro por esa proximidad. La policía es por lo tanto situada estructuralmente para proteger la blancura contra la violencia, donde la violencia es la acción inminente del cuerpo negro masculino. Y porque con este esquema imaginario, la policía protege la blancura, su propia violencia no puede ser entendida como violencia; porque el cuerpo negro masculino, previo a cualquier vídeo, es el lugar y la fuente de peligro, una amenaza, el esfuerzo de la policía por someter este cuerpo, incluso si es por adelantado, está justificado independientemente de las circunstancias. O más bien, la convicción de esa justificación reconfigura y ordena las circunstancias para que encajen en esa conclusión.

El vídeo no sólo está violentamente descontextualizado, sino violentamente recontextualizado [...] [Rodney King] se convierte, según este esquema, en ninguna otra cosa que el lugar en el que esa violencia racista teme y golpea al espectro de su propia ira.

(Judith Butler)]¹⁷

[¿Y cuál fue el crimen de Rodney King? Era un joven hombre negro, todavía no estaba muerto, y no estaba preparado, y no quería morir: era negro. Debería haber estado muerto. No debería haber nacido.

(June Jordan)]¹⁸

Cuelgan mi fotografía en silencio
Porque mi identidad en sí misma provoca violencia

(NWA)¹⁹

¹⁷ Judith Butler, «Endangered/Endangering: Schematic Racism and *White Paranoia*», en Robert Gooding-Williams, (ed.), *Reading Rodney King/Reading Urban Uprising*, 1993, pp. 17-18 y 20. Nótese la relevancia aquí de otro par de términos de-re en torno al crucial concepto de la contextualización.

¹⁸ June Jordan, «Burning All Illusions Tonight», en *Inside the L.A. Riots: What Really Happened - And Why It will Happen Again*, Nueva York, Institute for Alternative Journalism, 1992, p. 77. Esta colección de ensayos ricamente ilustrados es la mejor de las publicaciones que surgieron inmediatamente después a los acontecimientos de la primavera de 1992.

¹⁹ Del tema de rap de NWA/Niggers with Attitude [Negratas con actitud], «Fuck the Police». Cita principal en *The Trial* de Hopper.

Fiscal. No puede ver el vídeo y decir que cada uno de esos golpes es razonable, ¿puede?

Agente Stacey Koon. Oh, puedo si pongo mis sensaciones en... Le vi examinándome... *Eso es lo que pensé que importaba.*

(Court TV)²⁰

[Para aquellos de nosotros que nos atrevemos a desear de forma diferente, que pretendemos apartar la mirada de las formas convencionales de ver la negritud y a nosotros mismos, la cuestión de la raza y la representación no es sólo una cuestión de criticar el *status quo*. Tiene que ver también con transformar la imagen, crear alternativas, preguntarnos a nosotros mismos cuestiones acerca de qué tipos de imagen subvertir, plantear alternativas críticas y transformar nuestras visiones del mundo y alejarnos del pensamiento dual de lo bueno y lo malo.

(bell hooks)]²¹

Somatografía. El orden en su sitio

Henri Lefebvre sugiere que el poder sobrevive produciendo espacio; Michel Foucault sugiere que el poder sobrevive disciplinando el espacio; Gilles Deleuze y Félix Guattari sugieren que para reproducir el control social, el Estado debe reproducir el control espacial. Lo que trato de sugerir es que el espacio del cuerpo humano es quizás el lugar más crítico para observar la producción y reproducción del poder. [...]

Ahora describo *el orden en su sitio*, la «matriz conceptual» por la que, y a través de la cual, fue fijado el «destino» de Rodney King. He llamado a este orden *somatografía*, escritura corporal, una diferenciación jerárquica de la carne que comenzó hace un milenio con la división del cuerpo y la mente y que, como la geografía, la escritura terrenal, ordena ambiguas e importantes materias en forma de significados políticos y territorios.

Nota: uso el término somatografía con reservas. La idea de escritura corporal puede significar una construcción cultural que es aplicada, trazada, grabada en la carne de un cuerpo material pasivo (ropas colgadas en una

²⁰ Court TV, «The Rodney King Case: What the Jury Saw in *California v. Powell*», Courtroom Television Network, 1992; en Hooper, 1994, pp. 43,47,48.

²¹ bell hooks, *Black Looks: Race and Representation*, Boston, South End Press, 1992, p. 4. hooks, nuevamente nos devuelve al poder de las imágenes, las simulaciones, el simulacro con la necesidad de desarrollar nuevas formas de subvertir esas imágenes con el fin de encontrar alternativas críticas y transformadoras que trasciendan los simples binarios como bueno-malo, blanco-negro, que confinan la interpretación crítica del *status quo*.

muñeca de papel) —una idea que no quiero perpetuar. Por cuerpo humano no quiero referirme tampoco a un producto cultural o a una creación biológica: es ambas y más. Es un espacio físico concreto de carne y hueso, de química y electricidad; es un espacio altamente intervenido, un espacio transformado por las interpretaciones y representaciones culturales; es un espacio habitado, un espacio volátil de deseos y motivaciones conscientes e inconscientes —un cuerpo/sí mismo, un sujeto, una identidad: es, en definitiva, un espacio social, una complejidad que implica el funcionamiento del poder y el conocimiento y el funcionamiento de la imprevisibilidad de las vivencias del cuerpo [...]

Las piezas de este orden [...] recogen la historia del ciudadano Rodney King. Mi principal preocupación es lo que esta historia sugiere acerca de la producción de temas políticos en el contexto contemporáneo y acerca de los actuales debates sobre los significados políticos de la *razón* —en particular la viabilidad de la razón como herramienta para la producción de democracia. Zigzagueando a través del texto, inquietándolo, están las ideas vinculadas de orden, razón, y dominio: ideas que existen como relaciones de gobierno incrustadas en la oposición jerárquica de cuerpo y mente. Presente también en todo el texto, jugando dentro y fuera de sus líneas, está mi fantasía del *desorden*: un desorden material/simbólico/vital que haría imposible situar a Rodney King con tan peligrosa precisión; una fantasía que me hace preguntar, con María Lugones:

Si algo o alguien ni éste/ni aquel
 sino una especie de ambos, aunque no completamente ambos,
 si algo está en el medio de
 cualquiera,
 si es ambiguo, dada la clasificación
 disponible de las cosas,
 si es *mestiza*,²²
 si amenaza por su propia ambigüedad
 el orden del sistema...

(María Lugones)²³

²² En castellano en el original. [N. del E.]

²³ María Lugones, «Purity, Impurity, and Separation», *Signs*, núm. 19, invierno de 1994, p. 459. Véase también las referencias a Lugones en *Thirdspace*, 1996, pp. 129-131.

¿Cuál podría haber sido entonces el veredicto?

Comenzaré.

UNO. Ordenar es la práctica de «mantener a distancia las fuerzas del caos que llaman a la puerta» (Deleuze y Guattari). Es la producción del espacio social como Orden; es ordenar el espacio social que funciona tanto individual como colectivamente en tanto método de *orientatio*: en tanto autoridad; en tanto protección frente a la ambigüedad y la multiplicidad, frente al terror del «vértigo que conlleva la desorientación», a la experiencia de ser lanzado a la «extensión sin límites, desconocida y amenazante» (Eliade) que es el espacio más allá de la piel, la separación entre uno mismo y el otro, nosotros y ellos [...] Es la práctica de la pureza, el ritual de la limpieza [...] del binarismo y el dualismo. Su opuesto es el desorden: por ejemplo, el peligro y la amenaza; lo que ocurre cuando las «fuerzas del caos» irrumpen por la puerta, cuando las líneas no se mantienen, las fronteras se cruzan, las definiciones revientan las costuras. Es impureza, ambigüedad, multiplicidad, caos, comunicaciones peligrosas, estímulo, mestizaje, resistencia, anarquía, revolución. Es polución, que para los antiguos griegos significaba *fuera de lugar*.²⁴

DOS. El mundo recibe su orden, y los objetos en el mundo sus identidades, a partir de esquemas de clasificación enraizados en formas de vida social contingentes y transitorias —una orientación del control social que posiciona lo individual y lo colectivo en coordenadas de *tiempo, espacio y ser* [énfasis añadido]. Sujetos-ciudadanos, como miembros de una sociedad particular, adquieren el conocimiento de su espacio y acceden a su estatuto como sujetos que actúan dentro de ese espacio y lo comprenden (Lefebvre, 1991).²⁵

TRES. Toda sociedad produce su propio orden; sus propias geografías y espacios, sus propias naturalezas, sus propios conocimientos y verdades, sus propios cuerpos y ciudades y textos [...] son espacios *producidos socialmente*,

²⁴ Las referencias son a Gilles Deleuze y Félix Guattari, *A Thousand Plateaus*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1987, p. 320 [ed. cast.: *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, vol. 2, trad. J. Vázquez Pérez y U. Larraceleta, Valencia, Pre-textos, 2002]; y Mircea Eliade, *A History of Religious Ideas*, vol. I, Chicago, University of Chicago Press, 1978, p. 3 [ed. cast.: *Historia de las creencias y las ideas religiosas*, trad. J. López Castro, Madrid, Herder, 1996]. Aquí Hooper toma la crítica del pensamiento binario con nuevas direcciones, desestabilizando y desordenando radicalmente su apoyo sobre el poder del racionalismo.

²⁵ Hooper comienza aquí a «ontologizar» el concepto clave de *ciudadanía*, con un particular énfasis en su espacialidad y con conexiones obvias y no tan obvias con los debates contemporáneos sobre la democracia y la justicia.

siempre en formación, siempre fluyendo, existiendo simultánea e indivisiblemente en sus dimensiones material, simbólica y vital. En tanto espacios sociales se producen por la *praxis espacial* [...] la operación del poder a través de la cual los espacios materiales, simbólicos y vitales se producen y ordenan jerárquicamente.

CUATRO. El orden no es neutral, trascendente, universal, siempre es partidista y conflictivo... *Ordenar es política* [...] La producción de temas políticos es la praxis espacial de ordenar y desordenar el espacio social [...] de ordenar, dividir, clasificar, categorizar, disciplinar, encerrar, partir y clasificar [...] un «sistema de diferenciaciones» que le permite a uno influir sobre las acciones de los otros:

Las diferenciaciones determinadas por la ley u otras tradiciones de estatus y privilegio; las diferencias económicas en la apropiación de riquezas y bienes, cambios en el proceso de producción, las diferencias lingüísticas o culturales, las diferencias en saberes y competencias y así sucesivamente. Toda relación de poder pone en acción diferenciaciones que son al mismo tiempo condiciones y resultados.

(Michel Foucault)²⁶

CINCO. Si bien estos ordenamientos varían a lo largo del tiempo, el espacio y la posición del sujeto, hay algo común en todas sus variaciones y discontinuidades, un vocabulario compartido y una idea de que es susceptible de ser generalizada como la *transformación de un denominado caos en un denominado orden* [...] En Occidente, el caos se ha denominado cuerpo, pecado, carne, lo profano, inmoralidad, revolución, naturaleza, animal, lo inconsciente, oscuro, material, femenino, salvaje, las masas, lo particular, el Otro. Análogamente, el orden se ha denominado mente, espíritu, lo humano, lo divino, lo sagrado, verdad, lo universal, el orden natural de las cosas, la mano invisible, el bien común, la ciudad celestial, la ciudad de la razón, democracia, socialismo, capitalismo, luz, blanco, masculino [...] [E]n todos estos nombres y apariencias [...] la producción del binario caos/orden es movilizadado por el *deseo de dominar* [...]

SEIS. El deseo de dominación [...] no es transhistórico, transgeográfico, pero varía en sus manifestaciones a través del tiempo y del espacio. En el moderno Occidente, estos deseos han sido originados principalmente en

²⁶ Michel Foucault, «Afterword: The Subject and Power», en Michel Foucault, *Beyond Structuralism and Hermeneutics*, Hubert L. Dreyfus y Paul Rabinow (eds.), Chicago, University of Chicago Press, 1983, p. 223.

nombre de la razón: Dios no ordena, la Naturaleza no ordena, el destino no ordena: el Hombre ordena con su ciencia y su razón. Mientras estos orígenes permanecieron sin contestación, sin oposición, sin resistencia, fueron hegemónicos.

SIETE. Unido a la razón, al orden y a la dominación, está la idea de la *diferencia*: razonar, en sus orígenes, era descrito por Platón como un juicio de semejanza (afirmación) y *diferencia* (negación), la facultad por la que uno aprehende el *patrón del mundo*. La diferencia, como praxis espacial y política, está situada al lado de la razón en los fundamentos del pensamiento occidental —específicamente, en la tradición filosófica y científica occidental en tanto está basada en un sistema de binarismo jerárquico [...] Este binarismo, todavía hoy poderoso, constituye un modo de conceptualizar que disciplina el mundo en espacios opuestos rígidamente limitados —A y no A, forma y fondo, sujeto y objeto, masculino y femenino, cuerpo y mente [...] El binarismo jerárquico es, entonces, una praxis espacial que es a su vez la producción de la diferencia: un *espaciamiento* que es la diferenciación entre lo Mismo y lo Otro; una *estrategia espacializada de dominación* a través de la cual se materializan las diferencias producidas en tanto ordenamientos jerarquizados, márgenes y centros, geografías politizadas de los cuerpos, ciudades y textos. Es, en esencia, una política de reubicación, una «posición espacial», un «desarrollo desigual» a través del cual el orden hegemónico mantiene su posición aventajada, vía producción y ubicación de un otro inferiorizado en espacios subordinados, devaluados...

OCHO. La *Somatografía* es una práctica del poder/conocimiento organizado de acuerdo al binarismo jerárquico [...] Al igual que la geografía, está relacionada con lo que Gayatri Chakravorty Spivak ha llamado «la noción de la mundialización de un mundo en un territorio supuestamente no inscrito [...] una tematización, textualización, transformación en arte, conversión en objeto a fin de ser comprendida» (Spivak, 1990: 1). En esta transformación de la ambigüedad en objetos con el propósito de que sean inteligibles, los cuerpos ambiguos, polimorfos [...] son ordenados y establecidos en series de binarios jerárquicos: por ejemplo, clasificados, subyugados, se hacen productivos, disciplinados para el uso y el intercambio...

El trabajo de frontera es la continua negociación de las definiciones producidas de cuerpos y subjetividades a través de las cuales los sujetos políticos de una cultura son o bien mantenidos en tanto definidos —el continuo movimiento de la hegemonía— o bien interrumpidos y desordenados —la operación contrahegemónica, subalterna. Porque el «fenómeno de la frontera» es lo que provee la estabilidad de la definición (Deleuze y Guattari, 1987:

245), la zona de la frontera es siempre un lugar de conflicto y contestación [...] Todo el poder existe en la «estrecha zona de la línea» que separa las categorías binarias.

[Las fronteras de la etnicidad rinden un brillante trabajo. En algunos casos estas fronteras proporcionan lugares más seguros que nos permiten trabajar en atmósferas donde nos apoyan y podemos apoyar el trabajo de otros. En algunos casos es muy excitante trabajar con personas que piensan de forma similar en campos de interés parecidos. En otros casos estas fronteras han sido cruciales para el desarrollo de la identidad y la única respuesta concebible a una cultura popular y a una corriente mayoritaria que negaba la posibilidad de desarrollo de una identidad. Por otro lado, el precio que pagamos es que pocos de nosotros podemos mirar realmente la historia de la raza en toda su complejidad y alcance. Si fuéramos capaces de superar más frecuentemente estas fronteras, desarrollaríamos identidades con múltiples facetas y desarrollaríamos también un lenguaje más complejo [...] Nuestro diálogo racial necesita desesperadamente de este lenguaje más complejo.

(Anna Deveare Smith)²⁷

NUEVE. Racismo, sexismo, orientalismo, homofobia, xenofobia, imperialismo, colonialismo, los productos de la ciencia y el conocimiento — todos constituyen un cuerpo político a través del cual la hegemonía [...] lee y representa al Otro como una proyección de los impulsos y los deseos a los que la cultura teme dentro de sí, y no obstante encuentra cautivadores, fascinantes [...]

Una rica red de signos y referencias de la idea de la diferencia surge del sentido comunitario de la sociedad acerca del control sobre su mundo. No importa cómo se articule este control, ya sea por medio del poder político, el estatus social, la misión religiosa o la dominación geográfica y económica, éste proporciona un vocabulario apropiado para el sentido de la diferencia. La diferencia es lo que amenaza el orden y el control; es el polo opuesto a «nuestro» grupo.

(Sander Gilman)²⁸

²⁷ Anna Deveare Smith, *Twilight*, 1994, p. xxv. La incitación de Smith a superar las fronteras para desarrollar identidades multifacéticas se identifica con el trabajo de frontera de Hooper, así como con el de bell hooks. Véase mi discusión sobre bell hooks en el capítulo 3 de *Thirdspace*.

²⁸ Sander L. Gilman, *Difference and Pathology: Stereotypes of Sexuality, Race, and Madness*, Ithaca, Cornell University Press, 1985, p. 21.

DIEZ. La diferencia entre *cuerpo y mente*, entre la materia en crudo y la sustancia pensante, está entre los más potentes ordenamientos binarios occidentales: es la *forma original del orden* en sí mismo; es el modelo del deseo para la dominación, un deseo que en Occidente se convierte en virulentas políticas de somatofobia [...] El cuerpo dominado, la ciudad planificada, el texto cuidadosamente razonado, la prueba, la verdad elegantemente recargada: todos son vistos como lugares donde el conocimiento y el poder son organizados e institucionalizados de acuerdo a los dictados de la razón [...] El trabajo más importante de la razón, del orden racional, es servir como fortificación contra el peligro siempre presente del cuerpo/caos [...]

ONCE. Si bien todos los cuerpos son peligrosos, algunos son más peligrosos que otros [...] cuerpos trabajadores — animal, femenino, oscuro, pobre, bárbaro, esclavo— que hacen el trabajo corporal de la polis [...] De esa manera, como producción de Occidente, la razón funciona menos como un modo de pensamiento que como una relación anónima de gobierno, una forma de dominación sobre todo producida como la razón debida a los Otros [...] Como sugiere Elaine Scary [véase nota 15], «El poder conlleva una desigualdad que separa el cuerpo del alma: ser una voz y poseer una relación simbólica con el mundo es ser poderoso, mientras que la vulnerabilidad y la debilidad crecen con la personificación».

[King permanece en silencio, manifiestamente invisible, con corrección. Es como si estuviera atrapado de forma enfermiza y para siempre en la desgraciada profundidad de sus intentos —crudamente grabados— de escapar del siguiente porrazo de los osados agentes del Departamento de Policía de Los Ángeles. No se han tenido noticias de él desde que comenzara el juicio. Y —sorprendentemente— para el asombro de muchos —no es llamado [...] a testificar en su propio beneficio y raramente es visto más allá de la repetitiva escena de violencia grabada en vídeo.

(Ahora [...] este *silencio* presta [...] en una época donde la realidad es tan sólo sonido e imágenes, señalando lo que Lyotard llama la «condición post-moderna», [...] este *silencio* presta la posibilidad de una interpretación heroica de la desoída víctima de la cinta de vídeo [...]) Pero la era de la información aplasta esta reconfortante interpretación [...])

Pero no hemos oído nada del propio Rodney King, ni hemos sido lo suficientemente astutos, en términos históricos y semióticos, como para conducir nuestra propia escucha de la escena de violencia estadounidense, tal y como ha sonado de forma inmemorial en el Nuevo Mundo. Por lo tanto esperamos en vano a algo que una audiencia de Rodney King —con todas sus energías

reverberantes y su resonante eco de los tiempos y las escenas de violencia del pasado— jamás producirá. Ese «algo» es, de hecho, *una escena verdaderamente escuchada*.

(Houston A. Baker)]²⁹

DOCE. La historia que he narrado hasta aquí es en su mayor parte ficción. Las diferencias no existen: son artificiales —imaginadas, producidas, deseadas. No hay orden, no hay caos, no hay cuerpo, no hay mente, sólo las líneas dibujadas y forzadas entre ellos; líneas que no son reales y que son simplemente la fantasía de la separación —la fantasía del cuerpo/dominación que es el deseo por el orden y el control [...] No obstante, lo que se ha imaginado ha sido hegemónico. Esta cosa imaginada ha sido tan fuerte, tan potente en sus efectos, que la división producida entre cuerpo y mente puede ser, de hecho, la diferencia total a partir de la cual se ha creado la política occidental.

TRECE. El cuerpo y el cuerpo político, el cuerpo y el cuerpo social, el cuerpo y la ciudad, el cuerpo y el cuerpo ciudadano, son producciones íntimamente ligadas [...] La práctica de usar el cuerpo individual como una metáfora para el cuerpo social, de utilizarlo como símbolo de la salud o la enfermedad del cuerpo social, como metáfora y como fuente, se desarrolla en la polis ateniense con las ideas de democracia y razón y continúa hasta el presente. Cuerpo y ciudad son los sujetos persistentes de un discurso social/cívico, de un imaginario obsesionado con el miedo a los elementos ingobernables y peligrosos y el deseo igualmente obsesivo de someterlos: miedo a la polución, los contagios, la enfermedad, las cosas fuera de lugar; deseos de [...] controlar y dominar que es la práctica espacial de encerrar a los elementos ingobernables dentro de espacios cuidadosamente guardados. Estos actos de diferenciación, separación y encierro implican los espacios materiales, simbólicos y vividos (los espacios de conocimiento, de arte y ciencia, de economía y política, de conciencia e inconsciencia, de cuerpos y ciudades y textos) y son practicados como políticas de la diferencia, como segregación y separación:

Diferenciaciones determinadas por la ley o por tradiciones de estatus y privilegio; diferencias económicas en la apropiación de riquezas y bienes, cambios en los procesos de producción, diferencias lingüísticas y culturales,

²⁹ Houston A. Baker, «Scene... Not Heard», en Gooding-Williams, *Reading Rodney King*, 1993, pp. 43-44.

diferencias en conocimientos y capacidades, etcétera. Toda relación de poder pone en marcha diferenciaciones que son al mismo tiempo condiciones y resultados.

(Michel Foucault)³⁰

En tiempos de crisis social —cuando los centros y las periferias no se sostienen— surge la ansiedad colectiva e individual y las políticas de la diferencia son especialmente significativas. La inestabilidad de las fronteras se incrementa, y la preocupación con su transgresión o su mantenimiento se magnifica. Cuando las fronteras se cruzan, se perturban, se contestan, se convierten en una amenaza al orden, el poder hegemónico actúa para reforzarlas: las fronteras en torno al territorio, a la nación, la etnia, la raza, el género, el sexo, la clase, las prácticas eróticas, se aseguran y se disciplinan vigorosamente. Al mismo tiempo, las contrahegemonías trabajan para aprovechar el desorden [...] con un uso político [...] En estos periodos, cuerpos, ciudades y textos se convierten en lugares clave para las contestaciones hegemónicas y contrahegemónicas [...] A finales del siglo XX, es la *megaciudad global* [el énfasis es mío] con sus poblaciones inquietas (pulsantes, proliferantes), y (en Estados Unidos) los cuerpos de los hombres negros y las bandas urbanas tratadas de forma sensacionalista, demonizados, los que han asumido el papel de representar el papel del desorden social y la patología.

CATORCE. El desorden es la condición global que se produce en el caso de Rodney King. Es una condición que en Los Ángeles, como en otras ciudades globales, está señalada por grandes reestructuraciones económicas, culturales y demográficas, por las luchas territoriales por el espacio a fin de tener voz [...] Estas reestructuraciones han producido un incremento en la preocupación por las fronteras; una situación de lucha sobre los espacios y los significados; un entorno de miedo que se manifiesta con un feroz racismo y xenofobia, como preocupación por la patología de los cuerpos y las ciudades que son producidos en tanto peligrosos vehículos del desorden, incubadores y agentes infecciosos de la epidemia global de la reducción del poder occidental.

³⁰ Michel Foucault, *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*, Nueva York, Vintage Books, 1979, p. 141 [ed. cast.: *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*, trad. Aurelio Garzón del Camino, Siglo XXI, 1994]. He aquí otro ejemplo de lo que podemos aprender poniendo el espacio primero.

Greg. El hotel está lleno. Es el momento de poner el cartel de no hay plazas. Hay demasiadas. Demasiadas personas inapropiadas...

Doug. [...] Los valores que aprendimos ahora son mierda o se están volviendo mierda por el problema de los extranjeros.

Greg. Realmente es nosotros contra ellos...

Hack. [...] el problema allí abajo [South Central] es que no hay estructura familiar. Ves a niños teniendo niños sin tener ni puta idea de quién es su padre [...] Todas las madres tienen seis, ocho críos y ni puta idea de dónde están. Y les importa un bledo porque están demasiado ocupadas pariendo otro crío. Cogiendo el cheque del gobierno. Todo Cadillac y Mercedes que pare en el sur de la ciudad tiene sellos de comida en la guantera. Viven de la asistencia social y nosotros estamos aquí fuera, conduciendo Volkswagens mientras ellos están conduciendo Bentleys [...]

Greg. ¿Quieres arreglar esta ciudad? Yo te diría que empezaras por un bombardeo sistemático, arrasar algunos edificios, meter toda esta mierda debajo y comenzar todo de nuevo.

Doug. [S]í, caería alguna gente inocente pero no demasiada. Hay algunas áreas de Los Ángeles que no se pueden salvar.

(Conversación entre agentes del Departamento de Policía de Los Ángeles)³¹

El juicio *California versus Powell* se desarrolló como una dramatización de estos miedos y de estas preocupaciones; como un discurso sobre las políticas del orden y el desorden, de nosotros frente a ellos. La sala de juicios de Simi Valley se convirtió en un aparato visual, un espectáculo [...] para producir una percepción de acuerdo con las lógicas heredadas que relacionan la razón, el orden y el control con la mente (situada en el hombre blanco) y aquellas que relacionan desorden, peligro, violencia, amenaza con cuerpo (con no-blanco, con el otro) [...]

El juicio: nosotros frente a ellos

En relación con el «drama compensatorio» presentado anteriormente, he extraído del texto de Hooper sus informes sobre el juicio, *California v. Powell*, provenientes de Court TV y otras fuentes. Los actores clave son Terence White, el fiscal principal; los defensores Laurence Powell, Stacey Koon, Theodore Briseno y Timothy Wind (que no testifica); el abogado de Koon, Daryll Mounger; el testigo experto de la defensa Charles S. Ducke,

³¹ Conversación entre agentes del Departamento de Policía de Los Ángeles en Abril de 1992, citado en Marc Cooper, «LA's State of Siege: City of Angels, Cops from Hell», en *Inside the L.A. Riots*, Institute for Alternative Journalism, 1992, pp. 16-19.

Jr.; el abogado de Powell, Michael Stone; y el abogado de Wind, Paul DePasquale (que hace un alegato en beneficio de Wind). El guión presentado no sigue ninguna secuencia en relación con el juicio, sino más bien el flujo que captura Hooper en su texto.

White (dirigiéndose al jurado). No necesitas ser un experto para ver ese vídeo y decir que está mal, que es malo, que es criminal [...] ¿Qué más podrías pedir? Tienes el vídeo que muestra objetivamente, sin prejuicio, imparcialmente, lo que ocurrió aquella noche. El vídeo muestra concluyentemente lo que ocurrió aquella noche. No se puede refutar [...] ¿A quién vas a creer? ¿A los defensores o a tus propios ojos?

White (dirigiéndose a Koon). No puedes mirar el vídeo y decir que todos esos golpes son razonables, ¿puedes?

Koon. Oh, puedo si pongo mis sentidos en... A veces el trabajo policial es brutal. Es una realidad de la vida.

Mounger (abriendo el juicio). El estado dice que Stacey Koon es responsable de todas sus acciones como supervisor. La evidencia les va a mostrar que no es responsable de esta situación. Sólo hay una persona responsable y ésta es Rodney Glenn King [...] Rodney King mostró los síntomas objetivos de estar bajo la influencia de algo. El sargento Koon les dirá que lo sabía.

Koon (describiendo a King). [...] se resistió... un individuo con los músculos totalmente inflados... probablemente era un ex convicto... mirada vacía... ojos acuosos... transpiración... le vi atravesándome con la mirada... no obedecía... de subidón... el torso fuera del suelo... las piernas levantadas... gritó como un oso [como reacción a la pistola eléctrica]... no sucumbía... repitió sus gemidos parecidos a un animal herido... podía ver sus vibraciones... una pesadilla para un policía... el individuo es súper fuerte... una mente limitada... equiparable a la de un monstruo... Fue lo que pensé que importaba.

Powell (describiendo a King). [...] tenía un miedo de muerte por si este tipo se levantaba y me quitaba mi arma... mirada vacía... movimientos lentos, agarrados... el sudor que brillaba en su cara... no obedecía a las órdenes verbales... tenía miedo de que este tipo estuviera bajo los efectos del PCP... gran fuerza y resistencia en sus brazos... Tenía brazos muy poderosos. Era un hombre fuerte... comportándose como un animal.

Depasquale. Wind actuó de acuerdo con su entrenamiento... respuestas directas a los movimientos de King... se mantuvo en su puesto y observó. Cuando el señor King trató de levantarse, Tim Wind se movió y usó los golpes como le habían enseñado, luego se retiró... La fuerza usada fue la apropiada de acuerdo a la política del Departamento de Policía de Los Ángeles.

Briseno (explicando que estaba «ayudando a King» al ponerle el pie sobre su cuello). [...] el agente Powell estaba fuera de control... no lo entendía... no podía ver qué era lo que miraban... pienso que evidentemente ellos veían algo que yo no veía.

Stone. [...] cuando los movimientos y actividades del sospechoso aumentan la amenaza sobre los agentes, o un incremento en la resistencia al arresto, o un aumento en sus intentos de escapar, a los agentes se les ha enseñado a intensificar la fuerza. Según el sospechoso va obedeciendo o cesa la amenaza, o cesa la resistencia, a los agentes se les ha enseñado a reducir la fuerza.

Duke (detallando de forma experta los «distintos usos de la fuerza»). [...] se dio una intensificación y una reducción, un periodo de valoración y luego, nuevamente, una intensificación y una reducción. Y otro periodo de valoración.

White. Vemos como dan un golpe. ¿Es eso correcto?

Duke. Eso es correcto. La fuerza se ha incrementado nuevamente al nivel que estaba previamente, y la reducción ha cesado.

White. Y en este punto que es, según la grabación, las catorce y veintinueve, vemos como le proporcionan un golpe contundente, es ese por lo tanto el periodo de reducción. ¿Es eso correcto...?

Duke. Es correcto. Ahora la fuerza se ha elevado al nivel anterior, después de este periodo de reducción.

White (observando a King mientras mueve su mano derecha por detrás de su espalda, aparentemente para ser esposado). Esta sería la posición en la que le queríais. ¿Es eso correcto?

Duke, No, no tal y como se comporta. Su... su pierna está doblada en este área [...] Eso me preocupa.

White. ¿También le preocupa que alguien le pisara la nuca?

Duke. No, no me preocupa.

White (mientras el vídeo muestra a King moviéndose en un «modo de sumisión»). ¿Consideraría entonces, nuevamente, que esto es un movimiento no agresivo del señor King?

Duke. En ese momento no, no lo haría.

White. ¿Es agresivo?

Duke. Sí. Está empezando a serlo. Su pie está tendido en horizontal, está empezando a doblar su pierna, en su culo. El área del trasero ha empezado a levantarse. Lo que nos pondría al comienzo de nuestro espectro una vez más [...] Les han enseñado a evaluar. Y eso era lo que hacían en las dos últimas imágenes.

White. ¿Puede leer su mente, sargento Duke?

Duke. Puedo formarme una opinión basada en mi entrenamiento y por haber entrenado a gente, puedo percibir cuales son sus sensaciones.

White. Bueno, ¿cuáles son las sensaciones del señor King en este momento?

Duke. Nunca he sido un sospechoso. No lo se.

White (a Powell). ¿El señor King es un ser humano, correcto?

Powell. Sí, señor.

White. ¿Debería ser tratado como un ser humano?

Powell. Sí, señor.

White. Aunque es un sospechoso de haber cometido un crimen, este hombre, ¿es todavía un ser humano, no?

Powell. Sí, señor.

White. ¿Merecía ser tratado como un ser humano, verdad?

Powell. Sí, señor.

White. No era un animal, ¿verdad?

Powell. No señor, tan sólo actuaba como si lo fuera.

En la interpretación de las evidencias del caso de Rodney King, los analistas del jurado, el juez, los testigos expertos, los millones de testigos «profanos» alrededor del globo, se presume que todos poseen la razón: la facultad que permite a los humanos hacer juicios de similitud y diferencia; actuar como mentes objetivas que toman decisiones conscientes; analizar las evidencias y dotarlas de sentido —por ejemplo, poner orden a partir del caótico campo perceptivo y con este orden realizar juicios. Esto está en concordancia con la tradición de pensamiento filosófica y científica occidental de la verdad como algo oculto, algo que ha sido enterrado, enmascarado, pero que con el uso de la razón, los métodos de observación y de análisis correctos, puede ser descubierta, discernida. Estas son las presunciones sobre las que se asienta todo el sistema legal.

Pero hay problemas con estas presunciones [...] En el ensayo «Nietzsche, la genealogía, la historia» (1984) Foucault escribe que la idea de significados profundamente ocultos es una creencia cultural y nada más; hay, al contrario, una profunda visibilidad de todo; todo es visible, todo es interpretación: «Si la interpretación es una tarea sin fin, es simplemente porque no hay nada que interpretar. No hay nada absolutamente primordial susceptible de ser interpretado porque, cuando todo se ha dicho y se ha hecho, debajo de ello todo es previamente interpretación».³² [...] Hoy está ahí también el orden en su sitio: esa vasta y retorcida estrategia de conocimiento y poder que ordena nuestros pensamientos en parejas binarias, impulsándonos a saturar nuestro análisis y nuestra percepción diaria.

Así es como lo vio el jurado, como le juzgaron: de acuerdo con las presunciones, sin atender a los problemas. Implicándose en el drama de desencarnar la verdad; viendo a través de «un campo de visión racialmente saturado»; de acuerdo con una lógica de la diferencia, una somatografía del orden y el desorden, fueron capaces de trascender, escapar, convertirse en mentes, secretos expertos del conocimiento especial, maestros del terror, del peligro que suponía el cuerpo de Rodney King.

Todos somos testigos...

³² El ensayo de Foucault está en Paul Rabinow (ed.), *The Foucault Reader*, Nueva York, Vintage, 1990, pp. 76-100; la cita es de Dreyfus y Rabinow (eds.), *Michel Foucault*, 1983, p. 107. [ed. cast.: en *Microfísica del poder*, trad. Julia Varela y F. Álvarez-Uría, Madrid, La Piqueta, 1977, pp. 7-30].

13. Los Ángeles 1992.

Los espacios de representación

Acontecimiento-Geografía-Recordar

Trato de seguir la perversa jornada del vídeo de George Holliday de la paliza a Rodney King. El valor del impacto oscurece etapas enteras de la historia política de la memoria colectiva. Y las huellas entre una recepción y la siguiente apenas son perceptibles en sí mismas como para construir un caso. El misterio no es por lo tanto cómo encontrar pistas de un crimen «abyecto». El misterio es en realidad la percepción en sí misma en tanto contexto político. ¿Por qué la gente no llega a ver «lo obvio»? ¿Por qué es la identificación imaginaria tan difícil para cosas que son tan claramente en propio interés? Como en la famosa «carta robada» de Poe, las pistas se encuentran sobre la repisa de la chimenea, sin disimulo, pero son del todo inencontrables. Algo en su obviedad hace que se olvide al instante.

(Norman Klein)¹

[Los espacios de representación] no necesitan obedecer a las normas de coherencia y cohesión. Con aromas a elementos imaginarios y simbólicos, estos tienen su fuente en la historia, en la historia de una población así como en la

¹ Norman M. Klein, *The History of Forgetting: Los Angeles and the Erasure of Memory*, Londres, Verso, 1997, p. 4. Klein usa la «hiper-intrusiva» carta robada de Poe, con un plena visibilidad todavía invisible, para abrir una discusión sobre una «presencia vacía», la pérdida de memoria y recuerdo que a menudo acompaña al conocimiento histórico y que parece particularmente intensa en la geohistoria de Los Ángeles. Se refiere específicamente a John Muller y William Richardson (eds.), *The Purloined Letter: Lacan, Derrida and Psychoanalytic Reading*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1988. Sus observaciones, y de hecho el conjunto de este excelente libro, proveen una introducción adecuada al recuerdo geográfico de los acontecimientos de 1992. Klein es un historiador crítico de la cultura de masas, enseña en el Institute of Arts de California, un importante centro de estudios culturales críticos de la región de Los Ángeles.

historia de cada individuo que pertenece a esa población. Los etnólogos, antropólogos y psicoanalistas son estudiosos de dichos espacios figurativos, ya se den cuenta o no de ello, pero casi siempre se olvidan de situarlos al lado de dichas representaciones del espacio, que coexisten, concuerdan o interfieren con ellos; incluso ignoran muy frecuentemente la práctica social [*sic*, en el original francés era espacial] [...] El espacio figurativo está vivo; habla. Tiene un corazón o un centro afectivo: ego, cama, dormitorio, morada, casa; o: plaza, iglesia, cementerio. Abarca los lugares de la pasión, de la acción, de las situaciones vividas, y de este modo implica inmediatamente el tiempo. Consecuentemente puede ser calificado de distintas formas: puede ser direccional, situacional o relacional, porque es esencialmente cualitativo, fluido y dinámico.

(Henri Lefebvre)²

La triada percibida-concebida-vivida (en términos espaciales: práctica espacial, representaciones del espacio, espacios figurativos) pierde toda su fuerza si se trata como un «modelo» abstracto. Si no puede aferrarse a lo concreto (en tanto diferente de lo «inmediato»), entonces su significación se ve severamente limitada, equiparándose a no más que a una intervención ideológica entre muchas otras.

(Lefebvre continuación)³

² Henri Lefebvre, *The Production of Space*, trad. Donald Nicholson-Smith, Oxford, UK y Cambridge, Massachusetts, Blackwell, 1991, pp. 41-42 [ed. cast.: *La producción social del espacio*, Barcelona, Anthropos, 1984]. La noción de Lefebvre de *les espaces de représentation* fue traducida en inglés como «*representational spaces*» [espacios figurativos] en lugar de usar la frase más directa, y creo menos confusa, «*spaces of representation*» [espacios de representación] que utilizo como título de este capítulo. Lefebvre siempre intentó asegurarse de que estos espacios de representación se asociaban al *espacio* plenamente *vivido*, en lugar de con el mundo percibido de las *prácticas espaciales* y el mundo concebido descrito a través de *representaciones del espacio*, que constituyen los otros dos componentes de la conocida triada de Lefebvre. Desafortunadamente, el traductor [al inglés] elimina frecuentemente las persistentes inyecciones de lo vivido de Lefebvre en sus discusiones sobre los «espacios figurativos». El extracto citado aquí excluye, por ejemplo, la frase *vécus plus que conçus* (vivido más que concebido) que en el original (1974, p. 52) sigue a lo que he puesto entre corchetes como [espacios de representación], sustituyendo por la inocua frase «por otro lado». Para añadir algo más de confusión hay otra traducción incorrecta que disminuye el explícito acento espacial de Lefebvre. Apuntando a lo que frecuentemente se olvida en el trabajo de etnólogos, antropólogos y psicoanalistas, la traducción se interpreta como «práctica social». En el original es *la pratique spatiale*, o *práctica espacial*. Traigo a la luz estos detalles no sólo para sugerir que la continua revisión de los acontecimientos de 1992 es un intento de entender el espacio vivido/tercer espacio en toda su plena incongruencia e inconsistencia, material y simbólica, apasionada y fluida, real-e-imaginaria, sino también para asegurarme de que recordemos que lo que está guiándonos en este camino es una perspectiva espacial crítica.

³ Lefebvre (1991: 40). He aquí otro recordatorio de que cualquiera que sea nuestro enfoque para comprender la transición postmetropolitana, el fin es el de asir lo concreto más que simplemente responder a lo «inmediato».

Antípodas visibles. Ciudad central frente a ciudad exterior

Tras años de ignorancia de la miseria acumulada en los centros urbanos, el país se estremeció con una sangrienta llamada de atención. Fuera de una ciudad que arde sin fin, fuera del corazón de Simi Valley y del alma del South Central Los Angeles, un veredicto considerado una injusticia produjo una convulsión de violencia que dejó 44 muertos, 2.000 heridos y mil millones de dólares en ruinas calcinadas. Los 56 golpes grabados en vídeo administrados por la policía de Los Ángeles a Rodney King el pasado año han caído con fuerza en la mente de todos. Pero se sintieron como plumas en un jurado de los barrios residenciales que absolvieron a los polis de usar una fuerza excesiva. «El veredicto fue un mensaje para Estados Unidos» dijo Fermin Moore, dueño de una tienda de artesanía africana cerca de Inglewood. La respuesta de la ciudad central fue recíproca: «Que os jodan». Primero reventó South-Central. Los fuegos lamieron Hollywood, al Sur hacia Long Beach, al Oeste hacia Culver City y al Norte hacia el valle de San Fernando. La segunda ciudad más grande de la nación comenzó a desaparecer bajo nubes de humo.

(*Newsweek*)⁴

La imagen de la insurrección es, en resumen, parte de una narrativa que ve las relaciones entre la policía y los negros de Los Ángeles, no como la diada disgregada de un funcionario del Estado y un ciudadano particular, mediada por normas legales neutrales razonables y no discriminatorias, sino en términos de la relación de poder de las comunidades definidas por la raza, dentro de la cual los blancos, a través de la policía, ejercen una suerte de poder de ocupación, y dentro de la cual los barrios negros aparecen como algo similar a las colonias. En estos términos, una «insurrección» no son los actos ciegamente irracionales de los «agitadores» (quienes, en la narrativa dominante, se esperaba que protestaran pacíficamente), sino la acción concertada de una comunidad decidida a elevar el precio de la paz a los colonos, y por lo tanto a incrementar su influencia en las relaciones de poder.

(Kimberley Crenshaw y Gary Peller)⁵

⁴ *Newsweek*, 11 de mayo de 1992. Los sucesos de la primavera de 1992 se presentaron de tal forma que el mundo los viera como una batalla entre las ciudades centrales y las exteriores, entre South-Central y Simi Valley, y por asociación entre negros y blancos y entre pobres y ricos de las zonas residenciales. Para muchos, esto es todo lo que se recuerda, al mismo tiempo que los sucesos de Los Ángeles comenzaron a desaparecer inmediatamente bajo nubes de humo.

⁵ Kimberley Crenshaw y Gary Peller, «Reel Time/Real Justice» en Robert Gooding-Williams (ed.), *Reading Rodney King/Reading Urban Uprising*, Nueva York y Londres, Routledge, 1993, p. 68. Nos hacemos eco aquí de la vigorosa llamada que se oyó, si no escuchó, durante y tras los sucesos: ¡Sin justicia, no hay paz! Atajando entre los debates aún activos en torno a cómo llamar a lo sucedido en 1992, mi opción es la de Revueltas por la Justicia, teniendo en mente a la vez las definiciones de justicia social y espacial.

No te estoy diciendo que te lo dije, pero los raperos han estado informando desde el frente durante años.

(Ice T)⁶

La abrumadora mayoría de los agentes del Departamento de Policía de Los Ángeles son blancos. Gran parte son inmigrantes de primera o segunda generación del Sur o del Medio Oeste. Miran a la ciudad que hoy patrullan y la ven como una tierra *extranjera* formidable, amenazante, impredecible [...] [P]ara los agentes de policía de Los Ángeles más viejos, que crecieron en las zonas residenciales de la ciudad prácticamente rurales y absolutamente blancas, y para los reclutas de Kansas tentados por los salarios de 40.000 dólares, South Central es una tierra exótica, angustiosa, terrible, habitada por nativos ingobernables [...]

(Marc Cooper)⁷

Los Ángeles no ha sido, como Langston Hughes escribió en una ocasión, «una escalera de cristal», llena de «tachuelas» y «esquirlas», pero el desarrollo de la jornada no ha sido inútil o sin sentido. Este trabajo es un intento de ofrecer una visión alternativa, radicalmente diferente de los descuidados comentarios de los medios de comunicación dominantes, llenos de «ellos» y «esos», poblados de «matones» y «bandas», una raza convertida en unidimensional por la total ignorancia del exterior de la cuadrícula urbana, una visión ignorante que dibuja la profunda y oscura maleza al sur del Pico, al sur de la autopista I-10, en el corazón de «la comunidad», la zona intermedia conocida como South Central L.A.

El Los Ángeles negro no es simplemente el caos, lo que uno sintoniza, todas las noches a las seis y nuevamente a las once. También es un día de trabajo, un bungalow, un césped frente a nuestra casa. Es la familia, la perseverancia y la elasticidad. Estos profesores, músicos, organizadores comunitarios, visionarios, predicadores, directores de cine, líderes cívicos, estudiantes, bardos, autores y fotógrafos han compartido sus historias, se han convertido a lo largo de los años en una familia extensa, en una inspiración. Son tan sólo unos pocos entre muchos que están enraizando en la tierra fértil y no en la arena. Me hacen más fácil darme cuenta de por qué mi gente sigue

⁶ Ice T, *Los Angeles Sentinel*, 7 de mayo de 1992. Agradezco a Clyde Woods haber encontrado esta cita en el periódico afroamericano más importante de Los Ángeles.

⁷ Marc Cooper, «LA's State of Siege», en *Inside the L.A. Riots*, Nueva York, Institute for Alternative Journalism, 1992, pp. 13-14. Klein (1997) señala que en la primavera de 1993, habían sido publicados al menos doce libros sobre la «Rebelión». En 1996, el número había pasado a cincuenta, con casi un millar de artículos y documentos gubernamentales. Uno de los primeros en aparecer fue *Inside the L.A. Riots*, organizado en gran medida en torno al trabajo de periodistas asociados al periódico progresista líder en la región, el *LA Weekly*. Sigue siendo uno de los mejores.

viniendo a luchar con la fea belleza en la que se ha convertido Los Ángeles, pero lo que es más importante, me ayudan a comprender lentamente porqué es tan importante quedarse.

(Lynell George)⁸

Cincuenta millas al noroeste del Parker Center del Departamento de Policía de Los Ángeles dormita la glorificada y desierta área de descanso conocida como Castaic —hogar del sargento Stacey Koon [...] Numerosos agentes del Departamento de Policía de Los Ángeles viven aquí, así como también en aldeas aún más remotas, subiendo la carretera hacia Bakersfield. Las listas de direcciones del personal del Departamento de Policía de Los Ángeles se mantiene en secreto por razones de seguridad, pero un 90 % o más de la fuerza que se piensa que es pagada para vigilar la ciudad vive fuera de ella.

Sin embargo en Los Ángeles, no hay equivalentes a Queens o Yonkers. Más bien, a una o dos horas de viaje, en el desierto o en las montañas —no en las zonas residenciales, ni siquiera en lo que comúnmente se llama «comunidades dormitorio», sino en el peculiar cantón al estilo del Sur de California conocido como «urbanización»— vive la mayor parte de los miembros del Departamento de Policía de Los Ángeles. Vecindarios sin espíritu, sin alma, prefabricados, sin historia, ni siquiera una identidad cercana más allá de las gigantescas vallas que anuncian «¡3 dormitorios - 2 baños - vallado de seguridad -119.000 dólares!»

Siguiendo un trecho del acceso polvoriento de media milla cerca de la interestatal 5, la totalidad de la comunidad de negocios Castaic se asienta como si se tratara de una gran exposición de franquicias nacionales: un McDonalds, un 7-Eleven, un Del Taco, un Fosters Freeze y dos cadenas de moteles. Un pequeño centro comercial es el único recordatorio de vida urbana, y está a una hora bajando por la autopista. En su centro hay un almacén CB [Citizen's Band] Supply con una difuminada bandera confederada de barras y estrellas colgando sobre la puerta de entrada [...] En la montaña situada sobre el centro comercial hay tres urbanizaciones residenciales al estilo de Spielberg, llenas de viviendas de protección pública en alquiler ambientadas como los decorados de E.T., todas iguales, todas con el mismo color tierra, la mayoría con garajes que sirven como talleres para los sábados. Hay un número extraordinario de pequeños barcos en los caminos de entrada a las casas [...] Ésta es la utopía de los polis. No hay minorías, no hay bandas, no hay crimen (excepto alguna pelea ocasional de camioneros en el club de chicas country) —«un gran lugar para criar niños», tal y como dicen ellos. Una uniformidad y previsibilidad perfectamente ordenadas. Una ciudad plenamente conforme, si lo quieres así. Prudentemente distante de la distopía del

⁸ Lynell George, *No Crystal Stair: African-Americans in the City of Angels*, Nueva York, Doubleday Anchor Books, 1992, pp. 5-6.

ritmo diario y de sus desviados, pervertidos, criminales y extranjeros, las ciudades desiertas como Castaic son incubadoras perfectas para la cerrada cultura política del Departamento de Policía de Los Ángeles.

(Marc Cooper continuación)

Si alguna vez hubo una comunidad donde los cuatro polis que pegaron una paliza a Rodney King pudieran ser juzgados por un jurado formado por sus iguales, Simi Valley [los habitantes nos dicen que lo pronunciamos «Sim-mii» y no «Si-mi» o «Si-mai»]⁹ es el lugar. Justo por encima del paso de Santa Susana, en la frontera noroeste del condado de Los Ángeles, Simi Valley es el hogar de al menos 2.000 agentes de policía del Departamento de Los Ángeles, del Departamento del Sheriff y de otras fuerzas de orden público que hacen el viaje diario sobre las onduladas montañas a lo largo de la autopista 118 hasta Parker Center y docenas de otras comisarías de todo el condado de Los Ángeles [...] [El fiscal auxiliar de Los Ángeles Terry] White ha reconocido que tuvo que hacer frente a una ardua batalla cuando el caso fue trasladado al condado de Ventura. De los 300 jurados posibles, todos tenían lazos con la comunidad de las fuerzas de orden público del sur de California. Los 27 que no tenían lazo alguno fueron excluidos por la defensa.

(Kevin Uhrich)¹⁰

Recintos de normalización. El desarrollo de los intereses comunes

En Simi Valley, la expresión de los valores normativos está estrechamente asociada a las prácticas de normalización. El alcalde, por ejemplo, es rápido a la hora de apuntar: «No hay duda en esta comunidad de si alguien fuera de lo habitual destaca rápidamente. Y la gente es muy rápida a la hora de informar sobre cualquier cosa sospechosa, muy rápida en llamar a la policía, y esperan que ellos estén ahí». En la mente de los residentes de Simi Valley, lo que separa a aquellos que viven en las zonas residenciales respecto de los otros urbanos es un estilo de vida. Los que son diferentes se perciben como peligrosos.

Los residentes insisten en que aquello que les une no es una raza o etnia común, sino un estilo de vida de clase media compartido. «Vivimos en un lugar con gente educada, gente que cree en lo que hacemos», dijo [el alcalde]

⁹ Para la pronunciación de Simi Valley he usado los caracteres castellanos que por aproximación fonética faciliten la pronunciación inglesa tal cual está expresada en el original. [N. de la T.]

¹⁰ Kevin Uhrich, «Policeville: Why People Who Know West [sic] Ventura County Weren't surprised by the Verdict», en *Inside the L.A. Riots*, Institute for Alternative Journalism, 1992, pp. 57-58. Uhrich, un escritor de la plantilla del *Star News* de Pasadena, escribe sobre el continuo racismo endémico en esta subregión del este del condado de Ventura, hogar también de la Biblioteca Presidencial Ronald Reagan ubicada en el número 40 de Presidential Drive de Simi Valley, ¿de dónde si no? Se puede añadir que la Biblioteca fue destinataria de una amenaza de bomba la semana posterior al veredicto.

[...] «Pero no creo que el color de la piel sea un criterio [...] Hay una persona negra subiendo por nuestra calle y le decimos “Hola” como si fuera una persona normal [...] Esto no tiene que ver con la raza, tiene que ver con si dejas que tu propiedad se venga abajo». «O si vendes drogas fuera de tu casa», intercaló [...] su mujer. En la comunidad normalizada, lo mejor que puede ser una minoría es «como una persona normal».

[...]

La comunidad normalizada es en sí misma un espacio cerrado [...] con puntos de entrada y de salida claramente definidos. Simi Valley es descrito como un lugar muy seguro, en parte debido a su diseño. «La configuración geográfica del valle de 12 millas de largo, y su cuadrícula de calles cuidadosamente planificada, hace del mismo un lugar más seguro aún. Cada subdivisión de Simi Valley es una red autónoma de calles sin salida para que la ciudad pueda, de hecho, ser acordonada de forma sencilla mediante el bloqueo de cuatro salidas a la autopista». Este sistema de calles aísla a Simi Valley de la peligrosa población del mundo exterior. La gente se encuentra a salvo porque se encuentra rodeada de una familiar similitud. Aquellos que son diferentes se encuentran lejos, en términos espaciales. Aquellos que invadan serán reprimidos y eliminados

[...]

En la versión estadounidense de la sociedad normalizada, el grupo de personas menos normal (y más despreciado) es el de los hombres negros jóvenes [...] Un informe de Sentencing Project¹¹ que utiliza datos del Departamento de Justicia de Estados Unidos y de la Oficina del Censo, ha mostrado que en 1990 el 23 % de los hombres negros en edades comprendidas entre 18 y 30 años estaba en prisión, en la cárcel o en libertad condicional o provisional, frente al 6 % de los hombres blancos con la misma edad y en la misma categoría. El informe señalaba: «El número de hombres negros jóvenes bajo el control del sistema de justicia penal (609.690) es mayor que el número total de hombres negros de todas las edades matriculados en la universidad (436.000) desde 1986. En lo que se refiere a los hombres blancos las cifras comparadas son un total de 4.600.000 en la educación superior y 1.054.508 entre 20 y 29 años dentro del sistema de justicia penal».

(Thomas L. Dumm)¹²

En primer lugar, yo [...] yo no creo que fuera una organización para recoger fondos.

¹¹ The Sentencing Project es una organización no gubernamental dedicada al estudio de la reforma penitenciaria. www.sentencingproject.org. [N. del E.]

¹² Todos los pasajes anteriores han sido extraídos de Thomas L. Dumm, «The New Enclosures: Racism in the Normalized Community», en Gooding-Williams, *Reading Rodney King*, 1993, pp. 189-190. El material citado sobre Simi Valley es de Jane Gross, «In Simi Valley, Defense of a Shared Way of Life», *New York Times*, 4 de mayo de 1992, A15. Estos procesos de normalización juegan un importante papel en la «historia del olvido» y en la «supresión de la memoria» en Los Ángeles, así como en el material discutido anteriormente, en los capítulos 10 y 11.

No creo en absoluto que fuera una organización para recoger fondos
 Era un grupo de
 gente
 que se oponía
 a la Proposición F.¹³
 Hablábamos de apoyo a largo plazo

[...]

Y me rogaron que estuviera allí
 y dije que lo haría y esto es antes de que supiéramos los... los,
 uh, los veredictos que estaban en marcha
 y yo no quería ir.
 No me gustaban aquellas cosas, no me gustan en absoluto,
 pero
 tenían apoyos influyentes y dije que me dejaría caer por allí un ratito.

[...]

Estaba en contacto constante con mi oficina.
 Tengo buscas, teléfonos,
 ah,
 un teléfono portátil...
 un teléfono en mi coche
 casi todo lo que puedas necesitar
 para comunicarme en cualquier sitio dentro de nuestras posibilidades.

[...]

Cuando yo... cuando pensé que las cosas estaban llegando
 al punto de que tenía... estábamos teniendo problemas serios,
 estaba prácticamente allí.

Mi intención era la de dejarme caer y decir, «Hey,
 creo que tenemos una... una, uy,
 una revuelta en ciernes.

No me puedo quedar. Tengo que salir de aquí».
 Y eso es básicamente lo que hice.

El problema fue

Pensaba que era en Bel Air. Resultó que era en Pacific Palisades.

Y mi conductor siguió diciéndome,

«Ya casi estamos allí, ya casi estamos».

Sabes, era una especie de...

tampoco estaba seguro de la distancia.

«ya casi estamos, Jefe, ya casi estamos».

(Daryl Gates)¹⁴

¹³ La Proposición F fue un intento de imponer controles más férreos sobre el Departamento de Policía de Los Ángeles y reducir su poderosa autonomía dentro del gobierno de la ciudad. Se aprobó en 1992.

¹⁴ Daryl Gates, «It's Awful Hard to Break Away», en Anna Deveare Smith, *Twilight -Los Angeles, 1992*, Nueva York, Doubledag Anchor, 1994, pp. 180-183. Gates fue el jefe de policía «perdido» durante las Revueltas por la Justicia.

Seguid adelante y matadnos, ya estamos muertos.

(Anónimo)¹⁵

les vimos
golpeándole.
le golpearon, y le golpearon,
y le golpearon,
le golpearon;
81 segundos y
56 golpes.

fueron juzgados
por un jurado de sus iguales.
la Señora Justicia no está
ciega.
le han
vendado los ojos.
sin justicia
no hay paz
la negra pesadilla blanca
de una América furiosa
una vez más en las calles:

decís
que no entendéis.
decís
que parecemos peligrosos
para vosotros.
pretendéis
no saber porqué
estamos tan enfadados.
os esforzáis por no recordar,
dependéis de nosotros
para vivir y
olvidar [...]

(Mwatabou S. Okantah)¹⁶

¹⁵ Participante anónimo, noticia del *USA Today*, 1 de mayo de 1992.

¹⁶ Mwatabou S. Okantah, «America's Poem, or, 81 Seconds and 56 Blows», en Haki R. Madhubuti (ed.), *Why L.A. Happened: Implications of the '92 Los Angeles Rebellion*, Chicago, Third World Press, 1993, pp. 136-140.

El recuerdo de las revueltas invisibles¹⁷

Los centros urbanos. Esto no son los años sesenta

Estamos frente a la casa del jefe de policía Daryl F. Gates —a.k.a. Parker Center— que está rodeada por tres de sus lados por el Departamento de Policía de Los Ángeles. Pero no importa: podemos hacer lo que queremos. Cuanto más tarde se hace, más nos enfadamos. Lanzamos piedras. Quemamos una señal de no aparcar. Incendiamos la caseta del guarda de un aparcamiento. ¡Cojamos ese coche patrulla del Departamento de Policía de Los Ángeles! Con 25 pares de músculos de brazos y piernas, ¡volcadlo! ¡Incendiadlo! ¡Ahora el Rolls Royce! Escuchad el sonido sordo y hueco de la palanca contra el cristal del parabrisas. La policía antidisturbios nos sigue a distancia, siempre sin enfrentarse. Los árboles en grandes macetas redondas de hormigón ruedan calle abajo. Los bancos de los autobuses se convierten en barricadas. Acercamos ejemplares en llamas del *LA Times* a las hojas de las palmeras que sobresalen del paso elevado 101. Observamos sobrecogidos las palmeras en llamas y los conductores abajo, que pegan un frenazo e intentan desesperados giros en forma de U. Un coche chirría hasta pararse en el carril de la izquierda frente a dos banderas estadounidenses en llamas que enmarcan un póster de Robbie Conal de «Daryl Gates». Gritamos, «¡Sin justicia, no hay paz!» y pintamos con spray las paredes de los ayuntamientos del Este, Oeste y Sur y el edificio del *LA Times*. Somos personas del Partido Comunista Revolucionario (encargándose del megáfono y de las pintadas), somos chicos de barrio de East LA y South Central, somos bohemios de Echo Park, somos activistas de ACT-UP y periodistas, un organismo unificado de unas 300 células, a pié, en monopatín, en bici, vistiendo gorras con una «X» y camisetas Soundgarden, moviéndonos como una gelatina gigante, agitada por las olas del Departamento de Policía de Los Ángeles.

(Ruben Martínez)¹⁸

¹⁷ Aquí trato de mostrar las dimensiones menos visibles de las Revueltas por la Justicia, especialmente en relación con lo que se emitió al resto del mundo en 1992.

¹⁸ Ruben Martínez, «Riot Scenes», en *Inside the L.A. Riots*, Institute for Alternative Journalism, 1992, p. 31. A menudo se olvida que la primera noche del levantamiento se centró en una confrontación directa dentro de la ciudadela de Los Ángeles, núcleo del poder urbano. El punto de ataque más obvio fue el Parker Center, bastión del Departamento de Policía de Los Ángeles, pero tras ser repelidos por la policía, una multitud increíblemente heterogénea de manifestantes se trasladó cerca de allí, al Centro Cívico para manifestarse y perturbar la paz en torno a los juzgados del condado y otros edificios públicos. Nada parecido a este enfrentamiento multicultural tuvo lugar en el levantamiento de 1965 en Watts o en las otras revueltas urbanas de la década de 1960. Al menos durante un fugaz momento, la memoria urbana que se despertó fue la de la Comuna de París en 1871.

Lo que ocurrió en Los Ángeles [...] no fue una revuelta racial ni una rebelión de clase. Antes bien, esta monumental agitación fue multirracial, trans-clasista, una manifestación fundamentalmente masculina de justificada rabia social. En todo su feo rencor xenófobo, su aire de carnaval adolescente y su comportamiento total y absolutamente brutal, significó el sentido de impotencia de la sociedad estadounidense. Los intentos simplistas de reducir su significado a patologías de la infraclase negra, a acciones criminales de vándalos o a la revuelta política de las masas urbanas oprimidas fracasan en su propósito. De los arrestados, tan sólo el 36 % eran negros, más de un tercio tenían trabajos a tiempo completo y la mayoría afirmaba rechazar una adscripción política. De lo que fuimos testigos en Los Ángeles fue la consecuencia de una conexión letal de declive económico, decadencia cultural y letargo político en la vida estadounidense. La raza fue el catalizador visible, no la causa subyacente.

(Cornel West)¹⁹

comenzó
 en algún momento durante el siglo
 quince.
 primero los portugueses,
 y luego los españoles, y luego
 los holandeses, y luego
 los franceses,
 y luego los ingleses,
 y luego los
 estadounidenses
 asaltaron África.

hoy no hay conmemoraciones del holocausto africano
 en Europa
 o en Estados Unidos,
 sólo un museo de reliquias de esclavos en Badagri,
 sólo las celdas en la isla de Goree,
 sólo mazmorras
 en Christianborg, Elmina
 y el castillo de Cape Coast
 para recordarnos
 el precio
 pagado
 por la ciudadanía
 de segunda clase de un

¹⁹ Cornel West, «Learning to Talk of Race», *New York Times Magazine*, 2 de agosto de 1992. Las palabras de West emplazan los acontecimiento de 1992 directamente en el marco más amplio de la transición metropolitana, sin reducir la importancia de la raza y el racismo.

ex esclavo.
 decís
 que no entendéis.
 vivir en guetos
 nos recuerda todos los días esas cosas
 que vosotros olvidáis tan fácilmente.
 cuando los descendientes de las víctimas
 de las violaciones viven
 en la casa de sus
 padres,
 duermen con el enemigo
 dentro de ellos mismos [...]

(Okantah's American Poem, continuación)

Quiero decir, «comenzó mucho antes de todo esto [...]». Mucho antes, la desconcertante decisión de esta tarde me dejó menos asombrado como extrañamente insensible. Mucho antes, George Holliday mostró la cinta que capturaba la lucha y la sumisión de Rodney King. Mucho antes, Latasha Harlins, Eulia Love y Marquette Frye se convirtieron en símbolos de advertencia. Mucho antes, Watts gritó su existencia hacia el cielo en 1965, lanzando bengalas en forma de llamas.

(Lynell George)²⁰

En cierto sentido, 1992 es el año de la rehabilitación de la heterosexualidad masculina blanca, su retorno a los espacios de centralidad, belleza, prosperidad, poder. Tal rehabilitación es fundamental para la comunidad europea y para el Quinto Centenario del Descubrimiento de América.

(Ruth Wilson Gilmore)²¹

Mi miedo es que el multiculturalismo trivialice el obvio dilema de los estadounidenses negros —en especial la huida de los hombres negros jóvenes. Hay dos historias singulares en la historia de Estados Unidos,

²⁰ Lynell George, *No Crystal Stair*, 1992, p. 9. Los nombres mencionados se refieren a memorables ejemplos de la brutalidad policial y/o errores legales de la justicia dentro de la comunidad afroamericana, que abarcan desde el caso más inmediato de Latasha Harlins a principios de la década de 1990 hasta el arresto de Marquette Frye, que fue uno de los desencadenantes del levantamiento de Watts en 1965.

²¹ Ruth Wilson Gilmore, «Terror Austerity Race Gender Excess Theater», en Gooding-Williams, *Reading Rodney King*, 1993, p. 30. El simbolismo del 500 Aniversario del desembarco de Colón en Santo Domingo en 1492 y los comienzos de la colonización del Nuevo Mundo fue recordado debidamente por muchos como respuesta a los acontecimientos de Los Ángeles, la así llamada «capital» del Tercer Mundo.

de tan extraordinaria magnitud que jamás deberían de ser comparadas con indiferencia la experiencia de otros estadounidenses. Una es la historia de los indios americanos; la otra es la historia de los esclavos negros.

(Richard Rodríguez)²²

Hubo antes una insurrección en esta ciudad
y si recuerdo correctamente
fue suscitada por la brutalidad policial.
Tuvimos un informe de la Comisión Kerner.
Hablaba sobre lo que estaba mal en nuestra sociedad.
Hablaba sobre el racismo institucionalizado.
Hablaba sobre la falta de servicios,
la falta de un gobierno interesado por la gente.
Hoy, estamos aquí en 1992,
y si vas hacia atrás y lees el informe
parece como si lo que ese informe
citaba
hace veinte años existiera hoy todavía.
Sr. Presidente,
ESTA NOCHE ESTÁN HAMBRIENTOS EN EL BRONX
ESTA NOCHE ESTÁN HAMBRIENTOS EN ATLANTA
ESTA NOCHE ESTÁN HAMBRIENTOS EN SAN LUIS.
Sr. Presidente,
las vidas de nuestros hijos peligran.
Queremos negociar con los jóvenes que han sido expulsados de la agenda de
América.
Tan sólo pasando el rato
relajándose,
sin nada que hacer,
sin ningún lugar a donde ir.
No aparecen en las estadísticas de nadie.
No están en el colegio,
nunca han sido contratados,
no viven realmente en ningún sitio.
Pasan de la abuela
a mamá a la novia.
Dependen de las prestaciones sociales y
duermen bajo los puentes.
[...]

²² Richard Rodríguez, «Multiculturalism With No Diversity», *Los Angeles Times*, Opinion, 10 de mayo de 1992. Se recupera así algo de la historia olvidada.

La cuestión es,
nos guste o no,
que la revuelta
es la voz de los sin voz.

(Maxine Waters)²³

Durante los disturbios de Watts, [el entonces jefe de policía del Departamento de Los Ángeles William] Parker dijo lo indecible, y dijo, para todos aquellos que escucharan un cierto programa de una televisión local, lo que nunca más —en la era post derechos civiles— se pronunciaría de forma tan franca por parte de un funcionario. «Se estima —dijo Parker— que en la década de 1970 el 45 % del área metropolitana de Los Ángeles será negra; si quiere alguna protección para su hogar y su familia [...] va a tener que optar y apoyar un Departamento de Policía fuerte. Si no lo hace, que Dios le ayude».

(Joe Domanick)²⁴

estos no son los años sesenta,
no hay un Malcolm
que nos diga que el sueño es una pesadilla.
incluso Martin dijo
se os ha devuelto
vuestro cheque de libertad,
sellado con
«Fondos insuficientes».
se está quemando
otra generación
y la nación
está hoy
en bancarrota:

decís
que no entendéis
nosotros vivimos en vuestra casa.
nosotros somos forasteros.
nosotros os vemos en vuestro lugar de trabajo.
nosotros somos invisibles.
nosotros morimos en vuestras guerras.

²³ Maxine Waters, «The Unheard», en Anna Deveare Smith, *Twilight*, 1994, pp. 159-162. Waters es miembro del Congreso por el distrito 35, en South Central Los Ángeles. Los extractos presentados son de un discurso que Waters dio en la First African Methodist Episcopal Church justo después de la dimisión de Daryl Gates y poco después de los sucesos del 29 de abril al 2 de mayo de 1992.

²⁴ Joe Domanick, «Police Power», en *Inside the L.A. Riots*, Institute for Alternative Journalism, 1992, p. 21. Véase también Joe Domanick, *To Protect and Serve: The LAPD's Century of War in the City of Dreams*, Nueva York, Pocket Books, 1994.

nosotros matamos por vosotros.
 nosotros os hacemos reír.
 nosotros cantamos, nosotros bailamos para vosotros.
 vosotros no nos veis.
 vosotros nos veis
 tan sólo cuando causamos estragos
 en vuestras calles,
 enmarcados con nocturnidad en las pantallas de vuestros televisores,
 vosotros nos veis sólo
 cuando nosotros
 salimos de vuestros sueños más salvajes.

nosotros les vimos pegándole,
 decís
 que no entendéis.
 vosotros tenéis ojos.
 vosotros os negáis a ver.
 vernos,
 tenéis que mirar en nuestras vidas,
 dentro de ese tenebroso
 terror
 un espejo que refleja
 profundamente vuestro
 profundo sentimiento
 por qué:

vosotros no entendéis.
 vosotros vivís en el miedo.
 vosotros no habéis
 escuchado.
 vosotros
 habéis hecho
 oídos sordos [...]

(Okantah's American Poem, continuación)

DADNOS EL MARTILLO Y LOS CLAVOS,
 NOSOTROS RECONSTRUIREMOS LA CIUDAD.

(Propuesta de Bloods/Crips)²⁵

²⁵ Véase «Bloods/Crips Proposal for LA's Face-Lift», publicado en Madhubuti, *Why L.A. Happened*, 1993, pp. 274-282. En respuesta a los sucesos de abril-mayo de 1992, las bandas de los Bloods y los Crips hicieron una tregua y presentaron una propuesta de una sofisticada planificación para la reconstrucción de Los Ángeles. Aunque la tregua se mantuvo durante muchos meses después del levantamiento, las propuestas fueron ignoradas por las autoridades gubernamentales. Aunque hoy pocos recuerdan esta tregua, seguramente jugó un papel en el importante descenso de los crímenes violentos que se dio en la segunda mitad de la década de 1990, especialmente en South Central Los

Están pidiendo un nuevo Los Ángeles. Están pidiendo que sea derruido todo edificio abandonado, que se construyan nuevos parques y centros comunitarios, que se repavimenten las calles y aceras. Están demandando un incremento del alumbrado y más árboles, negocios que tengan un interés en la comunidad, la reconstrucción de los colegios y más libros. Están pidiendo más trabajos que paguen sueldos decentes y aceptables —no los trabajos mal pagados que a menudo se ofrecen, en caso de que se ofrezca alguno. Y el coste total del paquete de los Crips/Bloods se estima en 3.726 millones de dólares —muy por debajo de los 500.000 millones usados para el rescate financiero de los Savings and Loans.

(Luis Rodríguez)²⁶

Paul Gilroy. Ayer cuando mirábamos los planes de los Bloods y los Crips para la reconstrucción de Los Ángeles me sorprendí de la riqueza y la complejidad de aquellas propuestas, de la ausencia de cualquier tropo afrocéntrico en esos planes y en tercer lugar, y esto me hace sentir muy incómodo, de la increíble distancia entre aquella visión de la reconstrucción social y económica y el conjunto de la esfera intelectual afroamericana que parece reticente a volver su mirada hacia esos conflictos irresolubles.

bell hooks. Aunque la palabra «des-colonización» no se usa en ese plan, uno puede leer el plan de esa manera. Si tuviéramos que mostrárselo a ciertos pensadores en países del Tercer Mundo lo reconocerían de ese modo. La forma en que habla de transformar el sistema educativo, por ejemplo, en el sentido de un enfoque diferente de la pedagogía. Ha habido muy pocos académicos/intelectuales negros que se hayan interesado por ese área y sus repercusiones en el replanteamiento de las políticas públicas en las escuelas. Podemos ver cómo esto mismo ocurre con las propuestas de los Bloods y los Crips para la reconstrucción de Los Ángeles.

Paul Gilroy. Cuando leí aquel plan no pude evitar pensar sobre Sudáfrica y el proyecto de reconstitución social y reconstrucción de todo el sistema educativo que está comprometido aquí. Las tareas que se plantean al considerar la existencia de una generación completa de gente que ha sido excluida sistemáticamente de esos espacios. Me pregunto si la experiencia de lo que ha estado ocurriendo allí no es una fuente que podemos usar, de forma más profusa, para dar sentido a algunas de las cosas que nos rodean en otros procesos de des-industrialización en curso en los países sobredesarrollados. Andre Gorz, el economista y filósofo francés, habla del crecimiento de determinados tipos de trabajos de servicios, aquí en Europa, como si fuera un proceso de sudafricanización. El retorno a la servidumbre en el hogar es un aspecto de esto relevante para lo que está

²⁶ Luis J. Rodríguez, «From These Black and Brown Streets: L.A. Revisited», en Madhubuti, *Why L.A. Happened*, 1993, p. 225.

ocurriendo aquí en Londres, las nuevas políticas de espacialidad y el control zonal de nuestros centros urbanos, la militarización de aspectos de la vigilancia constituyen otros patrones [...]

(Paul Gilroy conversación con bell hooks)²⁷

Al sur, más allá de las torres de apartamentos del centro de Los Ángeles, una cuadrícula de patrón simétrico de las calles es apenas perceptible a través de la usual y turbia neblina. Estas calles, que se extienden desde el sur hacia el horizonte y de Este a Oeste, son desconocidas por la mayor parte de los angelinos blancos. Crenshaw, Western, Normandie, Vermont, Hoover, Figueroa, Broadway, San Pedro, Main, Avalon, Central, Hooper, Compton, Alameda, Washington, Adams, Jefferson, Vernon, Slauson, Florence, Manchester, Century, Imperial, El Segundo, Rosecrans [...] Estas son las arterias del South Central Los Ángeles. Cientos de miles de negros se mueven a lo largo de estos caminos diariamente. Los afortunados van a lugares de trabajo en el área metropolitana, pero para la mayoría el movimiento es circular, cíclico y hacia ningún lugar. Estas calles se han convertido en el esqueleto de otro «bantustán» en una ciudad estadounidense —otra comunidad defoliada, manipulada y privada de su viabilidad mediante las presiones de crecimiento siempre presentes de la economía local.

(Cynthia Hamilton)²⁸

Los arrestos de hombres latinos superaron a los de hombres negros a lo largo de los seis días que fueron desde el 30 de abril hasta el 5 de mayo. Los arrestos de mujeres latinas y negras fueron prácticamente iguales durante los tres primeros días de los disturbios, pero el 3 de mayo se produjo un aumento de los arrestos de mujeres negras mientras que los arrestos de mujeres latinas continuarán bajando. No tenemos ninguna explicación para este fenómeno.

(Joan Petersilia y Allan Abrahamse)²⁹

²⁷ Paul Gilroy, «A dialogue with bell hooks», *Small Acts: Thoughts on the Politics of Black Cultures*, Londres y Nueva York, Serpent's Tail, 1993, pp. 219-220. Gilroy es uno de los principales críticos culturales del Reino Unido. Véase su *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*, Cambridge, Harvard University Press, 1993; y «There Ain't No Black in the Union Jack»: *The Cultural Politics of Race and Nation*, Chicago, University of Chicago Press, 1987. Nótese en particular la referencia de Gilroy a una versión más represiva de «las nuevas políticas de espacialidad» en este diálogo con bell hooks.

²⁸ Cynthia Hamilton, «The Making of an American Bantustan», *LA Weekly*, 30 de diciembre de 1988; reimpresso en *Inside the L.A. Riots*, Institute for Alternative Journalism, 1992.

²⁹ Joan Petersilia y Allan Abrahamse, «A Profile of those Arrested», en *The Los Angeles Riots: Lessons for the Urban Future*, Mark Baldassare (ed.), Boulder, Colorado, Westview Press, 1994, p. 141. Este libro representa la mejor interpretación de ciencia social liberal convencional acerca de los disturbios.

El enfoque sobre el cuerpo negro se extendió y se hizo más complejo cuando el compromiso de las mujeres negras en el pensamiento feminista revolucionario les llevó a interrogarse por el sexismo tanto en relación con las formas en las que la estética racista blanca subyugaba y colonizaba el cuerpo negro como en las formas en las que las esferas segregadas de la vida negra sancionaban la dominación, subyugación y explotación de los hombres negros sobre las mujeres negras. El trabajo crítico de escribir la teoría feminista por parte de las propias mujeres negras abrió un nuevo campo, construyendo un marco intelectual para las discusiones críticas sobre ese cuerpo desde una base que tomaba en consideración la raza, el género y la clase. Mucho de este trabajo surgió de pensadores críticos que además eran negros gays (Audre Lord, Pat Parker, Joseph Bleam, Essex Hemphill, Hilton Als, Marlon Riggs, por nombrar a unos pocos). La teoría feminista y/o queer sentó un contexto más amplio para la discusión sobre las políticas del cuerpo negro.

(bell hooks)³⁰

En la Primera Iglesia Africana Metodista Episcopaliana —el establecimiento fundado por el ex esclavo Biddy Mason, la plataforma de lanzamiento para Tom Bradley— la Disney Corporation mantuvo entrevistas para doscientos puestos de trabajo de verano. Era junio de 1992; los efectos de los disturbios estaban por todas partes. Una multitud de chicos de clase obrera se materializó con sus trajes y ropas de domingo. Una fotografía del *New York Times* mostraba a uno de ellos, una chica de diecisiete años, sonriendo con la combinación de ingenuidad y vigilancia que parece ser competencia del adolescente. La chica parecía delgada y bien vestida. Parecía no darse cuenta de que representaba, como James Baldwin expresó «un problema social y no un problema personal o humano» que trae a la mente «estadísticas, miserias, violaciones, injusticias, violencias remotas [...] la bestia en nuestra jungla de estadísticas». El periódico describió sus orígenes con impecables credenciales proletarias: hija de una enfermera y un techador inválido; sus hermanos y hermanas trabajan en la cafetería de una universidad, como cajero en el Dodger Stadium, como cartero, como conductor de autobuses, como bedel. En la lógica de los cuentos de hadas del periódico, ella consigue inevitablemente uno de los trabajos de verano en Disneyland y se emociona; esto supera en bastante su anterior trabajo en McDonald's. Cuando se enfrentó a ella y al resto de la multitud, un portavoz de Disney admitió estar «sorprendido». La visión de varios cientos de presentables jóvenes negros ansiosos por trabajar pareció dejarle atónito, tal y como confesó: «No sabíamos que estaban ahí».

(Susan Anderson)³¹

³⁰ bell hooks, «Feminism Inside: Toward a Black Body Politic», en *Black Male: Representations of Masculinity in Contemporary American Art*, Thelma Golden (ed.), Nueva York, Whitney Museum of American Art y Harry N. Abrams, Inc., 1994, p. 128.

³¹ Párrafo de conclusión en Susan Anderson, «A City Called Heaven: Black Enchantment and Despair in Los Angeles» en Scott y Soja (eds.), *The City*, 1996, pp. 336-364. Las citas son de James Baldwin, *Notes of a Native Son*, Nueva York, Bantam, 1972, pp. 18 y 22.

*Pico-Union y los desaparecidos*³²

Ya sea en el discurso político o en los reportajes de los medios de comunicación, la pobreza latina es una variable que falta sistemáticamente en la mayoría de las explicaciones del levantamiento [de 1992]. Teniendo en cuenta la atención que se presta a sus problemas, la mayoría de los inmigrantes mexicanos y centroamericanos podrían estar viviendo también en el lado oscuro de la luna. Pocos políticos o expertos en televisión, por ejemplo, se han molestado en examinar las estadísticas oficiales de los disturbios [...] sólo el 38 % de los arrestados por el Departamento de Policía de Los Ángeles eran negros [...] Los latinos, además de ser el 51 % del total de arrestados, también constituyeron la mayoría de acusados por incendio. Además, la mayor densidad de «incidentes» relacionados con los disturbios ocurrieron al *norte* de la autopista de Santa Mónica dentro de las áreas del Departamento de Policía de Los Ángeles de Wilshire y Rampart, no en el South Central Los Angeles. [...]

Los datos de arrestos e incidentes, en otras palabras, suponen que de hecho hubo *dos* levantamientos paralelos en Los Ángeles [...] El primero, que llamó la atención del mundo, ocurrió en el sur de Los Ángeles y en las partes adyacentes del condado, y fue dirigido por la ira negra, si bien incluyó una participación significativa de mexicanos inmigrantes pobres en el saqueo de tiendas y pequeños centros comerciales. El segundo disturbio, en gran parte invisible, ocurrió en el área media de la ciudad, predominantemente, latina: un súper barrio pobre emergente [...] formado por la suma de la meseta de Hollywood, el distrito de la zona media de Wilshire (incluido Koreatown) y la comunidad Westlake (o Ramparts) [...]

El área media de la ciudad es [...] una gigantesca «plantación de alquileres» —el mayor distrito de viviendas en alquiler al oeste del Mississippi. En el área Westlake/Rampart, en particular, las densidades de población (casi 100.000 personas en un radio de una milla en torno a MacArthur Park) exceden la de la ciudad de Nueva York, y el 95 % del stock de vivienda pertenece a propietarios ausentes. Un detallado análisis de la economía del alquiler de un vecindario representativo ha mostrado que las infra-propiedades, densamente pobladas por inmigrantes latinos en unidades pequeñas y de escaso mantenimiento, son altamente lucrativas. Por ejemplo, una estructura de sesenta unidades, que se parece mucho a un edificio clásico del Este y que en Hollywood se utiliza frecuentemente como exterior para las escenas del «Bronx Sur», amortiza su precio de tasación cada diez meses. Aunque los propietarios coreanos han sido villanizados en los estereotipos populares, el estudio revela que la mayoría de propietarios son anglos ricos. Los miles de criadas y mujeres de la limpieza latinas, en otras palabras, que van en autobús todos los días desde sus casas

³² En castellano en el original. [N. del E.]

del centro de la ciudad hasta Beverly Hills o Hancock Park pueden muy bien estar limpiando mansiones financiadas por sus propios alquileres desorbitados.

(Mike Davis)³³

El barrio salvadoreño explotó el jueves por la tarde. Nadie parece saber cómo empezó, tan sólo lo hizo. Algunos dicen que fueron *los morenitos*³⁴ (epíteto racial para los negros), unos pocos grupos de South Central que se aventuraron hacia el Norte. Otros dicen que fueron los locales. Cualquiera que fuera la chispa, a las dos de la tarde la multitud estaba saqueando las tiendas desde Washington hasta Beverly, desde Western hasta Figueroa. Pico-Union y los vecindarios colindantes de Westlake y Mid-Wilshire parecían San Salvador en el momento cumbre de la ofensiva rebelde.

(Ruben Martínez)³⁵

Hay vigilantes con armas en las esquinas como grandes *sapos feos*³⁶ —esto dice Emerio, un niño de nueve años. Sus padres hablan ansiosamente, casi susurrando, sobre *los desaparecidos*:³⁷ Raul de Tepic, Mario el grande, la chiquita Flores y el primo de Ahuachapan. Como todos los salvadoreños, ellos saben bien que es «desaparecer»; recuerdan los cadáveres sin cabeza y al hombre al que se le sacó la lengua del agujero de su garganta como una corbata. Por eso vinieron aquí, al código postal 90057, Los Ángeles, California.

Ahora cuentan sus amigos y vecinos, salvadoreños y mexicanos, que de repente ya no están. Algunos están todavía en la cárcel municipal en la Bauchet Street, algunos granos más de arena marrones perdidos entre los otros 13.000 presuntos *saqueadores e incendiarios*³⁸ detenidos después de los disturbios civiles más violentos de Estados Unidos desde que los irlandeses pobres quemaron Manhattan en 1863. Los indocumentados están probablemente de vuelta a Tijuana, rotos y desconsolados, separados de sus familias y con nuevas vidas. Violando las reglas de la política de la ciudad, la policía ha llevado a centenares de saqueadores indocumentados y desesperados al INS [Servicio de Inmigración y Naturalización] para su deportación,

³³ Mike Davis, «Who Killed Los Angeles? The Verdict is Given», *New Left Review*, núm. 199, 1993, pp. 37-38 y 40 [versión actualizada de este artículo en castellano: en *Ciudades muertas. Ecología, catástrofe y revuelta*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006].

³⁴ En castellano en el original. [N. del E.]

³⁵ Ruben Martínez, «Riot Scenes», 1992, p. 32.

³⁶ En castellano en el original. [N. del E.]

³⁷ En castellano en el original. [N. del E.]

³⁸ En castellano en el original. [N. del E.]

y esto antes de que el ACLU [Sindicato de Libertades Civiles Estadounidense] o los grupos de derechos de los propios inmigrantes pudieran darse cuenta de su detención.

(Mike Davis)³⁹

Enseño en una escuela nueva, en un bloque al oeste de Olympic y Hoover. Mis estudiantes y yo observamos desde la ventana de nuestra clase cómo ardía un videoclub, las llamas y el humo eran fácilmente visibles [...] La mayoría de los saqueos en las áreas de Pico-Union y Wilshire fueron realizados por centroamericanos, ni negros ni mexicanos americanos. No les importaba o ni siquiera sabían quien era Rodney King. En América Central, siempre que hay un cambio de régimen importante mediante la fuerza, o un colapso del poder, la gente reacciona cogiendo mientras puede lo que necesitan y «merecen» [...] No hubo coordinación o planificación alguna por parte de la gente al norte de la autopista de Santa Mónica, salvo la provista por el mapa de carreteras que se mostraba en la televisión local. La mayoría de mis estudiantes simplemente se encogieron de hombros y dijeron: «Todo el mundo lo estaba haciendo, ¿por qué no lo íbamos a hacer nosotros también?» En la zona en la que trabajo, el Departamento de Policía de Los Ángeles es una sádica fuerza de ocupación. Creo que una de las razones por las que la gente empezó a saquear y a quebrantar la ley tan rápido era porque tenían muy poco o ningún respeto por la policía [...] No creo que las tiendas coreanas fueran atacadas exclusivamente por razones étnicas. Si bien fueron quemadas las licorerías propiedad de coreanos, no se tocaron las agencias de viajes y los salones de belleza coreanos. El levantamiento fue dirigido contra la policía y contra los comerciantes estafadores en general. Fue dirigido por la desesperación económica y el resentimiento de clase, no por la raza.

(Mike Dreebin)⁴⁰

Ser forzado a cruzar el Atlántico como un esclavo encadenado, cruzar el Mediterráneo o Río Grande ilegalmente, encaminándote con esperanza hacia el Norte, o incluso sudar en lentas colas relacionadas con cuestiones burocráticas, sellar pasaportes y permisos de trabajo, es adquirir un hábito de vivir entre dos mundos, atrapado en una frontera que corre a través de tu lengua, religión, música, vestimenta, apariencia y vida. Venir de algún otro lugar, de «allí» y no de «aquí», y estar por lo tanto y de forma simultánea «dentro» y «fuera» de la situación, es vivir en la intersección de las historias y las memorias, experimentar la dispersión preliminar y su traslación subsiguiente en

39 Mike Davis, «Burning All Illusions in LA», en *Inside the L.A. Riots*, Institute for Alternative Journalism, 1992, p. 96 [ed. cast.: «Quemando todas las ilusiones» en *Ciudades muertas. Ecología, catástrofe y revuelta*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006, p. 143].

40 Mike Dreebin, profesor de quinto grado, citado en Mike Davis, «Who Killed Los Angeles?», 1993, p. 39.

nuevos acuerdos, más amplios, a lo largo de las rutas emergentes. Es encontrarse, simultáneamente, con los lenguajes de la impotencia y el potencial de presentimiento de futuros heterotópicos. Este drama, rara vez elegido libremente, también es el drama del forastero. Aislado de la tradición de la tierra natal, experimentando una identidad constantemente cuestionada, al forastero se le requiere que esté perpetuamente en casa en una interminable discusión entre una herencia histórica dispersa y un presente heterogéneo [...] Como tal, el forastero es un emblema [...] una figura que dirige nuestra atención a las urgencias de nuestro tiempo: una presencia que cuestiona nuestro presente. Pues el forastero amenaza la «clasificación binaria utilizada en la construcción del orden», y nos introduce en la extraña sublimación de la ambigüedad.

(Iain Chambers)⁴¹

Sa-i-ku y otras conmemoraciones

Esperamos alrededor de media hora
y cuando mi padre apareció con un vecino.
Me dijo lo que había ocurrido.
No se podía encontrar a ningún agente de policía por ninguna parte.
Volvíamos aquí.
Comenzamos a llamar a las comisarías y a los hospitales
para ver si
había entrado alguien
si encajaba con la descripción.
Desafortunadamente no pudimos obtener respuesta de ningún tipo.
Mientras eso ocurría un vecino llamó y dijo que debíamos
bajar aquí porque
hay cientos de personas y vuestra tienda está siendo saqueada
en este momento.
Así que cogimos nuestra furgoneta, cuatro personas, cinco personas, incluida
yo misma, y nos dirigimos aquí abajo.
Ya sabía que había personas que llevaban armas,
ya sabía que a mi madre le habían disparado en aquella esquina.
Así que era como ir a la guerra.
[...]
Según me acercaba a la tienda
llevaban a una persona hacia un lado
—obviamente estaba herido—
y nuestro vecino,
él tenía un concesionario de coches y estaba intentando controlar la tienda,
intentando mantener atrás a la gente,
y pude ver todavía una persona en la esquina de la puerta

⁴¹ Iain Chambers, *Migrancy, Culture, Identity*, 1994, p. 6.

con un tiro y miré al otro lado de la calle.
 Hay al menos tres o cuatro personas disparando revólveres.
 Se estaba produciendo un intercambio de disparos.
 Así que arranqué nuestra furgoneta —yo conducía—
 arranqué nuestra furgoneta en medio de la entrada de nuestra tienda,
 mientras una persona disparaba hacia mí frente a la tienda.

[...]

Grité a todo el mundo para que pararan de disparar, grité
 «¡No disparéis!»

Por un segundo, dejaron de disparar.

Y al otro lado de la calle

miré, pude ver a tres personas, me miraron, y apuntaron las
 armas hacia mí.

Y estaban tan cerca

que podía ver los cañones de las armas.

Y... supe que iban a comenzar a disparar.

Tuve una corazonada.

Y me agaché.

Y... comenzaron a disparar a la furgoneta.

Y... di la vuelta a la furgoneta hacia la parte trasera.

Y... teníamos un rifle dentro de la furgoneta.

Y... lo saqué,

apreté el gatillo,

y tan sólo hizo clic, porque no tenía balas en la recámara.

Así que volví atrás,

puse la bala en la recámara, y volví a hacer fuego contra la gente que estaba
 disparándonos.

No quería hacer daño a nadie.

Más o menos intentaba dispersar a la gente.

Estaba disparando en la dirección desde la que venían los disparos.

Cuando eso ocurrió, la gente se dispersó.

Supongo que la gente que me disparaba decidió que no merecía la pena y
 todos

se fueron.

Todos se fueron pitando.

(Richard Kim)⁴²

Las manipulaciones sobre los coreanos americanos como una minoría
 «modelo» contribuyeron a que fueran «chivo expiatorio en una triple vía» tras
 el veredicto de King. La primera fase de ataques vino de aquellos que tomaron
 como objetivo de saqueo e incendio a los coreanos propietarios de tiendas.

⁴² Richard Kim, «Don't Shoot», en Anna Deveare Smith, *Twilight*, 1994, pp. 87-89. Entrevistada por Smith en agosto de 1993, Kim es una coreana-americana dueña de una tienda de electrodomésticos.

La segunda fase la dirigieron aquellos que apuntaron sobre los coreanos en posiciones de poder, fueron los responsables del sacrificio de Koreatown, Pico-Union y South Central asegurando la seguridad de las comunidades más ricas y más blancas. La última fase del chivo expiatorio coreano vino de la mano de los medios de comunicación, ansiosos de hacer de los sucesos noticias sensacionalistas excluyendo la perspectiva coreana de la cobertura mediática y estereotipando a la comunidad inmigrante. Estas tres fuerzas se combinaron para culpar a la comunidad coreano-americano de los problemas económicos y sociopolíticos nacionales más desalentadores. [...]

Los coreanos fueron primero los chivos expiatorios de amotinados de todos los colores [...] [L]a primera actividad que siguió al veredicto de no culpabilidad [...] se centró en torno a una multitud que se había reunido frente a la licorería de Tom en Florence y Normandie, bien entrada la tarde del 29 de abril de 1992. Uno de los primeros objetivos del grupo fueron los mercadillos porque sus dueños eran coreanos. Estos mercadillos eran esencialmente «rastros» de interior que abrían todos los días de la semana y ofrecían precios rebajados en artículos de consumo, como por ejemplo productos electrónicos y ropa. Si estas tiendas proveían un servicio a una inmerecida comunidad ofreciéndoles bienes a bajo precio allí donde los mega-minoristas se negaban a pisar o si promovieron sin vergüenza el consumismo en una población económicamente desfavorecida no era la cuestión. La razón que más se ha esgrimido para hacer de estas tiendas y de las tiendas coreanas el objetivo general era un refrán común: «Los propietarios coreanos eran groseros con los clientes afroamericanos y latinos». [...]

Se ha hecho mucho con la excusa de la grosería de los propietarios coreanos. Algunos de los principales medios de comunicación que cubrieron las tensiones entre afroamericanos y coreano-americanos intentaron reducir el conflicto a «diferencias culturales» como por ejemplo no sonreír lo suficiente, no mirar a la gente a los ojos, no dejar el cambio en la mano de una persona. Aunque los coreanos querían creer desesperadamente en este reduccionismo, si uno hace una valoración honesta ha de concluir que demasiados propietarios de tiendas coreanos aceptaron los estereotipos, generalizados en gran parte, sobre los afroamericanos como vagos y criminales.

La jerarquía racial dominante en Estados Unidos y sus estereotipos concomitantes son transmitidos por todo el mundo en todos los países ocupados militarmente por esta potencia [...] Cuando los coreanos inmigraron a Estados Unidos, los estereotipos internacionalizados se reforzaron [...] por medio de películas, programas de televisión y otras formas populares de producción cultural. [Estos estereotipos], combinados con los altos índices de criminalidad inherentes a negocios como licorerías y pequeñas tiendas de alimentación (sin importar quien sea el dueño), produjeron la mentalidad prejuiciosa, paranoide y cerrada de Soon ja Du, quien disparó a Latasha Harlins, una chica afroamericana de 15 años, en la nuca durante una trifulca en torno a una botella de zumo de naranja [...] Por otra parte, muchos afroamericanos también han interiorizado estereotipos sobre los

coreano americanos. Los asiático-americanos caminan sobre una delgada línea, vistos como minorías modélicas e insensibles y desleales competidores [...] [L]a política del resentimiento pintó a los coreanos como insensibles y avaros invasores que fácilmente obtenían préstamos de los bancos. A medida que esta descripción corrió libre sin obstáculos, se fue haciendo cada vez más fácil considerar la violencia contra este grupo despreciable. El popular artista de rap, Ice Cube, avisó a los propietarios coreanos en su canción titulada «Black Korea» [Corea Negra] (en su álbum *Death Certificate* [*Certificado de defunción*]) de esta manera: «Respetad el puño negro, o quemaremos vuestra tienda hasta achicharrarla». La escena estaba montada para el desastre y tan sólo necesitaba una pequeña chispa para prender fuego en una situación altamente inflamable.

(Sumi K. Cho)⁴³

Situados como estamos en la frontera entre aquellos que tienen y aquellos que no tienen, entre las comunidades predominantemente anglo y las que en su mayoría son afroamericanas y latinas, desde nuestra reciente posición intersticial en el discurso estadounidense de la raza, muchos coreanos americanos tienen problemas para llamar a lo que ocurrió en Los Ángeles como un «levantamiento». Al mismo tiempo, no podemos decir del todo que fueron unos «disturbios». Así que algunos de nosotros hemos decidido llamarlo *sa-i-ku*, 29 de abril, según la forma de nombrar otros sucesos en la historia de Corea como -3.1 (*sam-il*), el 1 de marzo de 1919, cuando comenzaron las protestas masivas en contra del gobierno colonial japonés en Corea; 6.25 (*yook-i-o*), o 25 de junio de 1950 cuando empezó la guerra de Corea; y 4.19 (*sa-il-ku*) o 19 de abril de 1960 cuando comenzó en Corea del Sur el primer movimiento estudiantil en el mundo que derrocaría un gobierno. La irónica similitud entre 4.19 y 4.29 no se le escapa a la mayoría de coreanos americanos [...]

Difícilmente podía creer a mis oídos, cuando en las semanas inmediatamente posteriores a *sa-i-ku*, escuché a líderes de la comunidad afroamericana sugiriendo que los comerciantes coreano-americanos eran intrusos extranjeros que deliberadamente intentaban ahogar el desarrollo económico afroamericano, cuando supe que habían comprado aquellas licorerías a cinco veces su precio bruto de dueños afroamericanos, que previamente las habían comprado a dos veces su precio bruto de dueños judíos después de Watts [...] Estaba descorazonado con los latinos que relataban el placer que sintieron cuando saqueaban las tiendas coreanas y ellos creían que «se lo merecían» [...] Y me llené de desesperación cuando leí que chinos americanos querían desasociarse de nosotros [...] «De pronto», admitió [un] chino americano, «tengo miedo de ser asiático. Más específicamente, tengo miedo de ser confundido con un coreano». Estaba enfurecido cuando escuché a europeos americanos

⁴³ Sumi K. Cho, «Korean Americans vs. African Americans: Conflict and Construction», en Gooding-Williams, *Reading Rodney King*, 1993, pp. 197-201.

discutiendo sobre los conflictos como si estuvieran viendo una pelea de perros o un combate de boxeo. La situación me recordó a la película china *Raise The Red Lantern* [*La linterna roja*], en la que nunca le vemos la cara al marido. Tan sólo escuchamos su meliflua voz cuando reprende benignamente a sus cuatro mujeres para que no peleen entre ellas. Se puede permitir ser amable y agradable porque la estructura que enfrenta a unas esposas contra otras las pone tan firmemente *en su sitio* [el énfasis es mío] que jamás necesita manchar sus manos, ni siquiera elevar la voz.

(Elaine Kim)⁴⁴

Un final repetitivo

Los nuevos cercamientos no pueden perdurar porque no se pueden mantener a sí mismos. Si bien la vida suburbana no es todavía un oximorón, se convertirá en uno si aquellos que están excluidos de su paz tan sólo se les permite vivir las vidas de miseria y estrechez de la exclusión. En Estados Unidos el futuro alternativo está por encima de nosotros. Puede ser y será el resultado de la repetición de la revuelta de Los Ángeles. Pero al mismo tiempo es posible que surja una política de desterritorialización y reconexión, una política en la que los argumentos sobre el espacio –sus cercamientos, exclusiones e internamientos– se conviertan en objeto de debate y discusión y lo que es más importante, de resistencias y transgresiones. La iniciación de dicha política es un pequeño paso de un largo camino con el fin de dar comienzo al proceso de mejora del actual problema. *¿Pueden los estadounidenses, que durante tanto tiempo han carecido de la necesidad de pensar sobre el espacio, comenzar a pensar en términos espaciales? ¿Pueden empezar a actuar según dichos pensamientos?* [el énfasis es mío] [...]

Después de que empezaran los disturbios, Rodney King salió en televisión para intentar convencer a sus conciudadanos. La mayoría de estadounidenses recuerdan que preguntó, «¿podemos llevarnos bien?» Pero añadió, «nos podemos llevar bien. Tenemos que hacerlo, tenemos que hacerlo. *Llevamos atascados algún tiempo*». King reconoció la finitud del espacio de Los Ángeles. Se resistió a la tentación de separar, de encerrar, de sustituir las cualidades desordenadas y abiertas de los heterogéneos espacios urbanos por los espacios cerrados y sin salida de las zonas residenciales. Haciendo este ruego apoyó implícitamente

⁴⁴ Elaine H. Kim, «Home is Where the Han Is: A Korean American Perspective on the Los Angeles Upheavals», en Gooding-Williams, *Reading Rodney King*, 1993, pp. 216-217. Kim señala: «*Han* es una palabra coreana que significa, traducido de forma poco estricta, la pena y la rabia que crece de las experiencias de opresión acumuladas», 1993, p. 215. Según observaba «la destrucción de Koreatown», Kim expone: «Tuve un terrible pensamiento de que no habría ninguna pertenencia y de que éramos, como siempre había sospechado, un pueblo destinado a llevar nuestro *han* alrededor nuestro a donde quiera que fuéramos en el mundo. El destino (*p' aljja*) que había cargado con siglos de sufrimiento extremo por invasión, colonización, guerra y división nacional, se había colado en Estados Unidos con nuestro equipaje», 1993, p. 216.

una confusa noción de tolerancia y pluralidad. Nos dio un momento para reflexionar en torno a la posibilidad de una existencia democrática. El mundo es mundial. Las fuerzas de normalización operan con el fin de constreñir, separar, excluir, recluir. Nuestra esperanza está expresada con precisión. Llevamos atascados algún tiempo.

(Thomas L. Dumm)⁴⁵

Para concluir este capítulo y conectarlo con el siguiente, vuelvo a mis propias palabras. Lo que sigue, escrito con el estilo poético del *Twilight-Los Angeles, 1992* de Anne Deveare Smith, sirvió de final al manuscrito original de *Thirdspace* hace más de seis años, antes de que fuera dividido en dos volúmenes.

Con el fin de intentar concluir
 usando las palabras de Iain Chambers,⁴⁶
 Los Ángeles 1992 fue de hecho
 un «signo muy emotivo en el guión cosmopolita».
 Como muchos otros acontecimiento que han marcado
 la geohistoria del mundo desde 1989
 (la caída del Muro de Berlín y la desaparición de la Guerra Fría,
 la Guerra del Golfo, la plaza de Tiananmen, el caso de Salman Rushdie,
 el Quinto Centenario del Descubrimiento de América, el crecimiento de los
 Tigres Asiáticos,
 la rebalkanización del sureste de Europa,
 la fragmentada unidad de la Europa de las regiones,
 y, más recientemente,
 la caída del condado de Orange
 y el ataque terrorista de la ciudad de Oklahoma),
 el Segundo Levantamiento de Los Ángeles
 está encendiendo
 un «nuevo modelo de pensamiento»
 que «no es ni fijo
 ni estable»,
 un modo de pensar instigado
 por «recientes aperturas en el pensamiento crítico»
 y tensamente presionado por
 «el retorno de los reprimidos,
 los subordinados
 y los olvidados
 en las músicas,

⁴⁵ Thomas L. Dumm, «The New Enclosures», 1993, p. 192. El primer párrafo fue citado anteriormente en el capítulo 10.

⁴⁶ El material citado es de Iain Chambers, *Migrancy, Culture, Identity*, Londres, Routledge, 1994, p. 3.

literaturas,
 la pobreza y la poblaciones del “Tercer Mundo”
 a medida que ocupan
 las economías
 las ciudades,
 las instituciones,
 los medios de comunicación
 y los tiempo de ocio
 del Primer Mundo».

Para citar a Chambers otra vez,
 esta nueva forma de (re)pensar la postmetrópolis
 está «abierta a la posibilidad de un continuo retorno a los acontecimientos,
 a su relaboración
 y revisión»,
 a un «re-contar,
 re-citar
 y re-situar
 lo que pasa por conocimiento histórico y cultural»,
 a un «re-cordar
 y re-memorar
 los fragmentos y los trazos anteriores que brotan y destellan
 en nuestro presente momento de peligro»,
 para los «haces de luz que iluminan nuestro recorrido
 [a lugares reales-e-imaginarios]
 mientras funden simultáneamente las inquisitivas sombras a lo largo del
 camino».

Para bell hooks y tantos otros
 es un modo no convencional de repensar la raza
 y la representación,
 las relaciones entre el colonizador
 y el colonizado,
 y todas las imágenes alternativas que trabajan para subvertir
 el *status quo*
 y cambiar nuestras visiones del mundo
 y mundos de vida
 al mismo tiempo y en los mismos espacios habitados.
 También se trata de los cuerpos
 ciudades
 textos
 reales -e- imaginados

lo que Bárbara Hooper llamaba el «orden en su sitio»,
 se trata de la práctica espacial consciente
 que pretende desordenar
 deconstruir
 reconstruir

pero no destruir o eliminar

diferencia y razón,
la identidad y la ilustración
la filosofía y la maestría

Se trata del

trabajo de frontera/*la frontera*⁴⁷
una nueva política cultural
eligiendo el margen como un espacio de apertura radical
de carácter híbrido

se trata de encontrar esos lugares de encuentro

donde pueden suceder acontecimientos nuevos y radicales

se trata de una política de desterritorialización -y- reconexión

una política en la que los argumentos sobre **<ESPACIO>** los cercamientos
exclusiones internamientos

se conviertan en sujetos para el debate y la discusión,

y lo que es más importante, para.....la resistencia y la transgresión

Se trata de culturas recombinantes postmodernas
geografías postmodernas
heterotopologías

las diferencias que hacen la postmodernidad.

Se trata de

la raza
la clase
el género

y/también [...]

Se trata de

prácticas espaciales materiales
representaciones del espacio
espacios de representación habitados

y/también [...]

Se trata del

Primer espacio
Segundo espacio
Tercer espacio

y/también [...]

Sólo un final es posible:

CONTINUARÁ...

⁴⁷ En castellano en el original. [N. del E.]

14. Epílogo. Reflexiones críticas sobre la postmetrópolis

Los «nuevos cercamientos» reales-e-imaginados de Los Ángeles fueron abiertos durante unos pocos días antes y después del Primero de Mayo de 1992. Lo que se expuso inmediatamente después era claramente opaco, noticias informativamente engañosas, manipuladas rutinariamente por los medios de comunicación con imágenes de violencia aleatoria, pobreza incorregible y polarización racial. Pero detrás de lo que algunos han llamado el Segundo Levantamiento de Los Ángeles había mucho más que lo que de forma instantánea exponían estas imágenes. Obteniendo ventaja de las «aperturas recientes en el pensamiento crítico», voy a utilizar este capítulo final para recoger, prever y reflexionar sobre lo que ha ocurrido a partir de «ese punto tan emotivo en el guión cosmopolita».¹ Los Ángeles permanece como el centro de atención representativo, al igual que lo ha hecho en todos los capítulos anteriores. Pero mi intención sigue siendo la de estimular, a partir de estas particularidades, la generalización crítica y comparada, explorar lo que se puede aprender de la experiencia de Los Ángeles por parte de aquellos que viven en otros lugares y espacios. Lo que sigue, por lo tanto, no es un resumen de todo lo que se ha dicho antes, sino una nueva apertura a los discursos contemporáneos sobre la postmetrópolis.

¹ Las frases citadas aquí se refieren al pasaje de Iain Chambers, *Migrancy, Culture, Identity*, 1994, que aparece en el capítulo 12.

Nuevos comienzos I. La postmetrópolis en crisis

Al mirar atrás para ver el futuro, parece que un «nuevo» Los Ángeles estalló en la escena de 1992, un nuevo Los Ángeles que en su corta vida ha comenzado a instigar importantes revisiones en los guiones discursivos del urbanismo postmoderno. Cuando, durante aquella violenta primavera, la segunda ciudad más grande de la nación comenzó a desaparecer entre el humo y el fuego muchas de las interpretaciones más extendidas sobre los nuevos procesos de urbanización pareció como si también fueran pasto de las llamas. No es que los discursos sobre la postmetrópolis que se habían desarrollado a lo largo de los últimos treinta años fueran completamente irrelevantes tras 1992, sino más bien que los espacios materiales, simbólicos y vividos trazados por cada marco discursivo, por cada modo de interpretación de la transición postmetropolitana, dieron un giro inesperado. Durante casi tres décadas, los procesos de reestructuración generados por crisis que emanaron en gran parte de las irrupciones urbanas que se dieron en todo el mundo en la década de 1960, dominaron el discurso de aquellos que intentaban dar un sentido práctico y teórico a Los Ángeles y a su carácter ejemplar de la condición urbana contemporánea. Después de 1992, sin embargo, las realidades y las hiperrealidades urbanas de Los Ángeles y de otras regiones-ciudad globales ya no parecían tan fácilmente interpretables bajo la rúbrica dominante de la reestructuración urbana. Los nuevos procesos de urbanización que de forma tan profunda habían transformado la metrópolis moderna estaban siendo tangiblemente alterados y desordenados, exponiendo sus tensiones inherentes y sus correlativas injusticias a la vista de todo el mundo.

Lo que ocurrió en 1992, visto en retrospectiva al borde del nuevo milenio, puede haber sido muy bien un profundo punto de inflexión local, señalado por otros sucesos anteriores y posteriores, una transición de un periodo de reestructuración generada por crisis a la aparición de una nueva era de *crisis generadas por reestructuración*. En otras palabras, la postmetropolis madura ha alcanzado un estado en el que parece explotar bajo el peso de su novedad. Esas mismas prácticas innovadoras y esas espacialidades urbanas reestructuradas que se demostraron totalmente exitosas a la hora de restaurar un crecimiento económico fuerte y de controlar de forma efectiva las tensiones sociales tras los años sesenta muestran ahora signos de una inquietante disfuncionalidad. Los paisajes industriales del postfordismo, flexiblemente especializados y desigualmente desarrollados; las heterogéneas globalizaciones del capital, el trabajo y la cultura en una cosmópolis policromática; la elástica y reelaborada tela urbana de la exópolis recentrada y hecha ciudad-frontera; las enormes metropolaridades y las mezcladas fronteras de clase

de la des-ordenada ciudad fractal; la fortaleza protectora y las tierras fuertemente vigiladas del archipiélago carcelario cada vez más cercado-y-vigilado; y el anestesiado imaginario urbano de las hiperrealidades manipuladas, encantadoras e hipócritas, de la Simcity; todas ellas han pasado de ser soluciones, a ser de hecho parte del problema.

Todos estos submundos postmetropolitanos tomaron un color diferente y se proyectaron en la extensa penumbra del Segundo Levantamiento de Los Ángeles, sugiriendo que lo que ocurrió en 1992 no era tan sólo un acontecimiento localizado, sino uno de las muchas expresiones globales que se extienden desde la caída del Muro de Berlín y los sucesos en la plaza de Tienanmen en 1989 hasta la actual confusión financiera mundial, en una crisis más general de la postmodernidad, el postfordismo, la globalización, el neoliberalismo y específicamente las formas urbanas postmetropolitanas y las formas de vida. Unos pocos y breves apuntes del Los Ángeles del post-1992 pueden ayudarnos a aprender más acerca de estas crisis y conflictos interconectados y de algunas de las nuevas direcciones que se están tomando en respuesta a ellas.

La caída del postfordismo

La *metrópolis industrial postfordista* de Los Ángeles, con una de las historias de mayor éxito económico de finales del siglo XX, comenzó a desintegrarse en abril de 1992. La *Perestroika*, aquella potente forma de reestructuración rusa, y el precipitado fin de la Guerra Fría debilitaron simultáneamente las fuerzas motrices que estaban detrás de la economía postfordista regional y derribaron muchos de los pilares ideológicos que habían soportado la estricta disciplina social por parte de los encargados de mantener la paz local y federal. Entre la caída del Muro de Berlín y la bancarrota del condado de Orange, entre 1989 y 1995 aproximadamente, la renta media por hogar en el condado de Los Ángeles cayó tanto como un 20 % en la peor recesión, de lejos, desde la Gran Depresión. A medida que la tecnópolis militarizada viraba hacia un profundo declive, lo hizo igualmente el sector FIRE [finanzas, seguros e inmobiliarias, en inglés], creando una espiral de recesión que parecía ser más profunda en el sur de California que en cualquier otro lugar del país.

Pérdidas de empleo masivas golpearon de modo inusualmente fuerte sobre la «burbuja» superior del mercado de trabajo dual: banqueros, corredores de bolsa, ingenieros aeroespaciales bien remunerados, la nueva tecnocracia, abogados, contables y agentes inmobiliarios, yuppies y beemers (conductores de BMW), los ruborizados herederos de la era Reagan-Bush.

A medida que las esperanzadoras previsiones de la reconversión de la industria de defensa se veían incumplidas, la pobreza y los sin techo, que ya suponían una tasas elevadas, hicieron reventar sus enclaves de desesperación para infiltrarse en todo el paisaje urbano. Con dolorosa ironía, lo que una vez fue la más robusta máquina de empleo del mundo se vio empequeñecida radicalmente, de forma aún más óptima y eficiente. Las tasas de desempleo se elevaron por encima de los niveles nacionales y sólo se consiguió que no siguieran escalando por el continuado crecimiento de la fabulosa industria del entretenimiento (una vez más «la» industria de Los Ángeles) y del mercado de trabajo «temporal» o contingente. Tanto en un sentido real como imaginario, el modelo ascendente de la metrópolis industrial postfordista comenzó rápidamente a perder al menos parte de su lustre, a medida que la cara oscura de la nueva economía se iba haciendo más presente.

Desde 1996 se ha producido una recuperación regional significativa, impulsada especialmente por las innovaciones tecnológicas en las industrias multimedia y por la expansión de las actividades de «producción cultural», pero incluso aquí hay signos de que muchos aspectos de la crisis del postfordismo neoliberal han seguido yendo a peor. Hollywood —núcleo simbólico de la industria del entretenimiento—, tradicionalmente liberal, guió la recuperación económica local a principios de la década de 1980 a través de la expansión de una densa red de firmas pequeñas y medianas, aliadas con los grandes estudios y organizadas en torno a los principios de la flexibilidad, la innovación, la generación de empleo, además de una amplia base de artesanos cualificados y otros trabajadores especializados. Desde mediados de los años noventa, sin embargo, se ha producido lo que un observador describe como una importante «flujo de riqueza creciente» a expensas de la fuerza de trabajo artesanal y manual, que ha llevado a una situación de salarios reducidos, menor crecimiento del empleo y al empeoramiento de las condiciones de trabajo y de seguridad en el mismo.² La simplista adicción a la eficiencia de las corporaciones estadounidenses, rebajando drásticamente los salarios y los beneficios de los trabajadores mientras muchas veces se inflaban los de los ejecutivos y, en Hollywood, los salarios de las celebridades, ha sido tomada con plena fuerza en la industria del entretenimiento según se llegaba al final del siglo, contribuyendo a aumentar la disparidad de salarios, en lugar de ayudar a resolverla.

² David Friedman, «The Jackpot Economy», *Los Angeles Times*, 9 de mayo de 1999. En este reciente artículo de opinión, Friedman, uno de los principales promotores de los negocios del nuevo Los Ángeles (véase capítulo 8), llama a desarrollar una nueva política de clase trabajadora con el fin de luchar contra los efectos negativos de la vigorizada economía casino o de *jackpot* [premio gordo]. Sin embargo, no considera, o al menos decide no hacerlo, la nueva política de la clase trabajadora que ha surgido en los últimos años.

California y Nueva York siguen encabezando, al lado de Mississippi, la lista de los estados con mayores disparidades de salarios, y sus grandes ciudades, Nueva York incluso más que Los Ángeles, se mantienen cerca del primer puesto en la lista mundial en términos de metropolaridad, la diferencia urbana entre los ricos y los pobres. Un reciente informe del Comité de Investigación sobre la Clase Media Californiana muestra que entre 1994 y 1996, cuando comenzaba la recuperación, el mercado de trabajo del condado de Los Ángeles intensificó su bipolarización así como la presión sobre la clase media, todavía dejando caer a un mayor número de trabajadores de clase media-baja a la categoría de *working poor*. Por ejemplo, la proporción de residentes en el condado que vivía en hogares con una renta menor a 20.000 dólares al año se incrementó en un 13,5 % entre 1994 y 1996. Esto significaba que el 41 % del total de la población del condado estaba viviendo en hogares cercanos o por debajo del umbral de pobreza. Esto magnificó una ya severa crisis de la vivienda a medida que los *working poor* continuaron apiñándose en áreas residenciales antiguas y ya superpobladas. Otro informe reciente, realizado por el Centro de Prioridades Políticas y Presupuestarias de Washington DC, identificó a Los Ángeles como la ciudad del país con el ratio de arrendatarios de renta baja más alto en relación con el número de unidades de alquiler disponibles a bajo precio (más de 4 a 1).

En duro contraste, el número de hogares que ganaban entre 100.000 y 500.000 dólares aumentó en un 29 % (a partir de un 7,3 sobre el total del condado) y aquellos con ingresos por encima de los 500.000 dólares aumentaron más de un 40 % (de un total del 0,5 %). Al mismo tiempo los hogares que ganaban entre 40.000 y 100.000 dólares cayeron de un 30 a un 26 % sobre la población del condado durante esos dos años de expansión económica relativa. Lo que indican estas cifras es que la máquina de empleo de Los Ángeles, hoy nuevamente reputada por estar entre las más fuertes del país, ha continuado generando un gran número de empleos de simple subsistencia, incrementando el número de los *working poor*, así como una pequeña corriente que amplía las oportunidades de empleo de alta cualificación para un afortunado 10 % del mercado de trabajo. Por encima de todos, el número de hogares que en el condado de Los Angeles ganaban más de 25 millones de dólares al año creció en algo más del doble entre 1994 y 1996, de 65 a 143. Es fácil ver porqué desde las Revueltas por la Justicia, Los Ángeles se ha convertido en uno de los centros nacionales para la formación de coaliciones en torno a la garantía de un «salario digno» para sus trabajadores.³

³ Estas figuras están recogidas en Harold Meyerson, «No Justice, No Growth», *LA Weekly*, 17-23 de julio de 1998. El subtítulo de este artículo, al que nos referiremos otra vez más adelante, es «A New Labor-Left Alliance Scrambles L.A.'s Growth Politics - and Creates Middle-Income Jobs in a City where They're Vanishing» [Una nueva alianza de trabajadores-izquierda remueve las políticas de

¿Una globalización demasiado excesiva?

La *Cosmópolis* continuó siendo inestable y turbulenta tras las Revueltas por la Justicia. Por cada nuevo logro transcultural en las artes, en los negocios y en las políticas locales, aparecieron nuevas formas de conflicto interétnico como resultado de que los diferentes mundos culturales siguieran chocando sin mezclarse. Más y más inmigrantes pobres se han ido sumando a la población del condado, saturando incluso los mercados laborales más absorbentes e inflando cruelmente la dependencia de la asistencia social en lo que ahora se ha convertido en el post-Estado del bienestar neoliberal. Al igual que la crisis de la vivienda asequible, se intensificó una crisis de la sanidad ya de por sí severa y se hizo aún peor debido a las reformas de la seguridad social de la administración Clinton, una serie de cierres y reorganizaciones de hospitales locales además del continuo alto coste de los seguros de salud. Las calles de Los Ángeles se han llenado más aún con personas sin techo, mala salud y hambrientas. Encontrar mejores formas de distribuir comida entre las comunidades pobres, como por ejemplo a través de huertos urbanos y el reciclaje de los productos alimenticios de la creciente red de los mercados de granjeros, se ha convertido en una urgente preocupación para los activistas de la región y para las organizaciones comunitarias tras las revueltas de lo que algunos han llamado los «disturbios de la comida» de 1992. Por ejemplo, el Banco de Alimentos Regional de Los Ángeles, una red de más de 750 grupos, provee actualmente de alimento a casi 200.000 personas a la semana.

Del mismo modo que el flujo de trabajo inmigrante ha continuado, el influjo del capital extranjero se ha ralentizado. Una eventualidad antes considerada inconcebible por muchos expertos financieros: hoteles, edificios de oficinas y negocios en manos de japoneses han sido vendidos o han caído en bancarrota, reflejando no sólo los acontecimientos locales sino también la severa recesión de Japón. El nuevo centro urbano ha sido la parte más obviamente perjudicada, instigando revivals de antiguos debates acerca de la regeneración del «corazón de nuestra ciudad» y de la necesidad de un «renacimiento» del centro urbano. Lo que se ha mantenido, sin embargo, de la manera más tozuda, ha sido un sistema de gobierno esencialmente insensible, aparentemente incapaz de adaptarse a las circunstancias cambiantes de una ciudad región intensamente globalizada. En el gobierno de la ciudad, la globalización se ha reducido a insípidas afirmaciones acerca de la

crecimiento de Los Ángeles —y crea empleos de salarios medios en una ciudad donde estaban desapareciendo]. Harold Meyerson, editor político de este importante periódico semanal gratuito, es también un importante comentarista de la política nacional y local.

transformación en una ciudad *world class* [de clase mundial] o a celebraciones de la «diversidad», con escasas menciones a los expansivos paisajes de pobreza y desesperación que estos logros han ayudado a generar. En 1999, se dio un intento de revisar la Carta Ciudadana, seriamente obsoleta, de la ciudad de Los Ángeles, pero hay pocos indicios de que los cambios programados se vayan a hacer y de que signifiquen diferencia alguna en las capacidades del gobierno de la ciudad a la hora de responder a los intensos problemas surgidos de la reestructuración y de la globalización económica.

Es cada vez más evidente que las glocalizaciones del capital, el trabajo y la cultura, que habían ayudado a que Los Ángeles destacase, están ahora sobrecargando la multicultural economía regional. Esto ha avivado los sentimientos anti-inmigrantes y ha llevado a la promulgación de las nuevas leyes del estado sobre derechos sociales, discriminación positiva y educación bilingüe que constriñen aún más las capacidades de los *working poor* inmigrantes para sobrevivir y prosperar en la postmetrópolis. Para añadir más a estas dificultades, la administración Clinton ha promovido en todo el país una reforma de la legislación social, especialmente con populares políticas de bienestar condicionadas por el trabajo [*welfare to work*], que expulsan a un número cada vez mayor de los «verdaderamente desfavorecidos» de los beneficios de las ayudas directas del gobierno, con el fin de realizar los empleos subvencionados con ingresos muy por debajo del salario mínimo. Esto ha reducido artificialmente las tasas nacionales de desempleo y ha creado la imagen, si no la realidad, de una aceleración en la generación de empleo y una caída en picado del gasto social. Pero al mismo tiempo ha capturado y utilizado a la infraclase más hundida como una herramienta más para disciplinar a los industriosos *working poor*, que se ven incapaces de competir con los orgullosos nuevos hamburgueseros y lavaplatos a los que se les paga dos dólares la hora.

Y más que nunca el mundo entero está mirando a Los Ángeles. Si bien la rebelión de Watts pudo ser vista como un acontecimiento regional, un malestar civil localizado, extrañamente lejano, el Segundo Levantamiento de Los Ángeles ha sido un espectáculo urbano verdaderamente global, presentando y representando a la primera ciudad mundial que explota por una globalización demasiado excesiva. Según continúa la crisis de la cosmópolis, lo que hoy se está viendo en Los Ángeles y en otros lugares es el desmoronamiento del mito de la globalización inexorable en tanto panacea para todos los males del mundo. Debido a esta disolución y a esta desilusión, nuevas comunidades de resistencia a la globalización están comenzando a expresar su descontento y a buscar medios mejores para resistir y/o controlar las consecuencias sociales y espaciales, evidentemente negativas, de la propia globalización. La fuerza supuestamente irresistible está empezando a ser un objeto de contención móvil.

De pronto cualquier sitio es Pomona

Aunque las Revueltas por la Justicia fueron más intensas en los «viejos centros de las ciudades» de Los Ángeles y Long Beach, alcanzaron también a las ciudades-frontera y a los bastiones post-suburbanos de la *exópolis*; y se desbordaron hacia Las Vegas, Bay Area, Omaha, Minneapolis, Atlanta, Toronto, Londres, Seul, saltando escalas. Las fronteras, antes inquebrantables, entre la ciudadela y el gueto, la ciudad interior y la exterior, lo urbano y lo suburbano, la metrópolis y la región, el centro y la periferia, Los Ángeles y el resto del mundo, parecieron desaparecer, al menos por un momento, en las nubes de humo. Más que nunca, la Ciudad de Ninguna Parte está aquí, ahora y en todas partes, integralmente desintegrada, siendo recompuesta de nuevo como símbolo distópico de un ataque de locura del mundo contemporáneo. Para sus habitantes, ya no hay ningún lugar para ocultarse dentro de la *exópolis* característicamente compactada. De pronto, cualquier sitio es Pomona.

Con la confianza del «ya te lo dije», Mike Davis en su nuevamente revisada *Ecología del Miedo* (1998) continúa con sus proyecciones tácticas de tendencias que descienden en espiral para sumergir, más profundamente incluso, el Los Ángeles contemporáneo en el apocalipsis, un auténtico parque temático del desastre. Y no está solo, muchos que no hace tanto fueron forzados a reconocer la exitosa ejemplaridad de Los Ángeles ahora revierten en viejos estereotipos, olvidando lo que una vez vieron, con el fin de centrarse en la nueva crisis urbana de esta postmetrópolis todavía ejemplar. Cuando, por ejemplo, la película *Independence Day* presentó la destrucción alienígena de la ciudad de Nueva York, la audiencia estuvo silenciosa y sombría. Cuando Los Ángeles, la una vez prevista capital del siglo XXI, fue destruida, se informó de que muchas audiencias vitorearon. Para gran parte del mundo, la máxima de la ciudad-frontera, de que toda ciudad estadounidense crece a la imagen de Los Ángeles, se ha convertido en una premonición amenazadora, más que en una promesa esperanzadora.

El escindido laberinto social que se entretejió con la *exópolis* fracturada, desigualmente desarrollada y espacialmente desordenada, creó las incendiarias condiciones que, más que ninguna otra cosa, generaron los acontecimientos de 1992. Los estudios académicos del paisaje de polarización y de desigualdad inscritos en la *ciudad fractal*, han proporcionado algunas advertencias emancipatorias. Pero bajo la superficie de estas socialidades estratificadas se ocultaba un barril de pólvora de extraordinaria violencia, opresión y racismo, nunca antes visto en aquellos decididos intentos de imponer un orden racional en lo que Bárbara Hooper llamó el errático, fragmentado y desordenado «cuerpo social». Quizás el más serio descuido en estos estudios

académicos, que todavía hoy persiste, fue hacer caso omiso a la profundidad de la desesperación y de la frustración que se estaba fraguando en las comunidades afroamericanas, especialmente entre los y las jóvenes negros, poco convencidos por las explicaciones intelectuales de su difícil situación. Entre los acalorados debates sobre si la raza realmente importa, o si los inmigrantes compiten por los mismos trabajos que los norteamericanos de origen africano, o si las prácticas corporativas de alquiler son un producto de la elección racional o de la «discriminación estadística» más que del prejuicio racial, la economía postfordista ha proseguido en su prolongado «disciplinamiento» de los afroamericanos hasta el punto de estimular demandas afrocéntricas, no muy escandalosas, de genocidio y limpieza racial.

Se han producido otros desarrollos imprevistos. La profundidad de la pobreza y de la malnutrición entre la población latina inmigrante hizo de 1992, más que otra cosa, unos disturbios por la comida; estas presiones persisten con muy pocas mejoras. Cada vez más visibles por su número creciente, la población de los sin techo ha convertido, de forma creciente, a los una vez comprensivos angelinos en antagonistas frenéticos a los proyectos sociales en sus barrios, avivando aún más la ecología del miedo. La nueva división étnica del trabajo, proclamada por muchos como el eje de una economía multicultural exitosa, se ha convertido cada vez más en un campo de batalla incontrolable de etnicidades empresariales en competencia, cada una empujando por su propia posición indígena y cada una peleándose no sólo en los enclaves residenciales segregados o en los centros de mayor empleo sino en cualquier lugar del espacio urbano. Aquí, en esta creciente ubicuidad de la heterogeneidad urbana, alcanzando las patologías menos esperadas en las «zonas degradadas post-suburbanos» como Palmdale, Lancaster y Moreno Valley, podemos ver al proceso de urbanización regional masiva cobrándose su peaje.

Búnkeres blancos

Surgiendo de los enclaves fortificados del archipiélago carcelario, menos visible en 1992 pero hoy más desenfrenado en la histeria anti-inmigrante que avivó la aplicación de la Proposición 187 en 1994 y los crecientes movimientos neoconservadores y neoliberales contra la discriminación positiva, la educación multicultural, los derechos civiles y la justicia social y espacial, se ha producido una consolidación del nativismo blanco de derechas, apoyado por un ejército paramilitar cada vez más visible de enfadados vigilantes blancos con sus hijos igualmente armados. Hay más conexiones entre Los Ángeles de 1992 y el golpe terrorista en la ciudad de Oklahoma tres años después,

así como con los asesinatos masivos más recientes en el Instituto de Columbine en Colorado o en el Centro Comunitario Judío de Granada Hills, de lo que en un principio se pueda suponer en una primera interpretación. Es como si la creciente importancia de las mujeres de color radicales en la arena académica, política y pública de la década de 1990 hubiera inducido su polo opuesto: la insurgencia de los hombres blancos heterosexuales reaccionarios.

Desde 1992, se ha formado un nuevo tipo de ciudad exterior paramilitar en la postmetrópolis de Los Ángeles. Se extiende desde las búnquerizadas «villas urbanas» del condado de Ventura (Simi Valley, Camarillo, Thousand Oaks) a lo largo del auge de puestos fronterizos del Desierto Alto al norte del condado de Los Ángeles (Castaic, Lancaster, Palmdale, Santa Clarita) hasta el Desierto Bajo fronterizo con la región urbanizada, donde el cercano Bosque Nacional de Los Ángeles es usado para maniobras tácticas y para elaborar espacios de «defensa» por grupos como la «secreta» USA Enforcement Agency. La zona se extiende aún más allá hasta los límites de los condados de San Diego y Orange en Campo Pendleton y la cercana Fallbrook, hogar de Tom Metzger, el antiguo Gran Dragon del Ku Klux Klan, y en tiempos candidato republicano al Congreso, ahora asesor para la agitación de la White Aryan Resistance [Resistencia aria blanca] o WAR.⁴

En este extraño nuevo mundo, que añora antiguos sueños arios, 1992 sirvió casi de llamamiento bíblico para el re-empoderamiento racial blanco militante contra el «Los Ángeles degenerado» (título de uno de los vídeos del WAR de Metzger) y no sólo contra el gobierno federal sino también contra el «estado policial» local, visto por algunos como cooptado y corrompido, al encarcelar a héroes raciales y colegas como Stacey Koon y Lawrence Powell. Incluso se han hecho afirmaciones de que el gobierno federal, en alianza con la policía local, ha estado entrenando y equipando secretamente a los Crips y a los Bloods para aliarse en una contraofensiva contra las milicias arias. Estimulados por paranoias aún más intensas, los terremotos, las inundaciones y los fuegos que siguieron a los sucesos de 1992, privatopía y los desarrollos de interés común han tomado significados más siniestros.

⁴ Un desarrollo de ficción sobre esta zona fronteriza del terrorismo que se superpone sobre los condados de Orange y San Diego, se puede ver en el thriller escrito por T. Jefferson Parker, *The Triggerman's Dance*, Nueva York, Hyperion, 1996. Aquí y en sus otras historias de detectives, *Laguna Heat*, *Pacific Beat*, *Summer of Fear* y *Little Saigon*, Parker ofrece visiones noveladas de la angustia postsuburbana de la vida en el condado de Orange.

Modos desconstruidos de regulación

Con el fin de comprender mejor la consolidación post-1992 de esta creciente underground anti-minorías, anti-gobierno y de fanatismo supremacista blanco, es importante reconocer en que medida los acontecimientos de 1992 representaron e iniciaron una crisis general del control social, tanto en el archipiélago carcelario como en la Simcity ciberespacial, el Twin Peaks del modo postmoderno/postfordista de regulación social y espacial. Para ilustrar con intencionada imagería subversiva este desorden simbólico y estratégico, volvamos brevemente a la esquina de Florence y Normandie, el punto inicial real-e-imaginario de las Revueltas por la Justicia y de mucho más.

Al mismo tiempo que se mostró en todo el mundo el violento apaleamiento del conductor de camión blanco Reginald Denny, se pudo ver como tenía lugar una peculiar revisión del poder, tanto en las tierras «reales» controladas por la policía del espacio como en los espacios hiperreales del imaginario urbano. Lo primero es fácil de describir: la policía fracasó a la hora de proteger y servir al archipiélago carcelario, fracasó a la hora de confinar los disturbios y los saqueos a los lugares apropiados, fracasó en la vigilancia y control del pretendido enemigo interno. Reemplazar *polis* por *policía* sencillamente no surtió efecto y el poder potencial de las infraclases se expresó por la fuerza, amenazando incluso a las comunidades normalizadas más fuertemente guardadas y cercadas. Con la descomposición de la policía «oficial» y del control gubernamental, un número cada vez mayor de aquellos que se sentían amenazados por la aparente facilidad de expresión del furioso poder negro, se convencieron de que las milicias blancas, bien armadas e independientes, podrían ser su única esperanza para la supervivencia en la postmetrópolis y comenzaron a actuar en consecuencia.

La revisión del poder en la Simcity tomó también una imagería más sutil y subversiva dentro de una población afroamericana muy desenvuelta frente a los medios de comunicación. Este imaginario urbano insurgente surgió de la forma más provocativa en la *performance* de teatro documental capturado en la grabación de la paliza a Reginald Denny. Ésta fue puesta en escena en la esquina de Florence y Normandie donde tuvieron lugar dos acontecimientos; uno una brutal explosión de frustración por parte de jóvenes negros enfurecidos ante el veredicto de Rodney King; el segundo un inquisitivo minidrama acerca de los medios de comunicación y las hiperrealidades del racismo en SimAmérica, una *performance* que con mordacidad se hacía una pregunta perturbadora: si una cinta de vídeo de muchos hombres blancos pateando y pegando a un solo hombre negro podía ser desestimada

como una imagen engañosa de la realidad, ¿podría ser posible que ocurriese lo mismo con una cinta de vídeo de muchos hombres negros pateando y pegando a un solo hombre blanco?

El mini-drama de imaginiería subversiva continuó con el juicio de los «Cuatro de Los Ángeles» acusados del intento de asesinato a Reginald Denny. A la madre de uno de los acusados se le mostraron algunos fotogramas del vídeo. De rostro entero, mirando directamente hacia la cámara del helicóptero con el puño alzado hacia lo alto, retrataban al que parecía ser claramente Damian, el hijo de la madre. Cuando le preguntaron si podía identificar a la persona de la imagen, la madre fue firmemente evasiva, diciendo que, bueno..., hmmm..., podría ser mi hijo, pero también, ya saben, las fotografías pueden ser muy engañosas, realmente no lo se seguro. Durante todo el juicio, Denny se negó a vilipendiar a sus atacantes, en cambio, se refirió con antirracista gratitud a los cuatro ciudadanos no blancos que se acercaron para rescatarle. Finalmente, casi todos los cargos contra los Cuatro de Los Ángeles fueron desestimados salvo en el caso de Damian Williams, principal protagonista, que fue sentenciado a un máximo de diez años en prisión por los ataques sobre el cuerpo del ciudadano Reginald Denny.

En tales acontecimientos multivalentes, es posible ver otra faceta de lo que ocurrió en 1992. Los ciberespacios electrónicos, las simcities y las hiperrealidades de la vida diaria estaban siendo lentamente infiltradas por aquellos que, tal y como los describe bell hooks, se atreven a desear de forma diferente, a mirar más allá de las formas convencionales de mirar y actuar, por encima de las opresiones de raza, clase y género, con el fin de abrir nuevos espacios para la lucha que valgan para transformar la imaginiería dominante, crear alternativas estratégicas y proyectar nuevas imágenes que subviertan y transformen nuestras visiones establecidas del mundo. La Simcity ya no es tan sólo una diversión encantadora que ayuda a mantener un aparato invisible de control social. También se ha convertido en el lugar para la resistencia y la contra-simulación, lo que Celeste Olalquiaga ha llamado «radicalismo icónico» e Iain Chambers «desarraigo y redireccionamiento» de las historias y las geografías establecidas, de las estructuras y las tradiciones.⁵

⁵ Merece la pena releer el pasaje de Chambers (1990: 47-8) presentado en la introducción a la Segunda Parte.

El simgobierno en crisis

Guiados por el deseo de olvidar, las respuestas inmediatas de los gobiernos local, estatal y federal a las Revueltas por la Justicia de 1992 se concentraron en torno a otra hipersimulación, la creación de un super-comité de líderes cívicos y de negocios cuyo fin era «reconstruir» Los Ángeles. Inicialmente fue encabezado por Peter Ueberoth, organizador clave del espectáculo de las Olimpiadas de 1984 y residente en el condado de Orange donde tuvieron lugar muchos eventos de atletismo. En el Comité de Reconstrucción de Los Ángeles (más tarde acortado a simplemente RLA) abundaban los significados con intenciones ocultas. Aunque se presentó como la principal respuesta gubernamental a las Revueltas por la Justicia, simbolizaba de hecho la total retirada del gobierno de cualquier responsabilidad significativa a la hora de encargarse de los profundos problemas sociales y espaciales que de forma tan obvia habían instigado el levantamiento. En un hueco triunfo del neoliberalismo, la reconstrucción de Los Ángeles —y simbólicamente el futuro de todas las ciudades estadounidenses— fue transferida por el alcalde, el gobernador y el presidente de Estados Unidos al sector empresarial y a sus redes globalizadas de poder económico. Dos actividades dominaron el trabajo de este falso comité gubernamental, ubicado en la interfaz real e imaginaria de los intereses públicos y privados. La primera fue promover la inversión empresarial en lo que se consideraba la principal fuente, si no la única, de los disturbios y del malestar, la zona de fusión, ahora con un carácter icónico global, de todos los problemas urbanos, South Central. La segunda fue mucho más ambiciosa y urgente: reconstruir la imagen pública y privada de Los Ángeles como una ciudad-región global en auge, una capital *world class* económica y cultural del Estados Unidos de finales del siglo XX.

La Reconstrucción de Los Ángeles/RLA implicó finalmente a importantes activistas y organizadores locales de las comunidades negras, latinas, asiáticas y otras, y algunos alcanzaron éxitos menores, consiguiendo tanto inversiones como lavados de imagen. Pero su efecto más duradero ha tenido menos que ver con sus actividades específicas que con lo que llegó a simbolizar para el futuro urbano. Tras la Rebelión de Watts en 1965, hubo al menos la pretensión de que un gobierno responsable podría asistir de forma significativa a la resolución de los problemas de racismo, pobreza y desempleo que estaban entre las causas raíz del malestar. Después de 1992, incluso esta pretensión pareció desaparecer tras los filtros gruesamente tejidos de la hiperrealidad. La Reconstrucción de Los Ángeles se convirtió en uno más de los cuentos de la Simcity, un juego del simgobierno en el que los modelos de lo real sustituyeron a lo real en sí mismo, dejando a la luz que quedaba

muy poquito tras las simulaciones, salvo sencillas y vivas imágenes. Incluso sin las referencias a Baudrillard, para muchos pareció obvio que el nuevo Los Ángeles que había surgido de treinta años de intensa reestructuración era aún más imponente que el viejo a la hora de lidiar con las grandes crisis urbanas.

Estas (hiper)realizaciones han tenido relativamente poco efecto en la vasta mayoría de la población. Para la mayor parte, la vida urbana y el gobierno urbano de Los Ángeles experimentaron pocos cambios en los años que siguieron a las Revueltas por la Justicia. Pero al mismo tiempo, se han dado nuevos desarrollos que es necesario reconocer y entender. Especialmente para aquellos que de todas las partes del espectro político participan activamente en la arena pública. Directamente a partir de los acontecimientos de 1992 y de sus repercusiones inmediatas, parece que se han desarrollado tres corrientes muy diferentes de reacción política. La primera y probablemente la más extendida barrió a aquellos ciudadanos antiguamente progresistas que abandonaron cualquier esperanza de que la economía regional globalizada y la jerarquía establecida de los gobiernos federal, estatal, local y municipal pudieran tener un efecto significativo a la hora de resolver los problemas de justicia social y espacial que estaban despuntando en lugares como Los Ángeles y Nueva York. Su respuesta, tras años de esperanzas confiadas, fue la retirada hacia la apatía política y/o el cinismo sarcástico. Solo se mantuvo la perspectiva del lado oscuro de la postmetrópolis y la inevitabilidad de una nueva violencia y malestar, desplazando a mucha gente a estilos de vida aún más bunkerizados y debilitando todavía más el poder de las fuerzas progresistas que quedaban en la ciudad-región.

Una segunda corriente de reacción política, mucho más pequeña pero mucho más violenta, ha surgido del nativismo blanco, nuevamente envalentonado y enfadado. Avivado por la fácil disponibilidad de pistolas y otras armas de destrucción, esta franja reaccionaria cada vez más activa culpa de los disturbios y del malestar urbano, así como de casi todos los problemas de EEUU, a los inmigrantes y a los afroamericanos, y secundariamente a lo que se percibe como un excesivo mimo por parte del gobierno y los sectores empresariales de éstos. Todo espacio y lugar —desde la autopista y el centro comercial hasta el instituto y el centro comunitario o el estudio de televisión o el cine— se convierte en un potencial campo de batalla para la expresión de ira y frustración en la miedosa ecología de la postmetrópolis. Aquí opera un tipo muy diferente de política cultural e identitaria del lugar y del espacio.

Un tercer grupo de activistas, que se siente también abandonado por el orden establecido, ha respondido no mediante la rendición o la violencia reaccionaria sino con renovados esfuerzos a fin de hacer valer el poder de los movimientos locales y no gubernamentales y una sociedad civil insurgente más progresista. Fuera de estos desarrollos, de forma lenta pero segura, está

surgiendo una red espacialmente consciente de resistencia y de redirección creativa de los nuevos procesos de urbanización, prácticas activas de una política cultural progresista del lugar, el espacio y la región que cruza y desbarata las fronteras existentes de clase, raza, género y localidad con el fin de tratar con las injusticias e inquietudes específicas incrustadas en el ámbito urbano-regional reestructurado. Concluyo *Postmetrópolis* con una mirada más cercana a algunas de estas innovadoras formas de reconstrucción de un Los Ángeles mejor; estas prácticas representan los comienzos más esperanzadores y progresistas que se derivan de las Revueltas por la Justicia de 1992.

Nuevos comienzos II. Las luchas por la justicia espacial y la democracia regional

En la década de 1990, se ha desarrollado un nuevo discurso crítico sobre las ciudades y las regiones en un intento de dar sentido práctico y teórico a las crisis emergentes de la postmetrópolis. Informado en términos teóricos por las epistemologías estructuralistas, el feminismo postmoderno, la teoría queer, los análisis postmarxistas, las críticas postcoloniales y otras críticas antirracistas, y cada vez más empoderado con la particular convicción de las mujeres radicales de color, este discurso todavía en desarrollo ha desencadenado nuevos modos de pensar las especificidades particulares y espaciales que se pueden generalizar de Los Ángeles y de otras ciudades-región globalizadas. Entrelazado con esta nueva perspectiva de los estudios críticos sobre las ciudades y las regiones y el concurrente giro espacial tan propia de ella, se ha producido la irrupción de algo mucho más significativo, el surgimiento de una práctica activa y situada de una política cultural que está dirigida conscientemente por nociones cada vez más espacializadas de justicia social, democracia participativa, y derechos y responsabilidades de los ciudadanos. El impacto de estas prácticas espacialmente conscientes no ha sido todavía muy grande, pero hay suficientes indicios que sugieren que jugarán seguramente un papel mayor en la formación de la postmetrópolis del futuro.

En todos los capítulos de la Segunda Parte se han proporcionado breves referencias a estas luchas potenciales y actuales por la justicia espacial, tal y como se han desarrollado en Los Ángeles. He sostenido, por ejemplo, que a partir de los discursos más generales sobre el urbanismo industrial y la globalización se ha producido un llamamiento a nuevas formas de *democracia regional*, que podrían competir de forma más efectiva con los crecientes retos y oportunidades incrustados en las ciudades-región postmetropolitanas.

Allen Scott tradujo su propia visión de este regionalismo social y espacialmente democrático en una «construcción institucional concertada» a fin de incrementar la productividad y la competitividad económica regional, así como «la inversión masiva en el capital social global» con el propósito de mejorar la calidad de la fuerza de trabajo y de proporcionar salarios mínimos decentes para los «grupos actualmente desfavorecidos». En el trabajo de Scott y en el de otros nuevos regionalistas como Michael Storper, estos objetivos políticos tienden a girar principalmente en torno a la creación de consejos o «juntas» industriales regionales que, con el desarrollo asociado de los bancos, puedan coordinar el intercambio de información y tecnología, la formación de trabajadores, cuotas de inversión privada y pública, y otras actividades que incrementen la productividad regional y la competitividad global mientras que al mismo tiempo se promueve una mayor igualdad y la expansión de los derechos de los trabajadores en el mercado laboral regional. Poco se ha hecho para implementar estas recomendaciones en Los Ángeles, sin embargo han ayudado a situar al Nuevo Regionalismo y al concepto de democracia regional en la agenda de las políticas públicas y han servido para apoyar, al menos implícitamente, el giro de la atención académica a fin de tratar más directamente los problemas de las crecientes desigualdades sociales y espaciales.

En Los Ángeles y en otras partes, la regionalidad del espacio urbano y las nuevas oportunidades de fomentar una mayor democracia regional, en una era de tecnología de información, globalización y postfordismo, han sido cada vez más ampliamente reconocidas según se ha ido acercando el fin de siglo. Tomemos, por ejemplo, el trabajo de Myron Orfield sobre la «metropolítica» de las ciudades-región globales.⁶ Basado en las ciudades gemelas de Minneápolis y St. Paul, el trabajo de Orfield ha recibido atención por parte de los gobiernos urbanos de todo el país, incluido Los Ángeles, donde uno de sus proyectos de revitalización regional está actualmente en marcha. La perspectiva de Orfield sobre el fomento de la democracia regional y la reducción de lo que he llamado metropolaridades gira principalmente en torno a la base impositiva regional o el reparto de la renta, el incremento del control sobre las políticas de inversión y la construcción de nuevas coaliciones políticas entre las viejas zonas residenciales y las ciudades centrales dentro de una confederación de autoridades gubernamentales y de planificación. Mientras que dichos llamamientos a la justicia redistributiva no son nuevos, lo que hoy es distinto es su relación explícita con la agenda regional basada en la comunidad y con una creciente conciencia pública de cómo el

⁶ Myron Orfield, *Metropolitics: A Regional Agenda for Community and Stability*, Washington (DC), Brookings Institution Press y Cambridge (Ma.), Lincoln Institute of Land Policy, 1997.

desarrollo geográficamente desigual y las especificidades espaciales de la economía urbana-regional reestructurada trabajan para generar y mantener las injusticias y las desigualdades económicas y sociales.⁷

El trabajo de los expertos críticos en leyes es el de promover reivindicaciones similares para la democracia regional, es el caso de Gerald Frug y Richard T. Ford, que abogan por revisiones radicales del gobierno local y de las regulaciones electorales con el fin de estimular una conciencia regional centrada en conseguir una mayor justicia espacial y social.⁸ Una de sus ideas más creativas ha sido la de dar múltiples votos a los residentes urbanos, permitiendo que cualquiera destine el poder de su voto a cualquier municipio de la región metropolitana, local o viceversa. El objetivo principal aquí es aumentar la conciencia pública de las interdependencias regionales y apoyar las luchas contra los localismos y racismos recalcitrantes. De una forma indirecta, estas ideas construidas sobre precedentes legales tales como el caso de Mount Laurel de 1975, que estableció el principio de responsabilidad territorial o regional en el que las decisiones municipales de uso del suelo tenían que tener en cuenta los posibles efectos negativos externos sobre otras jurisdicciones — una ruptura a la hora de reconocer las mayores obligaciones espaciales de los gobiernos locales en una región urbana y en proveer un marco potencial para el uso del suelo regional de una forma más efectiva y equitativa, basado en el sistema legal. Los argumentos constitucionales y las leyes de derechos de propiedad construyeron cualquier ampliación ambiciosa de estos principios de responsabilidad espacial o territorial, pero puede haber algún espacio para su reactivación táctica en conexión con los revigorizados movimientos por una mayor democracia regional y justicia espacial.⁹

Iris Marion Young, una filósofa crítica de las políticas públicas, también ha aportado sus pensamientos al resurgimiento del interés en el regionalismo democrático. Actualmente Young está completando un libro con el título

⁷ Para un mayor análisis sobre el regionalismo basado en la comunidad con un particular enfoque sobre Los Ángeles, véase Manuel Pastor Jr., Peter Dreier, J. Eugene Grigsby III y Mart López-Garza, *Growing Together: Linking Regional and Community Development in a Changing Economy*, Minneápolis, University of Minnesota Press, 1999.

⁸ Gerald Frug, «Decentering Decentralization», *The University of Chicago Law Review*, núm. 60, primavera de 1993, pp. 253-338; Richard T. Ford, «The Boundaries of Race: Political Geography in Legal Analysis», *Harvard Law Review*, núm. 107, junio de 1994, pp. 1843-1921; y «Geography and Sovereignty; Jurisdictional Formation and Racial Segregation», *Stanford Law Review*, núm. 49, julio de 1997, pp. 1365-1446.

⁹ El caso original de Mount Laurel, *Southern Burlington County NAACP v. Township of Mount Laurel* (Nueva Jersey) fue posteriormente suavizado y significativamente desespacializado en un Consejo Estatal sobre Vivienda Asequible. Véase Charles M. Haar, *Suburbs under Siege: Race, Space, and Audacious Judges*, Princeton, Princeton University Press, 1996.

provisional de *Inclusion and Democracy* [Inclusión y democracia] que contiene una discusión específica y una defensa de la idea de democracia regional, especialmente en relación con la mejora de los efectos más negativos de la segregación residencial y lo que ella describe de forma más amplia como las «estructuras espaciales de privilegio» que están en la fuente de las crecientes metropolitariedades. Young ha sido una figura clave en el replanteamiento de los conceptos de comunidad, diferencia y diversidad en las ciudades y en la redefinición de la sociedad civil, y por extensión de la democracia regional, en torno a lo que ella ha llamado «un público heterogéneo» abierto a la «otredad no asimilada» y a un sentido colectivo de «unidad-en-la-diferencia». Su anterior trabajo ha llamado la atención de economistas geopolíticos y de académicos culturales críticos que trabajan sobre las ciudades, y parece que va a seguir teniendo un papel en el futuro promoviendo una interacción productiva entre estos dos grupos académicos, a menudo en una fuerte relación de competencia.

En sus interpretaciones de la globalización y de la nueva Cosmópolis recogidas en el capítulo 7, Engin Isin y Leoine Sandercock han contribuido con sus perspectivas a los actuales debates sobre la democracia regional y la justicia espacial. Isin centra su atención sobre las luchas contemporáneas en torno a la ciudadanía y a los derechos del espacio urbano regional, especialmente en el Toronto postmetropolitano, donde se ha establecido una forma más conservadora del nuevo regionalismo. Sandercock reitera su atención hacia los derechos relacionados a la ciudad-región y a la diferencia. En su imaginación de una utopía postmoderna, y sin embargo accesible, se considera una política transformadora de la diferencia como la principal forma para crear nuevos espacios de justicia, comunidad y conexión. En estos escritos cobra nueva vida un antiguo concepto de derechos y responsabilidades de los ciudadanos, el re-empoderamiento de la sociedad civil y la demanda de los años sesenta para obtener un mayor derecho a la ciudad o *le droit à la ville*, la mordaz frase de Henri Lefebvre que jugó un papel clave en la movilización de Mayo de 1968 para el levantamiento en París. Especialmente significativo aquí, y también señalado en el capítulo 7, son los estudios concretos de Raymond Rocco que reclaman derechos de asociación y prácticas espaciales situadas en las comunidades latinas de Los Ángeles.¹⁰

La definición de ciudadanía democrática está siendo repensada de forma significativa en la década de 1990 en revistas tan nuevas como *Citizenship Studies* así como en la práctica, especialmente en relación con la creciente población inmigrante y con la extraordinaria diversidad cultural que caracteriza a la postmetrópolis. En Los Ángeles y en otras ciudades-región, por

¹⁰ Véase pp. 330-331 de este libro.

ejemplo, se han elevado propuestas para dar derecho al voto a los residentes no ciudadanos «extranjeros» (otro término que requiere una redefinición) en las elecciones locales, al menos para temas y cargos que afectan directamente a la salud de la familia, las ayudas sociales, la educación, el trabajo y la seguridad. Estas propuestas surgen de una movilización más general de los *working poor* y de los grupos especialmente privados de derechos, una movilización por una mayor justicia social y espacial, que abarca desde el ahora extenso movimiento por un sueldo digno [*living wage*] hasta luchas específicamente espaciales por la justicia medioambiental y los derechos residenciales a los servicios públicos de transporte, salud, educación y ayudas sociales. El reciente éxito del Sindicato de Usuarios de Autobuses, expuesto en el capítulo 8, es un indicio de cómo estas movilizaciones comunitarias locales, especialmente en la forma de un regionalismo basado en la comunidad, se conectan con una noción mucho más extensa de los derechos civiles (como derechos residenciales al espacio urbano) y con nuevas visiones de una democracia regional participativa.

Estos desarrollos están haciendo que se eleve la conciencia del grado en el que las estructuras administrativas de gobierno, largamente afianzadas en la fragmentada postmetrópolis, constriñen fuertemente las posibilidades de obtener una mayor justicia y democracia. Lo que está llevando a algunos a replantearse la dependencia exclusiva del gobierno local en ámbitos tales como el municipio y el condado, y a las nuevas visiones para un sistema de gobierno regional democrático más receptivo a las necesidades reestructuradas del espacio urbano postmetropolitano. Incluso cuando los observadores simpatizantes reconocen las formidables barreras que existen para prevenir la implementación de estas nuevas visiones, no obstante es útil imaginar cómo pudieran ser construidas. Será necesario, por ejemplo, moverse más allá simplemente de la reunión de las autoridades de la ciudad y del condado en COGs (Councils of Governments) [consejos de gobierno] relativamente con pocos poderes. El acento debe desplazarse, en cambio, hacia la creación de una forma más innovadora de confederalismo urbano que proporcione mayores poderes fiscales y de redistribución de forma simultánea en las organizaciones comunitarias locales y regionales. Estas nuevas confederaciones de ciudades-región o congresos de comunidades locales también pueden implicar lazos con importantes organizaciones no gubernamentales, incluidos sindicatos, organizaciones filantrópicas y otras unidades activas de la sociedad civil con el fin de ayudar a asegurar que el gobierno local se comprometa con las necesidades regionales —y viceversa.

Uno puede adentrarse en más detalle en cómo dichas confederaciones pueden organizarse, y espero que otros estén motivados a hacerlo. Pero el principal objetivo de dichos ejercicios debe mantener su enfoque en una creciente conciencia de las nociones de interrelación del regionalismo democrático y de la justicia espacial.

Esto significa, por encima de todo, una obligación a lidiar directamente con la conclusión más problemática y retardadora que se deriva de todos los discursos sobre la postmetrópolis: *que los nuevos procesos de urbanización han producido la magnificación de las desigualdades económicas y extra-económicas (raciales, de género, étnicas) con consecuencias destructivas tanto en los entornos urbanos como en los naturales*. Hay pocas dudas de que el resurgimiento de la desigualdad asociado a la transición postmetropolitana ha sido particularmente intenso en Los Ángeles y que continúa generando serios problemas, incluso después de una limitada recuperación tras la extraordinaria explosión de frustraciones ligadas a sus consecuencias. Si bien se ha conseguido relativamente poco a la hora de invertir esta oleada de desigualdad, hay signos alentadores en el surgimiento de nuevos movimientos que tienen el potencial para responder a las crisis generadas por la reestructuración de una forma considerablemente progresista. El Sindicato de Usuarios de Autobuses y las crecientes coaliciones multirraciales e interclasistas por la justicia medioambiental son tan sólo unos pocos ejemplos, limitados pero crucialmente importantes, de la nueva política cultural y espacial que se está organizando en torno al trabajo, la comunidad, la localidad y la región. Una coalición todavía más prometedora y comprensiva ha irrumpido recientemente en la escena local, convirtiéndose rápidamente en una importante fuerza en la política local y regional, la Alliance for a New Economy [Alianza por una Nueva Economía] de Los Ángeles (LAANE).

En el corazón de las actividades de la LAANE existe un enérgico reconocimiento de que la economía de Los Ángeles se ha convertido en una máquina de generación de desigualdad que actúa libremente. Su objetivo explícito al construir una «nueva economía» es el mercado de trabajo postmetropolitano y la polarización de la región en una explosiva dualidad de barrios de *working poor* y súper ricos que ejercen más que nunca una fuerte presión entre sí. Adoptando las apelaciones que resonaron y emanaron de las calles en 1992, su lema puede describirse como «Sin justicia, no hay crecimiento», o tal y como fue definido de forma más atemperada por la propia organización, «Crecimiento e igualdad». Los actuales líderes de la LAANE encabezaron la campaña local por un sueldo digno, que consiguió su mayor éxito con la promulgación de una nueva ordenanza de la ciudad de Los Ángeles en 1997 que garantizaba un incremento de los salarios mínimos y los servicios de salud para todos los trabajadores contratados por la ciudad.¹¹

¹¹ Un análisis excelente y políticamente apasionado de las campañas por un sueldo digno en todo el país y especialmente en Los Ángeles puede encontrarse en un artículo todavía sin publicar escrito por Andy Merrifield, «The Urbanization of Labor: Living Wage Activism in the American City». La noción de Merrifield de la urbanización del trabajo se relaciona con los argumentos presentados aquí, acerca de la creciente conciencia espacial y el importante papel del lugar y de las especificidades espaciales del urbanismo en el movimiento laboral estadounidense contemporáneo.

A partir de esta victoria inicial, los organizadores de la LAANE han ampliado considerablemente sus esfuerzos para ocuparse también del sector privado en negociaciones colectivas con todos los trabajadores de los servicios de salarios bajos, incluidos aquellos que todavía no son miembros del sindicato, y en lugares estratégicamente elegidos y planificados para desarrollos a gran escala.

La estrategia de la LAANE está establecida y dirigida de forma muy consciente, con un particular militantismo hacia los lugares clave de los desarrollos dependientes de la localización, como las industrias del turismo y entretenimiento así como las autoridades gubernamentales locales. En estos lugares enraizados localmente, la inversión de capital y los compromisos relacionados son mucho menos móviles y libres de relocalizar que, digamos, en las grandes plantas industriales, que fueron el anterior centro de atención del movimiento laboral local. El hecho de que estos tres sectores y sus filiales (hoteles, restaurantes, centros comerciales, etc.) empleen probablemente a una mayoría de los trabajadores de servicios de la región y que representan, quizás más que ninguna otra cosa, la imagen asociada a Los Ángeles en el resto del mundo, dota de una fuerza añadida a sus esfuerzos. No fue una sorpresa, por ejemplo, que la icónica CityWalk en el popular parque temático de los Estudios Universal, ambos con programas de expansión, se convirtiera en su principal objetivo. En julio de 1998, la LAANE ayudó a organizar una coalición de amplia base de más de sesenta sindicatos, grupos religiosos y organizaciones comunitarias (incluidas algunas asociaciones de propietarios) que presionaron con éxito a Universal así como a los teatros Loew para que aceptaran pagar un sueldo digno y proporcionaran un seguro sanitario adecuado para sus 8.000 nuevos empleados de servicios que se sumarían a su programa de expansión.

Poco antes, en ese mismo año, otra protesta basada en innovadoras aplicaciones de la ley de uso del suelo y de desarrollo económico consiguieron un éxito significativo en Hollywood, donde el promotor implicado en la reconstrucción de Times Square en Nueva York, Trizec-Hahn, estaba planeando hacer algo similar a lo que se hizo en el área alrededor del teatro chino Mann a lo largo del simbólico, si bien descuidado, Hollywood Boulevard. Apoyado por un estrecho aliado, el miembro del ayuntamiento Jackaie Goldberg, autor de la Ordenanza de la Ciudad por un Sueldo Digno, y figura principal en las luchas locales por los derechos de los gays y lesbianas, la LAANE fue capaz de conseguir un notable acuerdo con Trizec-Hahn. Aseguró que los 800 nuevos empleados del hotel y del complejo del teatro propuestos estarían sindicados y que las nuevas tiendas que se fueran a construir arrendarían su espacio a compañías que emplearan a residentes de Hollywood además de pagarles un sueldo digno. Sumado a esto, la tasa de 12,5 millones de dólares que el promotor pagó

a la ciudad se destinaría a montar una oficina de empleo y a desarrollar un plan de salud especial en el que todas las compañías que habían convenido pagar un sueldo digno podrían incluir a sus empleados.¹²

Es revelador echar una mirada a las principales figuras y alianzas organizativas que constituyen el LAANE. Su director ejecutivo, además de ser su estrategia más prominente, es Madeline Janis-Aparicio, una graduada en derecho de la UCLA que anteriormente fue directora (1990-1993) de CARACEN, uno de los grupos de abogados más importantes para los derechos de centroamericanos y otros inmigrantes, especialmente activo en lo que se refiere a las repercusiones de las Revueltas por la Justicia y la expulsión de muchos residentes salvadoreños y guatemaltecos. Basándose en estas experiencias, Janis-Aparicio fundó el Tourist Industry Development Council (TIDC) [Consejo para el desarrollo de la industria turística] en 1993, una organización laboral que buscaba la mejora de los salarios de los trabajadores de hoteles, restaurantes y otros servicios en una industria turística que pagaba sueldos notoriamente bajos. El TIDC fue particularmente activo a la hora de presionar a los promotores, al ayuntamiento de Los Ángeles y a la Agencia de Remodelación de la Comunidad mientras duraron las obras de ampliación del centro de convenciones y, más recientemente, en la versión angelina de los complejos comerciales-estadio deportivo del nuevo centro urbano que han sido tan atractivos para otros proyectos de remodelación de los centros urbanos de todo el país. Utilizando sus experiencias en el CARACEN y en el TIDC, rebautizados como LAANE a principios de 1998, Janis-Aparicio ha ayudado de forma significativa a la organización de una coalición mucho mayor, que actualmente lucha por el «crecimiento y la igualdad».

Dos de los principales actores de esta amplia coalición son el Local 1877 del Sindicato Internacional de Empleados de Servicios (SEIU) y el Local 11 del Sindicato de Empleados de Hoteles y Restaurantes (HERE), ambos encabezados por mujeres de color progresistas, si no radicales. Como consecuencia del anterior fracaso del LAANE a la hora de conseguir un sueldo digno en las concesiones para los nuevos desarrollos planeados en LAX, el gigantesco complejo aeroportuario internacional, los dos sindicatos se unieron a LAANE para organizar con éxito a 2.500 trabajadores de la seguridad (SEIU) y 1.000 trabajadores en la industria de la alimentación (HERE) con el fin de obtener mayores salarios y beneficios. Sus esfuerzos fueron apoyados por el sindicato nacional AFL-CIO, que en Los Ángeles se ha convertido en un importante indicio de los nuevos desarrollos del movimiento de trabajadores estadounidense.

¹² Esta información ha sido extraída de Harold Meyerson, «No Justice, No Growth», nota al pie núm. 3. Meyerson describe la toma de Los Ángeles por parte de LAANE de la siguiente manera: «Nuestro problema número uno ya no es el sobredesarrollo y el infradesarrollo [el programa progresista de hacía diez años]. Es nuestra inmensa disparidad de ingresos. Nos hemos convertido simultáneamente en la capital de los trabajos de mierda y de la opulencia aislada».

El SEIU, con 325.000 miembros en California, según se dice hoy, contrata a más organizadores [*organizers*]¹³ que ninguna otra organización de la región. Bajo el liderazgo de Eliseo Medina, está actualmente comprometido en una gran campaña para organizar a los trabajadores de los cuidados en el hogar y la salud del condado, los empleados de servicios en hospitales católicos y otros sectores de la gigantesca industria de la salud. Siendo quizás la principal fuerza en el renacimiento de un movimiento laboral basado en la comunidad en Los Ángeles, el SEIU saca fuerzas de su anterior papel en uno de las más exitosas campañas para la organización de un sindicato de finales de siglo en EEUU, Justice for Janitors [Justicia para los empleados de limpieza].¹⁴ Justice for Janitors comenzó en 1985 en ciudades como Pittsburgh y Denver, y se extendió a Los Ángeles en 1988. En todo el país, éste fue un momento de remodelación masiva del centro de las ciudades ampliamente alimentado por subvenciones para el desarrollo urbano, en nombre de la regeneración de las áreas deterioradas de los centros urbanos que sufrían los efectos de la globalización, la reestructuración económica y el crecimiento de las ciudades exteriores. Con muy poco control social sobre el proceso, estas subvenciones estimularon y subsidiaron esencialmente a las empresas privadas comprometidas en una orgía especulativa de construcción de centros de convenciones, torres de oficinas, complejos de entretenimiento, bloques de apartamentos de lujo y especialmente hoteles —quizás el mayor gasto en la construcción de hoteles de la historia de EEUU.¹⁵ Lo que compartían todos estos procesos de remodelación era una creciente necesidad de trabajadores de servicios baratos, básicamente limpiadores.

¹³ Los «organizadores» son una figura típicamente estadounidense de las organizaciones militantes y sociales de ese país. A diferencia de los liberados sindicales en España, que tienen funciones fundamentalmente burocráticas y de organización, los organizadores son militantes a los que se les contrata para fomentar procesos de organización o autoorganización en determinados sectores sociales. [N. del E.]

¹⁴ Para más información sobre este notable ejemplo de lo que se puede llamar organización de trabajadores postmoderna, véase Roger Waldinger *et alii*, «Justice for Janitors», *Dissent*, núm. 44, invierno de 1997, pp. 37-44; y «Helots No More: A Case Study of the Justice for Janitors Campaign in Los Angeles», en Kate Bronfenbrenner *et alii* (eds.), *Organizing to Win: New Research on Union Strategies*, Ithaca, Cornell University Press, 1998; Lydia Savage, «Geographies of Organizing: Justice for Janitors in Los Angeles», en Andrew Herod (ed.), *Organizing the Landscape: Geographical Perspectives on Labor Unionism*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1998; SEIU Local 399, *A Penny for Justice: Janitors and L.A.'s Commercial Real Estate Market*, Los Ángeles, SEIU, 1995; y «Janitors' Union Uses Pressure and Theatrics to Expand its Ranks», *The Wall Street Journal*, 21 de marzo de 1994.

¹⁵ Véase Bernard Frieden y Lynne Sagalyn, *Downtown, Inc.*, Cambridge (Ma.), MIT Press, 1989. Véase también David Harvey, «From Managerialism to Entrepreneurialism: The Transformation of Urban Governance in Late Capitalism», *Geografiska Annaler*, núm. 71B, 1989, pp. 3-17 [ed. cast.: «Del gerencialismo al empresarialismo. La transformación de la gobernanza urbana en el capitalismo tardío», en *Espacios del capital*, Madrid, Akal. Cuestiones de Antagonismo, 2007]; y Merrifield, «The Urbanization of Labor», nota núm. 11.

Entre las grandes ciudades estadounidenses, Los Ángeles ocupó un nicho especial en relación con los trabajadores de limpieza y mantenimiento. En la década de 1980, esta fuerza de trabajo se dobló, alcanzando a cerca de 30.000 personas, la afiliación a los sindicatos cayó en un 77 % y los sueldos aún más, de un máximo de 12,50 dólares por hora en 1983 a un mínimo de 3,35 dólares cinco años después, más bajo que en ninguna otra ciudad del país. El Local 399 (que se fusionaría a nivel nacional en el Local 1877 en 1997) se plantó en su peor escenario, primero en los desarrollos fuertemente subvencionados y llenos de rascacielos del nuevo centro urbano, y tras un significativo éxito, en las aglomeraciones de oficinas, hoteles e instalaciones de entretenimiento más grandes de la Century City, como siguiente objetivo. En mayo de 1990, se convocó una huelga de limpiadoras contra los International Service Systems (ISS), una multinacional danesa de la limpieza activa en todo EEUU. La huelga se globalizó casi inmediatamente nada más los dirigentes del SEIU volaron a Dinamarca para hacer piquetes en la sede de ISS, ganando un gran apoyo del SEIU local de Nueva York. Un mes después, la campaña fue globalizada nuevamente en una muy icónica manifestación que irrumpió en Century City, como si fuera una Bastilla postmoderna, con sonidos de tambores, gente gritando justicia y activistas con camisetas rojas ocupando los edificios de lobbies bien guardados y las intersecciones de las carreteras estratégicas de lo que una vez fueron los platós de exteriores de los estudios de la Twentieth-Century Fox. La policía reaccionó muy pronto de forma violenta, pegando a los manifestantes y dispersándoles fuera de las calles principales. Si bien no hubo una victoria inmediata, el acontecimiento fue cobrando la simpatía del público debido a la difícil situación de las limpiadoras, especialmente cuando se admitió la responsabilidad de los celosos agentes de policía en la violencia. En los siguientes cinco años, la afiliación a los sindicatos en Century City se incrementó rápidamente a un 90 %, los sueldos se incrementaron en un 50 % y los trabajadores fueron provistos, por primera vez, de una cobertura de salud familiar completa. La campaña de Justice for Janitors se convertiría en el modelo para el SEIU, para la campaña por un sueldo digno y para el nuevo movimiento de los trabajadores de Los Ángeles y de todo Estados Unidos.

María Elena Durazo, presidenta del Local 11 de HERE, ha sido otra figura clave en la consecución de los beneficios derivados de un sueldo digno en el caso de los trabajadores de hoteles y restaurantes, y en la más amplia lucha de los derechos de los inmigrantes, especialmente en relación con las actividades del Servicio de Inmigración y Naturalización (INS). A finales de 1997, en una campaña que comenzó en ese simbólico bastión del urbanismo postmoderno, el hotel Bonaventure, HERE negoció un contrato con seis grandes hoteles que incrementó los sueldos durante un periodo de seis años, prohibió el

trabajo subcontratado a empresas no sindicadas y dio una significativa protección a los trabajadores descartados por su condición de inmigrantes. Durazo fue también útil en otra forma de protesta realizada por los *working poor*, un vídeo llamado *City on the Edge* [La ciudad sobre el borde] (¿una estratégica obra sobre el entusiasmo en la ciudad-frontera?) producido poco tiempo después de los disturbios de 1992, este vídeo creó una gran conmoción en la industria turística y en las guerras de imagen en torno a la remodelación del centro de la ciudad. Preveyendo la posibilidad de más brotes de violencia si no se realizaban importantes esfuerzos para conseguir una mayor justicia, el vídeo se hacía eco con un icónico radicalismo del grito de 1992: «Sin justicia, no hay paz». A veces, pero no siempre, Durazo conecta su trabajo con el de su marido, Miguel Contreras, un discípulo de César Chávez y actualmente cabeza de casi 740.000 miembros de la Confederación del Trabajo del Condado, AFL-CIO, durante muchos años la más poderosa voz de los trabajadores en la región, si bien no siempre muy progresista.

La alianza entre la LAANE y los trabajadores de izquierdas se ha construido en torno a las urgentes necesidades de los *working poor* inmigrantes latinos, pero conecta también con muchos otros grupos. Una organización particularmente activa ha sido la KIWA (Korean Immigrant Workers Access), que ha estado implicada en varias campañas del SEIU y HERE y que ha jugado un importante papel en la huelga del Sindicato de Usuarios de Autobuses, organizado por otra prominente coalición multicultural, la Labor/Community Strategies Center [Centro de estrategias comunitarias y laborales]. También activa y efectiva ha sido AGENDA (Action for Grassroots Empowerment and Neighborhood Development Alternatives) [Acción para el empoderamiento de las bases y las alternativas de desarrollo en los vecindarios], liderada por el antiguo pantera negra Anthony Thigpenn. AGENDA ha estado involucrada en la organización de los residentes del sur de Los Ángeles en torno a cuestiones como la vigilancia de la comunidad y la ampliación de las ayudas sociales, al mismo tiempo ha desafiado las concesiones económicas concedidas a desarrollos a gran escala como DreamWorks en el espacio todavía altamente contencioso de Playa Vista (véase capítulo 8). Otra figura clave es el activista y escritor de historias de misterio, Gary Phillips, líder de MultiCultural Collaborative, una coalición de amplia base de grupos comunitarios formados en 1992 y particularmente activos en la reforma educativa.¹⁶ También y en cierto sentido más limitado, las organizaciones activistas artísticas, religiosas, medioambientales, feministas,

¹⁶ Nuevas perspectivas sobre las Revueltas por la Justicia y sus consecuencias se pueden ver en Gary Phillips, *Violent Spring*, Portland, Oregón, West Coast Crime, 1994; y *Perdition, U.S.A.*, Nueva York, Berkley, 1995.

y de gays y lesbianas se han asociado a estos grandes movimientos. Particularmente digna de mención ha sido la organización interconfesional CLUE (Clergy and Laity United for Economic Justice) [Clérigos y laicos unidos por la justicia económica], inspirada por su particular forma de radicalismo icónico.¹⁷

Aunque decir que todas estas organizaciones, líderes y movimientos están dirigidos por fines explícitos de democracia regional y justicia espacial sería estirar las cosas demasiado, parece que hay pocas dudas de que estos fines están hoy más presentes en las agendas de los políticos locales y regionales progresistas de lo que lo hayan estado nunca. Es esta conciencia espacial, junto con una mayor sensibilidad hacia las cuestiones interculturales, transnacionales y de género la que más distingue a estos movimientos de sus anteriores predecesores sindicales y por los derechos civiles. No quiero exagerar el poder y los logros de estas luchas emergentes —y, añadiría, críticamente postmodernas— en torno a las especificidades espaciales y las estructuras de privilegio en la postmetrópolis, pero ninguna de éstas debería ser enterrada bajo idílicas visiones de una engañosa propaganda urbana ni tampoco por las apocalípticas predicciones de la izquierda derrotada y cínica ante el reto de las condiciones de la postmodernidad. Aquí nuevamente, y en forma de conclusión optimista, merecerá la pena observar y aprender del sinecismo de Los Ángeles, según nos adentramos en el siglo XXI.

¹⁷ Merrifield, «The Urbanization of Labor» describe el uso estratégico por parte del CLUE del viejo libro del Antiguo Testamento, el Deuteronomio (24: 13): «No explotarás al jornalero pobre y necesitado, ya sea uno de tus compatriotas, o un extranjero que vive en alguna de las ciudades de tu país». Véase también Richard W. Gillett, «Living Wage Ordinance: A Victory for the Working Poor», *Tikkun*, núm 12, 1997, pp. 47-48. Gillet, ministro presbiteriano, ha estado activo durante muchos años en los problemas laborales de la comunidad, jugando un papel clave en la Coalición para Detener los Cierres de Plantas de la década de 1980.

Bibliografía

- Abu-Lughod, Janet L. (1991), *Changing Cities*, Nueva Cork, HarperCollins.
- Agnew, John (1996), «Spacelessness versus Timeless Space in State-Centered Social Sciences», *Environment and Planning A*, núm. 28, pp. 129-32.
- Allen, James P., y Eugene Turner (1997), *The Ethnic Quilt: Population Diversity in Southern California*, Northridge, Center for Geographical Studies, California State University, Northridge.
- _____ (1996), «Ehtnic Diversity and Segregation in the New Los Angeles», en G. Thieme, y H. D. Laux (eds.), *EhtniCity: Geographic Perspectives on Ethnic Change in Los Angeles*, C. C. Roseman, Lanham, Maryland, Rowman and Littlefield, pp. 1-29.
- _____ (1995), «Ethnic Differentiation By Blocks within Census Tracts», *Urban Geography*, núm. 16, pp. 344-64.
- _____ (1989), «The Most Ethnically Diverse Urban Places in the United States», *Urban Geography*, núm. 10, pp. 523-39.
- Amin, Ash (ed.) (1994), *Post-Fordism: A Reader*, Oxford, Gran Bretaña, y Cambridge, Massachusetts, Blackwell.
- Anderson, Benedict (1983), *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, Londres, Verso [ed. cast.: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, México D.F., FCE., 2006].
- Appadurai, Arjun (1996), *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, Minneapolis y Londres, University of Minnesota Press.
- Baldassare, Mark (1998), *When Government Fails: the Orange County Bankruptcy*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, con el Public Policy Institute of California.
- _____ (ed.) (1994), *Los Angeles Riots: Lessons for the Urban Future*, Boulder, Colorado, Westview Press.

- _____ (1986), *Trouble in Paradise: The Suburban Transformation in America*, Nueva York, Columbia University Press.
- Banham, Reyner (1971), *Los Angeles: the Architecture of the Four Ecologies*, Nueva York, Harper and Row.
- Barnett, Jonathan (1995), *The Fractured Metropolis: Improving the New City, Restoring the Old City, Reshaping the Region*, Nueva York, Harper Collins.
- Barth, Lawrence (1996), «Immemorial Visibilites: Seeing the City's Difference», *Environement and Planning A*, núm. 28, pp. 471-93.
- Barton, Stephen y Carol J. Silverman (1994), *Common Interest Communities: Private Governments and the Public Interest*, Berkeley, Institute of Governmental Studies Press.
- Baubök, Rainer (1994), *Transnational Citizenship: Membership and Rights in International Migration*, Cheltenham, Edward Elgar.
- Baudrillard, Jean (1988), *America*, Londres y Nueva York, Verso [ed. cast.: *América*, Barcelona, Edicions 62, 2004].
- _____ (1983), *Simulations*, Nueva York, Semiotext(e).
- Benedikt, Michael (ed.) (1992), *Cyberspace: First Steps*, Cambridge, Massachusetts, MIT Press.
- Berman, Marshall (1982), *All That is Solid Melts into Air*, Nueva York, Simon and Schuster.
- Berry, Brian J. L. (1991), *Long-Wave Rhythms in Economic Development and Political Behavior*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- _____ (ed.) (1976), *Urbanization and Counter-Urbanization*, Urban Affairs Annual Review 11, Beverly Hills, Sage Publications.
- _____ con John D. Kasarda (1977), *Contemporary Urban Ecology*, Nueva York y Londres, Macmillan.
- Bhabha, Homi (1994), *The Location of Culture*, Londres y Nueva York, Routledge.
- _____ (1990), *Nation and Narration*, Nueva York y Londres, Routledge.
- Blakely, Edward J., y Mary Gail Snyder (1997), *Fortress America: Gated Communities in the United States*, Washington, DC, Brookings Institution Press, y Cambridge, Massachusetts, Lincoln Institute of Land Policy.
- Bloch, Robin (1994), *The Metropolis Inverted: The Rise and Shift to the Periphery and the Remaking of the Contemporary City*, Los Ángeles, tesis doctoral no publicada en Urban Planning, UCLA.
- Blomley, Nicholas (1994), *Law, Space, and the Geographies of Power*, Nueva York y Londres, Guilford Press.

- Bluestone, Barry, y Bennett Harrison (1982), *The Deindustrialization of America*, Nueva York, Basic Books.
- Bookchin, Murray (1995), *From Urbanization to Cities: Towards a New Politics of Citizenship*, Nueva York, Cassell.
- Borja, Jordi y Manuel Castells (1996), *Local and Global: Management of Cities in the Information Age*, Londres, Earthspan Publications [ed. cast.: *Local y global. La gestión de las ciudades en la era informática*, Madrid, Taurus, 2003].
- Borjas, George J. (1990), *Friends or Stranger? The Impact of Immigrants on the US Economy*, Nueva York, Basic Books.
- Boyer, M. Christine (1996), *CyberCities: Visual Perception in the Age of Electronic Communication*, Nueva York, Princeton Architectural Press.
- ____ (1994), *The City and Collective Memory: Its Historical Imagery and Architectural Entertainments*, Cambridge, Massachusetts, MIT Press.
- ____ (1988), «The Return of Aesthetics to City Planning», *Society*, pp. 49-56.
- ____ (1983), *Dreaming the Rational City: The Myth of American City Planning, 1983-1945*, Cambridge, Massachusetts, MIT Press.
- Bremer, Michael (1993a), *SimCity Classic – User Manual*, Orinda, California, Maxis.
- Brenner, Neil (1998), «Global Cities, Glocal States: Global City Formation and State Territorial Restructuring in Contemporary Europe», *Review of International Political Economy*, núm. 5, pp. 1-37.
- ____ (1997), «State Territorial Restructuring and the Production of Spatial Scale», *Political Geography*, núm. 16, pp. 272-306.
- Brown, Jeffrey (1998), «Race, Class, Gender and Public Transportation; Lessons from the Bus Riders Union Lawsuit», *Critical Planning*, núm. 5, pp. 3-20.
- Burbach, Roger, Orlando Núñez, y Boris Kagarlitsky (1997), *Globalization and its Discontents: The Rise of Postmodern Socialism*, Londres, Pluto Press.
- Caldeira, Teresa P. R. (1999), *City of Walls: Crime, Segregation, and Citizenship in Sao Paulo*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press [ed. cast.: *Ciudad de muros*, Barcelona, Gedisa, 2007].
- ____ (1996), «Fortified Enclaves: the New Urban Segregation», *Public Culture*, núm. 8, pp. 303-28.
- Calthorpe, Peter (1993), *The Next American Metropolis: Ecology, Community, and the American Dream*, Princeton, Architectural Press.
- Calvino, Italo (1974), *Invisible Cities*, tr. William Weaver, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich [ed. cast.: *Ciudades invisibles*, Madrid, Minotauro, 1999].

- Carnoy, Martin, Manuel Castells, Stephen S. Cohen, y Fernando H. Cardoso eds. (1993), *The New Global Economy in the Information Age: Reflections on Our Changing World*, University Park, Pensilvania, Penn State University Press.
- Castells, Manuel (1996/1997/1998), *The Information Age: Economy, Society and Culture*, 3 vols.; I: *The Rise of the Network Society*; II: *The Power of Identity*; III: *End of Millennium*, Oxford, Reino Unido y Cambridge, Massachusetts, Blackwell Publishers [ed. cast.: *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, 3 vols.: I *La sociedad red*; II *El poder de la identidad*; y III *Fin de milenio*, Madrid, Alianza Editorial, 1999].
- _____ (1989), *The Informational City: Information, Technology, economic Restructuring and the Urban-Regional Process*, Oxford, Reino Unido y Cambridge, Massachusetts, Blackwell Publishers [ed. cast.: *La ciudad informacional. Tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional*, Madrid, Alianza Editorial, 1995].
- _____ (1983), *The City and the Grass Roots*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press [ed. cast.: *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*, Madrid, Alianza Editorial, 1996].
- _____ (1977), *The Urban Question*, Londres, Edward Arnold [ed. cast.: *La cuestión urbana*, Madrid, Siglo XXI, 1979].
- _____ y Peter Hall (1994), *Technopoles of the World: The Making of Twenty-first Century Industrial Complexes*, Londres, Routledge.
- Cauvin, Jacques y Paul Sanlavalle eds. (1981), *Préhistoire du Levant: Chronologie et organisation de l'espace depuis les origines jusqu'au VIe millénaire*, París, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique.
- Cenzatti, Marco (1993), *Los Angeles and the LA School: Postmodernism and Urban Studies*, West Hollywood, California, Los Angeles Forum for Architecture and Urban Design.
- Chambers, Iain (1994), *Migrancy, Culture, Identity*, Londres y Nueva York, Routledge [ed. cast.: *Migración, cultura, identidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995].
- _____ (1990), *Border Dialogues: Journeys in Postmodernity*, Londres y Nueva York, Routledge.
- _____ (1986), *Popular Culture: the Metropolitan Experience*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Chang, Edward T., y Russell C. Leong eds. (1993), *Los Angeles – Struggles toward Multiethnic Community*, Seattle y Londres, University of Washington Press.
- Childe, V. Gordon (1981), *Man Makes Himself* (edición ilustrada), Bradford-on-Avon, Moonraker Press/Pitman.

- Clark, David (1996), *Urban World/Global City*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Cohen, Stephen y John Zysman (1984), *Manufacturing Matters: The Myth of the Post-Industrial Economy*, Nueva York, Basic Books.
- Courchene, Thomas J. (1995), «Glocalization: The Regional/International Interface», *Canadian Journal of Regional Science*, núm. 18, pp. 1-20.
- Cox, Kevin (ed.) (1997), *Spaces of Globalization: Reasserting the Power of the Local*, Nueva York y Londres, Guilford Press.
- Davis, Mike (1998), *Ecology of Fear: Los Angeles and the Imagination of Disaster*, Nueva York, Metropolitan Books-Henry Holt.
- _____ (1994), «Cannibal City: Los Angeles and the Destruction of Nature», en *Urban Revisions*, R. Ferguson (ed.), Los Ángeles, Museo de Arte Contemporáneo y Cambridge, Massachusetts, MIT Press.
- _____ (1993a), «Who Killed Los Angeles? A Political Autopsy», *New Left Review*, núm. 197, pp. 3-28 [ed. cast.: en *Ciudades muertas. Ecología, catástrofe y revuelta*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006].
- _____ (1993b), «Who Killed Los Angeles The Verdict is Given», *New Left Review*, núm. 199, pp. 29-54.
- _____ (1993c), «Dead West: Ecocide in Marlboro Country», *New Left Review*, núm. 200, pp. 49-73 [ed. cast.: en *Ciudades muertas. Ecología, catástrofe y revuelta*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2006].
- _____ (1992a), *Beyond Blade runner: Urban Control and the Ecology of Fear*, Westfield, Nueva Jersey, Open Magazine Pamphlet Series.
- _____ (1992b), *LA Was Just the Beginning – Urban Revolt in the United States*, Westfield, Nueva Jersey, Open Magazine Pamphlet Series.
- _____ (1990), *City of Quartz: Excavating the Future in Los Angeles*, Londres y Nueva York, Verso [ed. cast.: *Ciudad de cuarzo*, Madrid, Lengua de Trapo, 2003].
- Dear, Michael, H. Eric Schockman, y Greg Hise eds., 1996, *Re-Thinking Los Angeles*, Thousand Oaks, California, Sage Publications.
- De la Croix, Horst, Richard G. Tansey y Diane Kirkpatrick (1991), *Art through the Ages* (9 edición), Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari (1987), *A Thousand Plateaus*, Minneapolis, University of Minnesota Press [ed. cast.: *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia II*, Valencia, Pre-Textos, 1994].
- _____ (1983), *Anti-Oedipus*, Minneapolis, University of Minnesota Press [ed. cast.: *El anti-Edipo*, Barcelona, Seix Barral, 1973].
- Deveare Smith, Anna (1994), *Twilight – Los Angeles, 1992*, Nueva York, Doubleday Anchor Books.

- Diamond, Jared (1997), *Guns, Germs, and Steel: The Fates of Human Societies*, Nueva York, Norton.
- Dicken, Peter (1992), *Global Shift: the Internationalization of Economic Activity*, Nueva York, Guilford Press.
- Domanick, Joe (1994), *To Protect and Serve: the LAPD's Century of War in the City of Dreams*, Nueva York, Pocket Books.
- Duchacek, Ivo D., Daniel Latouche y Garth Stevenson eds. (1988), *Perforated Sovereignties and International Relations: Trans-sovereign Contacts of Subnational Governmets*, Nueva York, Greenwood Press.
- Dumm, Thomas L. (1993), «The New Enclosures: Racism in the Normalized Community», en R. Gooding-Williams (ed.), *Reading Rodney King/ Reading Urban Uprising*, , pp. 178-95.
- Eco, Umberto (1986), *Travels in Hyperreality*, San Diego, Harcourt.
- Edmonston, Barry y Jeffrey S. Passel eds. (1994), *Immigration and Ethnicity: the Integration of America's Newest Arrivals*, Washington, DC, Urban Institute Press.
- Ellin, Nan (1996), *Postmodern Urbanism*, Oxford, Reino Unido, y Cambridge, Massachusetts, Blackwell.
- Fainstein, Susan (1994), *The City Builders: Property, Politics, and Planning in London and New York*, Oxford, Reino Unido, y Cambridge, Massachusetts, Blackwell.
- _____ y Scott Campbell eds. (1996), *Readings in Urban Theory*, Oxford, Reino Unido, y Cambridge, Massachusetts, Blackwell.
- _____ Ian Gordon, y Michael Harloe eds. (1994), *Divided Cities: New York and London in the Contemporary World*, Oxford, Reino Unido, y Cambridge, Massachusetts, Blackwell.
- Fanon, Frantz (1967), *Black Skins/White Masks*, tr. C. L. Markmann, Nueva York, Grove Weidenfeld.
- Feagin, Joe R., y Vera Hernán (1994), *White Racism: The Basics*, Nueva York y Londres, Routledge.
- Featherstone, Mike (ed.) (1990), *Global Culture: Nationalism, Globalization and Modernity*, Newbury Park, California, Sage.
- Featherstone, Mike y R. Burrows (eds.) (1995), *Cyberspace/Cyberbodies/ Cyberpunk*, Londres, Sage.
- Featherstone, Mike, Scott Lash, y Roland Robertson (eds.) (1995), *Global Modernities*, Londres, Sage.
- Fishman, Robert (1987), *Bourgeois Utopias: the Rise and Fall of Suburbia*, Nueva York, Basic Books.
- Flusty, Steven (1994), *Building Paranoia: The Proliferation of Interdictory Space and the Erosion of Spatial Justice*, West Hollywood, California, Los Angeles Forum for Architecture and Urban Design.

- Fogelson, Robert M. (1967 y 1993), *The Fragmented Metropolis: Los Angeles 1850-1930*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, reeditado en Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.
- Fong, Timothy P. (1994), *The First Suburban Chinatown: The Remaking of Monterrey Park*, California, Filadelfia, Temple University Press.
- Ford, Richard T. (1999), «Law's Territory: A History of Jurisdiction», *Michigan Law Review*, núm. 97-4, pp. 843-930.
- _____ (1997), «Geography and Sovereignty: Jurisdictional Formation and Racial Segregation», *Stanford Law Review*, núm. 49, pp. 1365-1446.
- _____ (1994), «The Boundaries of Race Political Geography in Legal Analysis», *Stanford Law Review*, núm. 107, pp. 1843-1921.
- _____ (1992), «Urban Space and the Color Line: The Consequences of Demarcation and Disorientation in the Postmodern Metropolis», *Harvard Blackletter Journal*, núm. 9, pp. 117-47.
- Foucault, Michel (1988), *Politics, Philosophy, Culture: Interviews and Other Writings*, L. Kritzman (ed.), Nueva York y Londres, Routledge.
- _____ (1986), «Of Other Spaces», *Diacritics*, núm. 16, pp. 22-47.
- _____ (1977), *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*, Nueva York, Vintage Books [ed. cast.: *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI, 1994].
- Friedman, John (1995), «Where We Stand: A Decade of World City Research», en P. Knox y P. Taylor, *World Cities in a World System*, pp. 21-47.
- _____ (1986), «The World City Hypothesis», *Development and Change*, núm. 17, pp. 69-84.
- _____ y Goetz Wolff (1982), «World City Formation: An Agenda for Research and Action», *International Journal of Urban and Regional Research*, núm. 6, pp. 309-44.
- Frug, Gerald (1993), «Decentring Decentralization», *The University of Chicago Law Review*, núm. 60, pp. 253-338.
- Fulton, William (1997), *The Reluctant Metropolis: The Politics of Urban Growth in Los Angeles*, Point Arena, California, Solano Press.
- _____ (1996), *The New Urbanism: Hope or Hype for American Communities*, Cambridge, Massachusetts, Lincoln Institute of Land Policy.
- Garreau, Joel (1991), *Edge City: Life on the New Frontier*, Nueva York, Doubleday.
- George, Lynell (1992), *No Crystal Stair: African-Americans in the City of Angels*, Nueva York, Doubleday Anchor Books.
- Gibson, William (1994), *Virtual Light*, Nueva York, Bantam Books [ed. cast.: *Luz virtual*, Madrid, Minotauro, 1994].

- _____ (1984), *Neuromancer*, Nueva York, Ace Books [ed. cast.: *Neuromante*, Barcelona, Planeta, 2008].
- Giddens, Anthony (1998), *The Third Way: The renewal of Social Democracy*, Cambridge, Polity Press [ed. cast.: *La tercera vía y la renovación de la social-democracia*, Madrid, Taurus, 2003].
- _____ (1994) *Beyond Left and Right: The Future of Radical Politics*, Stanford, Stanford University Press [ed. cast.: *Más allá de la izquierda y la derecha*, Madrid, Cátedra, 1997].
- _____ (1990), *The Consequences of Modernity*, Cambridge, Polity Press [ed. cast.: *Las consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza, 1997].
- Gilroy, Paul (1993), *Small Acts: Thoughts on the Politics of Black Cultures*, Londres y Nueva York, Serpent's Tail.
- Gimbutas, Marija (1989), *The Language of the Goddesses: Unearthing the Hidden Symbols of Western Civilization*, San Francisco, Harper and Row.
- _____ (1974), *The Goddesses and Gods of Old Europe, 6500-3500 BC.: Myths and Cult Images*, Berkeley, University of California Press.
- Goldsmith, William W., y Edward J. Blakey (1992), *Separate Societies: Poverty and Inequality in US Cities*, Filadelfia, Temple University Press.
- Gooding-Williams, Robert (ed.) (1993), *Reading Rodney King/Reading Urban Uprising*, Nueva York y Londres, Routledge.
- Gordon, David (1978), «Capitalist Development and the History of American Cities», en W. Tabb y L. Sawers (eds.), *Marxism and the Metropolis*, Nueva York, Oxford University Press.
- _____ (1977), «Class Struggle and the Stages of Urban Development», en D. Perry y A. Watkins (eds.), *The Rise of the Sunbelt Cities*, Beverly Hills, Sage, pp. 55-82.
- Gottdeiner, Mark (1997), *The Theming of America*, Boulder, Colorado, Westview Press.
- Gottlieb, Robert (1993), *Forcing the Spring: the Transformation of the American Environmental Movement*, Washington DC, Island Press.
- Gottman, Jean y Robert A. Harper (eds.), (1990), *Since Megalopolis: The Urban Writings of Jean Gottmann*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Graham, Stephen, y Simon Marvin eds. (1996), *Telecommunications and the City, Electronic Spaces, Urban Places*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Hall, Petter (1998), *Cities and Civilization*, Nueva York, Pantheon.
- _____ y Paschal Preston (1988), *The Carrier Wave: New Information Technology and the Geography of Innovation, 1846-2003*, Londres y Boston Unwin Hyman.

- Hannerz, Ulf (1996), *Transnational Connections: Culture, People, Places*, Londres y Nueva York, Routledge [ed. cast.: *Conexiones transnacionales*, Madrid, Cátedra, 1998].
- _____ (1992), *Culture, Cities and the World*, Amsterdam, Centrum voor Grootstedelijk Onderzoek.
- Haraway, Donna (1991), *Simians, Cyborgs, and Women: The Reinvention of Nature*, Nueva York y Londres, Routledge [ed. cast.: *Ciencia, cyborgs y mujeres*, Madrid, Cátedra, 1994].
- Harris, Chauncey, y Edward Ullman (1945), «The Nature of Cities», *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, núm. 242, pp. 7-17.
- Harrison, Bennett (1994), *Lean and Mean: The Changing Landscape of Corporate Power in the Age of Flexibility*, Nueva York, Basic Books.
- _____ (1988), *The Great U-Turn: Corporate Restructuring and the Polarizing of America*, Nueva York, Basic Books.
- Harvey, David (1996), *Justice, Nature and the Geography of Difference*, Oxford, Reino Unido, y Cambridge, Massachusetts, Blackwell.
- _____ (1995), «Globalization in Question», *Rethinking Marxism*, núm. 8, pp. 1-17.
- _____ (1989), *The Condition of Postmodernity*, Oxford, Reino Unido, y Cambridge, Massachusetts, Blackwell.
- _____ (1988), «Urban Places in the “Global Village”: Reflections on the Urban Condition in Late Twentieth Century Capitalism», en *World Cities and the Future of the Metropolis*, Luigi Mazza (ed.), Milán, Electa, pp. 21-33.
- _____ (1985a), *The Urbanization of Capital*, Baltimore, Johns Hopkins University Press y Oxford, Basil Blackwell.
- _____ (1985b) *Consciousness and the Urban Experience*, Baltimore, Johns Hopkins University Press y Oxford, Basil Blackwell.
- _____ (1982), *Limits to Capital*, Oxford, Basil Blackwell y Chicago, University of Chicago Press.
- _____ (1978) «The Urban Process under Capitalism», *International Journal of Urban and Regional Research*, núm. 2, pp. 101-31.
- _____ (1973), *Social Justice and the City*, Baltimore, Johns Hopkins University Press [ed. cast.: *Urbanismo y desigualdad social*, Madrid, Siglo XXI, 1992].
- _____ (1969), *Explanation in Geography*, Nueva York, St. Martin y Londres, Edward Arnold.
- _____ y Allen J. Scott (1989), «The Practice of Human Geography: Theory and Empirical Specificity in the Transition from Fordism to Flexible Accumulation», en B. Macmillan (ed.), *Remodeling Geography*, Oxford, Blackwell, pp. 217-29.

- Hawley, Amos (1950), *Human Ecology: A Theory of Urban Structure*, Nueva York, Ronald Press [ed. cast.: *Ecología humana*, Madrid, Tecnos, 1982].
- Held, David (1996), *Democracy and the Global Order: From the Modern State to Cosmopolitan Globalism*, Stanford, California, Stanford University Press.
- Herbert, Steve (1997), *Policing Space: Territoriality and the Los Angeles Police Department*, Minneapolis y Londres, University of Minnesota Press.
- Herington, John (1984), *The Outer City*, Londres, Harper and Row.
- Heskin, Allan David (1991), *The Struggle for Community*, Boulder, Colorado, Westview Press.
- Hirst, Paul y Grahame Thompson (1996), *Globalization in Question*, Cambridge, Polity Press.
- Hise, Greg (1997), *Magnetic Los Angeles: Planning the Twentieth-Century Metropolis*, Baltimore y Londres, Johns Hopkins University Press.
- Hobsbawm, Eric (1994), *The Age of Extremes: 1914-1991*, Nueva York, Pantheon [ed. cast.: *Historia del siglo XX: 1914-1991. La era de los extremos*, Barcelona, Crítica, 2004].
- _____ (1987), *The Age of Empire, 1875-1914*, Nueva York, Pantheon [ed. cast.: *La era del imperio 1875-1914*, Barcelona, Crítica, 2003].
- _____ (1975), *The Age of Capital, 1848-1878*, Nueva York, Charles Scribner's [ed. cast.: *La era del capital 1848-1878*, Barcelona, Crítica, 2003].
- _____ (1962), *The Age of Revolution, 1789-1848*, Nueva York, New American Library [ed. cast.: *La era de la revolución 1789-1848*, Barcelona, Crítica, 1991].
- Hodder, Ian (ed.) (1996), *On the Surface: Çatalhöyük 1993-1995*, Cambridge, McDonald Institute for Archeological Research y Ankara, British Archeological Institute.
- _____ (1992), *Theory and Practice in Archeology*, Nueva York y Londres, Routledge.
- _____ (1991), *Reading the Past: Current Approaches to Interpretation in Archeology*, Cambridge, Cambridge University Press.
- _____ (1990), *The Domestication of Europe: Structure and Contingency in Neolithic Societies*, Oxford, Reino Unido, y Cambridge, Massachusetts, Blackwell.
- _____ (ed.) (1987), *The Archeology of Contextual Meanings*, Cambridge, Cambridge University Press.
- _____ (et alli. eds.) (1995), *Interpreting Archeology: Finding Meaning in the Past*, Nueva York y Londres, Routledge.
- Holston, James y Arjun Appadurai (1996), «Cities and Citizenship», *Public Culture*, núm. 19, pp. 187-204.

- hooks, bell (1994), «Feminism Inside: Toward a Black Bobby Politic», en T. Golden (ed.), *Black Male: Representations of Masculinity in Contemporary American Art*, Nueva York, Whitney Museum of American Art y Harry N. Abrams, Inc.
- _____ (1992), *Black Looks: Race and Representation*, Boston, South End Press.
- _____ (1990), *Yearning: Race, Gender, and Cultural Politics*, Boston, South End Press.
- Hooper, Bárbara (1998), «The Poem of Male Desires: Female Bodies, Modernity, and “Paris, Capital of the Nineteenth Century”», en L. Sandercock (ed.), *Making the Invisible Visible: A Multicultural Planning History*, pp. 227-54.
- _____ (1994), «Bodies, Cities, Texts: The Case of Citizen Rodney King», manuscrito no publicado.
- Horton, John (1995), *The Politics of Diversity: Immigration, Resistance, and Change in Monterey Park*, California, Filadelfia, Temple University Press.
- _____ (1992), «The Politics of Diversity in Monterrey Park, California», en *Structuring Diversity: Ethnographic Perspectives on the New Immigration*, L. Lamphere (ed.), Chicago, University of Chicago Press, pp. 215-45.
- _____ (1989), «The Politics of Ethnic Change: Grass-Roots Responses to Economic and Demographic Restructuring in Monterrey Park», *Urban Geography*, núm. 10, pp. 578-92.
- Institute for Alternative Journalism (1992), *Inside the LA Riots: What Really Happened – And Why It Will Happen Again*, Nueva York, Institute for Alternative Journalism.
- Isin, Enging (1997), «Who is the New Citizen? Towards a Genealogy», *Citizenship Studies*, núm. 1, pp. 115-32.
- _____ (1996a), «Metropolis Unbound: Legislators and Interpreters of Urban Form», en J. Caulfield y L. Peake eds., *City Lives and City Forms: Critical Urban Research and Canadian Urbanism*, Toronto, University of Toronto Press, pp. 98-127.
- _____ (1996b), «Global City-Regions and Cityzenship», en D. Bell, R. Keil, and G. Wekerle eds., *Global Processes, Local Places*, Montreal, Black Rose Books, pp. 21-34.
- Jackson, Kenneth (1985), *Crabgrass Frontier: The Suburbanization of the United States*, Nueva York, Oxford University Press.
- Jacobs, Jane (1984), *Cities and the Wealth of Nations: Principles of Economic Life*, Nueva York, Random House [ed. cast.: *Las ciudades y la riqueza de las naciones. Principios de la vida económica*, Barcelona, Ariel, 1986].
- _____ (1969), *The Economy of Cities*, Nueva York, Random House [ed. cast.: *La economía de las ciudades*, Barcelona, Edicions 62, 1975].

- Janik, Allan y Stephen Toulmin (1973), *Wittgenstein's Vienna*, Nueva York, Simon and Schuster.
- Jenks, Charles (1993), *Heteropolis: Los Angeles, the Riots, and the Strange Beauty of Hetero-Architecture*, Londres, Academy Editions.
- Jencks, Christopher (1994), *The Homeless*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- _____ y Paul E. Peterson (eds.) (1991), *The Urban Underclass*, Washington, DC, Brookings Institution.
- Judd, Dennis R. (1995), «The Rise of the New Walled Cities», en H. Liggett y D. C. Perry (eds.), *Spatial Practices*, pp. 144-66.
- Katz, Peter (1994), *The New Urbanism: Toward an Architecture of Community*, Nueva York, McGraw-Hill.
- Kelley, Ron, Jonathan Friedlander, y Anita Colby (eds.) (1993), *Irangales: Iranian in Los Angeles*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.
- Kelly, Bárbara M. (ed.) (1989), *Suburbia Re-examined*, Nueva York, Greenwood Publishers.
- Kenyon, Kathleen (1960), *Archeology in the Holy Land*, Londres, Ernest Benn.
- _____ (1957), *Digging Up Jericho*, Londres, Ernest Benn.
- Kern, Stephen (1983), *The Culture of Time and Space, 1880-1918*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- King, Anthony (ed.) (1996), *Re-Presenting the City: Ethnicity, Capital and Culture in the Twenty-First Century Metropolis*, Basingstoke y Londres, Macmillan.
- _____ (ed.) (1991), *Culture, Globalization and the World-System*, Londres y Binghamton, Nueva York, Macmillan.
- _____ (1990), *Global Cities: Post-Imperialism and the Internationalization of London*, Nueva York y Londres, Routledge.
- Klein, Norman M. (1997), *The History of Forgetting: Los Angeles and the Erasure of Memory*, Londres y Nueva York, Verso.
- Kling, Rob, Spencer Olin y Mark Poster (eds.) (1991), *Postsuburban California: The Transformation of Orange County since World War II*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.
- Knox, Paul (ed.) (1993), *The Restless Urban Landscape*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, Prentice Hall.
- Knox, Paul y Peter Taylor eds. (1995), *World Cities in a World-System*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press.
- Kotkin, Joel (1993), *Tribes: How Race, Religion, and Identity Determine Success in the New Global Economy*, Nueva York, Random House.

- Kowinski, William S. (1985), *The Malling of America: An Inside Look at the Great Consumer Paradise*, Nueva York, W. Morrow.
- Kunstler, James H. (1996), *Home from Nowhere: remaking Our Everyday World for the Twenty-First Century*, Nueva York, Simon and Schuster.
- _____ (1993), *The Geography of Nowhere: The Rise and Decline of America's Man-Made Landscape*, Nueva York, Simon and Schuster.
- Lamphere, Louise (ed.) (1992), *Structuring Diversity: Ethnographic Perspectives on the New Immigration*, Chicago, University of Chicago Press.
- Lefebvre, Henri (199), *Writings on Cities/Henri Lefebvre*, selección, traducción e introducción por Eleonore Kofman y Elizabeth Lebas, Oxford, Reino Unido, y Cambridge, Massachusetts, Blackwell.
- _____ (1991), *The Production of Space*, tr. D. Nicholson-Smith, Oxford, Reino Unido, y Cambridge, Massachusetts, Blackwell.
- _____ (1976), *The Survival of Capitalism*, tr. F. Bryant, Londres, Allison and Busby.
- _____ (1974), *La Production de l'espace*, París, Anthropos [ed. cast.: *La producción del espacio*, Barcelona, Anthropos, 1984].
- LeGates, Richard T., y Frederic Stout (1996), *The City Reader*, Nueva York y Londres, Routledge.
- Liggett, Helen, y David C. Perry (1995), *Spatial Practices: Critical Explorations in social/Spatial Theory*, Thousand Oaks, California, Sage.
- Light, Ivan y Edna Bonacich (1988), *Immigrant Entrepreneurs*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.
- _____ y Carolyn Rosenstein (eds.) (1995), *Race, Ethnicity, and Entrepreneurship in Urban America*, Hawthorne, Nueva York, Aldine de Gruyter.
- Lipietz, Alain (1993), «The Local and the Global: Regional Individuality or Interregionalism», *Transactions of the Institute of British Geographers*, núm. 18, pp. 8-18.
- _____ (1992), *Towards a New Economic Order: Post Fordism, Ecology and Democracy*, Cambridge, Polity Press.
- _____ (1977), *Le Capital et son espace*, París, Maspero.
- Lippard, Lucy (1997), *The Lure of the Local: Senses of Place in a Multi-Centered Society*, Nueva York, New Press.
- Lo, Clarence Y. H. (1990), *Small Property versus Big Government: Social Origins of the Property Tax Revolt*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.
- Lo, Fu-Chen y Yue-Man Yeung (1998), *Globalization and the World of Large Cities*, Tokio, Nueva York, París, United Nations University Press.

- Longstreth, Richard (1997), *From City Center to Regional Mall*, Cambridge, Massachusetts, MIT Press.
- MacKenzie, Evan (1994), *Privatopia: Homeowner Associations and the Rise of Residential Private Government*, New Haven y Londres, Yale University Press.
- Madhubuti, Haki R. (ed.) (1993), *Why LA Happened: Implications of the '92 Los Angeles Rebellion*, Chicago, Third World Press.
- Maisels, Charles Keith (1993) *The Near East: Archeology in the «Cradle of Civilization»*, Londres y Nueva York, Routledge.
- _____ (1990), *The Emergence of Civilization: From Hunting and Gathering to Agriculture, Cities, and the State in the Near East*, Nueva York y Londres, Routledge.
- Mandel, Ernest (1980), *Long Waves and Capitalist Development: The Marxist Interpretation*, Cambridge, Reino Unido, Cambridge University Press [ed. cast.: *Las ondas largas del desarrollo capitalista*, México, Siglo XXI, 1986].
- _____ (1975), *Late Capitalism*, Londres, Verso.
- Mann, Eric, et al. (1996), *A New Vision for Urban Transportation: The Bus Riders Union Makes History at the Intersection of Mass Transit, Civil Rights, and the Environment*, Los Ángeles, Labor/Community Strategy Center.
- _____ et alli (1991), *LA's Lethal Air: New Strategies for Policy, Organizing, and Action*, Los Ángeles, Labor/Community Strategy Center.
- Marcus, Steven (1974), *Engels, Manchester and the Working Class*, Nueva York, Vintage.
- Markley, Robert (ed.) (1996), *Virtual Realities and Their Discontents*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Markusen, Ann, P. Hall, S. Campbell, y S. Dietrick eds. (1991), *The rise of the Gunbelt*, Nueva York, Oxford University Press.
- Massey, Doreen (1994), *Space, Place and Gender*, Oxford, Blackwell, y Cambridge, Polity Press.
- _____ (1984), *Spatial Divisions of Labour*, Nueva York y Londres, Routledge.
- _____ y John Allen (eds.) (1984), *Geography Matters! A Reader*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Massey, Douglas, y Nancy Denton (1994), *American Apartheid: Segregation and the Making of the Underclass*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- Mellaart, James (1967), *Çatal Hüyük*, Londres, Thames and Hudson.
- _____ (1964), «A Neolithic City in Turkey», *Scientific American*, núms. 210-4, pp. 94-104.

- Meltzer, Jack (1984), *Metropolis to Metroplex: The Social and Spatial Planning of Cities*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Merrifield, Andy y Erik Swyngedouw eds. (1996), *The Urbanization of Injustice*, Londres, Lawrence and Wishart.
- Miller, Gary (1981), *Cities by Contract: The Politics of Municipal Incorporation*, Cambridge, Massachusetts, MIT Press.
- Min, Pyong Gap (1996), *Caught in the Middle: Korean Merchants in Multiethnic America*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press.
- Mitchell, William (1995), *City of Bits: Space, Place, and the Infobahn*, Cambridge, Massachusetts, MIT Press.
- Mittelman, J. H. (1996), «Rethinking the New Regionalism in the Context of Globalization», *Global Governance*, núm. 2, pp. 189-213.
- Mlinar, Zdravko (1992), *Globalization and Territorial Identities*, Aldershot, Reino Unido, y Brookfield, Vermont, Avebury.
- Mollenkopf, John, y Manuel Castells eds. (1991), *Dual City: Restructuring New York*, Nueva York, Russell Sage Foundation.
- Morley, David y Kevin Robins (1995), *Spaces of Identity: Global Media, Electronic Landscapes and Cultural boundaries*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Morris, A. E. J. (1972), (nueva edición de 1994), *History of Urban Form: before the Industrial Revolutions*, Harlow, Addison Wesley Longman.
- Muller, Peter O. (1976), *The Outer City: Geographical Consequences of the Urbanization of the Suburbs*, Washington, DC, Association of American Geographers Resource Paper, núm. 5, pp. 75-2.
- Mumford, Lewis (1961), *The City in History*, New York, Harcourt Brace Jovanovich [ed. cast.: *La ciudad en la historia*, 2 vol., Buenos Aires, Infinito, 1979].
- Newman, Oscar (1972), *Defensible Space: Crime Prevention through Urban Design*, New York, Macmillan.
- O'Brien, Richard (1992), *Global Financial Integration: The End of Geography*, Nueva York, council of Foreign Relations Press, y Londres, Pinter.
- Ohmae, Kenichi (1995), *The end of the Nation State*, Nueva York, Free Press.
- _____ (1993), «The Rise of the Region-State», *Foreign Affairs*, núm. 71, pp. 78-87.
- _____ (1990), *The Broderless World*, Nueva York, Harper Business.
- Olalquiaga, Celeste (1992), *Megalopolis*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Oliver, Melvin L., y Thomas M. Shapiro, (1995), *Black Wealth/White Wealth: a New Perspective on Racial Inequality*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Omi, Michael, y Howard Winant (1994), *Racial Formation in the United States: From the 1960s to the 1990s*, Londres y Nueva York, Routledge.

- Ong, Paul, Edna Bonacich, y Lucie Cheng eds. (1994), *The New Asian Immigration in Los Angeles and Global Restructuring*, Filadelfia, Temple University Press.
- Orfield, Myron (1997), *Metropolitics: A Regional Agenda for Community and Stability*, Washington, DC, Brookings Institution Press, y Cambridge, Massachusetts, Lincoln Institute of Land Policy.
- Painter, Jo y Chirs Philo (1995), «Spaces of Citizenship: An Introduction», *Political Geography*, núm. 14, pp. 107-20.
- Park, Robert E., Ernest W. Burgess y Roderick D. Mackenzie eds. (1925), *The City*, Chicago, University of Chicago Press (nueva edición con introducción de Morris Janowitz, 1967).
- Pastor, Manuel (1993), *Latinos and the Los Angeles Uprising: The Economic Context*, Claremont, California, Tomas Rivera Center.
- _____ con Peter Dreier, J. Eugene Grigsby y Marta López-Garza (1999), *Growing Together: Linking Regional and Community Development in a Changing Economy*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Peck, Jamie (1996), *Work-Place: The Social Regulation of Labor Markets*, Nueva York y Londres, Guilford Press.
- Peet, Richard (1991), *Global Capitalism: Theories of Societal Development*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Peterson, Paul (ed.) (1985), *The New Urban Reality*, Chicago, University of Chicago Press.
- Petrella, Riccardo (1992), «Techno-Apartheid for a Global Underclass», *Los Angeles Times*, 6 de agosto.
- _____ (1991), «World City-States of the Future», *New Perspectives Quarterly*, núm. 8, pp. 59-64.
- Pierce, Neil R., Curtis W. Johnson, y John Stuart Hall (1993), *Citistates: How Urban America Can Prosper in a Competitive World*, Washinton DC, Seven Locks Press.
- Piore, Michael y Charles F. Sabel (1984), *The Second Industrial Divide: Possibilities for Prosperity*, Nueva York, Basic books.
- Pollard, Jane S. (1995), *Industry Change and Labor Segmentation: The Banking Industry in Los Angeles, 1970-1990*, Los Ángeles, tesis doctoral sin publicar en Urban Planning, UCLA.
- Portes, Alejandro y Ruben G. Rumbaut (1990), *Immigrant America*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.
- Preucel, Robert e Ian Hodder (eds.) (1996), *Contemporary Archeology in Theory*, Oxford, Reino Unido y Cambridge, Massachusetts, Blackwell.

- Price, T. Douglas y Anne Birgitte Gebauer (1995), *Last Hunters – First Farmers: New Perspectives on the Prehistoric Transition to Agriculture*, Santa Fe, Nuevo México, School of American Research Press.
- Purcell, Mark (1998), *Power in Los Angeles: Neighborhood Movements, Urban Politics, and the Production of Urban Space*, Los Ángeles, tesis doctoral sin publicar, Geography, UCLA.
- Putnam, Robert (1993), *Making Democracy Work: Civic Transactions in Modern Italy*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press.
- Rabinow, Paul (1984), «Space, Knowledge, and Power», en P. Rabinow (ed.), *The Foucault Reader*, Nueva York, Pantheon, pp. 239-56.
- Rheingold, Howard (1993), *The Virtual Community: Homesteading on the Electronic Frontier*, Reading, Massachusetts, Addison-Wesley [ed. cast.: *La comunidad virtual. Una sociedad sin fronteras*, Barcelona, Gedisa, 1996].
- _____ (1991), *Virtual Reality: A Revolutionary Technology of Computer-Generated Artificial Worlds – and How It Promises to Transform Society*, Nueva York, Simon and Schuster [ed. cast.: *Realidad virtual. Los mundos artificiales generados por ordenador que modificarán nuestras vidas*, Barcelona, Gedisa, 1994].
- Rieff, David (1991), *Los Angeles: Capital of the Third World*, Nueva York, Simon and Schuster.
- Robertson, Roland (1995), «Glocalization: time-Space and Homogeneity-Heterogeneity», en Featherstone *et alli* (eds.), *Global Modernities*, pp. 25-44.
- _____ (1994), «Glocalization: Space, Time, and Social Theory», *Journal of International Communication*, núm. 1.
- _____ (1992), *Globalization: Social Theory and Global Culture*, Londres, Sage.
- Rose, Gillian (1993), *Feminism and Geography: The Limits of Geographical Knowledge*, Cambridge, Polity Press.
- Ruddick, Susan (1996), *Young and Homeless in Hollywood: Mapping Social Identities*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Sadler, David (1992), *The Global Region: Production, State Policies, and Uneven Development*, Oxford y Nueva York, Pergamon Press.
- Said, Edward (197), *Orientalism*, Nueva York, Vintage [ed. cast.: *Orientalismo*, Madrid, Debate, 2002].
- Sandercock, Leonie (1998a), *Towards Cosmopolis*, Chichester, John Wiley.
- _____ (ed.) (1998b), *Making the Invisible Visible: A Multicultural Planning History*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press.
- Sassen, Saskia (1), *Losing Control? Sovereignty in an Age of Globalization*, Nueva York, Columbia University Press [ed. cast.: *¿Perdiendo el control? La soberanía en la era de la globalización*, Barcelona, Bellaterra, 2001].

- _____ (1994), *Cities in a World Economy*, Thousand Oaks, California, Pine Forge/Sage.
- _____ (1991), *The Global City: New York, London, Tokyo*, Princeton, Princeton University Press [ed. cast.: *La ciudad global. Nueva York, Londres, Tokio*, Buenos Aires, Eudeba, 1997].
- _____ (1998), *The Mobility of Capital and Labor*, Londres, Cambridge University Press.
- Sayer, Andrew y Richard Walker (1992), *The New Social Economy: Reworking the Division of Labour*, Oxford, Blackwell.
- Schor, Juliet B. (1991), *The Overworked American: The Unexpected Decline of Leisure*, Nueva York, Basic Books.
- Scott, Allen J. (1998), *Regions and the World Economy: The Coming Shape of Global Production, Competition, and Political Order*, Oxford, Oxford University Press.
- _____ (1997), «The Cultural Economy of Cities», *International Journal of Urban and Regional Research*, núm. 21, pp. 323-39.
- _____ (1996a), «Regional Motors of the Global Economy», *Futures*, núm. 28, pp. 391-411.
- _____ (1996b), «The Craft, Fashion, and Cultural-products Industries of Los Angeles: Competitive Dynamics and Policy Dilemmas in a Multisectoral Image-producing Complex», *Annals of the Association of American Geographers*, núm. 86, pp. 306-23.
- _____ (1995), «Industrial Urbanism in Southern California: Post-Fordist Civic Dilemmas and Opportunities», *Contention*, núm. 5-1, pp. 39-65.
- _____ (1993), *Technopolis: High Technology Industry and Regional Development in Southern California*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.
- _____ (1988a), *Metropolis: From Division of Labor to Urban Form*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.
- _____ (1988b), *New Industrial Spaces: Flexible Production. Organization and Regional Development in North America and Western Europe*, Londres, Pion.
- _____ (1986), «Industrialization and Urbanization: A Geographical Agenda», *Annals of the Association of American Geographers*, núm. 76, pp. 25-37.
- _____ y Edward W. Soja eds. (1996), *The City: Los Angeles and Urban Theory at the End of the Twentieth Century*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.
- _____ y Michael Storper (eds.) (1986), *Production, Work, Territory: The Geographical Anatomy of Industrial Capitalism*, Boston, Allen and Unwin.

- Sensiper, Sylvia (1994), *The Geographic Imaginary: An Anthropological Investigation of Gentrification*, Los Ángeles, tesis doctoral sin publicar en Urban Planning, UCLA.
- Smith, Michael Peter (ed.) (1992), *After Modernism: Global Restructuring and the Changing Boundaries of City Life*, New Brunswick y Londres, Transaction.
- _____ y Luis Eduardo Guarnizo (eds.) (1998), *Transnationalism from Below*, New Brunswick y Londres, Transaction.
- Smith, Neil (1997), «The Satanic Geographies of Globalization: Uneven Development in the 1990s», *Public Culture*, núm. 10-11, pp. 169-89.
- _____ (1996a), *New Urban Frontier: Gentrification and the Revanchist City*, Londres y Nueva York, Routledge.
- _____ (1996b), «After Tomkins Square Park: Degentrification and the Revanchist City», en A. King (ed.), *Re-Presenting the City*, pp. 93-107.
- Soja, Edward W. (1999), «Thirdspace: Expanding the Scope of the Geographical Imagination», en D. Massey, J. Allen y P. Sarre eds., *Human Geography Today*, Cambridge, Polity Press, pp. 260-78.
- _____ (1997), «Six Discourses on the Postmetropolis», en *Imagining Cities*, S. Westwood y J. Williams, eds., pp. 19-30.
- _____ (1996a), *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*, Oxford, Reino Unido y Cambridge, Massachusetts, Blackwell.
- _____ (1996b), «Margin/Alia: Social Justice and the New Cultural Politics », en *The Urbanization of Injustice*, A. Merrifield y E. Swingedouw eds., pp. 180-99.
- _____ (1995), «Postmodern Urbanization», en *Postmodern Cities and Spaces*, S. Watson y K. Gibson eds., pp. 125-37.
- _____ (1992), «Inside Exopolis», in *Variations on a Theme Park*, M. Sorkin (ed.), pp. 94-122.
- _____ (1989), *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*, Londres, Verso.
- _____ (1985), «Regions in Context: Spatiality, Periodicity, and the Historical Geography of the Regional Question», *Society and Space*, núm. 3, pp. 175-90.
- _____ (1980), «The Socio-Spatial Dialectic», *Annals of the Association of American Geographers*, núm. 70, pp. 207-25.
- _____ Rebecca Morales y Goetz Wolff (1983), «Urban Restructuring: An Analysis of Social and Spatial Change in Los Angeles», *Economic Geography*, núm. 59, pp. 195-230.
- Sonenshein, Raphael J. (1993), *Politics in Black and White: Race and Power in Los Angeles*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press.
- Sorkin, Michael (ed.) (1992), *Variations on a Theme Park*, Nueva York, Hill and Wang-Noonday Press.

- Spivak, Gayatri Chakravorty (1990), *The Post-Colonial Critic*, S. Harasym (ed.), Londres y Nueva York, Routledge.
- Storper, Michael (1997), *The Regional World: Territorial Development in a Global Economy*, Nueva York y Londres, Guilford Press.
- _____ (1995), «Regional Technology Coalitions: An Essential Dimension of National Technology Policy», *Research Policy*, núm. 24, pp. 895-911.
- _____ y Susan Christopherson (1987), «Flexible Specialization and Regional Industrial Agglomerations: The Case of the USA Motion Picture Industry», *Annals of the Association of American Geographers*, núm. 77, pp. 104-17.
- _____ y Robert Salais (1997), *Worlds of Production: The Action Frameworks of the Economy*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- _____ y Allen, J. Scott eds. (1993), *Pathways to Industrialization and Regional Development*, Londres, Routledge.
- _____ y Richard Walker eds. (1989), *The Capitalist Imperative: Territory, Technology, and Industrial Growth*, Oxford, Basil Blackwell.
- Sudjic, Deyan (1992), *The 100 Mile City*, Londres, Flamingo/HarperCollins.
- Suttles, Gerald (1972), *The Social Construction of Communities*, Chicago, University of Chicago Press.
- Suttles, Gerald D. (1968), *The Social Order of the Slum*, Chicago y Londres, University of Chicago Press.
- Swyngedouw, Erik (1997), «Neither Global nor Local: "Glocalization" and the Politics of Scale», en K. R. Cox (ed.), *Spaces of Globalization*, pp. 137-66.
- _____ (1992), «The Mammon Quest: "Glocalisation", Interspatial Competition and the Monetary Order: the Construction of New Scales», en M. Dunford y G. Kafkalas (eds.), *Cities and Regions in the New Europe: The Global-Local Interplay and Spatial Development Strategies*, Londres, Belhaven Press, pp. 39-68.
- Teford, Jon C. (1997), *Post-Suburbia: Government and Politics in the Edge Cities*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Toulmin, Stephen (1990), *Cosmopolis: The Hidden Agenda of Modernity*, Nueva York, Free Press.
- Turner, Eugene, y James P. Allen (1991), *An Atlas of Population Patterns in Metropolitan Los Angeles and Orange Counties*, 1990, Northridge, Department of Geography, California State University-Northridge.
- UCLA Research Group on the Los Angeles Economy (1989), *The Widening Divide: Income Inequality and Poverty in Los Angeles*, Los Angeles, Urban Planning Department, informe no publicado.
- Van de Mierop, Marc (1992), *Society and Enterprise in Old Babylonian Ur*, Berlín, Dietrich Reimer Verlag.

- Vergara, Camilo (1995), *The New American Ghetto*, New Brunswick, Nueva Jersey, Rutgers University Press.
- Waldinger, Roger (1996), *Still the Promised City? New Immigrants and African-Americans in Post-Industrial New York*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- _____ con Mehdi Bozorgmehr (eds.) (1996), *Ethnic Los Angeles*, Nueva York, Russell Sage Foundation.
- Waters, Malcolm (1995), *Globalization*, Londres y Nueva York, Routledge.
- West, Cornel (1990) «The New cultural Politics of Difference», en R. Ferguson *et alli* (eds.), *Out There*, Cambridge, Massachusetts, MIT Press, y Nueva York, New Museum of Contemporary Art.
- Westwood, Sallie, y John Williams (eds.) (1997), *Imagining Cities: Scripts, Signs, Memory*, Londres y Nueva York, Routledge.
- Wheatley, Paul (1971), *The Pivot of the Four Quarters*, Chicago, University of Chicago Press.
- Wilson, Rob, y Wimal Dissanayake (eds.) (1996), *Global/Local: Cultural Production and the Transnational Imaginary*, Durham y Londres, Duke University Press.
- Wilson, William Julius (1996), *When Work Disappears: The World of the New Urban Poor*, Nueva York, Vintage.
- _____ (1987), *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass, and Public Policy*, Chicago, University of Chicago Press.
- Wirth, Louis (1938), «Urbanism as a Way of Life», *American Journal of Sociology*, núm. 44, pp. 1-24.
- Wolch, Jennifer, y Michael Dear (1989), *The Power of Geography: How Territory Shapes Social Life*, Boston, Unwin Hyman.
- Woods, Clyde (1998), *Development Arrested: Race, Power, and the Blues in the Mississippi Delta*, Londres, Verso.
- _____ (1995), «The Blues Epistemology and Regional Planning History», *Planning Theory*, núm. 14, pp. 53-72.
- Woolley, Sir Leonard (1982), *Ur «of the Chaldees», The Final Account: Excavations at Ur*, revisado y actualizado por P. R. S. Moorey, Londres, Herbert Press.
- Wright, Gwendolyn, y Paul Rabinow (1982), «Satialization of Power: A Discussion of the Work of Michel Foucault», *Skyline*, pp. 14-15.
- Young, Iris Marion (1990), *Justice and the Politics of Difference*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press.
- Yu, Eui-Young y Edward T. Chang eds. (1995), *Multiethnic Coalition Building in Los Angeles*, Los Ángeles, Regina Books for Institute for Asian and Pacific American Studies, California State University-Los Angeles.

Zukin, Sharon (1995), *The Cultures of Cities*, Oxford, Reino Unido y Cambridge, Massachusetts, Blackwell.

_____ (1991), *Landscapes of Power: From Detroit to Disney World*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.

de la vida mexicana por la situación del Argentino más que por el

tráfico de sueños
mapas

